

ENTERRAD MI CORAZÓN EN WOUNDED KNEE

DEE BROWN

TURNER / ARMAS Y LETRAS

ESPA
EBOOK

La historia contenida en estas páginas comienza con la Larga Marcha de los navajos en 1860 y se cierra, treinta años más tarde, con la masacre de los sioux en Wounded Knee (Dakota del Sur), periodo en el que los indios americanos perdieron su tierra y sus vidas frente a la expansión del "hombre blanco". Durante estas tres décadas, la población blanca de Norteamérica se duplica por las sucesivas oleadas de inmigrantes. Una y otra vez se hacen promesas a los indios que después son rotas por la codicia que empuja a los conquistadores más y más hacia el oeste. A partir de relatos autobiográficos, testimonios grabados y documentación de la época, el historiador estadounidense Dee Brown realiza un detallado relato de la destrucción sistemática de los indios americanos durante el siglo XIX dejando hablar, por primera vez, a sus protagonistas: los jefes y guerreros de las tribus aniquiladas. El resultado es una narración que ha cambiado para siempre la visión de la conquista del Oeste americano.



Dee Brown

Enterrad mi corazón en Wounded Knee

ePUB v2.0

rosmar71 09.06.12

más libros en espaebook.com

Título original: *Bury My Heart at Wounded Knee*

Dee Brown, 1970

Esta edición: Turner Publicaciones S. L., 2012

Traducción: Carlos Sánchez Rodrigo

Mapa: Javier Belloso

Editor original: rosmar71 (v1.0)

ePub base v2.0

A Nicolas Brave Wolf

PREFACIO

Cuenta una vieja tradición que el intervalo medio entre el nacimiento de los padres y la llegada de su primer hijo es de 30 años. A eso llamamos generación. Hace treinta años, a principios de 1970, nació este libro. Así que ahora entra en su nueva generación.

Conforme termina la primera, resulta casi un cliché decir que ha habido enormes cambios durante el tiempo transcurrido. Y sin embargo es cierto: los descendientes de los viejos profetas tribales cuyas historias cuenta este libro han vivido importantes transformaciones.

Durante la pasada generación, algunas reservas indias han prosperado; otras no. Hoy en día hay –y seguramente así será siempre– desacuerdos entre las tribus respecto a qué dirección deberían tomar sus gentes. A pesar de las numerosas frustraciones personales y dificultades que experimentan los jóvenes en busca de la verdad, ya no resulta extraño conocer a indios americanos que son abogados, médicos, profesores de universidad, informáticos, artistas, escritores o profesionales de cualquier otro ámbito. Sin embargo, en algunas reservas todavía son escasos los lugares dignos donde vivir. Y la región de los Estados Unidos donde la pobreza es mayor sigue siendo una reserva india.

A juzgar por las cartas que he recibido a lo largo de estos años, los lectores que han dado vida a este libro proceden del casi centenar de grupos étnicos que componen ese lugar único y asombroso que es Norteamérica. Aunque, comparativamente, el número de indios americanos es pequeño, casi la totalidad de la población norteamericana siente una fascinación genuina por su historia, sus artes y su literatura, su forma de vivir la naturaleza y su filosofía vital.

Este amplio interés traspasa las fronteras del continente y llega a otros pueblos y otras culturas. Si pensamos en cualquier nación, por pequeña que sea, cuyas personas posean un pasado de injusticias y opresión, encontraremos que este libro ha sido publicado allí.

Rara vez llegamos a conocer el verdadero poder de la palabra, ya sea hablada o escrita. Mi esperanza es que el tiempo no haya debilitado las palabras que vienen a continuación y que sigan siendo, para generaciones futuras, tan verdaderas y directas como quise que fueran cuando las escribí.

DEE BROWN, 2000

PRÓLOGO

Desde las exploraciones de Lewis y Clark en la costa del Pacífico, a principios del siglo XIX, el número de relatos publicados que describen la “apertura” del Oeste americano se cuenta por millares. Y la mayor cantidad de información y observaciones corresponde al período de 30 años que media entre 1860 y 1890, precisamente el considerado en este libro. Fue una época de increíble violencia, codicia, audacia, riqueza de sentimientos y exuberancia en todos los aspectos, caracterizada, además, por una actitud casi reverencial por el concepto de la libertad del individuo por parte de aquellos que ya la poseían.

Durante esta época fueron destruidas la cultura y la civilización del indio americano, y en ella nacieron virtualmente los grandes mitos del Oeste: las narraciones de cazadores de pieles, montañeros, pilotos de barcos fluviales, buscadores de oro, jugadores, pistoleros, soldados de caballería, vaqueros, cortesanas, misioneros, maestras de escuela y colonos. Sólo en ocasiones llegó a oírse la voz de un indio y entonces, casi sin excepción, tal como fue registrada por la pluma de un blanco. El indio constituía la negra amenaza de todos esos mitos y, de haberse dado el caso de que, efectivamente, hubiera sido capaz de escribir en

inglés, ¿dónde habría encontrado un editor para su obra?

Sin embargo, no todas esas voces indias del pasado se han perdido. Algunas descripciones auténticas de la historia del Oeste americano fueron registradas por los indios, bien por medio de pictogramas o bien vertidas al inglés, recogidas en oscuros panfletos, periódicos de provincias o libros de escasa circulación. A finales del siglo XIX, cuando la curiosidad del blanco por el destino de los últimos supervivientes indios de las guerras pasadas llegó a un máximo, resueltos periodistas e historiadores lograron entrevistar a algunos guerreros y jefes, brindándoles así la ocasión de hacer públicas, al fin, sus opiniones. La calidad de estas entrevistas era, sin embargo, muy variable, pues dependía en gran parte de la valía del intérprete y de la inclinación circunstancial del indio a expresarse libremente. Algunos no lograron alejar de sí el temor a las posibles represalias; otros se complacieron en suministrar a sus interlocutores historias coloristas, producto de su desatada inventiva. Las declaraciones hechas por los indios, pues, a la prensa contemporánea deben ser leídas con una prudente dosis de escepticismo, lo que no impide que algunas sean verdaderas piezas magistrales de fina ironía y otras contengan bellísimos pasajes de furia poética.

Entre las fuentes más ricas de declaraciones personales hechas por los indios se cuentan los textos de los tratados y consejos y demás reuniones formales con los funcionarios militares y civiles de los Estados Unidos. El nuevo sistema estenográfico de Isaac Pitman gozaba de creciente popularidad hacia la segunda mitad del siglo XIX y, cuando los indios hablaban en consejo, un estenógrafo tomaba asiento, indefectiblemente, junto al intérprete oficial.

Incluso cuando estas reuniones se celebraban en partes remotas de la geografía norteamericana, no faltaba por lo

general quien fuera capaz de registrar lo expuesto y, dada la lentitud habitual de las traducciones, no hacía falta, la mayoría de las veces, recurrir a abreviación alguna. Los mismos intérpretes eran con frecuencia mestizos que, si bien conocían los idiomas respectivos en forma hablada, rara vez sabían leer o escribir. Como ocurre a menudo en las comunicaciones estrictamente orales, tanto ellos como los indios dependían de una variopinta imaginería para dar expresión a sus pensamientos, de manera que las versiones inglesas abundaban en símiles y metáforas extraídos de la naturaleza. Si un indio elocuente contaba con un intérprete pobre, sus palabras podían verse convertidas en la prosa más anodina, pero no era menos cierto que un buen intérprete podía hacer que un orador mediocre sonara lleno de poesía.

La mayoría de los caudillos indios hablaban cándida y libremente en los consejos; pero, cuando al correr de los años fueron haciéndose más refinados, fue raro que exigieran el derecho de elegir sus propios intérpretes y notarios. En este último período todos los miembros de la tribu gozaban de igual libertad de expresión, y algunos de los más ancianos hicieron uso de estas ocasiones para recordar detalles de sus años jóvenes, ofreciendo interesantísimas recapitulaciones de la historia de su pueblo. Aunque los indios que vivieron esa negra hora de su historia han muerto hace mucho tiempo, su voz permanece registrada en millones de palabras conservadas en los archivos oficiales. Muchas de ellas han visto incluso la luz en documentos históricos publicados por el gobierno.

De estas fuentes de historia oral casi perdida he tratado de extraer una narración acerca de la conquista del Oeste americano, según fue vivida por sus víctimas y valiéndome de sus propias palabras en lo posible. Los lectores norteamericanos que han dirigido su mirada al Oeste, al leer

acerca de este período, deben proceder a la inversa al seguir el texto presente.

No es un libro alegre, pero la historia conoce vericuetos para llegar al presente y, quizá, quienes lo lean se harán una idea más clara acerca de cómo es el indio norteamericano, al saber cómo fue en tiempos pasados. Es posible que se sorprendan al oír palabras justas y razonables en boca de indios, que en el mito norteamericano aparecen estereotipados como salvajes despiadados. Acaso les quepa también aprender algo acerca de su propia relación con la madre tierra, de un pueblo dedicado enteramente a su preservación y cuidado. Los indios sabían que la vida dependía de la tierra y de sus recursos, que América era un paraíso, y no podían comprender por qué los intrusos del Este parecían resueltos a destruir todo lo que siendo indio era también americano.

Y si algún lector llega a tener ocasión de contemplar la pobreza, la desesperanza y la sordidez de una reserva india moderna, puede que le sea posible comprender verdaderamente las razones.

DEE BROWN
Urbana, Illinois. Abril, 1970.

Yo no estaré allí. Me alzaré y pasaré.
Enterrad mi corazón en Wounded Knee.
STEPHEN VINCENT BENÉT

I. DE MANERAS DECOROSAS Y ENCOMIABLES

¿Dónde están hoy los pequots? ¿Dónde los narragansetts, los mohicanos, los pokanokets, y otras, un día poderosas tribus de nuestro pueblo? ¿Han desaparecido bajo la avaricia y la opresión del hombre blanco, como la nieve bajo el sol estival? ¿Vamos a permitir, a nuestra vez, que se nos destruya sin lucha? ¿Renunciaremos a nuestros hogares, a nuestro país, don del Gran Espíritu, a las tumbas de nuestros muertos y a lo que nos es querido y sagrado? Sé que gritaréis conmigo: "¡Nunca, nunca!".

TECUMSEH de los shonis

Todo empezó con Cristóbal Colón, quien les dio el nombre de *indios*. Aquellos europeos, los hombres blancos, hablaban dialectos diferentes, y algunos decían *indien*, como otros *indianer* o indios. Lo de *peaux-rouges* o pieles rojas vino más tarde. Como de costumbre, al recibir visitantes, los taínos de la isla de San Salvador ofrecieron regalos a Colón y a sus hombres, y además fueron

objeto de toda suerte de honores. “Tan tratables, tan pacíficos son –escribía Colón a los Reyes Católicos–, que juro a Vuestras Majestades que no hay en el mundo mejor nación. Aman a su vecino como a sí mismos, y su habla, iluminada por una permanente sonrisa, es dulce y cariñosa; y si bien es verdad que andan desnudos, sus maneras, no obstante, son decorosas y encomiables.”

Todo esto, naturalmente, fue interpretado como signo de debilidad, cuando no de paganismo; y Colón, con su moral europea, estaba convencido de que aquellas gentes “debían ser puestas a trabajar, a sembrar y, en fin, llevadas a hacer todo lo necesario para que adoptaran nuestras costumbres”. Durante los cuatro siglos siguientes (1492-1890), varios millones de europeos y sus descendientes tomaron para sí la empresa de imponer sus maneras a aquellas personas del Nuevo Mundo.

Colón tomó diez de sus amables huéspedes y partió con ellos para España, donde se los podría adiestrar en el quehacer propio del blanco. Uno de ellos murió al poco tiempo de llegar, pero no antes de que el bautismo lo hiciera cristiano. Y tan felices se sintieron los españoles de que por su mediación hubiera sido posible la entrada del primer indio en el reino de los cielos, que no dejaron pasar mucho tiempo sin que fuera conocida la noticia en todas las Indias Occidentales.

Los taínos y otros pueblos arahuacos no se resistieron a la conversión impuesta por los europeos, pero sí al hecho de que aquellos barbudos extranjeros empezaran muy pronto a batir sus tierras e islas en busca de oro y de piedras preciosas.

Las comunicaciones entre las tribus del Nuevo Mundo eran lentas y las noticias sobre las barbaridades de los europeos rara vez se adelantaban a la rápida expansión de sus

conquistas y asentamientos. Sin embargo, mucho antes de que aparecieran por Virginia los primeros hombres blancos de habla inglesa, en 1607, habían llegado ya a los powhatans rumores acerca de las técnicas de civilización empleadas por los españoles. Los ingleses se valieron de métodos más sutiles. Para asegurarse la paz, por lo menos durante el tiempo suficiente para consolidar su asentamiento en Jamestown, pusieron una corona dorada sobre la cabeza de Wahunsonacook, a quien dieron el nombre de rey Powhatan, y lo convencieron de que debía hacer que su gente trabajara para suministrar alimentos a los nuevos colonos. Wahunsonacook vaciló un tiempo entre la lealtad que debía a sus rebeldes súbditos y el acatamiento a las consignas de los ingleses, pero cuando su hija Pocahontas se casó con John Rolfe, parece que decidió que era inglés antes que indio. A su muerte, los powhatans se levantaron en un intento de devolver a los ingleses al mar del que habían venido; menospreciaron, sin embargo, el poder de las armas de aquellos y, de 8.000, los powhatans se vieron reducidos a un millar escaso.

En Massachusetts la historia comenzó de manera algo diferente, pero el final fue virtualmente idéntico al de Virginia. Desde la llegada de los ingleses a Plymouth, en 1620, a la mayoría de ellos no les habría aguardado otra cosa que la muerte por hambre, de no mediar la amistosa ayuda de los nativos del Nuevo Mundo. Un pemaquid llamado Samoset y tres wampanoags, que respondían a los nombres de Massasoit, Squanto y Hobomah, asumieron con espontaneidad la tarea de tratar con los recién llegados en nombre de su pueblo. Los tres hablaban inglés, que habían aprendido de los exploradores ocasionalmente llegados años antes. Squanto había sido raptado por un marinero inglés, que lo vendió como esclavo en España, de donde más tarde

logró huir por mediación de un compatriota de su primer agresor, para regresar de nuevo a su país de origen. Tanto él como los demás nativos acogieron a los peregrinos como a niños desvalidos; con ellos compartieron el grano de las reservas tribales, les enseñaron a pescar y lograron que superaran su primer invierno. A la llegada de la primavera les proporcionaron semilla y cuidaron de que ésta fuera plantada y cultivada en la forma debida.

Durante varios años, estos ingleses y sus vecinos indios vivieron en paz. Pero los barcos que transportaban más y más hombres blancos se sucedían. El chasquido metálico de las hachas y el retumbar de los árboles abatidos levantaban ecos a todo lo largo de las costas de lo que el blanco llamaba ahora Nueva Inglaterra. Los asentamientos humanos se amontonaban, y en 1625 algunos de los colonos solicitaron a Samoset la cesión de 4.800 hectáreas más de tierra pemaquid. Samoset sabía que la tierra provenía del Gran Espíritu, que era infinita como los cielos y que no pertenecía a los hombres. Sin embargo, para complacer a aquellos extraños en sus no menos insólitas costumbres, convino en participar en una ceremonia, durante la cual puso su marca para aquéllos sobre un papel. Se consumaba así la primera cesión de tierra india a los colonos ingleses.

En su gran mayoría, los nuevos colonos no se preocuparon por observar formalismo alguno. Cuando en 1662 murió Massasoit, gran jefe de los wampanoags, sus súbditos fueron inexorablemente empujados selva adentro. Su hijo Metacom previó la catástrofe para todos los indios, a menos que éstos se unieran para resistir a los invasores. Y aunque aquellos "nuevos ingleses" se cuidaron de halagarlo y lo coronaron como rey Felipe de Pokanoket, él no dejó de dedicar la mayor parte de su actividad y tiempo a concertar alianzas con los narragansetts y demás tribus de la región.

En 1675, tras una serie de insultantes hechos por parte de los colonos, el rey Felipe llevó su confederación india a la guerra, para salvar a sus tribus de la extinción. Los indios atacaron 52 asentamientos y destruyeron por completo 12 de ellos; sin embargo, al cabo de muchos meses de campaña, las armas de fuego de los colonos habían exterminado virtualmente a todos los wampanoags y narragansetts. El rey Felipe murió y su cabeza fue expuesta públicamente en Plymouth durante 20 años. Su mujer y su hijo, junto con otras mujeres y niños capturados, fueron vendidos como esclavos en las Indias Occidentales (Antillas).

Cuando los holandeses llegaron a la isla de Manhattan, Peter Minuit se hizo con ella a cambio de anzuelos para pescar y cuentas de cristal por valor de 60 florines, si bien animó a los indios a que se quedaran allí para poder continuar el canje de sus valiosas pieles por abalorios. En 1641, Willem Kieft sometió a tributo a los mohicanos y envió soldados a Staten Island para castigar a los raritanos por supuestas ofensas que, en realidad, habían sido cometidas por colonos blancos. Los raritanos se resistieron y los soldados mataron a cuatro de ellos. En represalia, los indios hicieron otro tanto con igual número de holandeses, razón por la cual Kieft ordenó el exterminio total de los poblados durante la noche, mientras sus habitantes dormían. Los soldados holandeses acuchillaron a hombres, mujeres y niños, despedazaron sus cuerpos exánimes y prendieron fuego a todas las chozas.

Durante los dos siglos siguientes, estas escenas se sucedieron a medida que los colonos avanzaban hacia el interior, a través de los pasos que franqueaban los montes Alleghenies y corriente abajo de los ríos tributarios de las "Grandes Aguas" (Mississippi) y subsidiarios del "Gran Fangoso" (Missouri).

Las Cinco Naciones de los iroqueses, las tribus más poderosas y civilizadas entre las orientales, trataron en vano de conseguir la paz. Tras años de incesante derramamiento de sangre para salvar su independencia política, sucumbieron como las demás a la derrota. Algunas se dispersaron por Canadá, otras huyeron hacia el oeste; las demás se resignaron a vivir confinadas en las reservas.

Durante la década de 1760, Pontiac, de los ottawas, trató de reunir a las tribus dispersas para hacer, en un intento desesperado, que los británicos desandaran su camino y cruzaran los Alleghenies en sentido inverso. El empeño fue en vano y su mayor error consistió en haber confiado en la palabra de los blancos francófonos, que lo abandonaron en el crucial sitio de Detroit pese a sus renovadas promesas de ayuda.

Una generación más tarde, Tecumseh, de los shonis, logró formar una gran confederación de tribus del sur y medio oeste del país para proteger a sus tierras de todo intento de invasión. Su sueño murió con él durante una de las batallas de la célebre guerra de 1812.

Los miamis, a su vez, presentaron desde 1795 hasta 1840 batalla tras batalla; de este modo debieron firmar más y más tratados y ceder sus tierras del rico valle del Ohio, hasta que gradualmente se vieron desposeídos de todos sus bienes.

Cuando los colonos blancos empezaron a irrumpir en las tierras de Illinois, después de la guerra de 1812, su penetración empujó a los sauks y a los poxes más allá del Mississippi. Con todo, uno de los jefes de segunda fila, Halcón Negro (Black Hawk), rehusó retroceder, y formando una alianza con los winnebagos, pottowatomies y kickapoos, declaró la guerra contra el invasor blanco. Una banda de winnebagos, que aceptó la oferta de 20 caballos y 100 dólares hecha por uno de los jefes blancos, traicionó a Halcón

Negro, que fue capturado en 1832 y llevado al este para su confinamiento y para satisfacción de la morbosa curiosidad de la gente. A su muerte, acaecida en 1838, el gobernador del recién creado territorio de Iowa obtuvo su esqueleto y lo instaló en su oficina a la vista del público.

En 1829, Andrew Jackson, llamado Cuchillo Acerado (Sharp Knife) por los indios, accedió a la presidencia de Estados Unidos. Durante su gestión castrense en la frontera, Cuchillo Acerado y sus hombres habían dado muerte a miles de cherokees, chickasaws, choctaws, creeks y seminolas, pero estas tribus sureñas eran tenaces y se mantenían aferradas a sus tierras, por lo demás asignadas a ellos por diversos tratados acordados con los blancos. El primer mensaje de Cuchillo Acerado a los miembros del Congreso contenía la recomendación de trasladar cuanto antes a todos aquellos indios, en dirección oeste, mucho más allá de las márgenes del Mississippi. "Apunto la conveniencia de disponer un amplio distrito al oeste del Mississippi [...] para usufructo de las tribus indias en tanto lo ocupen."

Aunque la puesta en práctica de esta ley sólo significaba añadir un eslabón más a la larga cadena de promesas hechas a los indios del este, y luego rotas sin más contemplaciones, Cuchillo Acerado estaba convencido de que blancos e indios jamás podrían convivir en paz y de que su plan haría posible establecer una promesa real, que no tenía por qué verse traicionada. El 28 de mayo de 1830 la moción de Cuchillo Acerado se convirtió en ley.

Dos años más tarde nombró un delegado de Asuntos Indios, agregado al Departamento de Guerra, con la tarea expresa de cuidar de que la nueva ley fuera acatada. Consiguientemente, el 30 de junio de 1834 el Congreso aprobó un "Acta reguladora del comercio y trato con las tribus indias y preservadora de la paz en la frontera" (*Act to*

Regulate Trade and Intercourse with the Indian Tribes and to Preserve Peace on the Frontiers). Todos los territorios de los Estados Unidos situados al oeste del Mississippi “y fuera de los estados de Missouri y Louisiana, o del territorio de Arkansas” constituían la nación india. Ningún blanco podría comerciar en territorio indio sin estar provisto de la adecuada licencia. Ningún comerciante de reconocido mal carácter podría residir en territorio indio, y a ninguna persona blanca, en general, le sería permitido establecerse en él. Las fuerzas militares de los Estados Unidos velarían por el cumplimiento de lo dispuesto y aprehenderían inmediatamente a todo infractor.

Sin embargo, antes de que estas disposiciones fueran aplicadas *de facto*, una nueva oleada de colonos había irrumpido hacia el oeste y formado los territorios de Wisconsin y Iowa. El hecho hizo que los políticos de Washington se vieran obligados a trasladar la “frontera india permanente” desde el río Mississippi hasta el meridiano 95. (Esta línea discurría desde Lake of the Woods, donde se encuentra ahora la frontera Minnesota-Canadá, y Louisiana, hasta la bahía de Galveston, en Texas.) Para mantener a los indios más allá del meridiano 95 y evitar al mismo tiempo que los blancos lo traspasaran sin autorización, se decidió el acuartelamiento de soldados en una cadena de puestos militares que discurrían en dirección sur, desde Fort Snelling, en el río Mississippi, hasta los fuertes Atkinson y Leavenworth, en el Missouri; Gibson y Smith, en el Arkansas; Towson, en el Rojo, y Jesup, en Louisiana.

Más de tres siglos habían transcurrido ya desde que Cristóbal Colón llegara a las playas de San Salvador, y más de dos desde que lo hicieran los ingleses a Virginia y Nueva Inglaterra. Para entonces, los amistosos taínos que le dieron la bienvenida a Colón ya habían sido enteramente

exterminados. Mucho antes de la muerte del último de ellos había desaparecido su sencilla cultura artesana y agrícola, reemplazada por vastas plantaciones de algodón atendidas por esclavos. Los colonos blancos asolaron los bosques tropicales para extender sus cultivos, los algodones agotaban la tierra, los vientos, imposibles de contener por ninguna muralla vegetal, cubrían los campos de arena. Cuando Colón contempló la isla por primera vez, la describió como “muy grande, llana y verde por los infinitos árboles [...]”; tan verde que causa placer contemplarla”. Los europeos que le sucedieron destruyeron la vegetación y la fauna – humana y animal– y, tras convertirla en un páramo, la abandonaron.

Del continente americano ya habían desaparecido los wampanoags de Massasoit y el rey Felipe, también los chesapeake, los chickahominys y los potomacs de la gran Confederación Powhatan. (Sólo Pocahontas era aún recordada.) Dispersos o reducidos a tristes residuos estaban los pequots, montauks, naticokes, machapungas, catawbas, cheraws, miamis, hurones, eries, mohawks, senecas y mohicanos (vivía aún el recuerdo de Uncas). Sus musicales nombres permanecieron fijados para siempre en la tierra americana, que acogió también sus huesos olvidados en millares de poblados incendiados y entre los restos de bosques, cuya desaparición progresaba aceleradamente bajo las hachas de 20.000.000 de invasores. Las corrientes frescas, y un día potables, que en su mayoría llevaban airesos nombres indios, aparecían ya fangosas y corrompidas por los desechos de los hombres blancos; la tierra era maltratada y arrasada. A los indios les parecía que esos europeos sentían un odio irreprimible por todo lo natural, los bosques llenos de vida, con sus aves y bestias, los herbosos remansos, el agua, la tierra y el aire mismo.

La década siguiente al establecimiento de la “frontera india permanente” trajo malas consecuencias para las tribus orientales. La gran nación cherokee había sobrevivido a más de cien años de lucha con el hombre blanco, de enfermedades, de whisky; ahora, sin embargo, se acercaba su fin. Dado que el número de cherokees se cifraba en varios millares, su traslado al oeste se había planeado por etapas, pero el descubrimiento de oro en sus territorios, los Apalaches, hizo que se exigiera su expulsión total e inmediata. Durante el otoño de 1838, los soldados del general Winfield Scott concentraron a todos los indios en campos dispuestos al efecto. (Unos pocos centenares huyeron a las Smoky Mountains y, muchos años más tarde, les fue dada una pequeña reserva en Carolina del Norte.) Desde estos campos de confinamiento empezó a conducírseles al oeste de la Gran Reserva o Indian Territory. Uno de cada cuatro cherokees murió de frío, hambre o enfermedad durante este éxodo invernal, que pasó a ser conocido entre ellos como la “senda de las lágrimas”. Los choctaws, chickasaws, creeks y seminolas abandonaron también sus tierras del sur. En el norte, los restos supervivientes de los shonis, miamis, ottawas, hurones, delawares, y de muchas otras tribus otrora poderosas, recorrían cansinos el camino que los llevaba mucho más allá del Mississippi, a pie, a caballo, o en carromato, con sus desvencijados bienes, aperos enmohecidos y sacos casi desfondados donde se perdían unas miserables semillas de maíz. Todos llegaron como refugiados, personificando la viva imagen del pariente pobre en el país de los orgullosos y libres indios de las llanuras.

Cuando los refugiados apenas se habían instalado tras la seguridad de la “frontera india permanente”, los soldados empezaron a marchar hacia el oeste a través de su territorio.

Los hombres blancos de los Estados Unidos –que hablaban demasiado de paz y rara vez parecían practicarla– se dirigían a la guerra contra otros blancos, aquellos que habían vencido a los indios de México. Terminada la guerra con México en 1847, Estados Unidos tomó posesión de una vasta porción de territorios que se extendía desde Texas hasta California. Toda la zona, sin excepción, se encontraba al oeste de la “frontera india permanente”.

En 1848 se descubrió oro en California. En pocos meses eran millares los ávidos buscadores de fortuna que atravesaban el territorio indio. No era rara la presencia ocasional de algún buhonero, trampero o misionero a lo largo de las rutas de Oregón y Santa Fe, y los indios que cazaban o vivían en aquellos parajes se habían acostumbrado ya a esta fugaz compañía. Pero, de repente, sendas y caminos se poblaron de carromatos, y éstos iban atestados de gente blanca. La mayoría iba en busca del oro de California; otros, sin embargo, giraban hacia el suroeste, en dirección a México, o hacia el noroeste con destino al territorio de Oregón.

Para justificar estas transgresiones de la “frontera india permanente”, los políticos de Washington inventaron lo del Destino Manifiesto (Manifest Destiny), concepto y término que elevaron la avidez de tierra a extremos desorbitados. Los europeos y sus descendientes debían, siguiendo su destino, dominar América. Constituían la raza dominante y ello los hacía, por consiguiente, responsables tanto de los indios como de sus tierras, bosques y riquezas minerales. Sólo los habitantes de Nueva Inglaterra, que habían exterminado ya o expulsado a todos sus indios, se pronunciaron en contra del Destino Manifiesto.

En 1850, aunque ninguno de los modocs, mojaves, piutes, shastas, yumas, ni el centenar o más de pequeñas tribus

menos conocidas que se sucedían a lo largo de la costa del Pacífico fueron objeto de consulta alguna, California se convirtió en el trigésimo quinto estado de la Unión. Más oro fue descubierto en las montañas de Colorado y más fueron las hordas de buscadores que irrumpieron en la pradera. Dos nuevos territorios de enorme extensión adquirieron carta de naturaleza, Kansas y Nebraska, que ocupaban virtualmente la totalidad del país habitado por las tribus de las llanuras. En 1858, Minnesota se convirtió en estado y sus límites se extendieron hasta unos 160 kilómetros más allá del meridiano 95, la "frontera india permanente".

Así, sólo un cuarto de siglo después de que entrara en vigor la ley de Cuchillo Acerado "Reguladora del comercio y trato con los indios", los colonos blancos habían traspasado por ambos flancos, norte y sur, los límites del meridiano 95, mientras avanzadillas de mineros y mercaderes habían hecho otro tanto por el centro.

Entonces, a principios de la década de 1860, los hombres blancos de los Estados Unidos entraron en guerra, unos con otros, chaquetas azules contra chaquetas grises: la Guerra de Secesión. Para entonces se elevaba probablemente a 300.000 el número de indios existentes en los Estados Unidos y sus territorios, la mayoría pobladores de las tierras que quedaban al oeste del Mississippi. De acuerdo con varias estimaciones, su número se había reducido a la mitad o en dos terceras partes desde la llegada de los primeros colonos a Virginia y Nueva Inglaterra. Los supervivientes se veían ahora aprisionados entre poblaciones blancas, progresivamente crecientes tanto en el este como en las costas occidentales del Pacífico; más de 30.000.000 sumaban ya los europeos y sus descendientes. Si las tribus que habían logrado sobrevivir creían que la guerra civil de los blancos levantaría parte del opresivo asedio que sufrían sus

territorios, la realidad no tardó en desengañarlos.

La tribu occidental más poderosa y nutrida era la de los sioux o dakotas, subdividida a su vez en varias facciones. Los sioux santees vivían en los bosques de Minnesota, de donde se habían retirado gradualmente en el curso de los últimos años, ante el avance de los colonos. Tras haber sido llevado de visita por varias ciudades del este, Pequeña Corneja (Little Crow) de los mdewkanton santees, estaba convencido de que el poder de los Estados Unidos era irresistible. Aunque a disgusto, pues trataba de contemporizar con los deseos del hombre blanco, Wabasha, otro jefe santee, había aceptado también lo inevitable; pero uno y otro estaban decididos a oponerse a cualquier nuevo expolio.

Más al oeste, en las Grandes Llanuras, estaban los sioux tetons, que contaban con caballos, eran totalmente libres y no dejaban de menospreciar un tanto a sus primos forestales santees, que habían capitulado ante el blanco. Los más numerosos y más confiados en su capacidad para defender su territorio eran, dentro de esta facción, los que formaban el grupo oglala. Al comienzo de la guerra civil del hombre blanco, su jefe más sobresaliente era Nube Roja (Red Cloud), astuto guerrero que en aquel entonces contaba con treinta y ocho años. Demasiado joven aún para ser considerado guerrero era Caballo Loco (Crazy Horse), un inteligente y osado adolescente oglala.

Entre los hunkpapas, una división más pequeña de los sioux tetons, un joven de aproximadamente veinticinco años se había ganado ya una merecida reputación como cazador y guerrero. En los consejos tribales abogaba siempre por una irreductible oposición a todo nuevo amago de expolio por parte del hombre blanco. Su nombre era Tatanka Yotanka, Toro Sentado (Sitting Bull). A su cargo estaba un huérfano llamado Gall, quien, 16 años más tarde, en 1876, haría

historia junto a Caballo Loco de los oglalas.

Aunque no había cumplido aún los cuarenta, Cola Moteada (Spotted Tail) era ya el principal portavoz de los tetons brulés, que poblaban las llanuras más remotas del Lejano Oeste. Era un indio risueño y apuesto a quien gustaban las fiestas y las mujeres sumisas. Le agradaban su forma de vida y la tierra que le daba marco, pero estaba dispuesto a llegar a un compromiso con tal de evitar la guerra.

Estrechamente relacionados con los sioux tetons se encontraban los cheyenes. Años atrás éstos habían vivido en las tierras de los sioux santees, en el territorio de Minnesota, pero se habían desplazado de manera gradual hacia el oeste, al tiempo que adquirían caballos. Ahora, los cheyenes del norte acampaban junto al Powder River, en el territorio Bighorn, frecuentemente a la vista de las tiendas de los sioux. A sus cuarenta y tantos años, Cuchillo Embotado (Dull Knife) era uno de los jefes más sobresalientes de la rama norteña de la tribu. (Para los suyos, Cuchillo Embotado era Lucero del Alba [Morning Star], pero los sioux le aplicaban el primer nombre, que es usado asimismo en la mayoría de los relatos contemporáneos.)

Los cheyenes del sur se habían dispersado más allá del río Platte y establecieron pequeñas colonias en las llanuras de Colorado y Kansas. Cazo Negro (Black Kettle), de la rama sureña, había sido un gran guerrero en su juventud. Ahora, en plena madurez, seguía siendo el jefe reconocido, aunque los hombres más jóvenes y los hotamitanios (soldados perro) preferían jefes de su misma generación, como Toro Alto (Tall Bull) y Nariz Romana (Roman Nose), en la plenitud de sus fuerzas.

Los arapajos eran antiguos aliados de los cheyenes y ocupaban la misma zona. Algunos permanecieron con la rama norteña, otros siguieron a las colonias del sur. Tenía

poco más de cuarenta años y Pequeño Cuervo (Little Raven) era, por entonces, el jefe más conocido.

Al sur de las praderas de búfalos de Kansas-Nebraska se encontraban los kiowas. Los más viejos entre ellos recordaban aún las Colinas Negras de su infancia, pero la tribu había sido empujada hacia el sur por las acometidas combinadas de los sioux, cheyenes y arapajos. Hacia 1860, los kiowas habían hecho la paz con las tribus de las llanuras del norte y se habían aliado, además, con los comanches, cuyas tierras meridionales compartían. Entre los kiowas se encontraban varios jefes famosos: Satank, quien entraba ya en la senectud; dos jóvenes vigorosos y aguerridos de treinta y tantos años, Satanta y Lobo Solitario (Lone Wolf), y un gran negociador y estadista, Ave Coceadora (Kicking Bird).

Los comanches, siempre en movimiento y divididos en numerosas bandas pequeñas, carecían de una jerarquía como la de sus aliados. El anciano Diez Osos (Ten Bears) era más poeta que guerrero. En 1860, el mestizo Quanah Parker, que conduciría a los comanches en su último esfuerzo por salvar sus praderas de búfalos, no había cumplido aún veinte años.

En el árido suroeste se encontraban los apaches, veteranos que arrastraban 250 años de continua guerrilla contra los españoles, que jamás lograron someterlos. Aunque escasos en número –probablemente pasaban de 6.000 y estaban divididos en varias bandas–, su reputación como defensores tenaces de aquellas tierras áridas y desoladas ya estaba más que bien establecida. Mangas Colorado, su jefe, de casi setenta años de edad, había firmado un tratado de paz con los Estados Unidos, aunque para entonces no pudiera ya reprimir su creciente desilusión ante la ininterrumpida invasión de mineros y soldados. Cochise, su yerno, creía aún poder entenderse con los americanos blancos. Victorio y

Delshay, por su parte, desconfiaban de los intrusos blancos y procuraban mantenerse alejados de ellos. Nana, a sus sesenta y tantos años, pero duro y correoso como la piel curtida, no veía diferencia alguna entre los blancos angloparlantes y los hispanoparlantes mexicanos a los que habían combatido toda su vida. Jerónimo, de poco más de veinte años, no era conocido aún.

Los navajos, parientes lejanos de los apaches, habían decidido adoptar algunas costumbres de los españoles y, así, criaban ovejas y cabras y cultivaban grano y frutas. Como ganaderos y tejedores, algunas bandas de la tribu habían alcanzado cierta fortuna. Otros continuaban siendo nómadas y seguían con sus esporádicos asaltos contra sus viejos enemigos, los pueblos, contra los colonos blancos, y hasta contra los miembros más afortunados de su misma tribu. Manuelito, fornido ganadero de poblados mostachos, había sido elegido jefe de la tribu durante una reunión realizada al efecto en 1855. En 1859, después de que una banda de navajos vagabundos atacara a unos ciudadanos estadounidenses en su territorio, el ejército aplicó severas represalias, aunque no contra los culpables de la fechoría, sino indiscriminadamente, pues destruyeron los corrales y dieron muerte a las reses pertenecientes a Manuelito y a los miembros de su banda. Para 1860, Manuelito y algunos de sus seguidores navajos estaban empeñados en una guerra no declarada contra los Estados Unidos, en el norte de Nuevo México y Arizona.

En las Montañas Rocosas, al norte del territorio ocupado por los navajos y los apaches, la agresiva tribu montañesa de los utes infligía duros golpes a sus vecinos más pacíficos del sur. Ouray, su jefe más conocido, favorecía las relaciones con los blancos y llegó al extremo de alistarse con éstos en calidad de mercenario para combatir a otras tribus indias.

En el Lejano Oeste, la mayoría de las tribus eran demasiado pequeñas, débiles o dispersas, para ofrecer una resistencia seria. Los modocs del norte de California y sur de Oregón no pasaban de 1.000 y apenas lograban sostener una esporádica guerra de guerrillas para defender sus tierras. Kintpuash, llamado Captain Jack por los colonos californianos, no era más que un adolescente en 1860; su trágica gesta como líder de su pueblo ocurriría 12 años más tarde.

Al noroeste de las tierras de los modocs, los nez percés habían vivido en paz con los blancos desde que Lewis y Clark pasaron por su territorio en 1805. En 1855, una rama de la tribu accedió a ceder una parte de sus tierras a los Estados Unidos y a vivir dentro de los límites de una vasta reserva establecida para ellos con este objeto. Otras bandas de la misma tribu estaban dispersas entre las Blue Mountains de Oregón y las Bitterroots de Idaho. Dada la enorme extensión del noroeste americano, los nez percés jamás creyeron que alguna vez dejaría de haber suficiente tierra para que blancos e indios vivieran en paz, sin interferencia de costumbres ni oposición de intereses. En el año 1877, Heinmot Tooyolaket, conocido más tarde como Jefe Joseph, debió decidir entre dos opciones fatales: guerra o paz. En 1860 no era más que el hijo de un jefe, y no tenía más de veinte años.

En el territorio de los piutes, de Nevada, un niño que en aquel entonces no contaba más que cuatro años sería con el tiempo un efímero pero poderoso jefe de los indios del oeste. Su nombre era Wowoka, y su presencia se convertiría en mesiánica para su gente.

Durante los 30 años siguientes, todos estos jefes y muchos otros harían su entrada en la historia y en la leyenda. Sus nombres llegarían a ser tan conocidos como los de los hombres que trataron de destruirlos. La mayoría,

jóvenes y viejos, volverían a la madre tierra mucho antes de que tuviera lugar el fin simbólico de la libertad de su pueblo, en 1890, en Wounded Knee. Ahora, un siglo más tarde, en una edad carente de héroes, quizá sean ellos los más heroicos entre todos los americanos.

II. LA LARGA MARCHA DE LOS NAVAJOS

1860: El 21 de marzo, el Congreso de los Estados Unidos aprueba la Ley de Predesahucio (Pre-emption Bill), adjudicando la tierra libre a los colonos en los territorios del Oeste. El 3 de abril parte de Saint Joseph, Missouri, el primer Pony Express con correo para Sacramento, California, adonde llega el 13 del mismo mes; el 23, la convención nacional demócrata que se celebra en Charleston, Carolina del Sur, revela las grandes discrepancias existentes en cuanto al problema de la esclavitud. La republicana, a su vez, que tiene lugar en Chicago, del 16 al 18 de mayo, nombra a Abraham Lincoln candidato a la Presidencia. En junio, la población de los Estados Unidos asciende a 31.443.321 habitantes. En julio se inventa el rifle de repetición Spencer. El 6 de noviembre, Abraham Lincoln obtiene sólo el 40% del voto popular, pero gana la presidencia. El 20 de diciembre, Carolina del Sur se separa de la Unión.

1861: El 4 de febrero se organiza el congreso confederado en Montgomery, Alabama. El 9 de febrero, Jefferson Davies es elegido presidente de los estados confederados. El 11 de febrero, Abraham Lincoln se despide de sus amigos y vecinos de Springfield, Illinois, y toma el tren para Washington. En marzo, el presidente Davies solicita 100.000 soldados para defender la confederación. El 12 de abril, los confederados abren fuego sobre Fort Sumner, que cae dos días después. El 15 de abril, el presidente Lincoln llama a las armas a 75.000 voluntarios. El 21 de julio tiene lugar la primera batalla de Bull Run; el ejército de la Unión retrocede sobre Washington. El 6 de octubre, estudiantes rusos en huelga clausuran la Universidad de San Petersburgo; el 25 del mismo mes se completa la línea de Pacific Telegraph entre St. Louis y San Francisco. El 5 de diciembre se patenta el revólver Gatling. El 14 de diciembre, los británicos lloran la muerte de Alberto, príncipe consorte de la reina Victoria. El 30 de diciembre, los bancos estadounidenses suspenden los pagos en oro.

En tiempo de nuestros padres se oyó decir que llegaban los estadounidenses por el oeste, a través del gran río. [...] Oímos hablar de pistolas, pólvora y plomo –armas de yesca y pedernal primero, de fulminante luego; ahora, de rifles de repetición. Vimos a los estadounidenses por primera vez en Cottonwood Wash. Habíamos guerreado contra los mexicanos y los pueblos. De los primeros capturamos muchas mulas, no les faltaban. Llegaron los estadounidenses para comerciar con nosotros. A su llegada celebramos una gran fiesta y ellos bailaron con nuestras mujeres. Nosotros comerciamos también.

MANUELITO de los navajos

Manuelito y otros jefes navajos firmaron varios tratados con los estadounidenses. “Entonces los soldados construyeron el fuerte aquí –recordaba Manuelito–, y nos delegaron un agente, que nos aconsejó buena conducta. Nos dijo que debíamos vivir en paz con los blancos, y respetar nuestras promesas. Éstas las pusieron en un papel, para que jamás se nos olvidaran.”

Manuelito trató de no faltar a las promesas que establecía el tratado, pero cuando los soldados llegaron, quemaron sus apriscos y dieron muerte a todas las reses por algo que un grupo innominado de pendencieros navajos había perpetrado; su ira se volcó sobre los estadounidenses. Él y su banda habían sido ricos y los soldados los habían empobrecido de nuevo. Para volver a ser ricos debían reanudar sus depredaciones en las tierras de los mexicanos, más al sur, que los llamaban ladrones. Las incursiones de los mexicanos contra los navajos, con intención de apresar a sus jóvenes y convertirlos en esclavos, y las de éstos contra aquéllos, en cruenta represalia, se recordaban desde tiempo inmemorial.

Cuando los estadounidenses llegaron a Santa Fe, dieron a este territorio el nombre de Nuevo México. Allí extendieron su protección sobre los mexicanos, puesto que éstos se habían convertido en ciudadanos estadounidenses. No era el caso de los navajos, que eran indios, y cuando se produjeron sus incursiones contra los ciudadanos de nuevo cuño, la llegada de destacamentos militares de castigo no se hizo esperar. La situación no dejaba de presentarse confusa y muy desagradable para Manuelito y su gente, que sabía

perfectamente que muchos mexicanos llevaban sangre india en sus venas y, sin embargo, jamás eran objeto de la persecución de los soldados cuando raptaban a los niños de los navajos.

El primer fuerte que los estadounidenses construyeron en territorio navajo estaba en un valle cubierto de hierba, a la entrada de Canyon Bonito. Su nombre era Fort Defiance y los prados que lo rodeaban se convirtieron en pastos de uso exclusivo del fuerte, con gran disgusto de Manuelito y los suyos, que los tenían en gran estima. Pero las órdenes del soldado jefe a este respecto fueron claras. La ausencia de cercados hacía que Manuelito y su gente no pudieran evitar que sus animales traspasaran en ocasiones los límites prohibidos, y así, una mañana, una compañía de soldados a caballo irrumpió decidida desde el fuerte y dio muerte a todos los animales pertenecientes a los navajos.

Para restituir sus pérdidas, los navajos cayeron sobre las manadas y convoyes de aprovisionamiento de los soldados. Éstos, a su vez, empezaron a atacar sin aviso a las bandas de navajos. En febrero de 1860, Manuelito condujo a 500 de sus guerreros a los terrenos donde pacían los caballos del fuerte, a unos pocos kilómetros al norte de Fort Defiance. Resultaron insuficientes las lanzas y flechas de los navajos contra los soldados de la bien armada guardia. Más de 30 bajas les costó la obtención de unos pocos caballos. Durante las semanas siguientes, Manuelito y su aliado Barboncito lograron reunir una fuerza de más de 1.000 hombres con la que rodearon Fort Defiance en las primeras horas de la madrugada del 30 de abril. Dos horas antes del alba, los navajos atacaron el fuerte por tres lados. Estaban decididos a borrar su presencia de la faz de la tierra.

Y casi lo lograron. Precedidos por el ensordecedor ruido de sus pocos y viejos fusiles españoles, consiguieron arrollar a

los centinelas e irrumpir en algunas dependencias. Una verdadera lluvia de flechas caía sobre los soldados. Éstos, sorprendidos, salieron desordenadamente de los barracones y, pasados los primeros momentos de confusión, cerraron filas y en orden escalonado de fuego descargaron sus poderosos mosquetes contra los invasores. Con el sol ya franco, huyeron los navajos hacia las colinas, satisfechos de haber dado, por lo menos, una dura lección a los soldados.

Sin embargo, el ejército de los Estados Unidos consideró que aquel ataque contra la bandera que ondeaba sobre la empalizada de Fort Defiance constituía un acto de guerra. A las pocas semanas, una fuerza compuesta por seis compañías a caballo y nueve de infantería, al mando del coronel Edward Richard Canby, recorría sin descanso las Chuska Mountains en busca de Manuelito y sus rebeldes. Las tropas marcharon de un lado a otro por aquel árido terreno de roca rojiza hasta casi morir de sed y reventar sus caballos. Aunque rara vez se toparon con los navajos, algunos de éstos lograban infligir ocasionales bajas a la columna, atacada de improviso por los flancos y nunca masivamente de frente. Para finales de año, ambas partes se habían cansado ya de aquel juego inútil. Los soldados eran incapaces de castigar a los navajos y éstos, a su vez, de atender a sus cultivos y ganado.

En enero de 1861, Manuelito, Barboncito, Herrero Grande, Armijo, Delgadito y otros jefes ricos convinieron en encontrarse con el coronel Canby en un nuevo fuerte que estaban construyendo los soldados a 55 kilómetros al suroeste de Fort Defiance. Esta nueva plaza había recibido el nombre de Fort Fauntleroy, en honor de un jefe militar. Después de las conversaciones con Canby, los navajos eligieron jefe supremo a Herrero Grande (21 de febrero de 1861) y acordaron que convenía a todos mantener la paz.

Herrero Grande, a su vez, prometió desterrar a todos los ladrones de la tribu, y aunque Manuelito no estaba del todo convencido de que ello fuera tan fácil, unió su nombre al de Canby en el documento que se firmó. Al fin y al cabo, de nuevo floreciente ganadero, creía en las virtudes de la paz y de la honestidad.

A esta reunión de invierno en Fort Fauntleroy siguieron varios meses de amistad entre indios y soldados. Los primeros oyeron relatos de una guerra que había estallado entre los americanos blancos del norte y del sur y se dieron cuenta de que algunos de los hombres de Canby habían cambiado su guerrera azul por otra de color gris, para dirigirse seguidamente al este y unirse a los confederados en la lucha contra los chaquetas azules de la Unión. Uno de los partidos fue Jefe Águila (Eagle Chief), es decir, el coronel Thomas Fauntleroy, cuyo nombre fue borrado del fuerte, que pasó a llamarse en lo sucesivo Fort Wingate.

Durante este tiempo de paz, los navajos acudían con frecuencia a Fort Fauntleroy (Wingate) para comerciar y obtener raciones de comida del agente que el gobierno les había señalado. La mayoría de los soldados los acogían con gusto y pronto se estableció entre ellos la costumbre de celebrar carreras de caballos. Los navajos esperaban estas ocasiones con verdadera pasión, y el día de las carreras eran centenares los hombres que, acompañados de sus mujeres y su prole, acudían a Fort Wingate ataviados con sus mejores galas y en sus ponis preferidos. Una fresca mañana, bañada de sol, en el mes de septiembre, iban a celebrarse varias carreras, entre las cuales merecía especial atención la que iba a disputarse entre Bala de Pistola (Pistol Bullet) –nombre dado por los soldados a Manuelito– y un teniente de la guarnición, el primero sobre un caballo navajo y el segundo sobre uno militar. Innumerables apuestas se cruzaron aquel

día: dinero, mantas, ganado, cuentas de collar, en fin, todo lo que podía reunirse con tal objeto. Los caballos salieron muy juntos, pero, a los pocos segundos, todos pudieron ver que Manuelito tenía dificultades, que perdía el control de su montura y que, finalmente, daba con ella contra un terraplén que limitaba la pista. No tardó en saberse que una de las bridas había sido cortada con un cuchillo. Los navajos apelaron a los jueces –que pertenecían sin excepción al fuerte– y solicitaron que se repitiera la carrera. Los jueces rehusaron y declararon vencedor al caballo militar. De inmediato, los soldados se dirigieron atropelladamente a sus acuartelamientos para recoger las ganancias de sus apuestas.

Enfurecidos por esta artimaña, los navajos se lanzaron tras ellos; los soldados les dieron con la puerta en las narices y, cuando uno de los indios trató de forzar su entrada en el fuerte, un centinela hizo fuego y lo mató.

Lo sucedido después aparece recogido en el informe de uno de los jefes de la guarnición, el capitán Nicholas Hodt:

Los navajos, sus mujeres y niños corrían en todas direcciones, tratando de huir en vano de los tiros y las bayonetas. Yo conseguí reunir una veintena de hombres [...], marché entonces hacia la parte este del puesto; allí se encontraba un soldado, en trance de dar muerte a dos niños pequeños y a una mujer. Grité para que se detuviera, pero él hizo caso omiso, aunque fijó su mirada en mí unos instantes. Corrí tanto como pude pero no logré evitar que asesinara a los dos pequeños e hiriera gravemente a su madre. Ordené que se lo despojara del correa y se lo llevara detenido al fuerte [...]. Entretanto, el coronel había mandado al oficial de guardia a que alistara los cañones de campaña y que apuntara a los indios. El sargento que estaba a cargo de los cañones pretendió no haber comprendido la orden, que consideraba injusta. Sin embargo, ante la airada insistencia del oficial, cargada de amenazas si no obedecía inmediatamente, debió cumplirla para no verse él mismo en peligro. Los indios se dispersaron por todo el valle, atacaron el puesto de los pastos e hirieron al cuidador mexicano, pero no lograron hacerse con ninguna res; víctima de su ataque fue también el correo, a unos 15 kilómetros del fuerte, con el resultado de que el infeliz fue herido en un brazo y perdió todo su equipaje. Después de la matanza no quedaban más que algunas mujeres

indias a la vista, las amantes de los oficiales. Más tarde, el jefe de la guarnición intentó restablecer la paz con los indios y ordenó que algunas de ellas fueran al encuentro de aquéllos para transmitir sus proposiciones; el único resultado de esta gestión fue que ellas recibieron un sañudo azote de sus hermanos de raza.

Desde este día, 22 de septiembre de 1861, habrían de transcurrir muchos más hasta que volviera a reinar la concordia entre hombres blancos y navajos.

Entretanto, un ejército de chaquetas grises confederados había penetrado en Nuevo México y había librado grandes batallas con los chaquetas azules a lo largo del río Grande. Kit Carson *el Lacedador* (Rope Thrower), era uno de los jefes de estos últimos. La mayoría de los navajos confiaban en él porque jamás había dejado de hablarles con sinceridad, y así, no es raro que pensaran hacer la paz por medio de sus buenos oficios, tan pronto como terminaran sus luchas con los chaquetas grises.

Sin embargo, hacia la primavera de 1862 hicieron su llegada muchos más chaquetas azules, que penetraron en Nuevo México procedentes del oeste, y se llamaban a sí mismos Columna de California. Su general, James Carleton, llevaba estrellas en los hombros y era más poderoso que Jefe Águila Carson. Estos californianos acamparon a lo largo del valle del río Grande, pero no tenían qué hacer, puesto que los chaquetas grises habían huido hacia Texas.

Los navajos no tardaron en advertir que Carleton, el Jefe de Estrellas (Star Chief), codiciaba sin el menor disimulo sus tierras y la riqueza que en ellas se pudiera encerrar. “Un dominio principesco –decía él–, un territorio magnífico, en cuanto a pastos y minerales.” Dado que eran muy numerosos los soldados a su mando, y éstos no tenían más ocupación que la de ejercitarse en desfiles o en prácticas de tiro desordenadas, Carleton empezó a buscar enemigos con quienes luchar: los indios. Los navajos, dijo, no eran “más

que lobos que vagan por las montañas” y, por consiguiente, debían ser eliminados.

La atención de Carleton se centró principalmente en los apaches mescaleros, menos de 1.000, dispersos en pequeñas bandas entre los ríos Grande y Pecos. Su plan consistía en matar o capturar a todos los mescaleros y confinar a los supervivientes en una mísera reserva a lo largo del Pecos. Así dejaría las ricas tierras del valle del río Grande libres para reivindicaciones y asentamientos de los ciudadanos estadounidenses. En septiembre de 1862 proclamó la orden:

No habrá lugar para consejos ni conversaciones con los indios. Los hombres morirán cuando quiera y dondequiera se les encuentre. Las mujeres y los niños pueden ser tomados como prisioneros, aunque, desde luego, no se les debe dar muerte.

No era así como Kit Carson trataba con los indios, muchos de los cuales se encontraban entre sus amigos desde sus días de trampero. Envío, pues, a sus hombres a la montaña, pero abrió también varias líneas de comunicación con los jefes mescaleros. Hacia finales de otoño había dispuesto la situación para permitir la visita de cinco jefes a Santa Fe para parlamentar con el general Carleton. En ruta hacia esta ciudad, dos de los jefes y su escolta se encontraron con un destacamento mandado por el capitán James (Paddy) Graydon, en otros tiempos encargado de un *saloon*, quien se mostró muy amistoso para con los mescaleros y les ofreció harina y carne para su largo viaje. Poco después, cerca de Gallina Springs, la avanzadilla de Graydon tropezó de nuevo con los mescaleros. Lo sucedido entonces no está claro porque ninguno de los indios sobrevivió para contarlo. Un jefe de los soldados blancos, el mayor Arthur Morrison, informó brevemente: “La transacción fue llevada de forma muy extraña por el capitán Graydon [...], y, por lo que me cabe entender, parece ser que los engañó al dirigirse hacia

su campamento y darles licor, para matarlos seguidamente con toda alevosía, ya que jamás pasó por la mente de los indios que aquel que poco antes había puesto provisiones a su disposición no llegara de nuevo a ellos sino animado de los mejores deseos y los más amistosos propósitos”.

Los otros tres jefes, Cadette, Chato y Estrellas, llegaron a Santa Fe y aseguraron al general Carleton que su gente estaba en paz con los hombres blancos y que sólo deseaban permanecer tranquilos en sus montañas. “Vosotros sois más fuertes que nosotros –dijo Cadette–. Os hemos combatido en tanto disponíamos de rifles y de pólvora, pero vuestras armas son mejores que las nuestras. Danos otras similares, déjanos ir y combatiremos de nuevo, pero estamos agotados, no nos queda ya más ánimo ni provisiones; no tenemos medios de vida, vuestras tropas se encuentran en todos los sitios, nuestras fuentes y manantiales han sido cegados o se hallan bajo la vigilancia de tus hombres. Nos has expulsado de nuestro último reducto y nuestro ánimo está exhausto. Haz con nosotros lo que creas oportuno, pero no olvides que tratas con hombres, y bravos.”

Con altivez, Carleton informó a los mescaleros de que había sólo una forma posible de alcanzar la paz: debían abandonar su territorio para confinarse en Bosque Redondo, la reserva que les había destinado junto al Pecos. Allí se los mantendría bajo la vigilancia de soldados pertenecientes a un nuevo puesto militar llamado Fort Sumner.

Superados en número por los soldados, incapaces de proteger a sus mujeres y niños, y en la confianza de que no los abandonaría la buena voluntad del Laceador Carson, los jefes mescaleros se sometieron a las exigencias de Carleton y condujeron a su gente al confinamiento de Bosque Redondo.

Con bastante inquietud, los navajos habían observado la

rápida sumisión de sus primos, los apaches mescaleros, a las duras e intransigentes condiciones de Carleton. En diciembre, 18 de los jefes ricos –incluidos Delgadito y Barboncito, pero no Manuelito– se trasladaron a Santa Fe para visitar al general, a quien dijeron que, como representantes de pacíficos pastores y agricultores navajos, llegaban a él para transmitirle sus deseos de paz. Era la primera vez que se encontraban frente a frente con el Jefe de Estrellas Carleton, cuya faz ahora se les mostraba hirsuta, de ojos fieros y labios prietos que delataban al hombre de poco humor. En efecto, no sonreía cuando, sin más preámbulos, les espetó: “No tendréis paz hasta que ofrezcáis otras garantías, además de vuestra mera palabra. Volved a vuestra casa y decídselo así a vuestra gente. No creo en vuestras promesas”.

Hacia la primavera de 1863, la mayoría de los mescaleros habían huido a México o estaban internados en Bosque Redondo. En abril, Carleton se dirigió a Fort Wingate “en busca de información que le permitiera planear una campaña contra los navajos, tan pronto como la hierba hubiera crecido lo suficiente para servir de pasto al ganado”. Antes, sin embargo, convocó una reunión con Delgadito y Barboncito cerca de la localidad de Cubero, y, como en la ocasión anterior, les informó sin ambages de que, para demostrar sus buenas intenciones, debían abandonar con su gente el territorio navajo y reunirse seguidamente con los “satisfechos” mescaleros, que ya estaban en Bosque Redondo, a lo cual Barboncito replicó: “Jamás iré al Bosque. Jamás abandonaré mis tierras, aunque ello me cueste la vida”.

El 23 de junio, Carleton los conminó por última vez a abandonar el territorio y fijó, además, un plazo irrevocable. “Traedme de nuevo a Delgadito y Barboncito –ordenó al comandante de Fort Wingate–. Decidles por última vez que si

no obedecen mis órdenes, me sentiré muy ofendido [...], y que disponen hasta el próximo 20 de julio para internarse en la reserva; *a partir de esta fecha, todo navajo que sea visto fuera de Bosque Redondo será considerado enemigo y tratado como tal*; transcurrido el plazo, les cerraré definitivamente esta salida que aún les ofrezco.” Llegó y pasó la fecha indicada y ningún navajo se había sometido a aquella orden tajante.

Entretanto, Carleton había ordenado a Kit Carson que se dirigiera con sus tropas desde el territorio de los mescaleros a Fort Wingate, donde debía prepararse para una campaña contra los navajos. Carson se resistía; arguyó que él se había ofrecido voluntario para luchar contra los soldados confederados, no contra los indios, y decidió enviar una carta a Carleton en la cual renunciaba a su puesto.

Kit Carson estimaba a los indios. Años atrás había vivido con ellos, en ocasiones por espacio de varios meses, sin comunicación alguna con los hombres blancos. Una mujer arapajo le había dado un hijo y otra cheyene había vivido con él durante cierto tiempo. Sin embargo, después de su matrimonio con Josefa, hija de don Francisco Jaramillo, de Taos, Carson había emprendido una nueva vida, se había enriquecido y había solicitado tierra para fundar un rancho. Descubrió que en Nuevo México había lugar para él, un hombre rudo, supersticioso y analfabeto, en lo más alto incluso de la sociedad. Aprendió a leer y a escribir unas pocas palabras, y a despecho de su escaso 1,65 de estatura, su fama había llegado a las más altas cumbres. Con todo, y a pesar de su renombre, el Laceador jamás logró superar la impresión que le producían las personas bien habladas y mejor vestidas que integraban su nuevo mundo. En 1863, en Nuevo México, el hombre más importante era el Jefe de Estrellas Carleton, así que andando el verano de aquel año,

Kit Carson revocó su renuncia al ejército y se dirigió a Fort Wingate para tomar partido contra los indios navajos. Antes de que finalizara la campaña, los informes que enviaba a sus superiores no parecían sino un eco de los propósitos que en el Destino Manifiesto proclamara el arrogante hombre que sobre él impartía ahora drásticas órdenes.

Los navajos respetaban a Carson como luchador, pero no a sus hombres, los voluntarios de Nuevo México. Muchos de ellos eran mexicanos y los navajos los persiguieron sin cesar desde tiempo inmemorial. El número de navajos era más de diez veces superior al de mescaleros; además, contaban con la ventaja de hallarse en un vasto y accidentado territorio cruzado aquí y allá por profundos cañones, serpenteantes arroyos y altiplanos flanqueados por precipicios. Su reducto más fuerte estaba en el cañón de Chelly, mordido en la tierra roja a lo largo de casi 60 kilómetros, en dirección oeste, a partir de las Chuska Mountains. Estrechándose en algunos lugares hasta una anchura de menos de 50 metros, las rocosas paredes a pico, de las que se proyectaban impresionantes cornisas hasta una altura de 300 metros y más, ofrecían a los navajos excelentes posiciones para la defensa. Aquí y allá, donde el cañón se ensanchaba un centenar de metros, los asediados criaban cabras y ovejas o cultivaban maíz, trigo, fruta o melones. Especialmente orgullosos se sentían de sus huertos de melocotones, cuidados con esmero desde el tiempo de los españoles. Durante la mayor parte del año, el agua fluía en abundancia por el cañón, y había suficientes álamos y bojes para usar como combustible.

Así pues, incluso cuando se enteraron de que Carson había marchado con más de mil hombres sobre Pueblo Colorado y había alistado como mercenarios a sus viejos amigos, los utes, en calidad de rastreadores, la confianza de

los navajos no flaqueó. Los jefes recordaron a su gente cómo en los viejos tiempos habían logrado expulsar al español de sus tierras. “Si vienen los estadounidenses, los mataremos”, prometieron, sin dejar, no obstante, de tomar medidas para poner a salvo a sus mujeres y niños, pues sabían que los utes mercenarios tratarían de hacer de ellos cautivos, para venderlos más tarde a los mexicanos ricos.

A finales de julio, Carson llegó a Fort Defiance, al que dio el nombre del antiguo adversario de los indios, Canby. Partidas de ojeadores y escuchas iniciaron sus reconocimientos, y es probable que su infructuosa búsqueda no le extrañara. Carson sabía que el único modo de conquistar a sus enemigos consistía en lograr la destrucción de sus cultivos y reses, en asolar la tierra. Así, el 25 de julio destacó al mayor Joseph Cummings con la orden terminante de rodear todo el ganado que se encontrara a lo largo del curso del Bonito, y de tomar o quemar, a su vez, todas las cosechas que por ahí pudieran hallarse. Cuando los navajos supieron lo que Cummings estaba haciendo con sus provisiones de invierno, éste pasó a ser un hombre marcado. Poco tiempo después, un experto tirador navajo lo abatió de su montura de un solo disparo y le causó la muerte al instante. Tampoco Carson se vio libre de represalias, razón por la cual sufrió el saqueo de sus corrales y la pérdida de varias ovejas y cabras, además de su caballo favorito.

El general Carleton se sentía mucho más ofendido por estos incidentes que el mismo Carson, quien, al fin y al cabo, había vivido suficiente tiempo con los indios para apreciar estas audaces venganzas. Por fin, el 18 de agosto, el general decidió “estimular el celo” de sus tropas; para ello estableció premios en metálico por cada animal de que fueran desposeídos los navajos: 20 dólares por cada caballo o mula aptos para el servicio y un dólar por cabeza de ganado lanar

que le fuera presentada al comisario nombrado al efecto en Fort Canby.

Dado que la paga de los soldados no llegaba a 20 dólares mensuales, la medida tomada los movió ciertamente a extremar su vigilancia y a extender la caza a los pocos navajos que lograban ver. Para demostrar su capacidad castrense, algunos de los hombres cortaban a sus víctimas el moño anudado con una cinta roja con que de costumbre se adornaban los indios. Los navajos no podían creer que Kit Carson aprobara el escalpamiento, pues lo consideraban una bárbara costumbre introducida por los españoles. (Es posible que no fueran los europeos quienes introdujeron esta práctica en el Nuevo Mundo, pero es un hecho que los colonos españoles, franceses, holandeses e ingleses la hicieron popular, ya que ofrecían recompensas por el cuero cabelludo de sus respectivos enemigos.)

Aunque Carson proseguía con su destrucción de los cultivos de grano, leguminosas y calabazas, su marcha resultaba demasiado lenta para el gusto del general Carleton, de modo que, en septiembre, éste ordenó que todo navajo fuera muerto o apresado sin más contemplaciones. Incluso a Carson le dio escritas en un papel las palabras con que debía dirigirse a los navajos capturados: "Diles: Id a Bosque Redondo si no queréis que os acosemos y destruyamos. No haremos la paz con vosotros en otros términos [...], y esta lucha proseguirá, aunque dure mil años, hasta que dejéis de existir u obedezcáis. No habrá más palabras sobre este asunto".

Hacia esta misma fecha, el general escribía al Departamento de Guerra, centralizado en Washington, para solicitar el envío de otro regimiento de caballería. Eran necesarios más soldados, afirmaba, a causa de un nuevo descubrimiento de oro realizado cerca del territorio de los

navajos, y había que proceder inmediatamente a “la expulsión de los indios y a la protección de la gente que acude a las nuevas minas y lavaderos. [...] La providencia nos ha bendecido [...] ¡El oro yace a nuestros pies y no hace falta más que inclinarse a recogerlo!”.

Bajo la continua instigación de Carleton, Kit Carson aceleró su programa de “tierra quemada”, y para el otoño ya había destruido la mayor parte de los rebaños y cultivos entre Fort Canby y el cañón de Chelly. El 17 de octubre, dos navajos se presentaron bajo enseña de armisticio en Fort Wingate. Uno de ellos era El Sordo, emisario de sus hermanos Delgadito y Barboncito y de sus 500 seguidores. Carecían de alimentos, dijo El Sordo; sus vituallas se habían reducido a unos cuantos piñones. Les faltaban también ropas y mantas y temían demasiado a los destacamentos de exploradores para atreverse a encender fuego con el que calentarse. No deseaban ir tan lejos, pero estaban dispuestos a establecer sus tiendas en las proximidades de Fort Wingate, donde se hallarían bajo la vigilancia permanente de los soldados. Delgadito y Barboncito harían su llegada dentro de nueve días, acompañados de todos sus seguidores. Los jefes, además, convenían en ir a Santa Fe para entrevistarse con el Jefe de Estrellas y tratar la paz.

El capitán Rafael Chacón, comandante de Fort Wingate, puso en conocimiento del general Carleton la oferta hecha por los indios. La respuesta de su superior fue terminante: “Los indios navajos carecen de opción en este asunto: o se internan en Bosque Redondo o permanecen en sus territorios en estado de guerra”.

Ante la disyuntiva, y agobiado por la presencia de mujeres y niños a su cargo, que sufrían de frío y hambre, Delgadito se rindió. Barboncito, El Sordo y muchos otros guerreros aguardaron en las montañas el destino de su pueblo.

Los vencidos fueron enviados a Bosque Redondo y Carleton dispuso que los primeros cautivos recibieran un tratamiento especial –las mejores raciones, los mejores cobijos– tanto durante el trayecto como a su llegada a la reserva. El caso es que, pese a la imponente aridez del emplazamiento, Delgadito estaba impresionado por la amabilidad de sus captores. Cuando el Jefe de Estrellas le informó de que podría regresar a Fort Wingate con su familia si lograba persuadir a otros jefes indios de que la vida en Bosque Redondo, junto al Pecos, era mejor que la angustia de una muerte lenta por frío e inanición, Delgadito aceptó el trato. Al mismo tiempo, el general ordenaba a Kit Carson que invadiera el cañón de Chelly y destruyera toda la comida y los animales que pudiera encontrar allí, y que también apresara o diera muerte a todo indio que se hiciera fuerte en este último reducto.

En preparación de su nueva campaña, Carson reunió una reata para el transporte de material, pero el 13 de diciembre Barboncito y sus guerreros cayeron sobre ella y la arrearon sin más en dirección al cañón, donde las mulas podrían servirles de alimento durante el invierno. Carson envió dos destacamentos de soldados en su persecución, pero una súbita tormenta de nieve y la dispersión de los indios en pequeñas partidas la hicieron inútil. El teniente Donaciano Montoya alcanzó con sus hombres un pequeño campamento indio; lo arrasó por completo y apresó a 13 mujeres y niños. En su informe se podía leer más tarde: “El indio recibió un balazo en el costado derecho, pero logró escapar entre la espesura. Su hijo, un pequeño de diez años y muy inteligente para tratarse de un indio, fue capturado poco después y confesó que su padre había muerto entre las rocas de un arroyo próximo”.

Sin mulas para el transporte de la impedimenta, Carson

debió informar a Carleton de que la expedición al cañón de Chelly tendría que retrasarse, a lo cual replicó inmediatamente el general: "No habrá retraso alguno por falta de reata. Que lleven los hombres sus mantas y, si es necesario, raciones en sus mochilas para tres o cuatro días".

El 6 de enero de 1864 salieron los soldados de Fort Canby. El capitán Albert Pfeiffer iba al frente de una pequeña fuerza que debía penetrar en el cañón de Chelly por su extremo este. Kit Carson, al mando del grueso de la expedición, iba a forzar su entrada por el extremo oeste. Un palmo de nieve cubría el terreno, la temperatura era de varios grados bajo cero y la marcha era difícil.

Una semana más tarde, Pfeiffer llegó al cañón. Desde altozanos y cornisas, navajos semidesnudos lanzaron contra él piedras y leños que hacían retumbar las rocosas paredes, pero éstas no ahogaban, sin embargo, las maldiciones e insultos proferidos en tonante español. Fue inútil. Los hombres de Pfeiffer destruyeron todas las cabañas, silos y corrales con sus moradores; tres navajos que se pusieron a tiro de sus armas murieron y 19 cautivos, mujeres y niños, se unieron a la fuerza de la columna; dos ancianos fueron abandonados a una muerte por congelación.

Entretanto, Carson había establecido un campamento en el extremo oeste y sus patrullas exploraban el cañón desde lo alto de sus farallones. El 12 de enero libraron una escaramuza con una partida de navajos, a quienes causaron 11 bajas. Dos días más tarde se reunió toda la fuerza. El cañón había sido atravesado sin librar siquiera una batalla.

A la caída de la noche, tres navajos se aproximaron al campamento; portaban una enseña blanca. Su gente se moría de hambre y de frío, le dijeron a Carson. Preferían rendirse a morir. "Tenéis tiempo hasta el amanecer –repuso éste–. Con el sol franco, mis hombres reanudarán la

persecución de quienes no se entreguen.” Al día siguiente, 60 navajos famélicos y andrajosos llegaban al campamento para rendirse.

Antes de emprender el regreso a Fort Canby, Carson ordenó la destrucción de todas las propiedades de los navajos en el cañón, incluidos los hermosos melocotoneros, más de 5.000. Los navajos podían perdonar al Laceador que los combatiera como soldado, que los hiciera prisioneros, incluso que destruyera sus vituallas, pero jamás le perdonaron la destrucción de sus preciados melocotoneros.

Durante las semanas siguientes, el ánimo de lucha de los restantes indios fue decreciendo a medida que se extendía la noticia de la entrada de los soldados en el cañón de Chelly. “Luchamos por aquellas tierras para no perderlas –diría Manuelito más tarde–. Lo perdimos casi todo [...] La nación americana es demasiado poderosa para nosotros. Cuando habíamos de luchar durante pocos días, nos sentíamos frescos y dispuestos [...]; con el tiempo, los soldados nos agotaban e infligían sobre nosotros la desesperación y el hambre.”

El 31 de enero, Delgadito persuadió a 680 navajos más de que se rindieran en Fort Wingate, tras describirles la situación en Bosque Redondo. El duro invierno y la falta de alimentos hicieron que otros se entregaran en Fort Canby. Hacia mediados de febrero, el número de cautivos se elevaba a 1.200, exhaustos y famélicos. El ejército les proporcionaba raciones escasas y los más viejos y los más jóvenes empezaron a caer. El 21 de febrero hizo su llegada Herrero Grande con su banda, de modo que el número de internados se elevó a 1.500. A principios de marzo eran ya 3.000 los indios que se habían rendido en uno y otro fuerte, y las sendas provenientes del norte aparecían llenas de temerosos navajos que se aproximaban cansinamente por la helada

nieve. Pero los jefes ricos, Manuelito, Barboncito y Armijo, se negaron a entregarse. Permanecían con su gente en las montañas, decididos a no rendirse.

Durante el mes de marzo, se puso en movimiento la larga marcha de los navajos hacia Fort Sumner y Bosque Redondo. El primer contingente, de 1.430, alcanzó el fuerte el 13 de marzo; diez murieron en el trayecto y tres niños fueron raptados, probablemente por mexicanos que se encontraban en la escolta de soldados.

Un segundo grupo, compuesto por 2.400 navajos, había abandonado entretanto Fort Canby, y dejaron atrás los cadáveres de 126 compañeros. La larga caravana se componía de 30 carretas, 3.000 ovejas y 473 caballos. Los navajos hicieron gala de su reciedumbre al soportar el frío, el hambre, la disentería y las invectivas de los soldados acompañantes, que no cesaron durante los 500 kilómetros largos de su éxodo, pero no podían evitar el dolor que les producía la añoranza de su tierra, perdida ahora para siempre. El suyo fue ciertamente un camino de lágrimas, en el cual quedaron 197 antes de llegar a destino.

El 20 de marzo dejaron Fort Canby 800 navajos más, la mayoría ancianos, mujeres y niños. El ejército les había provisto de sólo 23 carretas. "El segundo día de marcha – informó más tarde el comandante de la expedición– sobrevino una fuerte tormenta de nieve, que duró varios días sin disminuir en su dureza y que infligió grandes penalidades a los indios, en su mayoría semidesnudos y, naturalmente, incapaces de resistir esta muestra cruel del poder de la naturaleza." A la altura de Los Pinos, por debajo de Albuquerque, el ejército recabó las carretas para otros fines y los navajos se vieron obligados a acampar al raso. Cuando pudo reanudarse el viaje, eran ya varios los niños desaparecidos. "En este lugar –comentó un teniente– los

oficiales que tienen indios a su cargo deben extremar la vigilancia si quieren evitar que los niños sean robados y vendidos.” Este contingente llegó a Bosque Redondo el 11 de mayo de 1864. “Salí de Fort Canby con 800, se incorporaron 146 en el trayecto a Fort Sumner y el número total fue, pues, de 946; de éstos, unos 110 perecieron durante la marcha.”

A finales de abril, uno de los jefes que se habían hecho fuertes, Armijo, apareció frente a Fort Canby para comunicar al comandante de la posición (capitán Asa Carey) que Manuelito llegaría al cabo de pocos días. Arribaría con navajos que habían pasado el invierno muy al norte, junto a las orillas de Little Colorado y San Juan. La banda de Armijo, en número superior a 400, llegó, en efecto, hacia la fecha predicha, pero Manuelito detuvo a su gente en un lugar llamado Quelitas, a pocos kilómetros del fuerte, y envió un mensajero a éste para comunicar al jefe soldado sus deseos de celebrar conversaciones con él. Durante la reunión convocada, Manuelito dijo que su gente deseaba permanecer cerca del fuerte; plantarían su grano, cuidarían de sus cultivos e iniciarían de nuevo la cría de ganado, como en otros tiempos.

—No hay más lugar para ti —replicó el capitán Carey—; sólo Bosque Redondo.

—Pero ¿por qué hemos de ir allá? —protestó Manuelito—. Jamás hemos robado o matado, y siempre hemos mantenido la paz que prometimos al general Canby.

Añadió que su gente temía que se los reuniera en Bosque Redondo para que los soldados pudieran hacer fuego sobre ellos en masa, como había sucedido en Fort Fauntleroy en 1861. Carey le aseguró que no había por qué temer y, finalmente, Manuelito expresó su decisión de no rendir a su gente antes de hablar con Herrero Grande y algunos de los otros jefes navajos que habían estado ya en Bosque

Redondo.

Cuando el general Carleton se enteró de que existía una posibilidad de lograr la rendición de Manuelito, ordenó de inmediato que se enviara a cuatro jefes navajos, cuidadosamente seleccionados (no se encontraba Herrero Grande entre ellos), para que usaran su influencia para persuadir al insobornable guerrero. Fue en vano. Una noche de junio, después de repetidas conversaciones, Manuelito y su gente desaparecieron de Quelitas y se dirigieron a sus ocultos refugios del Little Colorado.

En septiembre se conoció la noticia de que el viejo amigo de Manuelito, Barboncito, había sido capturado en el cañón de Chelly. De los ricos que se habían ocultado, ya sólo quedaba Manuelito, el cual sabía que tenía tras él a todos los soldados del territorio.

Hacia el otoño empezaron a llegar de nuevo a sus tierras algunos navajos que habían huido de Bosque Redondo, del que contaban toda suerte de terribles historias. Era un lugar maldito, decían; los soldados los zarandeaban continuamente a punta de bayoneta y, a empujones, los llevaban una y otra vez a sus encierros de adobe, donde los soldados jefes procedían a su recuento y registro en pequeños cuadernos. Les habían prometido mantas y vestidos, y mejores raciones, promesa que no se cumplió jamás. Todos los álamos y mezquites habían sido talados, de manera que la única alternativa posible era recurrir a los tocones si se quería obtener leña para el fuego. Para protegerse de la lluvia, los indios debieron cavar hoyos en el suelo, que luego eran cubiertos con esterillas de hierba entretejida. Vivían como los perros de las praderas en sus galerías subterráneas. Con escasas herramientas proporcionadas por los soldados, habían tratado de romper el árido suelo del Pecos para plantar grano, pero las inundaciones y las plagas habían

destruido los cultivos y todo el mundo se encontraba ahora en régimen de media ración. Apiñados como estaban, las enfermedades empezaron a hacer mella entre los más débiles. Era un lugar maldito, sí; y aunque jamás dejaban de estar vigilados y la huida era muy difícil y peligrosa, eran muchos los que arriesgaban su vida para conseguir tal propósito.

Entretanto, el general Carleton había solicitado al vicario de Santa Fe que cantara un *Te Deum* para celebrar el éxito de la operación de traslado de los indios navajos a Bosque Redondo, llevada a cabo por el ejército, a la vez que describía el lugar a sus superiores de Washington como “hermosa reserva [...]; no hay razón alguna que les impida contarse entre los indios más felices, prósperos y mejor provistos de los Estados Unidos [...] En cualquier caso [...], resulta más barato alimentarlos que combatirlos”.

A ojos del Jefe de Estrellas, los prisioneros no eran más que bocas y cuerpos. “Estas 6.000 bocas han de comer y estos 6.000 cuerpos deben ser cubiertos. Cuando se considera la riqueza mineral y los magníficos pastos de las tierras que nos han rendido –valor a todas luces incalculable–, la escasa ración que debe proporcionárseles es, en comparación, absolutamente insignificante como precio por su patrimonio natural.”

Y jamás hubo abogado del Destino Manifiesto que argumentara en pro de esta inicua filosofía de forma más hipócrita que él: “El éxodo de estas gentes desde la tierra de sus padres no sólo constituye una visión interesante, sino conmovedora. Nos han combatido con valentía durante años, han defendido sus montañas y maravillosos cañones e hicieron gala de un heroísmo que a muchos enorgullecería poder emular; pero, cuando al fin se dieron plena cuenta de que su destino no podía depararles otra cosa que la

sumisión, como sucediera con sus hermanos por doquier, tribu por tribu, desde las tierras que primero calienta el sol, para dar paso al insaciable e incontenible progreso de nuestra raza, arrojaron sus armas y, como bravos merecedores de nuestra admiración y respeto, han venido a nosotros confiando en nuestra magnanimidad y con la idea de que somos demasiado poderosos y demasiado justos para corresponder a su esperanza con el abandono y la mezquindad, pues sustentan el sentimiento de que, habiéndonos sacrificado su hermoso país, sus hogares y sociedades, así como las escenas de la vida diaria que su tradición ya había hecho clásicas, no les escatimaremos una mísera pitanza a cambio de lo que tanto ellos como nosotros sabemos propio de príncipes”.

Sin embargo, Manuelito no había depuesto sus armas y, en verdad, era un jefe demasiado importante para que Carleton le permitiera seguir a su albedrío. En febrero de 1865, unos mensajeros navajos de Fort Wingate hicieron llegar a Manuelito un comunicado del Jefe de Estrellas Carleton, en el cual se conminaba al jefe indio y a su banda a presentarse en el fuerte antes de la llegada de la primavera, si no querían verse acosados incansablemente hasta el exterminio. “No hago daño a nadie –respondió Manuelito a los mensajeros–. No abandonaré mi tierra. Quiero morir aquí.” Convino, no obstante, en hablar de nuevo con algunos de los jefes internos en Bosque Redondo.

Hacia finales de febrero, Herrero Grande y cinco jefes navajos concertaron una entrevista con Manuelito cerca del puesto comercial de Zuni. El tiempo era frío y la tierra se arrebujaaba debajo de un blanco manto de nieve. Tras abrazar a sus viejos amigos, Manuelito los condujo a las colinas, donde se ocultaba su gente. Un centenar escaso, entre hombres, mujeres y niños, era todo lo que quedaba de

la otrora pujante banda de Manuelito. Unos pocos caballos y unas ovejas trataban de contentarse con la poca hierba a su alcance. “Esto es todo lo que me queda en el mundo – exclamó Manuelito–. Ved qué poco. Somos pobres. Mis hijos se alimentan de raíces de palmilla.” Luego añadió que sus caballos no se encontraban en condiciones de emprender viaje a Bosque Redondo. Herrero Grande replicó que él carecía de autoridad para extender el plazo que les había sido concedido para integrarse en la comunidad de la reserva, y recordó a Manuelito que arriesgaba la vida de los suyos si no se entregaba. Manuelito vacilaba. Bien, se entregaría, por las mujeres y los niños, pero necesitaría unos tres meses para reunir y disponer en orden su ganado. Por último, declaró concluyentemente que no podía abandonar su territorio.

—Mi dios y mi madre viven en el oeste, y no los abandonaré. Es tradición de mi pueblo que jamás se crucen los tres ríos: Grande, San Juan y Colorado. Tampoco me sería posible alejarme de las Chuska Mountains. Nací aquí, y aquí permaneceré. No tengo otra cosa que perder que mi vida, y ésta pueden venir y tomarla cuando quieran, pero no me moveré. Jamás he causado daño alguno a estadounidenses o mexicanos. Nunca he robado. Si me matan, sangre inocente caerá sobre sus cabezas.

—He hecho por ti cuanto podía y te he dado mi mejor consejo. Ahora te dejo, como si tu fosa ya hubiera sido cavada —repuso Herrero Grande.

A los pocos días, Carleton había sido informado por Herrero Grande, en Santa Fe, de la postura desafiante de Manuelito. Su dura respuesta no se hizo esperar. Las órdenes transmitidas al comandante de Fort Wingate eran terminantes: “Entiendo que si Manuelito fuera capturado, su gente, sin duda, claudicaría; trate de realizar los arreglos

oportunos con los indios del pueblo Zuni, que Manuelito visita con frecuencia para comerciar. ¡Que le ayuden a capturarlo [...]! ¡Por todos los medios! Ponedle grilletes y vigíladle luego estrechamente. Será una merced para otros, a su cargo, si logramos capturarlo o matarlo en seguida. Mejor lo primero; pero si trata de huir [...], matadlo”.

Pero Manuelito era demasiado listo para caer en la trampa que le había tendido Carleton en el poblado Zuni, y logró esquivar a sus captores durante toda la primavera y el verano de 1865. Entonces se supo que Barboncito y varios de sus guerreros habían escapado de Bosque Redondo y se les creía en el territorio apache de Sierra del Escadello. Ya eran tantos los navajos que se fugaban, que Carleton mandó establecer puestos de vigilancia en un radio de 65 kilómetros alrededor de Fort Sumner. En agosto, finalmente, ordenó que se matara a todo indio hallado fuera de la reserva sin un pase justificativo.

Como fracasara de nuevo, aquel otoño de 1865, la cosecha de grano de Bosque Redondo, el ejército dispensó a los navajos cierta cantidad de víveres, harina y carnes saladas que habían sido desechados como no aptos para el consumo de los soldados. La tasa de muertes empezó a elevarse otra vez y se hicieron más frecuentes los intentos de huida.

A pesar de las críticas en contra del general Carleton por parte de los habitantes de Nuevo México en razón de las crueles condiciones reinantes en Bosque Redondo, el militar no cesó en su empeño de dar caza a los navajos. Por fin, el 1 de septiembre de 1866, el jefe más buscado –Manuelito– hizo su entrada en Fort Wingate, acompañado de 23 quebrantados guerreros, para entregarse sin condiciones. Todos aparecían desnutridos y sus cuerpos, apenas cubiertos con harapos. Aún llevaban las muñequeras de cuero que los

protegían de la sacudida de la cuerda de sus arcos, pero ya no había arcos, ni flechas, ni utensilios de guerra que pudieran utilizar. Uno de los brazos de Manuelito colgaba inerte a causa de una herida. Poco después llegó Barboncito con 21 seguidores y se rindió por segunda vez. Ya no quedaban más jefes guerreros para perseguir.

Irónicamente, sólo 18 días después de la rendición de Manuelito, el general Carleton fue relevado del mando del cuerpo de ejército de Nuevo México. La guerra civil, que había llevado al Jefe de Estrellas Carleton al poder, había terminado hacia más de un año, y los habitantes de Nuevo México ya estaban hartos de él y de sus pomposas maneras.

Cuando Manuelito fue internado en Bosque Redondo, se encontraba al mando de la reserva un nuevo superintendente: A. B. Norton, quien, después de examinar el lugar cuidadosamente, declaró que el terreno no era apto para el cultivo de granos a causa del excesivo contenido alcalino. "El agua es negra e insalubre, de gusto apenas soportable y, según los indios, malsana, pues la cuarta parte de su gente ha muerto de enfermedad por su causa." La reserva, añadió Norton, le ha costado al gobierno millones de dólares. "Cuanto antes se abandone y sean trasladados los indios a otro lugar, mejor será para todos. He oído rumores acerca de especulaciones ilegales [...] ¿Acaso es posible esperar que un indio se sienta satisfecho si carece de las comodidades más elementales, sin las cuales un blanco no se avendría a vivir en parte alguna? ¿Cómo se entiende que se haya elegido como emplazamiento de la reserva, que ha de alojar a 8.000 indios, una zona donde el agua disponible es apenas soportable en su sabor y olor, donde el suelo es pobre, el ambiente frío y las únicas raíces de mezquite asequibles se encuentran a más de 20 kilómetros de distancia y los indios no tienen más leña que ésta [...]?" Si

permanecen en esta reserva, habrá de ser por imposición de la fuerza y no por gusto. ¡Dejadles ir! O llevadles adonde les sea posible hallar agua para beber, leña suficiente para no morirse de frío y suelo que les permita producir un mínimo para comer [...].”

Los dos años que siguieron vieron el paso interminable de funcionarios e investigadores de Washington. Ante el estado de la reserva, algunos se mostraban sinceramente conmovidos, otros no pensaban más que en reducir gastos.

“Permanecimos allí varios años –recordaba un día Manuelito–. Muchos de los nuestros murieron a causa del clima [...]; los enviados de Washington mantuvieron una entrevista con nosotros. Los blancos castigaban a quienes desobedecían sus leyes. Prometimos respetar el tratado [...]; cuatro veces prometimos hacerlo así. Todos, sin excepción, dijimos ‘sí’ al tratado, y él nos dio buenos consejos.” Él era el general Sherman.

Cuando los jefes navajos vieron por primera vez el rostro del gran guerrero Sherman, su ánimo no logró desechar sus temores, pues se parecía mucho al Jefe de Estrellas Carleton: fiero, hirsuto, de boca cruel [...], pero su mirada era distinta, eran los ojos de un hombre que había sufrido y que conocía el dolor de los demás.

“Le dijimos que trataríamos de retener sus palabras –recordaba Manuelito–. Nos dijo: ‘Quiero que todos me miréis’, al tiempo que se erguía imponente ante nosotros. Añadió que si no teníamos de qué avergonzarnos, podríamos mirar a las gentes cara a cara. Por último, exclamó: ‘Hijos míos, os devolveré a vuestros hogares’.”

Antes de partir, los jefes debieron firmar el nuevo tratado (1 de junio de 1868), que daba comienzo con las palabras: “A partir de hoy, toda guerra entre las partes firmantes cesará para siempre”. Barboncito fue el primero en firmar; le

siguieron Armijo, Delgadito, Manuelito, Herrero Grande y siete más.

“Los días y las noches se hicieron largos hasta que llegó la fecha señalada para nuestra partida –contaba Manuelito–. El día anterior a la marcha definitiva recorrimos ya un trecho en dirección a nuestros hogares, pues estábamos demasiado ansiosos. A nuestro regreso a la reserva, los soldados nos regalaron algunas reses que todos agradecemos. Luego instamos a los conductores a que arrearan sus bestias [...] ¡Era tanta nuestra prisa! Cuando, desde Albuquerque, pudimos contemplar la cima de la montaña, nos preguntamos si sería ya la nuestra. Sentíamos deseos de hablarle a la tierra y algunos de nuestros ancianos comenzaron a llorar de alegría ante la inminencia del reencuentro con nuestros hogares.”

Así fue el regreso de los navajos a sus tierras perdidas. Cuando se definieron los nuevos límites de la reserva, gran parte de sus mejores pastos fue a parar a manos de los colonos blancos. La vida no iba a ser fácil y deberían esforzarse para sobrevivir. Aun así, los navajos tendrían ocasión de saber, más tarde, que habían sido ellos precisamente los menos desafortunados entre los indios del oeste. Para los otros, la tragedia apenas acababa de empezar.

SAGRADA ES MI MANERA DE VIVIR

Wa - kanj - kanj yan wa - onj we wa - kanj - kanj yan wa -

onj we ma-hpl - ya ta wa - kl - ta ye wa - kanj -

kanj yan wa - onj we mi - ta a sun-ke o - ta ye - lo he

Sagrada es mi manera de vivir.
He mirado a los cielos.
Sagrada es mi manera de vivir.
Numerosos, mis caballos.

III. LA GUERRA DE PEQUEÑA CORNEJA

1862: El 6 de abril, el general Grant derrota a los confederados en la batalla de Shiloh. El 6 de mayo muere Henry D. Thoreau a los cuarenta y cinco años. El 20 de mayo, el Congreso aprueba la *Homestead Act*, que garantiza 64 hectáreas a cada colono, al precio de tres dólares por hectárea. El 2 de julio se aprueba en el Congreso la *Morrill Act* para la creación de oficinas de registro de tierras. El 10 de julio da comienzo la construcción del Central Pacific Railroad. El 30 de agosto, el ejército de la Unión es derrotado en la segunda batalla de Bull Run. El 17 de septiembre, los confederados son derrotados en Antietam. El 22 de septiembre, Lincoln declara libres a todos los esclavos a partir del 1 de enero de 1863. El 13 de octubre, en Alemania, Bismarck pronuncia su discurso de "sangre y hierro". El 13 de diciembre, el ejército unionista sufre graves pérdidas en Fredericksburg; el pesimismo invade la nación; algunas unidades unionistas llegan casi a amotinarse en sus cuarteles de invierno. El 29 de diciembre, el general Sherman es derrotado en Chickasaw Bayou. Se publican *Los miserables*, de Victor Hugo, y *Padres e hijos*, de Turguev.

1863: El 2 de abril, huelga por la escasez de pan en Richmond. Del 2 al 4 de mayo, los confederados obtienen una victoria en Chancellorsville. Del 1 al 3 de julio, los unionistas derrotan a los confederados en Gettysburg. El 4 de julio, Vicksburg cae en poder del ejército de Grant. El 11 de julio dan comienzo las levas de hombres para el ejército de la Unión. Del 13 al 17 de julio, varios centenares de vidas se pierden en Nueva York durante los tumultos provocados por las levas; el pueblo se subleva en muchas otras ciudades. El 15 de julio, el presidente Davis decreta el primer servicio militar obligatorio para el ejército confederado. El 5 de septiembre, huelgas en Mobile; el valor del dólar confederado desciende a ocho centavos. El 1 de octubre, cinco buques de guerra rusos hacen su entrada en el puerto de Nueva York, donde son calurosamente recibidos. Del 24 al 25 de noviembre, los confederados son derrotados en Chattanooga. El 8 de diciembre, el presidente Lincoln ofrece la amnistía a los confederados que se adhieran a la Unión.

Los blancos no cesaban en su intento de hacer que los indios renunciaran a su forma de vida y adoptaran la de los blancos –cultivar la tierra, trabajar duramente y hacer como ellos– y los indios no sabían cómo; además, tampoco querían. [...] Si los indios hubieran tratado de hacer que los blancos vivieran como ellos mismos, aquéllos se habrían resistido, como ocurrió en el caso de muchos de los nuestros.

WAMDITANKA (ÁGUILA GRANDE) de los sioux santees

A casi 2.000 kilómetros al norte del territorio navajo y al mismo tiempo de la gran guerra civil de los hombres blancos, los sioux santees estaban perdiendo su tierra para siempre. Los santees se dividían en cuatro grandes poblaciones: mdewkantons, wahpetons, wahpekutes y sissetons. Se trataba de sioux de los bosques que, no obstante, mantenían estrechos lazos con sus hermanos de sangre de las praderas, los yanktons y los tetons, con quienes compartían un fuerte orgullo tribal. Los santees eran “el pueblo del confín más remoto”, los guardias fronterizos del dominio sioux.

Durante los diez años que precedieron al estallido de la guerra civil, más de 150.000 colonos blancos irrumpieron en territorio santee dando así al traste con el flanco izquierdo de la que fuera la “frontera india permanente”. Como resultado de dos tratados engañosos, los sioux de los bosques habían cedido nueve décimas partes de su tierra y se encontraban amontonados a lo largo de una estrecha franja del territorio paralelo al río Minnesota. Agentes del gobierno y mercaderes se habían echado sobre ellos desde un principio, como

buitres sobre la carroña, y les robaron sistemáticamente la mayor parte de las anualidades que se les había prometido a cambio de la cesión de sus tierras.

“Muchos hombres blancos engañaban con frecuencia a los indios, cuando no los trataban violentamente –decía Águila Grande–. Quizá tengan una excusa, pero los indios no lo creían así. Cuando veían un indio, muchos de los blancos parecían decir, con sus maneras: ‘Yo soy mejor que tú’, y esto no gustaba a los indios. Cabía excusa para ello, pero los dakotas (sioux) no creían que hubiera hombres en el mundo mejores que ellos. Entonces, algunos de los hombres blancos abusaron de mujeres indias y les infligieron una gran desgracia. Ciertamente, no había excusa para esto. Todas estas cosas hicieron que numerosos indios aborrecieran a los blancos.”

Durante el verano de 1862, todo parecía andar mal entre los santees y los hombres blancos. Ya no quedaba apenas caza en las tierras de la reserva y cuando algunos indios cruzaron el río para emprender la búsqueda en sus antiguos cotos, ocupados ahora por colonos blancos, se produjeron reiteradas escaramuzas. Por segunda vez, las cosechas de los indios eran pobres, y fueron varios los que debieron recurrir a los puestos de los agentes para obtener provisiones a crédito, procedimiento que los santees habían aprendido a odiar porque en estos casos no les era posible ejercer el menor control sobre sus cuentas, harto manipuladas ya por los prestamistas. Cuando llegaban sus anualidades, enviadas desde Washington, los comerciantes las bloqueaban en razón de la deuda contraída, y se hacían pagar por los delegados del gobierno cantidades que excedían con mucho a las verdaderas. Algunos de los santees ya sabían contar, y, aunque presentaran cálculos muchísimo más bajos, jamás conseguían que se les prestara atención.

Ta-o-ya-te-duta, Pequeña Corneja (Little Crow), se enfadó mucho con los comerciantes durante el verano de 1862. Pequeña Corneja era un jefe mdewkanton, como lo fueron su padre y su abuelo. A sus sesenta años de edad vestía siempre ropas de mangas largas, para cubrir sus antebrazos y muñecas, deformados a causa de heridas mal curadas, recibidas en la batalla cuando era joven. Pequeña Corneja había firmado los dos tratados que habían supuesto la pérdida de la tierra para su gente y el dinero prometido por Washington. Había estado en Washington para ver al gran padre, el presidente Buchanan; había cambiado su taparrabos y mantas por calzones y chaquetas con botonadura de bronce, se había unido a la Iglesia episcopal, construyó una casa y hasta se había dedicado a la agricultura. Pero aquel verano de 1862, la desilusión de Pequeña Corneja se estaba transformando en ira.

En julio, varios millares de santees se habían reunido en la Agencia Superior, en Yellow Medicine River, para recoger las anualidades que les habían sido asignadas en los tratados, para proceder a su intercambio por provisiones. El dinero no llegó y sí, en cambio, rumores acerca de que el Gran Consejo (el Congreso) de Washington había gastado todo su oro en la gran guerra civil, incluso el que debía ser enviado a los indios. Como su pueblo se moría de hambre, Pequeña Corneja, acompañado de otros jefes, fue a visitar a su agente, Thomas Galbraith, a quien preguntaron por qué no se les podía dar comida de la que rebosaba el almacén del gobierno. Galbraith contestó que era imposible a menos que llegara el dinero, y apostó a 100 soldados para que vigilaran el almacén. El 4 de agosto, 500 santees rodearon a los soldados mientras otros procedían a extraer sacos de harina. El jefe de los soldados blancos, Timothy Sheehan, simpatizó con los santees y, en lugar de abrir fuego contra ellos,

persuadió a Galbraith de que les entregara carne de cerdo y harina y que aguardara hasta la llegada del dinero para cobrar. Después de que Galbraith lo hiciera, los santees se retiraron pacíficamente. Pequeña Corneja no quiso alejarse, sin embargo, hasta que el agente le hubo prometido que iba a dar igual trato a los santees de la Agencia Inferior, 50 kilómetros corriente abajo, en Redwood.

Aunque el pueblo de Pequeña Corneja estaba cerca de la Agencia Inferior, Galbraith lo tuvo esperando durante varios días hasta que se decidió a convocar un consejo en Redwood, para el 15 agosto. A primera hora de ese día, Pequeña Corneja y varios centenares de hambrientos mdewkantons se habían reunido ya para la ocasión, pero desde el principio estaba claro que ni Galbraith ni los cuatro comerciantes de la Agencia tenían la menor intención de dispensarles comida antes de la llegada de las rentas anuales.

Molesto por esta nueva promesa incumplida, Pequeña Corneja se levantó para hablar a Galbraith en representación de su gente: "Hemos esperado mucho tiempo. El dinero nos pertenece, pero no tenemos acceso a él. Carecemos de víveres y he aquí estos almacenes, rebosantes de comida. Como agente, te pedimos que hagas lo necesario para que podamos obtener comida; de lo contrario nos veremos obligados a tomar las medidas que nos libren del fantasma del hambre. Los hombres hambrientos deben ayudarse a sí mismos".

En lugar de responder, Galbraith se volvió hacia los comerciantes para saber qué postura tomaban. Uno de ellos, Andrew Myrick, declaró con desprecio: "Por lo que a mí respecta, si tienen hambre que coman hierba, o sus propias heces".

Durante unos instantes, el círculo de indios permaneció silencioso. De pronto se elevó un clamor de gritos y voces

airadas y, como un solo hombre, los santees se levantaron y abandonaron el consejo.

Las palabras de Andrew Myrick fueron ofensivas, bien es cierto, pero para Pequeña Corneja fue como si le hubieran aplicado hierros incandescentes sobre unas heridas. Durante largos años había procurado respetar los tratados concertados con los blancos, seguir sus consejos y llevar a su pueblo por su propio camino. Ahora, parecía que se había esforzado en vano. Sus propios hermanos de raza habían perdido fe en él y lo culpaban de todas sus desgracias. Hasta los comerciantes y agentes del gobierno se volvían contra él. A principios de aquel verano, los mdewkantons de la Agencia Inferior habían acusado a Pequeña Corneja de traición por haber firmado los tratados mediante los cuales se vieron despojados de sus tierras. Eligieron a Granizo Errante (Traveling Hail) como portavoz en lugar de Pequeña Corneja. Si éste hubiera sido capaz de convencer al agente Galbraith o a los comerciantes de que proporcionaran nuevas vituallas a su gente, sin duda se habría ganado de nuevo el respeto de los suyos, pero no lo consiguió.

En otros tiempos, su prestigio se hubiera renovado al entablar batalla; ahora, sin embargo, los tratados lo obligaban a mantenerse en paz tanto con los blancos como con las otras tribus. Pero ¿cómo era posible, se preguntaba él, que los blancos, que tanto hablaban de la paz que debía mantenerse entre ellos y los indios, y entre los indios mismos, estuviesen empeñados en una guerra tan salvaje con los chaquetas grises, de modo que ya no les quedaba dinero alguno para pagar una deuda tan mínima como la contraída con los santees por los tratados? Pequeña Corneja sabía perfectamente que algunos de los miembros jóvenes de su banda discutían sin tapujos la posibilidad de entrar en guerra con los hombres blancos, para expulsarlos del valle

del Minnesota. Buena era la ocasión, decían, porque muchos de los chaquetas azules se encontraban lejos, en lucha contra los chaquetas grises. Pequeña Corneja consideraba vana tanta arenga, había visitado el este y conocía muy bien el poder de los estadounidenses. Podían extenderse por todos los lugares en un abrir y cerrar de ojos y destruir a sus enemigos con sus atronadores cañones. No cabía pensar siquiera en una guerra contra el blanco.

El domingo 17 de agosto, Pequeña Corneja acudió a la iglesia episcopal de la Agencia Inferior y escuchó el sermón del reverendo Samuel Hinman. Terminado el servicio religioso, se despidió de los presentes y emprendió el regreso a su casa, río arriba, a unos cuatro kilómetros de la Agencia Inferior.

Durante la noche, el ruido de numerosas voces y la alborotadora llegada de muchos santees que irrumpieron sin contemplaciones en su alcoba despertaron a Pequeña Corneja. Reconoció la voz de Shakopee. Algo muy importante, muy malo, había ocurrido. Shakopee, Mankato, Botella de Medicina (Medicine Bottle) y Águila Grande (Big Eagle) se encontraban allí; y dijeron que pronto vendría Wabasha para iniciar consejo.

Cuatro jóvenes de la banda de Shakopee, incapaces de soportar por más tiempo el hambre que los atenazaba, habían cruzado el río aquella misma tarde soleada para cazar en los bosques vecinos. Algo terrible había sucedido y Águila Grande se apresuró a notificarlo: "Llegaron hasta la valla de uno de los colonos y dieron con un gallinero donde había algunos huevos. Uno de ellos los tomó, aun cuando otro decía:

"—No lo hagas, porque pertenecen al hombre blanco y podemos tener problemas.

"El primero estaba furioso y el hambre no le dejaba

razonar.

"—Eres un cobarde. Temes al hombre blanco. Ni siquiera te atreves a tomar un huevo de sus gallinas, aunque te estés muriendo de hambre. Sí, eres un cobarde y así se lo diré a todo el mundo —replicó estrellando los huevos contra el suelo.

"—¡No soy un cobarde! —exclamó—. No temo al hombre blanco, y para demostrártelo entraré en la casa y le pegaré un tiro. ¿Eres lo bastante valiente como para venir conmigo?

"—Sí —respondió—, iré contigo, iy veremos quién es el más bravo de los dos!

"—Iremos con vosotros —añadieron los otros dos indios que los acompañaban— y demostraremos también nuestra bravura.

"Así, se dirigieron todos hacia la casa del hombre blanco, quien, alarmado ante su presencia, logró huir a la de un vecino, en la que se encontraban otros hombres y algunas mujeres. Los indios lo siguieron y mataron a tres hombres y a dos mujeres. Luego engancharon un tiro, perteneciente a otro de los colonos, y se dirigieron al campamento de Shakopee [...], donde comunicaron lo sucedido".

Al conocer la noticia del asesinato de los cinco blancos, Pequeña Corneja increpó iracundo a los cuatro jóvenes y preguntó sarcásticamente a Shakopee y a los demás por qué habían acudido a él en busca de consejo, cuando habían elegido ya a Granizo Errante como portavoz. Los líderes allí presentes respondieron un tanto confusos que él, Pequeña Corneja, seguía siendo su jefe guerrero. La vida de los santees jamás estaría a salvo después de aquellos crímenes, dijeron. El hombre blanco solía castigar a todos los indios por los actos de uno o varios. Sería mejor asestar el primer golpe en vez de esperar a que llegaran los soldados con su represalia. Sí, mejor sería atacar a los blancos ahora que los

ocupaban sus luchas internas allá lejos, en el sur.

Pequeña Corneja rechazó estos argumentos. Los blancos eran demasiado poderosos, dijo, aunque admitió que, ciertamente, los colonos clamarían venganza cruel por la muerte de las mujeres. El hijo de Pequeña Corneja, allí presente, contó más tarde que en aquellos momentos el rostro de su padre aparecía macilento y bañado en gruesas gotas de sudor frío.

De pronto, uno de los jóvenes guerreros gritó: "¡Ta-oya-te-duta (Pequeña Corneja) es un cobarde!".

"Cobarde" fue la palabra que inició la matanza, el reto que movió a aquel joven indio, temeroso de tomar los huevos del corral del blanco, a pesar de que lo consumía el hambre. "Cobarde" no era palabra que un jefe sioux pudiera tomar a la ligera, aunque ya se sintiera próximo a los sentimientos de los blancos.

Pequeña Corneja replicó (como recordaba más tarde su hijo): "Ta-oya-te-duta no es un cobarde, ¡como tampoco un tonto! ¿Quién lo ha visto jamás huir ante sus enemigos? ¿Cuándo ha abandonado a sus bravos en el sendero de la guerra para regresar a su tipi? ¡Si se alejó de vuestros enemigos fue para seguir vuestras huellas con el rostro dirigido a los ojibways y cubrir vuestras espaldas como hace la osa con sus oseznos! ¿Acaso le faltan a él cabelleras? ¡Mirad sus plumas de guerra! ¡Contemplad el cuero cabelludo de vuestros enemigos y ved cómo adorna las varas de su tienda! ¿Os atrevéis a llamarle cobarde? Ta-oya-te-duta no es un cobarde, ¡ni un tonto! ¡Ah!, mis bravos, sois como niños pequeños y no sabéis lo que estáis haciendo.

"Os habéis atiborrado del aguardiente del hombre blanco y sois como los perros que corren sin freno en luna llena y dan dentelladas a su propia sombra. No somos más que pequeños rebaños de búfalos dispersos, lejos quedan los

tiempos de las grandes manadas que cubrían las praderas. ¡Ved!, los hombres blancos son como las langostas cuando cierran densas por millones de manera que todo el cielo parece cargado de nubarrones. Podéis dar muerte a uno, dos, diez; sí, a tantos quizá como hojas se encuentran en el bosque [...] y sus hermanos no los echarán en falta. Matad a uno, dos, diez, y diez veces diez acudirán a vengarse. Contad vuestros dedos sin interrupción y aparecerán blancos con armas en sus manos más deprisa de lo que seáis capaces de contar.

"Cierto, pelean entre sí, allá lejos. ¿Oís el tronar de sus cañones? No, os llevaría dos lunas llegar a sus campos de batalla y todo vuestro camino discurriría entre soldados blancos, en número igual al de los alerces que oscurecen los pantanos de los ojibways. Es verdad, pelean entre sí; pero si descargáis vuestro ataque contra ellos, se volverán unánimes contra vosotros y os devorarán con vuestras mujeres y niños, como hacen las langostas en su tiempo, al dejar el bosque sin hojas en un día.

"Estáis locos. No podéis ver el rostro de vuestro jefe, vuestros ojos están llenos de humo. No podéis oír su voz, bullen en vuestros oídos turbulentas aguas. Mis bravos, sois como niños pequeños, [...] sois unos necios. Moriréis como los conejos cuando caen sobre ellos los lobos hambrientos en la fría luna de enero.

"Ta-o-ya-te-duta no es un cobarde: morirá con vosotros".

Águila Grande alzó entonces su voz en pro de la paz, pero fue acallado. Diez años de abusos por parte del blanco, los tratados rotos, la pérdida de los terrenos de caza, las promesas incumplidas, las rentas anuales debidas y el hambre, cuando los almacenes de los blancos rebosaban de víveres, junto con las insultantes palabras de Andrew Myrick, hicieron que las muertes de los colonos blancos pasaran a un

segundo plano.

Pequeña Corneja envió mensajes a los wahpetons y sissetons, río arriba, para que se le unieran en la campaña que estaba a punto de emprender. Las mujeres comenzaron a encargarse de la preparación de balas; los guerreros se afanaban en la limpieza y puesta a punto de sus armas.

“Pequeña Corneja dio órdenes para que se atacara la Agencia por la mañana y que se matara a todos los comerciantes –contó más tarde Águila Grande–. Al amanecer, cuando nuestra fuerza cayó sobre su objetivo, yo me encontraba entre los demás. Sin embargo, no llevé a mi banda ni participé en la matanza. Sólo deseaba salvar la vida de dos amigos. Creo que otros acudieron allí por la misma razón, pues eran muy pocos los indios que no tuvieran algún amigo a quien no deseaban ver muerto; claro que nadie se ocupaba de los amigos que no fueran los propios. A mi llegada, se había consumado ya casi toda la matanza. Pequeña Corneja se encontraba allí dirigiendo la operación [...] Andrew Myrick, un comerciante casado con una india, se había negado a fiar, unos días antes, a un grupo de indios que había ido a su almacén en busca de provisiones. Había dicho: ‘¡Id y comed hierba!’ Ahora, su cadáver yacía en tierra con la boca llena de hierba, objeto de los improperios e invectivas de los indios, quienes a su vista gritaban: ‘Myrick sí está comiendo hierba’ [...]”.

Los santees mataron a 20 hombres, capturaron a diez mujeres y varios niños, saquearon los almacenes y prendieron fuego a las dependencias. Los 47 blancos restantes (muchos de los cuales fueron ayudados en su huida por amigos indios) escaparon a través del río, en dirección a Fort Ridgely, situado a unos 25 kilómetros río abajo.

En su huida hacia el fuerte, los colonos tropezaron con una compañía de 45 soldados que acudía en socorro de la

Agencia. El reverendo Hinman, quien el día anterior había predicado el último sermón que oiría Pequeña Corneja, aconsejó a los soldados que regresaran por donde habían venido. El jefe de éstos, John Marsh, hizo caso omiso de la advertencia recibida y cayó poco después en una emboscada. Sólo 24 de sus hombres lograron sobrevivir y volver al fuerte.

Animado por su éxito, Pequeña Corneja decidió atacar la misma casa de los soldados, Fort Ridgely. Wabasha y su banda se le habían unido, la fuerza de Mankato se había incrementado considerablemente y se tenían noticias de que más indios habían emprendido el camino desde la Agencia Superior para dar la batalla al blanco. Águila Grande no podía mantener una posición neutral ahora que su pueblo se había levantado en armas.

Aquella misma noche, los jefes y varios centenares de sus seguidores descendieron por el valle del Minnesota para congregarse, en la mañana del 19 de agosto, en la pradera que quedaba al oeste del fuerte. “Los jóvenes estaban ansiosos de atacar –contaba Manta Relámpago (Lightning Blanket), uno de los participantes–, todos nos adornamos con las pinturas de guerra y vestimos nuestras frazadas, que envolvían algo de comida y las municiones; nuestras piernas se protegían con gruesas polainas.”

Pero cuando los jóvenes bisoños vieron la maciza mole de la casa de los soldados, sobre cuyas empalizadas se recortaba la figura, repetida una y otra vez, de los chaquetas azules vigilantes, su entusiasmo menguó de forma considerable. En el trayecto desde la Agencia Inferior habían hablado de lo fácil que sería saquear el pequeño poblado de New Ulm, junto al Cottonwood. La calle que discurría paralela al río estaba llena de almacenes y, además, allí no había soldados. ¿Por qué no dar la batalla en New Ulm? Pequeña

Corneja repuso que los santees estaban en guerra y que para salir de ella victoriosos, tenían que derrotar a los soldados de las chaquetas azules. Si lograban expulsarlos del valle, huirían tras ellos los colonos blancos como almas en pena. Los santees no ganarían nada si daban muerte a los pocos habitantes de New Ulm.

Con todo y pese a las protestas y amenazas de Pequeña Corneja, los jóvenes empezaron a desperdigarse en dirección al río. El jefe consultó a los demás jefes y, finalmente, se decidió que el asalto al fuerte se pospondría una jornada.

Por la noche regresaron los jóvenes de New Ulm. Habían asustado a la población, dijeron, pero el pueblo estaba demasiado bien defendido. Además, la gran tormenta de aquella tarde había hecho aún más difíciles las cosas. Águila Grande, colérico, los llamó "indios merodeadores" sin jefe que los guiara y obtuvo de ellos la promesa de que permanecerían en el campamento, pues se dispondrían a atacar Fort Ridgely tan pronto amaneciera.

"Y así fue –contaba Manta Relámpago pasado cierto tiempo–, cruzamos el río en el transbordador de la Agencia, seguimos la carretera hasta la cima de la colina que se alza por debajo de Faribault's Creek y nos detuvimos allí para tomarnos un pequeño respiro. Poco después, Pequeña Corneja expuso sus planes para el ataque contra el fuerte [...].

"Alcanzado éste, la señal –tres descargas de fusil– tenía que ser dada por los hombres de Botella de Medicina, que tratarían de atraer sobre ellos la atención y el fuego de los defensores, mientras la fuerza concentrada al este del objetivo (Águila Grande) y la que al oeste y al sur de aquél componían Pequeña Corneja y Shakopee con sus bandas respectivas, procurarían aproximarse lo suficiente para descargar el golpe y el asalto finales.

"Alcanzamos Three Mile Creek antes del mediodía y cocinamos algo para comer. Luego, nos separamos; yo me dirigí hacia el norte con mis hombres de a pie y, después de dejar a Pequeña Corneja, ya no prestamos más atención a los jefes: cada uno de nosotros procedió como le vino en gana. Ambos grupos llegaron al fuerte al mismo tiempo, mientras veíamos cómo Pequeña Corneja marchaba hacia el oeste en su caballo negro. La señal, tres descargas de fusil, fue dada desde nuestro lado por los hombres de Botella de Medicina. Después, los hombres del este, sur y oeste tardaron mucho en acudir. Entretanto, nosotros, sin dejar de disparar, nos acercamos a unas dependencias próximas al gran edificio de piedra. El hombre que cuidaba del cañón, a quien todos nosotros conocíamos, enfiló el arma para detenernos. Si los hombres de Pequeña Corneja hubieran abierto fuego inmediatamente después de dada la señal, los soldados que nos hostigaban habrían muerto sin duda. Tal como fueron las cosas, dos de nuestros hombres perdieron la vida en el acto y tres más fueron heridos y murieron más tarde. Retrocedimos en dirección al arroyo, no sabíamos si los demás harían otro tanto o cargarían contra el fuerte. Lo hicieron, y el gran cañón se encargó de repelerlos. De haber sabido que los nuestros llegarían a acercarse tanto, habríamos tirado contra los soldados, que ahora eran blanco fácil entre los edificios. No luchamos como hacen los blancos, dirigidos por un oficial, disparábamos sin ton ni son. Se descartó el plan de asaltar los edificios y nos limitamos a disparar a las ventanas, en particular las del gran edificio de piedra que, como sabíamos, albergaba a un gran número de blancos.

"No podíamos verlos, razón por la cual nunca llegamos a saber si nuestros disparos eran efectivos. Durante el tiroteo, intentamos prender fuego al lugar con flechas incendiarias,

pero fue en vano, los edificios de piedra no ardían. Entonces nos vimos obligados a buscar más pólvora y munición, que empezaban a escasear. El sol se había elevado mucho, unas dos horas ya en su camino, cuando rodeamos el fuerte por el oeste y decidimos regresar al poblado de Pequeña Corneja y dejar la lucha para el día siguiente [...].

“Unos 400 indios tomaron parte en este ataque; las mujeres permanecieron en el poblado y la preparación de los alimentos de los guerreros en campaña estuvo, pues, a cargo de jóvenes de diez a quince años de edad, demasiado jóvenes para la lucha.”

Ni Pequeña Corneja ni Águila Grande se sentían muy animados aquella noche, después de haber fracasado en sus intentos de tomar el fuerte; el segundo, además, se oponía a seguir con el ataque. Los santees no disponían de suficientes guerreros para acallar los grandes cañones de los soldados, dijo. Por su parte, Pequeña Corneja concluyó que decidiría más tarde qué hacer; entretanto, todos los presentes debían ponerse a fabricar tantas balas como les fuera posible, pues la pólvora que les quedaba de las existencias robadas en los almacenes aún era mucha.

Avanzada ya la noche, la situación cambió. 400 guerreros wahpetons y sissetons hicieron su llegada desde la Agencia Superior, dispuestos a unirse a los mdewkantons en su lucha contra el blanco. Pequeña Corneja estaba eufórico. Los sioux santees se habían reunido otra vez y, ciertamente, 800 hombres debían ser suficientes para tomar Fort Ridgely. Tras convocar un consejo, se impartieron órdenes concretas para la batalla del día siguiente. Esta vez no podían fracasar.

“Todo comenzó con las primeras horas del 22 de agosto – recordaba Manta Relámpago–, pero la hierba estaba demasiado húmeda por el rocío, más que el día del primer ataque, y llegamos al fuerte a mediodía [...]. No nos

detuvimos a comer esta vez, sino que cada uno de nosotros llevaba algo en su zurrón para comer durante la lucha.”

Según el relato de Águila Grande, la segunda batalla de Fort Ridgely constituyó un evento de mayor envergadura. “Estábamos decididos a tomar el fuerte porque sabíamos que conquistarlo era de vital importancia para nosotros. Con él en nuestro poder seríamos los dueños de todo el valle del Minnesota.”

En esta ocasión, en lugar de cargar abiertamente contra la posición, los santees se camuflaron poniendo flores y hierba de la pradera en las cintas del pelo y se arrastraron sigilosamente por el barranco y los arbustos hasta tener a los defensores a tiro. Una lluvia de flechas incendiarias prendió fuego a los tejados, mientras los guerreros se dirigían hacia los establos. “Durante la lucha –relataba más tarde Wakonkdayamanne–, llegué con los míos a los establos por el sur y traté de hacerme con un caballo. Cuando, al fin, tiraba de él hacia el exterior, estalló un obús que dio con ambos en tierra. Al levantarme de nuevo, el caballo había huido y fue tal mi furia que hice fuego sobre una mula que se me cruzó despavorida.” Varios minutos duró la lucha cuerpo a cuerpo junto a los establos, pero una vez más debieron retirarse los santees ante las descargas de la artillería.

Pequeña Corneja estaba herido; su estado no revestía gravedad, pero estaba debilitado por la pérdida de sangre. Cuando se retiró del campo, para recuperar sus energías, Mankato dirigió el siguiente asalto. Dobles descargas de cartuchos de metralla segaron sucesivas oleadas y el ataque se deshizo.

“De no haber sido por el cañón, habríamos tomado el fuerte –sentenciaba Águila Grande–. Los soldados luchaban con tal bravura que su número nos pareció mucho más elevado de lo previsto.” (Unos 150 soldados y 25 civiles

armados defendían Fort Ridgely el 22 de agosto.) La banda de Águila Grande fue la que sufrió el mayor número de bajas aquel día.

Poco antes de anochecer, los jefes santees determinaron la suspensión del ataque. “El sol ya estaba a punto de ponerse –contaba Manta Relámpago–, y al ver cómo eran rechazados nuestros hombres por el sur y por el oeste, a la vez que Pequeña Corneja y los suyos retrocedían por el noroeste, decidimos unirnos a ellos para ver qué se podía hacer aún [...]. Todos creíamos que acudiríamos al poblado de Pequeña Corneja en busca de refuerzos [...], pero no había ya más guerreros, dijo aquél, y provocó con sus palabras una gran discusión. Algunos querían retomar el ataque al fuerte el día siguiente y seguir luego contra New Ulm; otros decían que era mejor caer sobre los colonos primero y cargar contra el fuerte a continuación. Temíamos que los soldados llegaran a New Ulm antes que nosotros.”

La fuerza a la que hacía referencia Manta Relámpago consistía en los 1.400 hombres del 6º Regimiento, Minnesota, que al mando del coronel Henry H. Sibley –bien conocido por los indios de sus tiempos de mercader– se acercaban a marchas forzadas desde Saint Paul. De los 475.000 dólares prometidos a los santees por sus tierras en virtud del primer tratado, Mercader Largo (Long Trader) Sibley había reclamado 145.000 dólares para su American Fur Company (Compañía Americana de Pieles), como supuesta deuda de los indios para con él. Los santees creían, por el contrario, que la compañía de pieles les había escatimado una cuantiosa cantidad de dinero, pero su agente, Alexander Ramsey, había aceptado como buena la reclamación de Sibley, así como la de otros comerciantes que siguieron el ejemplo de éste, y los indios vieron sus rentas reducidas prácticamente a nada. (Ramsey era entonces

gobernador de Minnesota y a él se debía el nombramiento de Mercader Largo como jefe del 6º Regimiento de Minnesota.)

A media mañana del 23 de agosto, los santees atacaron la población de New Ulm. Formando un arco sobre la pradera, fueron aproximándose al asentamiento blanco. Pero los habitantes de New Ulm ya estaban listos para la lucha. Tras el fracasado intento de los jóvenes bravos, el 19 de agosto, los colonos habían levantado barricadas, conseguido más armas y recurrido a milicias de otros lugares valle abajo. Cuando los santees llegaron a una distancia de 2,5 kilómetros de la primera línea de defensores, sus fuerzas se abrieron en abanico, a la vez que lanzaban alaridos y amenazas para amedrentar a los blancos. El plan de Mankato, que dirigía la fuerza aquel día (pues Pequeña Corneja yacía herido en su poblado), consistía en rodear y aislar por completo la posición enemiga.

El fuego era graneado por ambas partes y, merced a las posiciones defensivas tomadas por los blancos en algunos edificios dotados de troneras, se pudo repeler la primera oleada de atacantes. Poco después del mediodía, los santees prendieron fuego a varias dependencias dispersas de New Ulm, en un intento de acercarse al amparo de la cortina de humo. Sesenta guerreros, a pie y a caballo, cargaron contra una barricada, pero fueron repelidos por una descarga cerrada. La batalla era durísima y no había calle, granero ni corral donde no corriera la sangre. Al caer la noche, los santees abandonaron el campo sin haber obtenido la victoria, pero dejaron tras su paso las ruinas humeantes de 190 edificios y los cadáveres de más de 100 defensores de New Ulm.

Tres días más tarde, hizo su llegada a Fort Ridgely la columna de vanguardia del regimiento de Mercader Largo Sibley, y los santees huyeron valle arriba. Llevaban consigo

más de 200 prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, así como un número considerable de mestizos simpatizantes de los blancos. Después de establecer un poblado temporal a unos 65 kilómetros al norte de la Agencia Superior, Pequeña Corneja inició negociaciones con otros jefes sioux, para conseguir su apoyo contra los blancos. No tuvo mucho éxito. Una de las razones del poco entusiasmo con que fue acogido era el haber fracasado en su intento de expulsar a los soldados de Fort Ridgely. Otra, el salvaje e indiscriminado asesinato de colonos blancos al norte del río Minnesota perpetrado por bandas errantes de indisciplinados jóvenes indios mientras Pequeña Corneja asediaba la plaza militar. Varios centenares de colonos habían sido atrapados en sus barracas sin previo aviso. La mayoría de ellos habían sido brutalmente asesinados. Otros lograron huir, e incluso se refugiaron en los poblados de las bandas sioux que Pequeña Corneja trataba de ganar para su causa.

Aunque éste no ocultaba su desprecio por quienes daban muerte a colonos indefensos, sabía perfectamente que la decisión tomada de llevar la guerra a los blancos tenía, por fuerza, que desatar todo tipo de acciones punitivas. Pero era demasiado tarde para volverse atrás. La lucha contra los soldados seguiría mientras le quedasen guerreros.

El 1 de septiembre decidió explorar el curso descendente del río para estimar la fuerza del ejército mandado por Mercader Largo Sibley. Los santees se dividieron en dos grupos; Pequeña Corneja llevaría a 110 hombres a lo largo de la ribera norte del Minnesota, y Águila Grande y Mankato irían por el sur al mando de una fuerza mayor.

Pequeña Corneja quería evitar a toda costa un enfrentamiento con Sibley y tratar, en cambio, de rodear sus líneas y capturar el tren de avituallamiento del ejército. Para ello, sus hombres describieron en su marcha un amplio arco

por el norte, que los llevó a las inmediaciones de varios asentamientos de colonos que habían resistido los ataques de los merodeadores durante las dos semanas anteriores. La tentación de caer sobre alguno de los asentamientos menores, y en consecuencia menos protegidos, fue motivo de disensiones entre los indios. El segundo día de reconocimiento, uno de los subjefes solicitó que se convocara un consejo para proponer el saqueo que se presentaba fácil. Pequeña Corneja se opuso a la idea. Sus enemigos eran, insistió, los soldados, y contra ellos había que luchar. Al final del consejo, 75 guerreros se unieron al subjefe que abogaba por el saqueo. Sólo 35 permanecieron leales a Pequeña Corneja.

A la mañana siguiente, la reducida partida de Pequeña Corneja tropezó inesperadamente con una compañía de 75 soldados. El ruido de la batalla atrajo a los santees disidentes en ayuda de Pequeña Corneja. La lucha fue cuerpo a cuerpo y los soldados hicieron uso de sus bayonetas; sin embargo, los santees lograron matar a cinco de ellos y herir a otros 15 antes de que los demás huyeran como alma que lleva el diablo en dirección a Hutchinson.

Durante los dos días siguientes, los santees efectuaron varios reconocimientos en los alrededores de Hutchinson y Forest City, pero los soldados permanecieron a resguardo. El 5 de septiembre, unos emisarios dieron la noticia de que se estaba librando una batalla a pocos kilómetros al oeste. Águila Grande y Mankato habían logrado encerrar a los soldados de Mercader Largo en Birch Coulee.

La noche anterior a la batalla de Birch Coulee los hombres de los dos jefes indios habían rodeado con sigilo el campamento de los soldados, de este modo les cerraron todas las salidas. "Al amanecer empezó la batalla –contó Águila Grande–. Y no cesó en todo el día y la noche

siguientes. Ambas partes lucharon con valor. Los blancos perdieron muchos hombres a causa de su forma de luchar [...], los indios, pocos [...]. Mediada la tarde, nuestros hombres se mostraban descontentos con el curso de la batalla, de desenlace tan lento debido a la tenacidad del blanco. Pronto se corrió la voz de carga total a lo largo de la primera línea. El bravo Mankato la pedía desde primera hora [...].

"Cuando ya nos disponíamos para el ataque, llegaron noticias de la proximidad de una compañía de caballería, que se acercaba por el este a toda prisa al fuerte. Nuestro plan se suspendió de momento en un clima de gran ansiedad. Mankato tomó algunos hombres y salió al encuentro de los que llegaban [...] Sus hombres, repartidos estratégicamente por el terreno, empezaron a hacer ruido en la cañada. Al fin, los blancos se detuvieron y, tras retroceder a terreno más favorable, empezaron a cavar trincheras. Mankato seguía acosándolos y, después de apostar una treintena de sus hombres a modo de retén, regresó a la barranca de la lucha previa. Los indios se reían por el modo como habían engañado a los blancos y al mismo tiempo se felicitaban, aliviados de que éstos no hubieran decidido avanzar, arrollándolos a buen seguro [...]

"Al día siguiente hizo su llegada el general Sibley al frente de numerosas tropas. Abandonamos el campo, pero con gran lentitud. Algunos de nuestros hombres dijeron que se habían quedado hasta que Sibley se levantó y que abrieron fuego contra algunos de sus hombres mientras éstos saludaban a otros hombres del campo. Los que nos encontrábamos en la pradera seguimos hacia el oeste y, una vez en el valle, nos encaminamos hacia el sur [...]. No fuimos perseguidos. Los blancos dispararon sus cañones varias veces, cuando nos replegábamos, pero tanto les habría valido tocar a rebato con

los tambores; mucho ruido y pocas nueces. Cruzamos el río en dirección a nuestros campamentos del viejo poblado, y seguimos el curso ascendente del Yellow Medicine hasta la desembocadura del Chippewa, donde Pequeña Corneja se nos unió [...]. Por fin supimos que Sibley había decidido salir en nuestra busca. Prendida de un madero hendido, había dejado una misiva para Pequeña Corneja, en el campo de batalla de Birch Coulee, y algunos de nuestros hombres se hicieron con ella y la trajeron [...].”

El mensaje dejado por Mercader Largo era breve y lacónico:

Si Pequeña Corneja tiene alguna propuesta que hacer, que lo haga por medio de un mestizo, al que se protegerá dentro y fuera de nuestro campo.

H. H. Sibley, Col. Com'd Mil. Ex'n (H. H. Sibley, coronel comandante de la expedición militar)

Naturalmente, Pequeña Corneja no confiaba en absoluto en este hombre, lo bastante astuto como para embolsarse tal cantidad de dinero del estipulado para los santees en virtud de los tratados. Sin embargo, decidió enviar una respuesta. Al fin y al cabo, pensó que quizá Mercader Largo, que había estado todo el tiempo en White Rock (Saint Paul), no sabía por qué los santees estaban en guerra. Además, Pequeña Corneja quería que el gobernador Ramsey conociera las razones que la animaban. Muchos de los santees que permanecían neutrales estaban atemorizados por lo que Ramsey había declarado ante los habitantes de Minnesota: “Los indios sioux deben ser exterminados o expulsados para siempre fuera de los confines de este estado”.

El mensaje de Pequeña Corneja, de fecha 7 de septiembre, decía lo siguiente:

Por qué razón hemos comenzado esta guerra, voy a decírselo. Es a causa del mayor Galbraith. Hicimos un trato con el gobierno, y hemos de suplicar por nuestras provisiones, que no recibimos sino cuando nuestros niños se mueren

de hambre. Son los comerciantes quienes lo empezaron todo. A. J. Myrick dijo a los indios que comieran hierba o excrementos. Luego, Forbes insultó a los indios de la Agencia Inferior al decir que no eran hombres. Y Roberts se alió con sus amigos para robarnos nuestro dinero de las anualidades.^[1] Si jóvenes bravos han acosado a los hombres blancos, así he hecho yo también. Así que quiero que se ponga todo esto en conocimiento del gobernador Ramsey. En mi poder se encuentran muchos prisioneros, mujeres y niños [...]. Quiero que se le dé una respuesta al portador.

El coronel Sibley replicó:

Pequeña Corneja: has dado muerte a muchos de los nuestros sin razón. Devuélveme a los prisioneros bajo enseña de paz y hablaré contigo como un hombre.

Pequeña Corneja no tenía la menor intención de devolver a sus rehenes antes de que Mercader Largo informara de si pensaba llevar a cabo lo que el gobernador Ramsey había ordenado acerca de la exterminación o exilio de los santees. Los prisioneros le servirían para negociar. Los consejos que siguieron entre las diversas facciones se caracterizaron, sin embargo, por el desacuerdo respecto del curso que se debía tomar antes de que las tropas de Sibley alcanzaran el Yellow Medicine. Paul Mazakootemane, de los sissetons de la Agencia Superior, condenaba a Pequeña Corneja por haber iniciado la guerra. “Dame todos estos cautivos blancos – dijo –, los llevaré de nuevo con los suyos [...] Deja de luchar. Nadie que combate a los blancos hace jamás fortuna, ni permanece más de dos días en el mismo lugar, sino que es continua su huida del horror y del hambre.”

Wabasha, que había tomado parte en las batallas de Fort Ridgely y New Ulm, hablaba también en favor de una apertura hacia los blancos mediante la liberación de los prisioneros, pero su yerno Rda-in-yan-ka, como portavoz de Pequeña Corneja y de la mayoría de los guerreros, replicó: “Yo estoy por la continuación de la guerra y me opongo a la liberación de los prisioneros. No tengo la menor confianza en

que los blancos respeten el acuerdo que podamos concertar con ellos si devolvemos a su gente. Cada vez que hemos firmado tratados, sus agentes y comerciantes han hecho caso omiso de lo estipulado. Algunos de los nuestros han sido fusilados, otros, ahorcados; unos fueron abandonados sobre los hielos flotantes hasta morir ahogados; muchos han muerto de hambre en las mazmorras. No era nuestra intención matar a los blancos, hasta que regresaron de Acton los cuatro hombres con la noticia de lo sucedido. Entonces nuestros jóvenes se pusieron nerviosos y empezó la matanza. Los más viejos lo habrían impedido de haber podido, pero a raíz de los tratados habían perdido toda autoridad. Podemos lamentar lo ocurrido, pero las cosas han ido demasiado lejos para que tengan remedio. Hemos de morir. Así que llevémonos por delante a tantos blancos como podamos, y que los prisioneros mueran con nosotros”.

El 12 de septiembre, Pequeña Corneja concedió a Mercader Largo la última oportunidad de acabar con la guerra sin más derramamiento de sangre. En el mensaje que le hizo llegar aseguraba a Sibley que los prisioneros eran tratados con consideración. “Quiero saber de ti, como amigo –añadió–, qué camino proporcionará la paz a mi pueblo.”

A espaldas de Pequeña Corneja, Wabasha envió aquel mismo día un mensaje secreto a Sibley, en el cual acusaba a Pequeña Corneja de haber iniciado la guerra y aseguraba que él (Wabasha) era amigo de “la buena gente blanca”. No mencionaba su participación en los sangrientos sucesos de Fort Ridgely y New Ulm, acaecidos tan sólo unas semanas antes. “Se me ha amenazado con la muerte ante el menor movimiento de ayuda a los blancos –declaraba Wabasha–, pero si tienes a bien señalar algún lugar donde podamos encontrarnos, acudiré con unos pocos bravos que me son fieles y con los prisioneros que podamos liberar, y luego nos

dirigiremos con nuestras familias a donde tú quieras.”

Sibley respondió inmediatamente a ambos mensajes. Colmaba de improperios a Pequeña Corneja y le indicaba que su renuncia a la entrega de los prisioneros no era la mejor forma de poner fin a las hostilidades, e ignoraba, por otra parte, la propuesta de paz del jefe. Larga fue, en cambio, la carta que Sibley dirigió al traidor Wabasha, a quien daba instrucciones explícitas en cuanto a ampararse bajo la enseña de tregua cuando acudiera con los prisioneros. “Me alegrará dar la bienvenida a los verdaderos amigos de los blancos –prometía Sibley–, con tantos prisioneros como consigan liberar, y soy suficientemente poderoso para aplastar a quienes se opongan a mi avance y para castigar a quienes se han manchado con la sangre inocente.”

Una vez en sus manos la fría respuesta de Sibley, Pequeña Corneja comprendió que no había esperanza alguna de paz, salvo mediante abyecta rendición incondicional. Si los soldados no podían ser vencidos, la única alternativa para los sioux santees era la muerte o el exilio.

El 22 de septiembre, sus exploradores informaron de que los soldados de Sibley habían acampado en Wood Lake. Pequeña Corneja decidió darle la batalla allí mismo, antes de que alcanzaran Yellow Medicine.

“Todos nuestros jefes guerreros estaban presentes, así como nuestros más aguerridos guerreros –contaba Águila Grande–. Presentíamos que ésta sería la batalla determinante de la guerra.” (Como habían hecho en Birch Coulee, de nuevo prepararon los santees una emboscada.) “Podíamos oírlos cantar y reír. Y al terminar todos los preparativos, Pequeña Corneja, yo mismo y algunos otros jefes nos dirigimos a unas colinas, más al oeste, desde las cuales podríamos seguir el curso de la batalla cuando ésta tuviera lugar [...].

"Llegó la mañana y un accidente desbarató nuestros planes. Por alguna razón, Sibley no se puso en marcha tan temprano como habíamos pensado nosotros. Nuestros hombres yacían ocultos, en silenciosa espera. Algunos estaban muy próximos a las líneas avanzadas del campamento, junto a una quebrada, pero los blancos no lograron ver a uno solo de nuestros guerreros. Creo que jamás hubieran podido descubrirnos. El tiempo pareció discurrir con gran lentitud desde la salida del sol, hasta que por fin cuatro o cinco carromatos, ocupados por un pequeño número de soldados, partieron en dirección a la vieja agencia de Yellow Medicine. Más tarde, supimos que carecían de órdenes de marcha y que su movimiento obedecía a sus deseos de conseguir algunos sacos de patatas de la agencia, a ocho kilómetros. Entonces se acercaron a nuestras líneas y dieron justo en medio de las posiciones ocupadas por algunos de los nuestros. Unos cuantos carromatos avanzaban campo a través, de modo que de haber seguido su marcha, con seguridad habrían ido a parar encima de los guerreros tendidos silenciosamente sobre la hierba. Tan a punto estuvieron de hacerlo que los nuestros no tuvieron más remedio que erguirse y abrir fuego. Esto inició la batalla general, claro está, pero no de acuerdo con nuestro plan. Pequeña Corneja, muy contrariado, se dio cuenta de ello en seguida. [...]

"Los indios que participaron en la lucha se portaron extraordinariamente, pero fuimos centenares los que no tuvimos ocasión de hacerlo y nos quedamos sin disparar un solo tiro. Quienes se encontraban en la quebrada y formaban la línea de enlace con el grueso de nuestra fuerza llevaron la mayor parte de la lucha. Los demás nos hallábamos demasiado lejos. Hicimos cuanto pudimos desde las colinas, pero fue insuficiente. Mankato murió allí, razón por la cual

perdimos un valeroso jefe guerrero. Murió por una bala de cañón que, casi agotada su trayectoria, fue ignorada con orgullo por Mankato, a quien alcanzó en la espalda mientras permanecía tendido sobre la hierba. Una carga de los blancos expulsó finalmente a los nuestros de la quebrada, y así terminó todo. Nos retiramos con cierto desorden, aunque los blancos no intentaron seguirnos. Cruzamos una pradera abierta y la caballería no nos acosó. 14 o 15 fueron nuestros muertos y numerosos nuestros heridos. Muchos murieron más tarde, no sé cuántos; los dejamos en el campo, pero llevamos con nosotros a nuestros heridos. Los blancos escalparon a todos nuestros muertos, así me han dicho.” (Después de que los soldados mutilaran a los santees muertos, Sibley emitió una orden por la cual prohibía estas acciones: “Los cuerpos de los muertos, incluso de un salvaje enemigo, no serán sometidos a indignidad alguna por parte de hombres civilizados y cristianos”).

Aquella noche en el campamento de los santees, situado a 29 kilómetros curso arriba del Yellow Medicine, los jefes celebraron su último consejo. La mayoría de ellos estaban ahora convencidos de que Mercader Largo Sibley era demasiado poderoso. Los sioux de los bosques tendrían que rendirse o escapar para unirse con sus primos, los indios sioux de las praderas del territorio de Dakota. Los que no habían participado en la lucha decidieron quedarse y rendirse, convencidos de que la restitución de los prisioneros les ganaría la amistad de Mercader Largo Sibley para siempre. A éstos se unió enseguida Wabasha, quien asimismo persuadió a su yerno Rda-in-yan-ka de que hiciera otro tanto. En el último momento, Águila Grande también decidió quedarse. Algunos de los mestizos le habían asegurado que, si se entregaba, sólo sería considerado prisionero de guerra durante cierto tiempo. El hecho es que

viviría para lamentar su decisión.

A la mañana siguiente, con la amargura de la derrota y sintiendo el peso de sus sesenta años, Pequeña Corneja pronunció el último discurso ante sus seguidores: "Me da vergüenza llamarme sioux –les espetó–. El día de ayer ha visto la muerte de 700 de nuestros mejores guerreros. Ahora, más nos valdría dispersarnos asustados por las praderas como los búfalos y los lobos. Es verdad que los blancos poseían cañones con ruedas y armas más poderosas que las nuestras, y que su número nos dobla, pero ésta no es razón suficiente para no haberlos vencido, puesto que nosotros somos bravos sioux y los blancos sólo cobardes mujeres. No puedo responder por esta desgraciada derrota. Debe ser obra de traidores entre nosotros". A continuación, él, Shakopee y Botella de Medicina ordenaron a los suyos que desmantelaran sus tipis. Cargaron sus bienes y provisiones en algunos carromatos tomados de la agencia y, junto a sus mujeres y niños, emprendieron camino hacia el oeste. La luna del arroz silvestre (septiembre) alcanzaba su fin, y pronto harían su llegada las lunas del frío.

El 26 de septiembre, con la ayuda de Wabasha y Paul Mazakootemane, quienes enarbolaban banderas blancas, Sibley hizo su entrada en el campamento santee y exigió inmediatamente la liberación de todos los cautivos; de este modo 107 blancos y 162 mestizos recobraron la libertad. En el consejo que siguió, Sibley anunció que todos los santees debían considerarse prisioneros de guerra hasta que le fuera posible descubrir y juzgar a los verdaderos responsables de los desmanes cometidos. Los que habían abogado por la paz protestaron con obsequiosas proclamas de amistad y adhesión a la causa de los blancos. Así, Paul Mazakootemane dijo: "He crecido como vuestros niños y de vuestras cosas me he alimentado, ahora tomo vuestra mano como haría un

niño con la de su padre [...], siempre he considerado a los blancos como mis amigos y me doy cuenta de que de ellos nos ha llegado esta bendición”.

Sibley, en respuesta, dispuso un cordón de artillería en torno al campamento; a continuación envió mensajeros mestizos a todos los emplazamientos santees del valle del Minnesota para exigir la presencia de todos los indios en Camp Release (Campamento de Liberación, nombre que le había dado al lugar). Quienes rehusaran acudir voluntariamente, serían perseguidos hasta la muerte. Entretanto, los santees habían sido agrupados, mientras algunos soldados procedían a cortar gruesos troncos de árboles para construir un vasto barracón de techo bajo, cuyo fin resultó pronto muy claro. La mayoría de los indios santees, unos 600 de los 2.000 habitantes del campamento, fueron encadenados por parejas y confinados en aquel recinto.

Cinco oficiales, elegidos por Sibley, constituirían el tribunal de guerra que iba a juzgar a todos los sospechosos de haber tomado parte activa en la revuelta. Y como los indios carecían de derechos legales, el blanco no vio razón alguna para nombrar un defensor legal de su causa.

El primero de los acusados fue un mulato llamado Godfrey, casado con una india de la banda de Wabasha, que había vivido en la Agencia Inferior durante cuatro años. Testigos convocados eran tres mujeres blancas que se habían encontrado entre los cautivos. Ninguna de ellas lo acusó de estupro, ninguna lo había visto cometer asesinato alguno, pero dijeron que lo habían visto presumir de haber matado a siete blancos en New Ulm. Con esta evidencia, el tribunal militar consideró a Godfrey culpable de asesinato y el mulato fue enviado a la horca.

Más tarde, al enterarse de que sus jueces conmutarían la

pena si identificaba a los santees que habían participado en los ataques, Godfrey no perdió tiempo en convertirse en informador voluntario, y los juicios se sucedieron ininterrumpidamente, a razón de 40 indios por día condenados a muerte o a prisión. El 5 de noviembre finalizaron los procesos: 303 indios habían sido condenados a muerte y 16 a largas penas de cárcel.

La responsabilidad de causar la extinción de tantas vidas humanas, aun cuando fueran "demonios con forma humana", era más de lo que Sibley deseaba soportar solo, así que traspasó el sumario al comandante del departamento militar del noroeste, general John Pope. Éste, a su vez, dejó la decisión final al presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln. "Los prisioneros sioux serán ejecutados, a menos que el presidente lo prohíba –informó el general Pope al gobernador Ramsey–, lo cual, estoy convencido, no hará."

Abraham Lincoln, que era un hombre de conciencia, exigió el envío de "un sumario completo y detallado de los procedimientos; si en éste no aparece incuestionablemente probada la culpa de los condenados y su influencia nefasta sobre los demás, proceda a investigar estos puntos con meticulosidad y hágame llegar sus conclusiones sin dilación". A la recepción de los sumarios, el presidente designó a dos jurisconsultos para que determinaran, a la vista de los datos reunidos, quiénes entre los acusados eran culpables de asesinato y quiénes sólo habían tomado parte en la guerra.

La negativa de Lincoln a la ejecución inmediata de los 303 condenados santees enfureció al general Pope y al gobernador Ramsey. El primero arguyó que "los criminales condenados debían ser, a todas luces, ejecutados sin demora [...]. La humanidad requiere la inmediata disposición del caso". Ramsey solicitó la autoridad del presidente para ordenar el cumplimiento expeditivo de las sentencias, tras

advertir que los habitantes de Minnesota se tomarían “propia y cumplida venganza” de los prisioneros si Lincoln no actuaba con celeridad.

Mientras el presidente Lincoln examinaba los sumarios de las causas seguidas contra los indios, Sibley trasladó a los condenados a un campo de prisioneros situado en South Bend, junto al río Minnesota. Al pasar por New Ulm, una enfurecida multitud de habitantes, entre los cuales se encontraban numerosas mujeres, trató de cumplir sus deseos de venganza “particular” con rastrillos, agua hirviente y piedras. Quince prisioneros fueron heridos, uno de ellos sufrió la fractura de la mandíbula, antes de que los soldados lograran escoltarlos fuera de la población. El 4 de diciembre los ciudadanos asaltaron de nuevo la prisión para linchar a los indios. Los soldados apenas lograron contener el tumulto y al día siguiente decidieron trasladar a los presos a una plaza más fuerte, próxima al poblado de Mankato.

Entretanto, Sibley había decidido conservar a los 1.700 santees restantes –la mayoría mujeres y niños– en calidad de prisioneros, aunque no se los acusara de más crimen que haber nacido indios. Ordenó que se los trasladara a Fort Snelling, con el resultado de que también estos desgraciados se vieron sometidos al asalto de los enfurecidos colonos. Fueron muchos los heridos a palos y piedras, un niño fue arrancado de los brazos de su madre y muerto a garrotazos en presencia de ella. Una vez en Fort Snelling, la larga procesión, que se extendía a lo largo de casi 6,5 kilómetros, fue recluida entre cercas sobre un terreno cenagoso. Allí, bajo custodia armada, guarecidos en improvisados refugios y alimentados con mínimas raciones, fueron a parar los restos de la antaño orgullosa raza de los sioux de las praderas y los bosques.

El 6 de diciembre, el presidente Lincoln notificó a Sibley

que “debía proceder” a que “se diera muerte” a 39 de los 303 convictos santees. “Los demás seguirán presos hasta nueva orden, debe cuidarse de que no huyan ni sean sometidos a violencia alguna contraria a la ley.”

La fecha de ejecución había sido fijada para el día 26 de diciembre, de la luna en que el ciervo cambia su cornamenta. Aquella mañana, el poblado de Mankato se llenó de vengativos ciudadanos henchidos de morbosa curiosidad. Se envió un regimiento de soldados para mantener el orden. En el último momento, a uno de los indios se le conmutó la pena; hacia las diez de la mañana, los 38 restantes fueron conducidos al patíbulo. Las colinas vecinas dieron eco a la *Canción de muerte* de los sioux, hasta que los soldados cubrieron la cabeza de los reos con capuchas blancas, a la vez que cerraban en torno a su cuello la soga fatal. A la voz del oficial de mando, se abrió la trampa y 38 sioux santees quedaron sin vida y se balancearon colgados del cuello. De no haber sido por la intercesión de Abraham Lincoln, habrían sido 303; aun así, uno de los espectadores se vanagloriaba de haber presenciado “la ejecución masiva más grande de América”.

Unas horas más tarde se descubrió que dos de los hombres ahorcados no estaban en la lista de Lincoln, pero el hecho no se hizo público hasta transcurridos nueve años. “Es lamentable que se hayan cometido algunos errores –declaró uno de los responsables–. Tengo la seguridad de que no fue intencionalmente.” Uno de los inocentes ajusticiados había salvado la vida de una mujer blanca durante un asalto indio.

Algunos de los que fueron ejecutados aquel día mantuvieron su inocencia hasta el final. Uno de ellos fue Rda-in-yan-ka, quien había tratado de oponerse a la guerra antes de su comienzo, pero que luego se unió a Pequeña Corneja. Cuando éste y sus seguidores escaparon a Dakota,

Wabasha había persuadido a Rda-in-yan-ka de que permaneciera junto a él.

Poco antes de su ejecución, Rda-in-yan-ka dictó una carta de despedida para su jefe:

Wabasha, me has engañado. Me dijiste que si seguíamos el consejo del general Sibley y nos entregábamos, no sucedería nada malo, ningún inocente sería castigado. Yo no he matado, herido ni insultado a ningún blanco. No he participado en el saqueo de sus propiedades, sin embargo, heme aquí hoy, reunido con quienes morirán dentro de unos días, mientras otros, más culpables, permanecen en la prisión. Mi mujer es hija tuya; mis hijos, tus nietos. Los dejo bajo tu cuidado y protección. No permitas que sufran y, cuando mis hijos sean mayores, diles que su padre murió por seguir el consejo de su jefe, y sin tener sangre de hombre blanco alguno de qué responder ante el Gran Espíritu.

Mi mujer y mis hijos son muy queridos para mí. No dejes que me lloren. Recuérdales que el bravo debe estar preparado para encontrarse con la muerte, y yo me comportaré como debe hacerlo un dakota.

Tu yerno,

RDA-IN-YAN-KA

Los que se libraron de la horca fueron condenados a prisión. Uno de ellos era Águila Grande, que admitió sin ambages su participación en las batallas. "Si hubiera sabido que sería enviado a la penitenciaría –dijo más tarde– no me habría rendido, pero cuando ya había permanecido encerrado tres años y faltaba poco para que me soltaran, les dije que podían tenerme un año más si querían, y en verdad digo que

en aquellos momentos sentía así y nada me importaba. No me gustó la forma en que me habían tratado. Me rendí de buena fe, pues sabía que muchos blancos me conocían y, desde luego, no como asesino sino que, si yo había matado o herido a otro blanco, siempre había sido en lucha abierta y justa.” Sí, fueron muchos los que sintieron no haber huido con los demás guerreros de Minnesota.

Cuando tuvieron lugar las ejecuciones, Pequeña Corneja y los suyos estaban acampados en Devil’s Lake, lugar elegido por muchas tribus sioux para pasar el invierno. Durante el invierno, trató de lograrse la unión de los diversos jefes en alianza militar; se repitió hasta la saciedad que si no se disponían para la lucha, acabarían por sucumbir igualmente ante el invasor blanco. Pequeña Corneja se ganó la simpatía de todos, pero eran pocos los que en realidad se daban cuenta del peligro que les acechaba. Si los hombres blancos penetraban en el territorio de los dakotas, los indios se trasladarían más al oeste. La tierra era suficientemente vasta para dar cabida a todos.

Hacia la primavera, Pequeña Corneja, Shakopee y Botella de Medicina llevaron a sus bandas hacia el norte, hacia Canadá. En Fort Garry (Winnipeg), Pequeña Corneja intentó persuadir a las autoridades británicas de que prestaran ayuda a los santees. Para su primera reunión con ellas, el indio lució sus mejores galas: una casaca negra con cuello de terciopelo, calzones azules y guardapiernas de piel de venado. Pequeña Corneja les recordó que su abuelo había sido su aliado en anteriores guerras contra los estadounidenses y que en la de 1812 los santees habían capturado un cañón de éstos, que luego habían ofrecido como presente a los británicos. En aquella ocasión, recordó Pequeña Corneja a sus interlocutores, los británicos habían prometido a los santees que, si alguna vez tenían problemas,

el cañón les sería devuelto con hombres, además, para servirlo. Los santees tenían ahora problemas y querían que, efectivamente, el cañón volviera a sus filas.

Una provisión de vituallas fue, sin embargo, lo único que Pequeña Corneja pudo obtener de los canadienses británicos. No tenían cañón alguno para darles, ni munición siquiera para las armas que poseían.

En la luna de las fresas, junio de 1863, Pequeña Corneja tomó una última decisión. Si él y su familia eran obligados a convertirse en indios de las llanuras, deberían disponer de caballos. Los hombres blancos que los habían expulsado de su tierra los poseían y él se los robaría a cambio de la tierra expoliada. Decidió regresar a Minnesota con un pequeño grupo para capturar algunos caballos.

Su hijo Wopinapa, que en aquel entonces tenía dieciséis años, relató más tarde las vicisitudes de la empresa. "Padre dijo que no podía dar batalla a los hombres blancos, pero no obstante, sí descender sobre sus emplazamientos y robarles los caballos. Así, sus hijos disfrutarían de mejores condiciones; luego, él se alejaría hasta desaparecer.

"Padre me dijo también que se estaba volviendo viejo y que quería que lo acompañara para llevar los bártulos. Dejó a sus mujeres y al resto de sus hijos y, acompañados de 16 hombres y una *squaw*, emprendimos el regreso a los emplazamientos de los blancos."

En la luna de los florecientes lirios llegó el grupo a Big Woods, que pocos años antes había sido territorio santee y ahora se poblaba de granjas y asentamientos comerciales. La tarde del 3 de julio, Pequeña Corneja y Wopinapa abandonaron su escondido campamento para ir en busca de frambuesas, cerca del asentamiento Hutchinson. Al anochecer, fueron descubiertos por dos colonos que regresaban de batir al ciervo. Como el estado de Minnesota

había fijado un botín de 25 dólares por cabeza de sioux, los colonos abrieron fuego sin más preámbulos.

Pequeña Corneja fue herido en el costado, justo por encima de la cadera. "Nuestras armas yacían en el suelo a pocos metros de nosotros –dijo Wopinapa–. Él tomó mi arma, la descargó contra los blancos y seguidamente hizo lo propio con la suya. La bala reventó la culata de su arma y penetró en su costado de nuevo, esta vez cerca del hombro. Éste fue el tiro que lo mató. Así me lo dijo él mismo antes de pedirme que le diera un poco de agua. Murió a los pocos minutos. Yo había permanecido oculto desde el primer disparo y los hombres no me habían visto."

Con rapidez, Wopinapa calzó a su padre unos mocasines nuevos para el largo viaje a la tierra de los espíritus. Luego cubrió su cuerpo con una chaqueta y abandonó el lugar. Tras avisar al resto del grupo de lo sucedido para que se dispusieran a huir, decidió regresar a Devil's Lake. "Viajaba sólo de noche y, como no tenía munición que me permitiera cazar, apenas tenía fuerzas para avanzar." En un poblado abandonado, cerca de Big Stone Lake, el joven encontró un cartucho con el cual mató a un lobo. "Comí algo de su carne y ello me dio fuerzas para proseguir en dirección al lago de mi destino hasta el día en que fui capturado."

Efectivamente, Wopinapa fue capturado por algunos de los soldados de Sibley, quienes habían penetrado aquel verano en territorio dakota con el fin de dar muerte a todos los sioux que pudieran encontrar. Los soldados devolvieron al jovenzuelo de dieciséis años a Minnesota, donde fue juzgado por un tribunal militar y condenado a la horca. Allí, el muchacho se enteró de que la cabeza de su padre había sido conservada y expuesta a la morbosa curiosidad pública en Saint Paul. El estado de Minnesota había añadido 500 dólares de premio al botín acostumbrado de 25 por cada indio, en

razón de tan señalada víctima.

Cuando el sumario del proceso seguido contra Wopinapa fue enviado a Washington, las autoridades militares desaprobaron el procedimiento y al joven le fue conmutada la pena de muerte por la de encarcelamiento. (Algunos años más tarde, al salir de prisión, Wopinapa cambió su nombre por el de Thomas Wakeman, llegó a profesar como diácono y fundó la primera asociación de jóvenes cristianos entre los sioux.)

Entretanto, Shakopee y Botella de Medicina permanecían en Canadá, a salvo, creían, de sus enemigos de Minnesota. Pero en diciembre de 1863 uno de los jefecillos de Mercader Largo Sibley, el mayor Edwin Hatch, condujo un batallón de la caballería de Minnesota hasta Pembina, situada inmediatamente por debajo de la frontera canadiense.

Desde allí, Hatch envió a un teniente al otro lado de la frontera, para que se encontrara a escondidas en Fort Garry con un ciudadano estadounidense llamado John McKenzie. Con la ayuda de éste y de dos cómplices canadienses, el teniente preparó la captura de Shakopee y de Botella de Medicina. Durante una amistosa reunión con los dos jefes guerreros santees, los conspiradores ofrecieron a éstos vino mezclado con láudano, los cloroformizaron cuando dormían y, tras atarlos de pies y manos, los tendieron en un trineo tirado por perros. Con completo desprecio del derecho internacional, el teniente cruzó la frontera con sus dos prisioneros, de quienes hizo entrega al mayor Hatch en Pembina. Pocos meses después, Sibley tuvo ocasión de organizar otro espectacular proceso: como resultado, Shakopee y Botella de Medicina fueron condenados a la horca. Sobre el veredicto comentó el *pioneer* de Saint Paul: "No creemos que se cometa una grave injusticia con las ejecuciones de mañana, pero todo habría resultado más

verosímil si hubiera sido posible obtener alguna prueba más tangible de la culpabilidad de los reos [...], ningún hombre blanco, procesado ante un juzgado de sus pares, sería ejecutado sobre la base del testimonio aportado". Cumplida la sentencia, la legislatura de Minnesota reunió agradecida 1.000 dólares como pago para John McKenzie por sus servicios en Canadá.

El tiempo de los sioux santees en Minnesota había llegado a su fin. Aunque la mayoría de los jefes y los guerreros habían muerto, se encontraban en prisión o en lugares remotos fuera de los confines del estado, la revuelta había dado a los blancos la oportunidad de apropiarse de las tierras restantes, pertenecientes a los indios, sin necesidad siquiera de pretensión alguna de pago. Los tratados anteriores fueron abrogados y se informó a los indios supervivientes de que en breve se los trasladaría a una reserva, establecida al efecto en el territorio de Dakota. Incluso aquellos jefes que habían colaborado con el blanco se vieron obligados a marchar. "Exterminio o destierro" era el grito de los colonos ávidos de tierras. La primera expedición de 770 santees abandonó Saint Paul en un vapor, el 4 de mayo de 1863. Centenares de blancos, apostados en las riberas del río, los despidieron con gritos, insultos y piedras.

Crow Creek, en el río Missouri, fue el lugar elegido para la reserva. El terreno era estéril; la lluvia, escasa; la caza, prácticamente inexistente, y la alcalinidad del agua hacía que fuese imposible de beber. Pronto, las colinas circundantes se cubrieron de tumbas; de los 1.300 santees llevados allí en 1863, menos de 1.000 superaron el primer invierno.

Entre los visitantes que acudieron a Crow Creek aquel año se encontraba un joven sioux teton. Observó con lástima a sus primos santees y escuchó con atención sus historias acerca de aquellos estadounidenses que los habían despojado

de sus tierras y confinado en otras extrañas. “Ciertamente – pensó–, esta nación de hombres blancos es como una riada de primavera que se desvía de su propio cauce y destruye todo cuanto encuentra a su paso.” Pronto se desparramarían por el territorio de los búfalos, a menos que los corazones de los indios fueran tan fuertes como para impedirlo. Allí tomó la determinación de luchar en defensa de lo suyo. El nombre de aquel joven era Tatanka Yotanka, Toro Sentado (Sitting Bull).

IV. LA GUERRA LLEGA A LOS CHEYENES

1864: El 13 de enero, Stephen Foster, compositor de canciones y baladas, muere a la edad de treinta y ocho años. El 10 de abril, el archiduque Maximiliano, apoyado por un ejército francés, se convierte en emperador de México. El 17 de abril, huelga de pan en Savannah (Georgia). El 19 de mayo, Nathaniel Hawthorne muere a la edad de sesenta años. El 30 de junio, Chase, secretario del Tesoro, dimite; declara que especuladores conspiran para prolongar la guerra por interés. El legislador e historiador Robert C. Winthrop dice: "La profesión de patriotismo encubre muchas veces una multitud de pecados". El 2 de septiembre, Atlanta (Georgia) es tomada por el ejército de la Unión. El 8 de noviembre, Lincoln es reelegido presidente. El 8 de diciembre, Pío IX publica en Roma *Syllabus Errorum*, una condena del liberalismo, el socialismo y el racionalismo. El 21 de diciembre, Savannah cae en poder del ejército de Sherman. En diciembre, Edwin Booth interpreta *Hamlet* en el Winter Garden Theater de Nueva York.

Aunque se me ha causado daño, vivo con esperanza. No poseo dos corazones [...], henos aquí, reunidos de nuevo para hacer la paz. Mi vergüenza es tan grande como la Tierra, aunque haré lo que me aconsejan mis amigos. Una vez creí que era el único hombre que perseveraba en su amistad para con el hombre blanco, pero, desde que éste ha venido a expoliarnos de nuestros hogares, caballos y todo lo demás, me es difícil seguir creyendo en los blancos.

MONTAVATO (CAZO NEGRO) de los cheyenes del sur

En 1851, cheyenes, arapajos, sioux, crows y otras tribus se reunieron en Fort Laramie con representantes de los Estados Unidos, y acordaron conceder permiso a los estadounidenses para el establecimiento de puestos militares y vías de comunicación en los territorios de los primeros. Ambas partes litigantes juraron “mantener buena voluntad y amistad en sus tratos futuros y esforzarse por preservar una paz que debía durar para siempre”. Para finales de la primera década, tras firmar el tratado, los hombres blancos habían practicado una primera brecha en el territorio indio a través del valle del río Platte. Primero fueron las caravanas de carros; luego, una cadena de fuertes; más tarde, las diligencias y una serie de puestos militares estrechamente entrelazados; al fin, llegó el *pony-express* (correo a caballo) seguido de los hilos parlantes del telégrafo.

Según el tratado de 1851, los indios de las llanuras no habían cedido derecho o reivindicación alguna sobre sus tierras, como tampoco el privilegio de “cazar, pescar o recorrer con libertad las zonas de terreno allí mencionadas”. La fiebre del oro de Pike’s Peak, en 1858, produjo la llegada masiva de mineros blancos ávidos de obtener el preciado metal encerrado en las tierras de los indios. Los mineros construyeron pequeños poblados de madera; luego fundaron un centro de mayor envergadura, al que llamaron Denver City. Pequeño Cuervo, un jefe arapajo que contemplaba divertido las actividades de los blancos, visitó Denver City en una ocasión; allí aprendió a fumar cigarros y a comer carne con tenedor y cuchillo. Dijo a los mineros que le complacía ver cómo conseguían oro, pero les recordó que la tierra pertenecía a los indios y expresó su confianza en que la

abandonaran después de haber obtenido todo el oro que necesitaban.

No sólo se quedaron allí los mineros, sino que se contaban por millares los que llegaban ininterrumpidamente. El valle del Platte, de tierras oscurecidas antaño por la presencia de búfalos, empezó a llenarse de casuchas y barracones, como paso previo a las marcaciones de límites que respondían a las crecientes reivindicaciones de tierra para el establecimiento de ranchos, en un territorio que había sido asignado a los cheyenes del sur y a los arapajos en virtud del tratado de Laramie. Sólo diez años después de la firma de este documento, el gran consejo de Washington creó el territorio de Colorado; el gran padre envió allí a un gobernador y los políticos empezaron a maniobrar para lograr la cesión de tierras de los indios.

A pesar de todo, cheyenes y arapajos mantuvieron la paz y cuando representantes del gobierno de los Estados Unidos invitaron a sus jefes a que se reunieran en Fort Wise, junto al río Arkansas, para discutir el establecimiento de un nuevo tratado, fueron varios los jefes indios que respondieron a la llamada. De acuerdo con las declaraciones posteriores de los jefes de algunas de las tribus afectadas por el curso de los acontecimientos venideros, entre lo que se les comunicó verbalmente y lo que al final fue registrado por escrito en el tratado, mediaba un abismo. Así entendieron aquellos que, tanto los cheyenes como los arapajos, conservarían sus derechos sobre las tierras y gozarían de plena libertad de movimientos para la caza del búfalo; aunque, a su vez, convendrían en establecer su hábitat en una sección triangular de territorio, limitada por Sand Creek y el río Arkansas. La libertad de movimientos era de vital importancia para ellos, puesto que la reserva asignada a las dos tribus poseía apenas caza y resultaba inadecuada para el

cultivo, a menos que se dispusiera de un sistema de riego.

La firma del tratado en Fort Wise estuvo rodeada de gran pompa. En razón de su importancia, el coronel A. B. Greenwood, comisionado para Asuntos Indios, organizó la comedia de distribuir medallas, mantas, azúcar y tabaco. El Pequeño Hombre Blanco (Little White Man), William Bent, casado con una india cheyene, cuidaría de velar por los intereses de los indios. Y cuando los cheyenes comunicaron que de sus 44 jefes sólo seis estaban presentes, los funcionarios del gobierno respondieron que los demás podían firmar más tarde. Jamás fue así, de modo que la legalidad del tratado quedó para siempre en tela de juicio. Cazo Negro, Antílope Blanco (White Antelope) y Oso Esbelto (Lean Bear) se encontraban entre los firmantes por parte de los cheyenes. Pequeño Cuervo (Little Raven), Tormenta (Storm) y Gran Boca (Big Mouth) firmaron por los arapajos. Como testigos actuaron dos oficiales de la caballería de los Estados Unidos, John Sedgwick y J. E. B. Stuart. (Pocos meses más tarde, Sedgwick y Stuart, que no cesaron de instar a los indios en favor de una vida pacífica, combatían en bandos opuestos en la Guerra de Secesión y, por una de esas ironías del destino, murieron con una diferencia de pocas horas durante la batalla de Wilderness.)

Durante los primeros años de la gran guerra civil del hombre blanco, los cheyenes y los arapajos encontraron dificultades crecientes, en sus salidas de caza, para mantenerse alejados de los chaquetas azules, que se dirigían hacia el sur en busca de sus enemigos: los chaquetas grises. Se enteraron, además, de las desgracias sufridas por los navajos y del terrible destino de los santees, que habían osado desafiar el poder de los soldados en Minnesota. Los jefes cheyenes y arapajos intentaban, por todos los medios, mantener a sus jóvenes ocupados en la caza del búfalo, lejos

de la ruta del hombre blanco. Sin embargo, cada verano eran mayores el número y la arrogancia de los chaquetas azules. Durante la primavera de 1864, los soldados se aventuraban en los remotos terrenos de caza flanqueados por los ríos Smoky Hill y Republican.

Alta ya la hierba, Nariz Romana y un número considerable de soldados perro cheyenes, se dirigieron al norte para cazar en el territorio del río Powder. Sus primos, los cheyenes del norte, les acompañaban en esta ocasión. Cazo Negro, Antílope Blanco y Oso Esbelto mantuvieron a sus respectivas bandas más al sur del río Platte, como hicieran asimismo Pequeño Cuervo y sus arapajos. Tenían mucho cuidado de evitar a los soldados y a los cazadores blancos de búfalos, y permanecían siempre alejados de los fuertes, rutas usuales y establecimientos de comercio.

Aquella primavera, Cazo Negro y Oso Esbelto acudieron a Fort Larned (Kansas) para comerciar. Hacía un año tan sólo que ambos jefes habían sido invitados a visitar al gran padre blanco, Abraham Lincoln, en Washington, y estaban seguros de que los soldados los tratarían bien. El presidente Lincoln les había dado medallas para lucir en sus pechos y el coronel Greenwood, a su vez, había regalado a Cazo Negro una bandera de Estados Unidos con 34 estrellas, una por cada estado de la Unión, las cuales parecían más grandes que las centelleantes en el cielo en una noche clara. El coronel Greenwood le había dicho que mientras aquella enseña ondeara por encima de su cabeza, ningún soldado se atrevería a abrir fuego contra su portador. Cazo Negro se sentía muy orgulloso de su bandera, que izaba siempre frente a su tienda cuando establecía campamento permanente.

Hacia mediados de mayo, Cazo Negro y Oso Esbelto oyeron decir que algunos soldados habían atacado a

cheyenes junto al río South Platte. Decidieron, pues, levantar el campamento y trasladarse más al norte para reunirse con el resto de la tribu, de esta manera ganaban más fuerza y protección. Tras un día de marcha, acamparon junto a Ash Creek. A la mañana siguiente, como de costumbre, los cazadores salieron al alba en busca de alimento, pero volvieron precipitadamente. Habían descubierto soldados con cañones que se acercaban al campamento.

A Oso Esbelto le gustaba la actividad, de modo que le dijo a Cazo Negro que se dirigiría al encuentro de la fuerza ya cercana, para averiguar cuáles eran sus intenciones. Colgó de su pecho la medalla del gran padre Lincoln y tomó asimismo algunos papeles que le habían dado en Washington, como certificado de su leal amistad hacia Estados Unidos. Acompañado de una pequeña escolta, ascendió a una colina desde la cual podía observar el movimiento de los soldados, formados en cuatro secciones de caballería, con cañones en medio de la columna y varios carromatos en la retaguardia.

Jefe Lobo (Wolf Chief), uno de los jóvenes guerreros de la escolta de Oso Esbelto, contó más tarde que cuando los soldados vieron a los cheyenes, se dispusieron inmediatamente en línea de ataque. "Oso Esbelto nos dijo que permaneciéramos donde estábamos para no asustar a los soldados, pues él saldría a su encuentro para mostrar sus papeles y saludar al oficial que los mandaba. [...] Cuando nuestro jefe se encontraba a sólo unos 20 o 30 metros de la fuerza, el oficial dio una orden y los soldados abrieron fuego sobre Oso Esbelto y el resto de nosotros. Oso Esbelto cayó del caballo en frente de la tropa y Estrella (Star), otro cheyene, también. Los soldados avanzaron entonces hacia Oso Esbelto y Estrella, que yacían inermes en tierra, y descargaron de nuevo sus armas contra ellos. Yo estaba con

otros jóvenes guerreros, a cierta distancia del lugar. Delante de nosotros había una compañía de soldados, pero éstos no hacían más que disparar una y otra vez sobre los cadáveres de Oso Esbelto y Star; algunos abrieron fuego también contra los pocos indios de la escolta. No nos prestaron la menor atención hasta que empezamos a descargar sobre ellos nuestros arcos y escasos fusiles. Estaban tan cerca, que nuestras flechas dieron con varios de ellos en tierra. Dos cayeron hacia atrás desde el caballo. La confusión era enorme. Cada vez más cheyenes se sumaban a la lucha en pequeños grupos y los soldados se apelotonaban atemorizados. Nos disparaban con el cañón. Las descargas sembraban de metralla el campo a nuestro alrededor, pero la puntería era muy mala.”

Entonces, Cazo Negro apareció en escena y, tras recorrer la línea de guerreros cheyenes, empezó a gritar: “¡Parad la lucha! –decía–. ¡No iniciéis una guerra!”. Mucho tardaron los cheyenes en hacerle caso. “Estábamos como locos –dijo Jefe Lobo–, pero al fin cesamos de tirar. Los soldados huyeron. Capturamos 15 caballos del ejército con sus sillas, bridas y alforjas. Varios soldados habían muerto; Oso Esbelto, Estrella y otro guerrero perecieron también y fueron muchos nuestros heridos.”

Los cheyenes estaban convencidos de que habrían podido dar muerte a toda la fuerza y capturado sus cañones de campaña, dado que en aquel lance su número ascendía a 500 por un centenar de soldados. El caso es que algunos jóvenes guerreros, enfurecidos por el asesinato a sangre fría del jefe Oso Esbelto, acosaron a los soldados en su huida hasta las mismas puertas de Fort Larned.

Cazo Negro estaba asustado por este súbito ataque y entristecido por la muerte de Oso Esbelto, su amigo de casi medio siglo. Recordaba cómo la curiosidad de Oso Esbelto le

causaba siempre problemas. Poco tiempo antes, con ocasión de una visita efectuada por los cheyenes a Fort Atkinson, en el río Arkansas, Oso Esbelto se había sentido muy atraído por la brillante sortija metálica que llevaba la esposa de un oficial. Impulsivamente, tomó la mano de la mujer para observar la joya con más atención. El marido de aquélla acudió presuroso y golpeó a Oso Esbelto con un gran látigo. El indio, herido en su orgullo, saltó sobre su caballo y regresó a toda prisa al campamento cheyene. Allí se pintó la cara, a continuación recorrió el campamento e instó a los guerreros a que se le unieran para atacar el fuerte. El jefe cheyene, tras ser insultado, manifestaba su desagrado a gritos. Cazo Negro y los demás jefes lo pasaron muy mal aquel día tratando de calmar a su compañero. Ahora, Oso Esbelto estaba muerto, y su fallecimiento había conmovido a los guerreros muchísimo más profundamente que aquel desgraciado lance del fuerte.

Cazo Negro no comprendía por qué los soldados habían atacado un campamento cheyene pacífico, sin previo aviso. Supuso, al fin, que si alguien podía iluminar la oscuridad de sus ideas, ése debía ser su viejo amigo, Pequeño Hombre Blanco, William Bent. Más de treinta años habían pasado ya desde que Pequeño Hombre Blanco y sus hermanos habían llegado al río Arkansas y construido el fuerte Bent. William se había casado entonces con Mujer Búho (Owl Woman) y, a la muerte de ésta, con su hermana Mujer Amarilla (Yellow Woman). Durante todos aquellos años, los Bent y los cheyenes habían mantenido una estrecha amistad. Pequeño Hombre Blanco tenía tres hijos y dos hijas, que vivían gran parte del tiempo con el pueblo de su madre. Aquel mismo verano, por ejemplo, dos de los hijos mestizos de Bent, George y Charlie, se encontraban con los cheyenes cazando búfalos en el río Smoky Hill.

Al cabo de cierto tiempo dedicado a la reflexión, Cazo Negro decidió enviar un mensajero en busca de William Bent. "Dile que hemos tenido una escaramuza con los soldados y que hemos matado a varios de ellos. Dile que ignoramos el porqué de la batalla y que nos gustaría verlo y hablar con él sobre este asunto."

Por casualidad, el mensajero de Cazo Negro se topó con William Bent en el camino que unía Fort Larned con Fort Lyon. El blanco dio instrucciones al indio para que Cazo Negro se encontrara con él, más tarde, en Coon Creek. Al cabo de una semana, ambos amigos debatían afligidos el futuro de los cheyenes. Su preocupación se centraba especialmente en sus hijos. A Bent le tranquilizó saber que los suyos estaban de caza en Smoky Hill. No había llegado de aquel sitio ninguna noticia preocupante; en cambio, él conocía acontecimientos poco gratos ocurridos en otros lugares. En Fremont's Orchard, al norte de Denver, una banda de indios había sido atacada por una patrulla de los voluntarios de Colorado del coronel John M. Chivington, destacada para dar caza a unos presuntos ladrones de caballos. Los indios arreaban una mula y un caballo, que habían encontrado extraviados, y los soldados abrieron fuego sin dar tiempo a que aquéllos explicaran la procedencia de los animales. Después de este incidente, Chivington envió una fuerza mayor contra un campamento cheyene próximo a Cedar Bluffs; mataron a dos mujeres y a dos niños. Los soldados de artillería que habían atacado el campamento de Cazo Negro el 16 de mayo último pertenecían asimismo a las tropas de Chivington que, no obstante, carecían de autoridad para actuar en Kansas. El oficial que los mandaba, teniente Georges S. Eayre, tenía órdenes del coronel Chivington de "matar cheyenes dondequiera y cuando quiera los encontrara".

Si continuaban tales incidentes, convinieron William Bent y Cazo Negro, no tardaría en estallar una guerra total en las llanuras. “No es mi intención ni mi deseo combatir al blanco –dijo Cazo Negro–. Quiero que se guarde la paz y la amistad. No puedo combatir a los blancos y deseo la paz para mí y para mi tribu.”

Bent aconsejó a Cazo Negro que evitara las incursiones de venganza de sus jóvenes guerreros, y prometió su regreso al Colorado para intentar convencer a las autoridades militares de que abandonaran el peligroso curso iniciado. Poco después emprendía camino hacia Fort Lyon.

“A mi llegada –testificaría más tarde bajo juramento– hablé con el coronel Chivington y le relaté la conversación mantenida poco antes con los indios, tras recalcar los deseos de paz que animaban a sus jefes. Su respuesta fue que carecía de autoridad para hacer la paz y que, por entonces, se encontraba ya en el sendero de la guerra [...], creo que fueron éstas las palabras que usó. Yo traté de hacerle ver el gran riesgo que entrañaba aquella actitud, le recordé que eran numerosos los trenes del gobierno que se dirigían a Nuevo México y demás puntos alejados, y que éste también era el caso de muchos viajeros; no se disponía de fuerza suficiente para protegerlos en todo el trayecto y serían muchos los ciudadanos y colonos que iban a sufrir las consecuencias de una guerra generalizada. Replicó secamente que los civiles deberían cuidar de sí mismos. Ante esto, no dije más.”

A finales de junio, el gobernador del territorio de Colorado, John Evans, publicó una circular dirigida a los “indios amigos de las llanuras”. En ésta les informaba de que algunos miembros de sus tribus habían ido a la guerra contra los hombres blancos. El gobernador Evans declaraba que “en algunos casos se han producido ataques contra soldados y

son numerosos los muertos”. No hizo mención alguna de las agresiones injustificadas perpetradas por los soldados contra los indios, aunque, en verdad, así ocurrió en los tres primeros incidentes con los cheyenes. “Por ello está molesto el gran padre –seguía–, y procederá a su captura y castigo, si bien no desea que sufran daños quienes permanecen fieles a los blancos; éstos, por el contrario, serán cuidados y protegidos. Por esta razón, ordeno que todos los indios amigos se mantengan alejados de quienes se encuentran en guerra y que se trasladen a lugares más seguros.” Evans ordenó asimismo a los cheyenes y arapajos amigos que se presentaran en Fort Lyon y se pusieran en contacto con el agente del gobierno a cargo de su reserva, Samuel G. Colley, quien les proporcionaría provisiones y les indicaría el lugar seguro a donde debían dirigirse. “Nuestro único deseo es evitar la muerte de los indios amigos por error [...], la guerra contra los hostiles continuará hasta que todos, sin excepción, sean completamente sometidos.”

Tan pronto como William Bent se hubo enterado del decreto emitido por el gobernador Evans, corrió a comunicárselo a los cheyenes y arapajos, para que éstos se presentaran sin falta en Fort Lyon. Dado que las diversas bandas estaban dispersas por el oeste de Kansas, dedicadas a sus cacerías estivales, pasaron varias semanas hasta que los mensajeros hicieron llegar las noticias a todos. Durante este tiempo, las escaramuzas entre indios y soldados aumentaban. Guerreros sioux, enfurecidos por las expediciones punitivas del general Sully, en 1863 y 1864, en el territorio de Dakota, descendieron masivamente desde el norte para atacar con saña a los colonos establecidos a lo largo de la ruta del Platte, frecuentada asimismo por caravanas y diligencias que no escaparon tampoco a un destino infortunado. Lamentablemente, por estas acciones

los cheyenes del sur y los arapajos recibieron, sin merecerlo, gran parte de la culpa y particular atención de los soldados. El hijo mestizo de William Bent, George, que se encontraba con un gran grupo de cheyenes junto al río Solomon, relataría más tarde que habían sido atacados una y otra vez por los soldados sin motivo alguno, razón por la cual se vieron obligados a tomar represalias del único modo que podían: quemaron las postas de las diligencias, acosaron a éstas, provocaron estampidas entre el ganado y forzaron a las caravanas a detenerse a luchar.

Cazo Negro y los jefes más ancianos trataron de impedir por todos los medios estas incursiones, pero su influencia era mínima ante el gran poder de persuasión de los jefes más jóvenes, entre los que se contaban Nariz Romana y miembros de la tribu de los hotamitanios o sociedad de los soldados perro. Cuando Cazo Negro se enteró de que siete cautivos blancos –dos mujeres y cinco niños– habían sido trasladados a los campamentos de Smoky Hill por sus raptos, no perdió tiempo en rescatarlos, a costa de sus propios caballos, para devolverlos a sus familiares. Aproximadamente en ese tiempo, recibió por fin el mensaje de William Bent, en el cual comunicaba la orden del gobernador Evans para presentarse de inmediato en Fort Lyon.

El mes de agosto alcanzaba su fin cuando Evans hizo público otro comunicado, en el cual decía: "Autorizo a todos los ciudadanos de Colorado, tanto en forma individual como colectiva, a perseguir a todo indio hostil de las llanuras, pero deben evitar escrupulosamente a aquellos que han respondido a mi llamada al acudir a los lugares señalados al efecto; pueden asimismo dar muerte como enemigos de la nación, dondequiera se encuentren, a todos esos indios hostiles". Se había abierto, pues, la veda de caza de todo

indio que no acudiera por voluntad propia y de inmediato a las reservas establecidas.

Cazo Negro convocó en seguida un consejo y todos los jefes de su campo acordaron cumplir con la requisitoria del gobernador Evans por el logro de la paz. George Bent, que había sido educado en el Webster College de Saint Louis, fue comisionado para escribir una carta al agente Samuel Colley, de Fort Lyon, en la cual se le informara de los deseos de paz de los indios. "Hemos oído decir que tienes algunos prisioneros en Denver. Nosotros tenemos a siete de los tuyos aquí, estamos dispuestos a liberarlos si tú haces lo mismo con los nuestros, [...] Queremos que tu respuesta sea sincera." Cazo Negro esperaba que Colley le diera instrucciones acerca de cómo proceder para llevar a sus cheyenes a través de Colorado, sin verse sometidos a los ataques de los soldados o de las partidas armadas destacadas por el gobernador Evans. Sin embargo, no confiaba por completo en el agente Colley, de quien sospechaba que vendía parte de las provisiones asignadas a los indios en su propio beneficio. (Cazo Negro ignoraba aún la estrecha vinculación de Colley con el gobernador Evans y el coronel Chivington, para lograr la expulsión de los indios de las llanuras del territorio de Colorado.) El 26 de julio, el agente había escrito a Evans que no se podía contar con indio alguno para el mantenimiento de la paz. "Creo que en la actualidad un poco de pólvora y plomo es el mejor alimento que podemos darles."

Dada su poca confianza en Colley, Cazo Negro hizo una copia de la carta en cuestión, con el fin de poner al corriente a William Bent. Ochinee (Un Ojo) y Cabeza de Águila (Eagle Head) se hicieron cargo respectivamente de las misivas y partieron poco después en dirección a Fort Lyon. Seis días más tarde, cuando ya se aproximaban al término de su viaje,

Ochinee y Cabeza de Águila fueron detenidos por tres soldados, quienes sin pérdida de tiempo tomaron posiciones para abrir fuego. Ochinee les indicó de inmediato que iba en son de paz, a la vez que les mostraba la carta de Cazo Negro y solicitaba que lo llevaran ante la presencia del oficial de mando. En calidad de prisioneros, los soldados los escoltaron hasta el fuerte y pronto se vieron ante su comandante, el mayor Edward W. Wynkoop.

Jefe Alto (Tall Chief) Wynkoop no las tenía todas consigo y desconfiaba de los dos indios. Cuando supo por Ochinee que Cazo Negro le pedía que se dirigiera al campamento de Smoky Hill para conducir a los indios de nuevo a la reserva, no pudo menos que inquirir por el número de los allí congregados. “Dos mil cheyenes y arapajos”, replicó Ochinee. Wynkoop no hizo el menor comentario, apenas si disponía de 100 soldados a caballo y se daba cuenta de que los indios lo sabían. Al sospechar una trampa, mandó encerrar a los mensajeros cheyenes en el cuerpo de guardia y convocó a consejo a sus oficiales. Wynkoop era joven, tendría alrededor de veintiséis o veintisiete años, y su única experiencia militar consistía en una batalla en Nuevo México contra los confederados de Texas. Por primera vez, pues, en su carrera profesional debía tomar una decisión, que bien podría significar el desastre para todos los hombres bajo su mando.

Tras un día de deliberaciones, Wynkoop resolvió finalmente que debía acceder a la llamada del indio; en realidad no porque éste le importara mucho, sino a causa de los cautivos blancos que allí se encontraban. Sin duda, por esta razón Cazo Negro había mencionado a sus prisioneros en la carta; sabía que los hombres blancos no podían soportar el pensamiento de que mujeres y niños blancos vivieran en medio de los indios.

El 6 de septiembre, Wynkoop estaba dispuesto a emprender la marcha con 127 soldados de caballería. Y al mismo tiempo que liberaba de su encierro a Cabeza de Águila y a Ochinee, les dijo que desempeñarían tanto el papel de guías como de rehenes de la expedición. "Al primer movimiento sospechoso de vuestra gente -les advirtió- os mataré."

"Los cheyenes no deshonran la palabra dada -replicó Ochinee-. Si lo hiciesen, no desearán seguir viviendo."

(Wynkoop confesó más tarde que las conversaciones mantenidas con sus rehenes durante la marcha cambiaron su opinión, largo tiempo sustentada, acerca de los indios. "Me sentía en presencia de seres superiores, y éstos eran los representantes de una raza que, invariablemente, yo había creído cruel, traicionera y sanguinaria, carente de sentimientos de afecto por amigos o parientes.")

Cinco días más tarde, los exploradores destacados por el mayor Wynkoop descubrieron cerca de las fuentes del Smoky Hill a varios centenares de guerreros, al parecer listos para entablar batalla.

George Bent, que se encontraba aún con Cazo Negro, contó que cuando los soldados de Wynkoop aparecieron por aquellos parajes, los indios "se dispusieron a cargar contra ellos con las armas listas para hacer fuego y el arco tenso, pero Cazo Negro y otros jefes se interpusieron y evitaron así una matanza segura".

A la mañana siguiente, Cazo Negro y los demás jefes se entrevistaron con Wynkoop, a quien el día anterior habían pedido que se retirara a un lugar apartado para no provocar la ira de algunos indios levantiscos, y procedieron a convocar consejo. Cazo Negro dejó que hablaran primero los demás. Toro Oso (Bull Bear), jefe de los soldados perro, declaró que él y su hermano Oso Esbelto habían tratado de vivir en paz

con los hombres blancos y, a pesar de ello, los soldados habían dado muerte a aquél sin causa justificada. “Los indios no tienen culpa de la guerra –añadió–. Los hombres blancos son zorros y no es posible lograr la paz con ellos, lo único que pueden hacer los indios es luchar.”

Pequeño Cuervo, de los arapajos, mostró su conformidad con las palabras de Toro Oso. “Me gustaría estrechar mi mano con la de los blancos –murmuró–, pero temo que son ellos quienes no desean la paz con nosotros.” Entonces, Ochinee pidió la palabra y a continuación expresó que sentía vergüenza de oír cuanto se estaba diciendo. Él había arriesgado su vida para ir a Fort Lyon y había empeñado su palabra ante Jefe Alto Wynkoop, al afirmar que tanto los cheyenes como los arapajos regresarían pacíficamente a su reserva. “Empeñé para ello mi palabra y mi vida –declaró Ochinee–. Si mi pueblo no actúa de buena fe, me uniré a los blancos y lucharé a su lado. Son muchos los amigos que me secundarían.”

Wynkoop prometió que haría todo lo posible para evitar que los soldados prosiguieran su combate contra los indios. Añadió que él no era un gran jefe y que ello le impedía hablar en nombre de todos sus compañeros de armas, pero si los indios le permitían regresar con los prisioneros que se encontraban en su poder, él mismo acompañaría a los jefes indios a Denver y les ayudaría a hacer la paz con los altos jefes militares.

Cazo Negro, que había permanecido silencioso y atento durante el transcurso de las sucesivas intervenciones (“inamovible y con una leve sonrisa en su rostro”, según Wynkoop), se irguió al fin para expresar su satisfacción por las palabras de Jefe Alto Wynkoop. “Hay blancos malos e indios malos –empezó–. Los malos de ambas partes desataron esta guerra. Algunos de mis jóvenes guerreros se

sumaron a ella más tarde. Yo soy contrario a la guerra y he hecho todo cuanto estaba a mi alcance para impedirla. Creo que la culpa es de los blancos. Ellos iniciaron las hostilidades que nos forzaron a la lucha.” Seguidamente, prometió liberar a los cuatro prisioneros que había rescatado a sus expensas, los otros tres se encontraban en un campamento situado más al norte y las negociaciones para su liberación llevarían algún tiempo.

Los cuatro cautivos, todos niños, parecían ilesos. Cuando uno de los soldados preguntó a Ambrose Archer, de ocho años, cómo lo habían tratado los indios, el pequeño respondió “que igual le habría dado quedarse con ellos”.

Tras sucesivas discusiones, se acordó que los indios permanecerían acampados en Smoky Hill, en tanto siete jefes acudían con Wynkoop a Denver para concertar la paz con el gobernador Evans y el coronel Chivington. Cazo Negro, Antílope Blanco, Toro Oso y Ochinee representarían a los cheyenes; Neva, Bosse, Rebaño de Búfalos (Heaps-of-Buffalo) y Notanee, a los arapajos. Pequeño Cuervo y Mano Izquierda (Left Hand), quienes se mostraban escépticos ante las promesas de Evans y Chivington, se quedarían en el campamento para mantener a los jóvenes guerreros alejados de posibles problemas. Sombrero de Guerra (War Bonnet) haría otro tanto con los cheyenes.

La caravana de soldados montados de Jefe Alto Wynkoop, los cuatro niños blancos y los siete jefes indios hicieron su llegada a Denver el 28 de septiembre. Los indios viajaron en un carromato tirado por mulas, al cual se había provisto de asientos. Cazo Negro había izado su gran bandera y, cuando la expedición hizo su entrada por las polvorientas calles de la ciudad, las barras y las estrellas se agitaban con la brisa por encima de las cabezas de los siete jefes. Todo Denver acudió a observar el paso de la comitiva.

Antes de que se convocara el consejo previsto, Wynkoop quiso entrevistarse con el gobernador Evans, el cual se mostraba receloso por la presencia de los indios. Insistía en que tanto los cheyenes como los arapajos debían ser castigados como medida previa al restablecimiento de la paz; opinión que apoyaba el comandante en jefe del departamento militar, general Samuel R. Curtis, quien aquel mismo día había enviado un telegrama al coronel Chivington desde Fort Leavenworth, en los siguientes términos: "No quiero paz alguna hasta que no haya hecho sufrir más a los indios".

Finalmente, Wynkoop debió rogar al gobernador que accediera a entrevistarse con los indios. "Pero ¿qué haré del 3º Regimiento de Colorado si concierto la paz? -preguntó Evans-. Han sido reclutados para matar indios, y eso es lo que deben hacer." De esta manera explicó a Wynkoop que sus superiores de Washington lo habían autorizado a llevar otro regimiento, porque él había jurado ante ellos que, de otro modo, no se podía garantizar la seguridad de los blancos; si ahora firmaba la paz, los funcionarios de Washington lo tacharían de mentiroso. El caso es que los habitantes de Colorado, deseosos de evitar la leva de 1864, ejercían una gran presión sobre Evans para que se les permitiera entrar al servicio de las armas contra un puñado de miserables indios mal armados, en vez de tener que vérselas con el ejército confederado. Por fin, Evans accedió a los ruegos del mayor Wynkoop; después de todo, los indios habían recorrido 650 kilómetros para entrevistarse con él, en respuesta a sus proclamas.

El consejo se celebró en Camp Weld, cerca de Denver, y tomaron parte en él, además de los jefes indios, Evans, Chivington, Wynkoop, varios oficiales del ejército y Simeon Whitely, especialmente destacado por el gobernador para

registrar todas y cada una de las palabras expresadas por los participantes. El gobernador Evans inició las discusiones de una manera brusca, pues preguntó a los jefes qué debían comunicarle. Cazo Negro respondió en cheyene, sus palabras fueron traducidas por un viejo amigo de la tribu, el buhonero John S. Smith, de la forma que sigue:

—Al ver tu circular del 27 de junio de 1864, me di por enterado y acudo ahora para discutir este asunto contigo. [...] El mayor Wynkoop nos propuso que viniéramos a verte en persona. Lo hemos hecho, con los ojos cerrados, y seguimos a su puñado de hombres como si pasáramos a través de fuego. Todo cuanto pedimos es la paz con los hombres blancos. Queremos estrechar vuestra mano. Tú eres nuestro padre. Hemos viajado a través de una nube. El cielo ha permanecido oscuro desde que estalló la guerra. Los bravos que se encuentran conmigo están dispuestos a hacer cuanto yo diga y todos deseamos llevar buenas noticias a los nuestros, para que así puedan dormir en paz. Quiero que hagas comprender a estos jefes de soldados que te rodean que nosotros somos partidarios de la paz, que hemos hecho la paz con vosotros y que jamás deben volver a tomarnos por enemigos. No he acudido a hablar contigo con la voz débil del lobeño, sino con el corazón y la verdad. Nosotros debemos vivir cerca del búfalo o morir de hambre. Al venir aquí, lo hemos hecho libremente y sin aprensión. Y cuando regrese junto a los míos y les diga que he estrechado tu mano y las manos de todos los jefes presentes en Denver, mi pueblo se sentirá bien, igual que el resto de las tribus de las llanuras, una vez que hayamos comido y bebido con ellas.

—Lamento que tú no respondieras de inmediato a mi llamada. Has cerrado una alianza con los sioux, que están en guerra con nosotros —replicó Evans.

—No me explico quién pudo decirte semejante cosa —

repuso Cazo Negro, sorprendido.

—No importa quién haya sido —contestó Evans en voz alta—, pero tu conducta me ha demostrado sin lugar a dudas que así ha sido.

—¡Es un error, no hemos concertado alianza ni con los sioux ni con nadie! —expresaron algunos de los jefes indios a coro.

Evans cambió de tema y declaró que no se sentía dispuesto a firmar tratado de paz alguno.

—Me he enterado de que pensáis que como los blancos se encuentran en guerra entre sí —empezó a decir—, os va a ser fácil expulsarnos ahora de estos territorios, pero estáis completamente equivocados. El gran padre de Washington posee hombres suficientes para echaros de las llanuras y, al mismo tiempo, castigar con dureza a los rebeldes [...]. El único consejo que puedo daros es que os pongáis del lado del gobierno y demostréis con vuestros actos esta amistosa disposición que ahora me profesáis a mí. La paz con vosotros está absolutamente fuera de toda cuestión, mientras viváis con nuestros enemigos y os unan a ellos vínculos de amistad.

El más viejo de los jefes, Antílope Blanco, tomó a continuación la palabra:

—Entiendo cada una de tus palabras y voy a atenerme a ellas. [...] Todos los cheyenes han abierto sus ojos a vuestro mundo y escucharán tus razones. Antílope Blanco se siente orgulloso de haber visto al jefe de todos los blancos de este país. Así se lo dirá a los suyos. Desde que fui a Washington y recibí esta medalla, he llamado hermanos a los blancos. Pero otros indios han visitado Washington y su pecho se adorna también con medallas, a pesar de ello los soldados no quieren estrechar nuestra mano y hacen fuego contra mí para matarme. [...] Temo que estos nuevos soldados en campaña puedan matar a los míos mientras yo me encuentro

aquí.

—Es muy posible que así suceda —respondió Evans.

—Cuando enviamos nuestro mensaje al mayor Wynkoop —continuó Antílope Blanco— fue para él y para sus soldados como atravesar un infierno de fuego y metralla el acudir a nuestro campamento, lo mismo que para nosotros el venir aquí.

Entonces, el gobernador Evans empezó a interrogar a los indios acerca de cuestiones muy concretas y trató, naturalmente, de hacerlos caer en contradicciones y de obtener información sobre los autores de las incursiones contra los asentamientos de los colonos.

—¿Quién robó el ganado de Fremont's Orchard —preguntó — y tuvo la primera escaramuza con los soldados, esta primavera pasada, al norte de esta posición?

—Antes de responder a esta pregunta —replicó Antílope Blanco con valentía—, quiero comunicarte que fue precisamente esta lucha la desencadenante de la guerra y me gustaría saber a qué se debió en realidad. El primero en disparar fue un soldado.

—Los indios habían robado unos 40 caballos —acusó Evans—. Los soldados salieron en su busca y los indios abrieron fuego contra la tropa.

Antílope Blanco negó que así hubiera ocurrido:

—Los indios descendían el curso del Bijou y tropezaron sin esperarlo con un caballo y una mula. El primero se lo devolvieron a un hombre blanco antes de llegar al rancho de Gerry, donde esperaban dar con el dueño del segundo animal. Entonces se enteraron de que indios y soldados combatían a orillas del Platte, se asustaron y emprendieron la huida.

—¿Quién fue el autor de los robos de Cottonwood? —insistió Evans.

—Los sioux; qué banda, no sabemos.

—¿Qué intentan los sioux ahora?

Toro Oso fue quien respondió en esta ocasión:

—Su plan consiste en expulsar al blanco de este territorio —declaró—. Están enfurecidos y os harán el daño que puedan. Yo estaré con vosotros y vuestras tropas y obedeceré vuestras instrucciones para luchar contra quienes no prestan oídos a lo que decís [...]. Jamás he hecho daño al hombre blanco. Mis intenciones son buenas y siempre conservaré mi amistad para con vosotros; más me valdrá [...]. Mi hermano Oso Esbelto murió intentando mantener la paz con los blancos. Estoy dispuesto a morir por la misma causa y espero que así sea.

Como ya no quedaba mucho por tratar, el gobernador preguntó al coronel Chivington si éste, por su parte, tenía algo que comunicar a los jefes. Chivington se levantó. Era un hombre fornido, de pecho abombado y grueso cuello, antiguo predicador metodista que había dedicado gran parte de su tiempo a la organización de escuelas dominicales en los campamentos mineros. A los indios les parecía un gran búfalo barbudo de ojos chispeantes de furia.

—No soy un gran jefe guerrero —dijo Chivington—, pero todos los soldados de este territorio se encuentran bajo mi mando. Mi forma de luchar, sea contra blancos o indios, consiste en no cejar en el empeño hasta que mis enemigos deponen sus armas ante la autoridad militar. Ellos (los indios) se sienten más próximos al mayor Wynkoop que a nadie aquí, así que pueden ponerse en contacto con él cuando estén dispuestos a acatar mi política. Y así finalizó el consejo, que dejó a los indios con la duda de si, en efecto, habían concertado la paz o no. Sin embargo, de una cosa estaban seguros: el único amigo real con quien podían contar entre los soldados, era Jefe Alto Wynkoop. Jefe Águila (Eagle

Chief) de ojos brillantes Chivington había dicho que debían acudir a Wynkoop, en Fort Lyon, y eso es lo que decidieron hacer finalmente.

“Así que levantamos nuestro campamento de Smoky Hill y nos dirigimos hacia Sand Creek, a 65 kilómetros al sur de Fort Lyon —contó más tarde George Bent—. Desde aquí, los indios visitaron al oficial amigo; las gentes del fuerte parecían tan cordiales que los arapajos nos dejaron para instalarse en el fuerte, donde se les proveyó de raciones regulares.”

En efecto, Wynkoop había repartido las raciones al enterarse, por Pequeño Cuervo y Mano Izquierda, de que los arapajos no podían encontrar búfalos ni caza alguna en la reserva; los indios, por otra parte, recelaban de mandar partidas de caza en busca de los rebaños de Kansas. Era posible que hasta allí hubieran llegado las instrucciones de Chivington de dar muerte “a todos los indios que se crucen en vuestro camino”.

Pronto, las buenas relaciones de Wynkoop con los indios provocaron que otros oficiales de Kansas y Colorado lo miraran con recelo. Se le recriminó por haber conducido a los jefes a Denver sin autorización previa, y se le acusó de “permitir que los indios gobernaran Fort Lyon”. El 5 de noviembre, el mayor Scott J. Anthony, del regimiento de voluntarios de Colorado, al mando de Chivington, llegó a Fort Lyon con la orden de relevar a Wynkoop como comandante del puesto.

Una de las primeras medidas de Anthony fue suprimir el suministro de raciones a los indios, además de exigir la entrega de sus armas. Recibió así tres rifles, una pistola y 60 arcos con sus flechas. Unos días más tarde, cuando un grupo de arapajos desarmados se aproximaba al fuerte para cambiar pieles de búfalo por raciones, Anthony ordenó a sus

soldados que abrieran fuego. El mayor reía al ver la retirada de los despavoridos indios e indicó a uno de sus soldados “que ya le habían molestado bastante y que aquélla era la mejor manera de librarse de ellos”.

Los cheyenes que estaban acampados en Sand Creek se enteraron, por medio de los arapajos, de que un soldado jefe de ojos enrojecidos y poco amistoso había ocupado el sitio de su amigo Wynkoop. Hacia la luna del cielo del ciervo, a mediados de noviembre, Cazo Negro y una partida cheyene acudieron al fuerte para conocer al nuevo soldado jefe. Sus ojos eran ciertamente rojos (a causa del escorbuto), pero él pretendía ser su amigo. Varios oficiales, que se encontraban presentes durante la entrevista de Cazo Negro con Anthony, testificaron más tarde que éste había asegurado que si los indios regresaban a su campamento de Sand Creek, les alcanzaría la protección del fuerte Lyon. Dijo también que los guerreros más jóvenes podían dirigirse a los pastos de Smoky Hill en busca del búfalo, en tanto él procuraba obtener del ejército la autorización que permitiera suministrarles provisiones para el invierno.

Satisfecho por las observaciones de Anthony, Cazo Negro señaló que él y otros jefes cheyenes habían pensado en la posibilidad de trasladarse a zonas más meridionales de Arkansas, para no estar tan próximos a los soldados; ahora, las palabras del mayor Anthony le habían hecho recuperar su confianza en la seguridad de Sand Creek, donde pasarían el invierno.

Una vez partió la delegación cheyene, Anthony ordenó a Mano Izquierda y a Pequeño Cuervo que levantaran el campamento establecido en las cercanías de Fort Lyon. “Id a cazar búfalos para alimentaros vosotros mismos”, les dijo. Alarmados ante la brusquedad de Anthony, los arapajos liaron sus bártulos y emprendieron la marcha. Cuando se

encontraban lejos de la vista del fuerte, ambas bandas se separaron. Mano Izquierda se dirigió con su gente hacia Sand Creek con la intención de unirse a los cheyenes. Pequeño Cuervo cruzó con los suyos a la otra orilla del río Arkansas y se dirigió hacia el sur; aquel soldado jefe de ojos rojos no le inspiraba la más mínima confianza.

Anthony informaría más tarde a sus superiores: “Una banda de indios merodea a 65 kilómetros del fuerte. [...] Intentaré mantenerlos quietos hasta recibir refuerzos”.

El 26 de noviembre, cuando el comerciante del puesto, Manta Gris (Grey Blanket) John Smith, solicitó permiso para dirigirse a Sand Creek, donde pensaba intercambiar sus mercancías por pieles, el mayor Anthony se mostró extrañamente solícito. Smith fue provisto de una ambulancia del ejército para llevar las mercancías y hasta de un conductor experto, el soldado David Louderback de la caballería de Colorado. Si no había otra cosa que pudiera fortalecer el sentido de seguridad de los indios en su campamento, la presencia de un mercader del puesto y de un pacífico representante del ejército tendría que lograrlo.

Veinticuatro horas más tarde, los refuerzos que Anthony necesitaba, según había dicho, para atacar a los indios, llegaban al fuerte. Se trataba de 600 hombres de los regimientos de Colorado, bajo las órdenes del coronel Chivington, incluida la mayor parte del 3º, formado por el gobernador Evans con el único fin de combatir a los indios. Cuando la vanguardia de la fuerza penetró en la posición, se impartieron órdenes que prohibían abandonar el fuerte, so pena de muerte a todos los que se encontraban allí. Aproximadamente en el mismo momento, un destacamento de unos 20 hombres rodeó el rancho de William Bent, cuyos hijos George y Charlie, y su yerno Edmond Guerrier — mestizos todos— estaban acampados con los cheyenes en

Sand Creek, y cerraron todos sus accesos y salidas.

Cuando Chivington llegó a las dependencias de los oficiales en Fort Lyon, el mayor Anthony salió a recibirlo con muestras de mucho agrado. El coronel empezó a hablar de inmediato acerca de "reunir cabelleras" y "bañarse en sangre". Anthony le respondió que él mismo "había aguardado la ocasión propicia para cargar contra ellos" y que todos los hombres de Fort Lyon estaban ansiosos por unirse a la expedición de Chivington contra los indios.

No todos los oficiales de Anthony, sin embargo, estaban tan bien dispuestos para secundar los planes de matanza de Chivington. El capitán Silas Soule y los tenientes Joseph Cramer y James Connor arguyeron que un ataque sobre el pacífico campamento de Cazo Negro violaría las garantías de seguridad dadas a los indios, tanto por Wynkoop como por Anthony, que "sería un asesinato en toda regla" y que todo oficial que participase en la empresa deshonraría el uniforme del ejército.

Chivington se puso furioso y, tras llevar su puño contraído y tenso junto al rostro del teniente Cramer, espetó: "¡Maldito sea quien simpatice con los indios! He venido a matar indios, y considero justo y honorable usar todos los medios a mi alcance para lograrlo".

Soule, Cramer y Connor debieron unirse a la expedición ante la amenaza de verse ante un consejo de guerra, pero resolvieron no ordenar a sus hombres que hicieran fuego, a menos que fuera en defensa propia.

Serían las ocho de la noche del día 28 de noviembre cuando la columna de Chivington, compuesta ahora por más de 700 hombres, abandonó el fuerte de cuatro en fondo. Cuatro morteros de 5,5 kilos acompañaban a la caballería. Las estrellas refulgían en el firmamento y el aire de la noche llevaba el presagio de las heladas venideras.

En calidad de guía, Chivington reclutó a James Beckwourth, un mulato de sesenta y nueve años, que había vivido con los indios más de medio siglo. Ternero Mágico (Medicine Calf) Beckwourth trató de negarse, pero Chivington lo amenazó con colgarlo si se negaba a conducir a los soldados al campamento de cheyenes y arapajos.

A medida que avanzaba la columna, resultaba evidente que los cansados ojos y reumáticos huesos de Beckwourth no contribuían a su eficacia como guía. Al llegar a un rancho, cerca de Spring Bottom, Chivington se detuvo para ordenar al ranchero que se incorporara a la fuerza como sustituto de Beckwourth. El ranchero era Robert Bent, el hijo mayor de William Bent; los tres hijos semicheyenes del viejo cazador se reunirían pronto en Sand Creek.

El campamento cheyene se encontraba en un recodo del río, en forma de herradura, junto al cauce casi seco de una corriente tributaria del Sand Creek. La tienda de Cazo Negro estaba en medio del poblado; las de Antílope Blanco y Sombrero de Guerra, con sus hombres, se situaban más al oeste. Hacia el este y apenas separados de los cheyenes, se encontraban los arapajos de Mano Izquierda. En total serían unos 600 los indios congregados en aquel recodo del río, número que en sus dos terceras partes se componía de mujeres y niños. La mayoría de los guerreros estaban ausentes, a varios kilómetros al este, cazando búfalos, pues debían aprovisionar a su gente para el invierno tal como había dicho que hicieran el mayor Anthony.

Tan confiados estaban los indios en su absoluta seguridad, que el único centinela que había durante la noche era el destacado al cuidado de los caballos en un corral río abajo. Así, la primera impresión del ataque inminente les llegó al alba, con el redoble de cascos de caballos sobre las arenas ribereñas. "Yo estaba durmiendo en un cobertizo –contaría

más tarde Edmond Guerrier– cuando oí a algunas mujeres que anunciaban la aproximación de una gran manada de búfalos al campamento; otros dijeron que no se trataba de búfalos, sino de soldados.” Guerrier abandonó inmediatamente su alojamiento y corrió en dirección a la tienda de Manta Gris Smith.

George Bent, que también había pasado la noche en aquella zona, contó que aún se encontraba arrebujado en su camastro cuando oyó los gritos y las carreras de las mujeres asustadas. “Río abajo se veía avanzar una gran tropa al trote rápido [...], otros soldados se dirigían hacia el corral donde estaban los caballos de los indios. En el campamento todo era confusión: los niños no cesaban de gritar y correr despavoridos en todas direcciones, hombres y mujeres salían semidesnudos de sus tiendas, para regresar con rapidez, los primeros en busca de sus armas, y tratando de reunir a los niños las segundas, antes de la batalla que se cernía inevitable sobre el campamento. Miré en dirección a la tienda del jefe y vi que Cazo Negro permanecía ante ella; llevaba una gran bandera americana en lo alto de un palo. Oí como decía a los suyos que no debían sentir temor alguno, que los soldados no dispararían contra ellos; en ese momento, las tropas abrieron fuego desde ambos lados del campamento.”

Entretanto, el joven Guerrier se había unido a Manta Gris Smith y al soldado Louderback, en la tienda del segundo. “Louderback propuso que nos adelantáramos a recibir a las tropas. Y así lo hicimos. Antes de ganar por completo la salida de la tienda, vimos cómo los soldados empezaban a desmontar. Creí que se trataba de artilleros dispuestos a bombardear el lugar. Apenas había iniciado mi parlamento cuando abrieron fuego con rifles y pistolas. Cuando advertí que no habría manera de comunicarme con ellos, me retiré apresuradamente y me alejé del soldado y de Smith.”

Louderback se detuvo un instante, pero Smith prosiguió su marcha en dirección a la tropa. "¡Matad a ese hijo de perra! –gritó un soldado–, no vale más que un indio." A los primeros disparos, Smith y Louderback emprendieron la huida hacia su alojamiento. Jack, el hijo mestizo de Smith, y Charlie Bent se habían refugiado asimismo en él.

Para entonces, cientos de mujeres y niños cheyenes se habían congregado en torno a la bandera de Cazo Negro. Arroyo arriba, por el cauce seco, llegaban más fugitivos del campamento de Antílope Blanco. Después de todo, ¿no le había dicho el coronel Greenwood a Cazo Negro que mientras la bandera de los Estados Unidos ondeara por encima de su cabeza, ningún soldado se atrevería a hacer fuego contra él? Antílope Blanco, un anciano de setenta y cinco años, de rostro curtido por todos los vientos, avanzó desarmado hacia los soldados. No había perdido la confianza en que la fuerza cesaría en su ataque tan pronto como viera la bandera estadounidense y la blanca, enarbolada también por Cazo Negro.

Ternero Mágico Beckwourth, que cabalgaba junto al coronel Chivington, vio cómo se acercaba Antílope Blanco. "Avanzó a todo correr al encuentro del mando –testificaría más tarde el mulato–, con los brazos en alto, gritaba: '¡Parad! ¡Parad!', en un inglés tan claro y comprensible como el mío. Se detuvo al fin y bajó los brazos. Una descarga acabó con su vida." Los cheyenes supervivientes contaron que el anciano Antílope Blanco había cantado la canción cheyene de muerte hasta que fue abatido:

Nada vive mucho tiempo.

Sólo la tierra y las montañas.

Desde el campamento arapajo, Mano Izquierda y los

suyos trataban de llegar también hasta la bandera de Cazo Negro. Cuando el primero tropezó con los soldados que se interponían en su camino, llevó sus brazos junto a los costados y al mismo tiempo dijo que no combatiría a los blancos, sus amigos. Murió.

Robert Bent, acompañante a la fuerza del coronel Chivington, diría más tarde que al llegar al campamento indio vieron la bandera estadounidense y oyeron como Cazo Negro decía a los indios que se reunieran en torno a ella.

[...] y así aparecieron ante nuestros ojos [...] hombres, mujeres y niños. Nos hallábamos a unos 50 metros del grupo y reconocimos también la bandera blanca. Ambas divisas ondeaban en un lugar tan visible que no podían pasar inadvertidas. Cuando la tropa hizo fuego, el grupo se disgregó; algunos hombres volvieron a sus tiendas, probablemente en busca de armas; [...] creo que, en total, serían unos 600 los habitantes del poblado y sólo unos 35 los guerreros aptos, a los que se sumaron algunos ancianos; [...] diría que la fuerza oponente ascendería a unos 60 hombres en total; [...] los demás estaban de caza lejos del campamento [...]. Tras la primera descarga, algunos hombres reunieron a las mujeres y a los niños, y trataron de protegerlos con sus cuerpos. Cinco mujeres se ocultaron tras unos troncos. Cuando los soldados llegaron a su altura, intentaron huir mientras mostraban sus cuerpos, para que aquéllos advirtieran que se trataba de mujeres, pero no obstante los soldados las mataron. Una mujer, que yacía con la pierna herida por una bala de cañón, rogaba clemencia con el brazo levantado; un soldado se acercó y se lo partió de un sablazo, entonces ella alzó implorante el otro brazo, pero corrió la misma suerte que su par; el soldado se alejó sin darle muerte. La matanza de hombres, mujeres y niños proseguía indiscriminadamente. 30 o 40 mujeres, que se habían refugiado en una oquedad del terreno destacaron a una pequeña de unos seis años, con bandera blanca, pidiendo clemencia; la niña apenas había dado unos pasos cuando fue abatida por una descarga. Las mujeres murieron a continuación y cuatro o cinco hombres que habían acudido en su defensa corrieron la misma suerte. Las mujeres no ofrecieron resistencia y, tras su muerte, los soldados arrancaron sus cabelleras. A poca distancia se encontraba una mujer rajada salvajemente; me pareció que yacía un feto nonato a su lado. Más tarde, el capitán Soule confirmó mi suposición. Vi también el cadáver de Antílope Blanco, al cual habían cortado los genitales, y oí decir a un soldado que se haría una bolsa para tabaco con aquella piltrafa. El cuerpo mutilado de una mujer, del cual habían arrancado también los órganos genitales, me impresionó por su crudeza [...], como también ver a una niña de unos cinco años, que trataba de ocultarse en la arena; había sido descubierta por unos soldados, que después de darle muerte con sus pistolas,

extrajeron su cadáver de la arena tras tirar con violencia de uno de los brazos. Eran numerosos los niños lactantes muertos o agonizantes junto a sus madres.

(En un discurso público pronunciado en Denver, poco antes de esta matanza, el coronel Chivington había abogado porque se diera muerte y se mutilara a todos los indios, incluso niños. “¡De las liendres salen piojos!”, había dicho.)

La descripción de las atrocidades cometidas por los soldados proporcionada por Robert Bent fue corroborada más tarde por el teniente James Connor: “Al día siguiente, recorriendo el campo de batalla, no vi cadáver de hombre, mujer o niño que no hubiera sido escalpado, y eran numerosísimos los que estaban horriblemente mutilados. Un soldado se vanagloriaba de haber cortado los genitales de una mujer y los exhibía atravesados por una estaca; otro había arrancado los dedos de la mano aún caliente adornada de anillos. Hasta donde yo sé, todas estas crueldades se cometieron ante los ojos de J. M. Chivington, quien al parecer no tomó medida alguna para impedir las. Oí decir, por ejemplo, que un niño de pocos meses había sido arrojado a un carromato de provisiones y que, después de cierto trecho, se le había abandonado en plena pradera a una muerte por hambre y frío; también llegó a mis oídos la noticia de numerosos casos en que los soldados habían cortado los órganos genitales de las mujeres indias, los cuales exhibían colgados de la silla de montar, o de sus sombreros cuando estaban en formación”.

Un regimiento de soldados bien adiestrados y disciplinados habría podido acabar, sin duda alguna, con todos los indios prácticamente indefensos que había en Sand Creek. La falta de disciplina, combinada con el copioso trasiego de whisky durante la marcha nocturna, con la cobardía y la escasa puntería de las tropas de Colorado, hicieron posible la huida

de muchas de sus sorprendidas víctimas. Cierta número de cheyenes excavó una especie de trinchera, junto a la orilla del río, y allí se hicieron fuertes hasta la caída de la noche, momento que aprovecharon para desaparecer. Otros indios lo hicieron individualmente o en pequeños grupos a través de la pradera. Una vez finalizado el tiroteo, eran 105 los cadáveres de mujeres y niños que podían contarse, y 28 el número de guerreros muertos. En su informe oficial, Chivington declaraba entre 400 y 500 bajas causadas a los indios, nueve propias y 38 el número de heridos que, a decir verdad, habían producido las descuidadas descargas de los soldados tras herirse mutuamente. Entre los jefes muertos se encontraban Antílope Blanco, Ochinee y Sombrero de Guerra. Al trepar por un risco, Cazo Negro había salvado su vida de milagro, pero su mujer había sido herida de gravedad. Mano Izquierda, aunque fue alcanzado por los disparos, logró sobrevivir también.

El número de prisioneros se elevaba a siete: la mujer cheyene de John Smith, la de otro civil blanco de Fort Lyon y sus tres hijos, y los dos muchachos mestizos, Jack Smith y Charlie Bent. Los soldados exigían la muerte de los mestizos por ir vestidos con trajes indios. El viejo Ternero Mágico logró salvar a Charlie Bent, pues lo ocultó en un carromato que transportaba a un oficial herido y se lo entregó posteriormente a su hermano Robert. No pudo hacer nada, sin embargo, por Jack Smith; un soldado disparó contra el hijo del comerciante a través de un agujero de la tienda en que se le retenía preso.

El tercer hijo de Bent, George, se había separado de su hermano Charlie al comienzo de la batalla. Reunido con los cheyenes que excavaban trincheras en la arena, contaría más tarde: "Justo en el momento en que nuestro grupo alcanzaba la orilla alta, una bala me hirió en la cadera y me tiró al

suelo. Tuve la suerte de caer en uno de los agujeros practicados, y allí quedé amontonado con numerosas mujeres y niños. Hacía muchísimo frío y la sangre se había helado sobre las heridas, pero nadie se atrevía a encender fuego". El único pensamiento que ocupaba la mente de todos aquellos infelices era el de huir hacia el este, en dirección a Smoky Hill, donde se encontraban sus cazadores. "Fue una marcha terrible –recordaba George Bent–, la mayoría de nosotros nos arrastrábamos penosamente por las heridas, carecíamos de vestidos adecuados y debíamos cuidar, además, de las mujeres y niños que nos acompañaban." A lo largo de casi 100 kilómetros soportaron vientos helados, hambre y dolor, pero al fin llegaron a los terrenos de caza. "Cuando hicimos nuestra aparición en el campamento, la escena que siguió fue espeluznante. Todos lloraban sin recato alguno, incluso los guerreros; las mujeres y los niños, sobre todo, daban alaridos sobrecogedores. Casi todos los presentes habían perdido amigos o familiares y, en su desconsuelo, se infligían terribles heridas con sus propios cuchillos, haciendo brotar la sangre a raudales."

Tan pronto como George se sintió restablecido por completo, emprendió la marcha hacia el rancho de su padre. Por su hermano Charlie conoció más detalles de la horrorosa matanza de Sand Creek; se enteró entonces de los escarpamientos y de la carnicería que se había hecho con los niños, incluso con los lactantes. Al cabo de unos pocos días, ambos hermanos decidieron que, como mestizos, no querían saber nada de la civilización del hombre blanco. Renunciaron a la sangre de su padre y un día abandonaron silenciosamente el rancho. Con ellos partió también Mujer Amarilla, la madre de Charlie, que juró que jamás volvería a vivir con un hombre blanco. Su camino los conducía hacia el norte, donde se encontraban sus compañeros cheyenes.

Durante el mes de enero, la luna del viento frío, los indios de las llanuras solían encender fogatas en el interior de sus tiendas, contaban historias que les ayudaban a sobrellevar las lentas horas vespertinas, y se levantaban con el sol ya bastante alto. Pero ahora los tiempos eran malos y, cuando la noticia de lo acaecido en Sand Creek se extendió por la pradera, cheyenes, arapajos y sioux comenzaron a enviar mensajeros por todas partes con misivas que clamaban por la guerra contra el brutal asesino blanco.

Hacía tiempo que Mujer Amarilla y los jóvenes hermanos Bent habían llegado al campamento de sus familiares, junto al río Republican; los cheyenes contaban con el apoyo de miles de aliados, entre los que destacaban los sioux brulés de Cola Moteada, los oglala de Asesino (Killer) Pawnee y grandes bandas de arapajos del norte. Los soldados perro cheyenes dirigidos ahora por Toro Alto (Tall Bull), que se habían negado a trasladarse a Sand Creek, se encontraban también allí, así como Nariz Romana y su pléyade de jóvenes seguidores. Mientras los cheyenes lloraban a sus muertos, los jefes de las diferentes tribus fumaban la pipa de la guerra y planeaban su estrategia futura.

En tan sólo unas pocas horas de verdadera locura en Sand Creek, Chivington y sus soldados habían destruido la vida o el poderío de todos y cada uno de los jefes cheyenes y arapajos que se habían pronunciado en favor de la paz con el hombre blanco. Tras la huida, los supervivientes de aquella horrorosa matanza rechazaron a Cazo Negro y a Mano Izquierda como jefes y se sometieron al mando de jefes guerreros que pudieran salvarlos del exterminio.

Al mismo tiempo, las autoridades gubernamentales abrían una investigación sobre el gobernador Evans y el coronel Chivington y, aunque ya sabían que era demasiado tarde

para evitar la guerra general, enviaron a Ternero Mágico Beckwourth como emisario, para que tratara con Cazo Negro la posibilidad de renovar la paz.

Beckwourth dio con los cheyenes, pero pronto supo que Cazo Negro se había retirado con un grupo de parientes y ancianos a algún lugar remoto y que el jefe era entonces Pierna en el Agua (Leg-in-the-Water).

"Fui, pues, en su busca –contaría Beckwourth más tarde–, y al entrar en su vivienda él se levantó para espetarme sin más: 'Ternero Mágico, ¿qué has venido a buscar aquí? ¿Has traído al hombre blanco para que acabe su faena de dar muerte a nuestras familias?' Yo le dije que deseaba hablar de paz nuevamente con él y que debía convocar un consejo. Al poco tiempo llegaron los demás jefes y, a pesar de insistir en que su guerra era vana, pues los blancos eran tan numerosos como las hojas de los árboles, la respuesta general fue indefectiblemente: 'Ya lo sabemos. Pero ¿para qué hemos de vivir? El hombre blanco ha invadido nuestro territorio, ha eliminado la caza; no se sintió satisfecho con ello, y dio muerte luego a nuestras mujeres e hijos. No hay paz. Queremos reunirnos con nuestras familias en la tierra de los espíritus. Amábamos a los blancos hasta que descubrimos que mentían y que nos desposeían de lo nuestro. Hemos desenterrado el hacha de la guerra para siempre y enhiesta estará hasta que la muerte nos acabe'.

"Entonces me preguntaron por qué había acudido con los soldados a Sand Creek, como guía, y debí responderles que, de haberme negado, el jefe blanco me habría ahorcado. Finalmente, concluyeron: 'Ve y únete a tus hermanos blancos, nosotros lucharemos hasta el fin'. Obedecí sus órdenes y regresé, deseoso de olvidar aquella pesadilla y de vivir retirado en paz."

En enero de 1865, los aliados cheyenes, arapajos y sioux

descargaron una serie de ataques a lo largo de la ruta del Platte. De manera sucesiva cayeron sobre caravanas, estaciones de postas y pequeños puestos militares. La ciudad de Julesburg fue totalmente incendiada y sus defensores blancos, muertos y escalpados en venganza de las víctimas indias de Sand Creek. Kilómetros de la línea del telégrafo fueron destruidos. Las incursiones de castigo y saqueo, a lo largo de la ruta del Platte, se sucedían sin interrupción, y empezaron a fallar de forma alarmante las comunicaciones y los suministros. En Denver crecía el pánico a medida que escaseaban los víveres.

Cuando los guerreros regresaron a sus campamentos de invierno, en los grandes bosques del Republican, se efectuaron las fiestas en celebración del éxito de su primer gran golpe ofensivo. Había caído la nieve sobre las llanuras, pero los jefes sabían que, a pesar de la inclemencia del tiempo, los soldados no tardarían en aparecer con sus cañones. Mientras las fiestas no cesaban de sucederse, los jefes convocaron un consejo general para decidir si era mejor trasladarse a otro lugar, para escapar a la persecución de los soldados. Cazo Negro se encontraba allí y abogó por marchar hacia el sur, tras cruzar el Arkansas, donde los veranos eran largos y las manadas de búfalos, abundantes. La mayor parte de los demás jefes opinó que sería mejor encaminarse hacia el norte para reunirse, después de atravesar el Platte, con sus parientes del Powder River. Parecía claro que ningún soldado se atrevería a penetrar en aquel territorio, dominado por los sioux tetons y los cheyenes del norte. Al fin se decidió el envío de emisarios al norte, con objeto de poner sobre aviso a las tribus acerca de la próxima llegada de sus parientes.

Sin embargo, Cazo Negro optó por su plan; unos 400 cheyenes, la mayoría ancianos, mujeres y niños, además de

algunos heridos y mutilados, decidieron seguirlo al sur. El día anterior a la partida, George Bent se despidió del último resto del pueblo de su madre, los cheyenes meridionales. "Recorrí las tiendas una tras otra, y me despedí de Cazo Negro y de todos mis conocidos. Luego, todos se dirigieron río abajo y siguieron siempre el curso del Arkansas, para unirse más tarde con los arapajos del sur, los kiowas y los comanches."

Acompañados de unos 3.000 sioux y arapajos, los cheyenes (entre los que estaban Mujer Amarilla y los hermanos Bent) emprendieron el camino del exilio, hacia una tierra que pocos de ellos habían visto. Durante la marcha, tuvieron algunas escaramuzas con soldados destacados contra ellos desde Fort Laramie, pero la alianza india era demasiado poderosa para los atacantes y éstos fueron rechazados como si se tratara de una pequeña jauría de hambrientos coyotes que intentaran desafiar a una vigorosa manada de búfalos.

Al llegar al territorio del río Powder, los cheyenes del sur fueron bien recibidos por sus primos, sus homónimos del norte. Los sureños, que vestían calzones de paño y polainas obtenidas mediante trueques con los blancos, se sintieron muy impresionados por los atavíos de sus primos, confeccionados con piel de búfalo y carnero. Los cheyenes del norte recogían sus cabellos con cintas de cabritilla pintadas de rojo, se adornaban con plumas de corneja y se servían de tantas palabras sioux que los cheyenes del sur tenían a veces gran dificultad para entenderles. Lucero del Alba (Morning Star), jefe principal de los cheyenes del norte, había vivido y cazado tanto con los sioux que casi todo el mundo lo conocía por el nombre que éstos le habían dado: Cuchillo Embotado.

Al principio, los cheyenes sureños acamparon junto al río

Powder, aproximadamente a medio kilómetro de distancia del emplazamiento de sus primos. Pero las visitas recíprocas eran muy frecuentes, razón por la cual decidieron ampliar el campamento, de manera que fuera único, y disponer las tiendas de acuerdo con un antiguo esquema tribal que preveía su agrupamiento por clanes. En lo sucesivo, poco se hablaría ya de cheyenes del sur o del norte entre estos primos reunidos.

Hacia la primavera de 1865, con ocasión del traslado de sus caballos a los pastos del río Tongue, los cheyenes acamparon cerca de los sioux oglala de Nube Roja (Red Cloud). Los cheyenes del sur jamás habían visto a tantos indios reunidos en un mismo campamento, más de 8.000, y los días y las noches transcurrían con cánticos de amistad, ceremonias de bienvenida, fiestas y danzas rituales. George Bent contaría más tarde que había logrado inducir a Joven Temido hasta por sus Caballos (Young-Man-Afraid-of-His-Horses), un sioux, a que se uniera a su clan cheyene de los lanzas melladas, hecho que indica cuán estrecha había llegado a ser la amistad entre aquellos dos pueblos.

Aunque cada tribu conservaba sus leyes y costumbres, aquellos indios habían llegado a sentirse pueblo único y autosuficiente, con derecho a vivir libremente, sin acatar imposición de ninguna clase. Los invasores blancos los desafiaban en el este, en Dakota y en el sur, a lo largo del Platte, pero ellos estaban dispuestos y preparados para aceptar el reto. "El Gran Espíritu había creado al blanco y al indio –sentenció Nube Roja–. Creo que al indio primero. Me hizo crecer en esta tierra y por eso me pertenece. El hombre blanco creció más allá de las grandes aguas y, por consiguiente, su tierra se encuentra allí. Puesto que cruzaron la mar, les he hecho sitio. Ahora son numerosos los blancos que me rodean. Ya no me queda más que un pequeño

territorio. El Gran Espíritu me ha dicho que lo conserve.”

Aquella primavera, los indios destacaron exploradores con el fin de estar al corriente de los movimientos de los blancos, en general, y de los soldados, en particular, quienes guardaban las rutas y líneas telegráficas que seguían el curso del río Platte. Los exploradores informaron acerca de la presencia de un número de tropas superior al acostumbrado y de fuerzas que, siguiendo la ruta Bozeman, penetraban desde el sur en el territorio del río Powder. Nube Roja y los demás jefes decidieron que era necesario dar una dura lección a los soldados; caerían sobre ellos en el punto más septentrional de su recorrido, un lugar al cual los hombres blancos llamaban Platte Bridge Station.

Como los guerreros cheyenes del sur deseaban vengar a sus familias brutalmente aniquiladas en Sand Creek, la mayoría de ellos fueron invitados a unirse a la expedición. Nariz Romana, de los lanzas melladas, era su jefe, y así cabalgaba junto a Nube Roja, Cuchillo Embotado y Viejo Temido hasta por sus Caballos (Old-Man-Afraid-of-His-Horses). Casi 3.000 eran los guerreros que componían la fuerza. Entre ellos se encontraban los hermanos Bent, pintados y vestidos para la batalla.

El 24 de julio alcanzaron las colinas que dominan el puente tendido sobre el North Platte. Al otro lado se encontraban el puesto militar, la plaza fuerte, la estación de postas y la oficina del telégrafo. Unos cien soldados guardaban la empalizada. Después de examinar cuidadosamente la plaza con sus catalejos, los jefes decidieron quemar el puente, cruzar el río por un vado y poner sitio a la posición. Antes, sin embargo, tratarían de atraer con engaños a los soldados, para dar muerte al mayor número posible de ellos fuera del recinto protegido.

Diez guerreros descendieron al atardecer, pero los

soldados permanecieron tras la empalizada. A la mañana siguiente, un nuevo ardid de los indios logró llevar a algunos soldados hasta el mismo puente, que, sin embargo, no se decidieron a cruzar. Pasada la noche, un tercer intento no llegó a efectuarse, porque los indios advirtieron con sorpresa que, sin motivo aparente, salía de su puesto una columna de caballería. Ésta, tras atravesar el puente, se dirigía al trote hacia el este. En pocos segundos varios centenares de cheyenes habían saltado sobre sus monturas y se lanzaban desde las colinas contra los militares. "Cuando nos acercábamos a los soldados –contó más tarde George Bent–, vi a un oficial que, montado en un caballo bayo, pasaba como una exhalación cerca de mí. El caballo corría sin freno y levantaba nubes de polvo [...], de la frente del oficial surgía el astil emplumado de una flecha india y su rostro aparecía tinto de sangre." (El oficial fatalmente herido era el teniente Caspar Collins.) Fueron muy pocos los soldados que lograron salvarse tras alcanzar en su huida un pelotón de infantería, que en su apoyo se había apostado en el puente, en tanto la artillería del fuerte no cesaba de hacer fuego.

Mientras se desarrollaba la lucha allá abajo, algunos de los indios que permanecían en las colinas descubrieron de pronto la razón de la salida de la columna montada. Evidentemente, pretendían dar escolta a una caravana que se aproximaba por el oeste. En pocos minutos, los indios rodearon por completo a los recién llegados y, aunque los soldados de protección habían cavado trincheras debajo de los carros y ofrecían una tenaz resistencia, pronto se vio que su suerte estaba echada. A las primeras descargas, cayó el hermano de Nariz Romana, quien al conocer la noticia montó en irreprimible cólera. Ordenó a gritos que todos los cheyenes se prepararan para una carga final. "¡Vamos a vaciar sus armas!", exclamó. Nariz Romana llevaba consigo su

sombrero y su amuleto, razón por la cual sabía que ningún proyectil podía alcanzarlo. Condujo a sus cheyenes en círculo alrededor de los carros y, tras espolear salvajemente su caballo, hizo que aquel círculo se cerrara con rapidez. Cuando los soldados hubieron descargado sus armas, Nariz Romana dio la voz de asalto y, tras cargar frontalmente contra los asediados, los indios acabaron con ellos en pocos minutos. Con todo, el contenido de los carromatos, taquillas y ropas de cama para la guarnición, decepcionó a los vencedores.

Aquella noche, en el campamento, Nube Roja y los demás jefes consideraron que, en efecto, el hombre blanco había experimentado en sus carnes el poder del indio. Convencidos del temor sembrado entre sus enemigos, regresaron a su territorio del Powder, confiados en que los blancos respetarían ahora las cláusulas del tratado de Fort Laramie y dejarían de irrumpir sin permiso en el territorio indio situado al norte del Platte.

Entretanto, Cazo Negro y los castigados restos de sus cheyenes del sur habían cruzado el río Arkansas. Pronto se reunieron con los arapajos de Pequeño Cuervo, quienes para entonces habían oído las noticias de la matanza de Sand Creek y lloraban a sus amigos y familiares muertos por los blancos. Aquel verano (1865), sus cazadores habían hallado muy pocos búfalos al sur del Arkansas, pero no se habían atrevido a ascender a los pastos del norte, donde pacían las grandes manadas que se concentraban entre los ríos Smoky Hill y Republican.

A finales del verano empezaron a llegar a su emplazamiento mensajeros y emisarios en busca de Cazo Negro y Pequeño Cuervo, quienes de pronto se vieron convertidos en personajes muy importantes. Algunos delegados del gobierno habían acudido desde Washington, para comunicarles que el gran padre y su consejo se sentían

muy apesadumbrados por lo ocurrido y deseaban firmar un nuevo tratado.

Aunque tanto los cheyenes como los arapajos habían sido expulsados de Colorado y sus tierras se encontraban ahora en poder de los colonos, quienes las reclamaban como propias, la propiedad legal del terreno no quedaba al parecer muy clara. Según las disposiciones de los antiguos tratados, podía probarse que hasta la misma Denver había sido erigida sobre terrenos cheyenes y arapajos. Los funcionarios querían extinguir de una vez las reivindicaciones indias en Colorado, para que, en lo sucesivo, los colonos blancos estuvieran seguros de poseer realmente la tierra que ocupaban.

Cazo Negro y Pequeño Cuervo se negaron a entrevistarse con los delegados del gobierno hasta que les llegaron noticias de William Bent, su viejo amigo el Pequeño Hombre Blanco, quien les decía que había tratado de persuadir al gobierno para que concediera derechos permanentes de caza a los indios en los pastos situados entre los ríos Smoky Hill y Republican. Sin embargo el gobierno se había negado, porque muy pronto se crearía en aquellos parajes una nueva vía de postas y, más tarde, una línea férrea, las cuales, sin duda, se verían inmediatamente invadidas por los hombres blancos. Cheyenes y arapajos tendrían que conformarse con ir a vivir al sur del río Arkansas.

Transcurría la luna de la hierba marchita cuando Cazo Negro y Pequeño Cuervo se reunieron con los delegados del gobierno en las fuentes del Little Arkansas. Los indios ya conocían a dos de los parlamentarios: Patillas Negras (Black Whiskers) Sanborn y Patillas Blancas (White Whiskers) Harney. Si no veían con malos ojos al primero, recordaban que el segundo había participado en la matanza de sioux brulés, a orillas del Blue Water, Nebraska, en 1855. También se encontraban allí los agentes Murphy y Leavenworth, así

como el recto James Steele. Laceador Carson, que había expulsado a los navajos de sus tierras, formaba asimismo parte del grupo. Como traductor, los indios llevaron consigo a Manta Gris Smith, que había sobrevivido a la matanza de Sand Creek, y al Pequeño Hombre Blanco, que trataría de obtener para ellos las mejores condiciones.

—Henos aquí juntos, cheyenes y arapajos —empezó a decir Cazo Negro, cuando le llegó el momento de hablar—, somos pocos, pero constituimos un solo pueblo [...]. Mis otros amigos, los indios que se resisten a acudir, están muy atemorizados, pues creen que serán nuevamente traicionados, como lo fui yo.

—Será muy duro para nosotros abandonar el territorio que recibimos de Dios —medió Pequeño Cuervo—. Ahí descansan los huesos de nuestros amigos y sólo la idea de abandonarlos en su soledad nos resulta odiosa [...], además, algo permanecerá para siempre grabado en nuestra memoria: esa banda de soldados que destruyó nuestros campamentos y dio muerte a nuestras mujeres y niños. Sí, es duro para nosotros. Allí, en Sand Creek, yacen los restos de nuestros familiares, de Antílope Blanco y de muchos otros jefes [...], fue allí donde se nos despojó de nuestros bienes, de nuestros caballos [...], donde fuimos expoliados [...], y no me siento muy dispuesto a trasladarme a un lugar desconocido que nada significa para mí.

James Steele respondió:

—Todos nos damos cuenta de lo duro que resulta para una persona abandonar su hogar y las tumbas de sus antepasados, pero, por desgracia para vosotros, ha sido descubierto oro en aquel territorio y son numerosos los hombres blancos que se encaminan hacia aquellos lugares. Pues a estos primeros, seguirán multitudes. Éstos, precisamente, son los peores enemigos de los indios; pues

no conocen sentimentalismos y piensan tan sólo en enriquecerse, para lo cual son capaces de perpetrar toda clase de crímenes. Estas gentes se hallan en vuestro país; no hay rincón que no hayan hollado ni es posible que viváis allí sin entrar en contacto, más temprano o más tarde, con ellos. La consecuencia de este estado de cosas es que os encontraréis en peligro constante de que se abuse de vosotros y de que os veáis obligados a recurrir a las armas en vuestra propia defensa. En este caso, según la opinión de esta comisión de delegados, no existe lugar alguno en vuestro territorio en donde podáis permanecer a salvo.

Tras un instante de silencio, Cazo Negro habló de nuevo:

—Nuestros antepasados poblaron todo este territorio, no conocían el mal. Han muerto ya y ahora se encuentran en un lugar que yo desconozco. Nosotros hemos perdido el camino [...]. Nuestro gran padre os ha enviado con este mensaje, el cual recibimos sin oposición. Aunque las tropas nos han castigado, olvidamos lo ocurrido y nos sentimos contentos de recibirlos en paz y amistad. No me opongo a las palabras que me comunicáis de parte del presidente, ni al hecho, ya inevitable, que se ha consumado [...], lo acepto. Los hombres blancos pueden ir adonde les plazca y no los molestaremos, así quiero que lo hagáis saber. Pertenece a dos naciones diferentes, pero parece que constituimos un solo pueblo. Tomo de nuevo tu mano y me siento feliz. Las gentes que nos acompañan se sentirán felices como yo, al pensar que reina otra vez la paz, que podrán dormir sin sobresaltos y vivir lejos de la inquietud.

Los indios, pues, convinieron en establecerse al sur del Arkansas y compartir la tierra que pertenecía a los kiowas. El 14 de octubre de 1865, los jefes y cabecillas del resto de los cheyenes del sur y arapajos firmaron el nuevo tratado “de paz perpetua”. El artículo del mismo rezaba: “Las partes

indias *convienen además* [...] en renunciar, tanto en el futuro como en este momento, a todo derecho sobre las tierras [...] situadas entre los límites siguientes: a partir de la confluencia de las ramas norte y sur del río Platte, siguiendo por la rama norte, hasta la cima de la estribación principal de las Montañas Rocosas o Red Buttes; luego, en dirección sur, a lo largo de las cimas de las Rocosas hasta las fuentes del río Arkansas, tras descender por éste a continuación hasta el Cimarrón, que es atravesado, para retornar al punto de origen; territorio éste que poseían originalmente y del cual jamás hicieron cesión hasta ahora.

De esta manera, cheyenes y arapajos abandonaron su derecho sobre el territorio del Colorado. Éste, y no otro, por supuesto, era el verdadero significado de la matanza perpetrada en Sand Creek.

SAGRADA ES MI MANERA DE VIVIR

BRINCANDO SE ACERCAN

(1) (1)

He na wa - cí a - u we he - na wa - cí a - u we

(1) (3)

he na wa - cí a - u we ho - ton a - u we - lo he o

sun - ka - wa - kan o - ya - te wan he - na wa - cí a - u we

(1) (2)

he na wa - cí a - u we ho - ton a - u we - lo he o

Mira cómo
brincan.
Y se acercan
entre relinchos,
nación a caballo.
Mira cómo
brincan y
vienen,
anunciados
por relinchos.

V. INVASIÓN DEL RÍO POWDER

1865: El 2 de abril, los confederados abandonan Richmond. El 9 de abril, Lee se rinde a Grant en Appomatox; termina la guerra civil. El 14 de abril, John Wilkes Booth asesina al presidente Lincoln; Andrew Johnson asume la Presidencia. El 13 de junio, el presidente Johnson dispone la reconstrucción de los antiguos estados confederados. En octubre, los Estados Unidos solicitan de Francia la retirada de sus tropas de México. El 18 de diciembre se aprueba 13ª enmienda a la Constitución de los Estados Unidos para la abolición de la esclavitud. Se publican *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll, y *Guerra y paz*, de Tolstói.

*¿De quién fue la primera voz jamás oída en esta tierra?
De los hombres rojos armados tan sólo de arcos y flechas.
[...] Lo que se ha hecho con mi país no fue mi deseo, ni a
demanda mía; que los hombres blancos atravesaran mi
país. [...] Su curso está marcado por un reguero de sangre
[...], dos son las montañas de mi país, las Colinas Negras
y las Bighorn. No quiero que el gran padre construya
caminos en ellas. Tres veces he repetido estas cosas, he
venido ahora para decirlo por cuarta vez.*

MAHPIUA LUTA (NUBE ROJA) de los sioux oglala

su regreso al río Powder, después de la batalla del puente del Platte, los indios de las llanuras empezaron a prepararse para

A sus habituales ceremonias estivales de la medicina. Las tribus acamparon próximas unas de otras, junto a la bifurcación del Powder conocida por el nombre de Crazy Woman. Más hacia el norte de este río y cerca del Little Missouri estaban algunos sioux tetons, que habían marchado hacia el oeste aquel mismo año para huir de los soldados del general Sully, que actuaban en Dakota. Toro Sentado y sus hunkpapas acudieron también y procedieron a enviar mensajes a todos los reunidos, para que participaran en la importante danza del sol, ceremonia ritual religiosa de renovación de votos para los indios tetons. Mientras la danza se desarrollaba, los cheyenes celebraron su ceremonia de los arcos y la medicina, que duró cuatro días. El guardián de las flechas desenvolvió las cuatro flechas sagradas, que permanecían siempre guardadas en una especie de funda confeccionada con piel de coyote, y todos los varones de la tribu desfilaron ante ellas para renovar su oferta al dios y rezar por su pueblo.

Oso Negro (Black Bear), uno de los jefes principales de los arapajos septentrionales, decidió llevar a su gente más al oeste, junto al río Tongue, e invitó a algunos de los arapajos del sur, que habían escapado de la matanza de Sand Creek, a que se unieran a él. Construirían un poblado junto al curso del río, dijo, y celebrarían numerosas danzas y partidas de caza antes de la llegada de las lunas frías.

Entonces, hacia finales de agosto de 1865, las tribus que ocupaban el territorio del río Powder aparecían dispersas desde las montañas Bighorn, al oeste, hasta las Colinas Negras, al este. Estaban tan convencidos de lo inexpugnable de sus posiciones, que se mostraron escépticos e indiferentes cuando recibieron la noticia de que los soldados se aproximaban a ellas por cuatro lados distintos.

Tres de las columnas militares estaban a las órdenes del

general Patrick E. Connor, que había sido transferido desde Utah con el único objeto de combatir a los indios a lo largo de la ruta del Platte. En 1863, Connor había rodeado un campamento de piutes, establecido junto al río Bear, y había matado a 278, hecho que le había valido el sobrenombre de "brazo defensor ante el enemigo rojo".

En julio de 1865, Connor anunció que los indios situados al norte del Platte "debían ser cazados como si se tratara de lobos sanguinarios", y empezó a organizar tres columnas de soldados para invadir el territorio del río Powder. Una de ellas, a las órdenes del coronel Nelson Cole, avanzaría desde Nebraska en dirección a las Colinas Negras de Dakota. Una segunda fuerza, cuyo jefe era el coronel Samuel Walker, se dirigiría en línea recta hacia el norte, tras partir de Fort Laramie, para reunirse con Cole en las Colinas Negras. La tercera columna, a las órdenes del mismo Connor, seguiría la ruta Bozeman para penetrar en Montana. Se esperaba así encerrar a los indios entre esta columna y las fuerzas combinadas de Cole y Walker. Tras advertir a sus oficiales de que no debían aceptar propuesta alguna de paz por parte de los indios, Connor ordenó tajantemente: "Atacad y dad muerte a todo varón indio mayor de doce años".

A principios de agosto, las tres columnas emprendieron la marcha. Si todo resultaba como se había previsto, el encuentro tendría lugar hacia el 1 de septiembre en el río Rosebud, corazón mismo, por así decir, del territorio indio enemigo.

Una cuarta columna, independiente de la expedición mandada por Connor, se acercaba al territorio del Powder desde el este. Organizada por un civil, James A. Sawyers, para abrir una nueva ruta, esta columna tenía como único objeto llegar cuanto antes a las minas de oro de Montana. Dado que Sawyers sabía que en su avance traspasaría los

límites establecidos en los tratados, solicitó y obtuvo la escolta de dos compañías de infantería para sus 73 mineros y 80 carros con provisiones.

Sería el 14, o quizá el 15 de agosto cuando los sioux y cheyenes, que estaban acampados a lo largo del Powder, oyeron por primera vez rumores acerca de la caravana de Sawyers. “Nuestros cazadores regresaron al campamento muy nerviosos –recordaba más tarde George Bent–, con la noticia de que se aproximaban soldados que seguían el curso del río. El pregonero de nuestro campo, un hombre llamado Toro Oso, montó en su caballo y llevó la noticia a todos los rincones. Nube Roja recogió su ganado y puso sobre aviso a todos sus sioux. Todos los hombres corrieron en busca de un caballo. En estas ocasiones, se tomaba siempre el caballo que a uno le venía en gana o el que primero se encontraba; si el animal moría en combate, su jinete no debía pagar nada a su dueño en concepto de indemnización, pero todo cuanto aquél capturara durante la batalla pertenecía al jinete. Una vez a caballo, ascendimos el curso del río hasta que, a unos 28 kilómetros, dimos con la partida de Sawyers, una larga columna de emigrantes flanqueada por soldados.”

Como parte del botín obtenido tras la batalla de Platte Bridge, los indios disponían de algunos uniformes militares y cornetas. Antes de la marcha, George Bent se había puesto apresuradamente una chaqueta de oficial encima de su chaleco pintarrajeado, y su hermano Charlie se había hecho con una corneta. Quizá de este modo, pensaron, sorprenderían un tanto a los soldados y lograrían ponerlos nerviosos. Unos quinientos eran los sioux y cheyenes que componían la partida guerrera, y Nube Roja y Cuchillo Embotado se pusieron a su mando. Los jefes se sentían demasiado molestos por aquella irrupción en sus tierras sin previa solicitud de permiso.

Cuando vieron por primera vez la caravana, ésta avanzaba cansinamente entre dos colinas y llevaba a retaguardia un rebaño de reses, compuesto por unas trescientas cabezas. Los indios se dividieron en dos grupos, que se situaron a ambos lados de la formación. A una señal, abrieron fuego contra la escolta. A los pocos minutos la caravana se había dispuesto en círculo, de manera tal que encerraba al ganado en su interior.

Durante dos o tres horas, los indios se divirtieron reptando entre riscos y acercándose sin ser vistos a los asediados, a los que luego sorprendían con una descarga desde pocos metros de distancia. Cuando los soldados hubieron instalado sus cañones de campaña y el fuego de éstos podía ser peligroso, los atacantes permanecieron ocultos tras pequeñas elevaciones del terreno, a salvo de los proyectiles, e insultaban a sus enemigos con todas las palabras de su escaso repertorio escatológico inglés. Charlie Bent tocó su corneta varias veces y, tras hacer acopio de todas las procacidades oídas antaño en el puesto comercial de su padre, se dedicó a soltarlas estentóreamente sobre los blancos. "Nos insultaban del modo más hiriente –diría en otra ocasión uno de los buscadores de oro supervivientes–. Algunos de los indios podían hablar suficiente inglés como para dirigirnos los calificativos más viles." La caravana no podía moverse, pero tampoco los indios veían la manera de romper su defensa. Llegado el mediodía, y para dar fin a aquella situación de estancamiento, los jefes ordenaron que se izara una bandera blanca. Transcurrieron unos pocos minutos antes de que apareciera, frente a los carros, un hombre vestido con ropas de trampero. Como los hermanos Bent hablaban inglés, se los envió a modo de delegados indios para entrevistarse con el emisario. Éste era un complaciente mexicano, Juan Suse, que se vio tan

sorprendido por el inglés de los Bent como por la chaqueta militar de George. Suse, cuyos conocimientos del idioma eran más bien escasos, logró entenderse con los indios mediante signos, y les comunicó la idea de que el comandante de la caravana deseaba parlamentar con los jefes.

Se concertó con rapidez una entrevista, y los Bent ejercieron como intérpretes para Nube Roja y Cuchillo Embotado. Por parte de los blancos, acudieron el coronel Sawyers y el capitán Williford, que surgieron del círculo de carromatos acompañados de una pequeña escolta. El título de Sawyers era puramente honorífico, pero él se consideraba al mando de la expedición. El capitán Williford era, por lo que respecta al título, auténtico; sus dos compañías de soldados estaban compuestas por yanquis galvanizados, como llamaban a los antiguos prisioneros de guerra confederados que se habían enrolado en las filas del ejército de la Unión. Los nervios de Williford estaban a punto de fallar. No tenía la menor seguridad en sus hombres, ni siquiera en su autoridad sobre ellos. Con asombro, se fijó en la chaqueta azul de uniforme que llevaba el cheyene mestizo que hacía de intérprete: George Bent.

Cuando Nube Roja exigió una explicación por la presencia de soldados en territorio indio, el capitán Williford preguntó a su vez por qué habían atacado los indios a unos blancos pacíficos. Charlie Bent, amargado aún por el recuerdo de la matanza en Sand Creek, respondió a Williford que los cheyenes combatirían a todo hombre blanco que se cruzara en su camino, hasta que el gobierno castigara a Chivington con la horca.

Sawyers arguyó que él no había ido a luchar contra los indios, buscaba tan sólo una ruta más corta que le permitiera llegar a las minas de oro de Montana en menos tiempo. Su único objeto era atravesar el territorio.

“Yo hice las veces de intérprete para los jefes –contaba George Bent más tarde–, y Nube Roja repuso que, si los blancos estaban dispuestos a salir de aquel territorio y renunciaban a su plan de construcción de carreteras, él se daría por satisfecho. Lo mismo opinó Cuchillo Embotado, por parte de los cheyenes; finalmente, ambos jefes conminaron al oficial Williford a llevar su expedición en dirección oeste, para girar luego al norte y atravesar las montañas Bighorn, con lo cual se verían, por fin, fuera de territorio indio.”

Sawyers protestó de nuevo. Si seguía aquella ruta, se alejaría demasiado del camino previsto; insistió en que deseaba proseguir hacia el norte, a lo largo del río Powder y de su valle, para alcanzar así el fuerte que el general Connor estaba construyendo.

Fueron éstas las primeras noticias que recibieron Nube Roja y Cuchillo Embotado acerca del general Connor y de su invasión. A ellas sucedieron la furia y el más violento desagrado, puesto que los indios consideraban una enorme osadía, por parte del blanco, construir un fuerte en el corazón mismo de sus terrenos de caza. Al advertir la creciente hostilidad de los jefes, Sawyers decidió rápidamente regalarles la carga completa de uno de los carromatos: harina, azúcar, café y tabaco. Nube Roja sugirió que se añadiera a estos bienes pólvora y plomo, pero el capitán Williford se opuso a ello con gran determinación; en realidad, el militar se oponía a que los indios recibieran lo más mínimo de los expedicionarios blancos.

Finalmente, los jefes decidieron aceptar un cargamento completo de harina, azúcar, café y tabaco, a cambio del permiso para proceder río arriba. “El oficial me dijo –relataba más tarde George Bent– que mantuviera alejados a los indios mientras sus hombres descargaban los bienes. Luego, él proseguiría hacia el río para acampar. Era ya mediodía y el

sol castigaba mucho. Una vez en el río y con la formación deshecha, hizo su aparición un grupo de sioux procedentes de nuestro campamento. Los bienes cedidos por los soldados ya habían sido repartidos y los recién llegados solicitaron igual trato, pero el oficial se negó, razón por la cual se desencadenó una nueva escaramuza.”

Esta segunda banda de sioux acosó a Sawyers y a Williford durante algunos días, pero Nube Roja, Cuchillo Embotado y sus hombres no participaron en los combates. En cambio, se dirigieron valle arriba para comprobar la veracidad de los rumores que hablaban de la presencia de un fuerte en construcción junto al curso del Powder.

Entretanto, el jefe Connor había empezado a levantar una robusta empalizada, a 95 kilómetros al sur de la bifurcación que recibía el nombre de Crazy Woman, y sin empacho alguno le dio su nombre. En Fort Connor se encontraba una banda de indios pawnees mercenarios, que servían a la caballería en calidad de guías con paga regular del ejército. Su jefe era el capitán Frank North. Los pawnees eran antiguos enemigos tribales de los sioux, cheyenes y arapajos; mientras los soldados se dedicaban a la construcción del puesto, estos mercenarios exploraban el territorio en busca de sus enemigos. Por fin, el 16 de agosto divisaron una pequeña partida de cheyenes que se acercaba por el sur. Con ellos se encontraba Mujer Amarilla, madre de Charlie Bent.

Cabalgaba junto a cuatro hombres y formaban un grupo algo avanzado con respecto al grueso de la banda. Cuando a su vez descubrió a los pawnees sobre una pequeña colina, creyó en principio que se trataba de cheyenes o de sioux. Los pawnees indicaron con sus mantas que eran amigos, de modo que los cheyenes se adelantaron hacia ellos sin sospechar el peligro que les acechaba. De pronto, los

pawnees cargaron contra el grupo que se acercaba tan confiadamente, y Mujer Amarilla, que había abandonado a William Bent porque éste pertenecía a la raza blanca, murió a manos de un mercenario de su misma raza. Aquel día, su hijo Charlie estaba a unos pocos kilómetros del lugar, pues acompañaba a los guerreros de Cuchillo Embotado, quienes regresaban del asedio a la caravana de Sawyers.

El 22 de agosto el general Connor decidió que la empalizada era lo bastante fuerte como para poder defenderla con un solo regimiento de caballería. Tras dejar la mayoría de sus provisiones en la plaza, emprendió la marcha forzada hacia el valle del río Tongue, donde esperaba encontrar grandes concentraciones de indios. Si se hubiera dirigido hacia el norte, sin duda habría dado con millares de guerreros prestos para el combate, las fuerzas de Nube Roja y Cuchillo Embotado, quienes a su vez buscaban ansiosamente a los hombres de Connor.

Al cabo de una semana, poco más o menos, de la partida de la columna de Connor del Powder, un guerrero cheyene llamado Pequeño Caballo (Little Horse) viajaba por aquellos parajes en compañía de su esposa y de su hijo de corta edad. La mujer del cheyene era una arapajo, y ambos se dirigían a visitar a los parientes de ésta, en un poblado establecido por Oso Negro en el río Tongue. Durante la marcha, uno de los bultos que llevaba la montura de la mujer se aflojó y ésta se detuvo para afirmarlo. Al volver la vista atrás, descubrió a lo lejos una columna de hombres montados.

—¡Mira! —dijo a su marido.

—¡Son soldados! —exclamó éste—. ¡Date prisa!

Tan pronto como hubieron alcanzado la siguiente colina y se hallaron fuera de la vista de los jinetes, Pequeño Caballo se desembarazó de las angarillas que portaban al pequeño,

puso a éste a la grupa y echó a correr campo a través, a toda prisa, para llegar cuanto antes al campamento de Oso Negro. Llegaron a todo galope y alarmaron a los pacíficos habitantes de aquel poblado, constituido por unas 250 tiendas y corrales. Aquel año, los arapajos tenían muchos caballos, unos 3.000 que pacían reunidos junto a la corriente.

Los arapajos no creían posible la presencia tan cercana de soldados, en realidad pensaban que no podrían hallarse a menos de 400 kilómetros de sus tierras. La mujer de Pequeño Caballo intentó que el pregonero del poblado diera la noticia, pero éste le aseguró que los jinetes identificados erróneamente por Pequeño Caballo tenían que ser, por fuerza, indios cazadores. Convencidos de que estaban en posesión de la verdad, Pequeño Caballo y su mujer fueron a poner sobre aviso a los familiares de ésta. Pantera (Panther), así se llamaba el hermano de la mujer, descansaba frente a su tienda y no quiso dar crédito a sus parientes. “Toma lo que más aprecies y prepárate para la marcha —dijo Pequeño Caballo—. Debemos huir esta misma noche.”

Pantera se echó a reír y se mofaba de su cuñado cheyene. “Vosotros siempre os asustáis y confundís un rebaño de búfalos con vuestros enemigos.”

“Muy bien —replicó Pequeño Caballo—, no tienes por qué seguirnos si no lo deseas, pero nosotros partiremos al anochecer.” Su mujer logró convencer a algunos de los suyos y, antes de que la noche llegara a su plenitud, abandonaron el campamento y se fueron a varios kilómetros corriente abajo.

A primera hora de la mañana del día siguiente los hombres de Connor atacaron el campamento. Casualmente, uno de los guerreros había salido a probar un nuevo caballo de carreras y, tras divisar a la fuerza enemiga, corrió a dar aviso, razón por la cual algunos de los habitantes tuvieron

oportunidad de salvarse.

No así la mayoría, pues tras un toque de corneta y la descarga de los cañones, los soldados cayeron sobre el poblado desde dos direcciones. Los pawnees se dirigieron de inmediato al corral, donde se encontraban los 3.000 caballos de la tribu. Los arapajos que los guardaban trataban desesperadamente de dispersarlos por el valle. El poblado, pacífico y silencioso unos minutos antes, se había convertido en un infierno. Por todas partes se oían los gritos despavoridos de las mujeres y de los niños, los relinchos de caballos heridos y el retumbar de las armas de fuego.

Los arapajos intentaron formar una línea de defensa delante de la población no combatiente, pero los primeros disparos que se cruzaron dieron en un grupo de mujeres y niños, atrapados entre dos fuegos. “Las tropas vieron el fuego –contó uno de los oficiales de Connor– y vimos caer a un indio, que trataba de salvar a dos niños tras subirlos a la grupa de su caballo. Al retirarse, los indios dejaron a los niños atrás, abandonados en la zona batida por ambas partes, sin posibilidad de rescate. Su muerte fue rápida.”

“Yo me encontraba en el poblado en lucha cuerpo a cuerpo con algunos guerreros y mujeres –relataba otro oficial–, pues las indias, justo es decirlo, se batieron con el mismo coraje que los guerreros. Fue una desgracia para ellas y para los niños que nuestras tropas no tuvieran tiempo de precisar su tiro, [...] mujeres y niños cayeron con los guerreros a montones.”

Tan pronto como podían hacerse con un caballo, los atacados se retiraban Wolf Creek arriba, perseguidos de cerca por la caballería. Con los soldados se encontraba un explorador vestido de trampero, que fue reconocido por algunos de los arapajos más viejos como antiguo vecino suyo, pues pescaba y ponía trampas en las riberas del

Tongue y del Powder años atrás e incluso se había casado con una mujer india. Entonces lo habían considerado amigo, le llamaban Manta (Blanket) Jim Bridger. Ahora, al igual que los pawnees, se había convertido en un mercenario.

Casi 20 kilómetros duró la persecución a caballo, y cuando por fin las monturas de los soldados empezaron a acusar los efectos de su larga marcha y de esta enérgica cabalgada, los indios se volvieron contra sus perseguidores, dispararon sus viejos fusiles de un solo tiro e hicieron caer sobre los chaquetas azules una verdadera lluvia de flechas. A primera hora de la tarde, Oso Negro y sus guerreros habían logrado que los soldados retrocedieran hasta el poblado; allí tuvieron que vérselas con el fuego de los cañones y se detuvo su avance.

Mientras los indios observaban desde las colinas vecinas, los soldados se dedicaron a la tarea de destruir por completo el poblado conquistado. Tiendas, corrales, pieles de búfalo, troncos, todo fue consumido por las llamas, incluso las 30 toneladas de pemicán o tasajo indio, laboriosamente reunidas por los arapajos para subsistir durante el invierno. Todas las posesiones de los arapajos eran consumidas por las llamas; refugio, ropas, comida, se convertían en humo por momentos. Luego, soldados y pawnees montaron de nuevo y, tras arrear unos 1.000 caballos que habían capturado de los arapajos, la tercera parte de los que poseía la tribu, emprendieron la retirada.

Pequeño Caballo, el cheyene que intentó poner sobre aviso a los arapajos, oyó aquella tarde el tronar de los cañones. Pasadas las horas, cuando los soldados ya habían desaparecido, regresó al poblado incendiado, acompañado de su mujer y de algunos de los parientes de ésta que habían atendido a sus razones. Más de 50 cadáveres se ofrecían a su vista, entre ellos el de Pantera, que yacía en medio de un

charco de sangre junto a la hierba calcinada, que poco antes había alfombrado el suelo de su tienda. Muchos amigos, incluso el hijo de Oso Negro, estaban gravemente heridos y era de temer su muerte inminente. Nada les quedaba a los arapajos, salvo los escasos caballos que habían logrado librar de la captura, unas pocas armas de fuego, sus arcos y flechas y las ropas que llevaban puestas cuando los soldados cargaron contra el poblado. Así finalizó la batalla de Tongue River, ocurrida en la luna del cambio de pluma de los gansos.

A la mañana siguiente, algunos guerreros partieron en busca de las huellas de la caballería de Connor, que se dirigía en dirección norte hacia el Rosebud. Aquel mismo día, la caravana de Sawyers, a la cual sioux y cheyenes habían asediado dos semanas antes, hizo su entrada en territorio arapajo. Enfurecidos por la presencia de tantos intrusos, los indios decidieron tender una emboscada a los soldados de la escolta, pero al gastar casi toda su munición para combatir a los hombres de Connor, los arapajos carecían de fuerza suficiente para asaltar la caravana. Por esta razón debieron conformarse con someterla a ataques esporádicos, más ruidosos que efectivos, hasta que aquélla rebasó las montañas Bighorn y salió del territorio arapajo para penetrar en Montana.

Entretanto, Connor se dirigía hacia Rosebud a la vez que oteaba ansiosamente en busca de más poblados indios para destruir. A medida que se aproximaba al lugar de reunión concertado con sus oficiales, las partidas de exploradores destacadas en todas direcciones con el fin de establecer contacto con las otras dos columnas, cuyo mando ostentaban Cole y Walker, recorrían sin cesar aquellos parajes en vano. El 9 de septiembre, Connor ordenó al capitán North que condujera a sus pawnees a marchas forzadas al río Powder, para interceptar a las columnas buscadas. Al segundo día de

marcha, los pawnees se vieron sorprendidos por una tormenta de aguanieve; dos días más tarde llegaron a un lugar en el cual, sin duda alguna, habían acampado Cole y Walker no hacía mucho. El terreno estaba cubierto por los cadáveres de 900 caballos. Los pawnees “se quedaron perplejos y alarmados ante aquella visión dantesca, pues no alcanzaban a comprender cómo había llegado aquella muerte a los animales, muchos de los cuales mostraban heridas de bala en la cabeza”. Un poco más allá se encontraban los restos calcinados de sillas de montar, estribos e impedimenta varia. El capitán North no sabía qué pensar de aquellas pruebas de un desastre y, sin perder más tiempo, volvió grupas a toda prisa para informar al general Connor.

El 18 de agosto, las dos columnas mandadas por Cole y Walker se habían unido junto al Belle Fourche en las Colinas Negras. La moral de la tropa, unos 2.000 soldados, era baja; se trataba de voluntarios de la guerra civil, quienes consideraban que, ya finalizada aquélla, no había razón alguna para mantenerlos alistados. Antes de dejar Fort Laramie, los soldados de uno de los regimientos de Kansas, a las órdenes de Walker, se habían amotinado y sólo al amagar la artillería contra ellos se logró reducirlos de nuevo al orden. Agosto llegaba a su fin y las provisiones de la fuerza combinada hacían otro tanto, de manera que las mulas empezaron a ser sacrificadas para el aprovechamiento de la carne. Luego, el escorbuto hizo su aparición. La escasez de agua y hierba hizo que las monturas de los soldados se debilitaran cada vez más. Con hombres y caballos en tales condiciones, ni Cole ni Walker, en realidad, sentían muchos deseos de entablar batalla con los indios. Su único objetivo era llegar cuanto antes a Rosebud para encontrarse con el general Connor.

En cuanto a los indios, había millares de ellos en los lugares sagrados de Paha-Sapa, las Colinas Negras. Era verano, la época apropiada para solicitar los favores del Gran Espíritu. Representantes de todas las tribus se habían reunido allí, en lo que para ellos constituía el centro de todo el mundo, para llevar a cabo sus rituales ceremonias religiosas. Habían observado la columna de polvo levantada por aquellos 2.000 soldados, a quienes odiaban por hollar el sagrado Paha-Sapa, punto desde el cual la superficie del mundo se curvaba en las cuatro direcciones. Sin embargo, no se formaron partidas guerreras y los indios se mantuvieron lejos de la polvorienta y cansina columna militar.

El 28 de agosto, fecha en que Cole y Walker hicieron su llegada al Powder, se destacaron de la fuerza hacia el Tongue y el Rosebud patrullas de exploración que en vano tratarían de establecer contacto con el general Connor. Éste se encontraba todavía muy al sur, pues se preparaba para destruir el poblado arapajo. Cuando los exploradores destacados regresaron sin noticias, Cole y Walker decidieron poner a sus hombres a media ración y emprender la marcha hacia el sur, antes de que el hambre provocara un desastre.

Durante los pocos días que los soldados permanecieron acampados junto al Powder, donde el curso de éste cambia para dirigirse hacia el norte y confluir con el Yellowstone, algunas bandas de sioux hunkpapas y minneconjous vigilaban atentamente sus movimientos. Con ellas se encontraba el jefe hunkpapa, Toro Sentado, que dos años antes, en el campamento de exiliados santees de Crow Creek, había jurado combatir a los blancos, si era necesario, para salvar las regiones de búfalos de su avidez de tierra.

Cuando un grupo de guerreros sioux descubrió a los soldados acampados entre los árboles que se alzan siguiendo el curso del Powder, algunos de los indios más jóvenes

expresaron su deseo de salir al encuentro de aquéllos bajo bandera de paz, y tratar de obtener algo de tabaco y azúcar como muestras de su buena voluntad. Toro Sentado desconfiaba de los hombres blancos y se oponía, además, a estas muestras de flaqueza; se mantuvo reservado, pero permitió que quienes así lo quisieran enviaran delegaciones.

Los soldados aguardaron a que los indios se encontraran al alcance de sus armas y mataron o hirieron a varios de ellos antes de que el resto lograra ponerse a salvo. Los supervivientes sólo obtuvieron unos pocos jamelgos, más bien escuálidos, que espantaron en su retirada.

A Toro Sentado no le sorprendió en absoluto el modo como los soldados habían tratado a sus pacíficos visitantes. Después de observar la miserable condición de los caballos tomados a los soldados, decidió que 400 sioux sobre ágiles mustangs bien podían desafiar a 2.000 soldados montados sobre caballerías hambrientas y derrengadas. Luna Negra (Black Moon), Oso Veloz (Swift Bear), Hoja Roja (Red Leaf), El que Mira hacia Atrás (Stands-Looking-Back) y la mayoría de los guerreros estuvieron de acuerdo con él. El que Mira hacia Atrás poseía un sable que le había quitado a uno de los hombres del general Sully, en Dakota, y deseaba probar su eficacia contra los soldados.

Tiempo más tarde, en pictogramas hechos por el mismo Toro Sentado para ilustrar su biografía, se nos muestra a aquél vestido con polainas adornadas con cuentas y tocado con gorro de piel y orejeras. Su armamento consistía en un fusil de un solo tiro, que se cargaba por el cañón, un arco y el carcaj de las flechas; su escudo se adornaba con la imagen de la mítica ave del trueno.

Tras descender sobre el campamento en fila india, los sioux rodearon inmediatamente a los soldados que guardaban el ganado y los mataron de uno en uno, por

sorpresa, hasta que apareció de pronto una columna a caballo, enviada a toda prisa desde el lugar donde se encontraba el grueso de la fuerza, río abajo. Los sioux se retiraron con rapidez y se mantuvieron a una distancia prudencial de sus perseguidores, hasta que las monturas de éstos empezaron a flaquear. Precisamente esto esperaban los indios, quienes tras dar la vuelta en redondo y encabezados por El que Mira hacia Atrás cargaron ahora sobre los soldados. Una vez comprobada la eficacia de su nueva arma blanca, al descargarla sobre la cabeza de un soldado, El que Mira hacia Atrás se retiró a toda prisa a un lugar más seguro, dando gritos de alegría y admiración por su hazaña.

Al cabo de unos minutos, los soldados se dispusieron en formación de ataque y, al toque de una corneta, cargaron de nuevo contra el enemigo. Una vez más, la velocidad de sus mustangs puso a los indios fuera del alcance de sus perseguidores, quienes se sentían frustrados en su vano empeño, razón por la cual se detuvieron al fin para darse un respiro. Los dispersos indios se concentraron ahora sobre su objetivo. De todas direcciones llegaban indios a galope tendido y hacha en alto. Corveteaban entre los soldados, descargaban sus golpes a diestro y siniestro y se movían con la enorme agilidad de sus poderosas monturas. Aquel día, Toro Sentado capturó un enorme garañón negro, del cual haría más tarde un pictograma para su biografía.

Alarmados por el ataque indio, Cole y Walker formaron a sus fuerzas para una marcha obligada al sur, a lo largo del río Powder. Varios días siguieron los indios el progreso de los militares, a quienes se complacían en asustar, pues aparecían de pronto en lo alto de unos riscos o hacían cortas incursiones contra la retaguardia. Toro Sentado y los demás jefes se reían del miedo que, sin lugar a dudas, evidenciaban

los soldados, que trataban de imprimir a su avance toda rapidez posible.

Cuando cayó sobre ellos la gran tormenta de aguanieve, los indios dejaron de perseguir al enemigo durante dos días para guarecerse de los elementos, y una mañana oyeron disparos dispersos en lontananza. Al día siguiente, descubrieron el campamento abandonado de los soldados y los cadáveres hinchados de numerosos caballos. Comprendieron que sus dueños habían debido matarlos porque no podían dar un paso más.

Dado que muchos de los chaquetas azules se veían ahora obligados a marchar a pie, pensaron acosarlos esporádicamente para aumentar su miedo y lograr que éste llegara a tal extremo que, en lo sucesivo, lo pensarán varias veces antes de atreverse a regresar a las Colinas Negras. En su marcha, estos hunkpapas y minneconjous encontraron, cada vez con más frecuencia, pequeñas partidas de sioux oglalas y cheyenes, destacadas por sus jefes en busca de la columna de Connor. Estos encuentros producían gran alegría y excitación entre los indios y como cerca de allí estaba ubicado un gran poblado cheyene, los jefes de todas las bandas se dispusieron a planear conjuntamente una gran emboscada para los soldados.

Aquel verano, Nariz Romana se había sometido a numerosos ayunos rituales para merecer del Gran Espíritu una especial protección contra sus enemigos. Como Nube Roja y Toro Sentado, estaba decidido a bregar por su país y a salir victorioso en la lucha. Toro Blanco (White Bull), un anciano hechicero cheyene, le había aconsejado dirigirse solo a un lago cercano, donde debía vivir cierto tiempo con los espíritus de las aguas. Nariz Romana permaneció cuatro días sin tomar alimento alguno sobre una balsa anclada en medio de las aguas. Soportó con entereza el castigo del sol

abrasador y el azote de las tempestades nocturnas, y no cesó de rezar para pedir la protección del gran hechicero y de los espíritus lacustres. Cuando regresó por fin al campamento, Toro Blanco confeccionó para él un tocado de guerra adornado con tantas plumas de águila que, cuando Nariz Romana montaba en su caballo, el extremo de su tocado alcanzaba casi a barrer el suelo.

En septiembre, cuando llegaron al campo cheyene las noticias de la retirada de los soldados hacia el sur, Nariz Romana solicitó el privilegio de dirigir un ataque contra los chaquetas azules. Uno o dos días más tarde, los soldados estaban acampados junto a un meandro, enmarcado en ambos lados por grandes grupos de árboles. Al decidir que el lugar era excelente para el ataque, los jefes cercaron el campamento militar con varios centenares de guerreros, antes de destacar pequeñas partidas con el objeto de atraer a los soldados fuera de sus posiciones de defensa. Los sitiados, a pesar de todo, no se decidieron a abandonar el amparo de los carromatos que se interponían entre ellos y los indios.

Nariz Romana tenía el rostro pintado con los colores de guerra; montado sobre un caballo blanco y con su tocado de plumas, arengaba a los guerreros, a quienes en breves instantes conduciría contra los sitiados. Les dijo que no debían combatir de forma aislada como siempre habían hecho, sino que, siguiendo el ejemplo del blanco, debían cerrar filas para descargar ataques masivos. Los indios maniobraron sus caballos de manera que fueron a situarse paralelamente a los defensores. Nariz Romana recorrió la línea una y otra vez, para asegurarse de su perfecta cohesión, y advirtió a los suyos que no hicieran el más mínimo movimiento hasta que él hubiera hecho descargar las armas de los soldados. Tras animar con la voz a su caballo,

emprendió una veloz carrera en línea recta, que lo llevó en pocos instantes a menos de 50 metros del enemigo. Giró entonces hacia un lado y, después de recorrer dos veces toda la longitud de la posición militar, hizo que se concentraran sobre él la atención y el fuego de los soldados.

“Tres, o quizá cuatro, fueron sus galopadas a lo largo de la línea enemiga –contaría más tarde George Bent–. De pronto, su caballo fue alcanzado por una bala y dio con él en tierra. Al ver lo ocurrido, los guerreros prorrumpieron en un ensordecedor griterío y se lanzaron de golpe al ataque, si bien no lograron abrir brecha en la línea defensiva de los soldados.”

Nariz Romana había perdido su caballo, pero su medicina protectora le había salvado la vida. Había aprendido también algunas otras cosas sobre cómo luchar contra los chaquetas azules, como habían aprendido asimismo Nube Roja, Toro Sentado, Cuchillo Embotado y los demás jefes indios. El valor, el ataque masivo y temerario y la fortaleza de ánimo no valían de nada si los guerreros no tenían otras armas que sus arcos y mazas, además de unos pocos fusiles anticuados de los días de los cazadores de pieles. “En aquellos momentos éramos atacados desde todos los lados, por el frente, por la retaguardia y por los flancos –informaría el coronel Walker–, pero los indios no parecían disponer de muchas armas de fuego.” Los soldados poseían modernos fusiles de la última guerra civil y contaban con el apoyo de cañones de campaña.

Los indios continuaron hostigando a los soldados durante varios días después de aquella batalla, que sería conocida en lo sucesivo como la batalla de Nariz Romana. Algunos soldados estaban ahora descalzos y la mayoría, harapientos. Apenas si tenían para comer, aparte de sus escuálidos y escasos caballos, que devoraban crudos, pues estaban

demasiado angustiados para dedicarse a encender fuego. Al fin, llegada la luna de la hierba marchita, hacia finales de septiembre, la columna del jefe Connor vino en rescate de los maltrechos soldados de Cole y Walker. Toda la fuerza acampó tras la empalizada de Fort Connor, hasta que llegaron órdenes de Fort Laramie reclamando las tropas (dos compañías debían permanecer, no obstante, en el fuerte).

Las dos compañías que recibieron órdenes de guardar la posición durante todo el invierno eran las formadas por los yanquis galvanizados, que habían escoltado los carros de Sawyers durante su larga marcha hacia las minas de oro del oeste. El general Connor dejó seis cañones para la defensa de estos antiguos soldados confederados, que ahora iban a vérselas solos con los indios. Nube Roja y los demás jefes estudiaron la nueva situación desde una distancia prudente. Por cierto, contaban con suficientes guerreros para asaltar Fort Connor (nombre que pronto sería cambiado por Fort Reno), pero decidieron que no valía la pena el precio de vidas que costaría la empresa, en tanto los soldados contaran con el apoyo de los grandes cañones. Por fin, optaron por una estrategia fría. Mantendrían una estrecha vigilancia en torno al fuerte y a la ruta de aprovisionamiento desde Fort Laramie. La guarnición permanecería, pues, prácticamente prisionera en su puesto y el largo invierno cuidaría de hacer mella en su ánimo.

Antes de que finalizara la estación, la mitad de aquellos desgraciados habían muerto o agonizaban a causa de la desnutrición, el escorbuto y los crecientes casos de neumonía. El hastío de la soledad llevó a muchos de los defensores a abandonar la posición y tratar de cruzar las líneas enemigas.

Dado que unas pocas bandas estratégicamente situadas se bastaban para mantener la situación en punto muerto, el

resto de los guerreros cruzó de nuevo las Colinas Negras, donde los grandes rebaños de búfalos y antílopes les proporcionarían las grasas necesarias para pasar el invierno con comodidad. En el transcurso de las largas noches invernales, los jefes contaban una y otra vez los detalles de la invasión del general Connor y extraían consecuencias de lo sucedido. Por despreocupación y exceso de confianza, los arapajos habían perdido un poblado, numerosas vidas y gran parte de su rica manada. Las otras tribus, en cambio, habían perdido algunas vidas, pero no sus bienes ni su ganado. Además, habían capturado numerosas monturas del ejército, así como sillas de montar, carabinas y equipo variado. Y, sobre todo, habían ganado una nueva confianza en su capacidad para vérselas con los chaquetas azules y expulsar a los soldados de las tierras que el Gran Espíritu les había legado.

“Si los hombres blancos penetran de nuevo en mi territorio, serán castigados otra vez”, decía Nube Roja. Éste sabía, por otra parte, que si no lograba obtener más fusiles, como los pocos tomados a los soldados, y munición para cargarlos, los indios no podrían seguir castigando a los soldados indefinidamente.

VI. LA GUERRA DE NUBE ROJA

1866: El 27 de marzo, el presidente Johnson veta la ley de derechos civiles. El 1 de abril, el Congreso anula el veto del presidente y concede derechos idénticos a todas las personas nacidas en los Estados Unidos (excepto los indios); el presidente puede recurrir a la ayuda del ejército para imponer la ley. El 13 de junio, la 13ª enmienda a la Constitución de los Estados Unidos concede a los negros el derecho de ciudadanía y es presentada a los estados de la nación para su ratificación. El 21 de julio, en Londres, mueren varios centenares de personas a causa del cólera. El 30 de julio, huelga en Nueva Orleans por motivos raciales. Werner von Siemens inventa la dinamo. Se publican *Crimen y castigo*, de Dostoievski, y *Prisioneros de la nieve*, de Whittier.

1867: El 9 de febrero, Nebraska se convierte en el 37º estado de la Unión. El 17 de febrero pasa el primer barco por el canal de Suez. El 12 de marzo, las últimas tropas francesas abandonan México. El 30 de marzo, los Estados Unidos compran Alaska a Rusia por 7.200.000 dólares. El 2 de mayo, la moción de John Stuart Mill, en Londres, en favor del voto femenino, es rechazada en el Parlamento. El 19 de junio, los mexicanos ejecutan al emperador Maximiliano. El 1 de julio se establece el dominio del Canadá. El 27 de octubre, marcha de Garibaldi sobre Roma. El 25 de noviembre, una comisión del Congreso decide "acusar al presidente Johnson de graves faltas y crímenes". Alfred Nobel inventa la dinamita. Christopher L. Sholes construye la primera máquina de escribir comercial. Johann Strauss compone *El Danubio azul*. Karl Marx publica la primera parte de *El capital*.

Esta guerra no surgió de nuestra tierra, fue traída e infligida sobre nosotros por los hijos del gran padre, que llegaron para expoliarnos sin compensación y son perpetradores de muchos males en nuestras tierras. El gran padre y sus hijos son culpables de cuanto sucede.

[...] Nuestro deseo no ha sido otro que vivir aquí pacíficamente, en nuestras tierras, y desarrollar las actividades que proporcionen bienestar y tranquilidad a nuestro pueblo, pero el gran padre ha llenado nuestro país de soldados que sólo piensan en darnos muerte. Algunos de los nuestros, que se han trasladado a otros sitios para cambiar o al norte en busca de caza, han sido atacados por los soldados de allá, y cuando una vez en el norte y atacados han deseado regresar a sus hogares, los soldados que se encuentran aquí interpuestos entre ellos y sus tierras de origen les han impedido el paso. Pienso que existen mejores modos que éste. Cuando las gentes entran en conflicto, es mejor para todos que se reúnan sin armas, para hablar y descubrir una manera de hacer que convenga a todos por igual y sea portadora de paz.

SINTE-GALESKA (COLA MOTEADA) de los sioux brulés

Hacia finales del verano y en el otoño de 1865, mientras los indios del río Powder daban muestras de su poderío militar, una comisión de paz de los Estados Unidos recorría el curso superior del río Missouri; se detenía en cada poblado indio que encontraba a su paso y entablaba negociaciones con todos los jefes o cabecillas que veía. Newton Edmunds, recién nombrado gobernador del territorio de Dakota, era el principal impulsor de esta comisión. Otro era Mercader Largo (Long Trader), Henry Sibley, que tres años antes había expulsado a los sioux santees del estado de Minnesota. Edmunds y Sibley regalaban mantas, melaza, galletas saladas y otros presentes a los indios que visitaban, y así no tenían dificultad en

convencerlos de que firmaran nuevos tratados. Más tarde, decidieron enviar emisarios al territorio de las Colinas Negras y al río Powder, para invitar a los jefes guerreros a acudir a su encuentro y concertar asimismo nuevos acuerdos; los jefes, sin embargo, estaban demasiado ocupados en combatir a los invasores del general Connor e hicieron caso omiso de estas invitaciones.

La gran guerra civil entre los hombres blancos había finalizado la primavera de aquel año, y lo que al principio había sido una insignificante corriente migratoria hacia el oeste, se convertía ahora en un movimiento caudaloso. Los comisionados del gobierno trataban de obtener derechos de paso para nuevas rutas y, en última instancia, para el tendido de la vía férrea.

Antes de que finalizara el otoño, aquellos funcionarios habían cerrado nueve tratados con los sioux, incluidos brulés, hunkpapas, oglalas y minneconjous, la mayoría de cuyos jefes guerreros se encontraban por entonces muy distantes de los poblados alineados junto al río Missouri. Las personalidades del gobierno de los Estados Unidos dieron la bienvenida a estos nuevos tratados como representativos del fin de las hostilidades con los indios. “¡Por fin se han pacificado los indios de las llanuras!”, decían; ya no volvería a existir la necesidad de organizar costosas campañas, como la realizada por la expedición de Connor en el río Powder, que había sido reclutada con el único fin de matar indios “a un coste superior al millón de dólares por baja causada, en tanto que centenares de nuestros soldados y colonos habían muerto, además de las incalculables pérdidas en bienes destruidos”.

El gobernador Edmunds y los demás miembros de la comisión sabían a la perfección que aquellos tratados carecían de significado, pues ni uno solo de los jefes

importantes había llegado a firmarlos; aunque procedieron a enviar copias a Washington, para obtener la ratificación del Congreso de aquéllos, no cesaron en la búsqueda de Nube Roja y de alguno de los otros jefes guerreros concentrados junto al Powder, para concertar una entrevista que les permitiera discutir la firma de nuevos convenios. Dado que la ruta Bozeman era la vía más importante desde Fort Laramie a Montana, se instaba continuamente a los militares de la guarnición del fuerte para lograr que Nube Roja y sus acompañantes cesaran en su bloqueo de la ruta y acudieran a Fort Laramie cuanto antes.

El coronel Henry Maynadier, destinado al fuerte como jefe de uno de los regimientos de yanquis galvanizados, intentó valerse de algún hombre de confianza, que uniera a su experiencia y conocimiento de los indios cierto ascendiente sobre ellos. Recurrió entonces a Manta Jim Bridger y a Ternero Mágico Beckwourth, para que actuaran como intermediarios ante Nube Roja, pero ninguno se mostró deseoso de aceptar la misión tan pronto, desde que Connor hubiera provocado la ira de los indios con su reciente invasión. Por fin, Maynadier decidió utilizar a cinco sioux que pasaban parte del tiempo en el fuerte: Gran Boca (Big Mouth), Costillas Grandes (Big Ribs), Pata de Águila (Eagle Foot), Remolino (Whirlwind) y Pequeña Corneja. Comúnmente llamados "los vagos de Laramie", estos indios comerciantes eran, en realidad, astutos y emprendedores. Si un hombre blanco deseaba comprar una piel de búfalo, o un indio establecido en Tongue River, por ejemplo, trataba de obtener más provisiones del comisario del fuerte, ellos actuaban como intermediarios y arreglaban intercambios para recibir comisiones. Con el tiempo, desempeñarían un importante papel como suministradores de munición a los indios mientras duró la guerra de Nube Roja.

Gran Boca y su grupo recorrieron el territorio durante dos meses, comunicaban la noticia de que una gran cantidad de valiosos presentes aguardaba a todos los jefes guerreros que acudieran a Fort Laramie para concertar la firma de nuevos tratados. El 16 de junio de 1866, los emisarios regresaron a la posición acompañados de dos bandas errantes de sioux brulés, encabezadas respectivamente por Alce Erguido (Standing Elk) y Oso Veloz. El primero dijo que su gente había perdido muchos caballos aquel invierno, durante una ventisca, y que la caza era cada vez más limitada en el Republican. Cola Moteada, el jefe superior de los sioux brulés, acudiría asimismo al fuerte tan pronto como su hija, enferma de tuberculosis, se repusiera y estuviera en condiciones de emprender el viaje. Alce Erguido y Oso Veloz deseaban firmar el tratado, a cambio de provisiones y ropas para su gente.

“Pero ¿qué hay de Nube Roja? –quería saber el coronel Maynadier-. ¿Dónde se encuentran Nube Roja, Hombre Temido hasta por sus Caballos (Man-Afraid-of-His-Horses), Cuchillo Embotado y demás jefes que habían combatido a los soldados de Connor?” Gran Boca y su partida aseguraron al militar que aquéllos no tardarían en comparecer. No se les podía meter demasiada prisa, especialmente en la luna del fuerte frío.

Pasaron las semanas y un buen día, a principios de marzo, llegó al fuerte un emisario de Cola Moteada, que informó al coronel Maynadier de la inminente llegada del jefe brulé. La hija de Cola Moteada, Pie Veloz (Fleet Foot), estaba muy enferma, y aquél esperaba que el médico de la guarnición lograra poner fin a sus males. Unos días más tarde, cuando Maynadier recibió la noticia de que Pie Veloz había muerto en el camino, el militar no perdió el tiempo y organizó una escolta que salió al encuentro de la comitiva india y la

acompañó con toda solemnidad durante el resto del camino. El día era plomizo, los arroyos se habían helado, y el paisaje se mostraba hosco y opresivo en su crudeza. El cadáver de la muchacha había sido envuelto en una piel de reno, prietamente sujeta mediante correas y ahumada con creosota. Sus caballos favoritos, un par de mustangs blancos, sostenían ahora su cuerpo sin vida.

Una ambulancia militar se hizo cargo de la muerta, sus caballos se ataron a la parte posterior y la comitiva fúnebre prosiguió su marcha hacia el fuerte. Al llegar a éste, el coronel Maynadier hizo formar a toda la guarnición en honor del sentimiento que embargaba a los indios.

Una vez en las dependencias del coronel, Maynadier ofreció a Cola Moteada sus muestras y palabras de condolencia por la pérdida de su hija. El jefe respondió que en otros tiempos, cuando reinaba la amistad entre los blancos y los indios, él había acudido a menudo al fuerte con su hija, a quien siempre habían complacido sobremanera estos viajes, y ahora él desearía que su túmulo mortuario se erigiera en el cementerio de la plaza. El coronel Maynadier concedió el permiso de inmediato. Lo cierto es que le había sorprendido, y mucho, ver lágrimas en los ojos de Cola Moteada; jamás se le había ocurrido que los indios pudieran llorar. Con cierto embarazo, cambió de tema con rapidez. El gran padre de Washington enviaría una nueva comisión de paz en primavera. Él esperaba que Cola Moteada permaneciera cerca del puesto hasta la llegada de los comisionados, pues era muy importante y urgente llegar a un acuerdo que salvara la ruta Bozeman. “Me han informado de que en la próxima primavera habrá mucho movimiento desde las minas de Idaho y Montana”, dijo el coronel.

“Creo que se nos han causado muchos perjuicios –repuso Cola Moteada–, y por consiguiente, tenemos derecho a una

compensación por los daños y calamidades que hemos sufrido con la construcción de tantos caminos a través de nuestros territorios y por el alejamiento de nuestros rebaños y demás caza, espantados por la presencia de tanta gente. Mi corazón está triste y ahora no tengo ánimo de hablar de negocios, aguardaré y veré a los consejeros que el gran padre tenga a bien enviar.” Al día siguiente, Maynadier organizó el funeral de Pie Veloz. Poco antes de la puesta del sol, una compañía marchó con solemnidad al cementerio del puesto detrás del féretro de la muchacha, que había sido envuelto en una manta roja y depositado sobre un armón de artillería. Siguiendo la costumbre de los brulés, las mujeres colocaron el ataúd en alto, encima de un pequeño túmulo construido al efecto. El cielo estaba plumizo y presagiaba tormenta; cuando oscureció empezó a caer un poco de aguanieve. A una voz de mando, los soldados dispararon tres descargas consecutivas. Luego, indios y soldados regresaron al fuerte. Una escuadra de artilleros permaneció toda la noche junto al féretro y cada media hora tronó el cañón en señal de respeto hasta que llegó la luz del alba.

Cuatro días más tarde, Nube Roja y una partida de oglalas aparecieron inesperadamente frente al portón principal de la plaza. Se habían detenido primero en el campamento de Cola Moteada y, mientras los dos jefes sioux celebraban una reunión, llegó el coronel Maynadier acompañado de una escolta, para conducirlos al fuerte en medio de la pompa de tambores y cornetas.

Cuando Maynadier comunicó a Nube Roja que los nuevos comisionados de paz no llegarían a Fort Laramie hasta transcurridas algunas semanas, el jefe oglala se mostró muy molesto. Gran Boca y los otros mensajeros le habían dicho que si acudía a firmar el tratado obtendría numerosos regalos, y él necesitaba armas, pólvora y provisiones. El

coronel replicó que estaba dispuesto a ordenar que se les proveyera adecuadamente de víveres, pero carecía de autorización para entregarles armas o pólvora. Entonces, Nube Roja quiso saber qué ganancia reportaría a su gente la firma de este nuevo tratado. Numerosos habían sido los firmados con anterioridad, pero parecía que siempre correspondía a los indios dar algo al hombre blanco, sin suceder jamás a la inversa. Esta vez el hombre blanco tendría que dar algo a los indios.

Tras recordar que el presidente de la comisión de paz, E. B. Taylor, se encontraba en Omaha, Maynadier sugirió que Nube Roja le enviara un mensaje por medio del telégrafo. El indio se mostraba inquieto y sus sospechas no lo abandonaban; en realidad, no llegaba a confiar demasiado en el mágico hilo parlante. Tras algunas dudas y muchas reservas, decidió acompañar al coronel a la oficina del telégrafo donde, con la ayuda de un intérprete, envió un mensaje de paz y amistad al consejero del gran padre blanco.

La respuesta del comisionado Taylor no se hizo esperar: "El gran padre de Washington [...] desea que todos seáis sus amigos, así como de todos los blancos. Si concertáis con nosotros un tratado de paz, él está dispuesto a enviaros valiosos presentes que demuestren su agrado y su buena voluntad. Sin embargo, una caravana cargada de provisiones y regalos no podrá llegar a Fort Laramie, desde el río Missouri, hasta principios de junio, y desea que para entonces acordéis la fecha de la firma del tratado". Nube Roja estaba verdaderamente impresionado. Además, le gustaban las maneras francas del coronel Maynadier. Podía esperar hasta la luna de la hierba verde para firmar el acuerdo. Esto le daría tiempo de regresar al río Powder y de enviar mensajeros a todas las bandas dispersas de cheyenes,

sioux y arapajos, quienes de este modo tendrían ocasión de reunir unas cuantas pieles de búfalo y de castor para comerciar cuando acudieran a Fort Laramie.

Como gesto de buena voluntad, Maynadier concedió pequeñas cantidades de pólvora y plomo a los oglalas, que abandonaron la posición con buen ánimo. Nada había dicho Maynadier acerca de la apertura de la ruta Bozeman; tampoco había hablado Nube Roja de Fort Reno, sitiado todavía por los indios del Powder. Estos temas podían posponerse hasta la celebración del consejo de paz.

Nube Roja no aguardó a que la hierba adquiriera todo su verdor. Regresó a Fort Laramie en mayo, en la luna que ve el cambio de los potros en desarrollo, y llevó consigo a su lugarteniente Hombre Temido hasta por sus Caballos y a más de 1.000 oglalas. Cuchillo Embotado se acompañó, a su vez, de varias poblaciones de cheyenes, y Hoja Roja, de su banda de brulés. Todos juntos formaron un gran campamento junto al río Platte. Los puestos de intercambio y las cantinas hervían de bullicio. Gran Boca y los suyos jamás habían tenido mejor ocasión para concertar negocios.

Pocos días después llegaron los delegados del gobierno, y el día 5 de junio se iniciaron las conversaciones oficiales, que se abrieron con los habituales parlamentos, de gran duración, de funcionarios y representantes de las diversas facciones indias. De pronto, Nube Roja solicitó una suspensión de varios días para esperar la llegada de los otros indios tetons, quienes deseaban participar en las discusiones. El comisionado Taylor aceptó la propuesta y se fijó nueva fecha para el día 13 de junio.

Quiso el destino que para entonces llegaran a las proximidades de Fort Laramie el coronel Henry B. Carrington y 700 oficiales y tropa del 18º regimiento de infantería. La fuerza había salido de Fort Kearney (Nebraska) y tenía

órdenes de establecer una cadena de fuertes a lo largo de la ruta Bozeman, en preparación de la gran actividad viajera hacia Montana que se había previsto para aquel verano. Aunque los planes de esta expedición eran conocidos desde hacía varias semanas, ninguno de los indios había recibido noticia alguna acerca de esta ocupación militar del territorio del Powder.

Para evitar fricciones con los 2.000 indios acampados alrededor de Fort Laramie, Carrington detuvo a su regimiento a unos 6 kilómetros al este de la población. Alce Erguido, uno de los jefes brulés que se habían presentado en el fuerte durante el invierno, observaba desde su distante tipi cómo los soldados disponían sus carromatos y demás pertenencias en una vaguada. El indio montó a caballo, se dirigió al campo y fue llevado ante el coronel Carrington por los miembros de la guardia. Uno de los guías intervino como intérprete y, cumplidos ya los preliminares de fumar la pipa de la amistad, Alce Erguido preguntó bruscamente:

—¿Adónde te diriges?

—Llevo mis tropas al territorio del Powder, para proteger la ruta de Montana —respondió Carrington con franqueza.

—En Fort Laramie se debate un tratado con los sioux que ocupan el territorio al cual tú te diriges —replicó Alce Erguido—. Tendrás que vértelas con ellos si no desistes de tu plan.

—No tengo intención de combatir a los indios, tan sólo deseaba proteger la ruta —arguyó Carrington.

—Ellos no venderán sus terrenos de caza a cambio de una carretera —insistió Alce Erguido—. No te cederán la ruta, a menos que los aplastes.

Tras decir esto, se apresuró a identificarse como brulé y a declarar que tanto Cola Moteada como él eran amigos de los blancos; los oglalas de Nube Roja y los minneconjous, en cambio, combatirían a todo hombre blanco que se presentara

al norte del Platte.

Antes de iniciarse las sesiones previstas para el día siguiente, tanto la presencia como el propósito de las tropas recién llegadas eran de dominio público. Al llegar Carrington a Fort Laramie, el comisionado Taylor decidió presentarlo formalmente a los indios y explicar a éstos con quietud lo que todos sabían ya: que el gobierno de los Estados Unidos tenía la intención de abrir una carretera a través del territorio del río Powder, pese a cuanto pudiese concertarse en el tratado.

Las primeras observaciones de Carrington fueron ahogadas por un coro de condenatorias voces indias. Finalizada su comunicación, los indios prosiguieron el murmullo entre sí, a la vez que se levantaban de los bancos de pino dispuestos ex profeso para la reunión. El intérprete de Carrington sugirió, a media voz, que quizá sería mejor dejar que los jefes hablaran en primer lugar.

Hombre Temido hasta por sus Caballos subió al podio. Con un verdadero torrente de palabras dejó bien sentado que, si los soldados penetraban en territorio sioux, sus guerreros los combatirían. “En dos lunas el mando habrá perdido la fuerza completa”, concluyó.

Siguió el turno de Nube Roja. Su diminuta persona, envuelta en una manta ligera, ocupó el centro de la plataforma. Sus lisos cabellos negros, separados en dos bandas, le caían por encima de los hombros hasta la cintura. Su generosa boca apenas dejaba ver una estrecha rendija debajo de la aguileña nariz. Todo su cuerpo revelaba determinación, y sus ojos relampagueaban cuando increpaba a los comisionados de paz por tratar a los indios como si fueran niños. Los acusó de pretender negociar por un territorio que ya habían preparado para tomar por la fuerza. “Los hombres blancos arrinconaron a los indios año tras año

–dijo– hasta que nos vimos obligados a recluirnos en un minúsculo territorio al norte del Platte; ahora, nuestro último reducto, las últimas tierras de caza, el hogar de nuestro pueblo, nos serán arrebatados. Nuestras mujeres y niños morirán de hambre, pero yo, por mi parte, prefiero morir en la batalla y no a causa de la miseria... El gran padre nos envía presentes y quiere una nueva carretera. Pero el jefe blanco viene con sus soldados para robar la carretera antes de que el indio responda ¡Sí! o ¡No!” Mientras el intérprete trataba de traducir el inflamado verbo de Nube Roja, los indios, que lo habían escuchado atentamente, empezaron a alborotarse hasta tal punto que el comisionado Taylor se vio obligado a suspender la sesión por aquel día. Nube Roja desfiló a paso apresurado por delante de Carrington, a quien ignoró por completo como si no se encontrara allí y, tras atravesar decidido la plaza de armas del fuerte, se dirigió al campamento oglala. Antes del amanecer, los oglalas habían desaparecido de Fort Laramie.

Durante las semanas siguientes, mientras la caravana de Carrington proseguía hacia el norte por la ruta Bozeman, los indios se dedicaron a estudiar la fuerza y las posibilidades de sus enemigos. Los 200 carromatos de la expedición estaban abarrotados de máquinas de segar y talar, otras para la fabricación de ladrillos y hormigón, puertas de madera, marcos y poleas para ventanas, cerraduras, clavos, instrumentos musicales para una banda de 25 músicos, balancines, mantequeras, alimentos enlatados y semillas vegetales, así como con la dotación habitual de municiones, pólvora y demás pertrechos militares. Evidentemente, los chaquetas azules parecían dispuestos a permanecer en el territorio del Powder; algunos de ellos llevaban consigo a su familia, sirvientes y animales domésticos. Iban armados con carabinas Spencer de un solo tiro, cuando no con anticuados

fusiles que se cargaban por el cañón; contaban, no obstante, con el apoyo de cuatro piezas de artillería. Como guías les acompañaban Manta Jim Bridger y Ternero Mágico Beckwourth, quienes sabían a la perfección que ninguno de sus movimientos pasaba inadvertido a los indios que jalonaban la ruta seguida por la caravana, a lo largo del río Powder.

El 28 de junio, el regimiento llegó a Fort Reno, y las dos compañías de yanquis galvanizados, que durante todo el invierno y la primavera siguiente habían sido virtualmente prisioneros dentro de su propio fuerte, fueron relevadas. Para guarnecer Fort Reno, Carrington dejó a una cuarta parte de sus hombres; luego, siguió su marcha hacia el norte, en busca de un lugar adecuado para el emplazamiento de su cuartel general. Desde centenares de campamentos, que se sucedían a lo largo del curso de los ríos Powder y Tongue, gran cantidad de guerreros empezaron a congregarse a ambos flancos de la expedición militar.

El 13 de julio, la columna se detuvo entre las ramas confluyentes del Little Piney y Big Piney. Allí, en el corazón de una pradera riquísima en pastos, próxima a las laderas cubiertas de pinos de la cadena Bighorn, en los mejores terrenos de caza de los indios de las llanuras, los chaquetas azules decidieron instalar sus tiendas de campaña y dar comienzo a la construcción de Fort Phil Kearny.

Tres días más tarde, un numeroso grupo de cheyenes se acercó a los acampados. Dos Lunas (Two Moon), Caballo Negro (Black Horse) y Cuchillo Embotado se encontraban entre los cabecillas. Este último procuraba mantenerse en un segundo plano porque los otros jefes lo habían reconvenido severamente por haberse quedado en Fort Laramie para firmar el papel que había concedido permiso a los soldados para construir fuertes y abrir la carretera del río Powder.

Cuchillo Embotado insistía en que si él había tomado la pluma en el fuerte fue sólo para obtener mantas y municiones, y que desconocía en absoluto el contenido de la declaración ratificada. Con todo, los otros lo reconvinieron por haber hecho tal cosa después de que Nube Roja les hubo vuelto la espalda a los blancos, al desdeñar sus regalos y reunir a sus guerreros para desafiarlos.

Bajo enseñas de paz, los cheyenes concertaron una entrevista con Pequeño Jefe Blanco Carrington. Cuarenta jefes indios y varios guerreros recibieron permiso para visitar el campamento. Carrington los recibió a los sones de la banda militar que había traído desde Fort Kearney (Nebraska), saludando a los indios con enérgicas marchas marciales. Manta Jim Bridger se encontraba también allí, y los indios sabían que a él no habría manera de engañarlo con respecto a las intenciones que los animaban; sin embargo, Pequeño Jefe Blanco Carrington creyó en las propuestas de paz expresadas con vehemencia por los indios. Entretanto, éstos tomaban nota mentalmente de la fuerza reunida por los militares.

Poco antes de despedirse, Pequeño Jefe Carrington apuntó uno de sus cañones de campaña hacia una colina vecina y soltó una descarga contra la ladera. “Dispara dos veces – exclamó Caballo Negro con forzada solemnidad–. Jefe Blanco disparó una vez. Luego el Gran Espíritu de Pequeño Jefe lo dispara de nuevo para sus hijos blancos”.

El poder del gran cañón impresionó a los indios, tal como Carrington esperaba, si bien en ningún momento sospechó que Caballo Negro se burlaba de él con aquella observación acerca del Gran Espíritu “que dispara una vez más para sus hijos blancos”. Cuando los cheyenes se preparaban para la marcha, Pequeño Jefe Blanco puso en sus manos unas hojas de papel y dijo que “se había acordado una paz duradera con

los blancos y con todos los viajeros que hicieran aquella ruta". A las pocas horas, en los poblados que se sucedían a lo largo del Powder y del Tongue, se sabía por boca de los cheyenes que el nuevo fuerte era demasiado sólido para tomarlo sin sufrir demasiadas bajas. No habría más remedio que atraer a los soldados a campo abierto, donde resultarían mucho más vulnerables.

A la mañana siguiente, hacia el alba, una banda de oglalas de Nube Roja provocó la estampida de 175 caballos y mulas pertenecientes a Carrington. Cuando los soldados salieron en persecución de los indios, éstos los agotaron en una carrera de casi 30 kilómetros, y causaron las primeras bajas a los chaquetas azules invasores del territorio indio del río Powder.

En lo sucesivo y durante todo el verano de 1866, Pequeño Jefe Blanco estuvo enzarzado en una guerra de guerrillas ininterrumpida. Ninguna de las caravanas civiles o militares que hacían la ruta Bozeman se vio libre del acoso indio. Se disponían escoltas montadas a lo largo del recorrido, es cierto, pero no cesaban las temibles emboscadas del enemigo. Los soldados destacados, que buscaban madera en los bosques próximos a Fort Phil Kearny, apenas lograban obtener unos pocos troncos antes de que su presencia fuera advertida y desatara un ataque inmediato.

A medida que transcurría el verano, los indios preparaban una base de aprovisionamiento en el curso superior del río y pronto resultó evidente su estrategia: obstaculizar el tráfico por la carretera, convertirla en lugar peligroso, cortar la línea de suministros de Carrington, aislar a los soldados y, por último, descargar el ataque final.

Nube Roja parecía estar en todas partes y el número de sus aliados aumentaba por momentos. Oso Negro, el jefe arapajo cuyo poblado había sido destruido por las fuerzas de Connor el verano anterior, notificó al jefe sioux que tanto él

como sus hombres estaban ansiosos por aliarse en la lucha contra los hombres blancos. Caballo Alazán (Sorrel Horse), otro arapajo, se incorporó también al frente común. Cola Moteada, que aún creía en la paz, había marchado en busca de búfalos al río Republican; sin embargo, muchos de sus guerreros brulés habían emigrado hacia el norte para unirse a Nube Roja. También Toro Sentado se encontraba allí aquel verano; más tarde, haría un pictograma representativo de su captura de un caballo con las orejas cortadas, que había tomado de unos viajeros blancos. Gall, un hunkpapa más joven, también formaba parte de los atacantes. Con un minneconjou llamado Hump y un joven oglala de nombre Caballo Loco (Crazy Horse), puso en práctica una serie de maniobras de engaño cuyo fin era hostigar, enfurecer y, en última instancia, atraer a los soldados o colonos a fatales encerronas.

A principios de agosto, Carrington decidió que Fort Phil Kearny era lo suficientemente fuerte como para arriesgarse a dividir sus fuerzas de nuevo. Por consiguiente y de acuerdo con instrucciones recibidas del Departamento de Guerra, destacó a 150 hombres 145 kilómetros al norte, con la orden de que construyeran un tercer fuerte sobre la ruta Bozeman: Fort C. F. Smith. Al mismo tiempo, los exploradores Bridger y Beckwourth debían tratar de ponerse en contacto con Nube Roja. Difícil embajada, por cierto; aquellos esforzados guías, ya entrados en años, no se arredraron y procedieron a buscar intermediarios amigos.

En un poblado crow, situado al norte de las Bighorn, Bridger obtuvo una información sorprendente. Aunque los sioux eran enemigos ancestrales de los crows, a quienes habían expulsado antaño de sus ricos cotos de caza, el mismo Nube Roja los había visitado recientemente con la esperanza de unirlos a su causa. "Queremos que nos ayudéis

a destruir a los hombres blancos”, fueron, según dijeron los crows, las palabras del caudillo sioux, quien además había presumido de poder cortar la línea de suministros de los soldados tan pronto como llegaran las primeras nieves, de modo que aquéllos tendrían que morir de hambre o abandonar el amparo de sus fuertes para obtener provisiones, o, más probablemente, la muerte de mano india. Bridger oyó rumores de que algunos crows habían decidido aliarse con sus hermanos de raza; sin embargo, cuando se encontró de nuevo con Beckwourth en otro poblado crow, éste le habló de sus éxitos al reclutar crows para las tropas de Carrington, quienes combatían a los sioux. (Ternero Mágico Beckwourth no regresó jamás a Fort Phil Kearny. Murió repentinamente en el poblado crow, quizá por el veneno que le fuera administrado por un marido celoso o por causas naturales.)

Al finalizar el verano, Nube Roja contaba con una fuerza de 3.000 guerreros. Por medio de los buenos oficios de sus amigos, los “vagos de Laramie”, había reunido asimismo un pequeño arsenal de rifles y munición, aunque la mayoría de sus hombres dependían aún de sus arcos y flechas. Durante el otoño, Nube Roja y los demás jefes indios decidieron que les convenía concentrar todo su poder contra Pequeño Jefe Blanco y el odiado fuerte sobre los Pineys. Entonces, antes de que llegaran las lunas frías, se trasladaron a las montañas Bighorn y establecieron sus campamentos cerca de las fuentes del Tongue. Desde allí podrían asestar con facilidad sus golpes contra Fort Phil Kearny.

Durante las incursiones de castigo del verano recién terminado, dos oglalas llamados Gran Espinazo (High Back Bone) y Águila Amarilla (Yellow Eagle) habían adquirido fama por sus estratagemas cuidadosamente planeadas para

engañar a los soldados, así como por sus dotes como jinetes y por sus osados encuentros cuerpo a cuerpo, una vez que los soldados habían caído en sus emboscadas. Estos dos audaces guerreros colaboraban a veces con Caballo Loco en la preparación de sus sagaces tretas. Recién llegada la luna de la tala de árboles, empezaron a hostigar a los leñadores que operaban en la pineda y a los soldados que guardaban los carromatos que transportaban la leña a Fort Phil Kearny.

El amanecer del 6 de diciembre trajo consigo una fría corriente de aire que llegaba de lo alto de las Bighorn. Este mismo día, Gran Espinazo y Águila Amarilla reunieron, poco más o menos, un centenar de guerreros, a quienes distribuyeron en varios puntos elegidos a lo largo de la senda que llevaba al bosque. Nube Roja se encontraba con otro grupo, que había tomado posiciones en lo alto de los riscos. Con espejos y banderolas improvisadas, éstos tenían a Gran Espinazo y a sus hombres al corriente de los movimientos de las tropas. Antes de finalizar el día, los indios tenían a los soldados a todo correr de un lado para otro. De pronto, Pequeño Jefe Blanco Carrington surgió con la caballería en veloz acometida, con el fin de repeler a los atacantes. Tras elegir el momento preciso, Caballo Loco desmontó para mostrarse desafiante, en medio de la senda, ante uno de los jóvenes e impetuosos oficiales de Carrington, quien cargó inmediatamente con algunos de sus hombres para castigar tamaña osadía. Tan pronto quedaron dispuestos los soldados en larga línea, ya que la senda no permitía más paso que el consecutivo, Águila Amarilla y sus guerreros cayeron sobre ellos desde los lugares en que habían permanecido ocultos. En cuestión de segundos se desató la lucha cuerpo a cuerpo, en la cual los indios aventajaban considerablemente en número a sus enemigos. (En esta ocasión perecieron el teniente Horatio Bingham y el sargento G. R. Bowers, y

muchos otros fueron gravemente heridos.) Aquella noche y las sucesivas, los jefes hablaron en sus campamentos acerca de cuán incautos habían sido los chaquetas azules. Nube Roja estaba seguro de que, si lograba atraer a una fuerza mucho mayor fuera del fuerte, un millar de indios, incluso armados sólo con arcos y flechas, podrían acabar sin dificultades con los militares. Durante aquella semana, los jefes acordaron que, después de la siguiente luna llena, debían preparar una gran encerrona para Pequeño Jefe Blanco y sus soldados.

Hacia la tercera semana de diciembre habían terminado los preparativos y unos 2.000 indios empezaron a descender río abajo desde sus campamentos, en el curso superior. El tiempo era muy frío y la mayoría se había provisto de capas de piel de búfalo, que vestían con el pelo hacia dentro, polainas de lana oscura y mocasines de cuero de búfalo y corte alto; en la silla de montar llevaban mantas rojas de la bahía de Hudson. La mayor parte de ellos montaban bestias de carga y transportaban sus ágiles monturas de guerra en reata. Algunos poseían rifles; la mayoría, arcos y flechas, cuchillos y lanzas. Habían hecho acopio de suficiente tasajo para varios días y, si se presentaba la ocasión, se destacarían pequeñas partidas para dar muerte a algún ciervo y regresar con cuanta carne pudieran transportar en sus alforjas.

Aproximadamente a unos 15 kilómetros de Fort Phil Kearny fue instalado el campamento en tres círculos, ocupados por los sioux, los cheyenes y los arapajos. Entre aquel lugar y el puesto militar se encontraba el punto elegido para la emboscada, el pequeño valle del Peno Creek.

Jefes y hechiceros decidieron que había llegado el momento preciso, y el 21 de diciembre comenzó por fin la operación tan planeada. Apenas aparecieron las primeras luces, una partida de guerreros emprendió la marcha en

amplio rodeo hacia la ruta de la leña. Diez jóvenes habían sido seleccionados para la peligrosa tarea de servir de cebo a los blancos –dos cheyenes, dos arapajos y dos de cada una de las tres divisiones sioux, los oglalas, los minneconjous y los brulés–; Caballo Loco, Hump y Pequeño Lobo (Little Wolf) dirigían la empresa. Mientras los señuelos iniciaban la marcha hacia Lodge Trail Ridge, el grueso de la fuerza empezó a moverse ruta Bozeman abajo. Algunas formaciones de nieve o hielo moteaban la alfombra oscura de los riscos, pero el día era claro y brillante; y el aire, frío y seco. A unos cinco kilómetros del fuerte, donde la ruta se estrechaba bruscamente para descender hacia Peno Creek, los indios empezaron a apostar sus avanzadillas. Cheyenes y arapajos ocuparon el lado oeste, algunos sioux tomaron posiciones en el lado opuesto y otros se ocultaron sin desmontar, listos para la inminente carga, entre dos promontorios. Hacia media mañana, unos 2.000 indios aguardaban a que los señuelos destacados llevaran a los chaquetas azules a la trampa.

Mientras la vanguardia amagaba su primer golpe contra la partida militar de la leña, Caballo Loco y sus señuelos habían desmontado para ocultarse en las proximidades del fuerte. A los primeros disparos, una compañía de soldados abandonó a toda prisa la plaza para ir en rescate de los taladores. Cuando los recién salidos se hubieron perdido de vista, Caballo Loco y los suyos se mostraron a los defensores del fuerte, agitando su manta roja y moviéndose entre los arbustos que rodeaban el Piney. Al cabo de unos minutos, el gran cañón del Pequeño Jefe Blanco soltó un gran estruendo. Los indios se dispersaron por la ladera vecina y gritaban alocadamente, para hacer creer a los soldados que la atronadora detonación les había causado miedo. Para entonces, la vanguardia india, que tenía la misión de hostigar

a la partida de la leña, había vuelto grupas y se encaminaba hacia las estribaciones de Lodge Trail. Poco tardaron en salir los soldados en persecución de aquellos atrevidos. (Su jefe, el capitán William J. Fetterman, tenía órdenes expresas de no seguirlos más allá de Lodge Trail Ridge.)

Caballo Loco y el resto de su banda montaron de nuevo para iniciar una serie de galopadas frenéticas a lo largo de las cumbres vecinas; ahora, los soldados hacían fuego a discreción y las balas hacían saltar piedras junto a los cascos de los caballos. Sólo había diez indios a la vista, se dijeron los militares, antes de decidirse a darles caza, tras ascender a Lodge Trail Ridge, pasar la cima y cargar ladera abajo en dirección al arroyo.

Cuando los indios hubieron cruzado Peno Creek, los 81 soldados perseguidores, a pie y a caballo, se encontraban en plena trampa. Los perseguidos se dividieron en dos grupos, que, cabalgando en direcciones opuestas, se cruzaron por un momento. Ésta era la señal esperada.

El cheyene Pequeño Caballo, que un año antes había advertido a los arapajos de la presencia del general Connor, tuvo el honor de dar la orden a los suyos. Alzó su lanza y, en un santiamén, todos los cheyenes y arapajos montados cargaron en estruendosa galopada.

Del otro lado cayeron los sioux. La lucha que siguió fue cruentísima. Todos los soldados de infantería perecieron; algunos de los que iban a caballo lograron retirarse a unos riscos y, tras espantar sus monturas, se hicieron fuertes tras las rocas cubiertas de hielo.

Aquel día Pequeño Caballo ganó renombre por su temerario avance, al saltar de roca en roca hasta llegar a menos de 20 metros de los sitiados. Toro Blanco, de los minneconjous, se distinguió también en la sangrienta lucha cuerpo a cuerpo; armado sólo con una lanza y un arco, había

arrollado a un soldado de caballería que disparaba contra él. En un pictograma que mostraría más tarde, Toro Blanco aparece vestido con una capa de guerra roja mientras descarga su arco contra el soldado, que está herido en el corazón.

Al poco tiempo de iniciarse la matanza, los cheyenes y arapajos de un lado, y los sioux del otro empezaron a herirse mutuamente con sus flechas, pues habían llegado a estar muy cerca de su movimiento convergente contra los soldados. De éstos no quedó ni uno solo vivo. Un perro que surgió de entre los muertos fue atravesado asimismo por una flecha india. Se había consumado la que, entre los blancos, sería conocida como la matanza de Fetterman y, entre los indios, como la batalla de los 100 muertos.

Numerosas habían sido las bajas sufridas por los indios, casi 200 entre muertos y heridos. A causa del intenso frío, los guerreros decidieron llevar a estos últimos hasta un campamento provisional, donde podrían guarecerse del mal tiempo. Al día siguiente, una súbita tormenta los sitió durante varios días y retrasó el regreso definitivo a su emplazamiento junto al Tongue.

Ya había llegado la luna del frío intenso y durante cierto tiempo no habría más guerra. Los soldados que en el fuerte habían sobrevivido a la batalla se quedarían con un amargo sabor de derrota. Si permanecían allí hasta la llegada de la primavera y desaprovechaban la dura lección recibida, la guerra se reanudaría sin más preámbulos.

La matanza de Fetterman causó una profunda impresión en el coronel Carrington, quien quedó aterrorizado a la vista de las mutilaciones, los miembros desgajados, las vísceras arrancadas, las "partes íntimas sajas e indecentemente colocadas sobre la persona". Meditó mucho acerca de las razones de tanto salvajismo e incluso llegó a escribir un

ensayo sobre el tema, pues filosofaba en el sentido de que alguna creencia pagana impulsaba a los indios a cometer actos como aquéllos, los cuales se habían fijado para siempre en su memoria. Si el coronel Carrington hubiera visitado el escenario de una matanza similar, la de Sand Creek, ocurrida dos años antes de la que ahora lo obligaba a meditar, habría contemplado mutilaciones idénticas, pero perpetradas por los soldados del coronel Chivington. Los indios que habían tendido las emboscadas a Fetterman tan sólo imitaron a sus enemigos, práctica que en la guerra, como en la vida, se considera la forma más sincera de adulación.

También el gobierno de los Estados Unidos se había sentido profundamente impresionado por la matanza de Fetterman. Era aquélla la peor derrota jamás sufrida por el ejército a manos de los indios, y la segunda en la historia bélica estadounidense que no dejaba supervivientes. Carrington fue relevado del mando, se enviaron refuerzos a todos los fuertes del territorio del Powder y se despachó una nueva comisión de paz a Laramie.

Esta nueva delegación estaba encabezada por Patillas Negras John Sanborn, que en 1865 había persuadido a Cazo Negro y a sus cheyenes meridionales para que cedieran sus terrenos de caza de Kansas y se establecieran al sur del río Arkansas. Sanborn y el general Alfred Sully llegaron a Fort Laramie en abril de 1867, con la misión concreta de convencer a Nube Roja y a sus sioux para que abandonaran sus territorios de caza del Powder y aceptaran vivir en una reserva. Como sucediera el año anterior, los brulés fueron los primeros en comparecer: Cola Moteada, Oso Veloz, Alce Erguido y Cartucho Metálico (Iron Shell).

Pequeña Herida (Little Wound) y Asesino Pawnee, que habían bajado al Platte con sus bandas oglalas con la esperanza de hallar búfalos, acudieron también para ver qué

clase de presentes podrían distribuir en esta ocasión los delegados del gobierno. Hombre Temido hasta por sus Caballos compareció en representación de Nube Roja. Cuando los comisionados le preguntaron acerca del poderoso jefe, Hombre Temido hasta por sus Caballos respondió que el caudillo oglala no estaba dispuesto a hablar de paz hasta que desaparecieran todos los soldados que ocupaban el territorio del Powder.

Durante estas conversaciones, Sanborn instó a Cola Moteada a que hablara con los suyos para que cesaran las hostilidades y se instaurara de nuevo la paz. Así lo hizo el indio, y él y los brulés recibieron suficiente pólvora y plomo para organizar una cacería junto al Republican. Los hostiles oglalas no recibieron nada. Hombre Temido hasta por sus Caballos regresó al lado de Nube Roja, que había vuelto a sus incursiones a lo largo de la ruta Bozeman. Pequeña Herida y Asesino Pawnee acompañaron a los brulés a los pastos de los búfalos, donde se reunieron también con su viejo amigo cheyene Pata de Pavo (Turkey Leg). La comisión de paz de Patillas Negras Sanborn no había logrado resultado positivo.

Antes de finalizar el verano, Asesino Pawnee y Pata de Pavo tuvieron que vérselas con un soldado, a quien ellos llamaban Posaderas Duras (Hard Backsides) porque era capaz de acosarlos durante kilómetros, sin apearse del caballo en horas. Más tarde se lo conocería por otro nombre: Cabellos Largos (Long Hair) Custer. Cuando el general Custer los recibió en Fort McPherson para entablar conversaciones, se les dio algo de azúcar y café. Los indios declararon que eran amigos de los blancos, pero no les gustaba el caballo de hierro que corría encima de raíles, pues resoplaba, tosía, echaba humo y asustaba a toda la caza que pudiera encontrar en su camino, a lo largo del valle del Platte. (Por

entonces, en 1867, se tendían las vías férreas de la Union Pacific a través de Nebraska occidental.)

Aquel verano, los oglalas y los cheyenes cruzaron varias veces las vías del ferrocarril, en busca de huellas de búfalos y antílopes. Algunas veces, el caballo de hierro tiraba de grandes casas de madera, montadas sobre ruedas. Un día, curiosos, los indios se preguntaron qué podrían contener aquellas casas de ruedas que circulaban a tal velocidad; un cheyene decidió enlazar aquel caballo de hierro para abatirlo. Pero fue el caballo de hierro el que lo desmontó a él, arrastrándolo un gran trecho hasta que pudo desembarazarse del lazo.

Fue Conejo Dormido (Sleeping Rabbit) quien sugirió otro método para derribar el caballo de hierro: "Si podemos arquear las vías hacia arriba, es posible que caiga -dijo-. Luego, podríamos ver qué hay dentro de las casas de madera sobre ruedas." Así lo acordaron y se apostaron al paso del tren. En efecto, el caballo de hierro volcó y soltó una gran cantidad de humo y vapor. Salieron hombres de sus entrañas y los indios mataron a todos menos a dos, quienes en el último momento lograron huir. En el interior de las casas rodantes había azúcar, harina y café; también cajas de zapatos y algunos barriles de whisky. Los excitados indios bebieron algo de whisky y, tras atar el extremo de unos rollos de tela a la cola de sus respectivos caballos, los espolearon y vieron con regocijo cómo la pradera se vestía de colores, a medida que los rollos adelgazaban y cedían su carga. Cuando se cansaron de la diversión, tomaron algunos carbones encendidos y prendieron fuego a los vagones antes de huir a toda prisa, pues temían que acudieran soldados para castigarlos por lo ocurrido.

Incidentes como éste y la tenaz resistencia opuesta por Nube Roja, quien había logrado la detención de todo el

tráfico civil en el territorio del Powder, tuvieron gran efecto en las altas esferas del gobierno. Si bien estaba decidido a defender la ruta de la Union Pacific, comprobaba inquieto que incluso viejos y experimentados soldados, como el general Sherman, se preguntaban si no sería aconsejable ceder el territorio del Powder a los indios a cambio de que se instaurara la paz definitivamente en todo el valle del Platte.

El mes de julio finalizaba y los sioux y cheyenes acababan de concluir sus danzas y ceremonias dedicadas al sol y a la flecha mágica, cuando de pronto decidieron arrasar uno de los fuertes de la ruta Bozeman, acaso para dar señales de su indómita resistencia al invasor o quizás a modo de ejercicio guerrero, previo al desencadenamiento de la ofensiva total. Nube Roja deseaba atacar Fort Phil Kearny, pero Cuchillo Embotado y Dos Lunas opinaron que resultaría más fácil vérselas antes con Fort C. F. Smith, ya que los guerreros cheyenes habían matado o capturado a casi todos los caballos de la guarnición. Como no lograron ponerse de acuerdo, los sioux dijeron que lo del fuerte Kearny era asunto suyo, mientras que los cheyenes emprendieron la marcha hacia el norte, dispuestos a destruir Fort C. F. Smith.

El 1 de agosto, unos 500 o 600 guerreros cheyenes cercaron a unos 30 soldados y civiles en un campo de heno situado a poco más de tres kilómetros del fuerte. Los cheyenes ignoraban que sus presuntas víctimas iban armadas con los nuevos rifles de repetición; así que, cuando atacaron, fueron numerosísimos los que cayeron a las primeras descargas de fusilería. Sólo uno de los atacantes logró superar la barrera defensiva hecha por los blancos con sus carromatos y maderos, y la muerte no tardó en llegarle. Finalmente, los indios decidieron prender fuego a la hierba seca que rodeaba el corral asediado: "El fuego llegó a oleadas, como si se tratara de un océano en llamas –diría

uno de los soldados más tarde-. A unos siete metros de nosotros, aquella barrera ardiente se detuvo de pronto y se elevó a más de quince metros, como impulsada por un poder sobrenatural. Luego, el viento cambió de dirección y el humo fue a dar contra el rostro de los indios que nos cercaban, éstos no pudieron hacer otra cosa que retirar a sus muertos y heridos antes de abandonar el campo”.

En efecto, los cheyenes ya tenían bastante por aquel día. Eran muchos los heridos por aquellas armas de tiro rápido y 20 los muertos. Optaron por desandar el camino, y ver si los sioux habían tenido mejor suerte.

No había sido así. Tras amagar varias tentativas alrededor de Fort Phil Kearny, Nube Roja decidió aplicar de nuevo la estratagema de los señuelos, que tan buenos resultados había dado contra el capitán Fetterman. Caballo Loco atacaría el campo de los leñadores y, cuando los soldados salieran del fuerte en protección de aquéllos, Gran Espinazo caería sobre ellos con 800 guerreros. Caballo Loco y los suyos llevaron a cabo su misión perfectamente, pero, por alguna razón, unos guerreros salieron al descubierto antes de lo previsto y los soldados no cayeron en la trampa.

Para obtener algún provecho de la batalla, Nube Roja se volvió contra los leñadores con el grueso de la fuerza. Los defensores se habían encerrado en un corral formado con vagones y grandes maderos. Varios centenares de guerreros se aproximaron a su objetivo galopando en círculo, pero, como en el caso de Fort C. F. Smith, los sitiados disponían de modernos fusiles Springfield que se cargaban por la recámara. Enfrentados al fuego continuo y rápido de las nuevas armas, los sioux llevaron sus caballos fuera de alcance. “Dejamos nuestras monturas en una hondonada con algunos hombres y avanzamos a pie –contó más tarde un guerrero llamado Trueno de Fuego (Fire Thunder)–, pero

nuestras filas parecían hierba seca progresivamente destruida por el fuego. Así que recogimos a nuestros heridos y nos retiramos. No sé cuántos de los nuestros murieron aquel día, pero eran muchos. Fue terrible.”

Aquellos dos encuentros serían conocidos entre los blancos como las batallas de Hayfield y Wagon Box respectivamente. Fueron numerosas las leyendas que se crearon al respecto. Un cronista de rica imaginación describió el círculo defensivo de carromatos como inscrito en uno aún mayor de cadáveres indios; otro cifró las bajas sufridas por éstos en 1.137, aunque fueron menos de 1.000 los que participaron en aquella batalla.

Por su parte, los indios no consideraron como derrota ninguna de las dos batallas. Aunque no era ésta la opinión de algunos militares, que se vanagloriaban de las victorias de Hayfield y Wagon Box, el hecho es que el gobierno fue mucho más circunspecto. Tan sólo unas pocas semanas después, el mismo general Sherman decidió viajar al oeste a la cabeza de una nueva misión de paz. Esta vez, las autoridades militares estaban decididas a dar fin a la guerra de Nube Roja por el medio que fuera, salvo la rendición.

A finales del verano de 1867, Cola Moteada recibió un mensaje del nuevo comisionado para asuntos indios: Nathaniel Taylor. Los brulés se habían dirigido pacíficamente al sur de Platte, y Taylor pidió a su jefe que comunicara al mayor número posible de indios de las llanuras que durante la luna de la hierba seca las autoridades distribuirían munición entre las tribus amigas, para que les fuera más fácil cazar lo necesario para su sustento. Los indios deberían reunirse al final de la vía férrea de la Union Pacific, que estaba por entonces hacia el oeste de Nebraska. El gran guerrero Sherman y seis nuevos delegados para la paz

acudirían con el caballo de hierro para mantener conversaciones con los jefes acerca de las medidas que debían poner fin a la guerra de Nube Roja.

Cola Moteada reclamó la presencia del jefe disidente, pero éste decidió de nuevo ser representado por Hombre Temido hasta por sus Caballos. Asesino Pawnee y Pata de Pavo se encontraban entre los presentes, así como Gran Boca y los “vagos” de Laramie. Oso Veloz, Alce Erguido y otros jefes brulés también aceptaron la invitación.

El 19 de septiembre llegó a la estación de Platte City un nuevo y rutilante vagón especial, del cual se apearon el gran guerrero Sherman, el comisionado Taylor, Patillas Blancas Harney, Patillas Negras Sanborn, John Henderson, Samuel Tappan y el general Alfred Terry. Todos salvo uno, aquel de piernas largas y ojos tristes a quien llamaban Terry, eran conocidos de los indios. Más tarde, éstos tendrían ocasión de trabar conocimiento más duro y desagradable con aquel general de una estrella, quien con el correr del tiempo los combatiría fieramente en Little Bighorn.

El comisionado Taylor abrió la conferencia:

—Se nos ha enviado aquí para que averigüemos la causa de tantos disturbios. Queremos oír de vuestra boca los males que os acongojan. Amigos míos, ¡hablad con franqueza, sin miedo y decid la auténtica verdad![...] La guerra es mala; la paz, buena. Debemos elegir lo bueno, no lo malo [...]. Hablad, espero vuestras palabras.

—El gran padre ha construido carreteras que se extienden por el este y por el oeste —replicó Cola Moteada—. Estas carreteras son la causa de nuestros males [...], el país que nos aloja es invadido cada vez más por los hombres blancos [...]. Nuestra caza ha desaparecido. He aquí la raíz de nuestro mal. Yo he sido amigo de los blancos y lo soy ahora [...]. Si detenéis vuestros caminos podremos cazar. Este

territorio del río Powder pertenece a los sioux [...]. Amigos míos, ayudadnos, tened piedad de nosotros.

A lo largo de aquella primera sesión, el resto de los jefes congregados repitieron más o menos las palabras de Cola Moteada y, aunque eran pocos los que consideraban aquella parte del territorio como su hogar (preferían las llanuras de Nebraska y de Kansas), todos, sin excepción, apoyaron las reivindicaciones de Nube Roja sobre aquella parte del Powder y la determinación de los sioux a mantener sus tierras invioladas.

—Estas carreteras han espantado nuestra caza —dijo uno.

—Quiero que detengáis las obras de la ruta del Powder —replicó otro.

—¿Quién es nuestro gran padre? —preguntó Asesino Pawnee con auténtico asombro—. ¿Qué es? ¿Es verdad que os ha enviado aquí para resolver nuestros problemas? Pues la causa de éstos es la ruta del río Powder. Si el gran padre la abandona, yo sé que vuestros hermanos blancos podrán viajar por el camino de hierro sin más temor.

Al día siguiente se produjo, por fin, el parlamento del gran guerrero Sherman, quien se dirigió a los indios después de haberles asegurado que había meditado cuidadosamente las palabras que les diría.

—La ruta del Powder fue abierta para hacer llegar provisiones a nuestros hombres —dijo—. El gran padre creía que vosotros habíais consentido a esta cesión cuando os reunisteis en Laramie la primavera pasada, pero parece que algunos de los jefes indios no estuvieron presentes en ella y empezaron las hostilidades.

Es posible que algunas risas ahogadas sorprendieran un tanto a Sherman, que siguió con voz algo más dura y elevada de tono:

—En tanto los indios sigan haciendo la guerra en este

territorio, la carretera no será cerrada. Pero, si tras cuidadoso debate en Laramie, el próximo mes de noviembre, comprobamos que esta vía os perjudica, renunciaremos a ella o pagaremos todas las compensaciones que sean necesarias. Si tenéis algo más que decir, acudid con vuestras quejas a Laramie.

Sherman se puso a discutir, luego, acerca de la necesidad de que los indios contaran con tierras propias y les aconsejó que renunciaran a su dependencia de la caza para establecerse de manera sedentaria. Luego, soltó su gran bomba:

—Por consiguiente, nos proponemos dejar que la nación sioux elija su propio territorio al norte del río Missouri, entre los límites señalados por los ríos White Earth y Cheyene, para que disponga de tierras, a la manera de los blancos, para siempre; es también nuestro propósito mantener a todos los colonos, soldados, comerciantes, etc., alejados de vuestro territorio, a excepción de aquellos que vosotros elijáis libremente.

A medida que sus palabras eran traducidas, crecía la sorpresa de los indios, quienes empezaron a murmurar. ¡Así que era esto lo que buscaban los nuevos comisionados de paz! ¡Que liaran todas sus cosas y se trasladaran a un lugar remoto, más allá del Missouri! Durante años, los sioux tetons habían perseguido a los búfalos en dirección oeste desde aquellos lugares; ¿por qué ahora debían regresar al Missouri y morir de hambre? ¿Por qué no podían vivir en paz en estas tierras que poseían aún abundante caza? ¿Acaso los codiciosos ojos de los blancos habían puesto ya sus miras en estas ricas regiones?

Las demás sesiones transcurrieron sin pena ni gloria, pues los indios se sentían violentos y deseosos de marcharse. Oso Veloz y Asesino Pawnee pronunciaron discursos amistosos,

durante los cuales solicitaron la entrega de pólvora y plomo; la reunión terminó en un alboroto, cuando Sherman propuso que sólo se suministrara municiones a los brulés. Y como los comisionados Taylor y Patillas Blancas Harney señalaron que todos los jefes habían sido invitados al consejo con la promesa de que recibirían cierta cantidad de munición para la caza, el gran guerrero Sherman retiró a desgana su oposición y fueron entregadas cantidades mínimas de pólvora y plomo a todos los indios.

Hombre Temido hasta por sus Caballos no perdió tiempo alguno en comunicar la noticia al campamento de Nube Roja, establecido junto al Powder. Y, por cierto, si éste aún tenía la intención de reunirse con la comisión delegada por el gobierno que debía entrevistarse con los indios en Laramie, las palabras de su representante acerca de la arrogante actitud de Sherman y de las observaciones de éste en cuanto al traslado de los sioux al norte del río Missouri le hicieron cambiar inmediatamente de opinión.

El 9 de noviembre, luna de las hojas muertas, los comisionados llegaron a Fort Laramie; tan sólo les esperaban unos pocos jefes crows. Se trataba de indios amigos, pero uno de ellos, Diente de Oso (Bear Tooth), salió de pronto con un inesperado discurso en el cual condenaba a todos los hombres blancos por su insensata e inexorable destrucción de la vida natural. "Padres, padres, padres, oídmeme bien: llamad de nuevo a vuestros jóvenes de las montañas de los grandes carneros. Han invadido nuestro territorio, han destruido el árbol que brota y la hierba verde aparece arrasada; el fuego consume nuestras tierras. Padres, vuestros jóvenes han devastado el país y matado mis animales, el almizclero, el ciervo, el antílope, mis búfalos. No los matan para alimentarse, los abandonan a la putrefacción en el lugar mismo donde caen. *Padres, si yo penetrara en*

vuestro país para dar muerte a vuestros animales, ¿qué diríais? ¿No haría mal? ¿No desataríais vosotros la guerra contra mí?"

Cuando habían transcurrido unos días de conversaciones con los crows, aparecieron en el fuerte unos mensajeros de Nube Roja. Acudiría a Fort Laramie para hablar de paz, decía, tan pronto como los soldados fueran retirados de los fuertes que jalonaban la ruta del Powder. La guerra, insistía, se hacía con un solo propósito: salvar del blanco el valle del Powder, el único terreno de caza que le quedaba a su pueblo. "El gran padre envió aquí a sus soldados para derramar la sangre. No fui yo quien primero hizo brotar la de los blancos. [...] Si el gran padre mantuviera a los hombres blancos alejados de mi territorio, la paz duraría para siempre; pero si sigue la invasión, yo no abandonaré la lucha. [...] El Gran Espíritu hizo que yo creciera en esta tierra y vosotros en otra. Digo cuanto siento. Conservaré esta tierra."

Por tercera vez en dos años fracasaba una comisión de paz. Sin embargo, antes de que los delegados regresaran a Washington, un cargamento de tabaco fue enviado a Nube Roja con un nuevo ruego de que acudiera a Fort Laramie tan pronto como acabara el invierno. Nube Roja agradeció atentamente el envío de aquel tabaco de paz, que fumaría con los suyos, e insistió en que comparecería en Fort Laramie cuando los soldados abandonaran su territorio.

Durante la primavera de 1868, el gran guerrero Sherman y su comisión de paz llegaron de nuevo a Fort Laramie. En esta ocasión tenían orden del gobierno, cada vez más impaciente, de abandonar los fuertes de la ruta del Powder y obtener, por fin, un tratado de paz con Nube Roja. Un agente especial de la Oficina de Asuntos Indios fue encargado de ir a invitar en persona al jefe oglala. Nube Roja advirtió al agente de que necesitaría por lo menos diez días para consultar con

sus aliados y que, probablemente, no llegaría al fuerte hasta el mes de mayo, luna del crecimiento de los potros.

Tan sólo habían pasado unos días desde que el agente regresó con el mensaje del indio, cuando éste hizo llegar otro por medio de un emisario: "Nos encontramos en las montañas, desde aquí observamos todo cuanto sucede en los fuertes. Cuando veamos que los soldados recogen sus pertenencias dispuestos para la marcha y que son abandonados los fuertes, bajaré a parlamentar".

Todo aquello resultaba humillante en extremo para el gran guerrero Sherman y para sus comisionados. Y aunque lograron obtener las firmas de algunos jefes indios de menor importancia, a medida que transcurrían los días sin señal de Nube Roja, su paciencia se agotaba por momentos. Los comisionados, uno tras otro, empezaron a marchar de regreso al este. Hacia finales de la primavera, sólo Patillas Negras Sanborn y Patillas Blancas Harney permanecían en el fuerte, pero Nube Roja y sus aliados continuaron en el territorio del Powder durante todo el verano, y mantenían en estrecha vigilancia los fuertes y la ruta de Montana.

Por fin, el hastiado Departamento de Guerra impartió la orden de abandonar el territorio del Powder. El 29 de julio, las tropas de Fort C. F. Smith recogieron sus enseres y emprendieron la marcha gradual hacia el sur. A primera hora de la mañana siguiente, Nube Roja y una banda de eufóricos seguidores descendieron hasta el puesto militar y le prendieron fuego. Un mes más tarde fue abandonado Fort Phil Kearny y el honor de reducirlo a cenizas les correspondió, en esta ocasión, a los cheyenes liderados por Pequeño Lobo. Unos días más tarde salió el último soldado de Fort Reno, y la carretera y la ruta del territorio del río Powder quedaban oficialmente clausuradas.

Tras dos años de resistencia, Nube Roja había ganado su

guerra. Los delegados del gobierno aún debieron aguardar unas cuantas semanas; por fin, el 6 de noviembre Nube Roja hizo su entrada a caballo en Fort Laramie rodeado de una corte de altivos guerreros. Héroe victorioso al fin, estaba dispuesto a firmar el tratado de paz: "De hoy en adelante cesará para siempre toda guerra entre las partes de este convenio. El gobierno de los Estados Unidos desea la paz y por medio de este documento empeña su honor en conservarla. Los indios desean la paz y, asimismo, ponen su honor en juego para mantenerla".

Sin embargo, durante los 20 años siguientes, el contenido de los 16 artículos restantes del tratado de 1868 se convertiría en materia de disputa entre los indios y el gobierno de los Estados Unidos. Lo que muchos de los jefes entendieron que quedaba claramente establecido en el tratado y lo que en realidad había sido registrado en él, y ratificado con posterioridad por el Congreso, eran cosas muy distintas.

Cola Moteada, nueve años más tarde: "Estas promesas no han sido cumplidas [...]. Todas las palabras se han demostrado falsas [...]. Se hizo un tratado con el general Sherman, el general Sanborn y el general Harney. Entonces, el general nos dijo que contaríamos con anualidades y bienes durante los 35 años siguientes a la fecha de la firma. Así habló y, sin embargo, no dijo la verdad".

CANTO DE LA DANZA DEL SOL



Mirad a este joven.

Se siente bien

*porque su amante
no deja de mirarlo.*

VII. “EL ÚNICO INDIO BUENO ES EL INDIO MUERTO”

1868: El 24 de febrero, la Cámara de Representantes aprueba una moción de censura contra el presidente Johnson. El 5 de marzo el Senado se encarga de estudiar la moción; se pide la comparecencia del presidente Johnson. El 22 de mayo tiene lugar en Indiana el primer asalto a un tren. El 26 de mayo no hay acuerdo en el Senado para condenar al presidente Johnson. El 28 de julio, la 14ª enmienda (derechos iguales para todos, excepto indios) se incorpora a la Constitución de Estados Unidos. El 25 de julio, el Congreso crea el territorio de Wyoming juntando partes de Dakota, Utah e Idaho. El 11 de octubre, Thomas Edison patenta su primer invento: un registrador eléctrico de votos. El 3 de noviembre, Ulysses S. Grant es elegido presidente. El 1 de diciembre, John D. Rockefeller inicia su inexorable batalla contra sus competidores en el negocio del petróleo.

Jamás causamos daño al hombre blanco, no es ésta nuestra intención. [...] Deseamos ser amigos del hombre blanco. Los búfalos disminuyen alarmantemente. El antílope, abundante hace unos años, es cada vez más escaso. Cuando todo el ganado muera, nosotros moriremos también de hambre; querremos comer algo y nos veremos obligados a acudir al fuerte. Vuestros jóvenes no deben disparar contra nosotros; siempre que nos ven hacen fuego contra nosotros y nos obligan a responder para defendernos.

TONKAHASKA (TORO ALTO) al general WINFIELD

SCOTT HANCOCK

¿No son las mujeres y los niños más tímidos que los hombres? Los guerreros cheyenes no tienen miedo, pero ¿acaso no sabéis lo que sucedió en Sand Creek? Tus soldados se parecen mucho a quienes allí asesinaron a mujeres y niños.

WOQUINI (NARIZ ROMANA) al general WINFIELD
SCOTT HANCOCK

Antaño éramos amigos de los blancos, pero con vuestras intrigas nos apartasteis a codazos del camino y ahora, cuando nos reunimos en consejo, no dejáis de molestaros el uno al otro. ¿Por qué no habláis y procedéis con rectitud y que todo vaya bien?

MOTAVATO (CAZO NEGRO) a los indios en Medicine
Creek Lodge

En la primavera de 1866, mientras Nube Roja se preparaba para la lucha por el territorio del río Powder, un considerable número de nostálgicos cheyenes meridionales que se encontraban con él decidieron trasladarse al sur para pasar el verano. Deseaban volver a cazar búfalos junto a sus queridas estribaciones de Smoky Hill y esperaban reencontrar a sus parientes y viejos amigos,

que habían acompañado a Cazo Negro al sur del Arkansas. Entre los viajeros estaban Toro Alto, Caballo Blanco (White Horse), Barba Gris (Gray Beard), Toro Oso y otros jefes de los soldados perro. El renombrado caudillo Nariz Romana se unió también a ellos, y otro tanto hicieron los dos hermanos mestizos Bent.

En el valle de Smoky Hill dieron con varias bandas de jóvenes cheyenes y arapajos que se habían fugado de los campamentos de Cazo Negro y Pequeño Cuervo junto al río Arkansas. Habían penetrado en Kansas para cazar, en contra de los deseos de sus jefes quienes, en virtud de la firma del tratado de 1865, habían renunciado enteramente a sus antiguos terrenos de caza. Nariz Romana y los notables que lo acompañaban se reían del tratado; ninguno de ellos había puesto su firma en él y, por consiguiente, lo ignoraban por completo. Acostumbrados a la libertad y la independencia recién ganadas en el territorio del Powder, despreciaban a aquellos jefes capaces de ceder las tierras de la tribu mediante una firma.

No fueron muchos los exiliados que a su regreso decidieron seguir hacia el sur para ir a visitar a Cazo Negro y a su gente. Entre los pocos que así lo hicieron se encontraba George Bent, atraído en especial por la sobrina de Cazo Negro, Urraca (Magpie), a la que no tardaría mucho en hacer su esposa. Al reunirse con ella, Bent descubrió que aquel viejo amigo de los cheyenes del sur, Edward Wynkoop, era por entonces el agente asignado por el gobierno a la tribu. "Aquéllos fueron días felices para nosotros –contaría George Bent más tarde–. Cazo Negro era un gran hombre que gozaba de gran respeto entre todos los que lo conocían."

Cuando el agente Wynkoop se enteró de que había indios que cazaban de nuevo a lo largo de las Smoky Hill, no tardó en reunirse con los jefes y tratar de convencerlos de que

firmaran el tratado y se unieran al pueblo de Cazo Negro. Su gestión fue vana, pues aquéllos respondieron lacónicamente diciendo que no pensaban abandonar otra vez su territorio. Wynkoop les advirtió de que probablemente los soldados los atacarían si permanecían en Kansas, a lo cual replicaron que estaban dispuestos a “vivir o morir allí”. La única promesa hecha al hombre blanco fue que mantendrían controlados a sus jóvenes.

Hacia finales del verano, aquellos indios rebeldes oyeron rumores acerca de los éxitos de Nube Roja contra los soldados. Si los sioux y los cheyenes del norte eran capaces de sostener una guerra para defender sus tierras, ¿por qué no iban a hacer otro tanto los cheyenes del sur y los arapajos para conservar el territorio propio que se encontraba entre Smoky Hill y el Republican?

Bajo el mando de Nariz Romana como jefe unificador, fueron muchas las bandas que se aliaron. Pronto se trazaron planes para detener el tráfico por la ruta de Smoky Hill. Además, mientras los cheyenes estaban en el norte, se había abierto una nueva línea de postas que atravesaba justamente los mejores cotos de caza. Luego habían seguido numerosas estaciones, y la ruta de Smoky Hill era por entonces una de las más remontadas. Los indios estuvieron de acuerdo en que, para detener el paso de los correos y de las caravanas, debían destruir primero el rosario de estaciones que hacían posible conseguir caballos de refresco y provisiones para el camino.

En aquel momento, George y Charlie Bent se separaron para siempre. George había decidido seguir a Cazo Negro, pero Charlie era un ardiente discípulo de Nariz Romana. En el mes de octubre, durante una reunión que ambos hermanos mantuvieron con su padre en Fort Zarah, Charlie tuvo un acceso de ira y acusó a los otros dos de haber traicionado a

los cheyenes. Como amenazara con darles muerte, tuvo que ser desarmado a la fuerza. (Charlie se unió de nuevo a la tribu de los soldados perro y encabezó varios ataques contra las estaciones de postas; en 1868 fue herido, contrajo luego la malaria y murió en uno de los campamentos cheyenes.)

A finales del otoño de 1866, Nariz Romana y un grupo de guerreros visitaron Fort Wallace y advirtieron al agente de la compañía de postas Overland que si no cesaba el tránsito de diligencias por su territorio en el plazo de 15 días, los indios empezarían a descargar sus ataques contra ellas. Sin embargo, una serie de tormentas de nieve temprana obligó a que acabaran los viajes antes de que Nariz Romana tuviera ocasión de iniciar sus ataques; los soldados perro tuvieron que contentarse con hacer algunas incursiones contra los corrales de las agencias y estaciones. Ante el largo invierno que se presentaba, por fin decidieron establecer un campamento permanente en los grandes bosques del Republican, esperando la llegada de la primavera en aquel año 1867.

Para ganar algún dinero aquel invierno, George Bent pasó varias semanas con los kiowas para comerciar con vestimentas de piel de búfalo. A su regreso al campamento de Cazo Negro, durante la primavera, encontró a todo el mundo nervioso por los rumores de que una gran fuerza de chaquetas azules atravesaba el oeste de Kansas, en dirección a Fort Larned. Cazo Negro convocó un consejo para comunicar a su gente que la presencia de soldados no podía significar otra cosa que un peligro inminente. Les ordenó que liaran sus bártulos y emprendieran el camino hacia el sur en dirección al río Canadian, razón por la cual los mensajeros enviados por el agente Wynkoop no dieron con Cazo Negro hasta después de ocurridos los incidentes que tan bien predijo el jefe indio.

Los emisarios de Wynkoop encontraron a la mayoría de los jefes de los soldados perro, y 14 de ellos acordaron acudir a Fort Larned para escuchar al general Winfield Scott Hancock. Toro Alto, Barba Gris y Toro Oso reunieron unas 500 tiendas junto al arroyo Pawnee, donde establecieron su campamento. Tras unos días de espera a causa de una inesperada tormenta de nieve, los indios recorrieron los más de 50 kilómetros que les separaban del fuerte. Algunos de los jefes vestían las guerreras azules del ejército, que habían capturado en pasados lances bélicos más al norte, y pronto advirtieron que aquello no gustaba nada al general Hancock, que vestía una guerrera similar, con adornos dorados en los hombros y brillantes medallas en el pecho. Fueron recibidos de manera fría y altanera, al tiempo que se les hacía ver el poderío de los 1.400 hombres, entre los que se encontraba el recién creado 7º de caballería bajo las órdenes de Posaderas Duras Custer. Después de que Hancock hiciera disparar sus poderosos cañones para demostrar su fuerza, los indios le dieron el apelativo de Viejo del Trueno.

A pesar de que su viejo amigo Jefe Alto Wynkoop se encontraba allí, los indios desconfiaron de Viejo del Trueno desde el primer momento. Éste, en lugar de aplazar la reunión hasta el día siguiente, decidió que el consejo debía celebrarse aquella misma noche. Mal presagio, pensaron los indios.

—No veo a muchos jefes aquí —dijo de pronto Hancock, malhumorado—. ¿A qué se debe esta ausencia? Es mucho lo que he de decir a los jefes, pero me gustaría hablar para todos a la vez [...]. Mañana me desplazaré a vuestro campamento.

A los cheyenes no les gustó la idea. Sus mujeres y sus niños, muchos de ellos supervivientes de los horrores de Sand Creek, sin duda se asustarían. ¿Acaso Hancock pensaba

llevar a sus 1.400 hombres y atronadores cañones contra el campamento? Los jefes aguardaron en silencio a que el general continuara.

—He oído decir que muchos indios desean que siga la lucha —prosiguió—. Muy bien, aquí estamos; hemos venido preparados para la guerra. Si vosotros estáis por la paz, ya sabéis las condiciones. Si preferís la guerra, ateneos a las consecuencias.

A continuación les habló del ferrocarril. Los indios ya sabían algo y no ignoraban que se estaba tendiendo una línea desde Fort Riley hasta el mismísimo corazón de las tierras de Smoky Hill.

—El hombre blanco se acerca con tanta celeridad que nada puede detenerlo —se jactó Hancock—. Viene por el oeste y viene por el este, como la pradera en llamas bajo el viento. Nada podrá detenerlo. Y ello se debe a que los hombres blancos son muy numerosos y se extienden cada vez más. Necesitan espacio, no pueden evitarlo. Los que se encuentran junto al mar en el oeste desean comunicarse con los que se encuentran junto al mar en el este, y por eso se construyen carreteras, vías férreas y líneas de telégrafos [...]. No debéis permitir que vuestros jóvenes guerreros se opongan a nuestro avance [...], mantenedlos alejados de la ruta .[...] Eso es todo. Aguardaré hasta el fin de vuestro consejo para saber si estáis a favor o en contra de la paz.

Hancock se sentó de nuevo expectante, mientras el intérprete completaba su trabajo, pero los cheyenes seguían silenciosos, con la vista fija en el general y en sus oficiales. Al fin, Toro Alto encendió una pipa, exhaló humo y, tras pasarla a su vecino, aguardó a que el círculo de indios hubiera fumado. Después de acercarse a Hancock, extendió su mano para que el general se la estrechara.

—Tú nos hiciste venir —empezó a decir Toro Alto—.

Nosotros acudimos [...], jamás causamos daño alguno al hombre blanco y no es ésta nuestra intención. Nuestro agente, el coronel Wynkoop, nos dijo que viniéramos a verte. Cuando queráis viajar al territorio de Smoky Hill podéis hacerlo sin cuidado. Podéis tomar cualquier ruta. Y cuando nosotros descendamos a vuestras carreteras, vuestros jóvenes no deben dispararnos. Estamos deseosos de hacer la paz con los hombres blancos. [...] Dices que irás a nuestro poblado mañana. Si es así, allí no tengo nada que decirte que no te haya dicho aquí. He hablado.

Viejo del Trueno Hancock se irguió y adoptó de nuevo una actitud altanera:

—¿Por qué no se encuentra aquí Nariz Romana? —preguntó.

—Nariz Romana es un poderoso guerrero, pero no es jefe, y sólo los jefes fueron invitados al consejo.

—Si Nariz Romana no quiere venir a verme, yo iré a verlo a él —declaró Hancock—. Mañana llevaré mis tropas a vuestro poblado.

Tan pronto como se deshizo la reunión, Toro Alto acudió a Wynkoop para rogarle que disuadiera al general de su intención de dirigirse al poblado indio. Toro Alto temía que, si los chaquetas azules se aproximaban al campamento, surgirían problemas entre los soldados y los violentos jóvenes indios.

Bien lo sabía Wynkoop. “Antes de la partida –contaría éste más tarde–, expresé al general mis temores de que, si enviaba a sus tropas inmediatamente al poblado indio, podrían surgir problemas; él hizo caso omiso de mis palabras. La columna de Hancock se componía de infantería, caballería y artillería “y poseía el aspecto más aguerrido que jamás pudiera ofrecer ejército alguno listo para la batalla”.

Algunos jefes adelantaron su marcha para avisar a los

guerreros cheyenes de la inminente llegada de los soldados. Otros marcharon con Wynkoop, sin dejar de expresarle en todo instante sus crecientes temores; “no temían por sus vidas ni por sus propiedades, sino por el pánico que la columna causaría entre las mujeres y los niños”.

Entretanto, los cheyenes ya sabían que Viejo del Trueno estaba muy disgustado porque Nariz Romana no había acudido a entrevistarse con él en Fort Larned. Ni Asesino Pawnee (cuyos sioux estaban acampados cerca de los cheyenes) ni Nariz Romana, que se sentía muy halagado por la importancia que la situación le confería, tenían la menor intención de permitir que el general llevara a sus soldados a sus desprotegidos poblados. Tras reunir unos trescientos guerreros, ambos jefes salieron cautelosamente al encuentro de la columna para vigilar todos sus movimientos. Al mismo tiempo, prendieron fuego a los pastos en torno a sus campamentos; así, para los soldados sería más difícil acceder a ellos.

Aquel día, Asesino Pawnee se adelantó para parlamentar con Hancock, a quien dijo que si detenía a sus soldados antes de que llegaran demasiado cerca del poblado, Nariz Romana y él se reunirían en consejo a la mañana siguiente. A la caída de la noche, los soldados se detuvieron para pernoctar; ya quedaban pocos kilómetros de recorrido hasta el asentamiento indio de Pawnee Fork. La fecha era el 13 de abril, en la luna que ve aparecer la hierba roja.

Aquella noche, Asesino Pawnee y varios de los jefes cheyenes abandonaron el campamento militar para dirigirse al suyo y convocar un consejo que decidiera el camino a seguir tan pronto amaneciera el día siguiente. Había mucho desacuerdo entre los jefes, sin embargo, y no se alcanzó una decisión. Nariz Romana abogaba por el desmantelamiento de las tiendas y la huida al norte, donde se dispersarían para

hacer la persecución más difícil; los otros jefes, que habían visto el poder de Hancock, no se atrevían a provocar aún más su furia con una desaparición imprevista.

A la mañana siguiente, los jefes trataron de convencer a Nariz Romana de que se uniera a ellos para la entrevista con Hancock, pero el aguerrido indio sospechaba una encerrona. Al fin y al cabo, ¿no se lo había señalado a él, entre todos, y Viejo del Trueno Hancock no había llevado una gran tropa a través de la llanura con el único objetivo de encontrar a Nariz Romana? La mañana transcurría y, finalmente, Toro Oso decidió presentarse ante los soldados. Allí advirtió que la actitud del general era más arrogante que nunca al inquirir por Nariz Romana. Toro Oso quiso obrar con diplomacia; dijo que aquél y otros jefes indios se habían visto retrasados a causa de una cacería imprevista de búfalos. Con ello no logró sino enfurecer aún más al general quien, incapaz de contenerse por más tiempo, decidió marchar hacia el poblado indio con su fuerza y aguardar allí la llegada de Nariz Romana. Toro Oso no replicó; montó en su caballo, recorrió con lentitud el campamento militar durante varios minutos y luego comenzó a galopar a toda prisa en dirección al poblado indio.

La noticia de la llegada de los soldados puso a los indios en movimiento. “¡Saldré a su encuentro y mataré a ese Hancock!”, gritaba Nariz Romana. No había tiempo de desarmar las tiendas ni de recoger pertenencia alguna. Los indios montaron a las mujeres y niños en caballos y los enviaron hacia el norte. Luego, todos los guerreros tomaron sus armas. Los jefes nombraron a Nariz Romana caudillo de la fuerza, pero tuvieron la cautela de asignar a Toro Oso un puesto a su lado, para asegurarse de que no se cometería ninguna locura por apasionada irreflexión.

Nariz Romana vistió su camisa de oficial de caballería, con

galones dorados tan brillantes cómo los de Hancock. En la funda que tiempo atrás alojara un fusil militar, introdujo su carabina matabúfalos; de su cinto pendían dos pistolas pero, como la munición que poseía era escasa, no desdeñó añadir a su arsenal el arco y la lanza. En el último momento, tomó también una enseña de paz e hizo formar a sus 300 guerreros en una línea que se extendía a lo largo de más de kilómetro y medio por la pradera. Con las lanzas en alto, los arcos prestos y los rifles y pistolas listos para entrar en acción, Nariz Romana dejó avanzar lentamente a los suyos al encuentro de los 1.400 soldados apoyados por artillería.

“Este oficial a quien llaman Hancock –dijo Nariz Romana a Toro Oso, que cabalgaba a su lado– trata de provocar el combate. Lo mataré delante de sus hombres y así éstos tendrán alguna razón para luchar.”

Toro Oso replicó con cautela y señaló que los soldados eran cinco veces superiores en número e iban armados con fusiles de tiro rápido y cañones; además sus monturas parecían fuertes y bien alimentadas en grano, en tanto que las que en aquellos momentos llevaban a mujeres y niños en dirección norte acusaban los efectos de un riguroso invierno con escasez de piensos. Si se producía la lucha, los soldados saldrían en persecución de los huidos y les darían muerte sin contemplaciones tan pronto los alcanzaran.

A los pocos minutos divisaron a los soldados y se dieron cuenta de que también aquéllos los habían visto, pues la columna se dispuso en orden de batalla. Posaderas Duras Custer desplegó su caballería y se desenvainaron los sables.

Nariz Romana indicó con calma a sus guerreros que se detuvieran. Luego dejó ver su bandera de paz; los soldados se acercaron a poco más de 100 metros y se detuvieron también. Al cabo de un minuto, más o menos, los indios vieron cómo surgía de la fuerza militar su viejo amigo

Wynkoop.

“Rodearon mi caballo –contaría aquél más tarde–, tras expresar su satisfacción por mi presencia allí; luego afirmaron saber que no se les causaría daño alguno [...] y llevé a los jefes al encuentro del general Hancock, quien los recibió rodeado de sus oficiales y estado mayor hacia la mitad del recorrido de una línea a otra.”

Nariz Romana se acercó a los oficiales, permaneció a caballo y fijó su mirada directamente en los ojos de Viejo del Trueno.

—¿Queréis paz o guerra? —preguntó Hancock con brusquedad.

—No deseamos la guerra —respondió Nariz Romana—, de otro modo no nos habríamos acercado tanto a tus grandes cañones.

—¿Por qué no acudiste al consejo de Fort Larned? —continuó Hancock.

—Mi entendimiento es pobre —replicó Nariz Romana—, y todo el que llega a mí me cuenta algo diferente acerca de tus intenciones.

Toro Alto, Barba Gris y Toro Oso se habían aproximado a los dos hombres. Les preocupaba la actitud calmada de Nariz Romana. Toro Oso habló entonces para pedirle al general que no hiciera avanzar más a sus soldados.

—No hemos podido retener a nuestras mujeres y niños —añadió—. Tienen miedo y han huido, dicen, para no volver. Temen a los soldados.

—Debéis ir en su busca —ordenó Hancock con furia— y espero que regreséis pronto con ellos.

Cuando Toro Oso se retiró con un gesto de frustración, Nariz Romana le habló con tiento diciéndole que se dirigiera con los demás jefes a la línea india, puesto que él daría muerte a Hancock. Toro Oso asió la brida del caballo de su

amigo y logró apartarlo de allí, en tanto trataba de hacerle comprender que un hecho así significaría la muerte para la tribu entera.

El viento había aumentado y la arena se arremolinaba, razón por la cual toda conversación se hacía más difícil. Después de ordenar nuevamente a los jefes que fueran en busca de sus mujeres y niños, el general Hancock disolvió el consejo.

Aunque tanto los jefes como los guerreros se alejaron obedientes en la dirección tomada por sus mujeres y niños, no aparecieron de nuevo, ni solos ni acompañados. Hancock aguardó y sentía que su ira aumentaba a cada momento. Al fin, después de enviar a Custer y a la caballería en persecución de los indios, avanzó con la infantería para penetrar en el poblado abandonado. De manera sistemática, se hizo inventario de las tiendas y su contenido. Luego, todo fue consumido por las llamas: 251 tiendas, 962 mantas de búfalo, 436 sillas de montar, centenares de aljabas para las flechas, lazos, colchones y esterillas, utensilios de cocina y domésticos varios. Los soldados destruyeron todo cuanto los indios poseían en el mundo, aparte de los caballos que montaban y las ropas que llevaban puestas.

La furia ahogada que invadió a los cheyenes y a sus aliados sioux tras la destrucción de sus hogares se desató pronto en la pradera, provocando el incendio de numerosos asentamientos blancos, el arrasamiento de estaciones de postas y postes de telégrafos, incursiones contra los campamentos de los obreros de la línea férrea y la detención de todo el tráfico de mercancías y pasajeros en la ruta de Smoky Hill. La compañía Overland Express dirigió una circular a todos sus agentes: "Si los indios se ponen a tiro de vuestras armas, haced uso inmediatamente de ellas; no tengáis la menor piedad, pues ellos no la tendrían en su

caso. El general Hancock os protegerá, a vosotros y a vuestras propiedades". La guerra que Hancock trató de evitar había sido precipitada por su altanería e impericia. Custer llevaba su 7º de caballería de un lugar a otro, pero jamás lograba dar con los indios.

"La expedición del general Hancock, siento decirlo así, no ha producido ningún resultado positivo; más bien al contrario, ha sido causa de muchos males", escribió Thomas Murphy, superintendente para asuntos indios, al comisionado Taylor, que estaba en Washington.

"Las operaciones del general Hancock –empezaba el informe enviado por Patillas Negras Sanborn al secretario del Interior– han sido tan desastrosas para los intereses públicos y, al mismo tiempo, me parecen tan inhumanas, que creo oportuno poner en su conocimiento mi opinión al respecto. [...] Para una nación tan poderosa como la nuestra, el hecho de mantener una guerra con unos pocos y desgraciados nómadas es un espectáculo tan humillante, dadas las circunstancias, que tarde o temprano caerá sobre nosotros o sobre nuestros descendientes el juicio celestial."

El gran guerrero Sherman adoptaba una actitud completamente diferente en el informe que preparó para el secretario del Departamento de Guerra, Stanton: "Opino que si se permite la presencia de tan sólo 50 indios entre el Arkansas y el Platte, nos veremos obligados a montar guardia junto a cada estación de postas o de tren y alrededor de todos los campos de obreros. En otras palabras, 50 indios hostiles serán capaces de burlar a 3.000 soldados. Mejor será sacarlos de ahí lo antes posible y es lo mismo conseguirlo mediante la persuasión de los comisionados que a base de plomo".

Sus superiores convencieron a Sherman para que intentara de nuevo alejar a los indios de aquella región por

medio de razones y, si era necesario, regalos. Durante el verano de 1867 se formó una nueva comisión, compuesta por el mismo Taylor, Henderson, Tappan, Sanborn, Harney y Terry, es decir, por el mismo grupo que en vano había tratado de concluir un tratado de paz con Nube Roja en Fort Laramie, a finales del pasado otoño (véase el capítulo anterior). Hancock fue relevado de su puesto y sus soldados, destinados a diversos fuertes de la ruta.

El nuevo plan de paz para las llanuras del sur comprendía no sólo a los cheyenes y arapajos, sino también a los kiowas, comanches y apaches de la pradera. Estas cinco tribus serían trasladadas a una gran reserva, situada al sur del río Arkansas, y el gobierno les proporcionaría ganado e instrucción sobre el cultivo de cosechas varias.

Medicine Lodge Creek, a 100 kilómetros al sur de Fort Larned, fue el paraje elegido para celebrar el nuevo consejo, que se iniciaría a principios de octubre. Para asegurarse de que todos los jefes importantes acudirían allí, el gobierno hizo acopio de presentes y envió a numerosos emisarios elegidos con prudencia. George Bent, empleado ahora por Jefe Alto Wynkoop en calidad de intérprete oficial, fue uno de los que comunicaron la noticia a las tribus indias. No fue difícil convencer ni a Cazo Negro, ni a Pequeño Cuervo de los arapajos, ni tampoco a Diez Osos de los comanches. Pero cuando Bent acudió a los campamentos de los cheyenes rebeldes, sus jefes se mostraron muy poco dispuestos a asistir a Medicine Lodge Creek. Nariz Romana declaró lacónicamente que no participaría en consejo alguno mientras el gran guerrero Sherman formara parte de él.

Tanto Bent como los comisionados sabían muy bien que Nariz Romana era una pieza clave en sus planes. El jefe guerrero contaba ahora con varios centenares de seguidores procedentes de todas las tribus cheyenes. Si Nariz Romana

se negaba a firmar el tratado, cualquier otra componenda carecería de significado en lo que al logro de la paz en Kansas se refería. Fue probablemente por consejo de George Bent que se eligió a Edmond Guerrier para que tratara de convencer a Nariz Romana de que acudiera a Medicine Lodge Creek, por lo menos para una sesión preliminar. Guerrier, que había sobrevivido al desastre de Sand Creek, estaba casado con una hermana de Bent, y la mujer de Nariz Romana era prima de Guerrier; con estos vínculos familiares, la diplomacia no debería resultar muy difícil.

El 27 de septiembre llegó Guerrier a Medicine Lodge Creek acompañado de Nariz Romana y Barba Gris. La presencia de este último había sido impuesta por Nariz Romana, pues sus conocimientos de inglés evitarían que los indios fueran engañados con facilidad por los intérpretes oficiales. El superintendente Thomas Murphy, que cuidaba de disponer los preparativos previos a la llegada de los comisionados del gobierno, saludó calurosamente a los cheyenes. Sus palabras subrayaban la gran importancia del consejo que celebraría, a la vez que prometía el reparto de provisiones y que “los comisionados les tomarían de la mano con fuerza y, juntos, construirían una sólida ruta de paz eterna”.

—El perro corre cuando se le ofrece comida —observó lacónico Barba Gris, al devolver el saludo—. Las provisiones que nos traéis, sin embargo, nos enferman. Nosotros podemos vivir de la carne de búfalo, pero los artículos de mayor importancia para nosotros jamás llegan a nuestras manos: pólvora, plomo y explosivos. Cuando traigáis estas cosas, crearemos en vuestra sinceridad.

—El gobierno de los Estados Unidos sólo regala municiones a los indios amigos, razón por la cual quiero saber por qué los cheyenes siguen tan hostiles.

—Porque Hancock incendió nuestro poblado —

respondieron Nariz Romana y Barba Gris al unísono—. No hacemos sino vengarnos por cuanto se nos ha hecho.

Entonces, Murphy les aseguró que el gran padre jamás había autorizado el incendio del poblado y que Hancock había sido relevado del mando precisamente por haber cometido aquella infamia. En cuanto al gran guerrero Sherman, cuya presencia desaprobaba Nariz Romana, el gran padre blanco había decidido una fórmula de compromiso. Sus acompañantes y él acamparían a 100 kilómetros del lugar, junto al río Cimarrón; seguirían la marcha del consejo desde esta distancia y si les gustaba el procedimiento decidirían participar.

Transcurría por entonces la luna de la estación cambiante, 16 de octubre para nosotros, cuando dio comienzo el consejo en una arboleda exuberante, bañada por el arroyo de Medicine Creek. Arapajos, kiowas y apaches de la pradera acamparon entre los árboles que enmarcaban el río, cerca del lugar elegido para celebrar las sesiones. Cazo Negro hizo lo propio en la orilla opuesta. En caso de que surgiera algún problema, por lo menos existiría un obstáculo natural entre los suyos y los 200 soldados de caballería que componían la escolta de los comisionados. Nariz Romana y los demás jefes de soldados perro mantenían mensajeros apostados en el campamento de Cazo Negro, listos para partir a una voz con noticias de la conferencia. Estos emisarios vigilaban tanto a los comisionados como al mismo Cazo Negro y tenían la misión de evitar que éste firmara un tratado nocivo para los indios cheyenes.

Aunque eran más de 4.000 los indios que se reunieron en Medicine Lodge Creek, eran tan pocos los cheyenes presentes que el acto dio comienzo como si el asunto en debate fuera exclusivamente de interés arapajo, kiowa y apache. Este hecho preocupaba a los comisionados, cuyo principal objetivo

era asegurar la paz con los hostiles soldados perro cheyenes, tras convencerlos de que servirían mejor sus intereses si decidían integrarse en la reserva, elegida de manera especial para ellos al sur del río Arkansas. Cazo Negro, Pequeña Toga (Little Robe) y George Bent ganaron para su causa a algunos de los jefes que aún vacilaban, pero otros se mostraban crecientemente contrarios a sus ideas, y hubo quienes llegaron a amenazar a Cazo Negro con dar muerte a todos sus caballos si no se retiraba del consejo.

El 21 de octubre, kiowas y comanches firmaron un tratado por el cual se comprometían a compartir con los cheyenes y arapajos la reserva que les había sido adjudicada y a limitar sus correrías de caza a la zona situada por debajo del río Arkansas; asimismo, convinieron en no presentar oposición alguna a la construcción de la vía férrea que bordeaba Smoky Hill. Sin embargo, Cazo Negro se negó a firmar a menos que lo hiciera un número mayor de jefes cheyenes; Pequeño Cuervo y los arapajos dijeron otro tanto. Los frustrados comisionados acordaron esperar aún otra semana, mientras Cazo Negro y Pequeña Toga acudían al campamento de los cheyenes para intentar convencerlos. Pasaron cinco días y no apareció cheyene alguno. Al anochecer del día 26 de octubre, Pequeña Toga regresó del campo de los soldados perro.

Después de todo, los jefes cheyenes acudirían, dijo, acompañados de unos 500 guerreros. Vendrían armados y probablemente descargarían repetidas veces sus armas de fuego para expresar su satisfacción por la feliz conclusión de las hostilidades y poner en evidencia su deseo de obtener más munición para la próxima temporada de caza otoñal. No causarían daño alguno a nadie, y si, en efecto, se les concedía la munición, firmarían el tratado.

Al día siguiente, con el sol en su cenit, llegaron los cheyenes a galope tendido. Cuando coronaron unos riscos

situados al sur de la zona estipulada para el consejo se dispusieron en formación de cuatro en fondo, como habían visto hacer a los soldados de Posaderas Duras Custer. Algunos de los asistentes vestían las guerreras azules del ejército, ganadas en anteriores batallas, otros lo hicieron envueltos en mantas rojas, y todos, sin excepción, habían engalanado sus lanzas para el evento. La formación se dispuso al fin en línea, a lo largo de la otra orilla; luego, a una llamada de trompeta –también producto de alguna expoliación cruenta–, los guerreros se lanzaron al galope, al tiempo que prorrumpían en gritos de “¡Hiya-hi-i-i-ya!”. Con las lanzas en ristre, sus estentóreas y vibrantes exclamaciones y las descargas de algunos rifles y pistolas, los recién llegados causaban verdadera impresión. Las primeras filas se aproximaban cada vez más a Patillas Negras Sanborn, quien aguardaba de pie, impasible, mientras los demás comisionados corrían en busca de refugio. Tras demostrar su pericia como jinetes, detuvieron sus corceles a unos pocos pasos de aquél y rodearon a los delegados fugitivos. A continuación, los indios desmontaron y fueron a estrechar las manos de sus interlocutores en medio de grandes y sonoras carcajadas. Sin duda, habían probado a plena satisfacción la bravura y capacidad de los guerreros cheyenes.

Después de unas ceremonias preliminares, dieron comienzo los discursos. Toro Alto, Caballo Blanco, Toro Oso y Jefe Búfalo (Buffalo Chief) hablaron sucesivamente. No deseaban la guerra, pero la aceptarían si no podían conseguir una paz honorable.

Jefe Búfalo hizo una última proclama, por la cual reivindicaba los derechos de los indios a los terrenos de caza del territorio de Smoky Hill. Los cheyenes no se meterían con la vía férrea, prometió. A continuación, añadió: “Poseamos

juntos el territorio, los cheyenes han de poder cazar aquí". Pero los hombres blancos que intervenían en el consejo no creían en eso de compartir terreno al norte del Arkansas. A la mañana siguiente, después de que fuera servido el café, los jefes cheyenes y arapajos escucharon por primera vez la lectura de un borrador del tratado, durante la cual George Bent actuó como intérprete. Al principio, Toro Oso y Caballo Blanco se negaron a firmar, pero Bent se los llevó consigo y los convenció de que sólo de ese modo conservarían su poder y podrían vivir con su tribu en paz. Desde la firma, los comisionados distribuyeron presentes, incluso munición para la caza. Había terminado el consejo de Medicine Lodge. Ahora, la mayoría de los cheyenes y arapajos se trasladarían al sur, como habían prometido. Había otros, sin embargo, que no pensaban proceder de la misma manera. Casi 400 se encaminaban en dirección norte, después de pasar el Cimarrón. Sus nombres quedaban unidos para siempre al de otro guerrero, cuya firma no aparecía en el documento final: Nariz Romana.

Durante el invierno de 1867-1868, la mayoría de los cheyenes y arapajos estaban acampados por debajo del curso del Arkansas, cerca de Fort Larned. Aún les quedaba suficiente carne de sus cacerías otoñales para soportar sin problemas las lunas frías, pero llegada la primavera, la escasez de comida se hizo alarmantemente obvia. Jefe Alto Wynkoop acudía en ocasiones desde el fuerte para distribuir las mínimas provisiones que era capaz de conseguir de la oficina india. Dijo a los jefes que el gran consejo de Washington discutía aún algunos términos del tratado, y todavía no se había llegado a un acuerdo en cuanto a la forma y el momento en que tendría lugar el pago del dinero prometido para la compra de alimentos y vestidos. Los jefes

replicaron que si dispusieran de armas y munición, ellos mismos podrían trasladarse de vez en cuando al río Red y matar suficientes búfalos, para que aquellos extremos ya no fueran causa de preocupación. Pero Wynkoop no tenía armas ni municiones para proporcionarles.

A medida que los cálidos días primaverales se hacían más largos, los jóvenes se mostraban cada vez más inquietos; maldecían la escasez de comida, las promesas no cumplidas y las mentiras dichas en Medicine Lodge. En pequeñas bandas, iniciaron sus incursiones por el norte, cuando no se trasladaban definitivamente a otros parajes que les estaban vedados en virtud del tratado convenido. Toro Alto, Caballo Blanco y Toro Oso cedieron ante las ansiosas demandas de sus fogosos guerreros y cruzaron también el Arkansas. Durante el camino, algunos de los indios asaltaron pequeños asentamientos aislados de los blancos con la esperanza de obtener algo de comida y más armas.

El agente Wynkoop acudió presuroso al lado de Cazo Negro, a quien rogó que ejerciera toda su influencia para evitar que los guerreros jóvenes cometieran más desmanes. Llegó a implorarlo, incluso a pesar de que el gran padre blanco no había hecho honor a la palabra empeñada.

“Nuestros hermanos blancos nos expulsan de la tierra que nos concedieron en Medicine Lodge –arguyó Cazo Negro–, pero nosotros trataremos de mantenernos en ella. Esperamos que el gran padre se apiade de nosotros y nos conceda las armas necesarias para evitar que nuestras familias se mueran de hambre.”

Wynkoop tenía la esperanza de obtener armas y municiones, ahora que el gran padre había enviado un nuevo comandante en jefe a la región, el general Phillip Sheridan. Así, pues, el agente dio los pasos necesarios para que una comisión de jefes indios, entre los que se encontraban Cazo

Negro y Ternero de Piedra (Stone Calf), pudiera visitar al general Sheridan en Fort Larned.

Cuando los indios vieron a Sheridan, paticorto, de cuello grueso y brazos desmesurados, pensaron que, sin duda, sería hombre de aguante corto y genio largo. Durante el consejo que se improvisó en aquella ocasión, Wynkoop preguntó al general si podía ordenar que se dispensaran algunas armas y munición a los indios, tras explicarle las razones que hacían la medida aconsejable. "Sí, que les den armas –exclamó, con voz tonante, el general Sheridan–, y si van a la guerra, mis soldados podrán darles muerte como hombres."

Ternero de Piedra replicó con gran desparpajo: "Deja que tus soldados se dejen crecer el pelo, de manera que resulte honroso *darles muerte*."

Ciertamente no fue una reunión amistosa, y aunque Wynkoop logró conseguir algunas armas anticuadas para los indios, los cheyenes y arapajos que permanecían al sur del Arkansas se mostraban cada vez más inquietos. Eran ya demasiados los guerreros de su tribu que, tras quebrantar las normas establecidas, merodeaban por las tierras del norte y en ocasiones daban muerte a los hombres blancos que pudieran cruzarse en su camino.

A finales de agosto, la mayoría de los cheyenes del norte estaban reunidos junto al afluente del río Republican. Toro Alto, Caballo Blanco y Nariz Romana habían acampado allí con unos 300 guerreros y sus familias. Unos pocos arapajos y los sioux de Asesino Pawnee se encontraban bastante cerca. Por Toro Oso, que acampaba con su banda a orillas del Solomon, se enteraron de que el general Sheridan había organizado una campaña de exploradores con el fin de acabar con los rebeldes; sin embargo, estos indios estaban demasiado ocupados en hacer acopio de carne para el

invierno siguiente, razón por la cual les preocupaba poco la posible presencia de exploradores o soldados que fueran a combatirles.

Entonces, un buen día, el 16 de septiembre, de la luna del ciervo que sacude la tierra, un grupo de cazadores de la banda de Asesino Pawnee descubrió una pequeña fuerza compuesta por unos 50 hombres blancos que se disponía a acampar junto al Arikaree, a 30 kilómetros al sur de los campamentos indios. Sólo tres o cuatro de los llegados vestían uniformes azules, los demás llevaban la basta vestimenta propia de tramperos y exploradores. Se trataba de la compañía especial organizada por Sheridan para averiguar el emplazamiento de los asentamientos indios, y era conocida por el nombre de "exploradores de Forsyth".

Tan pronto como los cazadores hubieron alertado a su gente, Asesino Pawnee envió mensajeros al campamento cheyene con la misión de solicitar su participación en un ataque conjunto contra los exploradores blancos que habían invadido sus terrenos de caza. Toro Alto y Caballo Blanco avisaron a sus bandas dispersas por las inmediaciones, y todos los guerreros empezaron a equiparse con los atavíos de guerra. Luego fueron a visitar a Nariz Romana, que se había encerrado en su tipi para unas ceremonias de purificación. Unos días antes, con ocasión de una fiesta que los cheyenes celebraron con los sioux, una mujer cheyene se había servido de un tenedor de hierro cuando preparaba pan frito. El hecho de que un metal tocara su comida era contrario a su medicina; Nariz Romana había perdido su inmunidad frente a las balas de los hombres blancos y no la recuperaría hasta completar las ceremonias de purificación.

Los jefes cheyenes aceptaron esta creencia sin reserva alguna, pero Toro Alto dijo a Nariz Romana que se apresurara con las ceremonias que debían devolverle la

medicina. Toro Alto creía con firmeza que los sioux y los cheyenes juntos podían destruir a 50 exploradores blancos con toda facilidad, pero existía la posibilidad de que algunas compañías de chaquetas azules se encontraran en las proximidades. Entonces era probable que los indios necesitaran la presencia de Nariz Romana para dirigir la carga final. Éste les dijo finalmente que dieran comienzo a la operación, pues se les uniría más tarde.

Como estaban a gran distancia del campamento de los exploradores, los jefes decidieron atacar al día siguiente. Montados en sus mejores corceles de guerra y armados hasta los dientes, los 500 o 600 guerreros descendieron por el valle del Arikaree. Los sioux se tocaban con plumas de águila; los cheyenes, con plumas de corneja. Cerca del campamento se ordenó el alto; los jefes dieron órdenes estrictas de no dejarse ver y, sobre todo, de que ningún pequeño grupo de jóvenes fogosos atacara antes de lo previsto, pues delataría de ese modo la presencia de los demás. Atacarían todos juntos, como les había enseñado Nariz Romana; arrollarían a los blancos en una carga única y fatal.

A pesar de las advertencias, seis cheyenes y dos sioux – todos muy jóvenes– marcharon antes de la salida del sol, con la intención de hacerse con los caballos de los blancos. Justo al amanecer, penetraron en el corral; agitaban sus mantas y proferían gritos para provocar la estampida de los animales. Tan sólo unos pocos caballos pudieron ser capturados; lo malo fue que aquellos impacientes habían alertado a la columna de Forsyth, que, antes de la llegada del grueso de la fuerza india, había logrado hacerse fuerte en una pequeña isla cubierta de vegetación, en medio del cauce seco del Arikaree.

Los indios cargaron contra los hombres de Forsyth a

galope tendido. Ya cerca de éstos, uno de los cheyenes hizo sonar una corneta. Habían pensado arrasar el campamento, ahora tendrían que penetrar en el cauce del río y reducir su frente de ataque. Una descarga de los rifles de repetición Spencer, pertenecientes a los blancos, dio en tierra con las primeras filas de indios, que se vieron obligados a dividirse por ambos lados de la isla.

Los indios no lograron otra cosa durante casi toda la mañana. Una y otra vez eran divididas sus filas a ambos lados del reducto de los asediados. Los únicos objetivos asequibles eran los caballos, y cuando los atacantes les hubieron dado muerte, los exploradores se sirvieron de sus cadáveres a modo de parapeto. Unos cuantos guerreros indios se lanzaban ocasionalmente, con más bravura que efectividad, contra las defensas blancas, para montar en última instancia y acercarse a ellas reptando por tierra. Un cheyene llamado Vientre de Lobo (Wolf Belly) logró atravesar dos veces el círculo de los defensores. Vestía su mágica piel de puma, que, sin duda, poseía tanto poder de preservación que ni una sola bala lo alcanzó, pensaron los indios.

A primera hora de la tarde llegó Nariz Romana al campo de batalla. La mayoría de los guerreros cesaron en sus ataques y aguardaron nuevas órdenes. Toro Alto y Caballo Blanco se reunieron con él, pero no le pidieron que dirigiera la batalla. Entonces, un anciano llamado Contrario Blanco (White Contrary) se acercó a su vez y dijo: "He aquí a Nariz Romana, el hombre de quien dependemos, sentado detrás de este montículo".

El aludido rió. Ya había decidido lo que iba a hacer aquel día y sabía que moriría; sin embargo, se rió de las palabras del anciano.

"Todos los que luchan ahí abajo están pendientes de ti – continuó Contrario Blanco–, y harán cuanto tú les ordenes;

aunque tú, entretanto, sigues aquí inactivo.”

Nariz Romana se alejó un poco y empezó a prepararse para la batalla. Se pintó la frente de color amarillo, la nariz de rojo y la barbilla de negro. Se tocó luego con su casco de guerra, adornado con un cuerno y 40 plumas que llegaban hasta el suelo. Tras finalizar los preparativos, montó en su caballo y descendió hasta el lecho del río, donde lo aguardaban en formación de ataque los que esperaban que él los condujera a la victoria.

Se inició la carga a trote lento, hasta convertirse en carrera desenfrenada que, según pensaban los indios, no podía dejar de llevarlos hasta el centro mismo de la posición defendida, la cual debía ser arrasada esta vez. Sin embargo, de nuevo el nutrido fuego de los exploradores de Forsyth dio en tierra con las primeras líneas. Nariz Romana llegó a ascender por la ladera exterior de la posición antes de verse cogido entre dos fuegos, fue herido en la cadera y en la columna vertebral. Cayó entre los matorrales y permaneció allí oculto hasta que anocheció, para arrastrarse luego penosamente hasta la orilla del arroyo seco. Unos jóvenes guerreros que lo habían buscado dieron con él y se lo llevaron en andas hasta lo alto de una colina próxima, en la que las mujeres –que habían acudido para hacerse cargo de los heridos– tratarían en vano de salvarle la vida. Nariz Romana murió en el transcurso de la noche.

Para los guerreros cheyenes, la muerte de Nariz Romana fue como si se apagara una gran estrella cuya luz fuera indispensable para la vida. Él había creído y les había hecho creer que si continuaban la lucha por su país, como hacía Nube Roja, un día les sonreiría la victoria final.

Después de aquello ni cheyenes ni sioux tenían ánimos para la lucha; sin embargo, mantuvieron sitiados a los exploradores de Forsyth durante ocho días. Éstos se vieron

obligados a alimentarse de la carne de sus caballos muertos y a excavar en la arena en busca de agua. Al octavo día, cuando llegó una columna montada de socorro, los indios ya estaban más que dispuestos a alejarse del hedor que emanaba de aquel lugar.

Los blancos se enorgullecieron mucho de aquella gesta, la batalla fue repetida una y mil veces, en relatos cada vez más adulterados, y finalmente se le dio el nombre de batalla de la isla de Beecher, en honor del joven teniente Frederick Beecher, que murió allí. Los supervivientes presumían de haber matado a centenares de pieles rojas, y aunque las bajas sufridas por los indios no pasaban de 30, lo cierto es que la pérdida de Nariz Romana era irreparable. Para ellos sería siempre la batalla de la muerte de Nariz Romana.

Después de tomarse un descanso, la mayoría de los cheyenes empezaron a moverse en dirección sur. Perseguidos por los soldados, que no les daban cuartel, su seguridad se encontraba ahora junto a sus parientes acampados más abajo del Arkansas. Veían en Cazo Negro un anciano exhausto, pero éste aún estaba vivo y era su jefe.

Los indios ignoraban que aquel soldado jefe llamado Sheridan, que se les antojaba como un oso enfadado, planeaba ya su primera campaña al sur del Arkansas. Cuando llegaran las nieves de las lunas frías, pensaba enviar a Custer con su caballería para completar la destrucción de todos los poblados de "salvajes" indios, la mayoría de los cuales habían respetado escrupulosamente las obligaciones contraídas en virtud de los tratados. Para Sheridan, todo indio que se resistía cuando se abría fuego contra él era un "salvaje".

Durante aquel otoño, Cazo Negro estableció un poblado junto al río Washita, a 60 kilómetros al este de las Antelope Hills; a medida que llegaban los jóvenes guerreros de

regreso de Kansas, el anciano jefe los reconvenía por su alejamiento, pero los aceptaba de nuevo en su banda como haría un padre con un hijo pródigo. En noviembre, como oyera rumores de la aproximación de los soldados, Pequeña Toga, dos jefes arapajos y él decidieron emprender un viaje de casi cien kilómetros río abajo; seguirían el curso del Washita para alcanzar Fort Cobb, en aquel entonces cuartel general del agente que les había sido asignado al sur del Arkansas. Mandaba el fuerte el general William M. Hazen, a quien cheyenes y arapajos habían calificado de amable y comprensivo con ocasión de las visitas que habían efectuado en el transcurso del verano anterior.

En esta situación de urgencia, no obstante, Hazen no se mostró en absoluto cordial. Cuando Cazo Negro pidió permiso para trasladar sus 180 viviendas más cerca de Fort Cobb, para ganar cierta protección, Hazen se negó rotundamente a la demanda, como se negó también a la solicitud de autorización para la reunión de cheyenes y arapajos con kiowas y comanches establecidos en las cercanías. El general insistió en que si la delegación india regresaba a sus lugares de procedencia y cuidaba de que los jóvenes guerreros no salieran de ellos, nada malo podría ocurrir. Después de entregar a sus visitantes algo de azúcar, café y tabaco, Hazen los despidió; sabía que, al corriente de los dramáticos planes de Sheridan, probablemente no volvería a verlos jamás.

Tras enfrentarse a un frío viento del norte, que poco después se convertiría en una horrorosa tormenta de nieve, los decepcionados jefes emprendieron el regreso a sus poblados, donde llegaron durante la noche del 26 de noviembre. Cansado por el largo viaje, Cazo Negro convocó a consejo a los miembros más relevantes de la tribu. (George Bent no estaba presente, pues había llevado a su esposa, la

sobrina de Cazo Negro, de visita al rancho de William Bent en Colorado.)

Esta vez, Cazo Negro advirtió a los suyos de que no debían ser pillados por sorpresa, como ocurriera en Sand Creek. En lugar de esperar a que vinieran los soldados por ellos, él acudiría a su encuentro al frente de una delegación, para hacerles ver que el poblado cheyene era pacífico. La nieve era abundante y caía ininterrumpidamente, pero tan pronto como las nubes abandonaran el cielo, se pondría en marcha.

Aunque aquella noche Cazo Negro se acostó muy tarde, el alba lo sorprendió ya fuera de su tienda, como era su costumbre. El cielo comenzó a aclararse y, a pesar de que un grueso manto de bruma tan sólo dejaba entrever el valle, las nieves de las montañas vecinas ya empezaban a fundirse.

De repente, llegó hasta él la voz de una mujer que profería gritos histéricos: "¡Soldados, soldados!". Cazo Negro se dirigió presuroso a su tienda en busca del rifle. Entretanto, había tomado una determinación. Debía levantar el campo y ordenar la huida inmediata, pues no quería ser testigo de un nuevo Sand Creek. Más tarde, acudiría de nuevo al Washita para parlamentar con los militares. Tras elevar su rifle hacia el cielo, hizo un disparo de alarma. El poblado cobró vida al instante; impartió órdenes a voz en grito de que todo el mundo montara a caballo y se alejara a toda prisa, luego aguardó a que su mujer desatara su cabalgadura y se la llevara.

Se disponía a marchar hacia el vado cuando sonó la trompeta, que se sobrepuso a los gritos y exclamaciones de los soldados lanzados a la carga. La nieve ahogaba el ruido de los cascos de los caballos, pero no el de los correaes y cueros sacudidos ni el clamor de los clarines. (Custer había llevado consigo su banda de música y les había ordenado

interpretar *Gary Owen* para la carga.)

Cazo Negro esperaba que los soldados hicieran su aparición por el vado; en cambio, se los veía acercarse a gran paso a través de la bruma y por los cuatro costados. ¿Cómo iba a ser posible hacer frente a cuatro columnas en plena carga y hablarles de paz? Vivirían un nuevo Sand Creek. Tras tomar la mano de su mujer, la elevó a la grupa de su caballo, al tiempo que jaleaba a éste para que ganara velocidad. También ella había vivido la matanza de Sand Creek, que como una pesadilla cruel se reproducía una vez más ante sus ojos.

Se encontraban casi en el vado cuando apareció ante ellos una de las columnas atacantes. Cazo Negro frenó su caballo y alzó la mano en señal de paz. Una bala lo hirió en el abdomen y otra fue a alojarse en su espalda. Cazo Negro cayó a tierra; dispararon varias balas más a su mujer, que estaba a su lado, y el caballo huyó. Los soldados atravesaron el vado y aplastaron en pocos momentos aquellos cadáveres unidos, cubiertos ahora por un sudario de barro.

Las órdenes que Sheridan dio a Custer habían sido explícitas: "Proceder en dirección sur hacia las Antelope Hills y de allí hasta el Washita, supuesto reducto de las tribus hostiles; destruir luego sus poblados y caballos, dar muerte a todos los guerreros y tomar prisioneros a las mujeres y niños".

En pocos minutos, no quedaba nada del poblado de Cazo Negro; transcurridos unos más, se produjo la matanza de unos 100 caballos encerrados en los corrales. Para matar a los guerreros habría que proceder a una selección entre mujeres, ancianos y niños presentes, y los soldados consideraron mucho más expeditivo actuar indiscriminadamente. Murieron 103 cheyenes, pero sólo diez de ellos eran guerreros. Cincuenta y tres fue el número de

mujeres y niños presos.

Para entonces, el eco de las detonaciones había llevado allí a una multitud de arapajos del poblado vecino, que se unieron a los escasos cheyenes supervivientes en una acción contra la retaguardia. Una partida de arapajos rodeó a una patrulla formada por 19 soldados, al mando del mayor Joe Elliot, y no dejó uno con vida. Hacia el mediodía, empezaron a llegar kiowas y comanches, desde sus emplazamientos más lejanos río abajo. Cuando Custer vio el creciente número de enemigos en las colinas lindantes, reunió a sus prisioneros y, sin esperar a conocer la suerte del mayor Elliot y de sus hombres, emprendió la marcha forzada en dirección a su base temporal de Camp Supply, junto al río Canadian.

Allí, el general Sheridan aguardaba ansioso las noticias de la victoria de Custer. Cuando se le informó de que regresaba la caballería, dio orden de que formara toda la guarnición en honor de los esforzados. Con la banda en acción a toda fuerza y enarbolando las cabelleras de Cazo Negro y del resto de "salvajes" muertos, Custer entró en la posición, donde fue saludado por Sheridan "por los valientes y eficaces servicios prestados".

En el informe oficial de su victoria sobre los "salvajes carniceros" y "bandas salvajes de crueles merodeadores", el general Sheridan se ufanaba de "haber barrido al viejo Cazo Negro [...], aquella vieja y cascada nulidad". Declaraba seguidamente que había ofrecido amparo a Cazo Negro, siempre que éste acudiera al fuerte antes de que dieran comienzo las operaciones militares. "Él se negó –mentía Sheridan–, y murió en combate."

Jefe Alto Wynkoop, que había dimitido de su cargo en protesta por la política de Sheridan, se encontraba muy lejos, en Filadelfia, cuando le llegó la noticia de la muerte de Cazo Negro. Wynkoop afirmó que su viejo amigo había sido

traicionado y que “había encontrado la muerte a manos de hombres blancos, en quienes él había confiado demasiado, y que ahora se vanagloriaban con crueldad de poseer la cabellera de su amigo”. Otros blancos, que habían conocido y estimado a Cazo Negro, atacaron también la política belicista de Sheridan, que ignoró sus observaciones y los llamó “buenos y píos eclesiásticos [...], encubridores y cómplices de salvajes que asesinan sin piedad a hombres, mujeres y niños”.

El gran guerrero Sherman apoyó a Sheridan desde el primer momento y le ordenó que prosiguiera su campaña de muerte contra los indios hostiles, aunque al mismo tiempo debía recluir en campos especiales a quienes se mostrasen simpatizantes, para exponerles a los beneficios de la civilizada cultura del hombre blanco.

En respuesta a esta demanda, Sheridan y Custer se trasladaron a Fort Cobb, desde donde mandaron emisarios a las cuatro tribus presentes en la zona, con advertencia expresa de que si no acudían a la plaza para presentar su adhesión incondicional, serían perseguidas y exterminadas sin remisión. El mismo Custer fue en busca de los indios amigos, y para esta operación recabó la asistencia de una de las jóvenes más atractivas que se encontraban entre las prisioneras, a la que alistó en calidad de intérprete, aunque no hablaba ni una palabra de inglés.

A finales de diciembre, los supervivientes de la banda de Cazo Negro empezaron a llegar a Fort Cobb. Lo hacían a pie porque Custer había mandado matar todos sus caballos. Pequeña Toga, que era entonces el jefe nominal de la tribu, fue llevado ante Sheridan, a quien comunicó que cada vez era mayor el número de los suyos que morían de hambre. Custer había reducido a cenizas sus reservas para el invierno, no era posible encontrar búfalos a lo largo del Washita y se

habían comido a todos sus perros.

Sheridan replicó que los cheyenes recibirían provisiones si se presentaban en Fort Cobb y ofrecían su rendición incondicional. “No es posible hacer la paz con vosotros ahora y sufrir de nuevo vuestros ataques tan pronto llegue la primavera –repuso Sheridan–. Si no estáis dispuestos a restablecer la paz total, regresa a tus tierras y deja que sean las armas las que resuelvan este problema de una vez.”

Pequeña Toga sabía que sólo podía dar una respuesta. “Tú debes decirnos qué debemos hacer”, dijo.

Oso Amarillo (Yellow Bear), de los arapajos, convino también en llevar a su gente a Fort Cobb. Pocos días después, Tosawi se presentó con la primera banda comanche capitulante. Sus ojos brillaban extrañamente cuando se halló en presencia de Sheridan. Al decir su nombre, añadió unas palabras en mal inglés: “Tosawi, indio bueno”, dijo.

Entonces, el general Sheridan pronunció aquellas palabras que se harían inmortales. “Los únicos indios buenos que he conocido estaban muertos.” El teniente Charles Nordstrom, testigo del hecho, recordó y relató el evento, que con el tiempo pasaría a convertirse en aforismo común en América: *El único indio bueno es el indio muerto.*

Durante aquel invierno, cheyenes y arapajos, además de algunos comanches y kiowas, sobrevivieron gracias a los despojos que les daba el hombre blanco en Fort Cobb. Llegada la primavera de 1869, el gobierno de los Estados Unidos decidió concentrar a comanches y kiowas alrededor de Fort Still, mientras cheyenes y arapajos eran llevados a una reserva establecida junto a Camp Supply. Algunas de las bandas de soldados perro cheyenes seguían aún en sus campamentos, alineados a lo largo del río Republican; otras, con Toro Alto al frente, habían acudido al fuerte en busca de

raciones y protección.

Mientras los cheyenes eran trasladados desde Fort Cobb a Camp Supply, tras seguir el curso del Washita, Pequeña Toga discutió con Toro Alto, a quien, con sus guerreros jóvenes, culpó de la mayor parte de los problemas habidos con los soldados. El jefe de los soldados perro acusó a su vez a Pequeña Toga de ser débil como Cazo Negro, de inclinarse ante las exigencias de los blancos. Finalmente, declaró que no permitiría que lo recluyeran en los confines de una mísera reserva, elegida por los blancos al sur del Arkansas. Los cheyenes habían constituido siempre un pueblo libre. ¿Qué derecho tenía el blanco a indicarles dónde debían vivir? Permanecerían libres o morirían. Pequeña Toga ordenó, furioso, a Toro Alto y a sus guerreros que abandonaran la reserva cheyene para siempre. Si no lo hacían así, él mismo se aliaría a los soldados para expulsarlos. Toro Alto replicó con orgullo que conduciría a los suyos al norte, donde se uniría con los cheyenes septentrionales, que, con los sioux de Nube Roja, habían expulsado a los hombres blancos del territorio del río Powder.

Así, como ocurriera ya una vez después de la matanza de Sand Creek, los cheyenes se dividieron de nuevo. Casi 200 guerreros y sus familias emprendieron la penosa marcha hacia el norte, a las órdenes de Toro Alto. En mayo, luna que ve el desarrollo de los potros, se unieron a las bandas que habían invernado junto al Republican. Mientras se preparaban para la larga y peligrosa marcha al Powder, Sheridan envió una fuerza de caballería, mandada por el general Eugene A. Carr, en busca de los disidentes. Los soldados de Carr descubrieron su campamento y atacaron sin aviso, con tanta violencia como había hecho Custer cuando cayó sobre Cazo Negro. Sin embargo, esta vez una banda de guerreros sacrificó su vida en una maniobra de división, para

que sus familias lograran ponerse a salvo.

Al dispersarse en pequeños grupos, los indios evitaron la persecución de Carr. Transcurridos algunos días, Toro Alto convocó a todos los guerreros y los lanzó a una expedición punitiva contra la comarca de Smoky Hill. Arrancaron casi cuatro kilómetros de la vía férrea y atacaron pequeños asentamientos de colonos, a quienes dieron muerte con la misma crueldad que había mostrado para con ellos el mando militar. Al recordar que Custer había tomado como prisioneros a varias mujeres cheyenes, Toro Alto hizo otro tanto con dos blancas supervivientes de aquellas matanzas. Ambas eran inmigrantes alemanas (Maria Weichel y Susannah Allerdice) y ninguno de los cheyenes podía comprender sus palabras implorantes. La presencia de las dos mujeres era un estorbo, pero Toro Alto insistió en que debían ser tomadas prisioneras y tratadas como hicieran los chaquetas azules con las mujeres cheyenes.

Para evitar a los soldados de caballería, que no cesaban de recorrer la región en busca de indios, Toro Alto y su gente decidieron permanecer en movimiento continuo. Progresaban igualmente hacia el norte, a través de Nebraska y Colorado. Y transcurría el mes de julio cuando Toro Alto alcanzó Summit Springs, donde esperaba poder cruzar el Platte. Sin embargo, dado el caudal del río, debieron establecer un campamento temporal. Toro Alto destacó a algunos jóvenes guerreros para que buscaran un vado practicable. Estaba en curso la luna de las cerezas maduras y hacía mucho calor. La mayoría de los cheyenes descansaban a la sombra de sus tiendas.

Casualmente, los exploradores pawnees del mayor Frank North encontraron aquel día las huellas de los cheyenes fugitivos. (Estos pawnees eran los mismos mercenarios que cuatro años antes habían penetrado en el territorio del

Powder con el general Connor y habían sido repelidos por los guerreros de Nube Roja.) Sin que mediara aviso alguno, pawnees y chaquetas azules cargaron contra el campamento de Toro Alto. Llegaban por el este y por el oeste, de modo que a los atacados no les quedaba más salida que el sur. Los caballos corrían en desorden; los hombres intentaban hacerse con ellos desesperadamente, y las mujeres y los niños emprendieron la huida a pie.

Muchísimos fueron los que no lograron ponerse a salvo. Toro Alto y una veintena de sus hombres buscaron refugio en un barranco. Entre ellos se encontraban su mujer y su hijo, además de las dos prisioneras alemanas. Cuando los pawnees y los soldados atacaron el campamento, una docena de guerreros dieron su vida por proteger la entrada del barranco.

Toro Alto tomó su hacha y practicó algunas hendiduras en la pared de riscos para ganar una posición más elevada y, posiblemente, mucho más difícil de alcanzar. Disparó una vez, se ocultó con rapidez y, cuando se erguía de nuevo para volver a disparar, una bala lo alcanzó en la cabeza.

En unos minutos, los pawnees y los soldados habían arrasado el barranco y no quedaban más cheyenes vivos que la mujer y el hijo de Toro Alto. Las dos mujeres alemanas habían sido alcanzadas por los disparos, pero una de ellas aún vivía. Los hombres blancos dirían más tarde que Toro Alto había abierto fuego contra las cautivas, pero los indios jamás creyeron que aquel jefe pudiera haber malgastado sus balas de una manera tan tonta.

Nariz Romana estaba muerto, Cazo Negro estaba muerto, Toro Alto estaba muerto. Ahora, todos ellos eran indios buenos. Como había ocurrido con el antílope y el búfalo, entre las filas de los orgullosos cheyenes se abrió paso el fantasma de la extinción.

VIII. ASCENSO Y CAÍDA DE DENEHOGAWA

1869: El 4 de marzo, Ulysses S. Grant asume la presidencia de los Estados Unidos. El 10 de mayo, Union Pacific y Central Pacific se unen en Promontory Point; de este modo se establece la primera línea férrea transcontinental. El 13 de septiembre, Jay Gould y James Fisk intentan monopolizar el mercado del oro. El 24 de septiembre, el gobierno libera oro hacia el mercado para que bajen los precios; el "Viernes negro" lleva a la ruina y al desastre financiero a los pequeños especuladores. El 24 de noviembre se constituye la Asociación Americana para el Voto de la Mujer. El 10 de noviembre, Wyoming aprueba una ley que concede a la mujer el derecho al voto y al ejercicio de cargos públicos. El 30 de diciembre se funda en Filadelfia la asociación Knights of Labor (Caballeros del Trabajo). Mark Twain publica *Inocentes en el extranjero*.

1870: El 10 de enero, John D. Rockefeller funda la Standard Oil Company para monopolizar la industria. El 15 de febrero da comienzo la construcción de la Northern Pacific Railroad. En junio, la población de los Estados Unidos asciende a 38.558.371 habitantes. El 18 de julio, en Roma, el Concilio Vaticano declara dogma la infalibilidad del papa. El 19 de julio, Francia declara la guerra a Prusia. El 2 de septiembre, Napoleón III capitula ante Prusia. El 19 de septiembre da comienzo el sitio de París. El 20 de septiembre, William M. Tweed, jefe Tammany, es acusado de robar la tesorería de la ciudad de Nueva York. El 29 de noviembre, la educación se hace obligatoria en Inglaterra. Empieza en Nueva Inglaterra la fabricación de papel a partir de pasta de madera.

Aunque este país estuvo una vez totalmente habitado por los indios, las tribus que ocupaban los territorios que ahora constituyen los estados del este del Mississippi, muchas de ellas poderosas, han sido exterminadas una por

una durante sus vanos esfuerzos por detener el progreso de la civilización occidental [...]. Cuando alguna tribu se mostró disconforme con la violación de sus derechos naturales, o de aquellos sancionados por tratados, sus miembros fueron abatidos de manera inhumana, y su población, en conjunto, tratada peor de lo que se trata a los perros [...]. Fue presumiblemente un sentimiento de humanidad el que informó la política original de trasladar y concentrar a los indios en el oeste, para salvarlos de la amenazante extinción. Pero hoy, en razón del inmenso incremento de la población estadounidense y de la extensión de sus asentamientos por todo el oeste, cubriendo ambas vertientes de las Montañas Rocosas, las razas indias se ven amenazadas más que nunca en la historia de este país por el exterminio inminente.

DONEHOGAWA (ELY PARKER), primer indio comisionado
oficial para asuntos indios

Cuando los supervivientes cheyenes de la batalla de Summit Springs llegaron por fin al territorio del Powder, hallaron que muchas cosas habían cambiado durante los tres inviernos que habían permanecido en el sur. Nube Roja había ganado su guerra, los fuertes habían sido abandonados y no se veían chaquetas azules al norte del Platte. Pese a ello, los campamentos de cheyenes del norte y sioux bullían de rumores; se decía que el gran padre blanco de Washington quería que se trasladaran aún más al este, hacia el río Missouri, donde la caza era muy limitada. Algunos de los comerciantes blancos, amigos de los indios, decían que en el tratado de 1868 había quedado establecido que la

agencia de los sioux tetons estaba situada en el Missouri. Nube Roja despreciaba estas habladurías. Recordaba que cuando acudió a Laramie para la firma del tratado, había dicho a los oficiales de los chaquetas azules que presenciaron el acto de tomar la pluma que él quería Fort Laramie como lugar de intercambio de mercancías y demás transacciones; de lo contrario, se negaba a firmar. Y ellos, los blancos, habían aceptado estas condiciones.

En la primavera de 1869, Nube Roja llevó a 1.000 oglalas a Fort Laramie para intercambiar mercancías y recoger las provisiones prometidas en el tratado. El jefe del puesto le dijo que el lugar de operaciones de los sioux se encontraba en Fort Randall, en el río Missouri, y allí debían dirigirse para retirar vituallas y demás. Como Fort Randall estaba a más de 500 kilómetros de distancia, Nube Roja se rió del comandante del puesto y solicitó permiso para comerciar en Laramie. Con 1.000 guerreros armados que le aguardaban frente al fuerte, al jefe militar no le cupo duda alguna acerca de lo que le convenía hacer, de manera que aceptó el plan de Nube Roja. Le aconsejó, no obstante, que se estableciera con su gente cerca de Fort Randall antes de que llegara la próxima ocasión de intercambios.

Pronto resultó evidente que las autoridades de Fort Laramie no hablaban por hablar. A Cola Moteada y sus pacíficos brulés ni siquiera se les permitió acampar en las proximidades del fuerte, y cuando a aquél se le dijo que si deseaba provisiones no tendría más remedio que ir por ellas a Fort Randall, los brulés atravesaron la llanura para establecerse cerca de su nuevo centro de transacciones. También llegó a su fin la vida fácil de los vagos de Laramie, que debieron reemprender sus operaciones en un medio que, si no les era francamente hostil, sí, por lo menos, del todo extraño.

Sin embargo, Nube Roja permanecía impasible. Había ganado el territorio del Powder tras una dura campaña. Fort Laramie era el puesto de intercambio más próximo y no tenía la menor intención de viajar tan lejos en busca de provisiones.

En el otoño de 1869, los indios de las llanuras se encontraban en absoluta paz y los rumores seguían circulando sin cesar por sus campamentos. Se decía que un nuevo gran padre había sido elegido en Washington, el presidente Grant. También se rumoreaba que éste había nombrado a un indio como pequeño padre para los de su raza. Aquello no era fácil de creer. El comisionado para asuntos indios había sido siempre un blanco, que, además, sabía leer y escribir. ¿Acaso el Gran Espíritu había enseñado, por fin, a leer y a escribir a un hombre rojo, para que éste pudiera convertirse en el pequeño padre de los indios?

Transcurría la luna de la nieve que irrumpe en los tipis (enero de 1870) cuando a los rumores existentes se sumó uno nuevo, procedente del territorio de los piesnegros. En algún lugar próximo al río Marias, en Montana, los soldados habían rodeado un campamento de piesnegros piegans, a los que habían dado muerte como conejos encerrados en una trampa. Estos indios de las montañas eran enemigos de siempre de sus hermanos de las llanuras, pero todo había cambiando ahora, y cuando los soldados mataban indios, fuera donde fuera, todas las tribus empezaban a sentirse inquietas. El ejército trató de mantener aquel desafortunado lance en secreto, anunciando tan sólo que el mayor Eugene M. Baker, de Fort Ellis, había conducido una columna de caballería contra unos piesnegros ladrones de caballos. No obstante, los indios de las llanuras conocieron toda la verdad incluso antes de que las noticias hubieran llegado a la oficina estatal de asuntos indios en Washington.

Las semanas siguientes fueron testigo de algunos hechos extraños y alarmantes. Los indios mostraron su enfado en algunas agencias, celebrando reuniones inflamadas en las que el gran padre era tratado de "tonto y perro, sin orejas ni sesos" y los militares, objeto de toda clase de insultos e invectivas. Hubo lugares donde las cosas llegaron a extremos más violentos y no fueron pocos los edificios incendiados; al mismo tiempo, los delegados del gobierno eran hechos prisioneros o expulsados de las reservas.

A causa del secreto que rodeaba la matanza del 23 de enero, el comisionado para asuntos indios no se enteró de lo sucedido hasta transcurridos tres meses. Un joven oficial del ejército, el teniente William B. Pease, agente de los piesnegros, puso en peligro su carrera al comunicar a aquél la realidad de los hechos. Tras valerse del pretexto de que unas pocas mulas habían sido robadas de un vagón de carga, el mayor Baker había organizado aquella expedición de castigo para atacar después el primer campamento que descubrió durante su marcha. El lugar no estaba defendido y consistía principalmente en unas cuantas chozas pobladas por viejos, mujeres y niños, muchos de los cuales sufrían de viruela. De los 219 piegans del asentamiento, sólo 46 huyeron para contarlos; 33 hombres, 90 mujeres y 50 niños murieron a medida que abandonaban, despavoridos, sus refugios.

Tan pronto hubo recibido aquel informe, el comisionado pidió que se investigara de inmediato aquel asunto.

Aunque el nombre inglés del comisionado era Ely Parker, en verdad se llamaba Donehogawa, Guardián de la Puerta Oeste de la Casa Alargada de los Iroqueses (Keeper of the Western Door of the Long House of the Iroquois). Cuando era joven y vivía en la reserva Tonawanda del estado de Nueva York, su nombre era Hasanoanda de los iroqueses seneca,

pero pronto se había dado cuenta de que, con un nombre indio, jamás sería tomado en serio en el mundo de los hombres blancos, así que, ambicioso y decidido, tomó el de Parker y se propuso hacer fortuna.

Tras él quedaba más de medio siglo de luchas contra toda suerte de prejuicios; a veces había combatido con fortuna, otras había advertido su frustrante impotencia. Antes de cumplir diez años se había puesto a trabajar en un establo del ejército y su orgullo se sintió herido con frecuencia, cuando los oficiales lo reprendían por sus escasos conocimientos de inglés. El determinado muchacho seneca empezó a acudir a una escuela de misioneros. Estaba decidido a aprender a leer y a escribir inglés con absoluta perfección, de manera que jamás hubiera hombre blanco que volviera a burlarse de él. El paso siguiente fue convertirse en abogado; ¿acaso, de esta manera, no podría ayudar mejor a los suyos? En aquellos tiempos, un joven llegaba a ser abogado después de trabajar en un despacho de abogados y de aprobar un examen oficial ante las autoridades competentes del gobierno. Ely Parker trabajó durante tres años en un bufete de Ellicottville, Nueva York, pero cuando solicitó el examen de graduación, se le dijo que sólo los varones blancos eran aceptados para la práctica legal en Nueva York. No hacía falta, pues, que solicitara examen alguno. La adopción de un nombre inglés no había cambiado el color bronceado de su piel.

Parker no desistió. Después de investigar qué profesiones u oficios de los blancos no estaban vedados a los indios, Parker se incorporó al Instituto Politécnico Rensselaer, donde superó con éxito todos los cursos de ingeniería civil. Pronto encontró trabajo en el canal Erie. Antes de cumplir treinta años, el gobierno de los Estados Unidos lo seleccionó para dirigir la supervisión de la construcción de compuertas y

edificios. En 1860 sus obligaciones profesionales lo llevaron a Galena, Illinois, donde conoció y trabó amistad con el dependiente de un almacén de arneses. Este empleado era un antiguo capitán del ejército llamado Ulysses S. Grant.

Cuando estalló la guerra civil, Parker regresó a Nueva York con la intención de organizar un regimiento de indios iroqueses que lucharan del lado de la Unión. Su solicitud de permiso para proceder con esta idea fue denegada por el gobernador, quien replicó sin más que no había sitio para los iroqueses entre los voluntarios de Nueva York. Parker ignoró la ofensa y viajó hasta Washington para ofrecer sus servicios al gobierno en calidad de ingeniero. Por entonces, el ejército de la Unión estaba muy necesitado de ingenieros diestros, pero no de ingenieros indios. "La guerra civil es un asunto del hombre blanco –se le dijo–. Regresa a tu casa, cultiva tu granja y nosotros resolveremos nuestros problemas sin la ayuda de indio alguno." Parker regresó a la reserva de Tonawanda, pero comunicó a su amigo Ulysses S. Grant las dificultades que encontraba para alistarse en el ejército de la Unión. Grant necesitaba ingenieros y, después de luchar durante meses contra toda la burocracia castrense, logró que le fueran enviadas órdenes a su amigo indio, con el que se reunió en Vicksburg. Juntos lucharon desde Vicksburg hasta Richmond y cuando Lee capituló en Appomatox, el teniente coronel Ely Parker fue uno de los testigos del acto. Gracias a su excelente capacidad de redacción, redactó los términos de la rendición, a petición de Grant.

Durante los cuatro años siguientes, el brigadier general Parker sirvió en varias misiones cuyo fin era resolver las diferencias surgidas con algunas tribus indias. En 1867, después de la batalla del fuerte Phil Kearny, ascendió el río Missouri para investigar las causas del malestar que embargaba a los indios de las praderas del norte. Cuando

regresó a Washington era portador de muchas ideas de renovación referidas a la política nacional en la cuestión india; sin embargo, tuvo que esperar un año para ponerlas en práctica. Cuando Grant fue elegido presidente, Parker se convirtió en el comisionado para asuntos indios, pues se entendía que sería capaz de tratar con éstos de manera más inteligente que cualquier blanco.

Parker emprendió su nueva tarea con mucho entusiasmo, pero pronto se dio cuenta de que la oficina india estaba aún más corrompida de lo que cabría haber imaginado. Era necesario un barrido concienzudo de los burócratas, atrincherados en sus puestos privilegiados desde hacía muchos años. Con el apoyo de Grant, estableció un sistema para nombrar agentes, basándose en las recomendaciones de varios institutos religiosos. Dado que numerosos cuáqueros se presentaron voluntarios para la tarea, el nuevo plan fue conocido por el nombre de Plan Cuáquero de Grant o plan de paz para los indios.

Además, se creó un consejo de comisionados que debía velar por la buena marcha de la oficina india. Parker recomendó que este consejo estuviera compuesto por blancos e indios. Pero dado que ninguno de estos últimos poseía la más remota influencia política, de la institución mixta soñada por Parker sólo quedó un cuerpo de vigilancia enteramente blanco.

Durante el invierno de 1869-1870, el comisionado Parker (o Donehogawa de los iroqueses, como él se sentía cada vez más) vio, complacido, la paz de la frontera occidental. Sin embargo, con la primavera siguiente llegaron los primeros informes acerca de la rebelión de algunos indios de las llanuras. La primera pista real que obtuvo de la situación fue el comunicado que le hizo llegar el teniente Pease acerca de la matanza de los piesnegros piegans. Parker sabía que, a

menos que se hiciera algo para restaurar de inmediato la confianza de los indios en las buenas intenciones del gobierno, la guerra general llegaría con el verano.

Parker no ignoraba la insatisfacción de Nube Roja, ni su determinación férrea por conservar el territorio que se le había asignado en virtud de un tratado legal; tampoco le eran ajenos los deseos del jefe indio de lograr un puesto de intercambio y transacciones cerca de sus asentamientos. Aunque Cola Moteada había acudido a Fort Randall, reserva india junto al río Missouri, los brulés se contaban ahora entre los indios más rebeldes. Con su enorme prestigio en las llanuras, Nube Roja y Cola Moteada parecieron al comisionado los jefes más indicados para tratar de llegar a un entendimiento. ¿Sería posible que un jefe iroqués se ganara la confianza de los sioux? Donehogawa no era capaz de saberlo con certeza, pero valía la pena probar.

El comisionado envió una atenta invitación a Cola Moteada, pero era demasiado astuto –al fin y al cabo, él también era indio– para hacer otro tanto con Nube Roja. Sin duda alguna, un mensaje directo sería considerado por éste como una especie de petición, que inflamaría aún más su fuerte orgullo. Por medio de un intermediario, Nube Roja fue informado de que se le consideraría como a un hijo distinguido si accedía a visitar la casa del gran padre de Washington.

La idea de tal viaje intrigó a Nube Roja; le daría, además, la oportunidad de hablar con el gran padre y comunicarle que los sioux no deseaban reserva alguna junto al río Missouri. Por otra parte, le sería posible comprobar si el pequeño padre de los indios, el comisionado llamado Parker, era realmente indio y si era verdad que podía hablar y escribir como un hombre blanco.

Tan pronto como el comisionado se enteró de que Nube

Roja estaba dispuesto a acudir a Washington, envió al coronel John E. Smith a Fort Laramie, para que escoltara a sus huéspedes. A su vez, Nube Roja eligió a 15 oglalas para que lo acompañaran, y el 26 de mayo embarcaron en un vagón especial de la línea Union Pacific e iniciaron su largo recorrido hacia el este.

Desde luego, era una tremenda experiencia verse montados en su viejo enemigo, el caballo de hierro. Omaha, ciudad de nombre indio, parecía una colmena de hombres blancos, y Chicago, otro nombre indio, resultaba terrorífica con tanto ruido y edificios que parecían llegar hasta el cielo. Los hombres blancos eran numerosísimos y andaban siempre apresurados, pero, al dar tantas vueltas, daba la impresión de que no llegarían jamás al punto de su destino.

Al cabo de cinco días de traqueteo y movimiento, el caballo de hierro dejó a los indios en Washington. Salvo Nube Roja, el resto de sus acompañantes se sentían violentos y maravillados. El comisionado Parker era verdaderamente un indio y los recibió con toda cordialidad: "Estoy muy contento de veros hoy aquí. Sé que habéis tenido que hacer un viaje muy largo para ver al gran padre, el presidente de los Estados Unidos. Me alegra que no hayáis sufrido percance alguno y que todos estéis bien. Deseo saber cuanto antes qué tiene que decir Nube Roja en su nombre y en nombre de los suyos".

"Pocas son las palabras que tengo que decir –respondió Nube Roja–. Cuando oí que mi gran padre me permitiría venir a verte, me sentí contento y no vacilé un instante en acudir. Telegrafía ahora a mi pueblo y diles que estoy a salvo. Eso es todo lo que tengo que decir por hoy." Cuando Nube Roja y los oglalas hicieron su llegada a la Washington House de la avenida Pennsylvania, donde se había reservado una *suite* para ellos, les sorprendió hallar allí a Cola Moteada

y a una delegación de brulés. Como el primero había obedecido la orden del gobierno y había trasladado a su gente a la reserva del río Missouri, el comisionado Parker no las tenía todas consigo acerca de lo que pudiera pasar cuando se enfrentara con Nube Roja. Sin embargo, los dos sioux tetons estrecharon sus manos, y Cola Moteada se apresuró a decir a Nube Roja que sus brulés y él odiaban con todas sus fuerzas el emplazamiento que les habían asignado y que deseaban regresar cuanto antes a sus terrenos de caza de Nebraska, al este de Fort Laramie; Nube Roja, a su vez, aceptó al brulé como aliado recuperado.

Al día siguiente, Donehogawa de los iroqueses llevó a sus huéspedes de visita por la ciudad, que incluyó la asistencia a una sesión del Senado, la visita a los astilleros de la Marina y al arsenal general. Para el viaje, se había provisto a los sioux de ropas de hombre blanco y era evidente que la mayoría de ellos se sentían terriblemente incómodos a causa de aquellas negras levitas estrechas y de los botines. Cuando Donehogawa les dijo que Mathew Brady los había invitado a su estudio para hacerles fotografías, Nube Roja respondió que la idea no le gustaba en absoluto. "No soy un hombre blanco, sino un sioux -explicó-. No estoy vestido para una cosa así."

Donehogawa comprendió de inmediato. Comunicó a sus huéspedes que, si les satisfacía más vestir sus calzones de piel de cabra, mantas y mocasines con ocasión de la cena con el presidente Grant en la Casa Blanca, éste no pondría la menor objeción.

En la recepción que se llevó a cabo en la Casa Blanca, los sioux se sintieron muchísimo más impresionados por los centenares de titilantes luces que parecían bailar en lo alto de los resplandecientes candelabros que por el gran padre y sus ministros, diplomáticos extranjeros y congresistas, que

habían acudido a contemplar a aquellos hombres salvajes en medio de Washington. Cola Moteada, al que gustaba la buena comida, expresó su aprobación por las fresas con nata. “No hay duda de que los hombres blancos tienen muchas más cosas para comer que las que envían a los indios”, observó.

Durante los días siguientes, Donehogawa se dedicó a la ardua tarea de discutir con Nube Roja y Cola Moteada. Para lograr una paz duradera, debía saber exactamente cuáles eran los deseos de los indios y poder así resistir las presiones de los políticos que representaban a los hombres blancos que trataban de quedarse con las tierras de los indios. La suya no era una posición envidiable. Finalmente, concertó una reunión en el Departamento del Interior, tras invitar a representantes de todas las áreas del gobierno para que pudieran tratar por sí mismos con los visitantes indios.

El secretario del Interior, Jacob Cox, abrió la sesión con aquella perorata tan conocida por los indios, pues la habían oído numerosas veces. El gobierno deseaba concederles armas y municiones para la caza, afirmó Cox, pero no podía proceder así hasta no tener la seguridad de que todos los indios estaban en paz.

—Mantened la paz —concluyó— y os haremos justicia.

No dijo nada acerca de la reserva sioux del Missouri. Y Nube Roja respondió estrechando la mano de Cox y de los demás funcionarios presentes.

—Miradme —dijo—, yo crecí en esta tierra que ve salir el sol; ahora vengo de la que lo ve ponerse. ¿De quién fue la primera voz jamás oída en esta tierra? De los hombres rojos, armados tan sólo con arcos y flechas. El gran padre dice que es bueno y amable con nosotros. Yo no lo creo así. Yo soy bueno con su pueblo. Me envió su palabra y yo he hecho un largo viaje para acudir a su casa. Mi rostro es rojo, el vuestro es pálido. El Gran Espíritu os ha hecho leer y escribir; a mí,

no. Yo no he aprendido. Vengo aquí para decirle a mi gran padre lo que no me gusta en mi país. Todos rodeáis al gran padre y sois jefes grandes. Los hombres que el gran padre nos envía no tienen sentido, no tienen corazón.

“Yo no quiero mi reserva del Missouri, es la cuarta vez que he hablado así. —Nube Roja se detuvo un momento para señalar hacia donde se encontraban Cola Moteada y la delegación brulé—. He aquí algunas gentes que ahora vienen de allí. Sus hijos mueren como las ovejas, el país no les sienta bien. Yo nací junto a los brazos del Platte y se me enseñó que la tierra me pertenecía por los cuatro costados. Cuando vosotros enviáis provisiones a mi pueblo, más de la mitad es robada en el camino, de modo que a nosotros nos llega un mísero puñado. Me hicieron poner mi marca en un papel, y eso es todo cuanto obtuve por mi tierra. Ya sé que la gente que enviáis para estos trabajos es mentirosa. Miradme. Soy pobre y ando desnudo. No quiero la guerra con mi gobierno [...], quiero que le digáis todo esto al gran padre.

—Haremos saber al presidente —respondió Donehogawa de los iroqueses— cuanto Nube Roja ha dicho. El mismo presidente me comunicó sus deseos de hablar muy pronto con Nube Roja.

Nube Roja fijó su mirada en aquel hombre rojo que había aprendido a leer y a escribir y que se había convertido en el pequeño padre de los indios.

—Bien podríais conceder a mi pueblo la pólvora que solicitamos —replicó—. No somos más que un puñado, y vosotros, una nación grande y poderosa. Vosotros fabricáis toda la munición; sólo pido un mínimo que permita subsistir a mi pueblo. El Gran Espíritu ha hecho salvajes todas las cosas que pueblan mi territorio, nosotros debemos ir en su busca, cazar. No es éste vuestro caso: salís y tomáis cuanto necesitáis. Tengo ojos. Veo todo lo que hacéis vosotros, los

blancos: criáis ganado y otras cosas. Sé que en unos años yo deberé hacer lo mismo; está bien. No tengo más que decir.

Los otros indios, oglalas y brulés, se apelotonaron alrededor del comisionado, pues todos deseaban hablar con aquel hombre que había llegado a ser su pequeño padre.

La entrevista con el presidente se realizó el 9 de junio, en la Casa Blanca. Nube Roja repitió gran parte de lo que había dicho anteriormente en el Departamento del Interior, subrayando sobre todo que su pueblo no deseaba vivir en la reserva del Missouri. El tratado de 1868, añadió, les daba derecho a comerciar en Fort Laramie y a contar con una reserva de aprovisionamiento en el Platte. Grant evitó toda respuesta directa, pero prometió que se haría justicia con los indios sioux. El presidente sabía que el tratado ratificado por el Congreso no hacía mención alguna a Fort Laramie o al Platte; declaraba, en cambio, de forma explícita, que la reserva sioux se establecería en "algún lugar del Missouri". En privado, sugirió al secretario Cox y al comisionado Parker que reunieran de nuevo a los indios al día siguiente y les explicaran los términos del tratado.

Donehogawa durmió mal aquella noche, pues sabía que los sioux habían sido engañados. Cuando el tratado impreso les fuera mostrado y leído, no les gustaría. A la mañana siguiente, en el Departamento del Interior, el secretario Cox repasó el tratado punto por punto, cláusula por cláusula, mientras Nube Roja escuchaba con paciencia la lenta traducción de las palabras inglesas. Al final declaró con firmeza: "Es la primera vez que oigo semejantes palabras. Jamás he sabido de ellas y no pienso atenerme a su significado".

El secretario Cox repuso que no podía creer que alguno de los delegados de paz pudiera haber mentido respecto al

tratado firmado en Laramie.

“Yo no he dicho que los comisionados mintieran –replicó Nube Roja–, pero los intérpretes se equivocaron. Cuando los soldados abandonaron los fuertes, yo firmé un tratado de paz, pero no éste. Y queremos que este asunto quede bien claro.” Sin más, se levantó y buscó la salida de la sala. Cox le ofreció una copia del documento en cuestión, al tiempo que le sugería que se hiciera explicar todos y cada uno de los puntos por su propio intérprete, para que pudieran reunirse de nuevo y llegar a una conclusión satisfactoria para todos. “No me llevaré este papel –afirmó Nube Roja, decidido–, no es más que una sarta de mentiras.”

Aquella noche, en el hotel, los sioux hablaron de regresar a su casa al día siguiente. Algunos señalaron que les daría mucha vergüenza volver a los suyos para decirles que habían sido engañados cuando pusieron sus firmas en el tratado de 1868. Sería mejor morir allí, en Washington. Sólo la intercesión de Donehogawa, el pequeño padre, logró persuadirlos de que asistieran a una nueva reunión. Él mismo les ayudaría a interpretar el tratado de manera más conveniente. Ya había visitado al presidente Grant, al que había convencido de que existía una solución para aquel problema.

A la mañana siguiente, Donehogawa recibió a los indios en el Departamento del Interior y les dijo que el secretario Cox les comunicaría en seguida la nueva interpretación del tratado. Al mismo tiempo les expresaba su sentimiento por lo que él calificó de malentendido. Aunque el territorio del río Powder se encontraba *fuera* de la reserva permanente, caía *dentro* de la zona prevista como terreno de caza. Si algunos de los sioux preferían vivir en sus terrenos de caza, en lugar de hacerlo en la reserva, tenían libertad para proceder de esta manera. Tampoco era necesario que acudieran a la

reserva para comerciar y retirar sus provisiones.

Así, por segunda vez en dos años, Nube Roja había logrado una victoria sobre el gobierno de los Estados Unidos, si bien esta vez había contado con la ayuda de un iroqués. Nube Roja lo reconoció así, mientras se acercaba al comisionado Parker para estrecharle la mano. "Ayer, cuando vi el tratado y todas las falsedades que contenía –empezó a decirle–, me sentí enfurecido, y supongo que a ti te sucedió lo mismo. [...] Ahora estoy contento. [...] Nosotros constituimos 32 naciones y tenemos una casa de consejos, como vosotros aquí. Antes de partir celebramos consejo, y las demandas que yo os he hecho son las de los jefes que quedaron para aguardar mi regreso. Todos somos iguales."

La reunión terminó en una atmósfera de cordialidad. Nube Roja pidió a Donehogawa que le dijera al gran padre que ya no quedaba nada más que tratar y que él estaba dispuesto a embarcarse de nuevo en el caballo de hierro para regresar a su hogar.

Cox, sonriente, informó a Nube Roja de que el gobierno había planeado para los sioux una visita a la ciudad de Nueva York, antes de que emprendieran el viaje de vuelta.

"No deseo viajar así –replicó Nube Roja–. Quiero seguir una línea recta. Ya he visto demasiadas ciudades [...] y no tengo nada que hacer en Nueva York. Quiero volver a mi hogar por donde vine. Los blancos son iguales en todos los sitios. Y debo verlos todos los días."

Más tarde, cuando se le dijo que había sido invitado a pronunciar un discurso ante los habitantes de la gran ciudad, Nube Roja cambió de parecer. En Nueva York se quedó asombrado ante la tumultuosa bienvenida que se le brindó en el Cooper Institute. Por primera vez tenía la oportunidad de dirigirse al pueblo, y no, como hasta entonces, a funcionarios.

“Queremos mantener la paz –les dijo–. ¿Estáis dispuestos a ayudarnos? En 1868 acudieron unos hombres con papeles. No podíamos enterarnos de cuanto allí se encontraba escrito y ellos no nos dijeron su verdadero significado. Nosotros creímos que el tratado dejaba bien claro que serían desmantelados los fuertes y que cesarían las luchas. Pero ellos querían enviarnos mercaderes al Missouri, adonde nosotros no deseábamos ir; los mercaderes debían acudir a nuestro propio territorio. Cuando estuve en Washington, el gran padre me explicó de verdad en qué consistía el tratado y afirmó que los intérpretes nos habían engañado. Todo lo que pido ahora es justo, y así se lo he dicho al gran padre. No obtuve todo el éxito que deseaba.”

Ciertamente, Nube Roja no había logrado todos sus objetivos. Y aunque regresó a Fort Laramie animado por el sentimiento de que contaba con numerosos amigos blancos en el este, a su llegada descubrió que le aguardaban no menos enemigos en el oeste. Los colonos, rancheros, comerciantes y demás, muchos de los cuales se dedicaban a actividades más bien oscuras, se oponían al establecimiento de una reserva india en cualquier lugar cercano al rico valle del Platte. Y su influencia se dejaba sentir en Washington.

Durante todo el verano y el otoño de 1870, Nube Roja y su lugarteniente, Hombre Temido hasta por sus Caballos, trabajaron duramente para conseguir la paz. A instancias de Donehogawa, el comisionado, reunieron a docenas de poderosos jefes y los llevaron a Fort Laramie para participar en un consejo, cuyo objeto era decidir la situación de la agencia sioux. Se encontraban allí Cuchillo Embotado y Pequeño Lobo, de los cheyenes del norte; Muchos Osos (Plenty Bear), de los arapajos; Jefe Hierba (Chief Grass), de los sioux piesnegros, y Pie Grande (Big Foot), de los

minneconjous. Éstos siempre se habían mostrado escépticos ante las intenciones del blanco. Toro Sentado, de los hunkpapas, se oponía a toda clase de tratado o establecimiento de reservas. “Los hombres blancos han puesto mala medicina sobre los ojos de Nube Roja – afirmaba– para que éste no vea más de lo que a ellos les interesa.”

Pero Toro Sentado menospreciaba la astuta tenacidad de Nube Roja. Cuando el caudillo oglala se enteró, durante el consejo, de que los delegados del gobierno querían establecer la reserva sioux a 65 kilómetros al norte del Platte, en un lugar llamado Raw Hides Butte, se opuso firmemente. “Cuando volváis al lado del gran padre – sentenció–, decís que Nube Roja no está dispuesto a ir a Raw Hides Butte.” Luego se trasladó con su gente al territorio del río Powder, para pasar el invierno, con la confianza de que Donehogawa, el iroqués, aclararía las cosas en Washington. Sin embargo, el poder del comisionado Ely Parker iniciaba su ocaso. En Washington, sus enemigos blancos cerraban filas contra él.

Aunque la tenaz resistencia de Nube Roja logró que se estableciera una reserva temporal a 51 kilómetros al este de Fort Laramie, en el Platte, sólo se permitió a los sioux servirse de ella durante menos de dos años. Para entonces, Donehogawa ya había abandonado Washington. Finalmente, en 1873, esta reserva fue trasladada a las fuentes del río White, en el noroeste de Nebraska, lejos de la ruta seguida por la creciente inmigración. Cola Moteada y sus brulés también obtuvieron permiso para abandonar Dakota y dirigirse al nuevo emplazamiento. Al cabo de un año, poco más o menos, se estableció allí mismo Camp Robinson, y los militares iban a dominar las reservas de Nube Roja y de Cola Moteada cuando llegaran los años difíciles.

A las pocas semanas de la visita de Nube Roja a Washington, Donehogawa empezó a encontrarse con sus primeros problemas serios. Las reformas que había llevado a cabo le habían creado muchos enemigos en los medios políticos de la capital (sobre todo en el llamado círculo indio), acostumbrados desde hacía mucho tiempo a servirse de la oficina de asuntos indios en beneficio de sus propios intereses. Cuando el comisionado logró que se cancelaran todos los planes de prospección minera, en las estribaciones de las Bighorn, su suerte estaba echada. Un grupo de blancos, que deseaban operar en las tierras asignadas a los sioux mediante tratado, juraron vengarse de la medida, creándole enemigos en todo el oeste.

Se fundó la asociación Bighorn en territorio cheyene y sus miembros eran acérrimos partidarios del Destino Manifiesto: "Los ricos y hermosos valles de Wyoming están destinados a servir de alojamiento y manutención a la raza anglosajona. La riqueza que, desde los tiempos más remotos, ha permanecido oculta debajo de la nieve que cubre las cimas más altas no ha sido puesta allí por la Providencia sino para recompensar a los espíritus bravos, cuyo destino es formar la vanguardia de la civilización. Los indios deben hacerse a un lado; de lo contrario, serán arrollados por la inexorable y siempre creciente marea de la emigración. El destino de los aborígenes está escrito en caracteres inequívocos. El mismo árbitro inescrutable que declaró la caída de Roma ya ha pronunciado la sentencia de extinción de los hombres rojos de América".

Durante el verano de 1870, un pequeño grupo de enemigos de Donehogawa trató de poner a éste en una situación violenta ante el Congreso, al retrasar la provisión de fondos para la compra de víveres destinados a los indios.

Mediada ya la estación, empezaron a llegar telegramas a la oficina del comisionado, en los que diversos agentes le comunicaban la imperiosa necesidad de obtener provisiones para evitar que los hambrientos indios a su cargo abandonaran las reservas en busca de caza para subsistir; de otro modo, la violencia se presumía inevitable.

El comisionado respondió con la compra inmediata, a crédito, de los víveres necesarios, sin aguardar a recibir las habituales ofertas de proveedores. A continuación dispuso el envío de las provisiones, lo cual se hizo a un coste algo superior a lo estipulado normalmente en los contratos vigentes. Sólo así sería posible evitar la muerte de tantos indios hambrientos; claro que, para poner en práctica aquellas medidas sin dilación alguna, Donehogawa se vio obligado a contravenir algunas regulaciones, que no por menores impidieron a sus enemigos revolverse sañudamente contra él.

Sin esperarlo, el primer ataque vino de William Welsh, comerciante y misionero. Welsh había sido uno de los primeros miembros del consejo supervisor de asuntos indios; aunque no duró mucho en su cargo, que abandonó a petición propia. Las razones que entonces lo animaron a tomar esa decisión se hicieron evidentes en diciembre de 1870, con ocasión del envío de una carta suya a varios periódicos de Washington, con el ruego de inmediata publicación. Welsh acusaba al comisionado de "fraude y negligencia en la conducta de los asuntos indios" e incriminaba al presidente Grant por el hecho de haber elevado a un puesto de responsabilidad a un hombre "que no es más que un bárbaro". Era evidente que Welsh estaba convencido de que los indios tomaban el sendero de la guerra porque no eran cristianos y, por consiguiente, la solución adecuada al problema indio era convertirlos, sin más, al cristianismo.

Cuando descubrió que Ely Parker Donehogawa se mostraba tolerante hacia las primitivas religiones de los hombres rojos, el disgusto de aquel puritano alcanzó magnitudes enormes y presentó su dimisión irrevocable para hacerlo patente.

Tan pronto como apareció en la prensa la carta de Welsh, los enemigos de Donehogawa aprovecharon la oportunidad que se les brindaba para conseguir su cese en el cargo. Antes de que transcurriera una semana, el comité de apropiaciones de la Cámara de Representantes adoptó una resolución encaminada a investigar las acusaciones de que era objeto el comisionado de asuntos indios, que fue convocado ante las autoridades competentes y sometido a interminables careos e interrogatorios. Welsh presentó 14 cargos concretos que Donehogawa debía demostrar infundados. Finalizado el proceso, el comisionado fue absuelto de todas las acusaciones y felicitado por haber convencido a las tribus indias de que "el gobierno actúa con seriedad, y se debe confiar en él", al tiempo que, al haber evitado una nueva guerra en las llanuras, había ahorrado millones al tesoro.

Sólo los amigos íntimos de Donehogawa supieron lo doloroso y cruel que había resultado para éste el proceso recién concluido. Parker consideraba traicionera la actitud de Welsh, en especial la insinuación de que ("no es más que un bárbaro") no se encontraba a la altura del cargo que ocupaba.

Durante varios meses se planteó el camino que debía tomar. Por encima de todo, quería contribuir al progreso de los de su raza, pero por ello no dejaba de pensar que, al ser él mismo un indio, su permanencia en el puesto que desempeñaba, objeto de las insidias de sus enemigos políticos, acaso resultara contraproducente para aquellos a los que deseaba ayudar. Por otra parte, Donehogawa se preguntaba si no sería causa de incomodidad social para su

viejo amigo, el presidente Grant.

Hacia finales del verano de 1871, decidió presentar su dimisión. Dijo a sus amigos que el motivo eran las continuas ofensas de que era objeto públicamente; no obstante, declaró que, de nuevo libre, podría velar con más atención por los suyos. Como había previsto, la prensa se desató en un ataque postrero, al insinuar que podría haber formado parte del círculo indio, traicionando así a su propia raza.

Donehogawa ignoró estas insidiosas observaciones; después de 50 años de lo mismo ya se había acostumbrado a los prejuicios del hombre blanco. Se trasladó a Nueva York, amasó una fortuna en aquella edad de oro de las finanzas y acabó sus días serenamente como Donehogawa, Guardián de la Puerta Oeste de la Casa Alargada de los Iroqueses.

IX. COCHISE Y LAS GUERRILLAS APACHES

1871: El 28 de enero, París se rinde al ejército alemán. El 18 de marzo, alzamiento comunista en París. El 10 de mayo se firma el tratado de paz franco-alemán; Francia cede Alsacia-Lorena a Alemania. El 28 de mayo es aplastado el alzamiento en París. El 8 de octubre, gran incendio en Chicago. El 12 de octubre, el presidente Grant hace pública una proclama contra el Ku Klux Klan. El 10 de noviembre, Henry M. Stanley se encuentra en África con el doctor Livingstone. Primera exposición impresionista en París. Se publica *El origen del hombre*, de Darwin.

1872: El 1 de marzo se declara de dominio público el Parque Nacional de Yellowstone. Se deshace la corrupta banda Erie, de James Fisk y Jay Gould. En junio, el Congreso de los Estados Unidos deroga la ley de impuestos federales sobre la renta. En octubre, importantes dirigentes republicanos son acusados de percibir acciones del Crédit Mobilier a cambio de ejercer influencia política en beneficio de la Union Pacific Railroad. El 5 de noviembre, Susan B. Anthony y otras sufragistas son arrestadas en Rochester (Nueva York) por tratar de votar. El 6 de noviembre es reelegido el presidente Grant.

De joven recorrí todo este país de este a oeste y jamás vi a otra gente que no fuera la apache. Después de muchos veranos, emprendí de nuevo la marcha y descubrí que otra raza se estaba apoderando de él. ¿Cómo era posible? ¿Por qué los apaches parecen aguardar la muerte con resignación, como si la vida se les escapara por la punta de los dedos? Vagan por las colinas y llanuras en espera de que caiga el cielo sobre ellos. Los apaches fueron una gran nación, pero son pocos los que ahora

quedan, por esta razón desean morir y ofrecen su vida con sus mismas manos.

COCHISE, de los apaches chiricahuas

No quiero vagar más por las montañas, deseo cerrar un gran trato [...]. Mantendré mi palabra hasta que se derritan las piedras. [...] Dios hizo al hombre blanco y Dios hizo al apache, y éste tiene tanto derecho al país como aquél. Quiero firmar un tratado duradero; así, ambos podrán recorrer el país sin problemas.

DELSHAY, de los apaches tontos

De no haber sido por la matanza, serían muchísimos más los aquí presentes; pero, después de lo ocurrido, ¿quién era capaz de soportarlo? Cuando hice la paz con el teniente Whitman, mi corazón, ensanchado, rebosaba de alegría. La gente de Tucson y de San Xavier deben estar locas. Han actuado como si carecieran de cabeza y de corazón. [...] Deben estar sedientos de nuestra sangre. [...] Esa gente de Tucson escribe para los papeles y cuenta su propia historia. Los apaches no tienen a quién contarle la suya.

ESKIMINZIN, de los apaches aravaipas

Desde la visita de Nube Roja, en 1871, el comisionado Ely Parker y otros funcionarios del gobierno trataron la conveniencia de invitar a Cochise, el gran jefe apache, a Washington. Aunque en territorio apache no había habido ninguna campaña militar de importancia desde la partida del general Carleton, a finales de la guerra civil eran frecuentes las escaramuzas entre bandas de indios errantes y colonos blancos, mineros y comerciantes que irrumpían en territorio apache en busca de mercados. El gobierno había dispuesto cuatro reservas en Nuevo México y Arizona, pero fueron muy pocos los apaches que se decidieron a ocuparlas. Parker esperaba que Cochise contribuyera al logro de una paz duradera en aquella zona y comunicó a sus representantes allí destacados la conveniencia de invitar al jefe indio a la capital de la nación.

Recién nacida la primavera de 1871, aquéllos lograron dar con su hombre, quien después de todo rechazó la invitación. Respondió simplemente que desconfiaba de todo representante del gobierno, fuera civil o militar.

Cochise era un apache chiricahua. Aventajaba en talla a la mayoría de su gente, tenía unas espaldas poderosas y un tórax elevado, y su rostro, de ojos negros, larga y recta nariz y amplia frente, quedaba enmarcado por una cabellera leonina de color azabache. Los blancos que lo habían conocido hablaban de sus amables maneras y de la apostura y pulcritud de su aspecto.

Cuando los blancos llegaron a Arizona por primera vez, Cochise les había dado la bienvenida. En 1855, con ocasión de un encuentro con el mayor Enoch Steen, Cochise había prometido permitir el paso por sus tierras de los estadounidenses que seguían la ruta sur hacia California. De este modo, no puso objeción alguna al establecimiento en Apache Pass de una estación de postas de la Butterfield

Overland Mail Company; de hecho, los chiricahuas establecidos en la zona solían cortar leña para el puesto a cambio de provisiones.

Entonces, un día de febrero de 1861, Cochise recibió un mensaje en el que se solicitaba su presencia en la estación para dialogar con un oficial del ejército. Dando por seguro que se trataba de un asunto de rutina, Cochise acudió acompañado de cinco miembros de su familia: su hermano, dos sobrinos, una mujer y un niño. El militar que deseaba verlo era el teniente George N. Bascom, del 7º de infantería; había sido destacado al mando de una compañía de soldados, para recuperar una punta de ganado y a un muchacho mestizo, desaparecidos del rancho de John Ward. Este último había acusado del hecho a los chiricahuas de Cochise.

Tan pronto como éste y sus acompañantes hicieron su entrada en la tienda de Bascom, se vieron rodeados por 12 soldados, al tiempo que el teniente exigía de modo perentorio la devolución del ganado y del muchacho.

La noticia no era nueva para Cochise. Sabía que una banda de coyoteros del Gila había estado merodeando por el rancho de Ward y probablemente, dijo, se hallarían ahora en Black Mountain. Pensó que no le sería difícil hacer un trato. La respuesta de Bascom fue una nueva acusación contra los chiricahuas. Al principio, Cochise creyó que el joven oficial sólo trataba de intimidarlo o que se burlaba de él. Sin embargo, Bascom era corto de genio y al darse cuenta de que el indio tomaba sus palabras un tanto a la ligera, ordenó el arresto inmediato de aquél y de sus familiares en calidad de rehenes.

Cuando los soldados se cerraron en torno a ellos para cumplir la orden, Cochise rajó con su cuchillo una de las paredes de la tienda y huyó bajo una lluvia de metralla. Aunque resultó herido, logró escapar; sus parientes, en

cambio, quedaron prisioneros. Para liberarlos, Cochise y sus guerreros capturaron a tres blancos en la ruta Butterfield e intentaron concertar un intercambio con el teniente Bascom, el cual se negó rotundamente, a menos que en el trato se incluyera al muchacho y al ganado desaparecidos.

Furioso ante la negativa de Bascom, que no los consideraba inocentes, Cochise bloqueó Apache Pass y sitió la plaza que alojaba a los soldados. Tras un nuevo y vano intento de negociar, Cochise ejecutó a los prisioneros; fueron mutilados por los indios con sus lanzas, siguiendo una práctica cruel aprendida de los españoles. A los pocos días se vengó Bascom, ahorcando a los tres familiares varones de Cochise.

En este momento histórico, los chiricahuas trasladaron a los estadounidenses el odio que habían sentido siempre por los españoles. A lo largo de un cuarto de siglo, la nación apache entera iba a sostener una guerra de guerrillas intermitente, la más costosa en vidas humanas y en bienes de todas las guerras indias.

Hacia 1861, el gran jefe guerrero de los apaches era Mangas Colorado (Red Sleeves), de setenta años y estatura aún más impresionante que la de Cochise. Pertenecía a la tribu de los mimbrenos y ejercía su autoridad sobre numerosas bandas dispersas por el sureste de Arizona y el suroeste de Nuevo México. Cochise estaba casado con la hija de Mangas Colorado y, a raíz del incidente con Bascom, ambos jefes indios unieron sus fuerzas para expulsar a los estadounidenses de sus tierras. Se sucedieron los ataques contra las caravanas, cesó el movimiento de diligencias y correos, y fueron centenares los mineros obligados a huir a toda prisa del territorio comprendido entre las montañas Chiricahua y Mogollon. Por otra parte, una vez estallada la guerra entre los chaquetas azules y los chaquetas grises,

Mangas Colorado y Cochise tuvieron muchas ocasiones de vérselas con los últimos antes de repelerlos hacia el este.

Entonces, en 1862, el Jefe de Estrellas Carleton llegó, procedente de California, con millares de chaquetas azules que parecían llenar todas las rutas que atravesaban el territorio chiricahua. Al principio llegaron en pequeños grupos, que siempre se detenían en busca de agua junto al manantial que nacía cerca de la plaza abandonada de Apache Pass. Había llegado la luna del caballo, 15 de julio, cuando Mangas Colorado y Cochise decidieron desplegar a sus hombres por las alturas que dominaban el paso y la fuente. Tres compañías de infantería y una tropa montada de escolta se acercaban por el oeste, al paso cansino de dos vehículos muy cargados. Cuando la columna estaba extendida a lo largo del estrecho paso, los apaches cayeron de pronto sobre sus 300 componentes. Tras un breve intercambio de disparos, los soldados buscaron la salvación en la huida.

Los apaches no los persiguieron pues sabían que el militar insistiría. Formadas de nuevo las filas, los soldados trataron otra vez de salvar el paso. Pocos centenares de metros llegaron a separarlos de las fuentes, pero el terreno era descubierto y su objetivo se encontraba a merced de los indios desplegados en derredor. La vanguardia mantuvo la posición durante unos minutos, los suficientes para que los dos carromatos se unieran a ella. Nubes de humo negro ocultaron a éstos por unos instantes, mientras los estampidos de poderosos cañones atronaban el espacio y la metralla silbaba por todas partes. Los apaches ya habían oído los pequeños cañones de los españoles, pero aquellos carros de fuego eran algo novedoso y terrorífico para ellos. Siguió la desbandada y los soldados tomaron posesión de las aguas que manaban generosamente de la tierra.

Pero Mangas Colorado y Cochise no estaban dispuestos a

abandonar su presa. Si lograran alejar a pequeños grupos de soldados del cañón, aún podrían alcanzar la victoria. A la mañana siguiente, cuando advirtieron que un pequeño destacamento se alejaba a caballo para dirigirse hacia el oeste probablemente para avisar al grueso de la fuerza que les seguía, Mangas Colorado salió a la cabeza de 50 guerreros para cortarles la retirada. Durante la lucha entablada poco después, el jefe indio fue herido en el pecho y cayó inconsciente de su caballo. Anonadados por la pérdida de su caudillo, los guerreros abandonaron la lucha y llevaron consigo al herido.

Cochise estaba decidido a salvar la vida de Mangas Colorado. No confió en hechiceros ni en brujos salmodiadores; instaló a su suegro en unas angarillas y, escoltado por unos guerreros, cabalgó a todo galope hasta llegar al pueblo de Janos, tras cruzar la frontera de México. Allí vivía un cirujano de gran reputación que, además del cuerpo herido de Mangas Colorado, recibió el siguiente ultimátum: "¡Cúrelo, o de lo contrario arrasaremos el pueblo!".

Meses después, Mangas Colorado se reunió con su pueblo en las Mimbres Mountains. Un amplio sombrero de ala ancha tocaba su cabeza, un sarape de vivos colores arropaba su cuerpo y, por encima de las sandalias chinas adquiridas en México, sus piernas lucían sendas polainas de cuero. Estaba más delgado y su rostro mostraba más arrugas, pero aún podía superar en destreza hípica y en puntería a guerreros cincuenta años más jóvenes que él. Mientras duró su descanso en las montañas, llegó hasta él la noticia de que Carleton había acorralado a los indios mescaleros, confinados luego en Bosque Redondo. Se enteró también de que los chaquetas azules perseguían a los apaches por todas partes. Los atacaban con piezas de artillería como las que en Apache

Pass habían dado muerte a 63 de sus hombres cuando, con Cochise, descargó en vano su último ataque.

Transcurría el tiempo de las hormigas voladoras, enero de 1863, cuando Mangas Colorado estaba acampado junto al río Mimbres. Desde hacía algún tiempo no dejaba de pensar en cómo podría obtener, antes de su muerte, la paz para su pueblo. Una y otra vez volvía a su memoria el tratado que en 1852 había firmado en Santa Fe. Entonces, estadounidenses y apaches habían intercambiado promesas de paz y amistad perpetuas. Siguieron años de armonía, pero ahora todo era hostilidad y muerte. Y su mayor anhelo era devolver la tranquilidad a su pueblo. Él sabía que ni siquiera sus jóvenes guerreros serían capaces de mantener aquella situación durante mucho tiempo. Ni los más astutos, Jerónimo y Victorio, se enfrentarían con éxito al gran poder de los Estados Unidos de América. Quizá fuera mejor concertar un nuevo tratado con los estadounidenses y sus soldados, que para entonces se le antojaban tan numerosos como las mismas hormigas voladoras.

Un día llegó a su campamento un mexicano con enseña de paz. Dijo que algunos soldados, no lejos de allá, deseaban parlamentar pacíficamente. Mangas Colorado consideró el hecho como algo providencial. Le habría gustado más tratar del asunto con un jefe de estrellas; sin embargo, a falta de éste, accedió a la entrevista con el modesto capitán Edmond Shirland, de los voluntarios de California. Los guerreros mimbrenses trataron de disuadirlo. ¿Acaso ya no se acordaba de lo que le había sucedido a Cochise en Apache Pass? Mangas Colorado prefirió ignorar sus temores. Al fin y al cabo, él no era más que un viejo, ¿qué daño podrían hacer los soldados a un anciano que les hablaría de paz? A instancias de sus hombres, Mangas Colorado se dejó acompañar por una pequeña escolta de 15 guerreros

escogidos, con los que se encaminó hacia el campamento militar.

A la vista de éste, la partida se detuvo en espera del capitán. Sin embargo, se destacó un minero que hablaba español, para llevar a Mangas Colorado ante el militar. La guardia apache insistió en que su jefe no debía moverse a menos que los soldados izaran, a su vez, una enseña de tregua. Tan pronto como ésta se mostró, Mangas Colorado ordenó a los suyos que se retiraran; deseaba seguir solo. Amparado por la bandera blanca, dijo, no había nada que temer. Apenas los guerreros se hubieron alejado, a espaldas del jefe surgieron varios soldados con las armas a punto. Había sido hecho prisionero.

“Condujimos a toda prisa a Mangas Colorado a nuestro cuartel de Fort MacLean –contaría más tarde Daniel Conner, uno de los mineros que seguían a los voluntarios de California–, al que llegamos a tiempo para ver al general West. Cuando éste acudió a la celda de Mangas Colorado, se habría dicho que el indio recibía la visita de un pigmeo; de hecho, la elevada estatura del anciano se hacía notar en seguida. A pesar de ello, el prisionero parecía muy abatido y se negaba a hablar; era evidente que se daba cuenta del tremendo error que había cometido al confiar nuevamente en el rostro pálido.”

Fueron dos los soldados encargados de la custodia de Mangas Colorado. Caída ya la noche, el frío era insoportable, razón por la cual encendieron un fuego para calentarse. Uno de los voluntarios de California, el soldado Clark Stocking, relató más tarde que las órdenes dadas por el general West a los guardianes fueron las siguientes: “Quiero verlo mañana por la mañana, vivo o muerto, ¿comprendéis?, mejor muerto”.

A causa de la presencia de los apaches de Mangas

Colorado en aquella zona, se aumentó el número de centinelas que guardaban el campamento por la noche: Daniel Conner, que había sido reclutado a la fuerza, recorría su sector de vigilancia poco antes de medianoche cuando observó que los soldados que guardaban a Mangas Colorado no dejaban de importunarlo. El indio se mostraba inquieto y agitaba continuamente los pies. Conner se apostó en la sombra para averiguar qué estaba sucediendo. Los guardianes calentaban sus bayonetas al fuego y a continuación las aplicaban a las extremidades del indio. Harto ya de la tortura a que se lo sometía, se incorporó y “empezó a maldecir en español, al tiempo que decía a los soldados que él no era un niño con quien se pudiera jugar. Sus protestas no duraron mucho, pues los soldados le apuntaron con sus mosquetes, abrieron fuego y atravesaron su cuerpo”.

Una vez en tierra, vaciaron sobre él sus pistolas. Uno le cortó la cabellera, otro lo decapitó y procedió a separar la carne del hueso, pues esperaba vender el cráneo a un frenólogo del este. El cuerpo decapitado fue arrojado a una acequia. Más tarde, el informe oficial declaró que Mangas Colorado había muerto cuando intentaba fugarse.

Después de esto, como diría Daniel Conner, “los indios se lanzaron a la guerra con gran ardor [...], parecían no tener más objetivo que vengar la muerte de su jefe”.

Desde el territorio chiricahua de Arizona hasta las Mimbres Mountains de Nuevo México, Cochise y sus 300 guerreros iniciaron una violenta campaña. Ésta no podría tener otro final que la expulsión del traicionero blanco o la pérdida de la vida en el empeño. Victorio reunió otra banda, a la que se sumaron mescaleros huidos de Bosque Redondo, y se hicieron tristemente célebres sus incursiones contra las rutas y asentamientos de los blancos a lo largo del río Grande, desde Jornada del Muerto hasta El Paso. Estos minúsculos

ejércitos apaches tuvieron en vilo a los pobladores del suroeste norteamericano durante más de dos años. En su mayoría no tenían más que arcos y flechas, y éstas consistían en frágiles junquillos de un metro de longitud, estabilizados con tres plumas y armadas de puntas de cuarzo triangulares, talladas a base de golpes. Unidas a la caña mediante tiras vegetales mal anudadas, cuando llegaban a su destino se incrustaban con la fuerza de un proyectil de mosquete, pese a la dificultad de su lanzamiento y manejo. Es verdad que los apaches lucharon bien con estas armas, pero eran superados en proporción de cien a uno; es posible que su temple residiera en el conocimiento resignado de que el futuro no les ofrecía más que la muerte o la prisión.

Después del fin de la guerra civil y del alejamiento de Carleton, el gobierno de los Estados Unidos trató de restaurar la paz con los apaches. Durante la luna de la hoja abundante, 21 de abril de 1865, Victorio y Nana se reunieron en Santa Rita con un representante de los Estados Unidos.

—Yo y mi gente queremos la paz —dijo Victorio—. Estamos cansados de la guerra. Somos pobres y es poco lo que tenemos para comer y para vestir. Queremos lograr la paz, una paz duradera, que no se destruya [...]. He lavado mis manos y mi boca con agua fresca, y cuanto he dicho es verdad.

—Puedes confiar en nosotros —añadió Nana.

—No he venido para pedirlos que hagáis la paz, sino para deciros que la conseguiréis si acudís a la reserva de Bosque Redondo —fue la breve respuesta del agente.

Mucho era lo que habían oído acerca de Bosque Redondo, y todo malo.

—No tengo alforjas para guardar lo que me das —comentó Nana lacónicamente—, pero tus palabras han llegado hasta mi corazón y no serán olvidadas.

Victorio solicitó dos días de plazo antes de ponerse en camino para la reserva. Deseaba reunir a los suyos, así como el ganado que poseía. El 23 de abril se encontraría de nuevo con el agente en Pinos Altos.

El funcionario aguardó cuatro días, pero fue en vano. Antes que confinarse en el odiado Bosque Redondo, los apaches preferían arrastrar el hambre, las privaciones y aun la muerte. Algunos se dispersaron en dirección a México y otros fueron a reunirse con Cochise en las Dragoon Mountains. Después de su experiencia en Apache Pass y del asesinato de Mangas Colorado, Cochise no había respondido siquiera a las propuestas de paz. Durante los cinco años siguientes, los guerreros apaches se mantuvieron alejados, por lo general, de los puestos militares, pero ipobre del minero o colono que se aventurara lejos de sus tierras y asentamientos! Hacia 1870, estos ataques se habían hecho muy frecuentes y, dado que Cochise era por entonces el jefe indio más conocido, se le hacía responsable de toda alteración, dondequiera que ésta tuviera lugar.

Por eso, en la primavera de 1871, el comisionado para asuntos indios tenía tanto interés en lograr que Cochise visitara Washington. Sin embargo, aquél no creía que la situación hubiera cambiado un ápice. Su desconfianza era absoluta. Unas semanas más tarde, después de lo sucedido a Eskiminzin y a sus aravaipas en Camp Grant, Cochise estaba más convencido aún de que ningún apache debía poner su vida a merced de los traicioneros estadounidenses.

Eskiminzin y su pequeña banda de 150 seguidores vivían junto al Aravaipa Creek, del que habían tomado el nombre. Su emplazamiento quedaba al norte del reducto de Cochise, entre el río San Pedro y las Galiuro Mountains. Eskiminzin, bajo, robusto, de piernas arqueadas y un rotundo rostro con

aires de mastín no exento de ruda belleza, se mostraba tan amable y tolerante a veces, como intransigente y fiero otras. Un día del mes de febrero de 1871, Eskiminzin se presentó en Camp Grant, pequeño puesto militar situado en la confluencia del Aravaipa con el San Pedro. Había oído decir que el capitán, teniente Royal E. Whitman, era un buen hombre.

Su pueblo carecía de hogar, dijo Eskiminzin, y no les era posible fundarlo en parte alguna, porque los chaquetas azules los perseguían y les disparaban sin más razón que por el hecho de ser indios. Deseaban la paz para poder establecerse y cultivar la tierra junto al Aravaipa.

Whitman preguntó a Eskiminzin por qué no se trasladaban a las White Mountains, donde el gobierno había dispuesto una reserva para ellos. “Ése no es nuestro territorio –replicó el jefe–. Ni aquélla es nuestra gente. Estamos en paz con ellos (los coyoteros), pero nunca nos hemos mezclado. Antes que ellos, nuestros padres y los suyos han vivido en esas montañas y han cultivado maíz en sus valles. Nosotros fabricamos mescal,^[1] nuestro principal alimento, que aquí jamás nos falta en verano y en invierno. En las White Mountains no hay, y sin él enfermamos. Algunos de los nuestros han vivido allí algún tiempo, todos repiten sin cesar ‘Regresemos al Aravaipa, hagamos la paz para siempre y vivamos tranquilos’.”

El teniente Whitman repuso que carecía de autoridad para negociar aquella paz con Eskiminzin y su banda, pero que si ellos entregaban sus armas de fuego, les permitiría establecerse cerca del fuerte en calidad de prisioneros de guerra, hasta que recibiera instrucciones de sus superiores. Eskiminzin estuvo de acuerdo y a los pocos días se efectuó la entrega de armas, entre las que incluso se contaron muchos arcos y flechas. Los indios establecieron un poblado, a unos

pocos kilómetros arroyo arriba, plantaron maíz y empezaron a producir mescal. Whitman estaba impresionado por su laboriosidad, razón por la cual a veces los empleó, para que cortaran heno para los caballos y, de este modo, les daba la ocasión de ganar algún dinero que les permitiera comprar provisiones. Otro tanto hicieron algunos rancheros vecinos. La experiencia tuvo tanto éxito que, hacia mediados de marzo, más de un centenar de nuevos apaches, incluso algunos pinales, se habían unido a la banda de Eskiminzin.

Entretanto, Whitman había escrito a sus superiores para explicarles el caso y solicitarles instrucciones; sin embargo, su comunicación fue devuelta a finales de abril, a causa de un defecto de forma, pues no había sido debidamente registrada en papel oficial. Se sentía inquieto porque sabía que, dada la situación, él era responsable de las acciones de los apaches. Por este motivo, Whitman vigilaba todos los movimientos de Eskiminzin y su gente.

El 16 de abril, unos apaches penetraron en San Xavier, al sur de Tucson, y se llevaron ganado vacuno y caballos. El 13 de abril, cuatro estadounidenses fueron asesinados cerca de San Pedro, al este de Tucson.

En 1871, Tucson constituía un verdadero oasis para 3.000 jugadores, comerciantes, mineros y algunos negociantes que habían hecho fortuna con la guerra civil y esperaban tener la misma suerte si estallaba una guerra india. Esta escoria ciudadana había organizado un comité de seguridad pública, para protegerse de los apaches, pero éstos se dejaban ver rara vez por el pueblo; era frecuente que aquellos sedicentes defensores del bien público montaran partidas en auxilio de comunidades vecinas. Tras las incursiones en abril, algunos miembros del comité anunciaron que los responsables procedían del poblado aravaipa vecino a Camp Grant. Si bien este puesto militar se encontraba a casi 100 kilómetros de

distancia y no era lógico pensar que los indios se desplazaran tan lejos en sus correrías, la comunicación fue rápidamente aceptada por la mayoría de los ciudadanos en Tucson. Al fin y al cabo, aquello de las reservas, donde los indios pudieran vivir en paz y, mal que bien, prosperar, no les convenía en absoluto; una situación así implicaba una reducción de las fuerzas militares y la disminución de sus beneficios en el negocio.

A finales de abril, un veterano combatiente contra los indios, William S. Oury, empezó a organizar una expedición contra los inermes aravaipas de Camp Grant. Seis estadounidenses y 42 mexicanos acudieron a su llamamiento, pero Oury decidió que no eran suficientes para asegurar el éxito. De los indios papagos, que años antes habían sido sometidos por los españoles y convertidos al cristianismo por los frailes que seguían las fuerzas de España, obtuvo 92 mercenarios. El 28 de abril, esta formidable banda de 140 hombres bien armados estaba lista para el ataque.

La primera noticia que recibió el teniente Whitman acerca de esta expedición fue un apresurado mensaje de la pequeña guarnición de Tucson, en el que se le informaba de la salida de una considerable partida de hombres armados con el fin declarado de dar muerte a todos los indios acampados cerca de Camp Grant.

Whitman recibió el despacho a las siete y media de la mañana del 30 de abril.

“Sin pérdida de tiempo, envié a dos intérpretes al campo indio –informaría Whitman más tarde–, con órdenes de explicar a los jefes la gravedad de la situación y comunicarles mis deseos de que se trasladaran inmediatamente, con todos sus bienes, al puesto militar. [...] Los mensajeros regresaron al cabo de una hora. Dijeron que no habían encontrado

ningún indio vivo a quien dar el mensaje.”

Tres horas antes de que Whitman recibiera la comunicación de Tucson, la expedición de castigo ya se había desplegado a lo largo del arroyo y de los accesos al poblado aravaipa. Los hombres apostados en las orillas de la corriente abrieron fuego contra los alojamientos de los indios; los que ocupaban las posiciones elevadas de los riscos cazaron a éstos como conejos cuando, sorprendidos, abandonaban sus cobijos. Media hora después, reinaba de nuevo el silencio. La mayoría de los apaches habían muerto, los demás habían huido o eran prisioneros. Los cautivos eran niños aún, 27 en total, tomados por los papagos cristianizados, con el fin de venderlos como esclavos en México.

Cuando Whitman llegó al poblado, la tierra estaba cubierta de cadáveres mutilados de mujeres y niños. “Muchas habían sido asesinadas mientras dormían junto a las gavillas de heno que, probablemente, aquella mañana pensaban llevar al puesto. Los heridos que no habían podido huir presentaban la cabeza destrozada a palos; otros cadáveres habían sido atravesados por innumerables flechas, después de que el plomo hubiera dado con ellos en tierra. Todos estaban desnudos.”

El cirujano C. B. Briesly, que acompañó al teniente Whitman, relató que dos de las mujeres “yacían en posición tal, y era tan inequívoco el aspecto que presentaban sus órganos genitales y sus heridas, que no puede caber duda alguna de que habían sido violadas antes de que las mataran. [...] Un niño de unos diez meses había recibido dos balazos y tenía una pierna separada casi por completo del cuerpo”.

El teniente temía que los supervivientes que habían logrado huir a las montañas lo acusaran de no haber sabido protegerlos debidamente. “Pensé que ocuparme del entierro

de sus muertos sería una buena prueba de mi simpatía hacia ellos y, en efecto, mientras procedían a los trabajos de inhumación, fueron muchos los que regresaron al lugar para llorar a los suyos. La escena era de un horror indescriptible [...], del centenar de cadáveres enterrados, uno era el de un anciano, otro pertenecía a un muchacho; el resto, mujeres y niños [...].” Entre las víctimas que siguieron luego, por las heridas, y el número de desaparecidos, fueron 144 los muertos en la operación. Eskiminzin no regresó y se daba por seguro que pronto entraría en guerra con los blancos, como represalia por lo ocurrido.

“Mi mujer y mis hijos han sido asesinados delante de mí – dijo uno de los dolientes a Whitman– y no he podido defenderlos. Cualquier indio en mi lugar tomaría su navaja y se cortaría el cuello.” Por fin, una vez que el teniente hubo empeñado su palabra de no descansar hasta que se hiciera justicia, los aravaipas convinieron en reconstruir el poblado e iniciar una nueva vida.

Los tenaces esfuerzos de Whitman lograron llevar a los asesinos de Tucson ante los tribunales. La defensa arguyó que aquellos ciudadanos habían seguido el rastro de los apaches hasta el poblado aravaipa. Oscar Hutton, testigo de la acusación, dijo: “Afirmo sin lugar a dudas que nunca se formó partida alguna a partir de nuestro puesto”. F. L. Austin, comerciante; Miles L. Wood, tratante de ganado, y William Kness, que cuidaba el correo desde Tucson hasta Camp Grant, coincidieron en lo expuesto. El juicio duró cinco días, el jurado deliberó 19 minutos, el veredicto fue de inocencia.

Su impopular defensa de los apaches le costó la carrera al teniente Whitman. Con el tiempo superaría tres consejos de guerra, basados en ridículas acusaciones, y al cabo de varios años de olvido en las listas de ascenso se retiró

voluntariamente.

A pesar de todo, la matanza de Camp Grant había llamado la atención de Washington sobre los apaches. El presidente Grant calificó el ataque de “puro asesinato”, y ordenó que las altas esferas del ejército y la oficina de asuntos indios tomaran medidas urgentes para llevar la paz al suroeste.

En julio de 1871, el general George Crook llegó a Tucson para tomar el mando del departamento de Arizona. Pocas semanas más tarde, Vincent Colyer, representante especial de la oficina india, hacía su llegada a Camp Grant. Ambos se mostraban muy interesados en concertar una entrevista con los jefes apaches más sobresalientes, Cochise en particular.

Colyer se reunió en primer lugar con Eskiminzin, con la esperanza de que éste recuperara su talante apacible. El jefe indio no se opuso al encuentro. “Con seguridad, el comisionado habrá pensado vérselas con un gran capitán – observo Eskiminzin en voz baja– y no tiene ante él sino a un hombre pobre, lejos de aquella imagen. Hace tres lunas, yo era un capitán. Tenía muchos seguidores, pero la mayoría de ellos han sido asesinados. Pocos son los míos ahora. Pero no me he alejado mucho desde entonces; sabía que aquí contaba con amigos, pero no me abandonaba el temor de volver. Nunca tuve mucho que decir, pero sí que me gusta este lugar. Con esto queda todo dicho, pues ya de pocos puedo ser portavoz. De no haber sido por la matanza, muchos estarían aquí presentes; después de lo ocurrido, ¿cómo cabría esperarlo? Cuando hice la paz con el teniente Whitman, mi corazón rebosaba de alegría. Las gentes de Tucson y de San Xavier deben de estar locas. Han obrado como si carecieran de cabeza y de corazón. [...] Deben estar sedientos de nuestra sangre. [...] Escriben para los papeles y cuentan su propia historia. Los apaches no tienen a quién

contarle la suya.”

Colyer prometió contar al gran padre el relato de los apaches, y a todos los blancos que lo ignoraban.

—Pienso que debe haber sido Dios quien te ha dado un buen corazón y te ha enviado a nosotros, o que debes haber tenido unos buenos padres que te han hecho comprensivo.

—Fue Dios —respondió Colyer.

—Fue él —repuso Eskiminzin, aunque por la traducción los blancos se quedaron con la duda de si sus palabras habían sido afirmativas o interrogativas.

El siguiente en la lista de Colyer era Delshay, de los apaches tontos. Este jefe indio, de unos treinta y cinco años de edad, robusto y de espaldas anchas, llevaba un pendiente de plata en una oreja; su expresión era más bien fiera y solía desplazarse siempre con gran prisa, haciendo gala de sus dotes de consumado jinete. Ya en 1868, Delshay había acordado mantener a los suyos en paz y hacer uso de Camp McDowell, establecimiento situado en la ribera occidental del río Verde, para sus intercambios y gestiones. Sin embargo, su desconfianza en los chaquetas azules aumentaba por momentos. En una ocasión, uno de los oficiales había disparado contra él una descarga de perdigones, sin que Delshay alcanzara a saber la razón; ahora, su suspicacia lo había convencido de que el cirujano del puesto había tratado de envenenarlo. Tras estas experiencias, Delshay se había mantenido alejado de Camp McDowell.

El comisionado Colyer llegó a la plaza a finales de septiembre, provisto de una autorización que lo capacitaba para valerse de los servicios del ejército, para que éste pudiera contribuir a su acercamiento a Delshay. Las enseñas de paz, señales de humo y fogatas no obtuvieron respuesta alguna por parte de Delshay, quien, antes de dejarse ver, quería estar muy seguro de las verdaderas intenciones de los

chaquetas azules. Cuando, por fin, convino en entrevistarse con el capitán W. N. Netterville, en Sunflower Valley (31 de octubre de 1871), Colyer ya había regresado a Washington. Allí recibió una copia de las observaciones hechas por Delshay con ocasión de aquel encuentro.

“No quiero vagar más por las montañas –decía–, deseo cerrar un gran trato, [...] lograr una paz duradera; mantendré mi palabra hasta que se derritan las piedras.” Sin embargo no deseaba regresar con los suyos a Camp McDowell, no era un buen sitio; después de todo había sido herido allí y habían intentado envenenarlo. Esta tribu prefería vivir en Sunflower Valley, cerca de las montañas, donde podrían cultivar fruta y cazar para su sustento. “Si el gran capitán de Camp McDowell no establece un puesto donde yo digo –insistía Delshay–, no me será posible hacer más, pues Dios hizo al hombre blanco y Dios hizo al apache, y éste tiene tanto derecho al país como aquél. Quiero firmar un tratado que dure y que permita a uno y a otro recorrer el país sin problemas. Tan pronto como hayamos cerrado el trato, quiero que se me dé un papel para poder viajar como el hombre blanco. Colocaré una roca de forma visible y, cuando ésta se derrita, será señal de que el tratado debe romperse. Si llegamos a este acuerdo, espero que el gran capitán acuda a verme cuando quiera que lo llame, como haré yo a mi vez, si es él quien me solicita. Si el gran capitán no cumple las promesas escritas en el tratado, enterraré su palabra en un hoyo y lo cubriré de basura. Prometo que si se firma un tratado, el hombre blanco o sus soldados podrán dejar pastar sus caballos y sus mulas libremente, sin necesidad de que se les vigile, y, si alguno de los apaches trata de robarlos, me cortaré la garganta. Quiero firmar un gran tratado y, si los estadounidenses no lo respetan, lejos queden de mí los problemas; el hombre blanco podrá tomar

un camino y yo tomaré el opuesto. [...] Decid al gran capitán de Camp McDowell que acudirá personalmente a visitarlo dentro de 12 días.”

Lo más cerca que Colyer llegó a estar de Cochise fue en Cañada Alamosa, establecimiento que la oficina india había dispuesto a 67 kilómetros al suroeste de Fort Craig (Nuevo México). Allí se entrevistó con dos miembros de la banda de Cochise. Éstos le dijeron que los apaches habían estado en México algún tiempo, pero que las autoridades de aquel país ofrecían 300 dólares por cabeza de apache, con lo que se organizaron muchas partidas para darles caza en las montañas de Sonora. Los indios se habían dispersado y, poco a poco, regresaban a sus antiguos reductos de Arizona. Por entonces, Cochise se encontraba en algún lugar de las Dragoon Mountains.

De inmediato fue enviado un emisario en busca de Cochise, pero cuando aquel hombre penetró en el territorio de Arizona, se vio de pronto ante el general Crook, que no quiso reconocer la autoridad que se le había dado como emisario, de manera que no tuvo más remedio que volver grupas en dirección a Nuevo México.

Crook quería a Cochise para sí y, con la orden expresa de que se lo capturara vivo o muerto, destacó compañías de caballería para que exploraran minuciosamente toda la zona ocupada por las montañas Chiricahua. Lobo Gris (Gray Wolf) era el nombre que los apaches daban al general Crook, a quien Cochise eludió para penetrar otra vez en Nuevo México, desde donde envió un mensaje dirigido al general Gordon Granger, que en ese momento estaba en Santa Fe, para comunicarle que estaba dispuesto a encontrarse con él en Cañada Alamosa.

Granger hizo su llegada en una ambulancia tirada por seis

mulas, acompañado de una pequeña escolta. Los preliminares fueron breves; Cochise ya lo estaba esperando y tanto uno como otro querían zanjar aquel asunto cuanto antes. Granger, porque representaba para él la ocasión de ganar fama y renombre como el que recibió la rendición del gran jefe indio. Para Cochise, por otra parte, ya era el final de su largo camino, pues tenía casi sesenta años y se sentía muy cansado. Su largo pelo, que le llegaba hasta los hombros, aparecía surcado de guedejas blancas.

El militar explicó que la paz sólo sería posible si los chiricahuas se avenían a vivir en una reserva.

—Ningún apache podría abandonarla sin permiso escrito del agente que les fuera asignado —dijo el general—, y este permiso jamás sería concedido para cruzar la línea fronteriza que los separaría del viejo México.

—El sol ha caído muy duro sobre mi cabeza —replicó Cochise—, que a menudo ardía como si estuviera llena de fuego; también mi sangre bullía agitada, pero ahora he acudido a este valle, he bebido de las aguas que lo surcan y he lavado en ellas mis miembros. Me he refrescado y heme aquí, en tu presencia, con manos tendidas en señal de amistad. Hablo rectamente, deseo la paz. Y quiero que ésta sea, por fin, duradera y sólida. Cuando Dios creó el mundo, dio una parte al indio, y otra al hombre blanco. ¿Por qué? Ahora que voy a hablar, sé que el sol, la luna, el aire, las aguas, las aves y las bestias de los campos y hasta los niños por nacer se alegrarán de mis palabras. Los blancos me han estado buscando desde hace mucho tiempo. ¡Aquí estoy! ¿Qué me queréis? Tiempo anduvisteis tras de mí. ¿Por qué valgo tanto? Y de ser así, ¿por qué no veneráis mis huellas y ponéis vuestra mirada donde yo escupo? Los coyotes salen de noche a robar y a matar, y yo no los veo; no soy Dios. Ni soy ya jefe de todos los apaches. Mis riquezas han

desaparecido, no soy más que un pobre hombre sin recursos. Pero el mundo no ha sido siempre así. Dios nos hizo diferentes a vosotros; nos hizo nacer sobre la hierba, como los animales, y, como hacen ellos, hemos de salir de noche para depredar. Si yo poseyera las cosas de que vosotros disponéis, no necesitaría comportarme de esta manera. Es verdad que hay indios merodeadores, que matan y roban, pero yo no mando sobre ellos; de lo contrario, todo sería distinto. Mis guerreros han sido asesinados en Sonora. Yo he acudido aquí porque Dios me ha iluminado. Él ha dicho que es bueno estar en paz, iyo he seguido su mandato! Antes vagaba por el mundo, con las nubes y el aire, hasta que Dios me ordenó venir a vuestro encuentro y hacer la paz con todos. Él ha dicho que el mundo pertenece a todos los hombres, ¿y entonces?

"De joven recorrí todo este país de este a oeste y jamás vi otra gente que no fuera la apache. Después de muchos veranos, emprendí de nuevo la marcha y descubrí que otra raza se estaba apoderando de él. ¿Cómo era posible? ¿Por qué los apaches parecen aguardar la muerte con resignación, como si la vida se les fuera por la punta de los dedos? Vagan por las colinas y llanuras en espera de que el cielo caiga sobre sus cabezas. En un tiempo, los apaches fueron una gran nación; son pocos los que ahora quedan, y por esto desean morir y ofrecen la vida con sus mismas manos. Muchos han muerto en la batalla. Debes hablar de forma clara y sincera, de modo que tus palabras penetren en nuestros corazones y los reconforten, como hacen los rayos de sol con nuestros cuerpos. Dime, si la Virgen María ha recorrido todas estas tierras, ¿por qué jamás se acercó a las tiendas de los apaches? ¿Por qué no la hemos visto ni oído nunca?

"No tengo padre ni madre, estoy solo en el mundo y nadie

se ocupa de mí. Por esta razón no me importa vivir y deseo que las rocas caigan sobre mí y me entierren. Si yo tuviera padre y madre, como tú, viviríamos juntos, uno al lado del otro. Antes, cuando vagaba por estas tierras, todos preguntaban por mí. Pues bien, heme ante tu presencia, he aquí a Cochise, puedes verlo y oírlo. ¿Te alegras? Si es así, dilo. Hablad todos, mexicanos y estadounidenses. No quiero ocultaros nada, ni vosotros debéis ocultarme nada. No os mentaré, tampoco vosotros me mintáis.”

Cuando en la discusión se abordó el tema de encontrar un lugar para establecer la reserva chiricahua, Granger declaró que el gobierno quería trasladar el establecimiento de Cañada Alamosa a Fort Tularosa, en la cadena Mogollon. (300 mexicanos se habían establecido en Cañada Alamosa, y reclamaban la tierra para sí.)

—Quiero vivir en estas montañas —protestó Cochise—. No deseo ir a Tularosa, queda muy lejos y las moscas que infestan la zona hieren los ojos de los caballos. Allí habitan los malos espíritus. Yo he bebido de las aguas de estos lugares y éstas me han refrescado, no quiero abandonar estas tierras.

El general Granger respondió que haría todo lo que estuviera a su alcance para lograr que el gobierno permitiera a los apaches seguir viviendo en Cañada Alamosa, junto a aquellas límpidas aguas. Cochise prometió, por su parte, que su gente viviría en paz con los mexicanos, promesa que fue escrupulosamente cumplida. Sin embargo, meses más tarde, una intempestiva orden exigía el traslado inmediato de todos los apaches a Fort Tularosa. Cochise dividió su banda en pequeños grupos y emprendió de nuevo el penoso camino del exilio, hacia las áridas montañas del sureste de Arizona. Esta vez, Cochise decidió no moverse de allá: que Lobo Gris Crook fuera tras él, si quería; Cochise lo combatiría en los riscos y

se serviría de las mismas piedras si ello fuera necesario. Luego, si Dios así lo deseaba, que cayeran aquéllas sobre su cabeza y ocultara su tumba un montículo de cantos.

Era el tiempo de la recolección del maíz (septiembre de 1872), Cochise comenzó a recibir mensajes de sus vigías. Un reducido grupo de hombres blancos se aproximaba a su reducto. Al parecer, viajaban en uno de aquellos carromatos usados por el ejército para el traslado de heridos. Más noticias especificaron que entre los que se acercaban estaba Taglito, alias Barbarroja, cuyo nombre auténtico era Tom Jeffords. Hacía mucho tiempo que Cochise no veía a Taglito.

Años atrás, cuando Cochise y Mangas Colorado habían unido sus fuerzas para combatir a los chaquetas azules, Tom Jeffords había contratado el servicio de correos entre Fort Dowie y Tucson. Sin embargo, eran tan frecuentes las emboscadas que los apaches le tendían a él y a sus hombres que estuvo a punto de rescindir su contrato. Pero un día, aquel hombre de roja barba se presentó solo en el campamento de Cochise. Desmontó del caballo, abrió su cartuchera y, sin muestra alguna de temor, dejó sus armas al cuidado de una de las mujeres chiricahuas. Taglito se dirigió hacia la tienda de Cochise y, parsimoniosamente, tomó asiento a su lado. Tras un protocolario intervalo de silencio, Jeffords solicitó del jefe indio un convenio personal que le permitiera seguir ganándose la vida mediante el transporte del correo. Cochise estaba maravillado. Jamás había tropezado con un hombre blanco así. No podía hacer otra cosa que honrar el valor de aquel hombre accediendo a su demanda. En lo sucesivo, Jeffords y sus hombres harían la ruta sin ser molestados jamás, y no era raro que el primero acudiera al campamento indio para conversar con Cochise y compartir sus alimentos.

Ahora era evidente que si Taglito se encontraba con la

pequeña expedición, el objeto de su viaje era el mismo Cochise. Así que éste envió a su hermano Juan al encuentro de los viajeros, en tanto se retiraba a un lugar oculto, acompañado del resto de aquella embajada. Cuando, por fin, acudió a su encuentro con su hijo Naiche, se estrechó en un prolongado abrazo con su viejo amigo de barba roja, quien, tras dirigirse al hombre que se encontraba a su lado, dijo en inglés:

—Éste es Cochise.

El que hablaba, de barba blanca y ropas polvorientas, tenía un aspecto inequívocamente militar. Una de sus mangas ondeaba, vacía, a merced de la brisa. A Cochise no le sorprendió que su amigo lo llamara general. Se trataba de Oliver Otis Howard.

—Buenos días, señor —lo saludó Cochise, al tiempo que estrechaba su mano.

Uno tras otro, los hombres de la escolta de Cochise fueron acercándose y formaron un semicírculo en torno a su jefe y a aquel notable de barba cana.

—¿Querrá explicar el general el objeto de su visita? —preguntó Cochise utilizando palabras apaches, traducidas por Taglito.

—El gran padre, presidente Grant, me ha enviado para hacer la paz entre los tuyos y nosotros —respondió el general Howard.

—Nadie desea la paz más que yo —repuso Cochise.

—Entonces —concluyó Howard—, podremos hacer la paz.

—Los chiricahuas no han atacado a blanco alguno desde lo ocurrido en Cañada Alamosa —explicó Cochise—. Mis caballos son pocos y macilentos. Podría haber obtenido más si atacaba la ruta de Tucson, pero no he querido hacerlo.

Howard sugirió que los chiricahuas podrían vivir mejor si se decidían a trasladarse a una gran reserva situada junto al

río Grande.

—He estado allí —dijo Cochise— y me gusta aquella zona. Antes que promover una nueva guerra prefiero acudir allí con los más que pueda reunir de los míos, pero sé que esta medida desmembrará a mi tribu. ¿Por qué no me concedéis Apache Pass? Hacedlo así y yo cuidaré de proteger todas las rutas. Ningún indio se atreverá a expoliar a los blancos en aquel territorio.

—Quizá pudiera hacerse así —respondió Howard, sorprendido, al tiempo que pasaba a señalar las ventajas que reportaría a los indios la vida en río Grande.

—Pero ¿por qué queréis encerrarnos en una reserva? —preguntó Cochise Si hacemos la paz, prometemos mantenerla con toda fidelidad. Pero dejadnos vivir libremente como americanos y movernos sin trabas.

—El territorio chiricahua ya no pertenece a los indios, todos los blancos tienen allí muchos intereses—explicó el general—. Para hacer la paz, hemos de fijar límites y condiciones.

Cochise no podía comprender por qué aquellos límites no podían ser establecidos alrededor de las Dragoon Mountains, en lugar del río Grande.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis aquí, general? —preguntó—. ¿Esperaréis hasta que yo reúna a mis capitanes para seguir con nuestras conversaciones?

—He venido desde Washington para hacer la paz con tu pueblo y esperaré cuanto sea necesario —respondió Howard.

El general Oliver Otis Howard, genuino y riguroso producto de Nueva Inglaterra, graduado en West Point, héroe de Gettysburg, que había perdido un brazo en la batalla de Fair Oaks (Virginia), permaneció en el campamento apache 11 días. Fue completamente ganado por la cortesía y la sensatez de Cochise, y por el encanto de las mujeres y los

niños apaches.

“Me vi obligado a abandonar mi plan referente a Alamosa –escribía más tarde– y a concederles, como Cochise había sugerido, una reserva que comprendía parte de las montañas Chiricahua y el valle donde se perdían por el oeste, en el que quedaban incluidos Sulphur Spring y el rancho de Rodgers.”

Quedaba tan sólo un asunto por resolver. Según la ley, cada vez que se establecía una reserva debía nombrarse a un blanco en calidad de agente e intermediario con el gobierno. Para Cochise, la cuestión no ofrecía dificultad alguna; no había más que un hombre blanco que contara con la confianza de todos los chiricahuas: Taglito, el barbudo Tom Jeffords. Éste se opuso al principio. Carecía de experiencia en este cometido, argüía, y, por otra parte, la paga era escasa. Cochise insistió y, finalmente, su amigo fue convencido. Después de todo debía a los chiricahuas su vida y su prosperidad.

Fue peor la suerte que corrieron los apaches de Delshay y los aravaipas de Eskiminzin.

La oferta que hiciera Delshay al gran capitán en Camp McDowell, que consistía en firmar con él un tratado de paz si se establecía una reserva en el valle Sunflower, no había recibido respuesta alguna. Entones, Delshay consideró que aquello equivalía a una negativa. “Dios hizo al hombre blanco y al apache –había dicho–. Y el apache tiene tanto derecho como aquél a poblar este país.” No había concertado, pues, tratado alguno, no tenía papel que lo comprometiera a nada y le permitiera viajar libremente por el territorio como cualquier americano, de modo que, cuando él y los suyos se trasladaran de un lugar a otro, lo harían como apaches. A los blancos no les gustó esto y, hacia finales de 1872, Lobo Gris envió soldados a través de la cuenca del Tonto, en

persecución de Delshay y de su banda. Hasta que llegó el tiempo de las grandes hojas (abril de 1873) el número de soldados destacados no fue suficiente para lograr el cerco de Delshay y de los suyos. Una vez rodeados y a merced de las balas enemigas, que empezaban a hacer estragos entre las mujeres y los niños, los indios no tuvieron más remedio que izar una enseña de rendición.

El jefe de los soldados, el mayor George M. Randall, cetrino y de poblada barba negra, llevó a los apaches a la reserva establecida en White Mountain. Lobo Gris prefería, por entonces, destacar militares al cuidado de la reserva, para romper con la inveterada costumbre de asignar civiles en calidad de agentes de los indios. Los militares, decía, eran de confianza; hacían llevar placas de metal numeradas a cada uno de los apaches, y, de este modo, siempre se sabía dónde se encontraban y si faltaba alguno.

Delshay y los suyos se sentían muy desgraciados allí; echaban de menos su territorio boscoso y la nieve que campeaba en la cima de sus montañas.

Además faltaba de todo en la reserva: comida, leña e, incluso, herramientas de trabajo; y para mayores males, no se llevaban bien con los coyoteros, que los habían precedido en el confinamiento y que los consideraban como intrusos en su reserva. Sin embargo, era sobre todo la falta de libertad lo que más pesaba sobre el ánimo de aquellos indios.

Por fin, cuando llegó la luna de la maduración (julio de 1873), Delshay decidió que no podía soportar más aquel encierro en White Mountain, y una noche cerrada huyó con los suyos. Para eludir a los chaquetas azules que saldrían en su persecución, optaron por dirigirse a la reserva de río Verde. Allí había un agente civil que les prometió que podían quedarse a vivir, siempre que no le causaran problemas. Si huían de nuevo, se los perseguiría hasta el exterminio. Poco

después, Delshay y los suyos empezaron a trabajar en la construcción de una ranchería junto al río que discurría próximo a Camp Verde.

Aquel verano se produjo un levantamiento en la reserva de San Carlos, durante el cual murió un pequeño jefe soldado (teniente Jacob Almy). Los jefes apaches huyeron, algunos en dirección a Camp Verde, para acampar cerca de la ranchería de Delshay. Cuando Lobo Gris se enteró de esto, acusó a aquél y a los suyos de encubridores y de haber ayudado a los fugitivos, y dio orden de arresto contra Delshay. Avisado éste a tiempo, se dio cuenta de que no podía hacer otra cosa que huir si no quería perder la poca libertad que ya le quedaba y verse encerrado en una cueva de seis metros de profundidad que los soldados habían excavado en una de las paredes del cañón vecino, para guardar allí a sus prisioneros indios. Seguido de algunos fieles, escapó en dirección a la cuenca del río Tonto.

Sabía que la caza daría comienzo sin tardar. Lobo Gris no descansaría hasta que hubiera descubierto nuevamente su pista. Los indios fugitivos lograron eludir la persecución durante meses. Por fin, el general Crook decidió que no era posible mantener por más tiempo a sus soldados corriendo de un lado a otro; sólo otro apache sería capaz de dar con el paradero de Delshay. De modo que puso precio a la cabeza de su enemigo. En julio de 1873, dos mercenarios apaches se presentaron por separado en el cuartel general de Crook, portadores de sendas cabezas, que identificaron respectivamente como pertenecientes a Delshay. "Satisfecho por el convencimiento que mostraban ambos hombres en cuanto al dueño de aquel despojo, y dado el hecho de que fueran dos los muertos, tampoco contrariaba mis planes. Les pagué a ambos", declaró Crook. Aquellos y otros miembros mutilados, procedentes de los muchos indios que fueron

asesinados por aquel tiempo, fueron exhibidos de forma macabra en Río Verde y San Carlos.

No les fue mejor a Eskiminzin y a sus aravaipas. Tras la visita del comisionado Colyer en 1871, los indios empezaron una nueva vida en Camp Grant. Reconstruyeron su poblado y plantaron de nuevo sus cultivos de grano. Cuando por fin todo parecía ir sobre ruedas y reinaba el sosiego en toda la zona, el gobierno decidió de pronto trasladar el emplazamiento de Camp Grant a 96 kilómetros al suroeste. Valiéndose de esta excusa para expulsar a los pocos indios que quedaban del valle de San Pedro, el ejército transfirió a los aravaipas a San Carlos, para establecer una nueva reserva en el río Gila.

La medida fue llevada a la práctica en febrero de 1873, y los aravaipas estaban construyendo una nueva rancharía y roturando campos para el cultivo cuando ocurrió el alzamiento al que hemos aludido antes, durante el cual murió el teniente Almy. Verdad es que ni Eskiminzin ni ninguno de los suyos tuvieron nada que ver con los acontecimientos, pero dado que aquél era un jefe, Lobo Gris ordenó que se le pusiera bajo arresto como “medida de precaución”.

Eskiminzin permaneció preso hasta la noche del 4 de enero de 1874, cuando logró escapar acompañado de parte de su gente. Durante cuatro meses vagaron por aquellas montañas desconocidas en busca de comida y refugio. Llegado abril, la mayoría de los aravaipas se encontraban hambrientos y extenuados. Para evitar una muerte masiva, Eskiminzin regresó a San Carlos e intentó ponerse en contacto con el agente.

—No hemos hecho nada malo —dijo cuando se encontró ante su presencia—. Pero tenemos miedo. Por eso hemos huido. Y ahora, henos aquí de nuevo. Si permanecemos en

las montañas, moriremos de hambre y de frío. Y si los soldados estadounidenses nos dan muerte aquí, el resultado será el mismo. No huiremos de nuevo.

Tan pronto como el agente informó del regreso de los aravaipas, una orden dispuso el arresto de Eskiminzin y de sus lugartenientes, haciendo mención expresa de que debían ser encadenados, para que no pudieran escapar, y transportados después al nuevo emplazamiento de Camp Grant.

—Pero ¿qué he hecho yo? —no cesaba de preguntar Eskiminzin al oficial que acudió a detenerlo.

—El arresto —dijo, sin saber qué responder— es tan sólo una “medida de precaución”.

En Camp Grant, Eskiminzin y sus lugartenientes permanecían encadenados todo el día los unos a los otros, mientras trabajaban en la construcción del nuevo puesto. Dormían tendidos en el suelo, sin separarse de sus cadenas, y comían los desechos de los soldados.

Pero un día de aquel verano hizo su llegada a Camp Grant un joven blanco que dijo llamarse John Clum y ser el agente recién nombrado para la reserva de San Carlos. Los aravaipas de su demarcación tenían necesidad de un jefe que los guiara, fueron sus palabras.

—¿Por qué te tienen prisionero? —preguntó Clum.

—No hice nada —respondió Eskiminzin—. Los hombres blancos cuentan mentiras acerca de mí, quizá sea por eso. Yo siempre he intentado mantener la paz.

Clum dijo que haría lo posible por resolver su situación, siempre que él le prometiera su ayuda para mejorar las condiciones en San Carlos.

Dos meses más tarde se reunía Eskiminzin con los suyos. Una vez más, el porvenir parecía despejado, pero el jefe aravaipa no se hacía muchas ilusiones. Desde la llegada de

los blancos, jamás había vuelto a sentirse seguro en sitio alguno; el futuro de los apaches era y sería en adelante incierto.

En la primavera de 1874, Cochise enfermó gravemente de un mal que debilitaba su cuerpo por momentos. Tom Jeffords, el agente chiricahua, recurrió al cirujano militar de Fort Bowie para que examinara a su amigo, pero fue en vano. Los medicamentos que le recetó no mejoraron la situación y el musculoso cuerpo del gran apache se deterioraba progresivamente.

Por aquel entonces, el gobierno decidió que podría ahorrarse muchos gastos si se procedía a la unión de la agencia chiricahua con otra recién establecida en Hot Springs (Nuevo México). Cuando algunos funcionarios delegados al efecto acudieron para discutir la idea con Cochise, éste les dijo que el asunto ya le era completamente indiferente, pues estaría muerto mucho antes de que se llevara a cabo. En cambio, sus lugartenientes e hijos pusieron numerosas objeciones y por último decidieron que, si la reserva era trasladada, ellos no se moverían de aquel lugar. Ni siquiera los Estados Unidos podrían poner en juego suficientes tropas para moverlos, puesto que preferirían morir en sus montañas antes que ser trasladados a Hot Springs.

Una vez que se marcharon los funcionarios del gobierno, Cochise sufrió una crisis de extrema gravedad que obligó a su amigo a correr en busca del cirujano de Fort Bowie. Cuando se preparaba para la marcha, Cochise le preguntó:

—¿Crees que me verás vivo otra vez?

—No, no lo creo —respondió Jeffords, con la franqueza de un hermano.

—Creo que mi hora llegará mañana por la mañana, a eso de las diez. ¿Crees que volveremos a vernos?

Jeffords permaneció en silencio unos instantes.

—No sé —replicó—. ¿Tú qué crees?

—No sé —respondió Cochise—. Mi mente lo ve todo confuso, pero creo que sí, en algún sitio, allá arriba.

Cochise murió antes de que Jeffords regresara de Fort Bowie. Transcurridos unos días, anunció a los chiricahuas que también para él había llegado el momento de la despedida. Los indios no querían siquiera oír hablar de aquello. Los hijos de Cochise, Taza y Naiche, sobre todo, insistían una y otra vez para que se quedara con ellos. Si Taglito los abandonaba, decían, el tratado y las promesas de Cochise y del gobierno no valdrían nada. Jeffords prometió quedarse.

Para la primavera de 1875, la mayoría de las bandas de apaches estaban confinadas en reservas o habían huido a México. En marzo, el ejército trasladó al general Crook desde Arizona al departamento del Platte. Los sioux y cheyenes, que habían soportado el confinamiento en las reservas más tiempo que los apaches, empezaban a mostrarse hartos de la situación.

Una paz forzada reinaba sobre los desiertos, picos y mesetas del territorio apache. Resultaba irónico que su continuidad dependiera en gran medida de los esfuerzos de dos hombres que habían aceptado plenamente a los apaches, tras considerarlos sólo como seres humanos en lugar de ver en ellos la constante amenaza de unos salvajes sanguinarios. Tom Jeffords, el agnóstico, y John Clum, de la Iglesia Reformada Holandesa, eran optimistas; sin embargo, también lo bastante sagaces como para no esperar demasiado de la situación. Para todo hombre blanco que en aquel suroeste agitado defendiera los derechos de los apaches, el futuro se presentaba verdaderamente incierto.



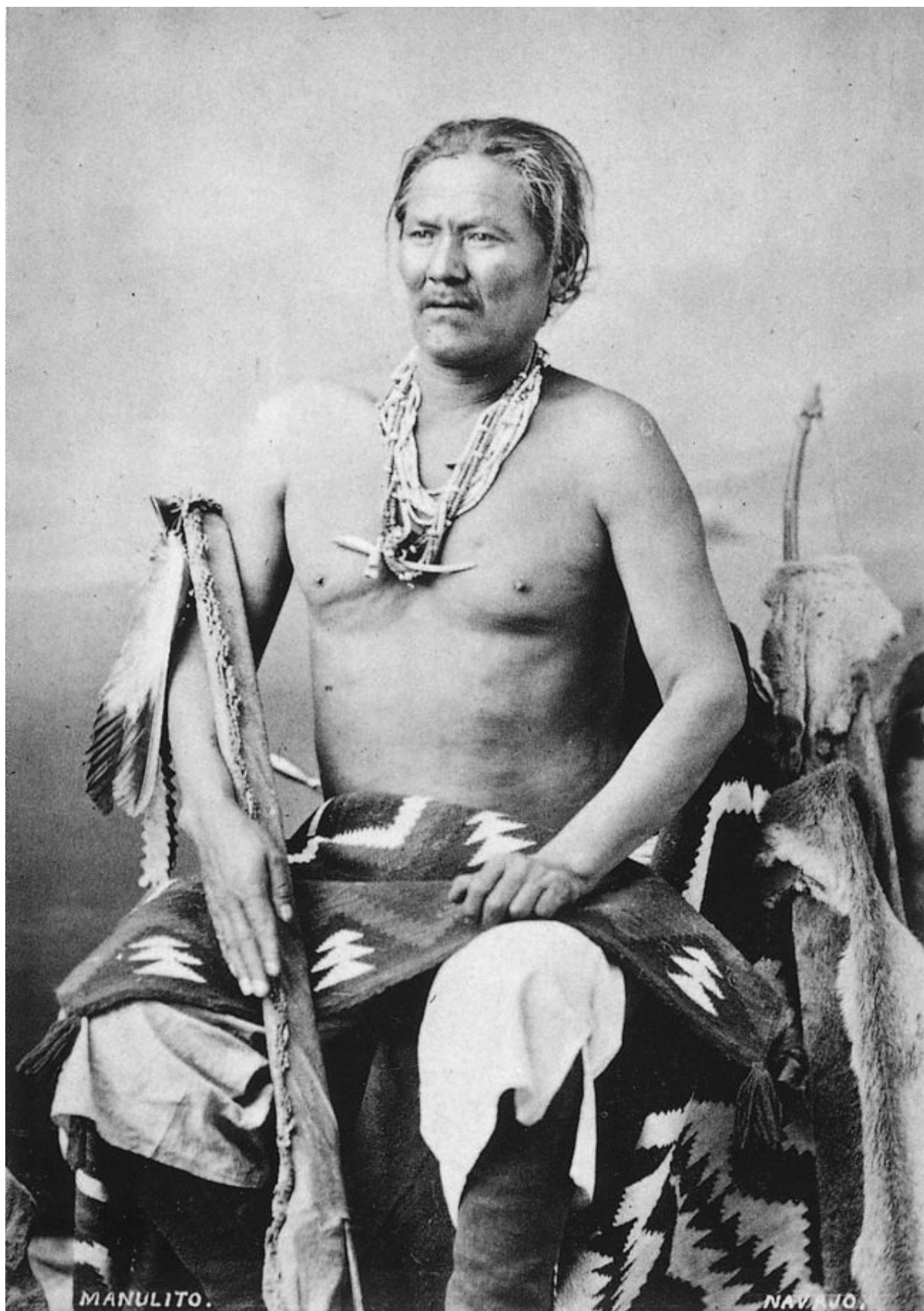
Pequeño Lobo (Little Wolf, Honeoxhaahketa) y Cuchillo Embotado (Dull Knife, Tahmelapashme), jefes cheyenes. Fotografía de Alexander Gardner, 1873.



Quanah Parker, jefe comanche. Fotografía de Egan c. 1875. © 2004
Historical Photo Ltd.



Nube Roja (Red Cloud, Mahpiya Luta) jefe de los sioux oglala. Fotografía de Charles M. Bell, 1880.



Manuelito (Daháana Baadaaní), jefe navajo. Fotografía de Charles M. Bell,
1874.



Caballo Rojo (Red Horse, Tsasunke Luta), jefe sioux. Fotografía de David F. Barry, c. 1883.

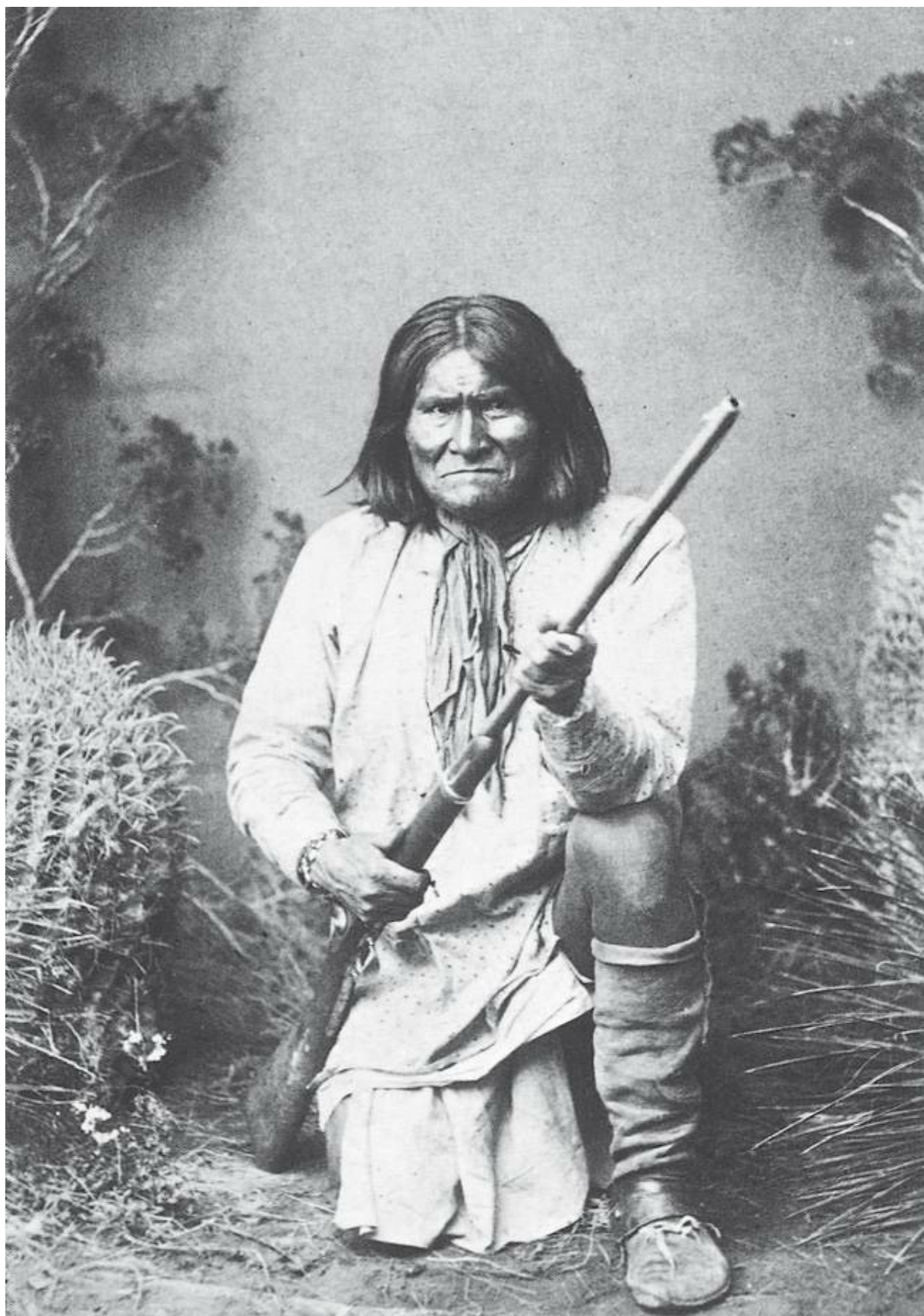


Toro Sentado (Sitting Bull, Tatanka Iyotanka), jefe de los sioux hunkpapa.

Fotografía de Palmquist & Jurgens, 1884.



Toro Sentado y Buffalo Bill. Fotografía de David Notman, 1885.



Jerónimo (Goyahkla), jefe de los apaches chiricahua. Fotografía de Ben Wittick, 1885.



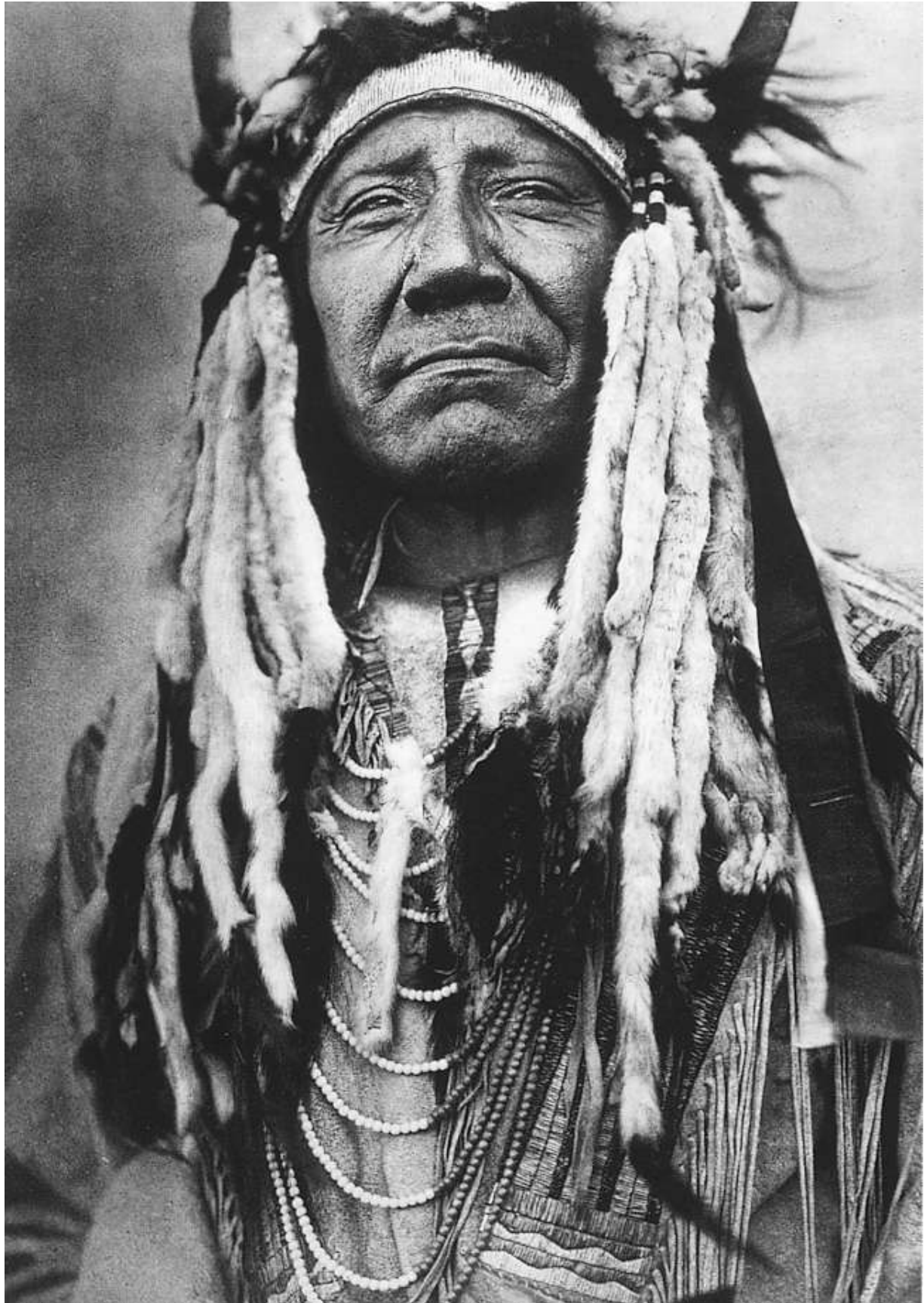
Lluvia en la Cara (Rain-in-the-Face, Iromagaja), de los sioux hunkpapa.
Fotografía de Frank B. Fiske, c. 1902.



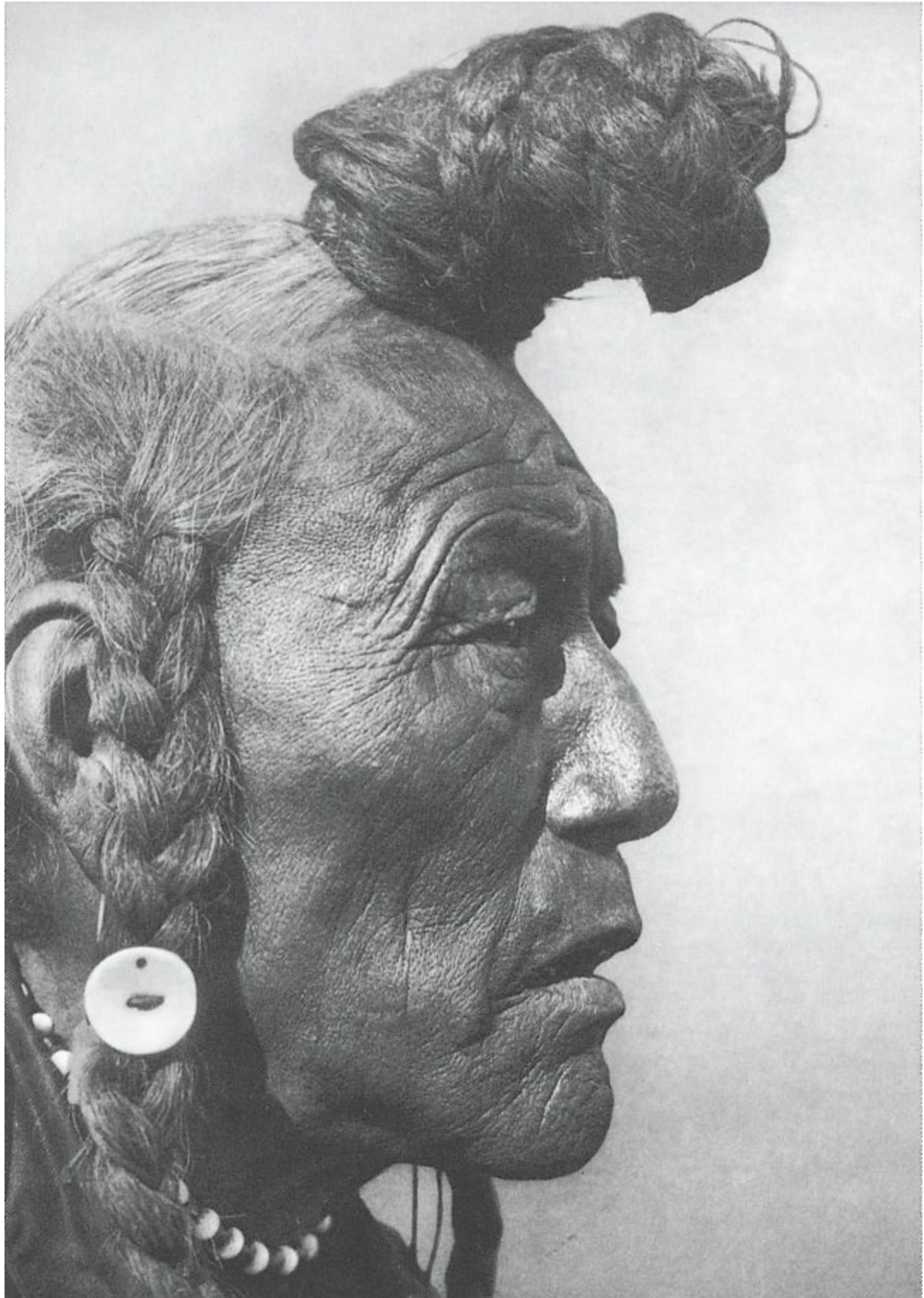
Perro Triste (Low Dog, Xunka Kuciyedan), jefe oglala. Autor y fecha desconocidos.



Jefe Joseph (Chief Joseph, Hinmaton Yalakatik), de los nez percés. Fotografía de Edward S. Curtis, 1903.



Dos Lunas (Two Moons, Ishi'eyo Nissi), jefe cheyene. Fotografía de Edward S. Curtis, 1910.



Toro Oso (Bull Bear, Hotoanahkohe), jefe de los soldados perro (cheyenes).
Fotografía de Edward S. Curtis, 1926.



Tratado de Fort Laramie. Jefes sioux y cheyenes. De izquierda a derecha: Cola Moteada, Nariz Romana, Viejo Temido hasta por sus Caballos, Cuerno Solitario, Alce que Silba, Pipa y Toro Lento. Fotografía de Alexander Gardner, 1868.



A orillas del Little Big Horn. Fotografía de Edward S. Curtis, 1908.



Satanta (Set-tainte), jefe kiowa. Fotografía de William Soule, 1868.



Curandero (hombre de medicina) crow. Fotografía de Charles M. Bell, 1880.



Toca las Nubes (Touch the Clouds, Mahpiya Icahtagya), jefe de los sioux minneconjou. Fotografía de Julius Ulke, 1877.

X. LA TRAGEDIA DE CAPTAIN JACK

1873: El 6 de enero, el Congreso de los Estados Unidos inicia la investigación en torno al escándalo de Crédit Mobilier. El 3 de marzo, la ley conocida como "Robo de salarios" (Salary Grab) aumenta el sueldo de los congresistas y funcionarios del gobierno retroactivamente. El 7 de mayo, la infantería de marina de los Estados Unidos desembarca en Panamá para proteger las vidas y haciendas estadounidenses. El 15 de septiembre, las últimas unidades del ejército alemán abandonan Francia. El 19 de septiembre, el fracaso de la compañía de banca de Jay Cooke precipita el pánico financiero. El 20 de septiembre, la bolsa de Nueva York cierra sus puertas durante diez días; una grave crisis económica se extiende por todo el país y afecta al mundo entero. Se publican *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, y *La edad dorada*, de Mark Twain.

No soy más que un hombre. Soy la voz de mi pueblo. Digo lo que expresa su corazón. No quiero más guerra. Quiero ser un hombre. Y vosotros me negáis el derecho a ser como el hombre blanco. Mi piel es roja; mi corazón es como el del hombre blanco. Pero soy un modoc. No temo a la muerte. Y no caeré sobre las rocas. Cuando muera, mis enemigos se encontrarán debajo de mí. Vuestros soldados cayeron sobre mí cuando me encontraba dormido allí en Lost River. Me acosaron hasta estas rocas, como a un ciervo herido [...].

Desde entonces he dicho a los blancos que vengan a resolver esta cuestión de una vez en mi propio territorio, que era su territorio y el de Captain Jack. Que podían venir

y compartir su vida con nosotros, y que nuestro odio no se dirigía contra ellos. Nunca he recibido nada de los demás, sino lo que he comprado y pagado con mis propios medios. Siempre he vivido como un hombre blanco y así he deseado que fuera. Me he esforzado por vivir en paz y jamás he solicitado nada de nadie. Me he alimentado de lo que podía cazar con mi rifle o capturar en mis trampas.

KINTPUASH (CAPTAIN JACK), de los modocs

Los indios de California eran dóciles y apacibles como el clima en que vivían. Los españoles les habían dado nombres, establecieron misiones para ellos, los convirtieron a su religión y los corrompieron. La organización tribal era poco menos que inexistente entre aquellos indios californianos; cada poblado tenía sus cabecillas, pero no había grandes jefes guerreros entre ellos, la mayoría eran fervientes pacifistas. Tras el descubrimiento de oro en 1848, hombres blancos de todas las nacionalidades llegaron primero a centenares, y a millares después; éstos tomaron cuanto les apeteció de aquellos sumisos indios, quienes se vieron todavía más rebajados y corrompidos de lo que lograran los españoles. Luego siguieron las crueles carnicerías, que borraron de la faz de la tierra poblaciones enteras, relegadas para siempre al olvido. Nadie recuerda a los chilulas, chimarikos, urebures, nipewais, alonas o centenares de otras bandas, cuyos huesos han sido sepultados por millones de kilómetros de carreteras, aparcamientos y edificaciones en serie.

Los modocs constituían la excepción. Soportaban unas condiciones climatológicas más duras, pues vivían junto al

lago Tule, junto a la frontera de Oregón, y hasta 1850 desconocían prácticamente a los blancos. Entonces empezaron a llegar colonos que acotaron sin reparo las mejores tierras, tras contar con la sumisión de sus antiguos dueños. Cuando los modocs mostraron por primera vez resistencia al expolio, los blancos se dispusieron a exterminarlos. Los indios respondieron con emboscadas.

Hacia este tiempo, un joven modoc llamado Kintpuash comenzaba a hacerse adulto y no lograba comprender por qué no podían vivir en paz los modocs y los hombres blancos. El territorio del lago Tule era ilimitado como el cielo, y poseía suficientes ciervos, antílopes, patos, gansos, pesca y vegetación comestible para todos. Kintpuash echaba en cara a su padre que no hiciera las paces con los blancos. Aquél, que era un jefe, contestó a su hijo que los blancos eran traicioneros y que no podría lograrse la paz hasta expulsarlos del territorio. Poco tiempo más tarde, el padre murió en una escaramuza con colonos blancos y Kintpuash se convirtió en jefe de los modocs.

El nuevo caudillo acudió a los asentamientos de los blancos buscando hombres en quien confiar para firmar la paz. En Yreka trabó relaciones con algunos blancos, y los modocs comenzaron a intercambiar bienes con sus nuevos socios. Decía Kintpuash: "Siempre que los blancos acuden a mi territorio les digo que, si desean construirse una casa, nada entre nosotros se opone a que lo hagan. Me gusta que lleguen a nosotros y que se establezcan en mi pueblo". Al joven jefe también le gustaban las ropas de los blancos, sus carruajes, sus casas y su ganado cuidado con esmero.

Los blancos establecidos en Yreka dieron nuevos nombres a estos indios, que a ellos se les antojaban graciosos y empezaron a usar normalmente. Así, Kintpuash se convirtió en Captain Jack. Otros de su banda respondían a Hooker Jim,

Steamboat Frank, Scarfaced Charley, Boston Charley, Curly Headed Doctor, Shacknasty Jim, Schonchin John y Ellen's Man.^[2]

Durante la guerra civil que enfrentó a los hombres blancos entre sí menudearon las peleas entre los modocs y los colonos. Cuando uno de aquéllos no podía dar con un ciervo para alimentar a su familia, ni corto ni perezoso robaba una vaca de cualquier rancho o, si necesitaba un caballo, no tenía reparo alguno en tomarlo prestado de los pastos particulares. Los amigos blancos de los modocs excusaban estos hechos, pues, según ellos, venían a ser como una especie de "tasa" aplicada por los indios en razón del usufructo que los blancos hacían de sus tierras. Sin embargo, estas razones no convencieron a los perjudicados, que utilizaron sus influencias políticas para lograr que los modocs fueran alejados del territorio del lago Tule.

Los delegados del gobierno prometieron a Captain Jack y a otros cabecillas que, si aceptaban trasladarse a una reserva establecida en Oregón, cada familia recibiría una extensión de terreno, aperos de labranza, herramientas varias, vestidos y provisiones a cargo del gobierno. Captain Jack deseaba que su nueva tierra se encontrara cerca del lago Tule, pero los comisionados se opusieron a su demanda. Por fin, aunque a regañadientes, el indio firmó el tratado de paz, y los modocs se dirigieron al norte, a la reserva Klamath. Este lugar estaba en el territorio que antaño había pertenecido a las tribus klamaths, las cuales desde el principio trataron a los modocs como intrusos. Si aquéllos cortaban leños para construir cercas, los klamaths no vacilaban en apropiarse de ellos; las provisiones destinadas a los recién llegados no llegaban nunca, y el agente asignado a la reserva tan sólo se ocupaba de que sus pobladores originales dispusieran del mínimo necesario, ignorando por completo las demandas hechas en

este sentido por los modocs. (El gran consejo de Washington no llegó a aprobar nunca el envío de remesas de dinero para atender a las necesidades de los modocs.)

Cuando Captain Jack vio que los suyos estaban al borde de la inanición, decidió abandonar con ellos aquellos lugares tan inhóspitos. Descendieron al valle del río Lost, donde ya habían vivido hacía algún tiempo en ocasión de una expedición de caza. Los colonos blancos establecidos en el valle no querían saber nada de los modocs, claro está, y frecuentemente acudían con sus quejas al gobernador. Captain Jack conminó a los suyos a mantenerse alejados de los blancos; sin embargo, no era fácil que 300 indios se hicieran invisibles. En el verano de 1872, la oficina india advirtió a Captain Jack de que debía reintegrarse a la reserva Klamath, para evitar males mayores. El caudillo indio respondió que la convivencia con los klamaths era absolutamente imposible y requirió el establecimiento de una reserva exclusiva para su pueblo, en alguna zona bañada por el Lost, que siempre había atravesado territorio modoc. La oficina india consideró que tal petición era razonable, no así los rancheros, muy poco dispuestos a ceder parte de aquellos magníficos pastos a los indios. Llegado el otoño, los delegados del gobierno exigieron de nuevo la reintegración de los modocs a la reserva Klamath. Ante la negativa de éstos, el ejército recibió órdenes de proceder a su traslado por la fuerza. El 28 de noviembre de 1872, bajo una infernal lluvia, el mayor James Jackson, al mando de una compañía de caballería del 1º regimiento, salió de Fort Klamath con destino al curso inferior del Lost.

Poco antes del amanecer llegaron los soldados al campamento modoc. Tras desmontar en silencio y con sus armas listas, procedieron a rodear los alojamientos de los indios. Scarfaced Charley y algunos más abandonaron la

vivienda, armas por delante. Entonces, el mayor Jackson solicitó hablar con el jefe y, en presencia de Captain Jack, repitió la orden expresa del gran padre, que ordenaba el traslado de todos los modocs a la reserva Klamath.

—Iré. Y llevaré a mi gente conmigo, pero no tengo ninguna confianza en lo que puedan decir los blancos, sean quienes fueren —respondió Captain Jack—. Ya ves, acudes a mi campamento cuando aún es de noche. No huiré de ti. Ven a verme como hombre de bien cuando desees verme o hablarme. Jackson replicó que no había ido en busca de pelea. Ordenó a Captain Jack que formara a sus hombres delante de los soldados. Tras indicar una mata de salvia, que crecía a un extremo de la formación, dijo:

—Pon tus armas allí.

—¿Por qué? —preguntó Captain Jack.

—Tú eres el jefe. Si tú pones allí tus armas, tus hombres harán otro tanto. Hazlo y te aseguro que no habrá problemas.

Captain Jack dudaba; sabía perfectamente que a los suyos no les gustaría desprenderse de sus armas.

—No he combatido contra los blancos aún, y no me gustaría hacerlo —musitó.

El mayor insistió en que debían entregar las armas.

—No permitiré que nadie os cause daño alguno —insistió.

Por fin, Captain Jack colocó su rifle sobre la mata de salvia e indicó a los suyos que siguieran su ejemplo. Uno tras otro procedieron como se les había indicado. Scarfaced Charley era el último; dejó su rifle con los demás, pero conservó su pistola.

El mayor ordenó que se desprendiera de ella también.

—Ya tienes mi rifle —replicó Scarfaced.

El oficial, impasible, llamó al teniente Frazier Boutelle:

—¡Desármelo! —le ordenó.

—¡Dame esa pistola, maldito! ¡Ahora mismo! —dijo Boutelle, dirigiéndose decidido hacia el lugar donde se encontraba Scarfaced Charley.

El indio se echó a reír. Él no era un perro al que se le pudiera gritar.

—¡Tú, hijo de perra! Yo te enseñaré a contestarme — protestó Boutelle tras empuñar su revólver.

Scarfaced repitió que no era un perro al que se pudiera intimidar e insistió en conservar su pistola.

Cuando Boutelle elevó su arma para apuntar a su oponente, Scarfaced sacó la suya con rapidez. Ambos hombres hicieron fuego simultáneamente. La bala del modoc perforó una de las mangas de la guerrera del teniente; la de éste se perdió en el vacío. El indio se volvió en seguida para buscar el rifle que yacía en el montón, y todos los modocs siguieron su ejemplo. El comandante de la caballería ordenó a sus hombres que abrieran fuego. Durante unos instantes reinó una tremenda confusión, atronada por el fuego graneado que siguió. Por fin, los soldados se retiraron dejando a uno de los suyos muerto y a siete más heridos.

Para entonces, las mujeres y los niños de la tribu ya se encontraban en el río; allí trataban de impulsar sus canoas lo más deprisa que podían en dirección al lago Tule. Captain Jack y sus guerreros los seguían a lo largo de la orilla y se ocultaban entre los numerosos junquillos que la bordeaban. Su punto de destino era el legendario santuario de los modocs, al sur del lago, en la zona llamada California Lava Beds.

Incendios devastadores habían hecho que esta región pareciera una sucesión de cuevas y cañones angostos, prácticamente inexpugnables. El refugio elegido por Captain Jack estaba en una barranca de más de 30 metros de profundidad, rodeada de abruptos riscos que proporcionaban

una excelente posibilidad de defensa. Sabía que con un puñado de guerreros sería capaz de enfrentarse a todo un ejército, aunque esperaba que no hubiera necesidad de ello y que los soldados lo dejaran en paz. Con seguridad ningún hombre blanco se interesaría por aquellas rocas estériles.

Cuando los hombres de Jackson penetraron en el campamento modoc, una pequeña banda de la tribu, conducida por Hooker Jim, estaba acampada en la orilla opuesta del Lost. A primera hora de la mañana, mientras Captain Jack y los suyos huían hacia Lava Beds, oyó disparos que venían del campamento de Hooker Jim. "Huí y no quise luchar –contaría Hooker Jim más tarde–. Dispararon contra algunas de nuestras mujeres y mataron a la mayoría de nuestros hombres. No quise detenerme a investigar. Eran pocos los que me acompañaban y no podíamos atrevernos a hacerles frente."

Durante uno o dos días no llegó a saber a ciencia cierta qué había sucedido en el campamento de Hooker Jim. De pronto, éste hizo su aparición en Lava Beds, acompañado de Curly Headed Doctor, Boston Charley y 11 guerreros más, quienes dijeron a Captain Jack que, cuando la fuerza militar irrumpió en su campamento, un grupo de colonos abrió fuego sin previo aviso. Aquellos hombres blancos habían disparado indiscriminadamente. Un pequeño murió en brazos de su madre, una anciana quedó tendida en el suelo, y fueron muchos los heridos graves. De camino hacia Lava Beds, Hooker Jim y sus hombres decidieron vengar a sus muertos y cayeron sobre unas cuantas granjas aisladas, donde dieron muerte a sus ocupantes. Se habían cobrado 12 vidas en represalia.

Al principio, Jack creyó que Hooker Jim no hacía sino fanfarronear; los otros, sin embargo, insistieron en la verdad del relato. Cuando el caudillo indio conoció los nombres de

los colonos blancos muertos, apenas podía creerlo. Algunos eran antiguos conocidos de la tribu, y Jack sabía que se podía confiar plenamente en ellos. “¿Por qué matasteis a estas personas? –preguntó lleno de ira–. Jamás he deseado que matarais a mis amigos. Lo habéis hecho y caiga sobre vosotros la responsabilidad de su muerte.”

Ahora, Captain Jack estaba convencido de que los soldados no cejarían hasta darles caza, incluso en el mismo centro de Lava Beds. Como jefe de los modocs él debería responder por las muertes causadas por Hooker Jim y los otros.

Los militares no aparecieron hasta la llegada de la luna de hielo. El 13 de enero de 1873, los modocs que vigilaban los accesos al barranco descubrieron las primeras avanzadillas, que tomaban posiciones en unas colinas que dominaban la zona. Los modocs lograron alejar al enemigo con unos cuantos disparos lejanos. Tres días más tarde, una fuerza compuesta por 225 soldados regulares, apoyada por 104 miembros de los voluntarios de California y Oregón, hizo su entrada en el cañón al amparo de una densa bruma invernal. Durante la noche encendieron fuegos para combatir el frío que reinaba en sus posiciones, estratégicamente alineadas frente al reducto de Captain Jack. Los jefes militares esperaban que cuando los modocs vieran aquel despliegue ofensivo depusieran las armas y se rindieran.

Captain Jack era partidario de la rendición. Sabía que los soldados se interesaban, sobre todo, por los autores de los crímenes perpetrados contra los colonos, y él estaba dispuesto a poner su vida en manos de los soldados junto a la de los perseguidores, para evitar el sacrificio de su pueblo en una batalla cruel.

Hooker Jim, Curly Headed Doctor y los restantes asesinos de los colonos se oponían a la capitulación y forzaron a Jack

a convocar un consejo que decidiera la política de la tribu. De los 51 guerreros sitiados, sólo 14 deseaban rendirse. Los 37 restantes votaron por la lucha a muerte.

Antes de que amaneciera el día 17, los indios pudieron oír el eco de los clarines castrenses. Siguió luego el atronador estruendo de los cañones de campaña, que anunciaban el comienzo del ataque. Los modocs estaban preparados. Camuflados con tocados de salvia, se deslizaban silenciosamente por las grietas del terreno; de esta manera sorprendían uno a uno a los soldados de primera línea.

Hacia el mediodía, la fuerza atacante se había extendido a lo largo de casi dos kilómetros; sus comunicaciones ponían de manifiesto el efecto negativo de la niebla y del terreno. Ya fuera ocultándose o apareciendo de pronto en lugares dispersos, los modocs habían logrado crear la impresión de que sumaban un elevado número. Cuando una compañía de soldados se aproximaba demasiado a su reducto, el fuego concentrado de todos los indios y de sus mujeres repelía una vez más al enemigo. A última hora de la tarde, Captain Jack y Ellen's Man lideraron una violenta carga que obligó a los soldados a abandonar el campo con precipitación y dejar atrás sus muertos.

Poco antes del ocaso se disipó la bruma, y los modocs pudieron ver la retirada masiva del enemigo hacia su campamento de retaguardia. Los guerreros obtuvieron de sus víctimas nueve carabinas y seis cartucheras; más adelante descubrieron un pequeño depósito de munición y algunas raciones abandonadas por los soldados en su huida.

Llegada la noche, los modocs encendieron un gran fuego para celebrar su victoria. No habían sufrido bajas y no había heridos graves. Con los rifles y munición capturados podrían defenderse otro día con eficacia. A la mañana siguiente, con el ánimo inmejorablemente dispuesto, aguardaron vigilantes

el ataque de los soldados. Sin embargo, éste no llegó a producirse, ya que tan sólo hizo su aparición una patrulla con enseña blanca. Iban en busca de sus muertos. Antes de que finalizara el día no quedaba un solo soldado a la vista.

Seguro de que los soldados regresarían, Captain Jack destacó exploradores para que siguieran su pista.

Pasó un día, otro y varios más, pero los soldados permanecieron muy alejados del campo de batalla. "Combatimos a los indios hasta su reducto en Lava Beds – decía el informe oficial–, en el centro mismo de un terreno lleno de cuevas, cañones, barrancas y riscos inexpugnables [...]. Sería necesario disponer de un millar de hombres y del apoyo de poderosa artillería para expulsar al enemigo de sus posiciones [...]. Solicito el inmediato envío de 300 soldados de infantería y del equipo necesario."

El 28 de febrero, Captain Jack recibió la visita de su prima Winema. El marido de ésta, un hombre blanco llamado Frank Riddle, y tres blancos más la acompañaban. Estos hombres se habían mostrado amigos de los modocs tiempo atrás, cuando visitaban con frecuencia el pueblo de Yreka. Winema era una mujer muy dinámica, de cara redonda y gestos enérgicos, que ahora gustaba de ser llamada Toby Riddle. Había adoptado las costumbres de su marido, pero Jack confiaba en ella. Deseaban hablar con él, decían, y esperaban que se les permitiera pasar la noche en el reducto como prueba de amistad. Jack lo aceptó así y les aseguró que no tenían nada que temer.

Durante el consejo que siguió, los hombres blancos explicaron que el gran padre de Washington había enviado varios delegados con el fin de restablecer la paz con los modocs. Aquéllos aguardaban una respuesta en el rancho Fairchild, no lejos de Lava Beds.

Cuando los indios quisieron saber qué le ocurriría a la

banda de Hooker Jim por haber dado muerte a los colonos de Oregón, se les respondió que, si se rendían, en calidad de prisioneros de guerra no se los juzgaría según la ley común. Serían confinados en una reserva de Arizona o en alguno de los territorios indios.

“Id y decid a los comisionados que oiré con agrado cuanto deban comunicarme y puedan ofrecer a mi pueblo. Decidles que vengan a verme o que envíen por mí. Acudiré a su llamada si me protegen de mis enemigos en tanto duran nuestras conversaciones de paz.”

Los visitantes partieron a la mañana siguiente, pero esperaron a que Winema prometiera a su primo que le informaría acerca de lo convenido. Aquel mismo día Hooker Jim y sus seguidores abandonaron el campamento, para dirigirse al rancho Fairchild y comunicar a los comisionados que deseaban entregarse como prisioneros de guerra.

Los miembros de la comisión de paz eran Alfred B. Meacham, tiempo atrás agente de los modocs en Oregón; Eleazar Thomas, clérigo californiano, y L. S. Dyar, un subagente de la reserva Klamath. Para supervisar su gestión permanecía con ellos el comandante en jefe de las tropas congregadas en las proximidades de Lava Beds, general Edward B. S. Canby, que había combatido a los navajos de Manuelito doce años antes en Nuevo México (véase el capítulo 2).

Cuando los modocs de Hooker Jim hicieron su entrada en el cuartel general de Canby con su inesperado anuncio de rendición, el general se sintió tan complacido que envió apresuradamente un telegrama al gran guerrero Sherman, que estaba en Washington, en el cual comunicaba el fin de la guerra con los modocs y solicitaba instrucciones acerca de cuándo y dónde debía trasladar a sus prisioneros.

En su excitación, Canby olvidó arrestar a Hooker Jim y a

sus ocho seguidores, que recorrieron la plaza para observar mejor a los soldados, quienes ahora se suponía que los protegerían de los ciudadanos de Oregón. Durante sus rondas fueron reconocidos, precisamente, por uno de aquéllos, que los amenazó con hacer que los arrestaran por los crímenes cometidos contra los colonos del Lost. El gobernador del territorio clamaba por su sangre y, tan pronto como los apresaran, haría que los colgaran de la soga.

A la primera oportunidad, Hooker Jim y los suyos montaron a caballo y huyeron con rapidez en dirección a Lava Beds. Allí advirtieron a Captain Jack de que no acudiera a Fairchild, pues el consejo anunciado no era más que una trampa tendida por los comisionados.

Durante los días siguientes, mientras Winema y Frank Riddle iban y venían con mensajes encontrados, las sospechas de los modocs de Hooker Jim se confirmaron, por lo menos en cuanto a ellos se refería. La presión política ejercida sobre Canby desde Oregón forzó al general y a los comisionados a retirar sus ofertas de amnistía para la banda de Hooker Jim. No obstante, Captain Jack y los suyos eran libres de acudir y rendirse bajo garantía de protección.

Al jefe modoc se le había presentado ahora un gran dilema. Si abandonaba a la banda de Hooker Jim, salvaría la suya. Pero aquél había acudido al cabecilla modoc en busca de la protección que de su autoridad se podía esperar.

El 6 de marzo, ayudado por su hermana Mary, Captain Jack escribió a los comisionados una carta que ella misma llevó al rancho Fairchild. "Olvidémoslo todo y no permitamos que corra más sangre –escribió–. Mucho me duelen esos crímenes y pesa sobre mi corazón la presencia de sus autores. Tengo pocos amigos y puedo renunciar a ellos. ¿Renunciarían a los suyos quienes enviaron a los soldados que dieron muerte a mi gente en mitad de su sueño? Jamás

he pedido que se me entregara a los asesinos de mi pueblo. [...] Me doy cuenta de que podría entregar mi caballo para que fuera colgado, pero también de que no sería capaz de hacer lo mismo con mis hombres. No lloraría por la muerte de mi caballo; la de alguno de los míos arrancaría profundos sollozos de mi corazón.”

Con todo, Canby y los comisionados insistían en sus deseos de entrevistarse con Captain Jack para demostrarle que la guerra tendría para su pueblo consecuencias mucho peores que la entrega de los asesinos. A pesar de las instrucciones dadas por Sherman de que Canby llevara a sus soldados contra los modocs, de modo que “no hubiera necesidad de reserva alguna para éstos, sino de un poco de tierra que cubriera sus tumbas en Lava Beds”, el general hizo acopio de paciencia.

El 21 de marzo, Captain Jack y Scarfaced Charley avistaron a Canby cuando descendía, rodeado de una pequeña escolta, desde sus posiciones situadas en lo alto de los riscos que dominaban el reducto indio. El jefe modoc no sabía qué pensar de aquella audaz aproximación; desplegó sus guerreros y fue grande su sorpresa cuando, al poco tiempo, se destacó del pequeño grupo una figura aislada que prosiguió el avance. Se trataba de un cirujano militar, que le propuso entrevistarse sin formulismo ni protocolo con el mismo general Canby. A los pocos minutos, ambos jefes estaban frente a frente. El militar declaró que si los indios abandonaban su reducto, serían bien tratados, se les proporcionarían provisiones, ropas y presentes. Captain Jack preguntó por qué no se encontraban todos aquellos regalos allí, si en verdad estaban destinados para ellos; además, qué hacían todos aquellos soldados constantemente al acecho. El único deseo de los modocs era que se los dejara en paz.

Durante este breve encuentro, ni Canby ni Captain Jack

aludieron a Hooker Jim. Jack no prometió nada; prefería esperar y ver qué medidas tomaba Canby a continuación.

Canby llevó refuerzos a las líneas de los sitiadores, las cuales amplió al cerrar el cerco de los indios. El 1º de caballería y el 21º de infantería, con el apoyo del 4º de artillería, se encontraban ahora a una distancia adecuada para el ataque.

El 2 de abril, Captain Jack envió un mensaje a los comisionados en el cual les ofrecía acudir a su encuentro a mitad de camino entre las avanzadas militares y su reducto. Aquel mismo día, Canby, Meacham, Thomas y Dyar, con Winema y Frank Riddle, se dirigieron a una hondonada que, en caso de necesidad, quedaba cubierta por el fuego de las patrullas de vanguardia. Jack, Hooker Jim y otros modocs se reunieron con ellos. Los indios habían llevado consigo a sus mujeres como señal de paz. Aunque Jack saludó a Meacham como viejo conocido, las palabras que dirigió a Canby destilaban cierta amargura por el hecho de que aquél hubiera llevado a sus soldados tan cerca del reducto indio, batido ahora fácilmente desde ambos lados.

El general trató de quitarle importancia a su medida explicando que el hecho de que su cuartel general quedara ahora más próximo al de Captain Jack facilitaría, sin duda alguna, sus encuentros, dondequiera que se celebrasen las deseadas conversaciones de paz. Además, la presencia de los soldados tenía el único objeto de hacerle sentir más protegido. El caudillo indio rechazó tal explicación y exigió la retirada de los soldados de toda la zona. Luego, incidió en el delicado punto referente a Hooker Jim y su banda. No cabían más diálogos ni entendimientos, a menos que se garantizara la seguridad de los modocs, sin excepción. A su vez, Canby replicó que, en su momento, el ejército decidiría qué hacer con respecto a los indios y dónde debían ser alojados en el

futuro; no estaba a su alcance prometer amnistía alguna.

Mientras hablaban, unas nubes negras aparecieron por el horizonte y la lluvia no tardó en hacer acto de presencia. Canby opinó que era inútil prolongar el encuentro en aquellas condiciones, a lo cual replicó Jack: "Estás mucho mejor vestido que yo y, ciertamente, no me derretiré como la nieve". Canby ignoró la observación de su interlocutor y declaró que haría erigir una tienda para la próxima sesión.

En efecto, unos soldados acudieron al lugar al día siguiente y la tienda fue levantada, pero no donde se había celebrado la primera reunión, sino un poco más adelante, sobre una plataforma rocosa cubierta de matas de salvia, desde donde se percibía con toda claridad la ominosa presencia de las formidables piezas de artillería.

Dos días más tarde, Jack envió un mensaje a Alfred Meacham, en el cual le solicitaba que, acompañado por John Fairchild, dueño del rancho vecino, se encontraran con él. En su misiva indicaba expresamente que no llevaran consigo al general Canby ni al reverendo Thomas. Meacham y Fairchild se quedaron un tanto sorprendidos por el mensaje, pero acudieron al lugar donde se había levantado la tienda, acompañados por Winema y Frank Riddle. Los modocs los estaban esperando y Jack acogió a los hombres blancos con calurosos saludos. No confiaba en Canby, dijo, porque vestía uniforme azul y hablaba en exceso de su amistad para con los indios; sus palabras no sonaban verdaderas puesto que, pese a sus reiteradas promesas de buena voluntad, el número de soldados aumentaba sin cesar en torno a Lava Beds. En cuanto al reverendo Thomas, se trataba de un "doctor dominical" y su sagrada medicina se oponía a las creencias de los modocs.

—Ahora podemos hablar —concluyó Jack—. Te conozco, y conozco a Fairchild. Sé que vuestro corazón es recto.

Durante la reunión, el jefe indio les explicó que los soldados los habían obligado a abandonar el río Lost y a refugiarse en Lava Beds.

—Dadme un nuevo hogar en el Lost —suplicó—. Yo cuidaré de mi gente. No pido nada más, ni quiero la ayuda de nadie. Sabremos defendernos con poco. Dejad que tengamos las mismas oportunidades que se conceden a los demás hombres.

Meacham señaló que el Lost se encontraba en Oregón y que los modocs eran responsables de haber derramado sangre de blancos vertida allí.

—Esta sangre se interpondría siempre entre tú y los colonos —concluyó el comisionado.

Jack permaneció en silencio unos minutos.

—Recojo tus palabras —dijo, por fin—. Dadme, pues, un hogar en Lava Beds. Viviremos aquí; llevaos a vuestros soldados y todo se resolverá. Nadie deseará jamás estas rocas estériles; concededme un hogar en ellas.

—Tampoco les alcanzaría la paz en Lava Beds —respondió Meacham—, a menos que los modocs decidieran entregar a los autores de las atrocidades cometidas en Oregón. Éstos serían juzgados de acuerdo con la ley.

—¿Quién los juzgará? —replicó Jack—. ¿Serán los blancos o los indios?

—Los blancos, naturalmente —admitió Meacham.

—Entonces, ¿acaso entregaréis a los culpables de las muertes sufridas por nosotros en Lost River, para que sean juzgados por los modocs?

Meacham negó con la cabeza.

—La ley modoc ha muerto, es la del blanco la que ahora rige en el país; sólo una ley gobierna a un tiempo.

—¿Juzgaréis, pues, a los hombres que hicieron fuego contra mi pueblo, de acuerdo con vuestra ley? —preguntó

Jack.

Tanto Meacham como Captain Jack sabían que aquello era imposible.

—La ley del hombre blanco rige el país —insistía el comisionado—. La ley india ha muerto.

—Las leyes del blanco son buenas para el hombre blanco, pero excluyen al indio de su protección —dijo Jack—. No, amigo mío, no puedo entregar a mis jóvenes al patíbulo. Sé que procedieron mal. [...] Pero ellos no iniciaron el desorden; fue el hombre blanco. [...] No, no puedo condenarlos. Aleja a tus soldados y se restablecerá la paz.

—Los soldados no se alejarán —replicó Meacham— en tanto tú permanezcas en Lava Beds.

Tras asir el brazo del comisionado, Captain Jack preguntó, implorante:

—Dime, amigo, qué vas a hacer. No deseo más lucha.

—Sólo si abandonas tu reducto en las rocas volverá la paz —respondió Meacham, lacónico.

—Me pides que abandone mi refugio y que me ponga en tus manos. No puedo. Tengo miedo. No, no es eso; es el miedo de los míos. [...] Y yo soy su voz. [...] Soy un modoc. No temo a la muerte y puedo mostrar a Canby cómo la recibe uno de mi raza.

Los dos hombres sabían que más palabras eran vanas. Meacham invitó a Captain Jack a reunirse con él en el campamento militar, para proseguir allí la conversación con el general Canby y los demás comisionados, pero el indio no aceptó. Luego añadió que convocaría a los suyos a consejo y que, en el momento oportuno, le comunicaría si procedían o no más debates al respecto. Cuando Meacham informó al general Canby de que Captain Jack jamás entregaría a la banda de Hooker Jim y, por consiguiente, no rendiría su reducto de Lava Beds sin lucha, Canby decidió conceder una

última oportunidad a los modocs que no compartieran las ideas de su jefe. Al día siguiente, Winema fue al campamento indio para informar a Jack de que, si alguno de sus hombres deseaba rendirse, podía atravesar sin riesgo las líneas enemigas.

Mientras la mujer esperaba, Captain Jack convocó un consejo. Sólo 11 modocs votaron a favor de la propuesta de Canby. Hooker Jim, Schonchin John y Curly Headed Doctor se pronunciaron en contra de la rendición, tras acusar a Canby y a los comisionados de conspiradores y traicioneros. La reunión finalizó cuando Hooker Jim amenazó con dar muerte a quienes optaran por la capitulación.

Aquella noche, cuando Winema cabalgaba de regreso al cuartel general de Canby, un joven modoc llamado Weium, pariente lejano de la mujer, le salió al paso no lejos del campamento indio. No debía visitarlos más, dijo, ni sus amigos blancos abrigar esperanzas de entendimiento con los indios. Hooker Jim había amenazado con dar muerte a todo aquel que se prestara a componendas. Una vez en la posición militar, Winema no se atrevió a confiar sus cuitas a nadie que no fuera su propio marido, el cual, sin dilación, se dirigió a las dependencias de Canby para poner en conocimiento de éste y de los comisionados el nuevo aspecto de la situación. Ninguno de ellos la creyó tan grave y el lance fue atribuido a la tensión del momento.

Sin embargo, en Lava Beds era otra la situación reinante. La animosidad hacia los pacifistas aumentaba progresivamente. Al anochecer del 7 de abril, Hooker Jim y su banda decidieron poner a su jefe en un aprieto. En realidad, muchos de ellos sospechaban que éste iba a traicionarlos.

Schonchin John dio comienzo al consejo con amargas palabras:

—Son muchas ya las veces que el blanco me ha engañado. Y no quiero que vuelva a suceder.

Luego acusó a los comisionados de retrasar deliberadamente el desenlace de las conversaciones para dar tiempo a que el ejército concentrara un mayor número de fuerzas atacantes.

—Cuando piensen que son suficientes, caerán sobre nosotros y no dejarán uno vivo.

Black Jim fue el siguiente en hablar:

—Por lo que a mí respecta, no estoy dispuesto a que me maten como a un perro. Antes de ser abatido me llevaré a alguien por delante.

Seguidamente, propuso que se diera muerte a los comisionados con ocasión del próximo encuentro.

Cuando Captain Jack se dio cuenta del cariz que tomaba la situación, hizo ímprobos esfuerzos por disuadir a los suyos. Pidió tiempo para gestionar con el enemigo y tratar de obtener la seguridad de Hooker Jim y su banda, además de un emplazamiento conveniente para la reserva.

—No os pido más que un poco de paciencia —concluyó.

Black Jim acusó a su jefe de estar ciego.

—¿Acaso no te das cuenta de que el número de soldados aumenta día tras día? ¿Qué me dices de los cañones que traen consigo, capaces de lanzar proyectiles tan grandes como tu propia cabeza? Los comisionados intentaran ganar la paz contigo a base de volártela primero.

Los argumentos de Black Jim fueron coreados por muchos de los presentes, y cuando Captain Jack trató de mediar de nuevo, sus hombres ahogaron sus palabras con gritos.

—¡No sabes lo que dices! Luchemos, mejor, y la muerte nos llegará antes. Al fin y al cabo, eso es todo cuanto cabe esperar.

Captain Jack comprendió que hablar más era vano y se

dispuso a abandonar el consejo. Black Jim se interpuso en su camino, al tiempo que le espetaba:

—Si eres nuestro jefe, prométenos que matarás a Canby cuando te reúnas nuevamente con él.

—No puedo hacerlo. Ni tampoco quiero.

Hooker Jim, que había observado la escena en silencio, se levantó de pronto y se aproximó a su jefe.

—Matarás a Canby o morirás. Matarás o morirás a manos de tus propios hombres.

Jack se dio cuenta de que trataban de poner a prueba su autoridad y, tras contener su enojo, dijo:

—¿Por qué queréis forzarme a ejecutar un acto de cobardía?

—Ciertamente, no será tal —replicó Hooker Jim—. Sería una actitud muy valiente matar a Canby delante de sus soldados.

Tras negarse a comprometerse, Jack se levantó de nuevo dispuesto a abandonar la reunión. Entonces, algunos de los hombres de Hooker Jim echaron sobre su cabeza un chal de mujer, al tiempo que lo colmaban de improperios:

—Eres una mujer de corazón blando. No eres un modoc y no te reconocemos como jefe.

Para salvar su autoridad y ganar tiempo, Jack dijo finalmente:

—¡Mataré a Canby!

Luego apartó a los hombres que le cerraban el paso y se dirigió cabizbajo a su cueva.

Al día siguiente Winema no acudió con mensaje alguno. Tampoco el otro. De modo que los indios decidieron enviar al campamento militar a Boston Charley, que hablaba y comprendía inglés, con el encargo de convocar una nueva tanda de conversaciones con Canby y los comisionados para la mañana del viernes 11 de abril. Los modocs acudirían

desarmados y esperaban que sus interlocutores hicieran otro tanto.

El día 10 por la mañana, Jack reunió de nuevo a sus hombres fuera de la cueva que les servía de refugio. El día era primaveral y el sol se había deshecho con rapidez de la niebla matutina.

—Mi corazón me dice que daría igual hablar a las nubes y al viento —dijo—, pero quiero recordaros de nuevo que la vida es dulce y el amor es fuerte; el hombre lucha para salvar la vida y también para cumplir los deseos de su corazón, eso es amor. La muerte es mala, y nos llegará pronto, antes de lo que deseamos y esperamos.

Seguidamente trató de explicar a los reunidos que, si se reanudaba la guerra, ellos se llevarían la peor parte, y todos, incluidos mujeres y niños, serían víctimas. Si debían luchar, que fueran los soldados quienes iniciaran las hostilidades. Luego les recordó que él había prometido a los comisionados que, en tanto duraran las conversaciones de paz, no se derramaría más sangre.

—Dejadme demostrar al mundo que Captain Jack hace honor a la palabra dada —imploró.

Tras volver a la promesa hecha, añadió:

—No me obliguéis a cumplirla. No hagáis que las palabras dichas en un momento de exasperación sellen nuestro destino. Hooker Jim, tú sabes tan bien como yo que si mato a Canby nuestra suerte está echada.

—Debes cumplir lo prometido. Has de matar a Canby. Tus palabras son buenas, pero llegan demasiado tarde.

Jack miró a los 50 hombres sentados a su alrededor. El sol centelleaba en sus cetrinos rostros.

—Quienes quieran que mate a Canby, que se levanten —dijo, por último.

Sólo una docena escasa de seguidores fieles

permanecieron sentados.

—Veo que no sentís apego por la vida —replicó.

Luego, su voz se tornó más ronca al exponer una posible alternativa. Cuando se celebrara el consejo de paz, dijo, le diría a Canby cuáles eran los deseos de los modocs.

—Le preguntaré repetidas veces. Si él acepta mis condiciones, no lo mataré. ¿Oís?

—Sí —respondieron todos, al unísono.

Sólo las palabras de Canby podían salvar ahora la situación.

El Viernes Santo de 1873 amaneció despejado. Una fresca brisa agitaba las lonas de la tienda, levantada a mitad de camino entre Lava Beds y el campamento militar. Captain Jack, Hooker Jim, Schonchin John, Ellen's Man, Black Jim y Shacknasty Jim llegaron al lugar de parlamento a primera hora. Uno de ellos encendió un fuego de salvia para mantenerse en calor, en tanto aguardaban la llegada de la otra parte. Esta vez no habían llevado a sus mujeres consigo, ni tampoco rifles; sin embargo, debajo de sus túnicas todos ocultaban sus pistolas.

Los comisionados llegaron tarde (Winema no cesaba de aconsejarles que se abstuvieran de acudir a la cita); por fin, poco después de las once, a pie, aparecieron el general Canby y el reverendo Thomas, seguidos por L. S. Dyar, Alfred Meacham, Winema y Frank Riddle, montados a caballo. Asimismo, con los comisionados llegaron Boston Charley y Bogus Charley, quienes habían ido en su busca. Los dos Charley portaban rifles en bandolera. Al parecer, ninguno de los comisionados iba armado; Meacham y Dyar ocultaban, sin embargo, sendas pistolas de pequeño calibre en los bolsillos de la casaca.

Canby llevaba una caja de cigarros y, tan pronto como llegó a la tienda, repartió uno por cabeza. Durante unos

minutos fumaron todos en silencio alrededor de la hoguera.

Frank Riddle recordaría más tarde que Canby fue el primero en hablar. "Dijo que hacía más de 30 años que trataba con indios y que, en aquella ocasión, le animaba el único deseo de lograr una paz duradera. Él mismo se ocuparía de que todo cuanto se les prometiera les fuera, en verdad, concedido. Si por fin los indios se decidían a acompañarlo, él los llevaría a un territorio donde podrían vivir en paz el resto de sus días, pues cultivarían la tierra y disfrutarían de las mismas ventajas que el hombre blanco."

Meacham fue el siguiente en hablar. Inició su discurso con las habituales observaciones acerca de los buenos deseos del gran padre blanco de Washington, que lo había enviado para poner fin a aquel terrible derramamiento de sangre. Dijo que esperaba ofrecerles un lugar mucho mejor, donde, además, se les proveería de mantas, alimentos y vestidos. Cuando Meacham finalizó su parlamento, Captain Jack replicó que no deseaba abandonar el territorio modoc y que deberían establecer la reserva, en todo caso, cerca del lago Tule y de Lava Beds. Para terminar, reiteró su demanda de que fueran retirados los soldados. Al parecer, a Meacham le disgustaron las insistentes palabras de Jack. Tras elevar la voz, dijo: "¡Hablemos como hombres y no como niños!"; concluyó después de renovar su propuesta de que lo acompañaran los indios que quisieran y que los otros aguardaran en Lava Beds hasta que se estableciera permanentemente la nueva reserva, momento en que deberían dejarse conducir a ella.

Schonchin John, que estaba sentado a unos tres metros de Meacham, habló de pronto en modoc para decirle al comisionado que cerrara la boca. En este momento, Hooker Jim se dirigió al lugar en que Meacham había dejado su caballo, tomó la chaqueta que colgaba de la silla, se la endosó ni corto ni perezoso y se la abotonó en medio de gran

algaraza. Todos habían dejado de hablar para observarlo.

—Qué, ¿me parezco a Meacham? —preguntó aquél en mal inglés.

El aludido trató de tomarse a broma la situación y, tras ofrecer al indio su sombrero, le dijo que se lo pusiera y completara así la imagen.

—Tú aguarda un poco. Sombrero será pronto mío —dijo el modoc, poniéndose serio de repente.

Canby comprendió enseguida el significado de las palabras de Hooker Jim. Se apresuró a poner fin a la reunión, que cerró diciendo que sólo el gran padre de Washington poseía autoridad para retirar de allí a los soldados. Una vez más apeló a la confianza de Jack.

—Quiero decirte una cosa, Canby —replicó éste—. No podemos hacer la paz mientras nos sentimos asediados por estos soldados. Si estás dispuesto a hacerme una promesa verdadera, házmela ahora mismo, Canby, no esperes a otra ocasión. Ésta es tu oportunidad. Estoy harto ya de tanta palabrería.

Meacham se dio cuenta de la tensión encerrada en las palabras de Captain Jack.

—¡Por el amor de Dios, general, prométale lo que sea! —gritó.

Pero, antes de que Canby pudiera pronunciar aunque fuera una palabra, Jack se levantó de un salto y se apartó de la hoguera. Schonchin John dejó oír entonces su voz, preñada de amenazas:

—¡Tú retirar soldados y devolvernos tierra! —espetó a Canby—. Estamos cansados de charlas. ¡Ya no hablaremos más!

Captain Jack giró en derredor, hablando en modoc:

—*Ot-we-kautux-e* (¡todos listos!).

Tras sacar la pistola oculta debajo de su túnica, hizo fuego

sobre Canby. Sonó el percutor, pero no salió bala alguna. Canby lo miraba asombrado, cuando la segunda tentativa del indio produjo descarga y dio con el general en tierra, mortalmente herido. Boston Charley hizo fuego sobre el reverendo Thomas, que murió al instante. Winema salvó la vida de Meacham al desviar el arma que Schonchin John apuntaba hacia aquél. En la confusión reinante, Dyar y Riddle lograron escapar.

Tras hacerse con el uniforme de Canby, Captain Jack condujo a los suyos de nuevo a su reducto, dispuesto a aguardar allí la llegada inminente de los soldados. El principal tema de las conversaciones anteriores, la seguridad de Hooker Jim y su banda, no había sido tocado siquiera en esta última ocasión.

Tres días más tarde dio comienzo la batalla. Los morteros descargaron una y otra vez su mortífera carga sobre Lava Beds, pero cuando los soldados pudieron penetrar por fin en el reducto indio, ningún modoc estaba a la vista. Por grietas y riscos, amparados en la oscuridad y en las defensas naturales que les ofrecía el terreno, Captain Jack y los suyos habían abandonado el lugar. Mal dispuesto el ejército a perseguir a sus enemigos por aquellos abruptos andurriales, encargó este cometido a 72 mercenarios teninos de la reserva de Warm Springs, en Oregón. Estos exploradores descubrieron el nuevo refugio de los modocs, pero estuvieron a punto de perecer en su totalidad en la emboscada que Captain Jack les había preparado.

Por fin, la enorme desproporción de fuerzas obligó a los modocs a disgregarse. Tuvieron que dar muerte a sus caballos para comer, y muchos días carecían de agua. Como las bajas aumentaban, Hooker Jim empezó a discutir la estrategia de su jefe. Al cabo de unos días de creciente tensión, Hooker Jim y su banda abandonaron a Captain Jack,

quien les había dado protección y amparo y que, a costa de comprometer su propia seguridad, se había negado a entregarlos a la justicia del general Canby. Para enfrentarse a más de 1.000 soldados, Jack sólo contaba con 37 guerreros fieles.

No pasaron muchos días hasta que la banda de Hooker Jim, encabezada por él mismo, se rindiera a los militares, a los que ofreció ayuda para capturar a Captain Jack a cambio de la amnistía. El nuevo comandante militar, general Jefferson C. Davis, les brindó la protección del ejército, y el día 27 de mayo, Hooker Jim y tres miembros de su banda perpetraron la traición que condenaría al jefe que jamás quiso traicionarlos. Pronto descubrieron el paradero de Captain Jack, que en aquel momento estaba cerca de Clear Lake, con quien concertaron una entrevista para recibir su capitulación. Los soldados les harían justicia, dijeron, y les proporcionarían alimentos.

—No sois mejores que los coyotes que merodean por el valle —les respondió Jack—. Llegáis a mí montados en caballos del ejército y empuñando las armas de los militares. Queréis comprar vuestra libertad abatiéndome antes de entregarme. Os dais cuenta de que la vida es valiosa, pero no pensabais así cuando me forzasteis a dar muerte a aquel hombre, Canby. Yo jamás he dejado de saber lo dulce que es la vida; por este motivo no quería hacer la guerra al blanco. Pensé luego que nos mantendríamos codo con codo en la batalla y que moriríamos juntos. Ahora me doy cuenta de que yo soy el único que ha puesto su vida en juego al matar a Canby, es posible que haya uno o dos más. Pero tú y el resto, los que os entregasteis, parecéis prosperar con mejor fortuna y, como has dicho, tenéis comida abundante. Vosotros, de corazón rapaz, os habéis vuelto contra mí.

Lo que más sublevaba al jefe modoc era que precisamente

éstos habían sido los que, tras echarle vestidos de mujer sobre los hombros, lo habían llamado mujerzuela de corazón blando, forzándolo así a asesinar a Canby. Bien sabían ellos, como él mismo, que era demasiado tarde para rendirse; la muerte de Canby lo había condenado a la horca. No había nada que hacer. Entonces dijo a los traidores que regresaran con los blancos si así lo deseaban, aunque juraba que, si volvían a aparecer ante él, los mataría como si se tratase de perros sarnosos.

La persecución duró varios días. “En vez de una guerra parecía una caza despiadada de bestias salvajes –diría el general Davis–, en la que cada regimiento competía con los demás por ser el primero en dar por terminada aquella carrera.”

Por fin, tras una persecución a pie por un terreno quebrado, un grupo de soldados rodeó a Captain Jack y a tres de sus leales que no quisieron abandonarlo en aquella hora trágica. El jefe modoc se entregó; vestía el uniforme azul del general Canby, polvoriento y hecho jirones. Al deponer su rifle, dijo con voz queda:

—Las piernas de Jack han cedido. Estoy listo para morir.

El general Davis quería ajusticiarlos inmediatamente en la horca, pero el Departamento de Guerra, con sede en Washington, ordenó que se iniciara un proceso. El consejo de guerra se celebró en el mes de julio de 1873, en el fuerte Klamath. Captain Jack, Schonchin John, Boston Charley y Black Jim fueron acusados de asesinato. Ningún abogado defendió a los modocs, y aunque se les concedió el derecho a carearse con los testigos, la mayoría de los inculpados ignoraba el idioma, y si alguno alcanzaba a comprender alguna palabra, ninguno era capaz de expresarse en inglés. Mientras avanzaba el juicio, los soldados de la guarnición construían el patíbulo, no lejos de la audiencia, de modo que

pocas dudas podían caber acerca del fallo.

Entre los testigos que declararon en contra de los inculpados se encontraban Hooker Jim y su banda. El ejército les había concedido la libertad a cambio de la traición.

Una vez que el fiscal hubo interrogado a Hooker Jim, Captain Jack lo ignoró por completo y a su vez desistió de preguntar. Pero, finalizado el proceso y con la asistencia de Frank Riddle en calidad de intérprete, dijo para la sala:

—Hooker Jim es el que siempre nos instaba a la lucha, y fue él quien inició los asesinatos y las depredaciones. [...] No me queda ya mucha vida, pero no fuisteis vosotros, los hombres blancos, quienes me vencisteis, sino mis propios hombres.

Captain Jack fue ahorcado el día 3 de octubre. Durante la noche siguiente, su cuerpo fue desenterrado en secreto y trasladado a Yreka, donde fue embalsamado. Más tarde hizo su aparición de nuevo, en las ciudades del este, como atracción de feria. Podía contemplarse previo pago de una entrada de 10 centavos.

Los 153 hombres, mujeres y niños supervivientes, incluidos Hooker Jim y su banda, fueron desterrados a Indian Territory. Seis años más tarde murió Hooker Jim; la mayoría de los restantes perecieron antes de 1909, fecha en que el gobierno dio permiso para que los 51 modocs que quedaban regresaran a una reserva de Oregón.

XI. LA GUERRA POR EL BÚFALO

1874: El 13 de enero, obreros en paro se enfrentan a la policía en la ciudad de Nueva York. El 13 de febrero, tropas de los Estados Unidos desembarcan en Honolulu para proteger al rey. El 21 de febrero, Benjamin Disraeli se convierte en primer ministro de Inglaterra sucediendo a William E. Gladstone. El 15 de marzo, Francia toma Anam (Vietnam) como protectorado. El 29 de mayo, se disuelve en Alemania el Partido Socialdemócrata. En julio, Alexander Graham Bell realiza una demostración de su nuevo invento, el teléfono eléctrico. El 7 de julio, Theodore Tilton acusa al reverendo Henry Ward Beecher de adulterio. El 4 de noviembre, Samuel J. Tilden es elegido gobernador de Nueva York tras el derrocamiento del Tweed Ring. En diciembre se destapa el escándalo del Whiskey Ring, en el que se hallan envueltos destiladores y funcionarios del gobierno de los Estados Unidos.

He oído que tratáis de llevarnos a una reserva próxima a las montañas. Yo no quiero establecerme allí. Me gusta vagar por las praderas. En ellas me siento libre y feliz, pero cuando nos confinemos palideceremos y moriremos. He dejado de lado mi lanza, mi arco y mi escudo y, aun así, me encuentro seguro en tu presencia. Te he dicho la verdad. No oculto nada, pero no sé si ocurre lo mismo con los comisionados. ¿Son ellos tan limpios como yo? Hace mucho tiempo, esta tierra pertenecía a nuestros padres; ahora, cuando me acerco al río, descubro la presencia de soldados en sus orillas. Estos soldados cortan nuestra madera, matan nuestros búfalos, y cuando contemplo estas escenas, mi corazón parece querer saltar del pecho.

Me embarga la congoja. [...] ¿Acaso el hombre blanco se ha vuelto tan niño que sólo le interesa destruir y no comer? Cuando los hombres rojos abaten la caza, es para poder alimentarse de ella y alejar de sí el fantasma del hambre.

SATANTA, jefe de los kiowas

Mi pueblo jamás ha sido el primero en amagar con el arco o la carabina contra el blanco. Se han producido desórdenes en nuestras líneas de contacto y mis hombres jóvenes han bailado la danza de guerra. Pero ésta no fue iniciada por nosotros. Fuisteis vosotros quienes enviasteis el primer soldado, y nosotros, el segundo. Hace dos años recorrí esta ruta en busca del búfalo que debía llenar los carrillos de mis niños y calentar los cuerpos de mis mujeres. Pero los soldados abrieron fuego contra nosotros y desde entonces no ha cesado este ruido de amenazadora tormenta. Ya no sabemos adónde dirigirnos. Así fue junto al Canadian. Y no ha sido sólo una vez que se han llenado de lágrimas nuestros ojos. Los soldados vestidos de azul y los utes surgieron de la noche y, en lugar de fuegos de campamento, incendiaron nuestros alojamientos. En vez de tirar sobre la caza abatieron a mis bravos, y los guerreros de la tribu se desprendieron de sus cabellos en favor de sus muertos. Así fue en Texas. Llevaron el dolor a nuestros campamentos y nos obligaron a embestir como los búfalos cuando son atacadas sus hembras. Cuando dimos con el enemigo, le dimos muerte y su cuero cabelludo cuelga de nuestras tiendas. Los comanches no son débiles ni ciegos como los cachorros de perra a los

siete días. Son fuertes y de aguda mirada, como los caballos adultos. Tomamos el camino de aquél y lo seguimos con valor. Las mujeres blancas lloraban y las nuestras reían.

Pero hay cosas que me habéis dicho que no me placen. No son dulces como el azúcar, sino amargas como la calabaza salvaje. Dijisteis que ibais a confinarnos en una reserva, donde se construirían alojamientos para nosotros. No queremos que eso suceda. Yo nací en la pradera, donde el viento corre libremente y nada rompe el camino de la luz del sol. Nací en un lugar que no conocía límites ni fronteras y donde todas las cosas hablaban de libertad. Quiero morir ahí, no entre muros. Conozco todas las corrientes y bosques que quedan entre el río Grande y el Arkansas. He cazado y he vivido siempre en este territorio. He vivido como hiciera mi padre antes que yo y, como él, he sido feliz.

Cuando estuve en Washington, el gran padre me dijo que toda la tierra comanche nos pertenecía y que nadie pondría obstáculo alguno a que la ocupáramos. ¿Por qué nos pedís ahora que abandonemos nuestros ríos, el sol y la brisa, para encerrarnos en unas barracas? No pidáis que renunciemos al búfalo por la oveja. Mis jóvenes han oído hablar de estas cosas y se han vuelto tristes y furiosos. No habléis más de esto. [...]

Si los tejanos se hubieran mantenido fuera de mi territorio habría sido posible la paz. Pero donde decís que hemos de vivir es demasiado pequeño. Los tejanos nos han arrebatado la tierra que veía crecer la hierba más exuberante y los árboles más frondosos. Si hubiéramos conservado estas posesiones es posible que ahora

atendiéramos mejor vuestras demandas. Pero es demasiado tarde. El hombre blanco posee el territorio que amábamos, y no deseamos otra cosa que vagar libres por la pradera hasta que llegue la hora de nuestra muerte.

PARRA-WA-SAMEN (DIEZ OSOS), de los comanches
yamparika

Tras la batalla del Washita, en diciembre de 1868, el general Sheridan ordenó que todos los cheyenes, arapajos, kiowas y comanches se presentaran en Fort Cobb para ofrecer su rendición incondicional, pues de lo contrario tendrían que enfrentarse a la persecución más despiadada por parte de los chaquetas azules, que no les darían ya cuartel (véase el capítulo VII). Pequeña Toga, sucesor del infortunado Cazo Negro en la jefatura de la tribu, acudió como se había ordenado a la cabeza de sus cheyenes. Oso Amarillo llevó a sus arapajos. Unos pocos jefes comanches –es de notar que entre ellos se encontrara Tosawi, a quien Sheridan había dicho que el único indio bueno era el indio muerto– se sometieron también. Sin embargo, los orgullosos y aguerridos kiowas no dieron señal alguna de sumisión y Sheridan decidió enviar a Posaderas Duras Custer en su busca, con la orden expresa de rendirlos o exterminarlos.

Los kiowas no veían por qué debían acudir a Fort Cobb para rendirse, entregar sus armas y aceptar la regla del blanco sobre su raza. El tratado de Medicine Lodge, firmado por sus jefes en 1867, les había concedido el territorio que ocupaban y el derecho de cazar en cualquier zona situada por debajo del curso del Arkansas “siempre que el búfalo se

concentre allá en número suficiente que justifique su caza". Entre el Arkansas y los afluentes occidentales del río Red, las llanuras estaban teñidas de negro, debido a la gran cantidad de búfalos que huían del progresivo avance de la civilización del hombre blanco. Los kiowas poseían numerosos caballos de caza, poderosos y ágiles, y, cuando escaseaba la munición, podían valerse incluso de sus arcos y flechas para obtener suficiente material con que vestirse, alimentarse y confeccionar ropas.

Sin embargo, largas columnas de chaquetas azules llegaban al corazón mismo de la zona donde los kiowas habían establecido sus campamentos de invierno, junto al Rainy Mountain Creek. Deseosos de evitar una batalla, Satanta y Lobo Solitario, acompañados de una pequeña escolta de guerreros, salieron al encuentro de Custer para parlamentar. El primero era un hombre impresionante, de negro cabello lacio que cubría sus poderosos hombros. De brazos y piernas extremadamente musculosos, su ancha faz reflejaba la confianza que tenía en sí mismo. Brillante pintura roja adornaba su rostro y extremidades, y rojos eran los penachos que colgaban de su lanza. Le gustaba la pelea y todo lo que requiriera un esfuerzo físico. Comía y bebía en abundancia, y la sonoridad de sus carcajadas era célebre. Incluso a sus enemigos les hacía gracia. Cuando se aproximó a Custer su rostro expresaba una sonrisa complacida. El general desdeñó estrechar la mano que el indio le había tendido cordialmente.

Satanta, que había estado por los fuertes junto al curso del Arkansas, conocía bien los prejuicios de los hombres blancos, por lo que pudo reprimir su furia. El caudillo comanche no quería que a sus hombres les ocurriera lo mismo que a los de Cazo Negro, y tras pasar por alto el desprecio de que había sido objeto, se dispuso a negociar

con el general. Satanta se dio cuenta en seguida de que los dos intérpretes, quienes con afán mediaban en la conferencia, conocían menos palabras kiowas que él inglés, de manera que llamó a uno de sus guerreros, Pájaro que Anda (Walking Bird), para que viera qué podía hacerse. Este indio había aprendido un considerable número de palabras inglesas durante sus tratos con muleros de la ruta. Pájaro que Anda se aproximó a Custer y, como vio, al cabo de un rato, que aquél no lograba comprender el peculiar acento kiowa, trató de tomarlo por el brazo y sacudirlo enérgicamente, como había visto que hacían los blancos entre sí a modo de saludo. Al mismo tiempo, le decía, a voz en grito:

—*Heap big nice sonabitch* (bonito y gran montón hijoperra), *heap sonabitch* (montón hijoperra).

Nadie se rió. Por fin, los intérpretes lograron dar a entender a Satanta que debía llevar todas las bandas de kiowas a Fort Cobb, si no quería enfrentarse a ser destruido por los soldados de Custer. A continuación, y con total desprecio por la tregua concertada, Custer mandó arrestar a sus interlocutores; serían llevados a Fort Cobb y permanecerían prisioneros allí hasta que su pueblo se reuniera con ellos. Satanta aceptó la decisión con calma, pero dijo que tendría que enviar un emisario a los suyos para que éstos acudieran al fuerte, como se había ordenado. Eligiendo a su propio hijo, le dijo no lo que esperaba el general, sino que levantara rápidamente el campamento kiowa y se trasladara con todos los suyos al remoto territorio del búfalo.

Durante el regreso de la fuerza a su punto de origen, fueron muchos los kiowas que lograron escapar por la noche. No así Satanta y Lobo Solitario, que estaban estrechamente vigilados. Cuando los militares llegaron a Fort Cobb, de los

prisioneros hechos, sólo los dos jefes se encontraban aún en su poder. Enfurecido por ello, el general Custer declaró que Satanta y Lobo Solitario serían ahorcados, a menos que los suyos acudieran deprisa a Fort Cobb a rendirse.

Y así fue como, mediante la traición y el engaño, la mayoría de los kiowas se vieron obligados a renunciar a su libertad. Sólo un jefe de poca monta, Corazón de Mujer (Woman's Heart), logró huir con su gente a Staked Plains, donde se reunió con los comanches kwahadi amigos.

Para mantener una vigilancia estrecha sobre los kiowas y los comanches, el ejército creó una nueva guarnición militar a unos pocos kilómetros al norte de la frontera del río Red, a la cual dio el nombre de Fort Sill. El general Benjamin Grierson, héroe de la guerra civil, fue nombrado comandante de las tropas, en su mayoría soldados negros del 10º de caballería. Los indios los llamaban soldados búfalos, a causa del color de su piel y de sus cabellos. Pronto hizo su llegada, además, un agente sin cabello alguno, que procedía del este y tenía la misión de enseñarles a cultivar la tierra en lugar de cazar el búfalo. Su nombre era Lawrie Tatum, pero los indios lo llamaban "Calvo" (Bald Head).

El general Sheridan llegó al nuevo fuerte, dejó en libertad a Satanta y Lobo Solitario y celebró un consejo, durante el cual reprendió a los jefes por sus errores pasados y los conminó a que obedecieran a su agente.

—Sea lo que digas —respondió Satanta—, me atenderé a ello. Mi opinión no variará más, tanto si me das la mano ahora como si decides colgarme. He escuchado tus palabras y éstas han entrado en mi corazón. Quede, pues, todo este territorio en vuestras manos, para que construyáis la carretera que nos llevará al futuro. Yo tomaré el camino del blanco y plantaré maíz. [...] No volverá a oírse que los kiowas hayan dado muerte a un hombre blanco. [...] No voy

a mentirte ahora. Digo la verdad.

Para la época de la siembra del maíz, 2.000 kiowas y 2.500 comanches se habían establecido en la nueva reserva. A los segundos les resultaba un tanto irónico que el gobierno los forzara ahora a cambiar sus costumbres cinegéticas por otras agrícolas. Los comanches, al fin y al cabo, habían desarrollado una poderosa economía agrícola en Texas, antes de que llegara el hombre blanco que, tras expoliarlos, los había obligado a recurrir a la caza para sobrevivir. Ahora, Tatum no hacía más que repetirles que adoptaran las costumbres del blanco, icómo si los indios no supieran nada de plantar maíz! ¿Acaso no fueron ellos quienes enseñaron al blanco cómo hacerlo?

Otro era el caso para los kiowas. Los guerreros consideraban que era una tarea propia de mujeres que ningún bravo debía aceptar. Además, si necesitaban maíz, bien podían intercambiar su tasajo y pieles con los wichitas, como siempre habían hecho. A éstos les gustaba cultivar la tierra; eran demasiado gordos y perezosos para salir en búsqueda del búfalo. Mediado ya el verano, los kiowas se quejaban continuamente a Tatum, a causa de las limitaciones del grano.

—No me gusta el maíz —decía Satanta—, estropea mis dientes.

Los kiowas también estaban hartos de la carne de buey, fibrosa y reseca, que de vez en cuando les dispensaban. Satanta pidió, por fin, que se les proporcionara armas y munición para ir a la caza del búfalo.

Aquel otoño, kiowas y comanches cosecharon casi 140.000 kilos de maíz. No duró mucho, una vez distribuido entre 5.500 indios y varios millares de caballos. Hacia la primavera de 1870 reinaba el hambre entre las tribus y Calvo Tatum concedió permiso para salir de caza.

En la luna de verano de aquel año, los kiowas celebraron una gran danza del sol en la confluencia norte del río Red. Invitaron a los comanches y a los cheyenes del sur, y durante aquellas ceremonias muchos jóvenes guerreros hablaron de quedarse en las llanuras, donde podrían vivir en la abundancia gracias al búfalo, en lugar de subsistir con las escasas raciones de la reserva.

Diez Osos, de los comanches, y Ave Coceadora, de los kiowas, hablaron en contra de estos proyectos; insistían en que más les valdría seguir de la mano del blanco. Los jóvenes comanches no reprocharon a Diez Osos sus palabras; después de todo, era ya demasiado viejo para cazar o luchar. Pero los jóvenes kiowas despreciaban los consejos de Ave Coceadora. Éste había sido un gran guerrero hasta que los blancos lo confinaron en la reserva. Ahora hablaba como una mujer.

Finalizadas las ceremonias, muchos de los jóvenes se dirigieron a Texas tras las huellas del búfalo y no pasó mucho tiempo sin que iniciaran sus correrías en las tierras de que habían sido desprovistos por los tejanos. En especial les enfurecía la presencia de tantos cazadores blancos, procedentes de Kansas, que daban muerte a los búfalos a millares, tomaban sus pieles y dejaban que la carroña se pudriera en la llanura. Kiowas y comanches pensaban que el blanco sentía odio por todo lo natural.

—Este país es viejo —había dicho Satanta a Viejo del Trueno Hancock, cuando se reunió con él en Fort Larned en 1867—, pero tú estás cortando toda su leña, como si no te importara el futuro de sus bosques.

También en Medicine Lodge Creek protestó ante los delegados del gobierno:

—Hace mucho tiempo, esta tierra pertenecía a nuestros padres; ahora, cuando acudo al río, me entristece la vista de

numerosos campamentos de soldados que pueblan sus orillas. Estos hombres talan sin el menor cuidado, dan muerte a mis búfalos; estas escenas llenan mi corazón de congoja y me embarga la tristeza.

Durante todo el verano, Ave Coceadora tuvo que sufrir las observaciones cáusticas de los guerreros de la reserva, obligados a cultivar las tierras en lugar de cazar. Por fin, aquel jefe no pudo aguantar más. Organizó una partida de guerra e invitó a sus más crueles atormentadores, Lobo Solitario, Caballo Blanco y el viejo Satank, a que se le unieran para una correría en Texas. Ave Coceadora no era grande y musculoso como Satanta. Delgado y nervudo, el color de su piel era algo más claro. Es posible que parte de su susceptibilidad se debiera al hecho de que no era un kiowa puro, pues uno de sus abuelos había sido un indio crow.

A la cabeza de un centenar de guerreros, Ave Coceadora cruzó la frontera del río Red y capturó deliberadamente una diligencia del correo, desafiando a los soldados de la guarnición de Fort Richardson, Texas. Al acudir éstos en castigo de los osados, Ave Coceadora mostró su capacidad táctica al enzarzarse con el enemigo en una escaramuza frontal, mientras dos grupos destacados asestaban un golpe combinado contra los flancos de la fuerza. Después de castigar a los soldados durante ocho horas bajo un sol de justicia, Ave Coceadora suspendió la lucha y condujo triunfante a sus guerreros a la reserva. Había demostrado su derecho a ser un jefe, pero a partir de aquel día dedicó todos sus esfuerzos a lograr una paz duradera.

Con el tiempo frío, muchas bandas errantes regresaron a sus campamentos próximos a Fort Sill. Varios centenares de jóvenes kiowas y comanches pasaron el invierno, no obstante, en las llanuras. El general Grierson y Calvo Tatum recriminaron a los jefes por estas incursiones en territorio

tejano, aunque no pudieron quejarse por el tasajo y las pieles de búfalo que los cazadores trajeron para complementar las magras raciones que el gobierno dispensaba, a todas luces insuficientes para superar el invierno.

Por entonces, se hablaba mucho, alrededor de los fuegos de campamento, sobre la creciente presencia de los blancos, que parecían llegar como hormigas desde todas direcciones. El viejo Satank lloraba a su hijo, muerto aquel año por los tejanos. El afligido padre había colocado el cadáver encima de una plataforma, erigida y alojada en una tienda especial; en su doliente senectud, hablaba siempre de su hijo como si durmiera, y cuidaba de que todos los días se dispusiera comida y agua junto a su tienda para que pudiera refrescarse al despertar. Cuando anochecía, se veía al viejo, pensativo, junto el fuego, acariciando las blancas hebras de su mostacho y con la mirada puesta en lo más remoto, como si esperara algo.

Satanta no dejaba de moverse de un lado a otro; concertaba alianzas con los demás jefes y trataba de determinar una política común ante los crecientes rumores que circulaban por los asentamientos indios. Se decía que se estaba abriendo un camino de acero para el caballo de hierro, y que aquel camino atravesaba el corazón mismo del territorio de los búfalos. Bien sabían los indios que la línea férrea había expulsado a las manadas del Platte y de Smoky Hill. Satanta quería convencer a los militares de los fuertes vecinos de que dejaran a los kiowas vivir como siempre habían vivido y de que se interrumpieran aquellas obras que tanto asustaban a los rebaños.

Gran Árbol (Big Tree) fue más directo. Propuso acudir al fuerte una noche, prender fuego a todos los edificios y matar a los soldados, a medida que éstos abandonaran sus refugios

para huir de las llamas. El viejo Satank se opuso a este plan. Sería una pérdida de tiempo tratar de convencer a los oficiales por medio de buenas y razonables palabras; por otra parte, la muerte de los soldados no haría sino desatar represalias y provocaría el envío de fuerzas cada vez más numerosas. Los hombres blancos eran como los coyotes; si se daba muerte a uno, aparecían más. Si los kiowas deseaban librarse del caballo de hierro lo primero que tenían que hacer era entendérselas con los colonos, que levantaban cercas, quemaban la hierba y tendían raíles para el monstruo mecánico.

Al llegar la primavera de 1871, el general Grierson destacó patrullas con la misión de proteger los vados del río Red. Pero los indios deseaban ver de nuevo las grandes manadas de búfalos y se las ingeniaban para atravesar las líneas de vigilancia. Por todos lados descubrían más cercas, más ranchos y más cazadores que, armados con fusiles de largo alcance, diezmaban los ya casi inexistentes rebaños.

Para la luna de las hojas, aquella misma primavera, algunos jefes kiowas y comanches condujeron una gran partida de caza hacia la confluencia norte del río Red, en espera de dar con los búfalos sin necesidad de tener que abandonar los límites de la reserva. Fueron pocos los animales que vieron, pues la mayoría se encontraba mucho más al sur, dentro de Texas. Por la noche, en torno al fuego de campamento, regresaron a sus conversaciones y cuitas a causa de la creciente invasión de los blancos, que no tenía más objeto que lograr el exterminio del indio. Pronto se vería al caballo de hierro resoplar por la pradera, y ya no quedaría búfalo alguno que perseguir. Mamanti, un importante hechicero, sugirió que había llegado la hora de que fueran ellos los que penetraran en Texas, para derrotar por fin al hombre blanco.

Después de cuidadosos preparativos, el destacamento de guerra, hacia mediados de mayo, cruzó las aguas del Red e hizo su entrada en Texas. Satanta, Satank, Gran Árbol y muchos otros jefes guerreros formaban parte de la fuerza india, pero, dado que aquella incursión obedecía a una visión de Mamanti, éste fue nombrado caudillo jefe. El 17 de mayo, el grupo tomó posiciones en una colina que dominaba la ruta Butterfield, a medio camino entre los fuertes Richardson y Belknap. Al día siguiente, muy alto ya el sol, su espera dio los primeros resultados. Un carro del ejército escoltado por soldados a caballo recorría la ruta en dirección este. Algunos de los guerreros se dispusieron a atacar, pero Mamanti dijo que una presa mucho más importante seguiría poco después, probablemente un valioso tren de armas y munición. (Los indios no sabían que el pasajero tan bien escoltado no era otro que el gran guerrero Sherman, en visita de inspección por los fuertes de la ruta.)

Como Mamanti había predicho, diez carromatos de carga hicieron aparición en lontananza al cabo de unas horas. Cuando lo juzgó oportuno, hizo una indicación especial a Satanta, quien, de un clarinazo, puso en movimiento a toda la fuerza. Los indios rodearon pronto la columna; los muleros cerraron sus carros en círculo, pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Los briosos kiowas y comanches atravesaron las líneas de defensa, mataron a varios blancos y no acabaron con todos porque volvieron su ansiosa atención al contenido de la carga. No había rifles ni munición, sólo grano. Después de hacerse con las mulas de la columna, ataron a sus heridos en sus propios caballos y regresaron hacia el norte.

Cinco días más tarde hacía su llegada a Fort Sill el general Sherman. Cuando Grierson le presentó a Calvo Tatum, el primero quiso saber si algunos de los kiowas o comanches de

su reserva se habían ausentado aquellos días. El agente respondió que investigaría el caso.

Poco después llegaron algunos jefes indios para retirar sus raciones semanales. Ave Coceadora, Satank, Gran Árbol, Lobo Solitario y Satanta se encontraban entre los llegados. Con su habitual solemnidad, Tatum les preguntó si sabían algo acerca de un ataque que se había producido sobre una caravana procedente de Texas.

Omitiendo el hecho de que Mamanti había sido el caudillo de la fuerza india, Satanta se irguió orgulosamente para declararse jefe del destacamento. Varias son las razones que se han invocado como explicación de esta conducta. ¿Vanidad, acaso? ¿Se limitaba a alardear presuntuosamente o, en verdad, pensó que como jefe principal debía asumir la responsabilidad del hecho? Sea como fuere, el caso es que aprovechó la ocasión para recriminar a Tatum por la forma en que eran tratados los indios:

—Repetidas veces hemos pedido que se nos proveyera de armas y de munición, siempre en vano, como cuando el hambre nos hacía implorar comida. Tú no prestas oídos a nuestras palabras. Los hombres blancos se disponen a construir una vía férrea a través de nuestro país, y eso no lo permitiremos. Hace algunos años se nos impuso a la fuerza la vecindad con los tejanos, con los que tuvimos que luchar con frecuencia [...]. Cuando el general Custer estuvo aquí, hace dos o tres años, fui arrestado y encarcelado durante varios días. Y eso se ha acabado. Ya no se arrestará a los indios nunca más. Ésta es la causa de que hace poco condujera a un centenar de mis guerreros, con los jefes Satank, Corazón de Águila (Eagle Heart), Gran Árbol, Gran Arco (Big Bow) y Oso Veloz (Fast Bear), al asalto de una columna de transporte procedente de Texas, no lejos de Fort Richardson. Si otro indio acude a ti y reivindica para sí el

honor de haber mandado la expedición, miente. Fui yo y no otro su jefe.

Tatum permaneció impasible durante el discurso de Satanta, a quien dijo que carecía de autorización para concederles armas y munición y que, si así lo querían, podían acudir a la presencia del gran guerrero Sherman, por entonces en Fort Sill, para expresarle sus demandas personalmente.

Mientras los jefes kiowas debatían la conveniencia o no de esta medida, Tatum envió una nota al general Grierson, en la que le comunicaba que Satanta había admitido su responsabilidad por el hecho y había dado los nombres de algunos otros jefes que, asimismo, participaron en la acción guerrera. Poco después de que Grierson, a su vez, hiciera llegar el mensaje a Sherman, llegó Satanta, solo, al cuartel general militar, para solicitar una entrevista con el gran jefe soldado llegado de Washington. Sherman salió al encuentro del indio, estrechó su mano y expresó su deseo de convocar un consejo con todos los jefes indios de la zona.

La mayoría de los convocados acudieron voluntariamente. Satank tuvo que ser obligado por los soldados. Gran Árbol intentó huir, pero fue detenido. Corazón de Águila, en cambio, desapareció tan pronto como supo que los soldados reunían a sus compañeros, por voluntad propia o por la fuerza.

Tan pronto estuvieron reunidos los jefes en el porche en presencia de Sherman, el general declaró que procedía al arresto de Satanta, Satank y Gran Árbol, acusados del asesinato de unos muleros civiles en Texas. Además, que sus soldados trasladarían a los acusados a aquel territorio, para que fueran juzgados ante un tribunal.

Satanta echó su manto hacia atrás e hizo ademán de extraer su pistola, al tiempo que exclamaba en kiowa que

prefería morir luchando antes de ser trasladado como prisionero a Texas. Sin perder la calma, Sherman dio una orden, y vanos de puertas y ventanas se llenaron de fusiles, apuntados hacia los concurrentes por los soldados, apostados al efecto por el general. Las dependencias del cuartel general se llenaron de soldados negros del 10º de caballería.

Ave Coccedora se levantó protestando.

—Has congregado a tus soldados para que maten a los míos —dijo—, pero éste es mi pueblo y no permitiré que cometas este asesinato. Tú y yo moriremos aquí, y ahora mismo.

En esto, una tropa montada, recién llegada el fuerte, se sumó a la escena. Mientras los soldados tomaban posiciones a lo largo de un parapeto, que cubría perfectamente el lugar de reunión, Lobo Solitario hizo su entrada en la plaza al paso de su caballo. Haciendo caso omiso de los presentes, desmontó, ató su caballo a una argolla y, en un gesto descuidado, colocó en el suelo sus dos carabinas de repetición. Sereno, pero con la alerta reflejada en sus ojos, se apretó el cinto, tomó sus carabinas de nuevo y avanzó hacia el porche ocupado por los contendientes. Una vez allí, dio su pistola al jefe más próximo y con voz tonante dijo en kiowa:

—¡Hazla humear si ocurre algo!

Tras lanzar una de sus carabinas hacia otro de sus compañeros, amartilló la suya y tomó asiento en el suelo, junto a los demás, fijando con descaro su mirada en el general Sherman, quien, curiosamente, había quedado en la línea de tiro del arma que el indio parecía sostener sin cuidado en sus brazos.

Un oficial gritó una orden y la fuerza de caballería apuntó hacia el grupo.

Satanta alzó los brazos.

—¡No, no, no! —gritó.

Con calma, Sherman ordenó a la fuerza que bajara las armas.

Era 8 de junio, en plena luna de verano, cuando los soldados encerraron a los tres jefes en un carromato para iniciar el largo viaje a Fort Richardson. Esposados y encadenados, Satanta y Gran Árbol fueron subidos a un vehículo; Satank quedó solo en otro.

Al emprender la marcha, el viejo Satank prorrumpió en las invocaciones de la canción de muerte de su sociedad kiowa de guerreros:

*¡Oh, sol!; sólo tú permaneces eterno,
pero nosotros, kaitsenkos, hemos de morir.
¡Oh, tierra!, sólo tú no tienes fin,
pero nosotros, kaitsenkos, hemos de morir.*

Señalando un árbol que se alzaba solitario en un recodo de la ruta, donde ésta atravesaba un arroyo, gritó en kiowa:

—¡Jamás pasaré de este árbol!

Tras echarse su manta encima de la cabeza, maniobró en las esposas, teñidas ahora de la sangre derramada en los esfuerzos por liberar sus manos, hasta que, una vez libres, empuñó un cuchillo que llevaba oculto en sus ropas. Con un grito de desesperación, se abalanzó contra el soldado más próximo y le dio muerte de una puñalada para después derribarlo del vehículo de un violento empujón. Armado con una carabina, iba a vender cara su vida. El teniente de la fuerza ordenó hacer fuego contra él. El anciano kiowa cayó pesadamente. Una hora permanecieron detenidos los carromatos, en espera de que muriera el viejo caudillo. Luego, su cuerpo fue arrojado sin miramientos a una acequia

que discurría paralela al camino, y se reanudó la marcha.

El juicio de Satanta y Gran Árbol dio comienzo el 5 de julio de 1871, en Jacksboro, Texas. Un jurado compuesto por rancheros y vaqueros pistola al cinto escuchó durante tres días los innumerables testimonios de la acusación y proclamó su veredicto. El juez sentenció a los acusados a muerte en la horca. Sin embargo, el gobernador de Texas, advertido de que la ejecución sería causa probable de un levantamiento general de los kiowas, conmutó la pena por reclusión a perpetuidad en la penitenciaría de Huntsville.

Las kiowas habían perdido, pues, a sus tres jefes principales. Aquel otoño fueron muchos los jóvenes que huyeron de la reserva en pequeños grupos para unirse a los indios libres de las remotas Staked Plains. Eludiendo a los colonos y cazadores blancos, aún se dedicaban a la caza del búfalo entre los ríos Red y Canadian. A la llegada de la luna de los gansos, solían establecer sus campamentos de invierno en el Palo Duro Canyon, dominado por los comanches kwahadis, que veían con agrado la llegada creciente de indios kiowas.

Lobo Solitario había cazado largo tiempo con los kwahadis y es posible que hubiera pensado incluso en unirse a ellos para siempre, pero, a principios de 1872, sus discusiones con Ave Coceadora acerca de la dirección que debían tomar los kiowas fugitivos eran cada vez más frecuentes. Ave Coceadora y Oso que Tropieza (Stumbling Bear) abogaban por la vinculación con el blanco, incluso si ello suponía la pérdida de la posibilidad de cazar búfalos en Texas. Lobo Solitario se oponía a esta política. Los kiowas no podían vivir sin los búfalos. Si los hombres blancos insistían tercamente en que los indios debían limitar sus cacerías dentro de las lindes de la reserva, decía, ésta debía extenderse desde el río Grande por el sur hasta el Missouri por el norte!

Que los inflamados argumentos de Lobo Solitario le ganaron el favor de sus hermanos de raza es evidente, pues fue elegido como su representante principal, por encima de Ave Coceadora y de Oso que Tropieza, para ir a Washington. En agosto, la oficina de asuntos indios había invitado a delegaciones de todas las tribus disidentes para discutir una vez más los términos de los tratados.

Cuando un comisionado especial, Henry Alvord, llegó a Fort Sill para hacerse cargo de la delegación kiowa que debía conducir a Washington, Lobo Solitario le informó de que no podía emprender el viaje hasta no haber consultado con Satanta y con Gran Árbol. Aunque en aquellos momentos se encontraban encerrados en una cárcel tejana, Satanta y Gran Árbol eran los caudillos de la tribu y en Washington no podía tomarse decisión alguna sin contar con su consejo.

Alvord estaba sorprendido, pero cuando comprendió que Lobo Solitario no hablaba por hablar, tuvo que dar comienzo a los tediosos y complejos preparativos para un encuentro con los jefes presos. El gobernador de Texas, obviamente con gran disgusto, se avino a dejar la custodia de sus reclusos en manos del ejército de los Estados Unidos de manera temporal. Un comandante de caballería, evidentemente aprensivo y nervioso, se hizo cargo de los engrillados hombres en Dallas, Texas, el 9 de septiembre de 1872, para emprender a continuación la marcha hacia Fort Sill. La columna de caballería iba, además, escoltada por bandas de tejanos armados hasta los dientes, ávidos de hacerse un nombre a costa de la muerte de Satanta y de Gran Árbol.

A medida que la expedición se aproximaba a Fort Sill, la inquietud del comandante de la plaza crecía; tanto era así, que decidió enviar un mensajero al encuentro de la fuerza con la sugerencia de que los famosos prisioneros fueran

llevados a cualquier otro sitio. “Los indios que se encuentran aquí, en la reserva de Fort Sill, como los que viven en lugares vecinos [...], son malencarados, pendencieros y prontos a la lucha [...]. Traer a su jefe principal, Satanta, encadenado, y esperar poder devolverlo sin problemas a la penitenciaría del estado es pura ilusión [...]. Por consiguiente, ruego que, pese a las órdenes de que dispone, no los traiga a la reserva, sino que, más bien, directamente a la terminal de la línea férrea M. K. & T.”

El comisionado Alvord debía convencer a los kiowas de que el encuentro con sus jefes se estaba preparando en la gran ciudad de San Luis. Para llegar hasta allí, explicó, debían dirigirse a unos establos, donde abordarían el caballo de hierro. Escoltada por guerreros, la suspicaz delegación kiowa recorrió 265 kilómetros en dirección este hasta llegar a Atoka, en Indian Territory, la terminal del ferrocarril de Missouri, Kansas y Texas.

Esta triste parodia alcanzó su clímax en Atoka. Poco después de la llegada de Alvord con la delegación kiowa, llegó un mensaje del comandante de caballería, que decía que pronto iba a llegar él, con la columna y los prisioneros, para dejar a éstos bajo la custodia del mismísimo comisionado. Éste estaba alarmadísimo ante tal perspectiva. Aquella terminal férrea no era más que un lugarejo aislado, y el comisionado temía que la aparición de Satanta pudiera provocar una reacción peligrosa en extremo por parte de sus hermanos de raza. El mismo mensajero que había portado la noticia fue enviado a toda prisa al encuentro de la columna, con órdenes expresas de que aquélla se mantuviera oculta donde fuera, lejos de la ruta, entre matojos, en fin, donde fuera, hasta que Alvord lograra conducir a la delegación india a San Luis.

Por fin, el 29 de septiembre se celebró la esperada

reunión de Satanta y Gran Árbol con los kiowas, en unas habitaciones especialmente acondicionadas en Everett House. El comisionado Alvord describió la reunión como “emocionante en extremo”, pero, al parecer, no se dio cuenta de que, por lo que a los indios se refería, su propósito se había cumplido. Antes de que Satanta y Gran Árbol fueran conducidos de nuevo a la cárcel, Lobo Solitario sabía a la perfección qué tipo de demandas debía presentar en Washington y con qué argumentos sostenerlas.

Otras delegaciones indias llegaron a Washington al mismo tiempo que los kiowas: algunos jefes menores de los apaches, un grupo de arapajos y unos cuantos comanches. Los comanches de las tribus kwahadis, que detentaban realmente el poder entre aquéllos, no se dignaron a enviar representación alguna; Diez Osos acudió en nombre de la banda yamparika y Tosawi fue por los penatekas.

Los funcionarios del gobierno arreglaron una grandiosa gira para los visitantes, en la que no faltaron muestras del poderío militar de los Estados Unidos, un sermón dominical completo, con asistencia de intérpretes expresamente delegados para ello por la congregación metodista y, al final, una recepción en la Sala Este de la Casa Blanca con el gran padre blanco, Ulysses Grant. Después del habitual intercambio de discursos más o menos floridos, y desde luego tediosos, el comisionado para asuntos indios, Francis Walker, se dispuso a parlamentar con kiowas y comanches a la vez. Sorprendentemente, no hizo sino ofrecerles un ultimátum:

—En primer lugar, antes del 15 de diciembre próximo, los kiowas y los comanches aquí reunidos deben lograr que todos y cada uno de los suyos, varones, hembras, aislados, o familias completas, se encuentren en un radio de 16 kilómetros de Fort Sill y la reserva, de donde no se moverán

hasta la primavera y, luego, sólo con el expreso consentimiento del agente.

A continuación, dijo que los comanches kwahadis y demás facciones que no habían sido representadas en aquella ocasión se enterarían pronto de las noticias por los soldados que el gobierno de los Estados Unidos había destacado a sus territorios con la orden de reducirlos. Además, todo indio que para la fecha indicada, 15 de diciembre, no se hubiera concentrado con los otros sería considerado enemigo del gobierno de los Estados Unidos y tratado, en consecuencia, como tal; es decir, muerto a primera vista.

Diez Osos y Tosawi respondieron que sus bandas comanches seguirían las directrices del gran padre blanco, pero Lobo Solitario arguyó que dudaba de su capacidad para hacer que aquéllas se cumplieran en su totalidad. Satanta y Gran Árbol permanecían encerrados y eran muchísimos los jóvenes guerreros que, en honor a sus jefes, estaban dispuestos a la rebelión. Los dos cautivos, al fin y al cabo, eran caudillos de guerra, y mientras los tejanos los mantuvieran presos, sus bravos considerarían que quedaba una importante cuenta que saldar con las autoridades. No se podía lograr la paz si no se liberaba primero a Satanta y a Gran Árbol, quienes, devueltos a la reserva, cuidarían de que sus seguidores no volvieran a crear problemas con los blancos.

Naturalmente, esta condición era, ni más ni menos, lo que había sido decidido durante aquella "reunión emocionante en extremo" celebrada por los jefes presos con Lobo Solitario en San Luis. La maniobra de este último era digna del diplomático más diestro, pero cierto era que el comisionado Walker carecía de autoridad para ordenar al gobernador de Texas la liberación de sus presos. Sin embargo, ante la tenaz insistencia de Lobo Solitario, se vio obligado a prometer que

se devolvería la libertad a los reclusos. Por otra parte, Lobo Solitario fijó a su vez un ultimátum. La liberación debía producirse antes del final de la luna del brote y comienzo de la hoja, es decir, no más tarde de finales de marzo de 1873.

Uno de los efectos de la conferencia de Washington fue la marginación de Diez Osos por parte de los comanches. Mientras que Lobo Solitario regresó a la reserva convertido en un héroe, Diez Osos fue virtualmente ignorado. Enfermo y exhausto, el viejo poeta de las llanuras murió el 23 de noviembre de 1872. "Con la excepción de su hijo –diría el maestro de escuela de la reserva, Thomas Battey–, todo su pueblo lo había abandonado."

Mientras tanto, en Staked Plains, como había anunciado el comisionado Walker, el ejército ya había iniciado la caza de comanches kwahadis. Con base en Fort Richardson, el 4º de caballería se dedicó a explorar todos los afluentes del curso superior del río Red. Aquellos soldados eran mandados por Ranald Mackenzie, un irascible y enjuto oficial de pobladas patillas. Los comanches le habían dado el nombre de Mangoheute (Tres Dedos). (Había perdido el índice durante la guerra civil.) El 29 de septiembre, los exploradores destacados por Tres Dedos descubrieron un gran poblado comanche junto al arroyo McClellan. Se trataba de la gente de Toro Oso, dedicada con afán a la preparación de tasajo para el invierno. Cargando al galope, las tropas dieron muerte a 23 guerreros e hicieron 120 prisioneros, entre mujeres y niños, además de capturar casi todos los caballos del poblado, más de un millar. Después de haber prendido fuego a las 262 tiendas que componían el poblado, Mackenzie descendió el curso de las aguas para acampar junto a la orilla hasta el amanecer. Entretanto, los centenares de indios que habían logrado ponerse a salvo corrieron a un poblado comanche vecino en busca de ayuda y, cerrada ya la noche,

cayeron por sorpresa sobre la columna militar, montados algunos en caballos prestados por sus hermanos de raza y otros deslizándose ágilmente por los riscos vecinos. "Recuperamos todos nuestros caballos y tomamos algunos de los soldados", contaría uno de los guerreros más tarde. Sin embargo, no les fue posible liberar a las mujeres y a los niños prisioneros; de ahí que, una vez ya en Fort Sill, acudieran Toro Oso y cierto número de kwahadis para reunirse con sus familias cautivas. Sin embargo, el grueso de la tribu seguía libre en persecución del búfalo; veía aumentar sus efectivos gracias a alianzas concertadas con bandas del sur y, bajo el mando de un mestizo de veintisiete años, Quanah Parker, eran más implacables que nunca.

Con los primeros días de la primavera de 1873, los kiowas iniciaron grandes preparativos para celebrar la próxima liberación de Satanta y de Gran Árbol. Calvo Tatum había hecho ímprobos esfuerzos durante todo el invierno para impedir que se soltara a los presos, pero el comisionado Walker ignoró sus protestas. Tatum dimitió de su cargo y James Haworth fue enviado para sucederlo. En tanto llegó y pasó la luna del brote y se adentró el calendario de manera considerable en la de la hoja, Lobo Solitario empezó a hablar de declarar la guerra a los tejanos, a menos que éstos liberaran inmediatamente a los jefes. Ave Coceadora pedía a los guerreros un poco más de paciencia; el gobernador de Texas se enfrentaba a difíciles problemas, a causa de los colonos que odiaban a los indios. Por fin, durante la luna del cambio de cornamenta de los ciervos (agosto), unos funcionarios de Washington lograron que Satanta y Gran Árbol fueran trasladados a Fort Sill en calidad de prisioneros del ejército. Poco después, el mismo gobernador de Texas hacía su llegada para intervenir en un consejo.

El día señalado para el acto se permitió que Satanta y Gran Árbol estuvieran presentes en los procedimientos, aunque bajo una estricta vigilancia militar. El gobernador abrió la sesión diciendo a los kiowas que se había dispuesto su establecimiento en granjas próximas a la reserva. Se les proporcionarían raciones y, cada tres días, se les pasaría lista; además, debían comprometerse a impedir que sus jóvenes hicieran nuevas incursiones en Texas. Finalmente, debían entregar armas y caballos y dedicarse al cultivo de grano y maíz, como indios civilizados. Concluyó diciendo:

—Entretanto, Satanta y Gran Árbol permanecerán en el calabozo del fuerte hasta que el comandante de la posición haya comprobado a plena satisfacción que todas esas medidas han sido llevadas a cabo.

Lobo Solitario fue el primero en dejarse oír:

—Ya has logrado reconfortar nuestros corazones trayendo aquí a estos prisioneros. Haz que rebozen ahora de alegría dándoles la libertad.

Sin embargo, el gobernador se mantuvo inamovible.

—No cambiaré un ápice mis condiciones —dijo, dando por finalizado el consejo.

Lobo Solitario se sentía profundamente decepcionado. Las condiciones eran demasiado rigurosas y los jefes seguían presos. “Quiero la paz —le había dicho a Thomas Battey, el maestro de escuela—, he trabajado duro para conseguirla y Washington me ha defraudado. No tiene fe ni en mí ni en los míos [...], ha roto sus promesas. Sé que la guerra con Washington significa la extinción para mi pueblo, pero se nos está obligando a ello; prefiero morir que vivir así.”

Hasta Ave Coceadora se sintió ofendido por las exigencias del gobernador.

—Mi corazón se ha vuelto de piedra, ya no hay espacio en él para los sentimientos. He tomado la mano del hombre

blanco pensando que se trataba de un amigo, pero no lo es; el gobierno nos ha engañado. Washington está podrido.

Tanto Battey como el nuevo agente, Haworth, se dieron cuenta de que nuevos derramamientos de sangre, o posiblemente una guerra total, serían inevitables si el gobernador no mostraba de inmediato algún gesto de buena voluntad, como la liberación de Satanta y de Gran Árbol del calabozo; así que, tomada esta resolución, acudieron a visitar a la autoridad principal para convencerle de que hiciera algo en este sentido. A última hora de aquella misma noche, el gobernador envió un mensaje a Lobo Solitario y demás jefes, para decir que deseaba entrevistarse nuevamente con ellos al día siguiente. Los kiowas aceptaron la invitación, pero decidieron de antemano que no tolerarían más promesas rotas. Acudieron a la reunión armados hasta los dientes, con una escolta de guerreros que se apostaron cerca de la celda y briosos caballos aptos para la más rápida de las huidas.

El hecho no pasó inadvertido al gobernador de Texas. El discurso de éste fue breve, y dijo, en resumidas cuentas, que confiaba en que los kiowas cumplirían su parte del trato y que iba a conceder libertad bajo palabra a Satanta y a Gran Árbol, que quedarían bajo la vigilancia del agente; eran, pues, libres. Lobo Solitario había ganado otra batalla no sangrienta.

Para la luna de la caída de las hojas, Satanta regresó a su tienda, pintada de rojo y adornada con gallardetes del mismo color que ondeaban al extremo de las varas que delimitaban el agujero para la salida de humos. Entregó su lanza roja a su viejo amigo Garrapatero Blanco (White Cowbird) y declaró que no deseaba seguir siendo jefe. Quería ser feliz y gozar de su libertad. Quería tan sólo recorrer de nuevo las praderas. Sin embargo, mantuvo la palabra dada al agente y no quiso

alejarse aquel otoño con los jóvenes guerreros que fueron a cazar búfalos en Staked Plains.

Había llegado ya la luna de los gansos cuando algunos cuatreros blancos de Texas robaron a los kiowas y comanches 200 de sus mejores caballos. Un grupo de guerreros salió en persecución de los ladrones, pero sólo logró recuperar unos pocos animales, antes de que los tejanos cruzaran el río Red.

Poco después, un grupo de nueve jóvenes kiowas y 21 comanches decidieron dirigirse al sur en busca de caballos con que reemplazar los que les habían robado. Para no causar problemas a Satanta y a Gran Árbol, optaron por no dirigirse a Texas y emprender camino hacia México. Tras evitar los asentamientos de los blancos, cabalgaron con rapidez durante 800 kilómetros y cruzaron el río Grande entre Eagle Pass y Laredo. Una vez allí, prosiguieron sus correrías por los ranchos, hasta que hubieron recogido un número de caballos aproximadamente igual al perdido. Pero para ello se vieron forzados a matar a algunos mexicanos y, ya de regreso, a dos tejanos que intentaron detenerlos. Los chaquetas azules hicieron su aparición y, durante la persecución, nueve de los jóvenes indios murieron no lejos de Fort Clark. Entre las bajas se contaban Tauankia y Guitan, hijo y sobrino, respectivamente, de Lobo Solitario.

A mediados del invierno, los supervivientes regresaron a Fort Sill. Kiowas y comanches lloraron con amargura la pérdida de sus más bravos jóvenes. En señal de duelo por su hijo, Lobo Solitario se cortó la cabellera, quemó su tipi, sacrificó sus caballos y juró vengarse de los tejanos.

Tan pronto como la hierba vistió de nuevo las praderas aquella primavera de 1874, Lobo Solitario organizó una expedición para ir a Texas en busca de los cuerpos de Tauankia y Guitan. Dada la estricta vigilancia a que se los

sometía en la reserva, los kiowas no pudieron mantener el secreto de la expedición y apenas habían cruzado el río Red cuando varias columnas de chaquetas azules corrían a todo galope para interceptarlos. Estos soldados iban a converger sobre los indios desde los fuertes Concho, McKavett y Clark. Milagrosamente, Lobo Solitario logró eludir a sus perseguidores. Su grupo alcanzó el lugar donde habían sido enterrados los muertos, recuperó los cadáveres de su hijo y de su sobrino y emprendió el camino de regreso hacia Staked Plains. Como una tropa de caballería casi había logrado darles caza, Lobo Solitario se vio obligado a enterrar de nuevo los cuerpos en la ladera de una montaña. Luego, tras dispersarse en pequeños grupos, los kiowas emprendieron la huida. La mayoría de ellos alcanzaron el río Red, a tiempo de oír que una danza del sol muy especial se estaba celebrando en Elk Creek.

Durante muchos años, los kiowas habían invitado a sus amigos comanches a las ceremonias que celebraban en honor del sol, pero aquéllos, que habían acudido como meros espectadores, jamás habían organizado ceremonias propias. Aquella primavera de 1874, sin embargo, invitaron a los kiowas a su primera reunión, para que los ayudaran a decidir el curso a seguir en vista de la creciente presencia de cazadores blancos, que serían causa de la extinción del búfalo en Staked Plains. Ave Coceadora rechazó la invitación. Como los kwahadis eran hostiles al gobierno, Ave Coceadora convenció a sus seguidores para que permanecieran en sus campamentos y aguardaran hasta el 1 de julio, fecha en que se celebraría su propia danza del sol. Lobo Solitario, en cambio, en duelo aún por la muerte de su hijo y disgustado con los blancos por haberle negado el permiso para recuperar siquiera los huesos de aquél, decidió acudir con los suyos a la ceremonia comanche. Satanta hizo otro tanto; no vio

transgresión alguna en ello, puesto que el hecho iba a producirse dentro de los límites de la reserva y era un deber de cortesía para con sus hermanos de raza.

Los kwahadis llegaron a Elk Creek en gran número y con pésimas noticias acerca de las manadas de búfalos. Los cazadores y desolladores blancos estaban por doquier, el hedor de las carroñas apestaba los vientos de las llanuras; como los indios mismos, las grandes manadas iban siendo exterminadas de manera gradual.

(De los 3.700.000 búfalos exterminados entre 1872 y 1874, los indios sólo mataron a 150.000. Cuando un grupo de tejanos, inquietos, preguntaron al general Sheridan si no debería hacerse algo para evitar el exterminio, aquél replicó: "Dejad que los cazadores maten, vendan la piel y comercien con el búfalo hasta que éste haya desaparecido de la faz de la tierra, pues es la única forma de lograr una paz duradera y de hacer posible que avance la civilización".)

Los kwahadis libres no querían formar parte de una civilización que avanzaba mediante el exterminio de animales útiles. Durante la danza del sol celebrada por los comanches, un profeta kwahadi llamado Isatai predicó una especie de guerra santa por el búfalo. Isatai era un hombre de gran magia; se decía que podía vomitar ingentes cantidades de munición que almacenaba en su vientre y que poseía el poder de detener las balas de los blancos.

Quanah Parker, el joven jefe guerrero de los comanches, clamaba también por la guerra para expulsar al blanco de los pastos. Sugirió que sería mejor descargar el primer golpe contra la base de aprovisionamiento de los cazadores, situada cerca del río Canadian, en unos barracones conocidos por el nombre de Adobe Walls.

Antes de que diera fin la ceremonia religiosa y guerrera, una partida de cheyenes y arapajos hizo su llegada

procedente de su reserva del norte. Estaban enfurecidos porque una cuadrilla de cuatrerros blancos les había robado 50 de sus mejores mustangs, y sospechaban que podía tratarse de cazadores de búfalos. Así, cuando oyeron las palabras de Quanah Parker, decidieron unirse a los kwahadis en el ataque contra el puesto de Adobe Walls. Lobo Solitario, Satanta y el resto de los kiowas se ofrecieron también voluntarios. A su entender, la urgencia de salvar al búfalo del exterminio pesaba más que unas cuantas regulaciones de régimen interior de la reserva. Después de todo, ¿acaso los cazadores blancos no eran intrusos en unas tierras adjudicadas mediante tratado a los indios? Si los soldados no cuidaban de mantenerlos alejados, como se suponía que era su deber, los indios mismos asumirían esta obligación.

En conjunto, fueron unos 700 los guerreros que abandonaron Elk Creek hacia la luna de verano. Durante el camino, Isatai produjo medicina y arengó a los guerreros. "Esos hombres blancos no pueden daros muerte –decía–. Con mi medicina descargaré sus armas y, cuando carguéis, arrasaráis su solar."

El 27 de junio, poco antes de que saliera el sol, los guerreros se aproximaron a Adobe Walls, dispuestos a lanzarse en poderosa carga. "Cargamos a toda velocidad, levantando nubes de polvo –contaría Quanah Parker más tarde–. El terreno estaba cubierto de madrigueras de marmotas y algunos de nuestros caballos vieron atrapados sus cascos en ellas, para caer pesadamente al suelo con sus jinetes pintados de rojo. Algunos de los nuestros descubrieron a dos cazadores que pretendían huir en un carromato y, tras caer sobre ellos, les dieron muerte en seguida y tomaron sus cabelleras. Las detonaciones y el ruido de los cascos de los caballos sobre la tierra alertaron a los cazadores de Adobe Walls, que abrieron fuego contra

nosotros con sus rifles de largo alcance. La carga tuvo que detenerse y dio comienzo el típico rodeo en círculos concéntricos cada vez más estrechos, de los que de vez en cuando surgía un osado guerrero con la intención de tomar la posición al asalto o abrir, por lo menos, una brecha en ella.

"Yo llegué hasta los muros de adobe, con otro comanche. Practicamos agujeros por donde hacer pasar nuestras balas y lanzas."

Varias veces se retiraron los indios para iniciar nuevas cargas con el fin de agotar la munición de los sitiados. En una de éstas, el caballo de Quanah Parker fue herido y el jefe dio con sus huesos en tierra. Cuando trataba de ponerse a cubierto, una nueva bala lo hirió en un hombro. Tras ocultarse en unas matas, aguardó hasta que se lo fuese a rescatar.

"Los cazadores de búfalos resultaron ser demasiados para nosotros. A cubierto de los muros de adobe, poseían telescopios en sus armas y su puntería era muy certera. Uno de nuestros guerreros fue desmontado de su caballo por un proyectil que había recorrido casi dos kilómetros. No murió, pero perdió el conocimiento." Así hablaba uno de los participantes en la acción.

A primeras horas de la tarde, los atacantes se pusieron fuera del alcance de los poderosos rifles de los blancos. Quince guerreros habían muerto, y muchos más se encontraban gravemente heridos. Su furia se volvió entonces contra Isatai, que les había prometido inmunidad y una rápida victoria. Un colérico cheyene azotó a Isatai con el látigo y otros guerreros acudieron para contribuir al castigo. Quanah Parker se interpuso para decir que bastante miseria le alcanzaba al brujo por su fracaso; a partir de aquel día, jamás volvió el jefe a confiar en hechicero alguno.

Decidida ya la suspensión del ataque, Lobo Solitario y

Satanta condujeron de nuevo a sus guerreros a la confluencia norte del río Red, para participar en la danza del sol de los kiowas. Cheyenes y comanches amigos fueron, naturalmente, invitados a la ocasión. Aquel verano, el evento más importante de las ceremonias que iban a sucederse era la celebración del regreso de Satanta y de Gran Árbol a los suyos. Pero los kwahadis y los cheyenes recriminaban a la gente de la reserva que se dedicaran a fiestas y juegos, mientras sus manadas de búfalos eran exterminadas por los invasores blancos. De nuevo instaron a los kiowas a que se unieran a ellos en una guerra total para salvar a sus animales.

Ave Coceadora rechazó todos los argumentos y, tan pronto como dieron fin los festejos, regresó a toda prisa con los suyos a la reserva. Lobo Solitario, sin embargo, estaba convencido de que su deber lo obligaba a permanecer unido a los kwahadis.

Esta vez Satanta no se quedó con Lobo Solitario. Considerando que ya había abusado con exceso de su suerte, el jefe regresó, aunque a desgana, a Fort Sill. De camino, llevó a su familia y a varios amigos a la reserva wichita situada en Rainy Mountain Creek, para cambiar impresiones y comerciar con los indios cultivadores de grano que la poblaban. El verano era agradable, él no tenía prisa alguna y no sentía deseos de reanudar la rutina de pasar lista y retirar raciones todas las semanas en Fort Sill.

Pero allá, en el corazón mismo de las llanuras, todo parecía ir mal aquel verano. Día tras día, el sol calcinaba más y más la reseca tierra, los arroyos se desnudaban con rapidez alarmante de su manto líquido y nubes de langostas hicieron su aparición, consumiendo totalmente la ya escasa hierba. Si una estación así se hubiera dado tan sólo unos

años antes, el retumbar de un millón de pezuñas habría atronado la pradera con la estampida de los búfalos en busca de agua. Pero ahora ya no quedaban manadas y la presencia de aquellos animales era delatada sólo por los huesos calcinados, que aquí y allá hablaban de su cruel destino. La mayoría de los cazadores blancos abandonaron aquellos parajes. Bandas de comanches, kiowas, cheyenes y arapajos vagaban incansables en busca de algún resto de las manadas, y fueron muchos los que tuvieron que regresar a la reserva para huir del hambre.

También en las reservas reinaba el malestar. El ejército y la oficina india tenían intereses opuestos. Las provisiones no llegaban. Algunos agentes retuvieron las vituallas como castigo por las bandas que erraban sin permiso. Empezaron a producirse levantamientos y hubo numerosos tiroteos entre indios y soldados. Hacia mediados de julio, la mitad de los kiowas y comanches registrados en Fort Sill habían desaparecido. Como impelidas por alguna fuerza mística, aquellas tribus –que serían las últimas en vivir del búfalo– fueron atraídas hacia el corazón mismo del último reducto de aquellos animales, Chinaberry Trees, en el Palo Duro Canyon.

El lugar era invisible desde el llano; era una profunda brecha en la naturaleza, un oasis de manantiales y cascadas, lleno de prados y pastos para búfalos, de exuberante verdor y frescura. Sólo se podía entrar en este cañón a través de una ruta ocupada siempre por manadas de búfalos. Coronado había visitado esta zona en el siglo XVI; por lo demás, pocos eran los blancos que habían vuelto allí o que conocían siquiera su existencia.

A lo largo de aquel verano, indios y búfalos hicieron de estos parajes su santuario. Los primeros daban muerte sólo al número preciso de animales que necesitaban, para hacer acopio de provisiones para el invierno: la carne, seca, para

hacer tasajo; el tuétano y la grasa, en odres, para el consumo; los tendones para sus arcos y los cuernos para la fabricación de cucharas y demás utensilios domésticos. El pelo de los animales era tejido; el cuero, curtido y empleado en la fabricación de prendas de vestir, alojamientos y mocasines.

Antes de que diera comienzo la luna de las hojas amarillas, el lugar parecía un bosque de tipis indios: kiowas, comanches y cheyenes, bien provistos de comida hasta la primavera siguiente. Casi 2.000 caballos compartían la hierba con los búfalos. Las mujeres hacían sus faenas domésticas sin miedo alguno, y los niños jugaban alborozados en las inmediaciones. Para Quanah Parker y el resto de los kwahadis era ésta la forma en que siempre habían vivido y deseaban vivir; para Lobo Solitario y los kiowas de la reserva, y para los fugitivos de otras reservas, era como el comienzo de una nueva vida.

Este desprecio de las regulaciones resultaba intolerable para las autoridades de las reservas, cada vez más despobladas. Los implacables kwahadis y sus aliados apenas se habían instalado en sus ocultos poblados cuando el gran guerrero Sherman empezó a impartir órdenes a sus militares. Así, en septiembre, cinco columnas de chaquetas azules se pusieron en movimiento. Desde Fort Dodge, Chaqueta de Oso (Bear Coat) Nelson Miles se dirigió hacia el sur; desde Fort Concho, Tres Dedos Mackenzie emprendió la marcha hacia el norte. Desde Fort Bascom, en Nuevo México, el mayor William Price desanduvo el camino del sol. Los coroneles John Davidson y George Buell salieron de Fort Sill y Fort Richardson respectivamente. Millares de chaquetas azules, armados con rifles de repetición y artillería pesada, buscaban con afán a unos pocos centenares de indios, que no tenían más deseos que salvar al búfalo de la extinción y vivir

apaciblemente durante el resto de su vida.

Con la ayuda de exploradores tonkawas mercenarios, la caballería de Mackenzie descubrió el poblado de Palo Duro el 26 de septiembre. Los kiowas de Lobo Solitario soportaron el primer embate. Aunque pillados por sorpresa, los guerreros se mantuvieron firmes el tiempo suficiente para permitir que sus mujeres y sus niños lograran ponerse a salvo. La vanguardia de Mackenzie prendió fuego a los tipis y se hizo con más de 1.000 caballos que, llevados al valle de Tule, fueron muertos por los soldados. 1.000 carroñas de las que se ocuparían los buitres.

Las llanuras se llenaron de indios fugitivos y hambrientos, que huían a pie, sin ropas ni amparo. Y los 1.000 soldados que caían sobre ellos desde todas direcciones fueron cazándolos uno a uno, sin piedad. Las columnas militares se entrecruzaban sin cesar en busca de su presa. Primero cayeron los enfermos heridos, luego los viejos; por último, las mujeres y los niños.

Lobo Solitario y 252 más lograron escapar de sus perseguidores, hasta que les faltaron las fuerzas para correr. El 25 de febrero de 1875 llegaron a Fort Sill y se rindieron. Tres meses más tarde, Quanah hizo lo propio con los suyos.

Durante este tiempo de desorden, Satanta y Gran Árbol se escaparon de la reserva, pero al llegar a la reserva cheyene, optaron por entregarse voluntariamente. Fueron encadenados y reclusos en calabozos.

Todas las bandas que se rendían en Fort Sill eran alojadas en un corral, donde se las desarmaba a medida que llegaban. Sus escasas pertenencias iban amontonándose en una pila heterogénea antes de ser pasto de las llamas. Sus caballos y sus mulas, arreados hasta la pradera, eran abatidos a tiros. Los jefes y los guerreros sospechosos de haber participado en correrías contra los blancos eran encadenados o

encerrados en un calabozo sin techo, a merced de las inclemencias del tiempo. Sus captores les echaban por allí pedazos de carne cruda, como si se tratara de animales.

Desde Washington, el gran guerrero Sherman ordenó que se procediera al juicio y castigo de los culpables de los desórdenes. El agente Haworth pidió clemencia para Satanta y Gran Árbol. Sherman no abrigaba animosidad alguna contra Gran Árbol, pero recordaba la actitud desafiante de Satanta y éste tuvo que volver solo a la penitenciaría de Texas.

Dado que las autoridades militares no podían decidir cuáles de sus numerosos prisioneros se habían hecho acreedores a un castigo, ordenaron a Ave Coceadora que señalara a 26 kiowas, que iban a ser enviados a las mazmorras de Fort Marion (Florida). Pese a lo repugnante de la tarea, Ave Coceadora obedeció. Sabía que Lobo Solitario tendría que ser uno de aquéllos, y Corazón de Mujer, Caballo Blanco y Mamanti, por sus incursiones en Texas. El resto fue elegido entre un número considerable de oscuros guerreros y cautivos mexicanos que habían crecido con la tribu.

Esta faena le granjeó a Ave Coceadora el desprecio de sus seguidores. "Ahora soy como un canto roto y echado a un lado –dijo tristemente a Thomas Battey–. Un pedazo de este lado y otro pedazo del otro."

El día que los prisioneros eran subidos a carromatos para emprender el largo camino del exilio a Florida, Ave Coceadora acudió a despedirlos.

—Lo siento profundamente por vosotros. Pero por vuestra testarudez me fue imposible manteneros alejados de los problemas. Tendréis que ser castigados ahora por el gobierno. Tomad vuestra medicina. Esto no puede durar mucho. Tenéis mi afecto y no cejaré hasta que se os devuelva la libertad.

Mamanti, el hechicero, le respondió, lleno de amargura y desprecio:

—Hete aquí libre, importante entre los blancos. Pero no vivirás mucho, Ave Coceadora. Yo me encargaré de que así sea.

Dos días más tarde, después de haber tomado una taza de café en su alojamiento próximo al fuerte, Ave Coceadora murió misteriosamente. Tres meses después, en Fort Marion, cuando llegó la noticia del deceso de éste, Mamanti murió asimismo de pronto y los kiowas dijeron que el brujo lo había querido así porque había hecho uso de sus poderes para destruir a un miembro de su misma tribu. Tres años más tarde, en el hospital de una prisión tejana donde iba apagándose con lentitud, Satanta saltó por la ventana para poner fin a sus males. Aquel mismo año, Lobo Solitario, en quien la malaria había causado estragos, fue autorizado a regresar a Fort Sill, donde le llegó la muerte poco después.

Todos los jefes importantes habían desaparecido, el poder de los antaño orgullosos kiowas y comanches había sido destruido, el búfalo que habían tratado de salvar se había extinguido. Este cruel destino se había cumplido en menos de diez años.

XII

XII. LA LUCHA POR LAS COLINAS NEGRAS

1875: El 1 de mayo, 238 miembros del Whiskey Ring son acusados de haber defraudado a la tesorería del Estado por no pagar impuestos; altos funcionarios del gobierno están implicados. El 6 de diciembre se reúne el 44º Congreso; los demócratas controlan la Cámara de Representantes por primera vez desde 1859.

1876: El 7 de febrero, el secretario particular del presidente Grant, Orville Babcock, es absuelto de la acusación de fraude, pero Grant lo obliga a dimitir. El 4 de marzo, el Congreso de los Estados Unidos decide suspender en sus funciones al secretario de Guerra, Belknap, por su complicidad en los fraudes cometidos por el Indian Ring. El 10 de mayo se inaugura en Filadelfia la Exposición del Centenario. El 11 de junio, los republicanos designan a Rutherford B. Hayes candidato a la presidencia. El 27 de junio, los demócratas hacen lo mismo con Samuel J. Tilden. El 9 de julio se produce la matanza de negros en Hamburg (Carolina del Sur). El 1 de agosto, Colorado entra a formar parte de la Unión en calidad de 38º estado. En septiembre, Thomas Edison monta su laboratorio en Menlo Park (Nueva Jersey). El 17 de septiembre estalla la guerra racial en Carolina del Sur. El 7 de noviembre, ambos partidos cantan victoria en las elecciones presidenciales; Tilden gana por votación popular. El 6 de diciembre se reúne el colegio electoral y concede 185 votos a Hayes y 184 a Tilden.

Ninguna persona o personas de raza blanca podrán establecerse u ocupar porción alguna del territorio, ni cruzar por su geografía sin el consentimiento expreso de los indios.

Tratado de 1868

No queremos hombres blancos aquí. Las Colinas Negras me pertenecen. Si los blancos intentan arrebatármelas, lucharé.

TATANKA YOTANKA (TORO SENTADO)

Uno no vende la tierra por la cual caminó su pueblo.

SHUNKA WITKO (CABALLO LOCO)

El hombre blanco ha aparecido en las Colinas Negras como los gusanos, y quiero que desaparezca tan pronto como sea posible. El jefe de todos los ladrones (general Custer) construyó una carretera en este territorio el verano pasado, y quiero que el gran padre pague los daños que Custer nos ha causado.

BUEN BAUTISTA (BAPTISTE GOOD)

El territorio llamado Colinas Negras es considerado por los indios como centro de su mundo. Las diez naciones sioux lo verán siempre como centro de sus tierras.

TATOKE INYANKE (ANTÍLOPE QUE CORRE)

Los jóvenes del gran padre van a llevarse el oro de las colinas. Espero que puedan llenar muchas casas con él. En consideración a esto, quiero que mi pueblo sea atendido mientras exista.

MATO NOUPA (DOS OSOS)

El gran padre dijo a los comisionados que todos los indios poseían derechos en las Colinas Negras y que, cualquiera que fueran las conclusiones a que los indios llegaran al respecto, éstas serían respetadas [...]. Yo soy indio, y mirado por los blancos como si estuviera loco; debe ser porque sigo el consejo del hombre blanco.

SHUNKA WOTKO (PERRO TONTO)

Nuestro gran padre posee una gran caja de caudales; nosotros también. [...] Queremos 70.000.000 de dólares por las Colinas Negras. Poned este dinero a interés en algún valor, de manera que podamos comprar ganado. Así es como hace el hombre blanco.

MATO GLESKA (OSO MOTEADO)

Habéis juntado nuestras cabezas y las habéis tapado con una manta. Esa colina es nuestra fortuna, pero vosotros seguís reclamándonosla [...]. Vosotros, hombres blancos, habéis llegado a nuestra reserva y habéis tomado todo lo que os ha placido, y no os sentís satisfechos aún, os excedéis y nos expoliáis de la totalidad de nuestra fortuna.

OJOS MUERTOS (DEAD EYES)

Nunca abandonaré este país, todos mis parientes yacen en estas tierras y, cuando me llegue la hora, quiero que me acoja también este suelo.

SHUNKAHA NAPIN (COLLAR DE LOBO)

Sentados, hemos observado cómo llegaban y se apropiaban del oro. No hemos dicho nada [...]. Amigos míos, cuando fui a Washington visité vuestra Casa del Dinero, acompañado de algunos jóvenes guerreros, pero ninguno de ellos tomó la más mínima cantidad. Pero cuando las gentes de vuestro gran padre vienen a mi país, penetran en mi Casa del Dinero (las Colinas Negras) y roban todo lo que pueden.

MAWATANI HANSKA (MANDAN LARGO)

Amigos, son muchos los años que hemos vivido en este territorio; jamás vamos al del gran padre para causarle problemas. Es su gente la que acude al nuestro y produce trastornos, comete malas acciones y enseña a nuestros jóvenes a seguir su ejemplo [...]. Antes de que vuestro pueblo cruzara el océano, y desde entonces hasta ahora jamás os habéis propuesto comprar un país que fuera comparable a éste en riquezas. Amigos, este país al que ahora acudís a comprar es el mejor que nosotros poseemos [...], y este territorio es mío y yo me he criado aquí; mis antepasados vivieron y murieron en él y yo estoy decidido a hacer otro tanto.

KANGI WIYAKA (PLUMA DE CUERVO)

Habéis alejado de nosotros la caza y nuestros medios de vida; no nos queda ya nada más de valor, sino estas colinas que ahora reclamáis [...]. El suelo está lleno de minerales de toda clase y la superficie cubierta de bosques de pinos centenarios. Si dejamos que os hagáis con ellos, sabemos que se habrá perdido todo lo que es aún de valor, sea para el gran padre o para nosotros.

WANGI SKA (FANTASMA BLANCO)

Cuando la pradera está en llamas, se ve a los animales rodeados de fuego. Se les ve correr y ocultarse para eludir el peligro para no quemarse. Así somos nosotros.

NAJINTANUPI (RODEADO)

Poco después de que Nube Roja y Cola Moteada llevaran a sus sioux tetons a las reservas establecidas en la zona noroeste de Nebraska, empezaron a correr rumores por las localidades de los blancos acerca de la existencia de enormes cantidades de oro en las Colinas Negras. Paha Sapa, las Colinas Negras, eran para los indios el centro del mundo, el lugar sagrado que albergaba a los dioses y a los espíritus, la meta de los guerreros que deseaban hablar con el Gran Espíritu y obtener visiones. En 1868, el gran padre de Washington había considerado que aquellos parajes carecían de valor y habían pasado a ser dominio de los indios en virtud de un tratado. Cuatro años más tarde, los mineros violaban una y otra vez los términos de aquel documento en busca del amarillo metal que enloquecía a los hombres blancos. Invadieron a millares Paha Sapa; a muchos les llegó la muerte a manos de los enfurecidos indios que veían sus lugares sagrados profanados. Hacia 1874, el clamor de los estadounidenses ávidos de oro era tal que el ejército ordenó que se organizara una expedición exploradora. El gobierno de los Estados Unidos no se preocupó por obtener permiso alguno de los indios y procedió a esta invasión armada, en flagrante desprecio de lo concertado en un tratado legal, en el que se prohibía expresamente la entrada de todo hombre blanco en aquel territorio indio.

Durante la luna de las cerezas rojas, más de 1.000 soldados marcharon a través de las llanuras, desde Fort Abraham Lincoln hasta las Colinas Negras. Se trataba del 7º de caballería, mandado por el general George Armstrong

Custer, aquel que en 1868 había sido autor de la matanza sufrida por los cheyenes sureños de Cazo Negro, junto al Washita. Los sioux le llamaban Pahusca, o Cabellos Largos, y como no tenían noticia alguna acerca de la razón de su presencia en aquella zona, observaban curiosos, desde gran distancia, el avance de su columna de chaquetas azules y carromatos cargados con provisiones.

Cuando Nube Roja se enteró de la expedición de Cabellos Largos, su protesta fue muy enérgica: "No me gusta que el general Custer y sus soldados invadan nuestro sagrado Paha Sapa, éste pertenece a los sioux oglalas". Realmente era también del dominio de los cheyenes, arapajos y otras tribus dakotas. La cólera de los indios fue tal que el gran padre Ulysses S. Grant se vio obligado a declarar que "estaba determinado a impedir toda invasión de aquel territorio mientras, por ley y tratado, perteneciera a los indios".

Sin embargo, cuando Custer informó sobre la presencia de oro, "desde las raíces de la hierba hacia abajo", empezaron a formarse partidas de buscadores, como si se tratara de bandadas de langostas prestas a caer sobre los campos. La vía que los carros de Custer habían abierto en aquellos parajes, y que conducía al corazón mismo de Paha Sapa, pasó a ser conocida como la Ruta de los Ladrones (Thieves Road).

Aquel verano, las cosas no andaban bien para Nube Roja. Se quejaba constantemente a su agente, J. J. Saville, de la mala calidad de las raciones que se distribuían a los indios. Preocupado por estos asuntos, Nube Roja no comprendió en ese momento la gran trascendencia que tendría el descubrimiento de oro en aquel territorio ni la presencia de los soldados de Custer en las Colinas Negras, en especial para los sioux, que en verano solían establecer sus campamentos en aquella zona. Como muchos otros jefes

proyectos, Nube Roja se ocupaba más en pequeños detalles, de índole casi administrativa, que en mantenerse en estrecho contacto con sus jóvenes guerreros.

Hacia el otoño siguiente a la invasión de Custer, los sioux que habían estado cazando en el norte empezaron a llegar de regreso a la reserva de Nube Roja. Sin embargo, se mostraban todos más que enfurecidos por la presencia de las tropas y muchos hablaban de organizar una expedición de guerra para expulsarlas de sus territorios. Nube Roja escuchó sus inflamados discursos, pero les aconsejó paciencia; al fin y al cabo, estaba bien clara la propiedad de la zona y, sin duda, el gran padre tomaría las medidas oportunas para resolver aquel asunto. Llegada la luna de las hojas caídas, sin embargo, ocurrió algo que, por así decir, le quitó al viejo jefe la venda de los ojos al tiempo que le hacía comprobar hasta dónde llegaba la animosidad de sus jóvenes bravos hacia los soldados.

El 22 de octubre, el agente Saville fue con unos cuantos hombres a un bosque vecino, para cortar un gran pino que, decía, necesitaba para el puesto. Cuando los indios vieron el tronco abatido, quisieron saber para qué era. "Para servir de mástil a una bandera", respondió Saville. Los indios protestaron. Cabellos Largos Custer había llenado de banderas las tierras de las Colinas Negras; no querían que enseña alguna, en su propia reserva, pudiera recordarles en lo más mínimo aquella indeseada presencia de los soldados.

Saville hizo caso omiso de las protestas y, a la mañana siguiente, ordenó que sus hombres cavaran un profundo hoyo para erigir el mástil. Pocos minutos después, una banda de indios acudió al lugar armada de hachas y, en un santiamén, aquel otrora hermoso palo se vio convertido en astillas. El agente fue en busca de Nube Roja, para solicitar la intervención de éste. El jefe se negó; se había dado cuenta

de que, de aquella forma, sus jóvenes expresaban el profundo rencor que sentían hacia los soldados por haber perpetrado el crimen de invadir el sagrado Paha Sapa.

Enfurecido, Saville ordenó a uno de sus hombres que se dirigiera, a toda prisa, a la Casa de los Soldados (Fort Robinson) en busca de ayuda. Cuando los guerreros levantiscos vieron al hombre que salía presuroso, corrieron a sus tiendas para endosar las armas y pintarse con los colores de guerra. Los 26 hombres que componían la columna de socorro mandada por un teniente fueron interceptados por gesticulantes indios que no dejaban de descargar amenazadoramente sus armas al aire. El oficial, teniente Emmet Crawford, no mostró temor alguno. A través de una enorme polvareda, levantada por los incesantes movimientos de los guerreros, condujo, imperturbable, a sus soldados en dirección a la reserva. Algunos de los indios más jóvenes se aproximaron a la columna hasta hacer chocar sus monturas con las de los soldados, pues así esperaban precipitar un desenlace.

En esta ocasión no fue otra tropa de caballería la que acudió en auxilio del teniente Crawford, sino una banda de indios sioux de la misma reserva, mandados por Joven Temido hasta por sus Caballos, hijo de Viejo Temido hasta por sus Caballos. Los recién llegados rompieron el cerco de los guerreros y protegieron a los soldados, escoltándolos hasta el puesto. Los belicosos guerreros estaban aún tan enfurecidos que intentaron prenderle fuego a la posición, y sólo la persuasiva oratoria de Perro Rojo (Red Dog) y de Viejo Temido hasta por sus Caballos logró disuadirlos de su empeño.

Una vez más, Nube Roja rehusó intervenir. Y no le sorprendió que un grupo bastante numeroso de insatisfechos emprendiera camino hacia el norte, para pasar el invierno

fuera de la reserva. Aquéllos ya le habían demostrado que eran auténticos guerreros sioux, que no se dejaban amedrentar por los hombres blancos y que jamás aceptarían que su sagrado Paha Sapa fuera impunemente invadido. Sin embargo, Nube Roja no pareció comprender que estaba perdiendo a aquellos jóvenes para siempre. Ellos habían rechazado su autoridad y preferían seguir a caudillos como Toro Sentado y Caballo Loco, que no habían vivido confinados en reservas, ni aceptado las dádivas miserables del hombre blanco.

Hacia la primavera de 1875, los rumores referentes al oro encerrado en enormes cantidades en las Colinas Negras habían hecho que centenares de mineros ascendieran el curso del Missouri para penetrar a continuación en la Ruta de los Ladrones. El ejército envió fuerzas para detener aquella avalancha; algunos de los buscadores fueron expulsados de la zona, pero no se tomó medida legal alguna contra ellos y no pasó mucho tiempo antes de que regresaran. El general Crook, a quien los indios de las llanuras no llamaban Lobo Gris (Gray Wolf), sino Tres Estrellas (Three Stars), efectuó un reconocimiento del territorio y comprobó la presencia de 1.000 mineros establecidos en él. El militar informó a aquellos intrusos de que estaban transgrediendo la ley pero no hizo esfuerzo alguno por imponerla.

Alarmados por la creciente llegada de invasores y por la inoperancia del ejército, Nube Roja y Cola Moteada elevaron enérgicas protestas a Washington. La respuesta del gran padre consistió en enviar una comisión "para tratar con los sioux su renuncia a las Colinas Negras". En otras palabras, había llegado el momento de hacerse con otra porción del territorio que había sido adjudicado a los indios a perpetuidad. Como de costumbre, la comisión estaba formada por políticos, misioneros, comerciantes y militares, y

el senador William B. Allison, de Iowa, era su presidente. El reverendo Samuel D. Hinman, quien hacia tiempo venía esforzándose por hacer que los santees abandonaran sus bárbaras creencias y se convirtieran al cristianismo, era el principal misionero. El general Alfred Terry representaba al ejército; John Collins, comerciante de Fort Laramie, iba a cuidar de los intereses económicos.

Para contar con la asistencia de representantes de los indios de las reservas y de los que aún acampaban con libertad por las llanuras, se enviaron invitaciones a Toro Sentado, a Caballo Loco y a otros jefes "salvajes". El mestizo Louis Richard fue encargado de llevar la misiva a Toro Sentado, a quien leyó su contenido. Al oírlo, el gran jefe indio respondió:

—Quiero que vayas y le digas al gran padre que no deseo vender mis tierras al gobierno. —Tras tomar un puñado de polvo, añadió—: ni siquiera esto.

Caballo Loco también se mostró contrario a todo trato, especialmente referido a las Colinas Negras. Rehusó, pues, asistir al consejo, pero envió a Pequeño Gran Hombre (Little Big Man) en calidad de observador.

Si los comisionados esperaban encontrarse con unos cuantos jefes complacientes y sumisos con quienes sería fácil concertar un acuerdo muy ventajoso, su sorpresa fue mayúscula. Cuando llegaron al lugar de reunión, en White River, situado a mitad de camino entre las reservas de Nube Roja y Cola Moteada, el espacio que se ofreció a su vista aparecía cubierto de tiendas y ricas hierbas donde pastaban inmensas manadas de caballos. Desde el río Missouri, en el este, hasta el territorio de las Bighorn, en el oeste, todas las naciones sioux y gran parte de sus amigos cheyenes y arapajos se habían congregado allí; en total, más de 20.000 indios.

Eran pocos los que habían visto siquiera una copia del tratado suscrito en 1868, pero un buen número de ellos conocía el significado de cierta cláusula del sagrado documento: “El tratado de cesión de parte alguna de la reserva aquí descrita [...] poseerá validez o fuerza [...] a menos que sea ejecutado y firmado, por lo menos, por *tres cuartas partes de la población adulta de indios varones*, que ocupen o sean parte interesada de la misma”. Incluso si los comisionados hubieran sido capaces de comprar o de intimidar a cada uno de los jefes allí presentes, no habría representado más de una docena escasa de firmas, sin significado alguno si se tienen en cuenta los miles de guerreros belicosos, bien armados y decididos a conservar hasta la más mínima mota de polvo y de hierba contenida en su territorio.

El 20 de septiembre de 1875, la comisión se reunió bajo un gran toldo, pendido de un árbol que se alzaba solitario en la llanura. Los comisionados tomaron asiento en unas sillas, frente a los miles de indios que se desplazaban inquietos en la distancia. Una tropa de 120 soldados de caballería hizo su llegada desde Fort Robinson y tomó posiciones detrás. Cola Moteada llegó en un carromato, pero Nube Roja ya había anunciado que no asistiría. Otros jefes, de menor rango, acudieron también. De pronto, se vio avanzar una gran nube de polvo en lontananza. Una banda de indios se aproximó a todo galope hasta llegar a poco más de 20 metros de los reunidos; después de disparar sus armas al aire y de prorrumpir en gritos de guerra, se situaron por detrás de la columna de caballería. Otra banda siguió a la primera, y otra y varias más, que, después de demostrar su fuerza, fueron cercando el consejo de tal modo que éste quedó completamente rodeado por un círculo formado por varios miles de guerreros. Por último aparecieron los jefes,

satisfechos de haber dado a los comisionados algo en qué pensar. Tras tomar asiento en semicírculo, enfrente de los nerviosos funcionarios, esperaron a que éstos dijeran qué los había llevado hasta allí, aunque ellos supieran ya a qué atenerse.

Durante los días en que los comisionados habían permanecido en Fort Robinson observando el talante de los indios habían aprendido lo suficiente para saber que era del todo vano intentar comprar las Colinas Negras; por consiguiente, habían optado por entablar negociaciones para hacerse con los derechos de explotación.

—Venimos a preguntaros si estáis dispuestos a conceder a nuestra gente el derecho a efectuar prospecciones mineras en las Colinas Negras —dijo el senador Allison, el primero en hablar—; por supuesto, se pagará una cantidad de dinero justa, en tanto se encuentre oro y otro mineral de valor. Si convenís en ello, haremos un trato con vosotros en este sentido. Y una vez que se haya agotado el oro o mineral de interés para nosotros, el territorio volverá a ser vuestro para que le deis el uso que juzguéis oportuno.

Cola Moteada consideró la propuesta hilarante. ¿Acaso el comisionado les pedía que *alquilaran* las Colinas Negras a los blancos durante cierto tiempo? Su réplica fue preguntar al senador si éste estaría dispuesto a alquilarle, a su vez, un tronco de mulas en los mismos términos.

—Será muy difícil para nuestro gobierno mantener a los hombres blancos alejados de estas tierras. Solamente intentarlo sería causa de graves problemas, tanto para nosotros como para vosotros, porque los blancos que quieran ir allí pueden ser muy numerosos.

La ignorancia del senador acerca de los sentimientos de los indios hacia el territorio del Powder se hizo evidente en sus declaraciones siguientes:

—Existe otro territorio, donde vosotros vagáis y cazáis, que aún no ha sido objeto de cesión alguna y que se extiende hasta las cumbres de las Bighorn Mountains. No parece ser de gran utilidad para vosotros, y mi pueblo piensa que sería de su agrado disponer de él.

Mientras las increíbles demandas del senador Allison eran traducidas, Perro Rojo hizo su llegada a caballo y anunció que era portador de un mensaje de Nube Roja. El ausente jefe oglala, al prever quizá la avidez de los comisionados, solicitaba una semana de suspensión para celebrar consejo con todas las tribus y establecer una postura común en cuanto al destino que iba a darse a sus tierras. Los comisionados consideraron la proposición y acordaron conceder la suspensión solicitada, fijando un nuevo consejo tres días más tarde. El 23 de septiembre esperaban contar ya con una respuesta definitiva.

La idea de desprenderse de su último terreno de caza era tan inconcebible que no fue siquiera objeto de debate entre los jefes. Sí, en cambio y con gran intensidad, todo lo referente a las Colinas Negras. Algunos arguyeron que, si el gobierno de los Estados Unidos no tenía la menor intención de hacer que se cumpliera el tratado y los mineros proseguían sus prospecciones impunemente, acaso sería mejor que los indios obtuvieran alguna compensación previa, una gran cantidad de dinero por el metal amarillo que sería extraído de las colinas. Otros decidieron no vender en ningún caso y a ningún precio. Las Colinas Negras pertenecían a los indios; si los chaquetas azules no mantenían alejados a los intrusos, lo harían los mismos guerreros.

El 23 de septiembre, escoltados por una fuerza más numerosa esta vez, llegaron los comisionados al lugar de reunión. Nube Roja, que ya se encontraba allí, protestó por el gran número de soldados. Justo cuando se disponía a

pronunciar su discurso de apertura, un clamor lejano, cada vez más audible, se oyó en la distancia. Unos 300 oglalas, procedentes del territorio del Powder, se acercaban al trote, disparando ocasionalmente sus armas. Algunos cantaban una vieja canción sioux:

Paha Sapa es mi sierra y así la venero.

*Quien con ella interfiera
de mi cañón conocerá el fuego.*

Un indio, montado en un poderoso bayo, forzó su paso a través de las filas de guerreros. Era el enviado de Caballo Loco, Pequeño Gran Hombre, con atavío de guerra y dos revólveres a la cintura.

—Mataré al primer jefe que hable en favor de la venta de las Colinas Negras —gritó.

Joven Temido hasta por sus Caballos y un grupo de oficiosos policías sioux rodearon inmediatamente al recién llegado para alejarlo del lugar. Sin embargo, jefes y comisionados comprendieron que aquél no había hecho sino exteriorizar los sentimientos de la mayoría de los guerreros presentes. El general Terry sugirió a sus colegas la conveniencia de regresar en seguida a la seguridad de Fort Robinson.

Tras conceder a los indios unos días para calmar los ánimos, los comisionados concertaron en secreto un nuevo encuentro con 20 jefes, en el cuartel general de la reserva de Nube Roja. Durante los tres días de discusión y discursos, los jefes dejaron bien sentado que las Colinas Negras no podían comprarse a bajo precio, en caso de que aquello fuera siquiera posible. Cola Moteada, harto ya de discusiones, conminó a los comisionados a que presentaran una oferta por escrito.

Ésta fue de 400.000 dólares al año por los derechos de explotación minera, o de 6.000.000 de dólares, pagaderos en 15 años, si los sioux deseaban ceder por completo las tierras. (El precio era por cierto irrisorio, al considerar que tan sólo una mina de las Colinas Negras produjo más de 500.000.000 de dólares en oro.)

Nube Roja no se dignó siquiera a aparecer en la reunión

final, por lo que dejó que Cola Moteada hablara por los sioux. Éste rechazó categóricamente ambas ofertas. Paha Sapa no se vendía ni se alquilaba.

Los comisionados regresaron a Washington, informaron de su fracaso en el empeño de persuadir a los sioux de que cedieran sus tierras y aconsejaron al Congreso que ignorara los deseos de los indios y fijara una suma apropiada como "razonable equivalente del valor de las colinas". Esta expropiación forzada de las Colinas Negras "sería presentada a los indios como conclusión final".

Así, se puso en movimiento una cadena de acontecimientos que darían lugar a la derrota más grande jamás sufrida por el ejército de los Estados Unidos en su guerra con los indios y que, en última instancia, acabaría para siempre con la libertad de los indios de las llanuras septentrionales.

El 9 de noviembre de 1875, E. C. Watkins, inspector especial de la oficina india, informó al comisionado de asuntos indios de que las tribus de las llanuras que vivían fuera de las reservas estaban bien alimentadas y armadas, eran altivas e independientes en su actitud y, por consiguiente, una constante amenaza para el sistema de reservas. El inspector Watkins recomendaba el envío de tropas contra estos indios incivilizados "en invierno, cuando antes mejor, para someterlos a latigazos".

El 22 de noviembre de 1875, el secretario de Guerra, W. W. Belknap, declaró que se produciría una grave situación en las Colinas Negras, "a menos que se hiciera algo para obtener el dominio de aquella zona, por la que los mineros blancos se sienten enormemente atraídos a raíz de las noticias referentes a los ricos depósitos minerales del lugar, en especial del precioso metal".

El 3 de diciembre de 1875, el comisionado de asuntos

indios, Edward P. Smith, ordenó a todos los agentes de las reservas sioux y cheyenes que notificasen a todos los indios que debían reintegrarse en sus reservas antes del 31 de enero de 1876 “si no quieren que se les obligue a ello por la fuerza de las armas”.

El 1 de febrero de 1876, el secretario del Interior comunicó al de Guerra que el plazo concedido a los “indios hostiles” había expirado y que, por consiguiente, la situación pasaba a depender enteramente del ejército y sin reserva alguna.

El 7 de febrero de 1876, el Departamento de Guerra autorizó al general Sheridan, comandante en jefe de la División Militar del Missouri, a dar comienzo a las operaciones contra esos “sioux hostiles”, incluidas las bandas de Toro Sentado y Caballo Loco.

El 8 de febrero de 1876, el general Sheridan ordenó a los generales Crook y Terry que iniciaran los preparativos para una acción a gran escala en la zona de las fuentes de los ríos Powder, Tongue, Rosebud y Bighorn, “donde Caballo Loco y sus aliados aparecen con frecuencia”.

Una vez en marcha esta maquinaria de castigo, su acción sería implacable, inexorable y desmesurada. Los mensajeros que partieron de las agencias para dar aviso a los jefes – todavía ignorantes de la grave situación creada, que empeoraría aún más si no acudían de inmediato a las reservas– debieron luchar contra grandes tormentas de nieve en su búsqueda por vericuetos y escondrijos. Muchos de los mensajeros no lograron regresar hasta pasadas muchas semanas de la fecha límite impuesta por los militares y, por lo que a los indios se refiere, habría sido totalmente imposible trasladar a sus mujeres y a sus niños debido al clima. Pero el caso es que, si algunos miles de “hostiles” hubieran logrado llegar a tiempo a las reservas, su destino se

habría visto muy comprometido. Faltaban víveres y las escasas raciones que aún se dispensaban ocasionalmente estaban muy estropeadas. Tanto era así, que fueron muchos los pobladores de las reservas que se vieron obligados a trasladarse al norte para poder cazar y así complementar sus magras raciones.

En enero, un mensajero encontró a Toro Sentado acampando cerca de la desembocadura del Powder. El jefe hunkpapa envió al emisario de nuevo a la reserva, con una nota en la que decía que consideraría seriamente la posibilidad de someterse, pero que, en cualquier caso, no podría ser antes de la luna llena de la hierba verde.

Los oglalas de Caballo Loco invernaban cerca de Bear Butte, lugar donde la Ruta de los Ladrones penetraba en las Colinas Negras por el norte. El emplazamiento era ideal para, llegada la primavera, servir de base a sus incursiones contra los mineros que habían violado Paha Sapa. Cuando, por fin, los emisarios de las reservas lograron dar con él, su respuesta fue parecida a la de Toro Sentado.

—Hacía mucho frío —recordaba un joven guerrero, más tarde—, y nuestras mujeres y niños no habrían podido resistir el viaje en aquellas condiciones. Además, nos encontrábamos en nuestro propio territorio y no hacíamos daño a nadie.

El ultimátum del 31 de enero equivalía prácticamente a una declaración de guerra contra los indios independientes, que así lo entendieron. Sin embargo, no esperaban que los chaquetas azules asestaran tan pronto su primer golpe. En la luna de las ventiscas de nieve, Tres Estrellas Crook ya marchaba a lo largo de la antigua ruta Bozeman, procedente de Fort Fetterman, por unos parajes donde diez años antes había iniciado Nube Roja su tenaz resistencia contra la violación del territorio del río Powder.

Por aquel entonces una banda mixta de cheyenes y oglalas partió de la reserva de Nube Roja en dirección al Powder con la esperanza de encontrar algunos búfalos y antílopes. A mediados de marzo se unieron al grupo de indios independientes que acampaban a pocos kilómetros, donde el Little Powder confluye en el Powder. Dos Lunas, Pequeño Lobo, Oso Viejo (Old Bear), Arce (Maple Tree) y Toro Blanco eran los jefes cheyenes. Perro Triste (Low Dog) era el jefe oglala, al que acompañaban algunos guerreros del poblado de Caballo Loco emplazado más al norte.

Sin previo aviso, la vanguardia de Crook, mandada por el coronel Joseph J. Reynolds, llegó con el alba del 17 de marzo sobre este pacífico campamento. Los indios aún dormían apaciblemente, tranquilos porque estaban en su territorio, cuando la tropa montada del capitán James Egan cargó contra sus tipis, descargando pistolas y rifles. Una segunda columna hizo otro tanto por el flanco izquierdo, y una tercera acabó con los caballos de los indios.

La primera reacción de los guerreros fue poner a las mujeres y los niños a salvo. Los ancianos hacían desesperados esfuerzos por eludir la lluvia de balas –contaría más tarde Pata de Palo (Wooden Leg)–. Los bravos, con y sin armas, trataban de repeler el ataque, para dar tiempo a que los no combatientes ascendieran por unos riscos; luego, se vieron obligados a tomar posiciones. Desde allí observaron cómo los soldados prendían fuego al campamento con todas sus pertenencias.

“Nuestros tipis fueron consumidos por las llamas [...]; ya no me quedaba en el mundo más que la ropa que llevaba puesta –sigue relatando Pata de Palo–. Los chaquetas azules destruyeron todo el tasajo almacenado para el invierno, las sillas de montar [...]. Los caballos fueron espantados, los 1.500, casi, que poseíamos.”

Cuando oscureció, los chaquetas azules establecieron su campamento cerca de allí y algunos guerreros fueron aproximándose hacia él, reptando entre las rocas, con la intención de recuperar, por lo menos, un número igual de caballos.

Dos Lunas explicó sucintamente lo que sucedió a continuación:

—Aquella noche, los soldados durmieron seguros del tremendo susto infligido a los indios, tras dejar sus caballos a un lado; nos acercamos con cautela y logramos hacernos con los animales, y nos fuimos.

Tres Estrellas Crook se enfadó muchísimo con el coronel Reynolds; no era para menos, sus hombres debieron hacer a pie el camino de vuelta. El infortunado militar compareció ante un consejo de guerra. El ejército llamó a esta acción “el ataque contra el poblado de Caballo Loco”, pero lo cierto era que éste estaba acampando a bastantes kilómetros del lugar, más al noreste. Y allí se dirigieron Dos Lunas y los demás jefes, acompañados de su gente, en espera de encontrar refugio y alimentos. Más de tres días les llevó el viaje, la temperatura era inferior a cero por la noche y sólo unos pocos poseían vestidos de piel de búfalo.

Caballo Loco acogió a los que huían, haciendo gala de su hospitalidad; les dio alimentos y ropas e hizo que se distribuyeran en los tipis oglalas.

—Me alegra que hayáis venido —dijo a Dos Lunas, después de haber escuchado con atención el relato del desastre sufrido por sus hermanos de raza—. Vamos a combatir al hombre blanco.

—De acuerdo —replicó Dos Lunas—. Estoy dispuesto a luchar a tu lado. Ya lo he hecho; mis gentes han muerto y mis caballos han sido robados. Me satisfará luchar por ello.

Llegada la luna de la puesta de los gansos, cuando la

hierba es alta y los caballos son fuertes, Caballo Loco levantó el campamento y condujo a los oglalas y cheyenes hacia el norte, en dirección a la desembocadura del Tongue, donde Toro Sentado y sus hunkpapas habían pasado el invierno. Poco después hizo su llegada Ciervo Cojo (Lame Deer) con sus minneconjous, y solicitó permiso para acampar en las proximidades. Habían llegado hasta ellos noticias de la afluencia de chaquetas azules a los terrenos de caza de los sioux y deseaban hallarse cerca de la poderosa banda de Toro Sentado, en caso de que surgieran problemas.

A medida que se suavizaban las temperaturas, las tribus iniciaron su marcha hacia el norte, en busca de caza y de pastos frescos. Brulés, sansarcs, sioux piesnegros y cheyenes dispersos iban engrosando la fuerza día tras día. La mayoría de estos indios habían abandonado sus reservas, de acuerdo con lo establecido en los tratados en cuanto a su condición de cazadores; otros, que se habían enterado del ultimátum del 31 de enero, pensaron que no era otra cosa que una nueva amenaza, sin fuerza, de los agentes del gran padre, o que, de tenerla, no iba para ellos, que al fin y al cabo eran indios pacíficos. A este respecto, Pata de Palo diría más tarde:

—Muchos de nuestros jóvenes estaban ansiosos de vérselas con los soldados. Pero los jefes y los ancianos repetían una y otra vez que nos mantuviéramos alejados de los blancos.

Mientras estos millares de indios permanecían acampados junto al Rosebud, era continua la llegada de guerreros jóvenes procedentes de las reservas, con noticias de que grandes fuerzas de chaquetas azules habían sido localizadas en diversos puntos. Tres Estrellas Crook llegaba por el sur. El Que Cojea (The One Who Limps) Coronel John Gibbon, venía por el oeste. Una Estrella (One Star) Terry y Cabellos Largos Custer, se acercaban por el este.

Con el comienzo de la luna de hacer grasas, los hunkpapas celebraron su danza del sol anual. Durante tres días, Toro Sentado danzó casi ininterrumpidamente, se practicó varias sangrías y adoró al sol, hasta caer en profundo trance. De nuevo en sí, habló a su gente. Había tenido una visión, que le decía: "Te los doy porque no tienen oídos". Luego, al mirar al cielo, había visto caer de él numerosos soldados, como si se tratara de langostas. Caían en el centro mismo del campamento indio. Puesto que los hombres blancos carecían de oídos y no escuchaban la palabra de la verdad, Wakantanka, el Gran Espíritu, enviaba a aquellos soldados a los indios, para que éstos les dieran muerte.

Unos días más tarde, una partida de cheyenes avistó una columna de soldados que se disponían a pernoctar en un campamento temporal instalado en el valle del Rosebud. Los cazadores regresaron a toda prisa, al tiempo que emitían el grito del lobo en señal de alarma. Se acercaba Tres Estrellas, que había destacado mercenarios shoshonis y crows para descubrir el emplazamiento indio.

Se sucedieron apresurados consejos en todos los campos tribales y, al final, se decidió que la mitad de los guerreros permanecerían en los campamentos para cuidar de ellos, mientras el resto viajaría toda la noche para caer sobre los soldados cuando despuntara el alba. Unas pocas mujeres los acompañarían para cuidar de los caballos de refresco. Toro Sentado, Caballo Loco y Dos Lunas estaban entre los jefes de la fuerza. Poco antes de la salida del sol, desmontaron y descansaron un rato; luego abandonaron el curso del río para adentrarse en las colinas.

Los exploradores de Tres Estrellas habían descubierto un gran poblado sioux río abajo y el jefe militar decidió enviarlos de nuevo, para que estimaran el poder del enemigo. Al pasar

una colina, esta vanguardia dio de pronto con la fuerza sioux y cheyene, y sólo la llegada de los soldados hizo que no murieran todos los mercenarios.

Hacía mucho tiempo que Caballo Loco esperaba la ocasión de medirse con los militares. Todos aquellos años, desde la batalla de Fetterman en Fort Phil Kearny, había estado estudiando las tácticas de guerra de los soldados y, cada vez que acudía a las Colinas Negras en busca de visiones, pedía al Gran Espíritu Wakantanka que le confiara el secreto de cómo derrotar al enemigo. Caballo Loco había sabido desde muy joven que el mundo de los hombres era irreal. Para ver el mundo real, tenía que soñar y, cuando lo lograba, todo parecía danzar y flotar a su alrededor. En este mundo real, su caballo se movía siempre inquieto en increíbles corvetas; de ahí que a él se lo conociera por el nombre de Caballo Loco. El jefe indio había aprendido que, si lograba entrar en un trance de ensoñación antes de la batalla, ésta le sería propicia.

Aquel día, 17 de junio de 1876, Caballo Loco tuvo una visión y dio instrucciones a sus guerreros para que dejaran de combatir de la forma en que lo habían hecho siempre y que, en cambio, estudiaran bien los movimientos ofensivos de los soldados antes de caer sobre ellos.

Cuando Crook ordenó a sus soldados montados que cargaran contra los indios, éstos, en vez de enfrentarse decididamente contra el enemigo, dividieron sus líneas a uno y otro lado, para asestar a continuación su golpe contra los puntos más débiles de los flancos. Caballo Loco hizo que sus hombres permanecieran siempre montados, corriendo de un lado a otro sin enfrentarse directamente contra el enemigo, el cual, al poco tiempo, se encontró luchando en numerosos frentes. Los chaquetas azules estaban acostumbrados a formar líneas sucesivas, que cubrían un amplio frente, y

aquella nueva modalidad táctica los cogió desprevenidos. Cuando el fuego era demasiado peligroso, los indios volvían grupas, tratando de arrastrar tras de sí a algunos soldados, sobre quienes se volvían luego furiosamente.

Aquel día también se distinguieron los cheyenes, en especial en las cargas más peligrosas. Jefe que Aparece (Chief-Comes-in-Sight) ya había demostrado ser el más valiente de todos ellos cuando, en el momento en que hacía girar su caballo, después de una audaz carga contra el flanco de la línea enemiga, una bala dio con su animal en tierra. Jefe que Aparece quedó al descubierto, frente a la infantería enemiga. De pronto se destacó de la fuerza india un caballo salvajemente espoleado, que, interponiéndose entre el caído y los soldados, lo cubrió un instante para volver grupas y desaparecer con rapidez llevando al jinete, que fue rescatado a la seguridad de sus propias líneas. La osada maniobra había sido llevada a cabo por Mujer del Camino de la Cría del Búfalo (Buffalo-Calf-Road-Woman), hermana de Jefe que Aparece, que se había unido a la fuerza india para cuidar de los caballos de refresco. Desde entonces aquella batalla fue conocida entre los indios por el nombre de "Batalla de la muchacha que salvó a su hermano"; los blancos la llamarían batalla del Rosebud.

Al ponerse el sol cesó la lucha. Los indios se habían dado cuenta de la gran dificultad que habían supuesto para Tres Estrellas Crook, pero no sabían aún que a éste no le cabía de ello la menor duda. A la mañana siguiente, exploradores cheyenes descubrieron que la columna militar había levantado el campamento y marchaba a toda prisa en retirada hacia el sur. El general Crook regresaba a su base con la intención de esperar refuerzos o nuevas instrucciones de Gibbon, Terry o Custer. Los indios del Rosebud eran demasiado fuertes para sus tropas.

Después de aquella batalla, los jefes decidieron trasladarse a Little Bighorn. Se habían recibido noticias acerca de la presencia de muchos rebaños de antílopes en aquella región; además, los pastos estaban en su mejor momento. Pronto, las tiendas de los indios allí establecidos jalonaron el valle. No serían menos de 10.000 los reunidos, y de ellos, unos 4.000 eran guerreros. Como diría Alce Negro (Black Elk), "nuestro poblado era enorme y era del todo imposible contar las tiendas de que se componía".

Río arriba, en dirección sur, se encontraba el campamento de los hunkpapas, y algo más allá estaba el de los sioux piesnegros. Los primeros acampaban siempre a la entrada del círculo formado por las tiendas de todo campamento o poblado, de aquí proviene su nombre. Detrás de ellos estaban los sansarc, los minneconjous, los oglalas y los brulés. En el extremo norte del poblado, quedaban los cheyenes.

Acababa de iniciarse la luna de la maduración de las bayas ásperas, y las aguas de las corrientes eran suficientemente cálidas para ser invadidas por muchachos juguetones. Las partidas de caza iban y venían sin interrupción, las mujeres sacaban nabos silvestres de la tierra. No había noche que no se organizara una danza ritual en alguno de los círculos tribales, mientras los viejos se reunían en consejo. "Todos los ancianos se sentían iguales; sólo a uno de ellos consideraban con particular respeto, y éste era Toro Sentado, a quien todos aceptaban como jefe supremo de las fuerzas combinadas." Así hablaba Pata de Palo, tiempo más tarde.

Toro Sentado no creía que la profecía soñada hubiera quedado del todo cumplida con la derrota de Tres Estrellas Crook; le parecían pocos los soldados huidos para que su visión adquiriera pleno sentido. Sin embargo, los exploradores y cazadores, que partían continuamente del

campo indio, afirmaban, sin excepción, que no quedaba militar alguno entre el Powder y el Bighorn.

Hasta la mañana del 24 de junio no se descubrió la presencia de las tropas de Cabellos Largos Custer. Al parecer, después de cruzar el Rosebud, se disponían a atacar los asentamientos indios.

Las noticias del arribo de Custer llegó a los diversos emplazamientos indios de diferentes maneras.

“Cuatro mujeres y yo nos encontrábamos cerca del campamento recogiendo nabos silvestres –diría Caballo Rojo (Red Horse), uno de los miembros del consejo de ancianos sioux– cuando, de pronto, una de aquéllas llamó mi atención sobre una columna de polvo que se divisaba en lontananza. En seguida me di cuenta de que los soldados cargaban contra el campamento y hacia allá corrimos las mujeres y yo. A mi llegada, uno de los guerreros me dijo que acudiera de inmediato al lugar del consejo. Sin embargo, no tuvimos tiempo de hablar; los soldados ya se encontraban entre nosotros. Los sioux montaron en sus caballos, tomaron sus armas y buscaron el encuentro con los atacantes; las mujeres reunieron a los niños y emprendieron la huida.”

Pte-San-Waste-Win, prima de Toro Sentado, era una de las mujeres que estaban en las inmediaciones buscando nabos. “Los soldados –diría– se encontrarían a unos 10 o 12 kilómetros del lugar cuando los avistamos. Vimos el brillo de sus sables al sol y nos dimos cuenta de que eran muy numerosos.”

Los soldados vistos por Pte-San-Waste-Win y las demás mujeres pertenecían al batallón de Custer. Los indios aún no se habían dado cuenta de la maniobra de sorpresa del mayor Marcus Reno, que con otra fuerza había desencadenado el ataque desde el sur. Sólo cuando les llegó el ruido de las detonaciones, procedentes del campamento de los sioux

piesnegros, alcanzaron a comprender la gravedad de la situación. "Mujeres y niños echaron a correr despavoridamente. Pero los hombres, hunkpapas y piesnegros, oglalas y minneconjous, montaron en sus caballos y partieron sin dilación hacia el escenario de la batalla. Nuestros guerreros podían ver a los soldados de Custer en la distancia y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lanzaron contra ellos, al tiempo que entonaban su canción de guerra."

Alce Negro (Black Elk), un pequeño oglala de trece años, había estado nadando con sus compañeros de juego en el Little Bighorn cuando oyó el grito de alarma dado por los voceadores. "¡Están cargando contra nosotros! ¡Se acercan, se acercan!"

Perro Triste, uno de los jefes oglala, oyó la misma voz.

"No podía creer lo que oía: debía tratarse de una falsa alarma. No podía imaginarme que hubiera blanco tan audaz como para atacarnos, pues nosotros éramos tantos [...], no perdí tiempo, sin embargo, y me dirigí a toda prisa al campamento. Una vez allí, comprobé que el ataque ya se había iniciado, precisamente por la parte ocupada por Toro Sentado y sus hunkpapas."

Trueno de Hierro (Iron Thunder) se encontraba en el campo minneconjou.

"No me enteré del ataque de los hombres de Reno hasta que éstos penetraron en el campamento y, para entonces, la confusión ya era enorme. Los caballos estaban tan asustados que no logramos hacernos con ellos."

Rey Cuervo (Crow King), de los hunkpapas, dijo: "Los soldados de Reno abrieron fuego cuando se encontraban todavía a unos 400 metros del campamento. Hunkpapas y piesnegros fueron retirándose a pie, con deliberada lentitud, para dar tiempo a que sus mujeres y sus niños se pusieran a

salvo. Otras tribus lograron reunir nuestros caballos, entonces ya éramos suficientes para volvernos contra los atacantes y devolverles el golpe”.

A cinco kilómetros al norte, cerca del campamento cheyene, Dos Lunas daba de beber a sus caballos.

“Les di luego un baño de agua fría y yo mismo tomé uno a mi vez. Regresé a pie al campamento y, cerca ya de mi tienda, dirigí mi mirada en dirección al campamento de Toro Sentado. Vi a los blancos, los hombres de Reno, luchando en línea. Todo era muy confuso. El enemigo se mezclaba con los nuestros y el humo parecía invadirlo todo. Al poco tiempo, los soldados huían desordenadamente como una manada de búfalos en estampida.”

El jefe guerrero que se había enfrentado a los soldados, haciéndolos retroceder, era un hunkpapa de unos treinta y seis años, alto, musculoso, de anchas espaldas, llamado Pizi o Gall. Había crecido en el seno de aquella tribu como huérfano. Joven aún, se había distinguido como cazador y bravo guerrero, y Toro Sentado había decidido adoptarlo un día como hermano menor. Algunos años antes, cuando los comisionados del gobierno intentaban persuadir a los sioux de que se dedicaran a la agricultura, como parte de lo estipulado en el tratado de 1868, Gall participó en los debates como representante de los hunkpapas. En aquella ocasión había dicho: “Nacimos desnudos y se nos ha enseñado a vivir de la caza. Vosotros decís que debemos aprender a cultivar la tierra, vivir en una casa y adoptar vuestras costumbres. Imaginaos que las gentes que viven al otro lado del océano vinieran ahora aquí y os dijeran que debéis abandonar vuestras tierras; imaginaos que matan a vuestro ganado y toman posesión de vuestras pertenencias, ¿qué haríais? ¿Acaso no defenderíais lo vuestro por todos los medios, incluso con las armas?”. Durante los diez años

siguientes, nada hizo que Gall cambiara su parecer y, así, hacia el verano de 1876 fue aceptado por todos los hunkpapas como lugarteniente de Toro Sentado, el jefe guerrero de la tribu.

La primera acometida de Reno sorprendió a varias mujeres y niños al descubierto y la primera descarga abatió prácticamente a toda la familia de Gall.

“Mi corazón se llenó de amargura –diría años más tarde a un periodista–. A partir de aquel momento, maté a todos mis enemigos con el hacha.”

La descripción que hizo de las tácticas empleadas por Toro Sentado fue igual de lacónica.

“Toro Sentado y yo nos encontrábamos en la zona atacada por Reno. Toro Sentado era un gran hombre y su presencia, la mejor medicina. Las mujeres y los niños huían corriente abajo [...]; las mujeres tuvieron tiempo, no obstante, de recuperar los caballos de algunos guerreros, los cuales, sin pérdida de tiempo, se lanzaron a la carga contra los soldados, para detenerlos primero y llevarlos luego hacia el bosque.”

En términos militares, Gall obligó a girar al flanco de la fuerza, que desvió hacia el bosque próximo. A continuación asustó a los soldados, forzándolos a una retirada a toda prisa, que los indios dirigieron ladinamente hacia unas posiciones ya ocupadas por los suyos. Este resultado posibilitó que Gall separara parte de la fuerza india para vérselas con Custer, cuya columna había entrado en liza. Entretanto, Caballo Loco y Dos Lunas daban cuenta de los hombres de Reno.

Pte-San-Waste-Win y otras mujeres habían estado observando, preocupadas, el avance de los hombres de Cabellos Largos Custer.

“Podía oír el sonido de sus clarines y vi cómo la columna

militar se desviaba hacia la izquierda, en dirección al río, donde se luchaba desesperadamente en aquellos momentos [...]. Un grupo de cheyenes también acudió allí; luego, algunos miembros de mi banda; más y más indios, en grupos o aislados, acudían al lugar de lucha. Entretanto, un centenar de los nuestros iban a ocultarse en un barranco, en espera de que quienes habían quedado emplazados junto a las aguas lograran sostener el ataque, primero, y encauzarlo hacia allá, después. De este modo, los hombres de Custer serían atacados desde dos direcciones.”

Mata Águila (Kill Eagle), un jefe de los sioux piesnegros, contaría más tarde que el movimiento de los indios en torno a las fuerzas de Custer fue “como un huracán [...], como el ataque despiadado de un enjambre de abejas”. Hump, el camarada minneconjou de Caballo Loco y Gall de los viejos tiempos del Powder, dijo que el primer golpe de los indios provocó una gran confusión entre los soldados.

“A la primera carga, mi caballo fue alcanzado mortalmente y yo herido de gravedad por una bala que me entró por encima de la rodilla y salió por la cadera. No tuve más remedio que permanecer en el suelo en espera de ayuda.”

Rey Cuervo, que luchaba con los hunkpapas, diría:

“La mayor parte de nuestros guerreros se dispuso para un ataque frontal contra aquella tropa ya diezmada. Al mismo tiempo, otros empezaron a galopar en círculo, estrechando cada vez más el cerco.”

Alce Negro, muchacho de trece años, observaba desde el otro lado del río. Al principio todo era polvo; luego, comenzaron a surgir caballos sin jinete.

“El humo de los disparos y el polvo levantado por los caballos impedía ver nada –diría Pte-San-Waste-Win–. Los soldados disparaban sin cesar, pero su puntería era mala. Los sioux apuntaban mejor y eran muchas las bajas que

producían a cada descarga. Las mujeres cruzamos el río para seguir a los hombres de la tribu, y pronto nos encontramos en medio de una zona cubierta de cadáveres, entre los cuales estaba Cabellos Largos [...]. La sangre de nuestras gentes se había calentado mucho y aquel día no se hicieron prisioneros.”

Rey Cuervo contó que todos los soldados desmontaron cuando se vieron rodeados por los indios.

“Intentaban permanecer junto a sus caballos, por si se presentaba la ocasión de huir, pero nuestra presión era cada vez mayor y aquéllos se vieron obligados a dejar ir sus monturas. Los fuimos empujando hacia nuestro campamento principal y allí los matamos a todos. Mantuvieron el orden y hasta el último hombre luchó como valiente.”

Según Caballo Rojo, hacia el final de la lucha aquellos hombres parecieron volverse locos; alejaron de sí sus armas y, alzando los brazos, pedían clemencia. “¡Tened piedad de nosotros, hacednos prisioneros!”, decían. Los sioux no hicieron un solo prisionero; a los pocos minutos todo hubo terminado.”

Mucho después de aquella batalla, Toro Blanco, de los minneconjous, dibujó cuatro pictogramas que lo mostraban luchando y dando muerte a un soldado, identificado como Custer. Entre los que presumían de haberlo matado estaban Lluvia en la Cara (Rain-in-the-Face), Cadera Lisa (Flat Hip) y Oso Bravo (Brave Bear). Caballo Rojo declaró que el autor del hecho había sido un guerrero santee no identificado. La mayoría de los indios que participaron en aquella batalla dijeron que jamás habían visto a Custer y que desconocían, por consiguiente, quién podía haberle dado muerte. “Hasta que no terminó la lucha no supimos que él era el jefe blanco”, dijo Perro Triste.

Durante una entrevista en Canadá, un año después de la

batalla, Toro Sentado dijo que no había llegado a ver a Custer, pero que otros indios lo reconocieron poco antes de que muriera.

“No llevaba el cabello largo, como era su costumbre, sino más bien corto y del color de la hierba cuando se viste de blanco de las heladas [...]. En los últimos momentos, Cabellos Largos Custer permanecía aún de pie, como una mazorca de maíz que ha perdido ya todas las hojas a su alrededor.”

Pero Toro Sentado no dijo quién había matado a Custer.

Un guerrero arapajo, que formaba entre las filas cheyenes, declararía que Custer murió a manos de un grupo de indios.

“Vestía ropas de trampero, y cuando lo vi estaba caído sosteniéndose de manos y pies en el suelo. Había sido herido en un costado y salía sangre por su boca. Parecía observar curiosamente a los indios que lo rodeaban. Cuatro soldados más estaban cerca de él, pero todos estaban heridos de gravedad; los demás componentes de la fuerza ya habían muerto. Entonces, los indios lo rodearon y ya no pude ver más.”

Fuera quien fuese el autor de la muerte de Custer, el hecho era que tanto él, que había establecido la Ruta de los Ladrones, que se adentraba en el territorio sagrado de los indios, como todos sus hombres, habían muerto. La fuerza de Reno, sitiada en una colina algo más alejada del río, recibió refuerzos del mayor Frederick Benteen y, aunque los indios rodearon la posición y mantuvieron el asedio durante varios días, la inminente llegada de nuevos soldados, avistados no lejos del lugar, hizo que los atacantes, tras un rápido consejo, decidieran abandonar el campo de batalla.

Los guerreros habían consumido casi por completo la munición de que disponían y sabían perfectamente que sería

suicida pretender enfrentarse a las tropas de refresco con sólo arcos y flechas. Las mujeres recibieron órdenes de empacar las cosas y, antes de que se pusiera el sol del cuarto día, el pueblo emprendió la marcha hacia las montañas Bighorn. Por el camino, las tribus fueron separándose en distintas direcciones.

Cuando los hombres blancos del este se enteraron de la derrota sufrida por Custer, que fue narrada una y otra vez, hasta la saciedad, como una matanza, les invadió una furia sin límites. Había que castigar a todos los indios del oeste. Y como no era posible capturar a Toro Sentado y los demás jefes guerreros, el gran consejo de Washington decidió vengarse en los indios que se encontraban a su alcance: los desgraciados que permanecían en las reservas y que no habían participado en batalla alguna.

El 22 de julio el gran guerrero Sherman recibió poderes para asumir el control militar de todas las reservas situadas en territorio sioux y para considerar a todos sus habitantes como prisioneros de guerra. El 15 de agosto, el gran consejo hizo pública otra ley, en la que se exigía a los indios la renuncia inmediata a los territorios del Powder y de las Colinas Negras. Esta ley contravenía todas las disposiciones del tratado de 1868, que el gobierno ignoró por completo al argüir que los indios lo habían violado al levantarse en armas contra los Estados Unidos. Todo aquello resultaba incomprensible para los indios de las reservas, puesto que ellos no habían luchado contra soldado alguno, y ni siquiera lo había hecho Toro Sentado hasta que fue víctima del ataque perpetrado por sorpresa por los hombres de Reno.

Para mantener pacificados a los indios de la reserva, el gran padre envió, en septiembre, una comisión con el doble objeto de convencer mediante promesas o intimidar con

amenazas a los jefes indios que fuera posible, para lograr que sancionaran con su firma nuevas concesiones. Varios de los miembros de esta comisión habían demostrado ser anteriormente hábiles operadores en este tipo de empresa, en especial Newton Edmunds, el obispo Henry Whipple y el reverendo Samuel D. Hinman. En la reserva de Nube Roja, el obispo Whipple abrió la sesión con una plegaria, a la que siguió el parlamento de George Manypenny, que presidía la delegación. Éste dio lectura a las condiciones exigidas por el Congreso y, dado que éstas estaban escritas en el lenguaje oscuro de los juristas, el obispo Whipple intentó ofrecer una versión simplificada para facilitar el entendimiento de los indios.

—Mi corazón ha sentido desde hace muchos años cálidos sentimientos hacia el hombre rojo. Hemos venido con la intención expresa de traeros un mensaje del gran padre, que se encuentra en Washington. Algunas de sus palabras hemos de transmitirles exactamente, es decir, tal como él las ha expresado antes. No podemos alterar en ellas lo más mínimo [...]. Cuando el gran consejo dispuso, este año, la apropiación de fondos destinados a dispensar provisiones para todos vosotros se establecieron determinadas condiciones, tres en particular, que, de no ser satisfechas, harán que se desapruebe todo nuevo intento de dispensa de fondos. Estas condiciones previas son: primero, que renunciéis al territorio de las Colinas Negras y al limítrofe por el norte; segundo, que recibáis vuestras raciones en la zona destinada al efecto junto al río Missouri, y tercero, que se acuerde la potestad del gran padre para abrir tres nuevas rutas que, desde el río Missouri, atravesarán la reserva, para comunicar el territorio de las Colinas Negras con el resto de la civilización [...]. El gran padre ha dicho que su corazón está lleno de cariño hacia sus hijos rojos, y así ha enviado a

esta comisión para que discutan con ellos las condiciones de este nuevo convenio, que supone la salvación de las naciones indias, de otro modo condenadas a volverse cada vez más pequeñas, más reducidas, hasta que el último representante de la raza contemple inerme e irremisiblemente su propia tumba, como fin ineluctable de los suyos. Otra alternativa será la de que un día la nación india sea tan poderosa y grande como se ha hecho a sí misma la de los blancos.

Para los que escuchaban las palabras del obispo Whipple, aquélla resultaba una forma un tanto extraña de salvarse; al fin y al cabo, se les pedía que renunciaran a sus Colinas Negras, a sus tierras y que, además, convinieran en desplazarse una vez más, y a un lugar tan lejano como el río Missouri. La mayoría de los jefes allí congregados sabían que ya era demasiado tarde para salvar sus lugares sagrados; sin embargo, protestaron contra la idea de desplazarse de nuevo.

—Creo que si mi gente se traslada allí —diría Nube Roja—, no le aguarda otro fin que su destrucción. Aquel territorio está poblado por numerosos hombres malos y lleno de no mejor whisky; no quiero, pues, ir allá.

Sin Corazón (No Heart) dijo, a su vez, que los hombres blancos habían estropeado aquel territorio y que era imposible vivir allí.

—No importa hacia dónde te dirijas, arriba o abajo del río Missouri, que ya no se encuentra bosque alguno. Probablemente sabéis dónde hubo, un tiempo, grandes extensiones de madera, que ahora han desaparecido por obra del pueblo del gran padre.

Perro Rojo fue el siguiente en hacerse oír.

—Hace sólo seis años que vinimos a vivir aquí y nada de cuanto se nos prometió ha sido cumplido.

Otro de los jefes recordó que el gran padre había

prometido que jamás volverían a ser trasladados, y con aquélla serían ya seis las veces que habían debido liar el petate.

—Mejor sería que pusierais ruedas a todos los indios — concluyó, irónico—; así podríais desplazarlos a vuestro antojo sin la menor dificultad.

Cola Moteada acusó al gobierno y a los comisionados de haber traicionado a los indios con promesas rotas y falsas palabras.

—Esta guerra no surgió de entre nosotros; llegó a nuestras tierras de la mano del hombre blanco, que irrumpió en mitad de nuestros pueblos para expoliarnos y para cometer impunemente toda clase de crímenes [...]. Esta guerra ha nacido del afán de lucro y de las depredaciones del robo de nuestras tierras.

En cuanto al traslado al Missouri, Cola Moteada se manifestó decididamente opuesto y declaró con toda determinación que no firmaría papel alguno en favor de la cesión de las Colinas Negras, hasta que le fuera dado acudir a Washington y hablar en persona con el gran padre.

Los comisionados concedieron una semana a los indios para que discutieran la situación y trataran de adoptar una postura unificada al respecto. Por su parte, los jefes señalaron que, con ocasión de la firma del tratado de 1868, se había requerido el acuerdo de tres cuartas partes de la población masculina adulta para que el convenio tratado resultara vinculante para todas las tribus sioux. Ahora sería necesario otro tanto para que cualquier cambio en las condiciones, antaño estipuladas, adquiriera vigencia, y el caso era que más de la mitad de los guerreros se encontraban en el norte con Toro Sentado y Caballo Loco. La respuesta de los comisionados fue que los indios que estaban fuera de las reservas eran considerados hostiles y, por

consiguiente, carentes de autoridad alguna para decidir en aquella situación. La mayoría de los jefes refutaron estas razones y, para vencer esta oposición, los comisionados adujeron veladas amenazas en cuanto a la suspensión inmediata de todo envío de provisiones, traslado de los disidentes al llamado Indian Territory e intervención por parte del ejército de todas sus armas y caballos.

No había solución alguna. Las Colinas Negras estaban irremisiblemente perdidas, el territorio del Powder y su rica fauna silvestre acababan de cambiar de mano como por ensalmo. Sin caza y con la amenaza de quedarse sin raciones, el pueblo moriría de hambre. La idea de trasladarse a un lugar remoto, ajeno a la historia de sus tribus, era insoportable, y si el ejército confiscaba todas las armas y los caballos, los indios dejarían de sentirse verdaderos hombres.

Nube Roja y sus subjefes fueron los primeros en firmar, siguieron luego Cola Moteada y los suyos. Dado ya el primer paso, los comisionados se trasladaron a las reservas de Standing Rock, del río Cheyene, Crow Creek, Lower Brulé y Santee, donde, con las mismas argucias, obtuvieron la firma de los jefes. El sagrado Paha Sapa, con sus espíritus y sus misterios, sus vastos bosques de pinos, la riqueza de imágenes, que despertaba en la mente de un pueblo indómito, aferrado a sus tradiciones, y los miles de millones de dólares de su valor en oro, pasaron de las manos de la nación india a las garras de los Estados Unidos.

Cuatro semanas después de que Nube Roja y Cola Moteada hubieran llevado la pluma al pie de aquellos documentos, ocho compañías de caballería, bajo el mando de Tres Dedos Mackenzie –el jefe militar que había destruido a kiowas y comanches en Palo Duro Canyon–, salieron de Fort Robinson en dirección a las reservas indias. Cumpliendo órdenes del Departamento de Guerra, Mackenzie iba a tomar

posesión de las reservas y de las armas y caballos de los indios que las poblaban. Todos los hombres fueron puestos bajo arresto, sus tiendas fueron registradas y desmanteladas, y armas y ganado, confiscados por el ejército. Mackenzie dio permiso para que las mujeres se sirvieran de algunas bestias de carga para trasladar sus escasas pertenencias a Fort Robinson. Los hombres, incluidos Nube Roja y los demás jefes, debieron hacer el camino a pie. En lo sucesivo, la tribu tendría que vivir en el interior del fuerte, bajo la vigilancia y los cañones de los soldados.

A la mañana siguiente, para mayor degradación de sus abatidos prisioneros, Mackenzie presentó una compañía de mercenarios pawnees, los mismos que los sioux habían expulsado del territorio del río Powder, montados en los caballos confiscados a los sioux por los soldados.

Entretanto, el ejército de los Estados Unidos, sediento de venganza, recorría el territorio de las Colinas Negras para dar muerte a todo indio que se pusiera por delante. A finales del verano de 1876, Tres Estrellas Crook y su columna, que había sido reforzada, agotaron sus provisiones en el territorio dakotano del río Heart y emprendieron una marcha forzada hacia los campos mineros de las Colinas Negras. El 9 de septiembre, cerca de Slim Buttes, un destacamento de vanguardia, a las órdenes del capitán Anson Mills, dio con el poblado mixto, oglala y minneconjou, de Caballo Americano (American Horse). Estos indios habían abandonado el campamento de Caballo Loco hacía tan sólo unos días, con la intención de dirigirse al sur para pasar el invierno en su reserva. El capitán Mills atacó, pero los indios lograron rechazarlo; mientras el militar aguardaba la llegada de refuerzos, procedentes del grueso de la fuerza mandada por Tres Estrellas, la mayoría de los sitiados escaparon, excepto

Caballo Americano, cuatro guerreros más y las mujeres y niños, que quedaron atrapados en el interior de una cueva situada al fondo de una barranca.

A su llegada, Crook ordenó a sus hombres que tomaran posiciones desde donde pudieran batir la entrada de aquel reducto. Caballo Americano y sus cuatro fieles resistieron el asedio durante cuatro horas, hasta que los militares, hartos de aquella situación, enviaron a uno de sus exploradores, Frank Grouard –que hablaba sioux– para que exigiera la rendición de los defensores. Caballo Americano convino en ello, siempre que se les respetara la vida. Aceptada esta condición salió el jefe seguido de dos guerreros, cinco mujeres y varios niños; los restantes sitiados estaban demasiado malheridos para hacerlo. La ingle del jefe indio aparecía ensangrentada: una descarga de postas le había abierto un tremendo boquete y el herido lograba a duras penas sujetar las vísceras, que se le escapaban por el desgarrón. “Con las manos trataba de contenerse las entrañas –diría más tarde Grouard–. Una vez al descubierto, me tendió una de ellas, toda cubierta de sangre, en señal de saludo de paz.” El capitán Mills había descubierto a una pequeña india, de no más de tres o cuatro años, oculta en el poblado.

“Se alzó de pronto de entre unos escombros, y corrió a toda prisa como una perdiz. Los soldados le dieron caza y la trajeron a mi presencia –contaría Mills–. Después de darle algo de alimento, el ordenanza del capitán la llevó consigo hacia la cueva que había servido de refugio al resto de la banda. Dos de las mujeres habían muerto y sus cadáveres mostraban numerosas heridas.

“La pequeña se abalanzó sobre uno de ellos y se echó a llorar sin consuelo, pues se trataba de su madre. Le dije al ayudante Lemly que tenía la intención de adoptar a la niña,

puesto que yo había sido el causante de la muerte de su madre.”

Un médico acudió a examinar la herida de Caballo Americano, que declaró fatal; el jefe indio permaneció sentado frente a una hoguera, desangrándose, hasta que perdió el conocimiento y murió.

Crook ordenó a sus hombres que se prepararan para continuar la marcha a las Colinas Negras.

“Antes de partir –contaba más tarde Mills–, el ayudante Lemly me preguntó si realmente tenía intención de llevar conmigo a la pequeña india, y al responderle que sí, él replicó a su vez: ‘¿Y cómo cree usted que se lo tomará la señora Mills?’ Era la primera vez que se me ocurría pensar en este aspecto de la cuestión, y al final decidí dejar a la niña donde la había encontrado.”

Mientras Tres Estrellas seguía con la destrucción del poblado de Caballo Americano, algunos de los sioux, que habían logrado escapar a la matanza, se dirigieron al campamento de Toro Sentado, a quien pusieron al corriente de lo sucedido. El gran jefe indio, seguido de Gall y de 600 hombres más, salió inmediatamente en ayuda de su hermano de raza, pero era ya demasiado tarde. Aunque, luego, descargó un ataque sobre los hombres de Crook, los guerreros disponían de munición tan escasa que no les fue difícil a los chaquetas azules mantenerlos a raya, en tanto proseguía su avance hacia el territorio de las Colinas Negras.

Una vez desaparecidos los soldados, Toro Sentado y los suyos regresaron al poblado destruido de Caballo Americano, donde enterraron a los muertos y cuidaron de los heridos. “¡Qué hemos hecho para que los hombres blancos deseen nuestro fin! –exclamaba Toro Sentado–. Hemos recorrido este país de un lado a otro, de arriba abajo, pero nos persiguen sin descanso dondequiera que nos encontremos.”

Para tratar de alejarse todo lo posible de los soldados, Toro Sentado condujo a su pueblo hacia el norte, siguiendo el Yellowstone, donde quizá fuera probable dar con algunos búfalos. Durante la luna de las hojas caídas, Gall se destacó con una partida de caza, que al poco tropezó con una caravana militar. Los soldados llevaban provisiones a un nuevo fuerte, que se estaba construyendo en la confluencia de los ríos Tongue y Yellowstone. (Fort Keogh, nombre que honraba la memoria del capitán Miles Keogh, muerto en Little Bighorn durante una batalla.)

Los guerreros de Gall tendieron una emboscada cerca de Glendive Creek y lograron hacerse con 60 mulas. Tan pronto como llegó a conocimiento de Toro Sentado la presencia de la caravana y, lo que aún era peor, de un fuerte en aquellos parajes, hizo que fuera a verlo Johnny Brughiere, un mestizo que se había unido a su gente y que sabía leer y escribir. De esta forma, el jefe indio envió un mensaje al comandante de los soldados:

Quiero saber qué hacéis en esta ruta. Espantáis al búfalo con vuestra presencia. Y yo deseo cazar aquí. Quiero que deis la vuelta y os marchéis. Si no lo hacéis así, os combatiré de nuevo. Quiero que abandonéis vuestros planes aquí y regreséis al lugar de donde venís. Soy vuestro amigo,

TORO SENTADO

Después de haber recibido el mensaje, el teniente coronel Elwell Otis, comandante de aquella fuerza, destacó a un explorador con su respuesta. Los soldados se dirigían a Fort Keogh, dijo Otis, y eran muchos más los que le seguían. Si Toro Sentado deseaba lucha, los soldados se la proporcionarían.

Toro Sentado no quería guerra; sólo que lo dejaran en paz y tranquilidad para cazar búfalos. Envío, pues, un guerrero con bandera blanca para solicitar una entrevista con el jefe de los soldados. Para entonces, el coronel Nelson Miles había dado alcance a la caravana, acompañado de una fuerza muy numerosa. De cualquier modo, aquél había estado buscando a Toro Sentado desde principios del verano; la entrevista fue concertada de inmediato.

Flanqueados por una línea de soldados y otra de guerreros, los dos jefes se encontraron el 22 de octubre, respectivamente acompañados de seis hombres, oficial y soldados en un caso, subjefe guerrero y bravos en el otro. El día era muy frío y Miles se protegía de su inclemencia con un largo chaquetón forrado de piel de oso. A partir de aquel día, los indios le llamarían siempre Chaqueta de Oso.

No hubo discursos preliminares ni amistosos círculos en torno a la pipa. Johnny Brughiere actuaba como intérprete, de esta manera, Chaqueta de Oso dio comienzo a su parlamento, acusando a Toro Sentado de mostrarse siempre contrario al hombre blanco y a sus costumbres. Toro Sentado admitió que no estaba a favor del blanco, pero que tampoco se consideraba enemigo suyo; todo lo que deseaba, en verdad, era que aquél lo dejara vivir tranquilo. Chaqueta de Oso quería saber qué hacía su interlocutor en el territorio de Yellowstone. La pregunta era, por no decir más, idiota; sin

embargo, el hunkpapa respondió cortésmente: cazaba búfalos para alimentar y vestir a su pueblo. A continuación, Chaqueta de Oso aludió de pasada a la reserva dispuesta para los hunkpapas. Su indirecta no prosperó, porque Toro Sentado desechó inmediatamente el tema. Pasaría el invierno en las Colinas Negras, dijo. El encuentro dio fin sin resultado alguno que conciliara las opiniones encontradas de ambos interlocutores, que, no obstante, decidieron reunirse de nuevo al día siguiente.

Esta segunda sesión se convirtió en seguida en una continua secuencia de desacuerdos. Toro Sentado empezó por decir que él no había combatido deliberadamente a los soldados y que la lucha cesaría si los hombres blancos se avinieran a abandonar el territorio indio con sus pertrechos y sus soldados. Chaqueta de Oso replicó que no podía haber paz para los sioux hasta que aceptaran integrarse en las reservas. Tras estas palabras, Toro Sentado dio rienda suelta a su cólera. Declaró que el Gran Espíritu lo había hecho indio, no indio de reserva, y que, por consiguiente, no tenía la menor intención de convertirse en tal. La conferencia acabó de manera brusca, cuando el jefe indio, tras levantarse, se dirigió con gran determinación hacia donde se encontraban sus guerreros, a quienes ordenó que se dispersaran de inmediato, pues sospechaba que los soldados se aprestaban para abrir fuego contra ellos. Y así fue; de nuevo conocieron los hunkpapas el infortunio de verse fugitivos de un lado para otro, para tratar de eludir con desesperación a sus perseguidores.

Hacia la primavera de 1877, Toro Sentado ya estaba harto de tanto huir. Decidió que no había suficiente espacio en aquel país para indios y blancos, de manera que decidió alejarse de las tierras del gran padre y llevar a los suyos a Canadá, donde reinaba la reina Victoria. Sin embargo, antes

de emprender la marcha, trató de dar con Caballo Loco, para procurar convencerlo de que siguiera su ejemplo. Pero los oglalas de Caballo Loco no habían corrido mejor suerte que los suyos, y la huida continua era su pan de cada día, de forma que no había manera de localizarlos.

Para aquellas fechas de las lunas frías, también el general Crook buscaba a Caballo Loco. En esta ocasión, el militar había reunido un poderosísimo ejército compuesto de infantería, caballería y artillería. Había cargado hasta 168 carros con provisiones; tanta era la pólvora y las municiones de que disponía, que para su transporte se necesitaron mulas. La impresionante fuerza reunida por Tres Estrellas cruzaba el territorio del Powder como un huracán para los indios, y no dejaba títere con cabeza en los poblados de "salvajes" con los que tropezaba en su camino.

Los soldados buscaban a Caballo Loco, pero dieron antes con el poblado cheyene de Cuchillo Embotado. La mayoría de sus pobladores, que no habían participado en la batalla de Little Bighorn, se encontraban en aquellos parajes por haber abandonado la reserva de Nube Roja, en busca de alimentos que complementaran la magrísima ración que les dispensaban las autoridades, después de que los soldados se hicieran con el control de la reserva y suspendieran ocasionalmente la distribución de vituallas. El general Crook envió a Tres Dedos Mackenzie contra este poblado, compuesto de 150 tipis.

Ya había llegado la luna del cielo del ciervo, y el tiempo era muy frío. Una gruesa capa de nieve cubría las sombras y el duro hielo refulgía en las cumbres. Mackenzie situó a sus hombres en posición de ataque durante la noche, y asestó su primer golpe tan pronto despuntó el día. Los mercenarios pawnees cargaron en vanguardia y cazaron a la mayoría de cheyenes en sus alojamientos, muchos aún durmiendo.

Varios de los mejores guerreros cheyenes sacrificaron su vida en los primeros momentos de lucha, en una maniobra de diversión que debía permitir la huida de los menos aptos de la tribu, ancianos, mujeres y niños. Así murió el hijo mayor de Cuchillo Embotado. Por fin, éste y Pequeño Lobo consiguieron formar una retaguardia de protección para los fugitivos, apostándose en algunos lugares inaccesibles del cañón. Sin embargo, la escasa munición con que contaban se agotó muy pronto. Pequeño Lobo fue herido siete veces antes de que, con Cuchillo Embotado, lograra romper el cerco y escapar con rapidez en dirección a las Bighorns, hacia donde corrían las mujeres y los niños. Entretanto, Mackenzie procedía a incendiar totalmente el poblado, y ordenó a sus soldados que reunieran los caballos restantes de la antes magnífica manada india, y les dieran muerte, como había hecho con anterioridad con los de los kiowas y comanches de Palo Duro Canyon.

La huida de Cuchillo Embotado y sus cheyenes reproducía los angustiosos momentos vividos por Dos Lunas y los suyos, cuando escaparon a la persecución y a la matanza descargada sobre ellos por Reynolds. Sólo que el tiempo era mucho más frío e inclemente y ellos no contaban sino con unos pocos caballos y carecían de mantas, alimentos y, algunos, hasta de mocasines. Al igual que los cheyenes de Dos Lunas, no conocían más que un refugio: el poblado de Caballo Loco en Box Elder Creek.

Durante la primera noche murieron de frío 12 niños y varios ancianos. Llegada la siguiente, los guerreros mataron a varios caballos y les sacaron las vísceras para guarecer en su interior a los niños más pequeños; algunos viejos introdujeron asimismo sus pies en aquel cobijo y, mal que bien, espantaron una noche más el fantasma de la muerte por congelación. Tres días larguísimos caminaron los

fugitivos, dejando un rastro de sangre en su marcha hacia el poblado de Caballo Loco.

Una vez más cuidaron hermanos de hermanos, y las gentes del campamento compartieron mantas, provisiones y sentimiento con los infortunados. Sin embargo, Caballo Loco no pudo menos que decirles que siempre debían mantenerse preparados para cambiar de lugar, como él mismo, pues los oglalas no disponían de suficiente munición para enfrentarse a los soldados si éstos les daban alcance. Chaqueta de Oso Miles los buscaba por el norte, y ahora Tres Estrellas se acercaba cada vez más por el sur. Para sobrevivir se verían obligados a permanecer en continuo movimiento.

Durante la luna de los brotes, Caballo Loco trasladó su campamento a lo largo del Tongue para emplazarlo de nuevo en un lugar oculto, no lejos de donde los soldados habían establecido el nuevo Fort Keogh, puesto de invierno de la fuerza de Chaqueta de Oso. El frío y el hambre se habían hecho tan insoportables que algunos de los jefes sugirieron que había llegado el momento de entrevistarse con los militares, para ver qué quería que hicieran. Caballo Loco sabía que sólo buscaban encerrarlos en una reserva; sin embargo, atendió a los suyos y se sumó al grupo de 30 guerreros que trataría con Chaqueta de Oso. Ocho fueron, entre jefes y guerreros, los que se prestaron voluntarios para acudir al fuerte con bandera de parlamento. Ya en las cercanías de la plaza, algunos de los mercenarios crows surgieron de repente a paso de carga. Tras hacer caso omiso de la enseña blanca que ondeaba visiblemente en lo alto de una lanza, abrieron fuego a bocajarro. Sólo tres de los ocho enviados escaparon con vida. Los sioux que habían contemplado aquella traicionera acción clamaban venganza, pero Caballo Loco declaró que ya era tiempo de regresar al campamento para levantarlo cuanto antes, pues, avisado

Chaqueta de Oso de la presencia de sioux en aquellos parajes, no se haría esperar su persecución.

En efecto, el militar les dio alcance el 8 de enero de 1877 en Battle Butte. Caballo Loco apenas tenía munición para defenderse, pero contaba con algunos jefes guerreros extraordinarios, que, recurriendo a sus argucias y audaces tácticas, lograron extraviar, primero, y castigar después, a los soldados mientras el grueso de la fuerza india ponía tierra de por medio atravesando las Wolf Mountains en dirección a las Bighorns. Actuando concertadamente, Pequeño Gran Hombre, Dos Lunas y Hump lograron llevar a los soldados al interior de un cañón, donde durante cuatro horas les infligieron los más duros reveses. Los militares se veían obstaculizados en sus movimientos por los pesados uniformes de invierno y, cuando empezó una ventisca que levantó verdaderas nubes de nieve, Chaqueta de Oso decidió que ya tenía bastante y se retiró en busca del amparo del Fort Keogh.

Por fin, después de un penosísimo viaje a través de la nieve, Caballo Loco y los suyos llegaron a los parajes familiares del Little Powder. Se encontraban allí, acampados en febrero, viviendo como podían de la poca caza que tenían a su alcance, cuando llegaron unos emisarios con la noticia de que Cola Moteada y algunos de sus brulés se aproximaban por el sur. Muchos de los acampados pensaron que, quizá, Cola Moteada se había cansado de vivir sólo donde le indicaba el blanco y que, por fin, se había escapado de su reserva. Pero Caballo Loco tenía ideas propias al respecto.

En el transcurso de las lunas frías, Tres Estrellas Crook se había acuartelado con sus hombres en Fort Fetterman. Mientras aguardaba el cambio de estación, hizo una visita a Cola Moteada, a quien prometió que los sioux de la reserva no serían obligados a trasladarse al Missouri si uno de los

jefes brulés accedía a ir en busca de Caballo Loco para persuadirlo de que se rindiera. Éste era el propósito de la visita de Cola Moteada al campamento de Caballo Loco.

Poco antes de la llegada del brulé, el jefe oglala dijo a su padre que partía hacia un lugar remoto. También, que estrechara la mano del jefe brulé y le comunicara que los oglalas acudirían a la reserva tan pronto como las condiciones del clima hicieran posible el traslado de mujeres y niños. Caballo Loco no había decidido aún si se rendiría o no; quizá, lo mejor sería dejar que su gente lo hiciera mientras él iba a refugiarse en la soledad del río Powder, como el viejo búfalo que se separa de la manada.

Cola Moteada adivinó la intención de Caballo Loco y envió mensajeros en todas direcciones para instarlo a volver. Pero fue en vano, pues el jefe oglala parecía haberse desvanecido entre las nieves. Finalmente, antes de partir de nuevo para Nebraska, el jefe brulé logró convencer a Pie Grande para que rindiera a sus minneconjous; además, obtuvo la promesa de Toca las Nubes (Touch-the-Clouds) y de tres jefes más de que harían otro tanto al llegar la primavera.

El 14 de abril llegó Toca las Nubes acompañado de sus minneconjous y de numerosos sansarcs, procedentes del poblado de Caballo Loco, a la reserva de Cola Moteada. Poco antes, Tres Estrellas Crook había enviado a Nube Roja en busca de Caballo Loco, a quien comunicó la promesa del militar.

Los 900 oglalas supervivientes se estaban muriendo de hambre, dijo aquél; los guerreros carecían de munición y los caballos parecían sacos de huesos. La promesa de una reserva en el territorio del Powder era todo cuanto hacía falta para que, por fin, Caballo Loco ofreciera su capitulación en Fort Robinson.

El último de los jefes guerreros de los sioux acababa de

convertirse en un indio más de las reservas; desarmado, sin caballo, sin autoridad sobre los suyos y prisionero de un ejército que jamás había logrado vencerlo en el campo de batalla. Sin embargo, seguía siendo un héroe para los indios más jóvenes, cuya adulación despertó pronto los celos de algunos. Caballo Loco hacía caso omiso de todo cuanto le rodeaba; él y sus hombres vivían sólo pensando en el día en que Tres Estrellas Crook cumpliera su promesa de concederles una reserva en el Powder.

Hacia finales del verano, Caballo Loco oyó decir que Tres Estrellas Crook deseaba enviarlo a Washington para participar en un consejo convocado por el gran padre. El jefe indio se negó a ir, pues no veía utilidad alguna en discutir nuevamente acerca de la reserva prometida. Él bien sabía cuanto ocurría a los jefes que acudían a la gran capital: volvían gordos y relucientes a causa de la buena mesa y del confort del gran padre blanco, y toda traza de bravura y temple había desaparecido de sus personas. Observaba los cambios experimentados por los mismos Nube Roja y Cola Moteada, que, conscientes de aquello, sentían animosidad hacia el jefe más joven.

En agosto llegaron noticias de que los nez percés, que vivían más allá de las Shining Mountains, estaban en guerra con los chaquetas azules. En las reservas empezaron a aparecer pasquines, en los cuales se solicitaba la ayuda de jóvenes guerreros para aquella campaña en calidad de exploradores. Caballo Loco advirtió a sus jóvenes guerreros de que no se prestaran a aquella lucha fratricida, pero fueron numerosos los que desoyeron sus consejos, dejándose comprar por los soldados. El 31 de agosto, fecha en que estos reclutas vistieron por primera vez los uniformes azules de la caballería de los Estados Unidos, Caballo Loco se sentía tan asqueado por el hecho, que anunció su inmediato regreso

al territorio del Powder.

Cuando Tres Estrellas Crook se enteró de la nueva, por medio de sus espías, ordenó que ocho compañías se desplazaran inmediatamente al campamento de Caballo Loco, situado a unos pocos kilómetros de Fort Robinson, para hacerlo prisionero. Sin embargo, el jefe indio fue advertido por unos amigos, y los oglalas se dispersaron en todas direcciones. Caballo Loco decidió acudir solo a la reserva de Cola Moteada, en busca de refugio junto a su viejo amigo Toca las Nubes.

Y allí los soldados dieron con él, lo hicieron prisionero y le comunicaron que sería llevado a Fort Robinson para entrevistarse con Tres Estrellas. Una vez en el fuerte, le dijeron que era demasiado tarde para ver a Crook aquel día, de modo que se le puso bajo la vigilancia del capitán James Kennington y de uno de los policías de la reserva. Éste no era otro que Pequeño Gran Hombre, el que no hacía mucho había desafiado a los comisionados que querían expoliar a los indios de su sagrado Paha Sapa; el mismo Pequeño Gran Hombre que había amenazado con dar muerte al primer jefe que hiciera la más mínima mención de vender las Colinas Negras; el bravo Pequeño Gran Hombre que, por último, había luchado al lado de Caballo Loco contra Chaqueta de Oso Miles en las laderas heladas de las Wolf Mountains. Ahora, los hombres blancos habían comprado a Pequeño Gran Hombre y lo habían convertido en policía de una de las reservas.

Mientras marchaba entre ellos, dejando que el soldado jefe y Pequeño Gran Hombre lo llevaran adonde quisieran, Caballo Loco probablemente trataría de soñar con un mundo distinto, para huir de la oscuridad del presente, donde las tinieblas y las sombras presagiaban sólo la locura. Pasaron por delante de un soldado con la bayoneta calada y, de

pronto, se hallaron ante una puerta con barrotes, detrás de la cual se podía ver a unos infelices encadenados. Aquello era peor aún que la más cruel trampa de animales, y Caballo Loco se lanzó hacia delante, como un animal que se debate en su impotencia, arrastrando tras de sí a Pequeño Gran Hombre. El lance duró unos pocos segundos; alguien gritó una voz de mando y el soldado de guardia, William Gentles, hundió su bayoneta en el abdomen de Caballo Loco.

El jefe indio murió aquella misma noche, 5 de septiembre de 1877, a la edad de treinta y cinco años. Al amanecer, los soldados hicieron entrega de su cuerpo a sus desconsolados padres, quienes, tras depositarlo en una caja de madera, acudieron con su penosa carga a la reserva de Cola Moteada, donde se instaló el ataúd. Durante la luna de la hierba seca lloraron los indios la pérdida de uno de sus más queridos y admirados jefes. Luego, llegada la luna de las hojas caídas, tuvieron ocasión de dedicar sus lágrimas a un hecho aún más descorazonador: los sioux de la reserva debían abandonar Nebraska para trasladarse a un nuevo emplazamiento, situado en el remoto Missouri.

Aquel fresco y claro otoño vio el exilio de largas formaciones de indios que, escoltados por soldados armados, avanzaban penosamente hacia las tierras resacas. Algunas bandas poco numerosas lograron huir durante la marcha, para emprender un camino, no menos largo aunque si más esperanzador, hacia Canadá, donde esperaban reunirse con Toro Sentado. Con ellas se fueron también el padre y la madre de Caballo Loco, llevándose el corazón y los huesos de su hijo. En un lugar conocido sólo por ellos, dieron sepultura definitiva a aquellos entrañables restos. Se encontraban entonces cerca de Chankpe Opi Wakpala, el arroyo conocido también por Wounded Knee.

CANCIÓN DE TORO SENTADO

The musical score is written in bass clef with a key signature of two flats (B-flat major) and a 2/4 time signature. It consists of five staves of music. The first four staves contain the main melody, and the fifth staff concludes the piece. The lyrics are written below the fourth staff.

I ki cí ze wa-onj koñ he wa - na he - na - la ye - lo

he l-yo-tl-ye ki - ya wa-onj

*Un guerrero
he sido.
Ahora,
todo ha terminado.*

*El presente
es duro.*

XIII. LA HUIDA DE LOS NEZ PERCÉS

1877: El 1 de enero la reina Victoria es proclamada emperatriz de la India. El 25 de enero, el Congreso de los Estados Unidos aprueba la llamada Electoral Commision Bill, que hace preceptivo el recuento de los votos electorales; la pugna Hayes-Tilden no se ha resuelto aún. El 12 de febrero, trabajadores del ferrocarril inician una serie de huelgas en protesta por el recorte de sus salarios. El 26 de febrero, los demócratas del sur se reúnen en secreto con los republicanos representantes de Hayes y concluyen el Compromiso de 1877, en virtud del cual aquéllos acuerdan conceder su apoyo a éstos a cambio de la retirada de tropas federales de sus estados y de que se termine la Reconstrucción. El 27 de febrero, la comisión electoral declara que el recuento es favorable a Hayes. El 2 de marzo el Congreso ratifica la elección de Hayes. El 5 de marzo, Hayes es el nuevo presidente de los Estados Unidos. El 10 de abril, el presidente Hayes inicia la retirada de tropas federales del sur, dando por terminada la Reconstrucción. El 15 de abril se instala el primer teléfono comercial entre Boston y Somerville, Massachusetts. El 14 de julio, la huelga general paraliza los ferrocarriles. El 20 de julio se producen huelgas y disturbios callejeros en todo el país. Del 21 al 27 de julio, el ejército se enfrenta con los trabajadores del ferrocarril y los fuerza a suspender la huelga general. El 17 de octubre, el contrato suscrito por Pennsylvania Railroad y Standard Oil Company consolida el monopolio del transporte de crudo. En diciembre, Edison inventa el fonógrafo. Se publica *Anna Karenina*, de Tolstói.

Los blancos contaron sólo una parte, la que les placía. Dijeron muchas cosas falsas. Sólo sus mejores proezas, sólo los peores actos de los indios; eso es cuanto ha contado el blanco.

LOBO AMARILLO (YELLOW WOLF), de los nez percés

La tierra fue creada con la ayuda del sol, y como se creó debe dejarse que permanezca [...]. Las llanuras y los campos fueron creados sin límites ni demarcaciones, y no debe ser el hombre quien se los ponga [...]. Veo cómo los hombres blancos ganan riqueza por doquier y veo también su deseo de darnos las tierras que carecen de valor [...]. La tierra y yo sentimos lo mismo. La medida de los campos y la medida de nuestros cuerpos son las mismas. Decidnos, si es que podéis, que fuisteis enviados por el Poder Creador para hablarnos. Quizá creáis que el Creador os envió aquí para disponer como se os antoje. Si yo creyera que Él os había enviado, puede que ello me indujera a pensar que tenéis derecho a disponer de mí. No me interpretéis mal, comprendedme, sólo y plenamente con referencia al afecto que siento por la tierra. Yo jamás he dicho que la tierra fuera mía para hacer con ella lo que quisiera. El único que tiene derecho a hacer de ella lo que quiera es quien la ha creado. Yo reclamo tan sólo el derecho de vivir en mi tierra y os concedo el privilegio de que vosotros viváis en la vuestra.

HEINMOT TOOYALAKET (JEFE JOSEPH), de los nez
percés

Cuando Lewis y Clark descendieron de las Montañas Rocosas, en septiembre de 1805, para proseguir su viaje hacia el oeste, los componentes de la expedición sufrían, sin excepción, disentería y desnutrición, de manera que estaban demasiado débiles para defenderse. Se

encontraban por entonces en el territorio de los nez percés (narices perforadas), así llamados por los tramperos franceses que habían observado su peculiar forma de adornarse la nariz, pues lo hacían introduciendo conchas y objetos de hueso a través del tabique. El caso es que, de haber querido, los nez percés habrían puesto fin a la expedición junto a las aguas del río Clearwater, apropiándose al mismo tiempo de la magnífica reata de caballos que llevaban los expedicionarios. Pero no fue así; los nez percés atendieron a los estadounidenses, los aprovisionaron de vituallas y cuidaron de su ganado durante varios meses, en tanto aquéllos proseguían en canoa hacia el Pacífico.

Así se cimentó una larga amistad entre los nez percés y los estadounidenses blancos. Durante 70 años, la tribu presumió orgullosa de que ningún nez percés había asesinado jamás a un hombre blanco. Pero la avidez de éste por la tierra y el oro dio al traste, finalmente, con aquella situación idílica.

En 1855, el gobernador Isaac Stevens, del territorio de Washington, invitó a los nez percés a participar en un consejo de paz. "Dijo que había muchos hombres blancos en el país y que su número iría creciendo por momentos; ello hacía necesario que se redistribuyera la tierra para establecer límites que hicieran posible la convivencia de blancos e indios sin interferencias indeseadas. Si se quería lograr una paz duradera, era imprescindible que los indios vivieran en un territorio exclusivamente destinado para ellos, y que no debían salir de ese territorio."

Tuekakas, un jefe conocido por los hombres blancos con el nombre de Viejo Joseph (Old Joseph), respondió al gobernador que la tierra no pertenecía a hombre alguno y que, por lo tanto, nadie podía disponer de ella a placer, nadie podía vender lo que no le pertenecía.

El gobernador no podía comprender esta actitud y siguió instando a Viejo Joseph a que firmara un tratado que, además, le reportaría valiosos presentes.

—Aleja de mí este papel. Mi mano no debe tocarlo siquiera —replicó el indio.

Aleiya, llamado Abogado (Lawyer) por los blancos, decidió, en cambio, firmar como también otros nez percés, pese a lo cual Viejo Joseph llevó de nuevo a su gente al valle de Wallowa, decidido a no claudicar. En aquella zona de exuberantes bosques y praderas, surcados por sinuosas corrientes tributarias de un hermoso lago de aguas cristalinas, la tribu de Viejo Joseph criaba excelentes caballos y ganado vacuno que trocaban con el hombre blanco cuando necesitaban alguna de las comodidades que ofrecía la civilización de éste.

A los pocos años de la firma del primer tratado, los hombres del gobierno habían vuelto a las tierras de los nez percés; reclamaban más tierras. Viejo Joseph conminó a los suyos a que rechazaran los presentes que les pudieran ofrecer.

“Ni una mísera manta debéis aceptar —decía— pues más tarde os echarían en cara que habéis aceptado pago por vuestras tierras.”

En 1863 se propuso a los nez percés un nuevo tratado, según el cual debían renunciar a tres cuartas partes de sus tierras, incluida la totalidad de Wallowa Valley. De esta manera no les quedaría sino una minúscula reserva en lo que actualmente es el estado de Idaho. Viejo Joseph se negó a acudir a la firma de este convenio, pero Abogado y otros jefes —ninguno de los cuales había vivido jamás en el Valle de las Aguas Serpenteantes (Valley of Winding Waters)— cedieron de nuevo la tierra de su pueblo. “Tratado de expolio” lo llamó Viejo Joseph, irritado, al tiempo que hacía

pedazos una biblia que le había entregado un misionero blanco con la esperanza de convertirle al cristianismo. Luego, para evidenciar su rechazo, plantó estacas a lo largo de los límites del Wallowa Valley, habitado por su pueblo.

A su muerte, acaecida poco después (1871), le sucedió su hijo Heinmot Tooyalaket, o Joven Joseph (Young Joseph), que por entonces contaba unos treinta años de edad. Cuando los delegados del gobierno dieron orden a los nez percés de que abandonaran el Wallowa Valley, para trasladarse a la reserva Lapwai, Joven Joseph se negó a escucharlos: "Ni Abogado ni ningún otro jefe indio –dijo– posee autoridad para vender estas tierras, que siempre han pertenecido a mi pueblo, que las recibió incondicionalmente de nuestros antepasados, y que defenderemos en tanto quede una gota de sangre india en nuestras venas". A continuación elevó una petición al gran padre, Ulysses S. Grant, para que éste les permitiera seguir viviendo donde siempre lo habían hecho. Con fecha del 16 de junio de 1873, el presidente de los Estados Unidos hizo público un decreto, en virtud del cual se prohibía el establecimiento de hombres blancos en Wallowa Valley.

Al poco tiempo llegó un grupo de comisionados con la misión de organizar una nueva reserva india en el valle. Uno de ellos mencionó las ventajas que supondría la creación de escuelas. Joseph replicó que los nez percés no deseaban las escuelas de los blancos.

—¿Por qué no queréis las escuelas? —preguntó el comisionado.

—Porque nos enseñarán a tener iglesias —respondió Joseph.

—¿Y no queréis iglesias?

—No, no queremos iglesias.

—¿Por qué no queréis iglesias?

—Porque nos enseñarán a disentir a causa de Dios —respondió el indio—. Y no queremos aprender esto. Podemos discutir con los hombres a causa de cosas de este mundo, pero nunca discutiremos acerca de Dios y no queremos aprender a hacerlo.

Entretanto, muchos hombres blancos se congregaban junto al valle, con la mirada puesta ávidamente en las tierras de los nez percés. Se había encontrado oro en las montañas vecinas y los buscadores se apropiaban sin más de los caballos de los indios, mientras otros cuatreros hacían lo propio con su ganado; luego lo marcaban de modo que aquéllos no pudieran reclamarlo. Políticos blancos llegaban constantemente a Washington, contaban mentiras acerca de los nez percés, a quienes acusaban de constituir una permanente amenaza contra la paz y culpaban de robar el ganado de los colonos. Nada más lejos de la verdad, ciertamente, pero como dijo Joseph: “No teníamos ningún amigo que defendiera nuestra causa ante el consejo legislativo”.

Dos años después de que el gran padre prometiera a los indios la posesión de Wallowa Valley para siempre, un nuevo decreto vino a abrir el valle a la colonización blanca. A los nez percés se les concedió “un plazo razonable” para que se trasladaran a la reserva Lapwai, y aunque Joseph no tenía intención alguna de someterse a la nueva norma, la llegada de Jefe Manco (One-Armed-Soldier-Chief), el general Howard, en 1877, enviado por el gobierno, haría su situación cada vez más insostenible.

Durante los cuatro años transcurridos desde que tratara a Cochise y a sus apaches con justicia, Oliver Otis Howard había aprendido que el ejército no toleraba la presencia de “amigos de los indios” en sus filas. A su llegada, pues, a este territorio del noroeste, estaba decidido a recuperar su

prestigio militar ejecutando con rapidez y exactitud las órdenes que le habían dado. En privado, no obstante, confió a un amigo que “consideraba un grave error sacar a Joseph y a su banda de nez percés de este valle”. Sin embargo, en el mes de mayo de 1877 conminó al jefe indio a que acudiera a hablar con él en la reserva de Lapwai. En definitiva, se intentaría acordar una fecha para proceder al traslado de todos los indios fuera del valle.

Joseph se hizo acompañar de Pájaro Blanco (White Bird), Espejo (Looking Glass), su hermano Ollokot y Toohoolhoolzote, el profeta de la tribu. Era éste un hombre de cuello grueso, feo como él solo y notable por su incisiva dialéctica. “Un fugitivo del infierno”, dijo de él uno de los blancos que llegaron a conocerlo.

Antes de iniciarse el consejo, que iba a celebrarse en un barracón situado enfrente del puesto militar de Fort Lapwai, Joseph presentó a Toohoolhoolzote como portavoz de los nez percés de Wallowa Valley.

—Parte de los nez percés cedieron sus tierras —empezó diciendo el profeta—, pero nosotros, nunca. La tierra es parte de nuestro cuerpo, y jamás nos desprenderíamos de éste.

—Sabéis muy bien que el gobierno ha establecido una reserva a la que deben acudir todos los indios —declaró Howard.

—¿Y quién es el que pretende dividir la tierra y llevarnos a otro lugar, como si arreara ganado?

—Ése soy yo. Represento aquí al presidente —replicó bruscamente Howard, que empezaba a perder los nervios—. Mis órdenes son simples y serán ejecutadas.

El profeta continuó provocando a Jefe Manco con sus sarcásticas observaciones.

—¿Cómo puede pertenecer la tierra al hombre blanco, si había llegado a manos de los nez percés legada por sus

padres? Procedemos de la tierra y nuestros cuerpos deben volver a ella, nuestra madre.

—No deseo ofender vuestra religión, pero ¡hablad de cosas prácticas! Más de veinte veces ha llegado a mis oídos esta monserga de que la tierra es vuestra madre, y ya estoy harto. No me vengáis de nuevo con éstas y vayamos al grano.

—¿Quién puede decirme lo que debo hacer en mi propio país? —replicó Toohoolhoolzote.

La discusión continuó hasta que Howard creyó llegado el momento de demostrar su fuerza. Ordenó el arresto del profeta e informó taxativamente a los demás indios de que disponían de 30 días para abandonar el valle y recluirse en la reserva Lapwai.

—Mi pueblo ha sido siempre amigo del hombre blanco —dijo Joseph—, ¿por qué tanta prisa? Es imposible prepararme en tan poco tiempo. Nuestro ganado se halla disperso y el río Snake lleva mucha agua. Esperemos hasta el final del verano, las aguas habrán bajado.

—Si dejas que pase un solo día de esta fecha, los soldados irán a expulsaros del valle y todos los animales que para entonces se encuentren fuera de la reserva pasarán a ser propiedad de los hombres blancos.

Joseph se dio cuenta de que no tenía otra alternativa. Defender el valle contando sólo con menos de 100 hombres era imposible. Cuando volvió a sus tierras con sus jefes, descubrió la presencia de numerosos soldados. Un breve consejo llegó a la conclusión de que había que reunir rápidamente el ganado para el traslado a la reserva. “Los hombres blancos eran muchos y toda resistencia habría sido una locura —diría Joseph, más tarde—. Éramos como un manso rebaño amenazado por una jauría sanguinaria. Nuestro país era pequeño; el suyo, enorme. Nos

contentábamos con dejar las cosas tal como las había creado el Gran Espíritu; ellos no, y habrían cambiado el curso de los ríos y el emplazamiento de las montañas si les hubiera convenido.”

Antes de que se emprendiera el camino del exilio, eran muchos los que clamaban por la guerra, pues lo preferían a dejarse conducir como perros fuera de las tierras que los habían visto nacer. Toohoolhoolzote, fuera ya de la cárcel, decía que sólo la sangre podría lavar la afrenta y la desgracia que el Jefe Manco le había infligido. Sin embargo, Joseph seguía aconsejando la paz.

Para cumplir con el plazo señalado por el general Howard, los nez percés se vieron obligados a abandonar gran parte de sus rebaños en el valle. Cuando, por fin, llegaron al río Snake, las aguas bajaban turbulentas y arrastraban la nieve fundida desde lo alto de las cumbres. Milagrosamente, lograron vadear aquella peligrosa corriente ayudados de flotadores improvisados con pellejos de búfalo, pero mientras se dedicaban a la ardua labor de trasladar a las mujeres y a los niños a la otra orilla, un grupo de cuatrerros blancos se hizo con una considerable punta de su ganado. Luego, al tratar de hacer cruzar al resto a nado, fueron muchas las reses arrastradas fatalmente por la corriente.

Más resentidos que nunca, los jefes solicitaron que la expedición se detuviera en Rocky Canyon, con objeto de celebrar un último consejo. Toohoolhoolzote, Pájaro Blanco y Ollokot hablaron en favor de la guerra. Joseph arguyó que “es mejor vivir en paz que iniciar una guerra y terminar muertos”, palabras causantes de que los demás lo llamaran cobarde, pese a lo cual no claudicó.

Mientras permanecían acampados en aquel cañón, un pequeño grupo de jóvenes guerreros se separó una noche; a su regreso, los nez percés ya no podían decir que jamás

había sido vertida sangre blanca por obra suya. Los guerreros habían matado a 11 colonos en venganza por el robo de ganado de que habían sido objeto poco antes y como represalia por su expulsión del valle.

Como muchos otros jefes indios amantes de la paz, Joseph se enfrentaba ahora a un cruel dilema: la presión ejercida sobre su pueblo por los hombres blancos y la furia desatada de los indios que se rebelaban ante ella. Joseph optó por permanecer con su pueblo. "Habría dado mi propia vida –diría en otra ocasión– si con ello me hubiera sido posible devolver la vida a las víctimas de mi gente. Culpo a mis jóvenes guerreros, como culpo también a los blancos [...]. Habría llevado a mi pueblo apaciblemente al país del búfalo [Montana] [...]. Ahora no podíamos hacer otra cosa que encaminarnos hacia el arroyo de Pájaro Blanco, a 26 kilómetros de distancia del cañón, para reunir todas nuestras pertenencias antes de la marcha definitiva; sin embargo, los soldados nos atacaron. Allí se libró la primera batalla."

Aunque doblados en número, los nez percés consiguieron llevar a los soldados de Boward a una trampa cuidadosamente tendida en el cañón de Pájaro Blanco, el 17 de junio, donde lograron desbaratar los flancos de la fuerza militar, matando a una tercera parte y poniendo en fuga al resto. Diez días más tarde, el Manco acudió en persecución de los fugitivos con numerosos refuerzos, pero los nez percés pudieron, por fin, cruzar las montañas sin más contratiempos. Mediante astutas maniobras, Joseph desorientó repetidas veces a los soldados, infligió un duro revés a un destacamento de vanguardia y, sacando ventaja de su mejor adaptación al terreno, dejó atrás a sus seguidores y fue a reunirse con Espejo, que lo esperaba con más guerreros junto al Clearwater.

La fuerza combinada de nez percés contaba ahora con 250

guerreros, 450 combatientes, pertrechos e impedimenta y 2.000 caballos. En la batalla del cañón de Pájaro Blanco habían capturado, además, varios rifles y una ingente cantidad de munición.

Después de refugiarse más allá del Clearwater (donde sus antepasados habían dado la bienvenida a Lewis y a Clark como precursores de la civilización de los blancos), Joseph convocó a consejo a todos los jefes. Sabía que ya no podía regresar nunca más al Valle de las Aguas Serpenteantes ni acudir siquiera impunemente a la reserva de Lapwai. Sólo les quedaba una salida: huir a Canadá. Toro Sentado, de los sioux, se había trasladado a las tierras de la Abuela, y los soldados americanos no se atrevían a ir a perseguirlo allí. Si los nez percés lograban alcanzar la ruta Lolo y atravesar, luego, las Bitterroot Mountains, era posible que llegaran a Canadá.

Acostumbrados al paso de aquellas montañas para ir a cazar a Montana, los nez percés pronto dejaron atrás a la fuerza de persecución de Howard. El 25 de julio descendían en fila la pared del cañón próximo a la desembocadura del arroyo Lolo, cuando los exploradores destacados en vanguardia avistaron a unos soldados. Los chaquetas azules estaban construyendo una empalizada que cerraba un estrecho paso de la ruta.

Bajo enseña blanca, Joseph, Espejo y Pájaro Blanco se dirigieron allí, desmontaron con calma y estrecharon la mano del oficial de mando, capitán Charles Rawn. Los jefes contaron hasta 200 hombres en el puesto.

—Pasaremos por aquí sin lucha, si así nos lo permites —dijo Joseph—, pero, en cualquier caso, pasaremos por aquí.

Rawn respondió que no tenía inconveniente en dejarlos pasar, siempre que ellos se deshicieran de sus armas. Pájaro Blanco declaró rotundamente que sus guerreros jamás harían

tal cosa.

Como sabía que el general Howard se acercaba a marchas forzadas por el oeste y que otra fuerza considerable a las órdenes del coronel John Gibbon hacía otro tanto por el este, el capitán Rawn trató de ganar tiempo sugiriendo a los indios que acudieran de nuevo al día siguiente, para tratar de las condiciones aplicables al caso. Así lo acordaron los jefes, pero tras dos días de infructuosas conversaciones, los caudillos percés decidieron que no podían aguardar más tiempo.

A primera hora de la mañana del 28 de julio, Espejo dispuso a sus guerreros a modo de pantalla, entre los árboles que cubrían las estribaciones más elevadas del cañón. Al mismo tiempo, Joseph condujo al personal no combatiente y al ganado por una garganta rocosa, para situarse a espaldas de los guerreros estratégicamente apostados y, tras dar un rodeo, fue a parar a considerable distancia, por detrás de la barricada militar, antes de que el capitán Rawn descubriera la trampa. Los soldados salieron con rapidez en persecución de los escapados, pero los hombres situados en la retaguardia por el jefe indio consiguieron repeler fácilmente el acoso y Rawn decidió no arriesgarse en una lucha total que, con seguridad, le sería adversa.

Convencidos de que se habían librado definitivamente de Howard e ignorantes de la proximidad de la fuerza de Gibbon, los jefes decidieron dirigirse al sur, hacia sus terrenos de caza del Big Hole. Allí podrían dar descanso a sus caballos y tratar de cazar algunas piezas que reconstituyeran sus ya mermadas provisiones. Si los hombres blancos los dejaban en paz, es posible que incluso no tuvieran necesidad de trasladarse a Canadá como hiciera Toro Sentado.

Durante la noche del 9 de agosto, El Que Cojea (el coronel Gibbon) dispuso su fuerza mixta, de voluntarios locales y caballería, en posiciones estratégicas que dominaban el

campamento de los nez percés establecido junto al río Big Hole. Faltaba poco para que despuntara el alba cuando los voluntarios preguntaron a Gibbon si debían hacer prisioneros, a lo cual el coronel respondió que no quería prisionero alguno, varón o hembra. El aire de la noche era muy frío y los hombres se calentaban bebiendo grandes cantidades de whisky, de tal modo que al amanecer, cuando Gibbon dio la orden de atacar, eran muchos los que estaban completamente borrachos. Tras las primeras descargas, la caballería cargó al galope contra los tipis indios.

Kowtoliks, muchacho de quince años, dormía aún cuando se oyeron los primeros disparos. “Salí de la tienda y eché a correr con todas mis fuerzas; a los diez metros caí de bruces y seguí arrastrándome a gatas. Una anciana, Patsikonmi, salió también de la tienda e hizo lo mismo que yo. Se encontraba a mi izquierda cuando fue herida. Pude oír perfectamente el chasquido de la bala que penetró en su pecho.” Así describió la situación el muchacho, tiempo después. “¡Corre, no te quedes aquí; yo ya estoy lista!” Luego, murió. Claro que corrí, ¡y de qué manera! Las balas parecían venir de todas partes, atravesaban los tipis y alcanzaban a las mujeres y los niños.”

Otro muchacho, Águila Negra (Black Eagle), fue despertado por las balas que atravesaban la tienda de sus padres. Presa del pánico, echó a correr y se tiró al río, pero el agua estaba demasiado fría. Al salir del agua, ayudó a salvar los caballos, arreándolos ladera arriba, fuera de la vista de los soldados.

Entretanto, los indios se habían recuperado de su estupor inicial. Mientras Joseph dirigía la evacuación de las mujeres, ancianos y niños, Pájaro Blanco desplegó a los guerreros para el contraataque. “¡Luchad! ¡Hacedlos morder el polvo! – gritaba–. ¡Podemos tirar tan bien como cualquiera de ellos!”

De hecho, la puntería de los nez percés era superior a la de los soldados. “Entonces nos mezclamos con los soldados, que, llenos de pánico, retrocedieron en dirección al río – contaría Lobo Amarillo–. En las aguas actuaban como si no pudieran sostenerse; la verdad es que pensamos que muchos de ellos morirían ahogados.”

Cuando los soldados trataron de instalar un cañón de campaña, los nez percés cayeron sobre su dotación, a la que dieron muerte, antes de lanzar la pieza de artillería desde lo alto de las rocas. Un guerrero atacó al coronel Gibbon y lo dejó doblemente cojo.

Para entonces, Joseph había logrado poner en movimiento a toda su banda y, mientras un puñado de guerreros mantenía a raya a los hombres de Gibbon, agazapados detrás de una barricada apresuradamente construida con troncos y piedras, los nez percés escaparon de nuevo. Esta vez se encaminaron hacia el sur, alejándose de Canadá, ya que creían que era el único modo de librarse de sus perseguidores. Los guerreros habían matado a 30 soldados y herido a, por lo menos, 40. Pero, ya en los primeros momentos de su implacable ataque, los hombres de Gibbon habían matado a más de 80 nez percés; más de las dos terceras partes eran mujeres y niños que yacían por doquier, acribillados a balazos y con la cabeza destrozada a culatazos o a causa de los golpes dados con las pesadas botas reglamentarias. “El aire se había llenado de dolor –diría Lobo Amarillo–. Algunos soldados actuaron como si estuvieran locos.”

La retaguardia nez percé habría podido dar muerte por hambre a los soldados acorralados tras aquellas barricadas si no hubiera aparecido el mismo Howard en el campo de batalla, al mando de un batallón de tropas de refuerzo. Tras retirarse a toda prisa, los guerreros dieron alcance a Joseph

para comunicarle el nuevo cariz que había tomado la situación.

“Nos retiramos tan deprisa como nos fue posible –contaba Joseph–. Después de seis días de huida, el general Howard se acercó, con peligro, hacia nosotros y nos volvimos en un fugaz ataque, tras el cual habíamos capturado a la casi totalidad de sus caballos y sus mulas.”

En realidad, los animales capturados eran en su mayoría mulas, precisamente las que cargaban con las provisiones y la munición del Manco. Dejando a los soldados atrás, los indios atravesaron finalmente Targhee Pass y penetraron en el parque de Yellowstone el 22 de agosto.

Sólo cinco años antes, el gran consejo de Washington había declarado Parque Nacional, el primero en la historia de los Estados Unidos, aquella zona del Yellowstone. Aquel verano de 1877, los primeros turistas estadounidenses habían acudido a admirar sus maravillosas bellezas naturales. Entre ellos se encontraba nada menos que el propio general Sherman, llegado de la capital en visita de inspección, para averiguar cómo era posible que menos de 300 neozélandeses, cargados con mujeres, niños e impedimenta, pudieran tener en jaque a todo el ejército del noroeste.

Cuando Sherman se enteró de que los fugitivos indios estaban cruzando el Yellowstone, casi a la vista de su lujoso campamento, empezó a impartir órdenes a todos los comandantes de los fuertes próximos para que establecieran una cadena en torno a la zona y cerraran el cerco que rodeaba a los indios. Cerca de allí se encontraba el 7º de caballería, recompuesto después del desastre a que lo llevara Custer en Little Bighorn. Ansioso por reivindicar el honor del regimiento mediante una victoria sobre los indios, su comandante forzó la marcha en dirección al parque Yellowstone. Discurrían los primeros días de septiembre

cuando los exploradores nez percés y los que pertenecían al 7º de caballería avistaban de forma continua y recíproca sus respectivas fuerzas. Hábiles maniobras permitían a los indios eludir a los militares, incluso después de mantener con ellos una escaramuza en Canyon Creek, tras la cual los nez percés decidieron cambiar de rumbo y dirigirse de nuevo hacia Canadá. No podían saber que el gran guerrero Sherman había ordenado a Chaqueta de Oso Miles que forzara una marcha desde Fort Keogh en una dirección que cortara la ruta emprendida por los indios.

El 23 de septiembre, tras continuas escaramuzas en su retaguardia, los nez percés vadearon el río Missouri por Cow Island Landing. Durante los tres días siguientes, sus exploradores no avistaron soldado alguno en las inmediaciones. El 29, los cazadores localizaron una pequeña manada de búfalos, y como las provisiones y la munición eran ya muy escasas, y los caballos empezaban a dar señales de agotamiento por la ininterrumpida marcha, los jefes decidieron acampar en Bear Paw Mountains. Al día siguiente, después de ingerir un poco de carne de búfalo, intentarían alcanzar la frontera canadiense en una última y larga marcha.

“Sabíamos que el general Howard quedaba a más de dos soles de nosotros –contaría Lobo Amarillo–. No nos resultaría demasiado difícil conservar esta ventaja.”

Sin embargo, a la mañana siguiente, dos exploradores regresaron a todo galope al campamento. “¡Soldados, soldados!”, gritaban. Mientras se ultimaban los preparativos de marcha, otro vigía comunicó desde una colina vecina: “¡El enemigo se nos echa encima! ¡Ataque inminente!”.

La caballería cargaba, pues cumplía órdenes de Chaqueta de Oso Miles, cuyos exploradores habían dado con la pista de los nez percés pocas horas antes. Con la tropa cabalgaban

también los 30 exploradores sioux y cheyenes comprados por los chaquetas azules en Fort Robinson; precisamente aquellos jóvenes guerreros que habían vuelto la espalda a su pueblo al vestirse con el uniforme de los soldados, precipitando así el asesinato de Caballo Loco.

El ruido de los 600 caballos lanzados al galope hacía retumbar la tierra. Impasible, Pájaro Blanco apostó a sus guerreros frente al campamento y, cuando la primera oleada de atacantes alcanzó aquella línea, los nez percés abrieron un fuego mortífero, demostrando su extraordinaria puntería. En pocos segundos estaban en tierra 24 soldados muertos y 42 heridos; la carga había sido momentáneamente detenida.

“Luchábamos casi cuerpo a cuerpo –contaría Jefe Joseph–, no nos separarían más de 15 metros de los soldados, quienes, al retirarse, abandonaron sus bajas en el campo. Nos hicimos así con sus armas y su munición. El primer día, sin embargo, perdimos a 18 hombres y a tres mujeres.

Entre los muertos se contaban el hermano de Joseph, Ollokot, y Toohoolhoolzote, el duro y viejo profeta indio.

Durante la noche, los nez percés trataron de huir hacia el norte, pero Chaqueta de Oso había establecido un cordón de vigilancia en torno al campamento. Los guerreros se dedicaron, pues, a cavar trincheras, mientras se preparaban para el ataque que, sin duda, se desencadenaría con las primeras luces.

Sin embargo, en vez de atacar, Chaqueta de Oso envió un emisario con enseña blanca para solicitar la rendición inmediata de Joseph y salvar así la vida de los suyos. El indio respondió que necesitaba consultar con los ancianos, pero que pronto haría saber su respuesta. Había empezado a nevar y los guerreros esperaban que, si se desataba una ventisca, ésta les ofreciera una pantalla protectora para escabullirse sin ser vistos.

Transcurridas varias horas, algunos de los exploradores sioux de Miles se acercaron al campamento. Joseph salió a su encuentro: "Dijeron que creían que el general había hablado sinceramente y que, en realidad, deseaba la paz. Animado por estas palabras, acudí a la tienda del jefe militar".

Dos días fue retenido prisionero el incauto jefe, sorprendido por Chaqueta de Oso en flagrante violación de la tregua concertada. Mientras tanto, Miles había instalado su artillería desencadenando un nuevo ataque. Los nez percés se defendieron con gran valor, sin ceder un ápice de su terreno, y Joseph, preso, se negó a rendirse. Un frío intenso cubría de nieve el campo de batalla.

Al tercer día, los guerreros de Joseph lograron liberarlo de sus captores. Habían apresado a uno de los oficiales de Miles y amenazaron con darle muerte a menos que se pusiera en libertad a su jefe. Sin embargo, aquel día entró en escena la fuerza del general Howard, que había quemado etapas para apoyar a Miles. Joseph se dio cuenta de que la suerte de sus guerreros, cada vez más escasos, estaba echada. Cuando Miles destacó nuevos emisarios para concertar un consejo de paz, Joseph acudió ante el general para oír los términos de la capitulación. Eran simples y directos: "Si te rindes y entregas tus armas, te concederé la vida, a ti y a los tuyos, y seréis llevados a vuestra reserva".

De nuevo en su campamento, Joseph llamó a sus jefes por última vez. Espejo y Pájaro Blanco querían seguir luchando hasta la muerte si era preciso. Se habían esforzado a lo largo de más de 2.000 kilómetros, no podían capitular ahora. Joseph se contuvo a desgana, retrasando el momento de su decisión. Aquella misma tarde, la bala de un tirador de elite alcanzó a Espejo en la sien izquierda y lo mató al instante. Era el cuarto día de asedio.

"Al quinto día –contaba Joseph mucho después– acudí a

presencia del general Miles y le hice entrega de mi arma.”

Elocuente fue el discurso de capitulación de Joseph, recogido en su versión inglesa por el teniente Charles Erskine Scott Wood.^[3] Estas palabras serían repetidas una y mil veces por historiadores y estudiosos de la tragedia india:

Dile al general Howard que conozco su corazón. Sus palabras han calado hondo en el mío. Estoy cansado de luchar. Nuestros jefes han muerto. Espejo ha caído. Toohoolhoolzote, también. Nuestros ancianos han muerto. Son ahora los jóvenes los que deciden. El que mandaba sobre ellos (Ollokot) está muerto. Hace mucho frío y carecemos de mantas. Nuestros pequeños se mueren de frío. Mi gente, algunos, han huido a las colinas, sin mantas, sin comida; nadie sabe dónde se encuentran; quizá, muriendo aquí y allá de frío. Quiero que se me dé tiempo para ir en busca de mis hijos y ver cuántos puedo salvar aún. Es posible que los encuentre entre los muertos. ¡Oídmeme, jefes! Estoy cansado, mi corazón está enfermo y lleno de dolor. De aquí en adelante, jamás volveré a luchar.

Caída ya la noche, mientras se preparaba la rendición, Pájaro Blanco y una banda de irreductibles guerreros huyeron a rastras por una cañada, en busca de la frontera canadiense, que cruzaron el segundo día de huida. El tercer día vieron indios montados en lontananza. Uno de los que se les acercó hizo una señal:

—¿Quiénes sois?

—Nez percés —fue la respuesta—. ¿Y vosotros?

—Sioux.

Al día siguiente, Toro Sentado acogió a los fugitivos nez percés en su poblado canadiense.

Para Jefe Joseph y los demás, sin embargo, ya no hubo libertad. En lugar de ser conducidos a Lapwai, como había prometido Miles, el ejército los embarcó, como si se tratara de ganado, en dirección a Fort Leavenworth, Kansas. Allí, en un terreno pantanoso, se los mantuvo recluidos en calidad de prisioneros de guerra. Después de que más de un centenar murieran a causa de condiciones tan precarias, el resto fue trasladado a un estéril llano situado en Indian Territory.

Como ocurriera anteriormente con los modocs, los nez percés enfermaron y se extinguieron, de malaria o de desesperación.

Burócratas y caballeros cristianos acudían con frecuencia a visitarlos, con palabras de consuelo y promesas de escribir a innumerables organizaciones de caridad. A Joseph se le permitió ir incluso a Washington, donde se reunió con los grandes jefes del gobierno. “Todos dicen que son mis amigos –se quejaba– y que se me hará justicia, pero mientras que sus palabras son rectas, sus actos no las secundan, y yo no comprendo por qué no se hace nada por mi pueblo. [...] El general Miles prometió que podríamos regresar a nuestro territorio. Yo le creí; de lo contrario, nunca me habría rendido.”

A continuación, apeló apasionadamente a la justicia de quienes le escuchaban: “He oído muchas palabras, pero no se ha hecho nada. Las buenas palabras no duran si no se convierten en hechos. Las palabras no pagan la muerte de mi pueblo ni la pérdida de mi país, invadido ahora por el hombre blanco [...]. Las buenas palabras no devolverán la salud a mi pueblo ni evitarán que muera. No le darán tampoco un hogar, donde pueda vivir en paz y cuidar de sí mismo. Estoy harto de discursos que no llegan jamás a nada tangible. Mi corazón se llena de angustia y de asco cuando recuerdo las innumerables palabras que se han dicho y las promesas que han sido rotas [...]. Igual cabría esperar que los ríos discurrieran hacia la montaña, que es la alegría del hombre nacido libre y que se ve de pronto recluido y desposeído de su libertad para viajar adonde guste [...]. Repetidamente he preguntado a algunos de los jefes blancos de dónde proviene su autoridad para decir al indio que debe permanecer en un lugar determinado, mientras éste ve con sus propios ojos cómo los hombres blancos se desplazan con libertad adonde

más les place. Nadie me ha dado una respuesta.

"¡Dejadme ser un hombre libre! Libre para viajar, libre para detenerme, libre para trabajar y comerciar donde convenga, libre de elegir mis propios maestros y de seguir la religión de mis padres, libre de pensar, hablar y actuar por mí mismo [...], y yo obedeceré todas las leyes o me someteré a castigo".

Pero nadie lo escuchaba. Joseph fue enviado a Indian Territory, donde permaneció hasta 1885. Para entonces sólo quedaban vivos 287 cautivos nez percés; la mayoría de ellos eran demasiados jóvenes para recordar su pasada vida en libertad, o demasiado viejos y acabados para constituir una amenaza contra el inmenso poder de los Estados Unidos. A algunos de los supervivientes se les permitió regresar a la reserva de Lapwai. Jefe Joseph y unos 150 más fueron considerados demasiado peligrosos para acompañar a aquellos a quienes podían influenciar, y el gobierno los trasladó a Nespelem, en la reserva Colville de Washington, donde agotaron su vida en el exilio. Al morir Joseph, el 21 de septiembre de 1904, el médico de la reserva declaró que la causa no había sido otra que "un corazón roto".

XIV. EL ÉXODO CHEYENE

1878: El 10 de enero, el Senado de los Estados Unidos acepta una resolución que permite a las mujeres defender sus reivindicaciones sufragistas. El 4 de junio, Gran Bretaña asume la administración de Chipre. El 12 de julio se extiende por Nueva Orleans una epidemia de fiebre amarilla que provoca 4.500 víctimas. El 18 de octubre, Edison consigue subdividir la corriente eléctrica, adaptándola para uso doméstico; bajan las acciones de gas en la Bolsa de Nueva York. En diciembre, en San Petersburgo, Rusia, los estudiantes se alzan contra la policía y los cosacos. En Austria, Ferdinand Mannlicher inventa el fusil de repetición con recarga. David Hugues inventa el micrófono. Se funda la New York Symphony Society. Gilbert and Sullivan presentan *H. M. S. Pinafore*.

Hemos estado en el sur y hemos sufrido mucho allí. Muchos han muerto de enfermedades para las que no tenemos nombre. Nuestro corazón dirigía sus anhelos hacia el país que nos vio nacer. Pocos somos los que quedamos y no deseamos otra cosa que un poco de terreno donde se nos permita vivir. Abandonamos nuestros alojamientos de golpe y huimos durante la noche. Las tropas nos persiguieron. Yo salí a su encuentro y les dije que no queríamos luchar; tan sólo hacer camino hacia el norte y que, si nos dejaban solos, nadie moriría. La única respuesta que obtuve fue una descarga de fusilería. Después de esto tuvimos que abrirnos paso a tiros, pero no matamos a nadie que no hubiese disparado antes contra nosotros. Mi hermano, Cuchillo Embotado, tomó la

mitad de la banda y se rindió cerca de Fort Robinson. Entregaron sus armas; después, los blancos los mataron a todos.

OHCUMGACHE (PEQUEÑO LOBO), de los cheyenes del
norte

Todo lo que pedimos es que se nos permita vivir en paz [...]. Nos inclinamos ante la voluntad del gran padre y marchamos al sur. Allí pronto descubrimos que el cheyene no puede vivir. De modo que regresamos a nuestro territorio. Pensamos que era mejor morir luchando que a causa de enfermedades [...]. Podéis matarme aquí, pero no lograréis hacerme regresar. No iremos. El único modo de hacer que volvamos allá es acudiendo por nosotros con mazas y, después de descargarlas sobre nuestras cabezas, arrastrar nuestros cadáveres hasta aquel lugar.

TAHMELAPASHME (CUCHILLO EMBOTADO), de los
cheyenes del norte

Después de haber trabado conocimiento con numerosas bandas, considero que la tribu india cheyene es la más gallarda entre las de su raza.

TRES DEDOS (coronel RANALD S. MACKENZIE)

acia la luna de la hierba verde, 1877, cuando Caballo Loco llevó a sus sioux oglalas a la rendición en Fort Robinson, varias bandas de cheyenes que se habían unido a él durante el invierno entregaron también sus caballos y sus armas, poniéndose así a merced de los soldados. Entre aquellos jefes cheyenes se encontraban Pequeño Lobo, Cuchillo Embotado, Alce Erguido y Cerdo Salvaje (Wild Hog). En total, su gente alcanzaba el millar. Dos Lunas y 350 cheyenes más, que se habían separado de los anteriores después de la batalla de Little Bighorn, descendieron el curso del río Tongue hasta Fort Keogh, para rendirse ante Chaqueta de Oso Miles.

Los cheyenes que llegaron a Fort Robinson esperaban que se les permitiera vivir en una reserva con los sioux, de acuerdo con el tratado de 1868 que Pequeño Lobo y Cuchillo Embotado habían suscrito. Sin embargo, los agentes delegados por la oficina india les informaron de que el tratado estipulaba que irían a vivir en la reserva sioux *o en otra, especialmente establecida para los cheyenes del sur*. Estos mismos agentes recomendaron que los cheyenes del norte fueran trasladados a Indian Territory, para vivir con sus parientes, los cheyenes del sur.

“Estas palabras no fueron bien recibidas por los nuestros – diría Pata de Palo (Wooden Leg)–. Todos deseábamos permanecer aquí, cerca de las Colinas Negras. Pero uno de los jefes principales, Alce Erguido, insistía una y otra vez en que nos iría mejor en el otro lugar. No creo que fueran más de diez los cheyenes de la tribu que estaban de acuerdo con este jefe. Todos pensábamos que quería pasar por bueno y complaciente ante los blancos.” Mientras las autoridades del gobierno decidían qué hacer con los cheyenes del norte, los jefes militares de Fort Robinson reclutaron a varios de ellos para que les sirvieran de guías en la persecución de algunas

bandas aún dispersas y opuestas al internamiento.

William P. Clark, teniente de caballería, convenció a Pequeño Lobo y a algunos de sus guerreros de que trabajaran para él. Clark llevaba siempre un sombrero blanco en campaña, y Sombrero Blanco (White Hat) fue el nombre con que pasó a ser conocido entre los indios. Pronto descubrieron éstos que el militar se interesaba por sus cosas; no sólo por la suerte que corrían, sino por su forma de vida, tradiciones, cultura, lenguaje y religión. (Clark publicaría, más tarde, un tratado muy erudito acerca del lenguaje semiológico indio.)

Pequeño Lobo podría haberse quedado en Fort Robinson al servicio del teniente Clark, pero, cuando llegaron órdenes de Washington para decretar el traslado de los cheyenes a Indian Territory, el jefe indio optó por unir su suerte a la de su pueblo. Antes de emprender la marcha, los aprensivos jefes indios pidieron permiso para celebrar un último consejo con Tres Estrellas Crook. El general trató de serenarlos diciéndoles que desecharan sus cuitas y que si una vez en territorio indio no se sentían bien, nada se opondría a que desandaran su camino y regresaran al norte. (Por lo menos, así fue como los intérpretes tradujeron las palabras del militar.)

Los cheyenes querían que Sombrero Blanco los acompañara al sur, pero el ejército encomendó el mando de la escolta al teniente Henry W. Lawton. "Era un buen hombre –decía de él Pata de Palo–; siempre se mostraba amable con los indios." Lawton era conocido entre ellos como Blanco Alto (Tall White Man), y les complacía ver que permitía viajar a los ancianos en los carromatos militares durante el día y hacer uso de tiendas para pasar la noche. Blanco Alto cuidó asimismo de que no les faltara pan y carne ni café y azúcar.

En su camino hacia el sur, los indios recorrieron terrenos

de caza que les eran familiares, aunque se mantenían alejados de las poblaciones, que surgían como hongos en la superficie de aquellas llanuras, ahora siempre cambiantes. Por todas partes se veían tendidos ferroviarios, edificios y cercas. Como avistaron unas pequeñas manadas de búfalos y antílopes, Blanco Alto proveyó de rifles a 30 guerreros elegidos por los jefes para que trataran de cazar algunas piezas.

Fueron 972 los cheyenes que partieron de Fort Robinson durante la luna del cambio de los potros. Después de más de 100 noches llegaron a Fort Reno 937 de ellos para integrarse en la reserva cheyene-arapajo, el 5 de agosto de 1877. Unos pocos jóvenes habían abandonado, a su vez, la expedición para emprender la marcha hacia el norte.

Tres Dedos Mackenzie se encontraba en Fort Reno para recibirlos. A su llegada, tomó sus caballos y sus armas, pero esta vez no dio muerte a los animales, sino que dijo que les serían devueltos una vez que se hubieran instalado y fueran a dar comienzo a sus tareas agrícolas. A continuación los cheyenes fueron puestos bajo las órdenes del agente John D. Miles.

Había pasado un día, quizá dos, cuando los cheyenes del sur invitaron a sus parientes a la acostumbrada fiesta tribal de bienvenida, y fue entonces cuando Pequeño Lobo y Cuchillo Embotado se dieron cuenta de que algo no andaba del todo bien. El ágape ceremonial consistió en poco más que una mísera sopa aguada, pues eso era todo cuanto los sureños podían ofrecer. En aquella tierra estéril no había suficiente comida, y, por otra parte, el agente carecía de provisiones. Para empeorar la situación aún más, el calor estival era insoportable y el aire estaba lleno de mosquitos y de polvo sofocante.

Pequeño Lobo acudió al agente para comunicarle que su

presencia obedecía sólo al deseo de conocer la reserva. Ahora, dado que no les gustaba, estaban dispuestos a regresar al norte, como Tres Estrellas Crook había acordado. Sólo el gran padre de Washington, replicó el agente, podía decidir cuándo y dónde debían trasladarse los cheyenes, y si su destino sería o no las Colinas Negras. Entretanto, prometió, trataría de conseguir más comida; un rebaño de bueyes estaba en camino, procedente de Texas.

El ganado tejano era más bien flaco, y su carne tan correosa como su piel. Pero al menos los cheyenes pudieron obtener también algo de sopa, como sus parientes. Sin embargo, hacia finales del verano, los norteños empezaron a caer enfermos en gran número, aquejados de fiebres violentas, convulsiones y dolor en las articulaciones. Se morían en plena miseria y abandono. “Los nuestros morían, morían, morían”, se diría más tarde.

Pequeño Lobo y Cuchillo Embotado protestaron ante el agente y ante la autoridad militar de Fort Reno, hasta que el ejército envió por fin al teniente Lawton, en visita de inspección por el campamento de los cheyenes. “No reciben suficientes provisiones para espantar siquiera el hambre – informó Blanco Alto–. Muchas mujeres y niños no tienen más enfermedad que la desnutrición. En una ocasión vi que los hombres reservaban la ración a ellos asignada, guardando ayuno, para repartirla entre los menos fuertes, los niños, que no dejaban de llorar por la falta de alimentos [...]. La carne que se les distribuía era de pésima calidad y normalmente no habría sido considerada apta para comer.”

El médico de la plaza carecía de quinina que pudiera aliviar la malaria, que hacía estragos entre los cheyenes del norte. “Con frecuencia cerraba su dispensario y abandonaba el lugar porque no tenía qué dar a sus enfermos ni quería ser llamado a su lado, incapaz como era de prestarles la más

mínima ayuda.”

Blanco Alto convocó a los jefes, no para hablarles, sino para escucharlos. “Vinimos al sur fiándonos de la palabra del general Crook –dijo Cuchillo Embotado–. Somos aún extraños en este país y queremos establecernos donde por fin nos sea dado vivir permanentemente y podamos enviar a nuestros hijos a la escuela.”

Los demás jefes mostraron su impaciencia ante las palabras de Cuchillo Embotado; éste no ponía suficiente fuerza en sus palabras. Tras una breve consulta, decidieron nombrar a Cerdo Salvaje portavoz de toda la tribu.

“Desde que llegamos a esta agencia no hemos obtenido del agente maíz alguno, ni pan, arroz, alubias o sal; se nos ha dado levadura y jabón sólo de vez en cuando. El azúcar y el café que se nos dispensa duran sólo unos pocos días, tres a lo sumo, y se considera ración semanal; otro tanto sucede con la carne de buey. La harina es muy mala, muy negra y no logramos hacerla fermentar.” Pero no se detuvo aquí el parlamento de Cerdo Salvaje. “En cuanto al ganado vacuno, la mayor parte de las cabezas parecían haber sido mantenidas en ayuno el tiempo suficiente para que murieran al poco de sernos entregadas.”

Otros jefes sumaron sus quejas a las ya expuestas, subrayando el elevado porcentaje de muertes en su pueblo. Los cheyenes habían acordado servirse de la medicina del hombre blanco, pero no había médico que se la proporcionase. Si Blanco Alto les permitiera salir de caza, pronto tendrían carne de búfalo para reponer sus maltrechos cuerpos.

El teniente replicó que sólo su agente podía concederles permiso para salir a cazar búfalos, pero prometió pedir a Tres Dedos Mackenzie, que en aquel momento era comandante de Fort Sill, que intercediera por ellos.

Mackenzie, que debía su fulgurante carrera a proezas tales como la de matar a cheyenes derrotados y a caballos, fue capaz de sentir compasión por aquellos desgraciados, ahora que estaban totalmente indefensos. Después de recibir el informe del teniente Lawton, Tres Dedos elevó sus quejas al general Sheridan: "Se espera que cuide de que los indios se comporten de forma apropiada, indios que, por otra parte, son sometidos a una muerte por hambre; y no sólo esto, sino que esta práctica se lleva a cabo en flagrante violación del acuerdo suscrito." Al mismo tiempo, aconsejó al comandante de Fort Reno, mayor John K. Mizner, que cooperara con el agente para obtener más raciones. "Si los indios huyen por el hambre, en contra de los deseos del agente, en busca del búfalo, no trate de hacerlos volver o, de lo contrario, las tropas serán puestas en situación de cometer un grave error."

No fue hasta la llegada de las lunas frías cuando el agente Miles concedió permiso a los cheyenes del norte para salir de cacería y, aun así, puso entre ellos a varios sureños leales para que los espieran, por si trataban de huir hacia el norte, ahora que disponían nuevamente de caballos. La cacería fue un fracaso tal que los cazadores se habrían servido de ella para sus chanzas, si no hubiera representado una desgracia tan grave para los que se morían de hambre. Las praderas parecían cubiertas de montones de huesos, no quedaba otra cosa del búfalo!, ni huesos abandonados por los cazadores blancos!, y los cheyenes habían tenido que contentarse con algunos coyotes. Los mataron y se los comieron. A éstos siguieron los perros, y muchos de los miembros de la expedición hablaron de hacer lo mismo con los caballos que les había prestado el agente; sin embargo, los jefes se opusieron al plan. Si decidían emprender la marcha hacia el norte, necesitarían todos y cada uno de los caballos de que

ahora disponían.

Durante todo este tiempo, Tres Dedos y Blanco Alto habían hecho esfuerzos ímprobos por conseguir más comida para los cheyenes, pero jamás llegaba la esperada respuesta de Washington. Cuando se vio obligado a dar una explicación, el ministro del Interior, Carl Schurz, adujo que “estos pormenores, por su misma naturaleza, no llegan a conocimiento del secretario, sino que son resueltos en el seno de la oficina de asuntos indios”. Sin embargo, Schurz había sido nombrado para el cargo con el fin expreso de introducir los cambios necesarios en dicha oficina. Añadió también que el descontento sólo estaba entre los jefes que “pretendían mantener sus viejas tradiciones e impedir que los demás indios trabajaran”. Ciertamente, admitió que los fondos de que se disponía no eran suficientes para satisfacer las estipulaciones suscritas con ocasión de la firma del tratado, pero que “mediante una cuidada administración y la más férrea economía” la oficina india lograría dar fin a aquel año fiscal con sólo un déficit despreciable. (Algunos de los jefes confinados en Indian Territory que acudieron a Washington aquel año comprobaron que Schurz desconocía sorprendentemente las cuestiones indias. Los cheyenes le llamaban Mah-hah Ich-hon (Ojos Grandes), y se maravillaban de que un hombre con unos órganos para la visión tan grandes pudiera saber tan poco.

Con la llegada de las lunas más cálidas se produjo una invasión de mosquitos en aquellas tierras bajas y los cheyenes del norte no tardaron en sufrir nuevas fiebres y convulsiones. Para colmo de desgracias, se desató entre los niños una epidemia de sarampión. Durante la luna de las cerezas rojas fueron tantas las inhumaciones que Pequeño Lobo decidió que todos los jefes debían acudir, sin excepción, a vérselas de una vez por todas con el agente Miles. Tanto él

como Cuchillo Embotado se estaban volviendo viejos –hacía mucho que habían celebrado su medio siglo de vida– y no ignoraban la escasa importancia que tendría ya para ellos cuanto pudiera ocurrir. Sin embargo, era su deber salvar a los jóvenes, a la tribu misma, de la extinción anunciada.

Miles convino en la entrevista y Pequeño Lobo fue el portavoz de su pueblo.

—Desde nuestra llegada a este territorio se suceden las muertes entre los míos. Este país no es bueno para nosotros y queremos volver al nuestro, allá en las montañas. Si no tienes autoridad para concedernos permiso para viajar, deja que algunos de nosotros vayamos a Washington y defendamos allí nuestra causa, o escribe a Washington y consigue que nos den permiso para ir al norte.

—No puedo hacer eso ahora. Quedaos aquí un año y veremos qué puede hacerse luego.

—No —replicó Pequeño Lobo con firmeza—. No podemos aguardar un año más, queremos partir ahora mismo. Antes de que transcurra este tiempo, es posible que no quede ninguno de nosotros para emprender viaje al norte.

Algunos de los jóvenes solicitaron permiso para añadir su voz al debate.

—Aquí enfermamos y morimos —dijo uno—, y nadie recordará nuestros nombres cuando hayamos muerto.

—Iremos al norte a pesar de todos los riesgos —declaró otro— y, si morimos en la batalla, nuestros nombres serán repetidos y venerados por quienes sobrevivan.

Durante el mes de agosto, los jefes celebraron reiteradas sesiones de consulta, hasta que en el grupo se produjo una importante división de pareceres. Alce Erguido, Pata de Pavo y otros tenían miedo de lo que podría acaecerles si, efectivamente, se ponían en camino hacia el norte. Los soldados saldrían en su persecución y, con seguridad, los

matarían; era mejor morir en la reserva. A principios de septiembre, Pequeño Lobo, Cuchillo Embotado, Cerdo Salvaje y Mano Izquierda apartaron sus respectivas bandas de las demás. Así estarían preparados para emprender rápida marcha hacia el norte cuando creyeran llegado el momento oportuno. Los días que siguieron vieron un continuo intercambio de bienes; unos se desprendían de pertenencias largo tiempo atesoradas y llenas de contenido sentimental y los otros cedían a cambio sus caballos y las pocas armas que entre cheyenes y arapajos se podían reunir.

Sin embargo, aquellos resueltos hombres no intentaron engañar al agente. De hecho, cuando Pequeño Lobo decidió que había llegado el momento de ponerse en camino, acudió a ver a Miles y así se lo comunicó. En el transcurso de la luna de la hierba seca, Pequeño Lobo habló al agente de esta manera:

—No quiero que se derrame sangre en el interior de la reserva. Si vas a enviar a los soldados tras nosotros, deja que me aleje un poco del lugar. Luego, si deseas luchar, te combatiré, y ambos ensangrentaremos la tierra en el lugar de nuestro encuentro.

Al parecer, Miles no creyó que los jefes disidentes emprendieran aquel viaje imposible; pensó que, como él, los indios sabían que el ejército los detendría fácilmente. Sin embargo, tomó la precaución de enviar a Edmond Guerrier, el mestizo cheyene sureño que había sobrevivido a la matanza de Sand Creek, en 1864, al campamento de Pequeño Lobo, para renovar sus advertencias.

—Si te vas —dijo Guerrier a Pequeño Lobo—, te verás en una grave situación.

—No queremos problemas. No es eso lo que estamos buscando. Todo lo que deseamos es regresar al lugar de donde vinimos.

Durante la noche del 9 de septiembre, Pequeño Lobo y Cuchillo Embotado dijeron a su gente que empacara sus avíos y se dispusiera a emprender el camino tan pronto amaneciera. Tras dejar sus tipis vacíos, 297 esforzados hombres, mujeres y niños, menos de la tercera parte guerreros, abandonaron aquellos lugares; eran los de corazón más fuerte, de una tribu orgullosa cuya suerte ya estaba echada.

No había caballos suficientes para todos y se establecieron turnos para usarlos. Unos cuantos jóvenes abrían la marcha para buscar más.

En los viejos tiempos, cuando su número se contaba por millares, los cheyenes poseían más caballos que cualquier otra de las tribus de las llanuras. Se les conocía entonces por el nombre de Pueblo Apuesto (Beautiful People), pero la situación actual se había vuelto contra ellos tanto en el norte como en el sur. Tras 20 años de masacres, su ocaso estaba aún más próximo que el del búfalo.

Tres días marcharon sin descanso, impulsados por una voluntad común, forzando al máximo sus músculos y sus nervios y exigiendo todo de sus caballos. El 13 de septiembre cruzaron el Cimarron, a 250 kilómetros de Fort Reno, y buscaron una posición definitiva donde se entrecruzaban cuatro cañones. Las copas de los cedros daban a los guerreros una excelente protección.

Los soldados los alcanzaron allí; un arapajo fue destacado para que parlamentara. El emisario hizo señales a los cheyenes con una manta para indicarles que regresaran a la reserva. Cuando Pequeño Lobo apareció ante él, el arapajo le comunicó que el jefe militar no deseaba luchar, pero que si los cheyenes no lo seguían de regreso a Fort Reno, lanzaría a sus soldados contra los indios.

—Vamos al norte —replicó Pequeño Lobo—, como se nos

prometió que podríamos hacer cuando consentimos en trasladarnos a este país. Tenemos intención de hacer el viaje pacíficamente, de ser posible sin causar daño a la propiedad o a la persona de blanco alguno; no atacaremos si no somos molestados. Si los soldados nos combaten, no rehusaremos la batalla; si los colonos, que no son soldados, ayudan a éstos en su empeño, también los combatiremos.

Poco después de que el arapajo hubiera llevado la respuesta de Pequeño Lobo al jefe de los soldados, el capitán Joseph Rendlebrock, los militares lanzaron su primer ataque. Sus fuerzas avanzaron por el cañón disparando sus armas, táctica desastrosa, pues los indios se habían puesto a cubierto de los cedros y no les fue difícil mantener a sus atacantes encerrados en aquel lugar durante todo el día, faltos de comida y agua. Tampoco de noche los militares lograron escapar de aquella encerrona. A la mañana siguiente, pequeñas partidas de cheyenes empezaron a abandonar el campo, dejando que los soldados se retiraran.

La lucha se convirtió entonces en una constante persecución, salpicada de cruentas escaramuzas, a lo largo de toda la ruta que atravesaba Kansas para penetrar en Nebraska. Acudían cada vez más soldados de todos los fuertes: Wallace, Rays, Dodge, Riley y Kearny. La infantería patrullaba de arriba abajo las tres líneas de ferrocarril que corrían paralelas desde el Cimarron hasta el Platte. Para mantener el ritmo de su marcha, los cheyenes cambiaban sus cansadas monturas por caballos de colonos. Trataban siempre de evitar los enfrentamientos, pero los rancheros, vaqueros e incluso los comerciantes de las pequeñas ciudades próximas se unían a la persecución. 10.000 soldados y 3.000 civiles blancos acosaban sin cesar a los fugitivos cheyenes, diezmando a sus guerreros y capturando a los ancianos y menores, que no podían seguir la

desenfrenada carrera. En las últimas semanas de septiembre, los soldados dieron alcance a los indios en cinco ocasiones, siempre en vano, pues fueron repelidos. Al elegir las rutas más abruptas hacían imposible el avance de los soldados con sus carromatos y sus grandes cañones montados sobre ruedas. Sin embargo, no habían hecho más que dejar atrás a una de las columnas perseguidoras, cuando aparecía una nueva en lontananza.

Con los primeros días de la luna de las hojas caídas, los cheyenes cruzaron las líneas del ferrocarril de la Union Pacific, vadearon el Platte y aceleraron cuanto les fue posible la marcha, en busca de las familiares dunas de Nebraska. Tres Estrellas Crook destacó columnas especiales, que se movían paralelamente a la ruta de los indios, pero admitió que "darles caza sería tan difícil como a una bandada de atemorizadas cornejas".

Las mañanas se vestían ahora de escarcha, pero el aire fresco resultaba tonificante después del largo y cálido verano de Indian Territory. Seis semanas de huida habían convertido ropas y mantas en harapos; siempre faltaba comida, los caballos seguían siendo insuficientes y los hombres se turnaban para montarlos.

Una de las noches de acampada los jefes hicieron recuento de sus hombres. Faltaban 34 de los que habían partido de Indian Territory. Algunos se habían dispersado durante las batallas y seguían camino hacia el norte por otras rutas; la mayoría de ellos, sin embargo, había caído bajo las balas de los hombres blancos. Los viejos estaban debilitados, los niños acusaban la falta de sueño y de alimentos; pocos eran, en suma, los que podían llegar mucho más lejos. Cuchillo Embotado opinó que, ante la inminencia de las lunas frías, deberían acudir a la reserva de Nube Roja en busca de refugio. Ellos le habían ayudado con frecuencia cuando

luchaba por el territorio del Powder, y ahora él debía devolverles el favor.

Pequeño Lobo se oponía a estas palabras. Él se dirigía a territorio cheyene, al valle del Tongue, donde hallaría una gran abundancia de carne y pieles y podría vivir de nuevo como auténtico cheyene.

Al final, los jefes resolvieron la situación de forma amistosa. Los que quisieran ir al Tongue debían seguir a Pequeño Lobo, los que estaban hartos de huir podían seguir a Cuchillo Embotado en busca de refugio con Nube Roja. A la mañana siguiente, 53 hombres, 43 mujeres y 8 niños siguieron recto hacia el norte. Unos 150 en total se dirigieron al noroeste con Cuchillo Embotado: unos pocos guerreros y los ancianos, niños y heridos. Después de deliberar un rato, Cerdo Salvaje y Mano Izquierda se unieron también a Cuchillo Embotado para permanecer con los niños, la última esperanza de pervivencia del Pueblo Apuesto.

El 23 de octubre, la columna de Cuchillo Embotado estaba a sólo dos noches de Fort Robinson cuando una tormenta de nieve los sorprendió en plena llanura. De pronto surgió ante ellos, como una aparición fantasmal, una tropa de caballería. Los cheyenes estaban rodeados.

El jefe militar, el capitán John B. Johnson, destacó un intérprete y rápidamente concertó una entrevista. Cuchillo Embotado se apresuró a declarar que no quería lucha, sólo deseaba llegar hasta Nube Roja o Cola Moteada para dar a su gente el cobijo y la comida que tanto necesitaba.

Aquellos jefes habían sido trasladados muy lejos, a Dakota, respondió el capitán. Ya no quedaba reserva alguna en el territorio de Nebraska, pero Fort Robinson permanecía aún en pie, donde los conducirían los soldados.

Al principio, Cuchillo Embotado puso objeciones, pero a medida que la noche se hacía más cerrada y la ventisca

castigaba sus carnes, su determinación fue cambiando.

Acamparon los soldados después de haber situado puestos de vigilancia en torno al grupo indio. Los indios derrotados hablaron mucho y amargamente durante toda la noche. ¿Qué sería de ellos? Por fin decidieron desmontar sus mejores armas y apartar las rotas, para entregarlas cuando así lo ordenara el capitán. Toda la noche estuvieron separando las piezas, las mujeres guardaron los barriletes debajo de sus ropas; los muelles, pasadores, balas y demás piezas minúsculas fueron cosidos a modo de ornamento en chales y mocasines. En efecto, el capitán Johnson ordenó al día siguiente que se desarmara a los indios. Rifles inútiles, pistolas mutiladas, arcos y flechas formaron un montón, del cual los soldados tomaron lo que quisieron a modo de recuerdo.

El 25 de octubre llegaron a Fort Robinson y fueron alojados en barracones que habían sido contruidos para dar cabida a una compañía compuesta por 75 soldados. Aunque el número de indios ascendía a 150, dadas las circunstancias, aquel refugio les pareció venido del cielo. Los soldados distribuyeron mantas y una gran cantidad de comida y medicinas, además de elogios de admiración por aquellos hombres que habían sido capaces de superar tantas penalidades.

Todos los días, Cuchillo Embotado preguntaba al comandante del puesto cuándo podría ir a la reserva de Nube Roja, y aquél le respondía que debía esperar órdenes de Washington. Para mostrar su simpatía para con los cheyenes, el mayor Caleb Carlton concedió permiso a algunos guerreros para salir a cazar y les proporcionó, al mismo tiempo, algunas escopetas y caballos. Pocas eran las piezas, sin embargo, que podían encontrarse en aquellos parajes; la pradera que rodeaba Fort Robinson aparecía vacía, ya no

quedaban tipis ni corrales llenos de vida. A pesar de todo, los cheyenes gozaron de la libertad de recorrer la zona, aunque sólo fuera de vez en cuando y por un solo día.

A principios de la luna de las jaurías de lobos, su amigo, el mayor Carlton, fue reemplazado por otro comandante, el capitán Henry W. Wessells. Los cheyenes oyeron que los soldados alistados le llamaban Holandés Errante (Flying Dutchman). Wessells no estaba quieto un momento. Espiaba los movimientos de los cheyenes, hacía su entrada en los barracones sin anunciarse y recorría con la mirada los rincones más insólitos. Fue durante la luna que los hombres blancos llaman diciembre cuando Nube Roja fue traído desde Dakota para celebrar un consejo.

—Nuestros corazones están llenos de dolor por vosotros —dijo Nube Roja—. Son muchos los de mi sangre que se cuentan entre vuestros muertos. Esto apena nuestros corazones. Pero ¿qué podemos hacer? El gran padre es todopoderoso. Su pueblo llena la tierra entera. Hemos de hacer cuanto él nos diga. Le hemos rogado que os permita venir a vivir con nosotros y esperamos que así os lo conceda. Compartiremos con vosotros todo lo que poseemos. Pero recordad, tenéis que cumplir sus órdenes. No podemos ayudaros. La nieve es muy gruesa sobre las montañas y nuestros caballos muestran miserablemente sus huesos. Apenas hay caza. No podéis resistir ni podemos nosotros. Escuchad, pues, a vuestro viejo amigo y haced todo lo que el gran padre os ordene.

De modo que Nube Roja se había vuelto tan cauteloso como anciano en aquellos últimos años. Cuchillo Embotado oyó decir, incluso, que era un prisionero en su propia reserva de Dakota. El jefe cheyene se levantó y fijó una triste mirada en el arrugado rostro de su viejo hermano sioux.

—Te tenemos por amigo, creemos en tus palabras. Y te

damos las gracias por ofrecernos compartir tus tierras. Esperamos que, en efecto, el gran padre nos permita reunirnos con vosotros. No deseamos sino vivir en paz, no queremos más guerra. Viejo ya, mis días de lucha se han acabado. Nos inclinamos ante la voluntad del gran padre y viajamos al sur. Allí no puede vivir el cheyene. Cayeron sobre nosotros las enfermedades y tiñeron de luto nuestros tipis. Luego fueron rotas otra vez las promesas hechas, y nuestras raciones menguaron hasta lo imposible. Los que no murieron de enfermedad fueron consumiéndose por el hambre. Seguir allí significaba la desaparición de nuestro pueblo. Nuestras peticiones eran desoídas. Por fin, decidimos que era mejor morir luchando que por la enfermedad. Emprendimos la marcha. El resto ya lo conoces.

Cuchillo Embotado se volvió entonces hacia el capitán Wessells.

—Dile al gran padre que Cuchillo Embotado y su pueblo no piden otra cosa que terminar su vida aquí, en el norte, en la tierra que los vio nacer. Dile que no queremos más guerras y que no podemos vivir en el sur. Allí no hay caza. Aquí, cuando escasean las raciones, podemos salir en busca de alguna pieza. Dile, en fin, que, si nos permite permanecer aquí, jamás causaremos daño alguno. Y que si, en cambio, trata de hacernos volver, nos daremos muerte unos a otros con nuestros propios cuchillos.

Wessells farfulló unas cuantas palabras. Convino por último en transmitir el mensaje.

No había pasado un mes cuando, el 3 de enero de 1879, llegó un mensaje para el capitán Wessells. El general Sheridan y Grandes Ojos Schurz ya habían decidido el destino de los cheyenes de Cuchillo Embotado. "A menos que sean devueltos al lugar de donde procedieron –dijo el primero–, todo el sistema de reserva sufrirá una conmoción

que pondrá en peligro su estabilidad.” Schurz, por su parte, añadió: “Los indios deben ser devueltos a la reserva”.

Como todas las del Departamento de Guerra, la orden era perentoria y no tenía en cuenta las condiciones climatológicas. Transcurría la luna de la nieve que penetra en los tipis, la estación de las ventiscas y del frío más cruel:

—¿Acaso el gran padre quiere nuestra muerte? —preguntó Cuchillo Embotado al capitán Wessells—. Pues imoremos aquí, no regresaremos!

Wessells replicó que tenían cinco días para cambiar de parecer. Entretanto, permanecerían prisioneros en sus barracas y no recibirían alimentos ni leña para la estufa.

Así soportaron los cheyenes el frío, apretándose los unos contra los otros. No cesaba de nevar y de los copos que se helaban en la ventana los reclusos obtenían el agua que necesitaban. Pero no había comida.

El 9 de enero, Wessells convocó a Cuchillo Embotado y a los otros jefes a su presencia. El primero se negó a acudir; Cerdo Salvaje, Cuervo Crow y Mano Izquierda siguieron a los soldados. No pasaron muchos minutos sin que una nueva conmoción sacudiera a aquel derrotado grupo. Cerdo Salvaje apareció, de pronto, esposado y encadenado; antes de que los soldados lograran acallar su voz, pudo, a gritos, decir a los suyos lo ocurrido. Ante la insistencia de Wessells, había replicado que los cheyenes no volverían al sur. Luego había tratado de escapar, pero los soldados habían sido demasiados para él.

Seguidamente apareció el mismo Wessells y les habló a través de las ventanas enrejadas.

—Dejad salir a las mujeres y a los niños; que ellos no sufran, por lo menos.

—Juntos moriremos aquí; lo preferimos a regresar al sur —fue la respuesta.

El militar se alejó en silencio. Poco después, los soldados atrancaron todas las puertas y ventanas. Cayó la noche, pero los reflejos que la luna arrancaba de la nieve caída y del acero de las bayonetas bañaban la escena con una luz fantasmal.

Uno de los guerreros arrancó el tubo de salida de humos de la estufa inútil; en un hueco del muro había cinco barriletes de pistola, ocultos allí desde el primer día. De ornamentos, de dobladillos, de los lugares más insólitos salieron las piezas más diversas: muelles, pasadores, percutores. Aquella noche se trabajó febrilmente. Pronto contaron los indios con algunos rifles y pistolas. Los guerreros jóvenes empezaron a pintarse la cara con los colores de guerra después de haberse vestido con sus mejores ropas. Las mujeres, entretanto, apilaban atados y sillas debajo del alféizar de las ventanas para que fuera posible salir del recinto lo más rápido posible. Por último, los mejores tiradores se apostaron junto a los ventanucos y apuntaron a cada uno de los guardianes del exterior.

A las diez menos cuarto sonaron los primeros disparos y estallaron las ventanas para dar paso a un torrente de cheyenes. Tras tomar los rifles y la munición de los guardianes caídos, los indios iniciaron una desenfrenada carrera en dirección a unos riscos cercanos a la posición. Llevaban unos diez minutos corriendo cuando salió tras ellos la caballería. Los guerreros formaban una línea de defensa para permitir el avance de las mujeres y de los niños, pero pronto vieron que sus esfuerzos eran vanos. Cada vez más soldados acudían al lugar de la batalla formando un cerco que se estrechaba progresivamente. A la primera hora de combate ya habían muerto más de la mitad de los guerreros, y a los militares no les era difícil alcanzar a los pequeños grupos dispersos, a los que daban muerte incluso antes de

que tuvieran ocasión de rendirse. Así cayó la hija de Cuchillo Embotado.

A la mañana siguiente, los soldados escoltaron a los prisioneros, 65 en total, 23 gravemente heridos, de regreso a Fort Robinson. La mayoría de aquellos desgraciados eran mujeres y niños. Sólo 38 de los escapados seguían libres; 32 permanecían juntos, en desesperada huida hacia el norte a través de las colinas batidas por cuatro compañías de caballería y una de artillería de campaña. Otros seis permanecían ocultos entre unas rocas, cerca del fuerte. Entre éstos se encontraba Cuchillo Embotado; los demás eran su mujer e hijo superviviente, su nuera y su nieto, y un muchacho llamado Pájaro Rojo (Red Bird).

Durante varios días siguieron los soldados a los 32 huidos, hasta que dieron con ellos cerca de Hat Creek Bluffs, en el interior de un profundo revolcadero de búfalos. Cargando hasta el borde de aquella hondonada, los militares descargaron una y otra vez sus armas en oleadas sucesivas, hasta que no les fue devuelto disparo alguno. Ya no quedaban más que nueve cheyenes, mujeres y niños.

Hacia finales de enero, después de haber viajado sólo de noche, llegaron Cuchillo Embotado y su grupo a la reserva de Nube Roja, donde se convirtieron en prisioneros.

Pequeño Lobo y sus seguidores pasaron el invierno ocultos en cañadas y parajes abruptos, en los que excavaron refugios, como en las orillas heladas del arroyo Lost Chokecherry, uno de los afluentes del Niobrara. Cuando el tiempo se caldeó un poco, llegada la luna del ojo doliente, reemprendieron la marcha en dirección al territorio del Tongue. En Box Elder Creek tropezaron con Dos Lunas y otros cinco cheyenes del norte, que trabajaban como exploradores para los chaquetas azules de Fort Keogh.

Dos Lunas dijo a Pequeño Lobo que Sombrero Blanco

Clark andaba en su busca para celebrar un consejo, a lo cual el primero respondió que, en efecto, le gustaría ver de nuevo a su viejo amigo, aunque desconfiaba del resultado del encuentro, que tuvo lugar a un kilómetro, poco más o menos, del campamento cheyene. El teniente Clark apareció completamente desarmado para demostrar su confianza en los viejos amigos. Sus órdenes eran, dijo, llevar a los indios a Fort Keogh, donde ya vivían algunos parientes, que se habían rendido con anterioridad. El precio de la paz, añadió, consistía en la entrega de las armas y de los caballos por parte de los indios; sin embargo, permitiría que éstos conservaran sus monturas, hasta su llegada a la posición militar. Las armas, en cambio, deberían ser entregadas de inmediato.

—Desde que te dejé en la reserva de Nube Roja —replicó Pequeño Lobo—, hemos estado en el sur, donde sufrimos lo indecible [...]. Mi hermano, Cuchillo Embotado, se hizo cargo de la mitad de la banda y se rindió en Fort Robinson. Creía que te encontrabas aún allí y cuidarías de que no les alcanzara mal alguno. Entregaron, pues, sus armas [...] y murieron a manos de los hombres blancos. Yo me encuentro en la pradera y aquí necesito mis armas. Cuando lleguemos a Keogh me desprenderé de todo; aquí, sin embargo, guardaré mis armas. Tú has sido el único que me ha ofrecido la ocasión de hablar antes del combate. Es como si el viento que ha mantenido en constante agitación nuestros corazones empezara a amainar ahora.

Pequeño Lobo tuvo que renunciar a sus armas, desde luego, pero no antes de que Sombrero Blanco lo hubiera convencido de que jamás permitiría que sus soldados causaran daño a su gente. Una vez en Fort Keogh, la mayoría de los guerreros jóvenes se alistaron como guías. “Durante mucho tiempo no hicimos otra cosa más que instrucción y

cortar leña –contaría Pata de Palo–. Allí aprendí a beber whisky [...], toda mi paga de explorador iba a parar a la cantina.” Los cheyenes bebían whisky a causa del aburrimiento y la desesperación; de este modo enriquecían a los comerciantes blancos, en tanto se destruía lo poco que quedaba de su raza. Pequeño Lobo fue una de las víctimas más célebres.

Tras meses de dilaciones burocráticas en Washington, viudas, huérfanos y unos pocos guerreros abatidos fueron trasladados a la reserva de Nube Roja, situada en Pine Ridge, donde se reunieron con Cuchillo Embotado. Luego, tras otros tantos meses de espera, los cheyenes de Fort Keogh fueron asignados a una reserva en el territorio del Tongue. Cuchillo Embotado y los pocos que quedaban de su banda obtuvieron permiso para ir allá también.

Para la mayoría, la solución llegaba demasiado tarde. Las fuerzas los habían abandonado. Desde los tiempos de Sand Creek, el destino del Pueblo Apuesto estaba sellado. La semilla de la tribu se había esparcido como llevada por el viento que moría entre los pedregales. “Iremos al norte, pase lo que pase –había dicho, en una ocasión, un joven guerrero– y, si morimos en la batalla, nuestros nombres serán venerados y recordados por nuestro pueblo.” Muy pronto ya no quedaría nadie que pronunciara sus nombres después de su desaparición.

XV. OSO ERGUIDO SE HACE PERSONA

1879: El 11 de enero estalla en África del Sur la guerra entre británicos y zulúes. El 17 de febrero, en San Petersburgo (Rusia), los nihilistas intentan asesinar al zar Alejandro. El 21 de octubre, Edison muestra su primera lámpara incandescente. Se publica *Progreso y miseria*, de Henry George. Primera representación de *Casa de muñecas*, de Henrik Ibsen.

Desde el este me habéis empujado a este lugar, y aquí he permanecido 2.000 años o más [...]. Amigos míos, si me separáis de esta tierra, será muy duro para mí. Quiero morir en ella. Quiero envejecer en este país [...]. Lejos siempre ha estado de mí el deseo de darle siquiera un ápice al gran padre. Aunque éste fuera a darme un millón de dólares, no me desprendería de esta tierra [...]. Cuando las personas quieren sacrificar ganado éste es empujado hasta que se le hace penetrar en un corral, que para las bestias es el matadero [...]. Así ha sido con nosotros [...]. Mis hijos han sido exterminados, mi hermano ha muerto.

OSO ERGUIDO (STANDING BEAR), de los poncas

Los soldados llegaron hasta los límites del pueblo y nos forzaron a cruzar el Niobrara, como si fuéramos un rebaño

de animales. Luego nos fueron empujando hasta que alcanzamos el Platte. Se nos obligó a marchar por delante, como caballos arreados. Yo dije: "Si no tengo más remedio que trasladarme, lo haré a esta tierra, pero que se alejen los soldados; su presencia atemoriza a nuestras mujeres". Así fue como llegué a la Tierra Caliente (Indian Territory). Comprobamos que las tierras eran malas y allí se sucedían las muertes. Todos nos preguntamos: "¿Quién se apiadará de nosotros? Nuestros animales morían. ¡Oh, qué tierra más caliente! Este lugar es verdaderamente insano y moriremos si nos quedamos en él, esperemos que el gran padre nos saque pronto de este país". Sí, eso es lo que dijimos. Más de un centenar de los nuestros perdieron allí la vida.

ÁGUILA BLANCA (WHITE EAGLE), de los poncas

En 1804, en la confluencia del Niobrara con la margen derecha del Missouri, Lewis y Mark descubrieron una amistosa tribu de indios llamados poncas. Por entonces sólo integraban la tribu 200 o 300 supervivientes de una terrible epidemia traída tiempo atrás por el hombre blanco, la viruela. Medio siglo más tarde, los poncas seguían siendo pacíficos y dispuestos al trato amistoso con los blancos; su número, por otra parte, se acercaba ya al millar. A diferencia de la mayoría de los indios de las llanuras, los poncas cultivaban maíz y en sus huertos florecían árboles frutales y diversas clases de hortalizas. Como se trataba de una comunidad industriosa, reinaba entre ellos la prosperidad y eran famosos sus corrales atestados de caballos; tanto era así que, con frecuencia, tenían que repeler merodeadores

sioux de tribus del norte.

En 1858, cuando los funcionarios del gobierno habían empezado a recorrer el país para establecer límites y crear demarcaciones políticas, los poncas cedieron parte de sus tierras a cambio de la protección del gobierno para ellos y sus propiedades, además de una reserva propia junto al río Niobrara. Sin embargo, diez años más tarde –mientras los comisionados negociaban tratados con los sioux– un error tremendo de los burócratas de Washington hizo que la tierra de los poncas fuera asignada, mediante el tratado de 1868, a los sioux.

A pesar de las reiteradas protestas de los poncas no se tomó medida alguna para devolver las cosas a su punto justo. Jóvenes guerreros sioux acudían cada vez más a menudo en busca de caballos, a modo de tributo por permitir que los poncas siguieran ocupando aquellas tierras que, oficialmente, ya no les pertenecían. “Durante los siete años que siguieron al del tratado –contaría Peter Le Claire, miembro de la tribu– los poncas se vieron obligados a trabajar sus tierras y a cuidar de sus huertos como, a buen seguro, habían hecho anteriormente los peregrinos en Nueva Inglaterra [...], con la azada en una mano y el rifle en la otra.”

Por fin, el Congreso reconoció la obligación de los Estados Unidos de “proteger” a los poncas, pero, en lugar de devolverles sus tierras, fue votada una pequeña apropiación de fondos para indemnizar a la tribu por las pérdidas, los robos y las muertes que les habían infligido los sioux. Luego, en 1876, a raíz de la muerte de Custer, el Congreso decidió incluir a los poncas en la lista de tribus del norte que debían ser trasladadas a Indian Territory. Naturalmente, los poncas no tenían nada que ver con la derrota sufrida por Custer, y ni siquiera se habían enzarzado jamás en lucha alguna contra

los Estados Unidos; sin embargo, alguien del Congreso logró disponer de 25.000 dólares destinados “al traslado de los poncas a Indian Territory y a la provisión de algunos servicios que les permitieran vivir allí, en el supuesto de que se contara con la aprobación de dicha tribu”. Esta última frase fue luego ignorada, como lo habían sido con anterioridad las cláusulas del tratado suscrito con los poncas que expresamente prohibían a los hombres blancos establecerse en el territorio de la tribu. Hacía ya diez años que los colonos se habían instalado allí, deseosos de hacer uso de aquellos campos de aluvión, en los que crecía el mejor maíz del país.

Las primeras noticias que tuvieron los poncas acerca de la inminencia de su traslado les llegaron por medio de un inspector de reservas, a principios de enero de 1877. El hombre se llamaba Edward C. Kemble y su visita fue descrita como sigue: “En Navidad apareció un hombre blanco en nuestro poblado –contaba el jefe Águila Blanca–. Jamás se nos anunció su visita, se presentó de pronto e hizo que nos congregáramos en la iglesia para oír lo que tenía que decirnos”.

He aquí lo que relataría más tarde aquel jefe indio, de cuanto pudo entender del parlamento del inesperado visitante:

—El gran padre de Washington dice que tenéis que trasladaros, ésa es la razón de mi presencia entre vosotros — dijo.

—Amigo mío, nos has dicho estas cosas de una forma muy repentina. Cuando el gran padre desea comunicarnos algo, generalmente hace correr la voz un tiempo antes, pero tú apareces de pronto.

—No, el gran padre es quien dice que debéis iros.

—Amigo, quiero que mandes una carta al gran padre y, si

es esto lo que él de verdad desea, me gustaría que enviara por nosotros. Si se procede así y me llega la noticia de la forma habitual, creeré en la verdad de tus palabras.

—Le haré llegar un mensaje.

El hombre blanco tocó los cables. El telégrafo dio la noticia al gran padre muy pronto.

—Vuestro gran padre dice que vayas a verlo con diez más de tus jefes. De paso verás la nueva tierra y, tras recorrerla en parte, viajarás a Washington. Verás la Tierra Caliente (Indian Territory) y, si alguna zona te gusta, se lo comunicarás así al gran padre, si la tierra es mala, se lo dirás también.

De manera que acudimos a la Tierra Caliente. Con el caballo de hierro atravesamos el territorio de los osages, luego unos vastos pedregales; a la mañana siguiente llegamos al territorio de los kaws. Tras dejar la reserva de Kansas, llegamos a Arkansas City; así pues, llegué hasta esta ciudad de los blancos, después de haber visitado las tierras de dos de estas tribus indias y de haber visto lo bajos que eran los árboles que en ellas crecían y cuántas rocas había en sus campos. Dos veces nos sentimos muy mal y pensamos que muy poco era lo que aquellas tribus podían hacer por sí mismas.

Pero él no se dejaba convencer.

—Iremos a ver las tierras del río Shicaska —dijo.

—Amigo mío, ya he visto bastante y me he sentido mal. De ahora en adelante no deseo viajar más. Visitaré al gran padre. Correré a él. Llévame ante su presencia. Estas dos tribus son pobres y parecen enfermas. Me basta con lo que he visto.

—No. Vayamos a ver esas otras tierras de Indian Territory.

—Si no quieres llevarme al gran padre, devuélveme por lo

menos a mi territorio.

—No, no me importa lo que tú digas y no te llevaré a presencia del gran padre. Y tampoco él dijo que te llevara de nuevo a tu territorio.

—¿Qué debo hacer? Tú no quieres llevarme a Washington ni de regreso a mi territorio. Primero dijiste que el gran padre me había llamado y ahora no es así; no has dicho la verdad, tus palabras son torcidas.

—No. No te llevaré a tus tierras, ve andando hasta ellas si quieres.

—Mi corazón se acongoja porque no conocemos estos parajes.

Pensábamos que moriríamos y por unos momentos creí que iba a flaquear mi ánimo. Después de esto, el hombre blanco, malhumorado, se retiró a su alojamiento. Luego, nosotros consideramos qué era lo que más nos convenía hacer. Estábamos todos de acuerdo en que él había mentido en cuanto a llevarnos a ver al gran padre y en cuanto a devolvernos a nuestro territorio. No podíamos creer que fuera el gran padre el autor del engaño. Recurrimos al intérprete que estaba con nosotros y le dijimos que, ya que aquél no quería llevarnos de nuevo a nuestra tierra, nos diera un papel que pudiéramos mostrar a los blancos mientras atravesábamos aquella zona desconocida. El intérprete fue en busca del hombre, pero regresó enseguida y dijo: “No os dará este papel, no quiere hacer nada por vosotros”. Insistimos de nuevo ante el intérprete para pedirle que tratara de obtener algún dinero del que nos debía el gran padre para sufragar nuestro viaje de regreso. Una vez más fue en vano. El hombre blanco no quería, realmente, hacer nada por nosotros.

Águila Blanca, Oso Erguido, Gran Alce (Big Elk) y los demás jefes poncas abandonados en Indian Territory por el

inspector Kemble, emprendieron el regreso a sus tierras. Trascurría la luna de los patos que se ocultan y la nieve cubría las llanuras de Kansas y de Nebraska. Como entre todos no reunían más que unos pocos dólares, tuvieron que caminar todo el trayecto, más de 800 kilómetros, sin más avíos que una manta, ni más calzado que el que llevaban puesto. De no haber sido por sus viejos amigos, los otoes y los omahas, en cuyas reservas pudieron detenerse en busca de comida y descanso, pocos de los jefes más viejos habrían sobrevivido al duro invierno.

Cuarenta días más tarde, a su llegada al Niobrara, se encontraron de nuevo con el inspector Kemble, que les había precedido:

He aquí, de nuevo, el relato de Águila Blanca:

—Andando —dijo él—. Disponeos para la marcha.

—No era ésa nuestra intención —dije—. He vuelto muy cansado. Nadie de nosotros desea emprender la ruta otra vez.

—No. El gran padre quiere que os pongáis en marcha de inmediato, pues debéis trasladaros a Indian Territory.

Sin embargo, los jefes estaban decididos a que el gobierno cumpliera sus obligaciones, de modo que Kemble no tuvo más remedio que acudir a Washington para informar al comisionado de asuntos indios. Éste, a su vez, elevó la cuestión al secretario del Interior, Schurz, quien directamente la puso en conocimiento del gran guerrero Sherman. El general recomendó el envío de tropas y, como siempre, Schurz mantuvo la misma opinión.

En abril, Kemble volvió al Niobrara y, asistido por numerosas tropas, coaccionó a 170 miembros de la tribu para que se unieran a él para ir a Indian Territory. No hubo jefe importante alguno que lo acompañara y fueron tan enérgicas las protestas de Oso Erguido que, arrestado, fue

llevado a Fort Randall. "Me ataron, hicieron de mí un vulgar prisionero y me llevaron al fuerte." Pocos días más tarde, el gobierno envió un nuevo agente, E. A. Howard, para que tratara de convencer a las tres cuartas partes restantes de la tribu de que se unieran a sus hermanos ya desplazados. Pensando en la utilidad de la medida, Oso Erguido fue liberado en aquella ocasión.

Águila Blanca, Oso Erguido y los demás jefes siguieron insistiendo en que el gobierno carecía de derechos sobre su destino. Howard replicó que no se trataba de una cuestión del gobierno en la que él tomara parte alguna. Su misión no era otra que acompañarlos a su nuevo hogar. Tras un consejo de cuatro horas de duración celebrado el 15 de junio, Howard preguntó: "¿Queréis ir por las buenas o a la fuerza?".

Los jefes permanecieron en silencio. Antes de que se deshiciera la reunión, un joven ponca acudió presuroso a avisarles de la llegada de numerosos soldados. Los indios supieron entonces que ya no habría lugar a más consejos, no les quedaría más remedio que abandonar sus tierras y trasladarse a Indian Territory. "Los soldados llegaron armados hasta los dientes y con las bayonetas caladas –diría Oso Erguido–. Nos apuntaron con sus armas y los niños prorrumpieron en seguida en llantos."

La marcha se inició el 21 de mayo de 1877. "Los soldados rodearon el poblado y nos obligaron a cruzar el Niobrara, como se haría con un rebaño de bestias; luego, fueron empujándonos hasta que alcanzamos las orillas del Platte". De esta manera tan lacónica resumía Oso Erguido aquellos hechos dramáticos.

El agente Howard llevó metódicamente un diario de los penosos 50 días que duró el viaje. La mañana que se pusieron en marcha, una tormenta repentina provocó una riada que arrastró corriente abajo a varios de los soldados y

caballos. En vez de observar distantes la escena, varios guerreros poncas se lanzaron tras ellos y lograron salvarles la vida. Al día siguiente murió un niño y la expedición tuvo que detenerse para celebrar el funeral en plena pradera. El 23 de mayo una tormenta eléctrica los sorprendió al descubierto, calándoles hasta los huesos. Durante los días que siguieron se vieron obligados a vadear numerosas corrientes, pues el aumento del caudal de los ríos se había llevado numerosos puentes. El tiempo se hizo más frío. El 26 llovió con intensidad y no hubo forma de hallar madera que prendiera.

Los efectos de la humedad empezaron a notarse entre los poncas el 27. La hija de Oso Erguido, Flor de la Pradera (Prairie Flower), enfermó gravemente de pulmonía. El avance era penosísimo y casi imposible, pues las continuas lluvias habían convertido la ruta en un cenagal.

Los días iban a dejar paso a la luna precursora del tiempo caliente, y la inestabilidad atmosférica provocaba lluvias constantes y tormentas eléctricas. El 6 de junio murió Flor de la Pradera, y Oso Erguido la enterró cristianamente en el cementerio de Milford (Nebraska). "Las damas de Milford prepararon y adornaron el cuerpo de una forma propia de la más exquisita civilización –anotó Howard, con orgullo, en su diario–. Oso Erguido dijo que sentía deseos de abandonar sus bárbaras costumbres indias y adoptar aquellas de los blancos que tanto le habían impresionado."

Aquella misma noche, un tornado desmanteló el campamento ponca, destrozó carromatos y elevó a los desgraciados por los aires. Fueron muchos los heridos, algunos de ellos de extrema gravedad. Al día siguiente murió otro niño.

El 14 de junio se alcanzó, por fin, la reserva otoe. Sus pobladores, apiadándose de los poncas, les regalaron diez

caballos para que aligeraran un poco los que iban tan cargados. Tres días esperaron a que descendieran las aguas; las enfermedades hacían mella de forma creciente y murió el primer adulto, un indio llamado Pequeño Álamo (Little Cottonwood). Howard dispuso que se preparara un ataúd, y el cadáver fue enterrado cristianamente cerca de Bluewater (Kansas).

El 24 de junio, Howard se dio cuenta de que era general el estado de enfermedad, razón por la cual no tuvo más remedio que recurrir a un médico de Manhattan (Kansas) para que atendiera a los poncas. A pesar de todo, dos mujeres murieron al día siguiente. De nuevo, el agente hizo que se les diera cristiana sepultura.

Estaban ya a la mitad de la luna de verano. Uno de los hijos de Jefe Búfalo tuvo que ser enterrado en Burlington (Kansas); más tarde, un ponca llamado Camino de Búfalo (Buffalo Track) se volvió loco e intentó quitar la vida al jefe Águila Blanca, al que culpaba de todas sus miserias. El agente Howard expulsó al demente de la caravana y le ordenó que siguiera camino al norte, en busca de la reserva de los omahas. Los poncas envidiaron, por cierto, aquel castigo.

Los calores estivales y la presencia de innumerables moscas siguieron acosándolos durante una semana más y, por fin, el 9 de julio, después de una violenta tormenta de agua, la expedición alcanzó la reserva quapaw. Éste iba a ser su nuevo asentamiento, ocupado ya en parte por algunos poncas que los habían precedido y que vivían miserablemente en desvencijadas tiendas.

“Opino que el traslado de los poncas desde la zona fría septentrional de Dakota a estos parajes de clima ardiente, en Indian Territory, resultará fatal para ellos, que, tan pronto hayan permanecido en estos lugares un tiempo, enfermarán,

sin duda, de malaria.” Así escribía Howard a sus superiores, después de haber terminado su viaje.

La ominosa predicción de Howard se hizo realidad. Como los modocs, los nez percés y los cheyenes del norte, los poncas murieron con tal rapidez que, para finales de su primer año de estancia en aquellas tierras, la cuarta parte de ellos había recibido sepultura.

En la primavera de 1878, los funcionarios de Washington decidieron concederles una nueva reserva en la orilla oeste del Arkansas, pero se olvidaron de asignar los fondos necesarios para el traslado y la organización del nuevo emplazamiento. Los poncas tuvieron que caminar más de 250 kilómetros y durante semanas carecieron de agente alguno que les proveyera de alimentos o medicinas. “La tierra era buena –diría Águila Blanca tiempo después–, pero en verano volvieron a asaltarnos las enfermedades. Éramos como la hierba pisoteada; nosotros y nuestro ganado. Llegaron luego los tiempos fríos, ino sé cuántos llegaron a morir!” Una de las víctimas fue el hijo mayor de Oso Erguido. “No me quedaba más que un solo hijo, y aun éste enfermó también. En su lecho de muerte me hizo prometer una cosa. Me pidió que llevara su cadáver a nuestro antiguo lugar de enterramiento, junto a la corriente de Curso Rápido, el Niobrara. Así se lo prometí. Cuando llegó el momento y con la ayuda de algunos, pusimos el cadáver en una caja, ésta en un carromato y emprendimos la marcha hacia el norte.”

Fueron 66 indios, todos pertenecientes al clan de Oso Erguido, los que emprendieron la marcha a mediados de la luna del deshielo, enero de 1878. (Irónicamente, muy lejos al norte, los cheyenes de Cuchillo Embotado hacían su último esfuerzo desesperado por lograr la libertad en Fort Robinson.) Para Oso Erguido era aquél su segundo viaje invernal al territorio de origen. Condujo a su gente por rutas

muy alejadas de las posiciones militares y, así, les fue posible llegar a la reserva omaha antes de que los soldados dieran con ellos.

Entretanto, Grandes Ojos Schurz había hecho varios intentos a través de diversos agentes para conseguir que Oso Erguido y sus poncas regresaran a Indian Territory. Por último, ya en marzo, solicitó del Departamento de Guerra que se telegrafiara al cuartel general de Tres Estrellas Crook, con órdenes de que se procediera al arresto inmediato de los fugitivos y a su devolución a Indian Territory. Crook envió una compañía de soldados a la reserva omaha, donde arrestaron a Oso Erguido y al resto de los poncas, para llevarlos a continuación a Fort Omaha, en espera de que se preparara la expedición que debía devolverlos al lugar abandonado.

Durante más de una década, Tres Estrellas Crook había estado combatiendo a los indios; se reunía con ellos ocasionalmente en consejos y hacía promesas, que sabía con seguridad que no podría cumplir. Por fin, aunque a desgana al principio, admitió su admiración por ellos; desde la rendición de 1877 había empezado a sentir cierto respeto por sus viejos enemigos, cuyo valor no podía sino apreciar. El trato que recibían los cheyenes en Fort Robinson había llegado incluso a ofenderlo. "Acto de fuerza totalmente innecesario el de obligar a esta facción particular a que regrese a su reserva original", declaró sin ambages en su informe oficial.

Cuando Crook fue a visitar a los poncas encerrados en los calabozos de Fort Omaha, la penosa condición en que estaban le causó una profunda impresión. Los simples argumentos aducidos por Oso Erguido, en explicación del porqué de su regreso al norte, su estoica aceptación de unas condiciones sobre las que definitivamente había perdido el

control, ganaron al militar por completo. “Creí que Dios quería que siguiéramos con vida –dijo Oso Erguido a Crook–, pero me he equivocado. Dios desea conceder el país a los hombres blancos y es necesario para ello nuestra extinción. Es posible que sea mejor así, quizá sea así.”

Crook se sintió tan conmovido por cuanto vio y oyó que prometió al viejo jefe que haría todo lo que estuviera a su alcance para lograr que se revirtiera aquella orden, que cruelmente enviaba de nuevo a los poncas a Indian Territory. Empezó entonces a actuar en este sentido. Acudió a un editor de periódicos, Thomas Henry Tibbles, y reclutó para su campaña el poder de la prensa.

En tanto Crook retrasaba la orden para el traslado de los poncas, Tibbles procedía a comunicar su historia a toda la ciudad, primero, al estado seguidamente y, por medio del telégrafo, a todo el país. Las congregaciones religiosas de Omaha enviaron un ruego al secretario Schurz, que éste no se dignó siquiera contestar. Un joven abogado, John L. Webster, ofreció sus servicios voluntaria y gratuitamente, y pronto fue secundado por el asesor principal de la compañía del ferrocarril Union Pacific, Andrew Poppleton.

Los abogados debían darse prisa en preparar el caso de los poncas; el general Crook podía recibir órdenes directas de Washington en cualquier momento, y entonces ya no habría nada que hacer. Todos sus esfuerzos se dirigían por entonces a lograr la cooperación del juez Elmer S. Dundy, valiente hombre de la frontera que presumía de tener cuatro intereses en la vida: la buena literatura, los caballos, la caza y la administración de justicia. El caso fue que, por aquel entonces, Dundy estaba ausente, en una cacería de osos. Los ansiosos defensores de los poncas tuvieron que pasar horas verdaderamente angustiosas, hasta que sus emisarios lograron dar alcance al juez y llevarlo de regreso a Omaha.

Con el acuerdo tácito de Crook, el juez Dundy emitió un decreto de *habeas corpus* contra el general, en virtud del cual se requería a éste para que compareciera ante el tribunal y tratara de justificar su derecho a mantener prisioneros a los poncas. Crook obedeció y presentó las órdenes escritas que había recibido de Washington; el fiscal del distrito arguyó a su vez que los poncas no tenían derecho alguno a acogerse a aquella práctica judicial, habida cuenta de que "no eran personas en el sentido contemplado por la ley".

Así dio comienzo, el 18 de abril de 1879, el famoso caso, ahora casi olvidado, *Oso Erguido contra Crook*, en el que se debatían nada menos que los derechos humanos. Los abogados de los poncas, Webster y Poppleton, arguyeron que un ponca era tan "persona" como cualquier hombre blanco y que, por consiguiente, tenía los mismos derechos de libertad que garantizaba la Constitución. Cuando el fiscal de los Estados Unidos declaró que Oso Erguido y su pueblo estaban sometidos a las reglas y a los preceptos establecidos por el gobierno de los Estados Unidos, con referencia a las tribus indias, Webster y Poppleton replicaron que Oso Erguido o cualquier otro indio tenían derecho a separarse de sus tribus respectivas y acogerse a la protección de las leyes de la nación, como todo ciudadano.

El momento crítico se produjo cuando se concedió la palabra a Oso Erguido para defenderse a sí mismo y a los suyos. He aquí su parlamento:

"Estoy con los soldados y los oficiales y quiero ir a mi viejo lugar del norte. Deseo salvar a mi tribu, como a mí mismo. Hermanos, me parece igual que si me encontrara frente a un gran fuego en la pradera. Tomaría a mis hijos y correría en busca de la salvación o, si estuviese junto a la orilla de un río embravecido, reuniría a mi gente y buscaría

apresuradamente las cotas más elevadas. ¡Oh, hermanos míos!, el Todopoderoso que me ve sabe quién soy y oye mis palabras. Ojalá envíe su buen espíritu sobre vosotros para moveros a compasión. Si un hombre blanco poseyera tierra, y alguien tratara de arrebatársela con engaños, aquél intentaría defenderse y recuperarla si la hubiera perdido ya, y vosotros no lo culparíais por ello. ¡Miradme! ¡Tened piedad de mí y ayudadme a salvar la vida de las mujeres y de los niños! Hermanos míos, una fuerza irresistible me aplasta cada vez más contra el suelo. Necesito ayuda. Yo ya no puedo más.”

El juez Dundy declaró que un indio era “una persona” en el sentido pleno de lo contemplado por el decreto de *habeas corpus*, que el derecho a la expatriación era tan natural, inherente e inalienable al indio como al blanco, y que en tiempos de paz no había autoridad civil o militar que pudiera ordenar el traslado de los indios de una parte del país a otra sin previo consentimiento de ellos mismos, ni su reclusión en reserva alguna en contra de su voluntad.

“Jamás he sido llamado a juzgar un caso que tanto apelara a mi simpatía como el presente –añadió–. Los poncas se cuentan entre los indios más apacibles y amistosos que pueda haber. [...] Si fuera posible llevarlos por la fuerza a Indian Territory y mantenerlos por el mismo medio en aquel lugar, no veo razón alguna para que no se los lleve, de igual modo, a la penitenciaría de Lincoln, de Leavenworth o de Jefferson City, o a cualquier otro lugar que al comandante militar pudiera antojársele. No puedo creer, en fin, que este tipo de autoridad arbitraria pueda existir en este país.”

Cuando el juez Dundy dio fin al proceso tras ordenar la inmediata liberación de Oso Erguido y de su banda de poncas, los asistentes se levantaron pletóricos y, según contaría luego un periodista, jamás se había oído una

exclamación colectiva de alegría como la que allí se produjo. El general Crook fue el primero en estrechar la mano del jefe Oso Erguido.

En principio, el fiscal pensó apelar, pero después de estudiar meticulosamente las conclusiones publicadas por el juez –un brillante ensayo sobre los derechos humanos–, decidió no recurrir ante el Tribunal Supremo. El gobierno de los Estados Unidos asignó a Oso Erguido y a los suyos unos cuantos centenares de hectáreas no reclamadas aún, cerca de la desembocadura del Niobrara, y poco después los indios emprendieron su regreso al antiguo hogar.

Tan pronto como los 530 poncas que se encontraban aún en Indian Territory supieron la noticia de la sorprendente victoria lograda por Oso Erguido, la mayoría de ellos empezaron a hacer preparativos para la vuelta con los suyos. Sin embargo, la oficina de asuntos indios no veía estas maniobras con buenos ojos. Por medio de los agentes distribuidos en las reservas, se comunicó a los jefes que sólo el gran consejo de Washington podía decidir cuándo debían desplazarse las tribus, y esto en el caso de que este desplazamiento fuera aprobado. Burócratas y políticos (Indian Ring) reconocieron que la decisión del juez Dundy constituía una grave amenaza para el sistema de reservas, que además pondría en peligro al pequeño ejército de comerciantes que estaba obteniendo oro y surtiendo de comida barata, harapientas mantas y whisky adulterado a los millares de indios atrapados en las reservas. Si a los poncas se les permitía abandonar su nuevo emplazamiento en Indian Territory y desplazarse como ciudadanos americanos libres, se constituiría un precedente que bien podría llevar al caos todo el complejo militarista-político de las reservas.

En su informe anual, Grandes Ojos Schurz admitió que los poncas de Indian Territory “tenían graves motivos de queja”,

pero se oponía a que se les permitiera el regreso a sus lugares de procedencia, porque tal medida haría que muchos otros indios se “sintieran inquietos por el deseo de seguir su ejemplo y por las perspectivas que se les ofrecían de lograrlo”, hecho que causaría la total descomposición del sistema de reservas.

Al mismo tiempo, William H. Whiteman, que encabezaba la lucrativa agencia ponca, intentó desacreditar a la banda de Oso Erguido, describiéndola como “ciertos renegados de la tribu” y escribiendo, en elogiosos términos, acerca de sus considerables gastos en materiales y herramientas con el fin de desarrollar la reserva establecida en Indian Territory. Naturalmente, Whiteman no hacía mención alguna del descontento que reinaba entre los poncas ni de sus constantes peticiones para regresar a su lugar de origen ni, por último, de su enemistad con Gran Serpiente (Big Snake), que así se llamaba el hermano de Oso Erguido.

Era aquél un gigante de manos tan grandes como mazas, y hombros anchos como los de un búfalo. Como muchos grandes hombres, Gran Serpiente era muy quieto y de maneras apacibles (los poncas lo llamaban El Apaciguador), pero cuando vio que Águila Blanca y los demás jefes de la tribu eran intimidados por el agente Whiteman, decidió tomar la iniciativa. Después de todo, era hermano de Oso Erguido, el ponca que había logrado la libertad para su pueblo.

Decidido a probar aquella nueva ley, Gran Serpiente solicitó permiso para abandonar la reserva y dirigirse hacia el norte en busca de su hermano. Como esperaba, el agente Whiteman se negó a tales pretensiones. El paso siguiente del indio fue desplazarse sólo unos cientos de kilómetros, a la reserva cheyene, sin abandonar Indian Territory. Con él fueron también unos 30 poncas, convencidos de que no hacían otra cosa que comprobar, sin más, la vigencia de

aquella ley que había declarado persona al indio y que prohibía que éste fuera confinado en lugar alguno en contra de su voluntad.

La reacción de Whiteman fue la que cabía esperar de todo burócrata atrincherado en su posición, que ve su autoridad amenazada. El 21 de mayo de 1879 telegrafió al comisionado de asuntos indios, para denunciar la huida de Gran Serpiente y su banda a la reserva cheyene, al tiempo que solicitaba que se pusiera a aquél bajo arresto inmediato y que se lo trasladara a Fort Reno "hasta que la tribu se haya recuperado de los desmoralizadores efectos de la decisión recién tomada en uno de los tribunales del país, en Nebraska concretamente, con referencia al caso de Oso Erguido".

Grandes Ojos Schurz acordó, en efecto, que se procediera al arresto de Gran Serpiente, pero, temeroso de una nueva confrontación con los tribunales, pidió al gran guerrero Sherman que el indio y sus "renegados" fueran transportados de nuevo a la reserva ponca de Indian Territory, con tanta rapidez y discreción como fuera posible.

Con sus maneras habituales, bruscas y resolutivas, Sherman telegrafió al general Sheridan el 22 de mayo: "El honorable secretario del Interior solicita que los poncas arrestados y recluidos en Fort Reno, Indian Territory [...], sean trasladados a la reserva ponca. Ordene que así se haga". Seguidamente, como si previera las objeciones de Sheridan, en razón del fallo emitido por el juez Dundy, añadió: "La liberación por decreto de *habeas corpus*, aplicada a los poncas en Nebraska, no tiene más validez que la que hace referencia a este caso particular". Al gran guerrero Sherman le resultaba más fácil deshacer leyes que a los tribunales del país interpretarlas.

Así fue como Gran Serpiente perdió, con ocasión de la primera prueba a que sometió la victoria alcanzada por su

hermano; no volvería a tener otra oportunidad de repetir el intento. Tras haber sido llevado de nuevo a la agencia ponca, durante la luna del maíz sedoso, Gran Serpiente se había convertido en hombre marcado. El agente Whiteman informó a Washington de que "aquel hombre poseía un tremendo efecto desmoralizador sobre los otros indios". En otro párrafo, Whiteman declaraba que Gran Serpiente había amenazado en repetidas ocasiones con darle muerte; en otro, se quejaba de que, desde su regreso, el ponca jamás había vuelto a dirigirle la palabra. El agente se sentía tan furioso ante aquella situación que rogaba al comisionado de asuntos indios que "se arrestara de nuevo a Gran Serpiente y que se lo trasladara a Fort Reno, donde debería ser recluido por el resto de sus días".

Por fin, el 25 de octubre, Whiteman obtuvo la autorización del general Sherman para arrestar al indio y encerrarlo en los calabozos de la reserva. Con esta intención solicitó la ayuda de un destacamento de soldados y, cinco días más tarde, hizo su llegada a la agencia el teniente Stanton A. Mason, al mando de 13 hombres. Whiteman dijo a Mason que, al día siguiente, comunicaría a los poncas que aquellos que tuvieran derecho a algún dinero por algún trabajo especial debían acudir a sus oficinas donde les sería abonado. Gran Serpiente sería uno de ellos y, entonces, habría de ser arrestado al momento.

El 31 de octubre llegó Gran Serpiente a la oficina de Whiteman, cerca del mediodía, y se le indicó que tomara asiento en una silla. El teniente Mason y ocho hombres más lo rodearon de inmediato, al tiempo que le comunicaban la orden de arresto. Gran Serpiente quiso saber por qué se tomaba aquella medida. Whiteman apareció en ese momento y dijo que una de las incriminaciones que justificaban el hecho era que había amenazado repetidamente con quitarle

la vida. Con calma, Gran Serpiente negó que fuera cierto. Según contaría el comerciante J. S. Sherburne, Gran Serpiente se levantó y dejó que su manta cayera al suelo para demostrar que no iba armado.

Oso Peludo (Hairy Bear) declaró:

“El oficial dijo a Gran Serpiente que le siguiera, pues debían partir inmediatamente. Gran Serpiente se negó a levantarse del asiento y replicó que antes debía decirsele de qué se lo acusaba. Añadió que no había matado a nadie, que no había robado caballo alguno y que, por fin, no tenía conocimiento de haber causado daño a ninguna persona, blanca o india. El militar habló entonces con el agente Whiteman y, luego, encarándose con el indio, lo acusó de haber intentado dar muerte a dos hombres y de ser “bastante malvado”. Gran Serpiente dijo que todo aquello era mentira y que, antes que partir, moriría. Yo me acerqué entonces a Gran Serpiente y le dije que el oficial, con seguridad, no iba a arrestarlo por nada y que, quizá, mejor sería acompañarlo, ya que probablemente regresaría pronto, en cuanto se aclararan las cosas. Traté de persuadirlo de mil modos, le recordé que tenía mujer e hijos y que no debía hacer nada que pusiera su vida en peligro. Gran Serpiente se levantó entonces y me dijo que había decidido no ir a sitio alguno y que, si lo querían matar, podían hacerlo allí mismo. Gran Serpiente no perdía el temple ni la calma. El oficial insistió en que si no lo acompañaba, podría ocurrir algo desagradable. Añadió que había ido allí con la orden expresa de arrestarlo y que sobraban las palabras. El militar fue en busca de las esposas y regresó con un soldado, que debía ayudarlo a ponérselas a Gran Serpiente. Éste dio un tremendo empujón y se quitó de encima a los dos hombres. Un soldado que llevaba galones en sus mangas intentó también ponerle las esposas, pero Gran Serpiente lo rechazó.

Varias veces intentaron reducirlo; Gran Serpiente permanecía sentado y, entonces, seis soldados lograron sujetarlo por detrás y por delante, pero él se irguió de pronto y dio con todos en tierra. En aquel momento, uno de los soldados que se encontraban en frente de él descargó su arma con fuerza sobre su cabeza; otro le dio con la culata detrás de la oreja y Gran Serpiente cayó pesadamente contra la pared. Al levantarse, vi que la sangre corría por su rostro. Vi también cómo aquel fusil le apuntaba y no quise ver cómo lo mataban, de modo que abandoné la estancia a toda prisa. Sonó entonces un disparo y Gran Serpiente cayó muerto.”

El Departamento del Interior hizo pública una declaración que decía que el hermano de Oso Erguido, “Gran Serpiente, un mal hombre” había “muerto accidentalmente”. Sin embargo, la prensa estadounidense, que se mostraba más sensible al tratamiento de que eran objeto los indios desde el día en que se falló el caso de Oso Erguido, pidió que se abriera una investigación en el Congreso. Esta vez, el complejo militarista-político de las reservas operaba en el clima familiar de Washington y aquella investigación no arrojó resultado alguno.

Los poncas de Indian Territory habían aprendido una amarga lección. La ley del hombre blanco no era más que una ilusión, que no tenía nada que ver con ellos. Así como los cheyenes, la tribu ponca, cada vez más pequeña, se vio dividida en dos facciones: la banda libre de Oso Erguido, en el norte, y los demás, prisioneros, en Indian Territory.

XVI. "¡LOS UTES DEBEN IRSE!"

El ejército derrotó a los sioux. Podéis darles las órdenes que os plazca. Pero nosotros, los utes, jamás os hemos molestado. De modo que debéis aguardar a que nosotros adquiramos poco a poco vuestras costumbres.

OURAY, jefe de los utes

Le dije al oficial que aquél era un mal asunto, era muy malo que el comisario hubiera dado esa orden. Insistí en que era muy malo; también en que no debíamos luchar, porque todos éramos hermanos. Pero el oficial dijo que aquello no quería decir nada, pues los estadounidenses pelearían incluso con quienes fueran nacidos de su misma madre.

NICAAGAT (JACK), de los utes del río White

os utes eran indios de las Montañas Rocosas. Durante generaciones habían visto la invasión de los blancos en el

L territorio de Colorado, vigilantes en lo alto de las colinas, como si aquéllos no fueran sino una bandada de voraces langostas. Habían visto también cómo el blanco expulsaba a sus viejos enemigos, los cheyenes, de las llanuras de Colorado. Algunos guerreros utes se habían unido al Laceador Kit Carson en su lucha contra los navajos. Por aquel entonces los utes consideraban amigos a los hombres blancos y, así, les gustaba visitar Denver ocasionalmente, donde cambiaban pieles de búfalos por coloridas telas en los almacenes y tiendas de la ciudad. Pero cada año que transcurría, aquellos hombres procedentes del este se tornaban más extraños y, en número cada vez mayor, llegaban a sus montañas para excavar en busca de los metales amarillo y blanco.

En 1863, el gobernador del territorio de Colorado, John Evans, y otros funcionarios del gobierno llegaron a Conejos, en las San Juan Mountains, para entrevistarse con Ouray, llamado La Flecha (The Arrow), y nueve jefes utes más. En aquella ocasión se firmó un tratado por el cual se cedía a los hombres blancos toda la tierra de Colorado que quedaba al este de las cumbres montañosas –la división continental– para dejar a los utes la que quedaba al oeste. A cambio de bienes y provisiones por valor de 10.000 dólares al año, que debían serles entregados durante diez años, los utes acordaron renunciar a todos sus derechos sobre los minerales que pudiera haber en sus tierras; al mismo tiempo se comprometían a no molestar a ningún ciudadano estadounidense que acudiera a excavar en aquellas montañas.

Cinco años más tarde, los hombres blancos de Colorado decidieron que habían permitido a los indios conservar demasiada tierra. Luego convencieron a la oficina india de que los utes constituían una molestia constante, pues

acudían una y otra vez a los campamentos mineros, poblaciones y asentamientos, de los cuales, además, partían siempre con ganado robado. Los utes debían ser confinados en una reserva con límites claramente definidos, decían, aunque lo que en realidad deseaban era, claramente, más tierra ute. A principios de 1868, la oficina india invitó a Ouray, Jack y ocho jefes más a Washington. Éstos fueron acompañados por Kit Carson en calidad de amigo y consejero. Una vez en la capital fueron alojados en un espléndido hotel, agasajados por todo lo alto y provistos de tabaco, pasteles y medallas.

Cuando llegó el momento de firmar nuevos tratados, los funcionarios insistieron en que los indios debían nombrar a uno de ellos como portavoz y representante de los demás. Las siete bandas restantes decidieron por unanimidad que Ouray debía ser el hombre. Era éste un ute, medio apache, medio uncompahgre, apuesto, de cara redonda y ojos agudos, que hablaba inglés y español con la misma fluidez que las dos lenguas indias que conocía. Cuando sus interlocutores, ávidos de tierras, trataron de ponerlo a la defensiva, Ouray fue lo bastante astuto para dar a conocer su caso a la prensa. "El acuerdo que hace un indio con los Estados Unidos es como el que hace el búfalo con los cazadores que lo han atravesado con innumerables flechas. Todo cuanto le cabe hacer es tumbarse y rendirse."

Los agentes del gobierno no pudieron engañar a Ouray con sus mapas multicolores y su untuosa fraseología acerca de límites y demarcaciones. En lugar de aceptar un pequeño rincón del Colorado occidental, Ouray se aferró a 8.000.000 de hectáreas de bosques y prados, mucho menos de lo que su gente había recibido con anterioridad, pero mucho más de lo que los funcionarios estaban dispuestos a conceder. Se establecerían dos reservas, una en Los Pinos, para los

uncompahgres y demás bandas del sur, y otra en White River para las tribus septentrionales. Ouray exigió también la inclusión de determinadas cláusulas protectoras en el nuevo acuerdo, en el sentido de que se prohibía expresamente la entrada de mineros y colonos blancos en la reserva ute. De acuerdo con el tratado, a ningún blanco se le permitiría jamás “cruzar, establecerse o residir” en el territorio asignado a los utes, a menos que contara con la autorización de éstos.

A pesar de esta restricción, los mineros siguieron traspasando los límites establecidos. Entre ellos se encontraba Frederick W. Pitkin, yanqui de Nueva Inglaterra, que se aventuró en el interior de las San Juan Mountains e hizo fortuna rápidamente extrayendo plata. En 1872, Pitkin se convirtió en un paladín de los propietarios de ricos intereses mineros que querían añadir la zona de San Juan –la cuarta parte de la reserva ute– al territorio de Colorado. Para satisfacer deseos de los mineros, la oficina india envió una misión especial, encabezada por Felix R. Brunot, para que negociara con los utes la cesión de sus tierras.

En la reserva Los Pinos, en septiembre de 1873, la comisión de Brunot se reunió con Ouray y otros representantes de las siete naciones utes. Brunot les dijo que el gran padre le había pedido que fuera a verlos para exponerles la conveniencia de que cedieran una parte de sus tierras. Al mismo tiempo les aseguró que aquellas tierras no eran para él y que, por lo tanto, no le movían intereses personales; de allí que él no estuviera ante ellos para decirles qué debían hacer sino para escuchar sus opiniones al respecto. “A veces es mucho mejor no hacer precisamente lo que nos place en el momento –les aconsejó Brunot–, si, en cambio, pensamos en el futuro de nuestros hijos.”

Los jefes querían saber de qué manera saldrían

beneficiados sus descendientes si ellos cedían sus tierras. Brunot les explicó que el gobierno estaba dispuesto a asignar una gran cantidad de dinero para los utes y que todos los años percibirían los intereses que aquel capital reportara.

—No me gusta esa parte que hace referencia a los intereses —declaró Ouray—. Me gustaría más que este dinero permaneciera en un banco.

Seguidamente elevó sus quejas porque el gobierno no había respetado los compromisos suscritos en el tratado, ya que no había tomado medida alguna para castigar a los mineros que habían traspasado los límites establecidos.

Brunot repuso con franqueza que, si el gobierno intentaba siquiera oponerse a aquella corriente invasora, la consecuencia inmediata sería la guerra y, como resultado de ella, los utes perderían sus tierras sin compensación alguna.

—Lo mejor que puede hacerse en esta situación, si podéis prescindir de estas montañas, es venderlas y, así, todos los años dispondréis de los intereses que reporte el capital adquirido por la operación.

—Los mineros hacen caso omiso de las regulaciones del gobierno y no obedecen las leyes establecidas. Ellos mismos dicen que les importa un comino cuanto digan los funcionarios. Esta región se encuentra muy alejada de la sede del gobierno y ellos arguyen que el hombre que venga aquí a concertar un tratado volverá a irse después, y las cosas quedarán como siempre han sido.

—Imagínate que vendes las montañas —insistía Brunot— y que no se encuentra oro en ellas; esta operación representaría un claro beneficio para ti. Los utes obtendrían un buen precio por ellas y los estadounidenses no se ocuparían en poblarlas. Supón, en cambio, que existan minas aquí; el problema sería entonces insoluble porque, al fin y al cabo, nos sería imposible alejar de aquí a los mineros.

—¿Por qué no puedes detenerlos? ¿Acaso el gobierno no tiene fuerza suficiente para mantener los compromisos contraídos con nosotros?

—Bien me gustaría poder hacerlo, pero Ouray sabe lo difícil que es.

Finalmente, Ouray declaró que estaba dispuesto a vender las montañas, pero no los magníficos pastos y terrenos de caza que estaban a sus pies.

—Los blancos podrían seguir con sus trabajos mineros, tomar el oro y marchar de nuevo. Lo único que no nos gustaría es que edificaran casas aquí.

Brunot replicó que no creía que aquella fuera una solución viable. No existía fuerza alguna capaz de imponer a los mineros la obligación de alejarse de las tierras una vez que hubieran extraído su oro. Muchos desearían permanecer en el lugar. Por último, concluyó:

—Le pediré al gran padre que aleje a los mineros, pero otras mil voces se elevarán para aconsejarle que no me haga caso. Quizás atienda mis razones, quizá no.

Tras siete días de discusiones, los jefes acordaron aceptar la oferta del gobierno, cifrada en 25.000 dólares al año por los 2.000.000 de hectáreas de tierra ute. Además, a modo de gratificación, Ouray recibiría un salario de 1.000 dólares anuales durante diez años, “en tanto siguiera siendo el jefe principal de los utes y se mantuviera en paz con los Estados Unidos”. De esta manera, Ouray se convirtió en una pieza más del aparato político estadounidense, motivado por la necesidad de mantener aquella situación de concordia.

Viviendo en aquel paraíso de magníficos prados y bosques, llenos de caza silvestre, de bayas y frutos de todo tipo, los utes eran por completo autosuficientes y podrían haber subsistido años y años sin necesidad de las provisiones

interesadamente destinadas para ellos por el gobierno de los Estados Unidos y repartidas por los agentes de Los Pinos y White River. En 1875, el agente F. F. Bond, de Los Pinos, respondió a la solicitud hecha por el gobierno de que procediera a realizar un censo de los utes: "Todo recuento es imposible. Igual de difícil sería tratar de contar un enjambre de abejas en vuelo. Los utes recorren todo el territorio como el ciervo al que persiguen". El agente E. H. Danforth, de White River, estimó que aproximadamente 900 utes utilizaban su agencia, al tiempo que admitía su fracaso en el intento de incitarlos a que se establecieran en el valle que la rodeaba. En ambas localidades, los indios contemporizaban con los deseos de los agentes criando minúsculas puntas de ganado y plantando alguna que otra hilera de maíz, patatas o nabos. En realidad, no tenían necesidad alguna de ello.

El principio del fin de su libertad llegó con el nuevo agente enviado a White River en la primavera de 1878. Su nombre era Nathan C. Meeker, anteriormente poeta, novelista, corresponsal de prensa y organizador de cooperativas agrícolas. La mayoría de sus pasadas aventuras habían fracasado y, aunque era cierto que había buscado aquel cargo en la agencia por el dinero que le reportaba, Meeker estaba poseído por un fervor misionero que le hacía creer sinceramente que, como miembro de una raza superior, debía "elevar e ilustrar" a los utes. Como él mismo dijo, estaba decidido a liberarlos del salvajismo y a llevarlos por fin al estado científico, religioso, ilustrado, después de pasar sucesivamente por el pastoral y el bárbaro. Meeker confiaba en lograr su empeño en "cinco, diez o veinte años".

De modo altivo y resuelto, el agente se dispuso a destruir todo cuanto estimaban los utes, para conformarlos a su propia imagen que, como creía, respondía al patrón divino. Su primera acción, del todo impopular, consistió en trasladar

el asentamiento 25 kilómetros río abajo, donde había magníficos pastos adecuados para la labranza. Meeker planeaba establecer aquí una colonia agrícola en régimen de cooperativa, pero despreció el hecho de que los utes habían usado siempre el lugar para que pastaran sus caballos y como terreno de caza. El emplazamiento previsto para las dependencias de la reserva cortaba por la mitad una pista de carreras de caballos donde los utes disfrutaban haciendo apuestas.

Meeker consideró que Quinkent (Douglas) era el más amigable entre los jefes de White River. Era aquél un ute yampa de unos sesenta años de edad, de pelo aún negro y hebras canas en sus luengos mostachos. Poseía más de 100 caballos, que de acuerdo con el patrón ute ya constituían una pequeña fortuna, pero había perdido todo ascendiente sobre los jóvenes, seguidores más bien de Jack.

Como Ouray, Jack tenía sangre apache. De pequeño había aprendido algo de inglés mientras vivía con una familia de mormones, y había servido algún tiempo como guía a las órdenes del general Crook, durante las guerras sioux. En su primer encuentro con Meeker, Jack vestía su uniforme de explorador: polainas de piel de oveja, botas del ejército y sombrero de ala ancha. En su pecho lucía siempre la medalla de plata recibida del gran padre con ocasión de la visita que hiciera a Washington con Ouray en 1878.

Jack y su banda estaban de caza cuando Meeker trasladó la reserva. A su regreso al emplazamiento original, ya no quedaba edificio alguno. A los pocos días de haber acampado, el agente acudió para ordenarles que se trasladaran.

“Le dije que el emplazamiento de la antigua reserva había sido determinado mediante tratado –contaría Jack después– y que no conocía ley o acuerdo nuevos que hicieran mención

al cambio efectuado. El agente replicó que nos convendría más obedecer sus órdenes, pues de lo contrario seríamos obligados, ya que para ello contaba con soldados.” Meeker trató de apaciguar a Jack prometiéndole vacas lecheras para su banda, a lo que el indio replicó que los utes no tenían necesidad alguna ni de vacas ni de leche.

Colorow era el tercer jefe de importancia, un ute muache de unos sesenta años. Durante unos pocos años, después del tratado de 1868, Colorow y su banda habían vivido en una pequeña reserva temporal lindante con Denver. En ocasiones, cuando se les ocurría, acudían a la ciudad, visitaban sus teatros, cenaban en sus restaurantes y divertían a los habitantes con sus pintorescas actividades. La reserva fue clausurada en 1875 y Colorow ascendió con sus muaches el curso del río White, para unirse a las gentes de Jack. De este modo perdían el encanto de la ciudad, pero ganaban el placer de la caza en aquel territorio exuberante. Los muaches no se sentían en absoluto interesados por aquel proyecto de Meeker, que consistía en constituir una sociedad agraria, de modo que sólo acudían a la reserva cuando deseaban algunos sacos de harina o algo de café y azúcar.

Canalla (Johnson) era el hechicero principal, cuñado de Ouray y encargado de la pista de carreras en la que Meeker quería construir las dependencias de la nueva reserva. Llevaba siempre un curioso sombrero que había obtenido en Denver. Por alguna razón, el agente había considerado que Johnson era el hombre indicado para secundar sus planes de sacar a los utes de su estado salvaje.

Para asistirlo en su cruzada, Meeker llevó a su mujer, Arvilla, y a su hija Josie al asentamiento. Contrató luego a siete operarios blancos, entre los que se contaban un topógrafo que debía construir un canal de riego, un leñador, un constructor de puentes, un carpintero y un albañil. Estos

hombres tenían la misión, además, de enseñar su oficio a los utes mientras se procedía a la creación de aquel paraíso soñado.

Otra de las fantasías de Meeker consistía en hacer que los indios lo llamaran Padre Meeker (Father Meeker) –en su estado salvaje, él los consideraba poco menos que niños–, pero la mayoría se contentaba, muy a disgusto, con llamarlo Nick.

Hacia la primavera de 1879, Meeker ya contaba con varios edificios en construcción y con unas 20 hectáreas de tierra arada. La mayor parte de este trabajo estaba a cargo de sus empleados blancos, que recibían una paga por él. Meeker no podía comprender la razón por la cual los utes también esperaban un salario, cuando, al fin y al cabo, se estaba construyendo su propia comunidad agrícola; sin embargo, para que la obra no se interrumpiera, convino en asignar un sueldo a 30 utes. Sus 30 nuevos empleados demostraron laboriosidad en tanto duraron los fondos. Cuando éstos se acabaron, volvieron a sus actividades de caza y a las carreras de caballos. “Sus necesidades son tan pocas que no desean adoptar las costumbres de la civilización –escribía Meeker, quejumbroso, al comisionado de asuntos indios–. Lo que llamamos comodidades y conveniencias modernas no son suficientemente valoradas por ellos para que se decidan a obtenerlas mediante su propio esfuerzo [...]. La mayoría muestra indiferencia y desprecio por los hábitos del blanco.” A continuación proponía una política que, con seguridad, lograría corregir la bárbara condición de sus indios: en primer lugar, debían serles intervenidos sus caballos, para que no pudieran vagar e ir de cacería. Estos animales serían reemplazados por algunas bestias de tiro, aptas para las faenas agrícolas; además, una vez concentrados cerca de la reserva por falta de medios para desplazarse, él cuidaría de

retener las raciones de todos aquellos que no mostraran deseos de trabajar. “Llevaré a todo indio hasta el punto extremo de que se vea enfrentado a la muerte por hambre – escribió al senador por Colorado, Henry M. Teller– a menos que se decida a trabajar.”

La inveterada manía de Meeker de anotar todas las ideas que se le iban ocurriendo para luego enviarlas a que las publicaran terminó por ganarle la enemistad de los utes. Durante la primavera de 1870 escribió un diálogo imaginario en el que hacía intervenir a unas mujeres indias, en un intento por demostrar las razones por las cuales los utes no comprendían las satisfacciones que podía producir el trabajo y el valor de los bienes materiales que éste reportaba. Durante aquel diálogo, Meeker declaraba que las tierras de la reserva pertenecían al gobierno, que las había cedido temporalmente en usufructo a los indios a su cargo. “Si no hacéis buen uso de ellas y trabajáis –advertía en otro pasaje–, hombres blancos de allende las montañas acudirán poco a poco, y pronto os encontraréis sin nada.”

Este pequeño ensayo fue publicado primero en el *Greeley Tribune* (Colorado), donde fue leído por William B. Vickers, editor político de Denver, que despreciaba a todos los indios y, en particular, a los utes. Por aquel tiempo, Vickers era secretario de Frederick Pitkin, el adinerado minero que, en 1873, había encabezado el movimiento que abogaba por la separación de las San Juan Mountains del patrimonio ancestral de los utes. Pitkin había puesto en juego sus recursos para conseguir el cargo de gobernador de Colorado cuando este territorio se convirtió en estado de la Unión, en 1876. Finalizadas las guerras sioux, en 1877, Pitkin y Vickers iniciaron una campaña de propaganda para lograr que los utes fueran exiliados a Indian Territory y dejar, de este modo, una incalculable riqueza en tierras de labor, pastos y

minería. Vickers echó mano del ensayo periodístico de Nathan Meeker como argumento convincente para justificar la expulsión de los utes de Colorado, y escribió a su vez un artículo, que fue publicado en el *Denver Tribune*:

Los utes son real y prácticamente comunistas y el gobierno debería sentirse avergonzado de alojar y animar a este tipo de gente, todos perezosos y derrochadores. Viviendo a costa de una oficina india tan paternal como idiota, han llegado a ser tan holgazanes que ni siquiera obtienen sus raciones de la manera regular, sino que insisten en tomar lo que desean, donde pueda encontrarse. Si se los trasladara a Indian Territory, podrían ser alimentados y vestidos por la mitad de lo que en la actualidad le cuestan al gobierno.

El honorable N. C. Meeker, el conocido superintendente de la reserva de White River, era antiguamente un gran amigo y ardiente admirador de los indios. Fue al asentamiento con el firme convencimiento de que sería capaz de organizar su vida con éxito, mediante trato amable, humor paciente y buen ejemplo, pero sus esfuerzos han sido marcados por el fracaso más grande y, por fin, aun a disgusto, se ha visto obligado a aceptar esta incontrovertible verdad de la frontera, de que los únicos indios verdaderamente buenos son los indios muertos.

Vickers no se detuvo aquí y siguió escribiendo. Su artículo fue objeto de repetidas reimpresiones en todo Colorado, bajo el título de "*¡Los utes deben irse!*". Hacia finales del verano de 1879, la mayoría de los oradores blancos, abundantes en aquella frontera de Colorado, no dejaban de cerrar sus arengas con la invocación, de aplauso garantizado, "*¡Los utes deben irse!*", cuando eran llamados a pronunciarse en público.

Por diversos conductos, los utes se enteraron de que Nick Meeker los había traicionado en la prensa. Se sentían especialmente furiosos porque el agente había declarado que las tierras de la reserva no les pertenecían, y su protesta oficial no tardó en serle enviada por medio del intérprete. Meeker repitió su declaración y añadió que podía trabajar la tierra que le viniera en gana, porque aquélla pertenecía al gobierno y él era su representante en la reserva.

Entretanto, William Vickers aceleraba su campaña de "*¡Los utes deben irse!*" fabricando toda suerte de mentiras acerca de supuestos crímenes y ultrajes perpetrados por ellos. Llegó incluso a hacerlos responsables de los numerosos incendios de aquel año de sequía sin par. El 5 de julio, Vickers preparó un telegrama dirigido al comisionado de asuntos indios, que debía ser firmado por el gobernador Pitkin:

Diariamente recibo informes de que una banda de utes de la reserva de White River se encuentra fuera de sus límites y provoca incendios forestales y destrucciones sin fin [...]. Han quemado bosques por un valor de varios millones de dólares, y no cesan de intimidar a los colonos y mineros [...]. Me consta que hay una organización india empeñada en lograr la destrucción de toda la madera existente en Colorado. Estos salvajes deberían ser trasladados a Indian Territory, donde no les sería posible destruir los bosques más hermosos y de mejor calidad de este estado.

El comisionado respondió al gobernador con la promesa de una acción inmediata. A continuación notificó al agente Meeker que cuidara de que ninguno de los utes a su cargo abandonara los límites de la reserva. Cuando convocó a los jefes descubrió que éstos ya se habían reunido, indignadísimos, para tratar de las medidas oportunas para hacer frente a aquella campaña de difamación y a la amenaza de verse trasladados a Indian Territory. Un amigo blanco llamado Peck, dueño de un almacén en Bear River, al norte de la reserva, había leído el artículo publicado en uno de los periódicos de Denver y comunicó la nueva a Jack.

Se decía allí que los utes habían iniciado muchos fuegos a lo largo del río Bear y que habían sido los autores del incendio y la destrucción de una casa que pertenecía a James B. Thompson, antiguamente agente de la reserva. Jack se sintió muy inquieto y Peck convino en acompañarlo a Denver para entrevistarse con el gobernador Pitkin. La ruta elegida los llevaba, de camino, hasta la casa de Thompson. "Pasamos por allí –diría Jack más tarde– y vimos la casa. ¡No

se había quemado!”

Tras muchas dificultades y obstáculos, deliberadamente interpuestos, Jack logró ser recibido en la oficina del gobernador Pitkin. “El gobernador me preguntó cómo iban las cosas por nuestro territorio, White River, aludiendo a lo mucho que se decía de nosotros en los periódicos. Repuse que, precisamente, aquélla y no otra era la razón de que hubiera acudido a verlo. No comprendía qué motivos ocultos podrían animar aquella campaña de infamia. Entonces, él dijo: ‘He aquí una carta de vuestro agente’. Respondí que, como el agente indio sabía escribir, había escrito; pero que, como yo no podía hacerlo, había asistido en persona para responder de las calumnias. Eso fue, más o menos, lo que llegamos a hablar. Le pedí que no creyera cuanto decía el papel, pues todo era una sarta de mentiras. El gobernador quiso saber si la casa de Thompson se había quemado y le dije que acababa de pasar por allí y no había mal alguno que la afligiera. Por último, pedí al gobernador que escribiera a Washington para solicitar el reemplazo de Meeker por otro agente, a lo cual él repuso que escribiría al día siguiente.”

Nada más lejos de la intención de Pitkin, naturalmente. Desde su punto de vista, todo salía a la perfección. Todo lo que debía hacer era esperar a que se produjera el choque definitivo entre Meeker y los utes y, quizá, *“¡Los utes deben irse!”* se haría realidad.

Por aquel entonces, Meeker estaba preparando su informe mensual para el comisionado de asuntos indios, a quien escribía que tenía la intención de constituir una policía de la reserva. “Los utes están enfadados.” A pesar de todo, sólo unos pocos días más tarde inició una acción que, como bien podía haber presumido, llevaría el enfado de los utes a extremos aún mayores. Aunque no se posee una evidencia clara de que Meeker se hallara en connivencia con el

gobernador Pitkin, el hecho es que todos y cada uno de los pasos que daba el agente parecían ajustarse a la perfección al programa de expulsión soñado por el gobernador y al plan de éste en cuanto a la posibilidad de que se produjera una revuelta que le permitiera tomar medidas más drásticas.

Es posible que Meeker no deseara el traslado de los utes, pero no hay duda de que albergaba la esperanza de lograr que sus caballos fueran prohibidos en aquellas tierras. A principios de septiembre ordenó a uno de sus empleados blancos, Shadrach Price, que diera comienzo a la labranza de unos prados, en los que los utes hacían pastar a sus animales. La protesta, claro está, fue inmediata. Junto a aquella zona existían unos terrenos de salvias que Douglas ofreció labrar él mismo a cambio de que se respetaran los pastos. Meeker, recalcitrante, insistió en trabajar la tierra que había designado al efecto. El siguiente paso de los utes fue apostar a cierto número de sus jóvenes, armados con rifles, para que alejaran a Shadrach Price si aquél intentaba realizar las ideas del agente. Al poco tiempo, el empleado regresó a la reserva y se quejaba de que, en efecto, los indios le habían ordenado que cesara en su labor. Ante las furiosas amenazas de Meeker, el labrador trató de reanudar su trabajo, pero esta vez los indios hicieron algunos disparos de advertencia por encima de su cabeza. Sin pensarlo dos veces, el hombre deshizo la yunta y corrió a toda prisa a poner en conocimiento de su jefe el nuevo cariz que había adquirido la situación.

Meeker se sentía indignadísimo y, como consecuencia, escribió una incisiva carta al comisionado. "Son un hatajo de bestias –escribió–; han estado recibiendo raciones durante tanto tiempo y se les ha mimado y cuidado hasta tal punto, que ahora se creen dueños del lugar."

Aquella misma tarde, el hechicero Johnson fue a visitar a

Meeker a su oficina, a quien comunicó que la tierra que se pretendía arar les había sido asignada con ocasión de la firma del tratado para que pastaran sus caballos. Ahora que los trabajos en ella habían sido suspendidos, no deseaba que se reanudaran.

Meeker interrumpió el apasionado discurso de Johnson. "El problema es el siguiente: tú posees demasiados caballos; harías mejor en matar a algunos."

Durante unos instantes, Johnson observó a Meeker, pero no quería dar crédito a sus oídos. De pronto se dirigió al agente y, tras tomarlo por los hombros, lo arrastró hasta el porche, donde lo mantuvo aprisionado contra la barandilla. Luego, sin decir palabra, se alejó.

Johnson relató más tarde los pormenores del caso: "Le dije al agente que era injusto que ordenara a sus hombres trabajar mis tierras. Él respondió que yo era pendenciero y que no sería difícil que acabara en el calabozo. Repliqué que no veía razón alguna para que aquello pudiera sucederme. Luego añadí que sería mejor que enviasen a otro agente, uno que fuera un buen hombre y que no dijera aquellas cosas. Lo agarré por los hombros y le dije que era conveniente que se marchara. No lo golpeé ni nada de eso, sólo lo tomé por los hombros. No estaba furioso con él. Por último, regresé a mi casa".

Antes de que Meeker decidiera el camino a seguir, hizo acudir a su oficina a Jack. Éste recordaría después: "Meeker me dijo que Johnson lo había maltratado. Repliqué que aquello no era grave y que sería mejor olvidarse del asunto. El agente insistió en que lo pondría en conocimiento de las autoridades y le dije de nuevo que no valía la pena remover tanto por tan poca cosa. Él dijo que era un hombre viejo, sin fuerza para defenderse, y que no le gustaba que un joven abusara de él de esta manera; él era mayor y Johnson lo

había agarrado por los hombros. No volvería a tener trato alguno con aquél e iba a pedir al comisionado que enviara tropas para expulsar a los utes de aquellas tierras. Yo opiné que de aquello podría resultar algo muy malo y él quiso callarme diciendo que la tierra pertenecía al gobierno. Pertenecía a los utes, protesté yo, y a ellos había sido asignada en virtud de un tratado; de lo contrario, el gobierno no habría establecido reservas en aquella zona. Por último, repetí que lo ocurrido con Johnson era demasiado insignificante como para tomárselo de aquella manera y que sería mejor para todos que se olvidara cuanto antes”.

Meeker reflexionó durante todo un día y una noche acerca de lo ocurrido y de su pérdida de autoridad entre los utes. Por fin decidió que había llegado el momento de dar a aquéllos una lección que no cayera fácilmente en el olvido. Despachó dos telegramas, uno dirigido al gobernador Pitkin, para solicitar la protección del ejército; otro, al comisionado de asuntos indios:

He sido maltratado por un jefe, Johnson, sacado a la fuerza de mi casa y malherido. Se ha descubierto ahora que fue Johnson el causante de todos los problemas [...]. Su hijo disparó contra el labrador, y la oposición al cultivo es general. Cesa la labranza. La vida propia, familia y empleados en peligro, necesito protección inmediata, he pedido al gobernador Pitkin que consulte con el general Pope.

Durante la semana siguiente, las poderosas maquinarias del Departamento de Interior y de Guerra fueron poniéndose lentamente en movimiento. El 15 de septiembre, Meeker recibió la noticia de que se había dado orden a varias unidades de caballería de que se dirigieran a White River; el agente quedaba autorizado para arrestar “a los cabecillas del último incidente”.

El Departamento de Guerra ordenó al mayor Thomas T. Thornburg, comandante de Fort Fred Steele, “que se

trasladara a la reserva ute de White River, Colorado, con un número suficiente de tropas e instrucciones especiales". Como Thornburg se encontraba entonces de cacería, las órdenes le llegaron con retraso; por consiguiente, no emprendió la marcha hasta el 21 de septiembre. Unos 200 soldados de caballería salieron con destino al lugar, distante unos 240 kilómetros.

Thornburg llegó a Fortification Creek el día 25. La columna ya estaba a mitad de camino de la reserva de White River y el mayor decidió destacar a uno de sus guías para que notificara a Meeker la llegada de la fuerza en cuatro días más, al tiempo que solicitaba informes acerca de la situación actual. Aquel mismo día, Colorow y Jack se enteraron de la presencia de los militares; los jefes utes iban de camino hacia el río Milk para iniciar sus acostumbradas cacerías de otoño.

Jack partió hacia el norte, a Bear River, donde se desarrolló su encuentro con los soldados. "¿Qué ocurre? -les preguntó-. ¿Por qué venís? No queremos luchar con vosotros. Tenemos un padre común. No queremos guerra."

Thornburg y sus oficiales pusieron a Jack al corriente del telegrama recibido; en él, además, se acusaba a los indios de provocar incendios en los bosques y de haber quemado la cabaña de Thompson. Jack replicó que no era verdad, los utes no habían hecho nada que pudiera reprochárseles. "Deja aquí a tus soldados -añadió, dirigiéndose al mayor-. Soy un buen hombre. Me llamo Jack. Deja aquí a tus soldados e iremos juntos a la reserva." Thornburg dijo que sus órdenes eran llevar la tropa allá. A menos que recibiera una contraorden de Meeker, llegaría a su destino.

Jack repitió que los utes no deseaban luchar y que no era bueno que los soldados hicieran acto de presencia en la reserva. A continuación, partió a todo galope para advertir a

Nick Meeker de que se avecinaban irremediablemente graves sucesos si los soldados llegaban a White River.

De camino a la oficina del agente, Jack se detuvo en el campamento de Douglas. Eran jefes rivales, cierto, pero ahora que todos los utes estaban en peligro, no había lugar a rencillas ni divisiones. Los guerreros jóvenes habían oído en exceso que los hombres blancos iban a mandarlos a Indian Territory, algunos decían que habían oído presumir a Meeker de que los soldados llevaban consigo un carromato entero de grilletes, manillas y sogas, y que varias bandas iban a ser ahorcadas mientras las demás eran hechas prisioneras. Si los soldados llegaban realmente para quitarles las tierras, combatirían hasta la muerte y ni siquiera los jefes podrían oponérseles. Douglas dijo que no quería verse envuelto en líos. Una vez que Jack se marchó de nuevo, se apresuró a desplegar su bandera estadounidense, que izó a continuación frente a sus alojamientos. (Quizá no se hubiera enterado aún de que Cazo Negro, de los cheyenes, había enarbolado esa misma bandera en Sand Creek, en 1864.)

“Anuncié al agente Meeker la llegada inminente de los soldados –diría Jack más tarde–; también esperaba su actuación para detenerlos antes de que llegaran a la reserva. Pero él dijo que no era asunto suyo y que no movería un solo dedo por complacerme. Le pedí que me acompañara al encuentro con la fuerza y él replicó que siempre andaba molestándolo. Nos encontrábamos en su oficina; dichas aquellas palabras, se levantó, salió de la estancia y cerró la puerta tras de sí. Ésta es la última vez que lo vi.”

Es evidente que, avanzando ya el día, Meeker cambió de opinión y decidió seguir el consejo de Jack. Envío, pues, un mensaje al mayor Thornburg, para sugerirle que se detuviera y que, con una escolta de cinco soldados, acudiera a entrevistarse con él. “Los indios parecen considerar la

presencia de las tropas como declaración de guerra, escribió." Al día siguiente, 28 de septiembre, coincidieron en el campamento militar de Deer Creek la llegada del mensaje y la de Colorow, éste con la pretensión de convencer al mayor de que cesara en su avance. "Le dije que no conocía la razón de la presencia de tropas allí y que no alcanzaba a imaginar por qué tenía que haber guerra." Así habló Colorow, cuando sólo separaban 56 kilómetros a los soldados de la reserva.

Después de leer el mensaje, Thornburg dijo al indio que iba a llevar la fuerza abajo del río Milk, donde se encontraba uno de los límites de la reserva ute; allí acamparía con sus soldados para acudir después al asentamiento con sólo una escolta de cinco.

Poco después de que Colorow y sus bravos abandonaran el campo de Thornburg, el mayor mantuvo una reunión con sus oficiales, en la que decidieron cambiar sus planes. En lugar de detenerse al borde de la reserva, la columna avanzaría hasta atravesar el Coal Creek Canyon. La medida obedecía a una necesidad estratégica, explicó Thornburg, puesto que los campamentos de Colorow y de Jack quedaban inmediatamente por debajo de él. Si las tropas se detuvieran en el río Milk y los utes decidieran bloquear el cañón, a los soldados les sería imposible alcanzar el asentamiento sin dificultades. Desde el extremo sur del cañón, en cambio, sólo unos pocos kilómetros mediarían entre la reserva y su campamento, y aun éstas de terreno abierto.

Cabalgando por delante de la columna, Colorow alcanzó su campamento hacia las nueve de la mañana del día 25. Su gente estaba muy alterada por la inminente llegada de los soldados. "Incluso vi a algunos que se disponían a salirles ya al encuentro", diría más tarde. Allí encontró a Jack y a 60 de sus guerreros. Ambos jefes intercambiaron información y

Jack le comunicó al otro el fracaso de su entrevista con Meeker. Colorow, en cambio, dijo que el mayor Thornburg había prometido detenerse en el río Milk. "A continuación, añadí que Jack haría bien en decir a sus jóvenes guerreros que no hicieran alarde alguno que pudiera interpretarse como señal ofensiva y que convendría que los apartara de la ruta. Desde allí no se veía soldado alguno, y entonces pensamos que sería mejor ocultarnos un poco. Por último, Jack dijo que cuando los soldados hubieran llegado al Milk, él acudiría allí para cerciorarse."

Naturalmente, ni Jack ni Colorow sabían por entonces que la columna de Thornburg ya había dejado atrás el río Milk. Tras abreviar en él sus caballos, Thornburg decidió enviar sus carros a lo largo del cañón, con una tropa de escolta, mientras él tomaba una ruta más directa con el resto de la caballería. Por una de esas ironías del destino, esta maniobra iba a llevarlo directamente hacia el lugar ocupado por los furiosos utes, que Jack había apartado poco antes del camino para evitar, precisamente, la posibilidad de un encuentro.

Hacia este tiempo, un joven ute que se había destacado para reconocer el terreno regresó al galope. "Las tropas no se detienen donde prometieron hacerlo –gritó–; ¡vienen hacia aquí!"

Muy inquieto, Jack ascendió a unos riscos vecinos, seguido por un pequeño grupo de sus guerreros. A los pocos minutos pudo contemplar la marcha de los carromatos, que avanzaban en línea, entre las salvias, en dirección al cañón. "Permanecí en aquella colina con 20 o 30 de mis hombres, y de pronto advertí que unos 30 o 40 soldados estaban enfrente de mí. Al vernos, se desplegaron en actitud ofensiva. Yo había estado con el general Crook el año pasado, combatiendo a los sioux, y la forma en que aquel oficial había desplegado a sus hombres significaba lucha, de

manera que ordené a mis guerreros que procedieran del mismo modo.”

El oficial al mando de aquella tropa avanzada era el teniente Samuel Cherry. Después de haber ordenado el despliegue, Cherry se detuvo en la base de aquellos riscos y aguardó a que el mayor Thornburg llegara a su altura. Éste avanzó unos metros y saludó a los indios con su sombrero; varios de éstos le devolvieron el saludo.

Jack esperó durante cuatro o cinco minutos a que alguno de los oficiales hiciera una señal indicando que deseaba celebrar consejo, pero las posiciones no se movieron en absoluto, como si los militares esperaran, a su vez, que los indios tomaran la iniciativa. Entonces, contaría Jack, “uno de mis hombres y yo salimos al encuentro de los soldados”. El teniente Cherry desmontó y echó a andar en dirección a los que se aproximaban. Tras recorrer unos metros, agitó de nuevo su sombrero. Un segundo después, sonó un disparo. “No sé quién lo hizo, ni de qué línea procedía, pero a los pocos momentos el fuego era graneado. Supe entonces que ya no me sería posible evitar la pelea y, aunque me quité el sombrero y grité para indicar que cesara la lucha, mi esfuerzo fue vano. ‘¡Parad, parad!, sólo quiero hablar’, decía yo, una y otra vez, desgañitándome, pero ellos creían que mi voz arengaba a los combatientes.”

En tanto la batalla aumentaba de intensidad, extendiéndose hasta la caravana de carromatos, que de inmediato adoptó la típica posición circular de defensa, las noticias de la batalla llegaron a Douglas, que en aquel momento estaba en la reserva. Éste se dirigió inmediatamente al asentamiento de Nick Meeker, para espetarle con brusquedad que los soldados habían invadido la reserva. Douglas estaba convencido de que los utes presentarían batalla; Meeker, por su parte, dudó de que

fuera así y emplazó a su interlocutor a que se trasladara con él, al día siguiente, al campamento militar.

A primera hora de la tarde todos los utes de White River estaban enterados de que los soldados combatían a su pueblo en el río Milk. Aproximadamente una docena de ellos echó mano de sus armas y empezó a recorrer las dependencias de la reserva, para hacer fuego contra todo blanco que se pusiera a la vista. Antes de finalizar el día, habían matado a Nathan Meeker y a sus empleados blancos. Tomaron prisioneras a las dos mujeres blancas y huyeron en dirección a un antiguo campamento ute, junto al Piceance Creek. Durante el camino, ambas mujeres fueron violadas.

Casi una semana duró la batalla del Milk, en la que 300 guerreros utes mantuvieron prácticamente cercados a los 200 soldados. El mayor Thornburg cayó en los primeros momentos. Al final, su columna había perdido 13 hombres y 43 eran los heridos. 37 utes murieron en aras de lo que creían un desesperado esfuerzo para salvar su reserva de la toma militar y para evitar que se los llevara prisioneros a Indian Territory.

En la reserva Los Pinos, 240 kilómetros más al sur, el jefe Ouray conoció la noticia con horror. Sólo una acción inmediata podría salvar ahora su autoridad y el conjunto de la reserva ute. El 2 de octubre despachó con prisa a un emisario, que portaba el siguiente mensaje:

A los jefes, cabecillas y utes de la reserva White River:

Por la presente se os ordena el cese de hostilidades con los blancos y que os abstengáis de herir a personas inocentes, y a las que no lo sean, en mayor medida que la necesaria para proteger vuestra propia vida y hacienda de las artimañas ilegales de cuatreros y desesperados, pues cualquier exceso terminará, al final, en desastre para todos.

El mensaje de Ouray y la llegada de fuerzas de caballería pusieron fin a la batalla, pero ya era demasiado tarde para

salvar a los utes del desastre. El gobernador Pitkin y William Vickers se habían dedicado a inundar Colorado de historias infundadas de atrocidades indias, muchas de las cuales eran imputadas a los inocentes uncompahgres de Los Pinos, que en su mayor parte seguían con su vida normal, pacíficamente, ajenos a cuanto estaba ocurriendo en White River. Vickers arengó a los ciudadanos blancos de Colorado para que se alzarán en armas y “barrieran al demonio rojo”, inspirando así una frenética organización de milicias en ciudades y pueblos de todo el estado. Fueron tantos los periodistas llegados del este para informar acerca de esta interesantísima, para ellos, y nueva guerra india, que el gobernador Pitkin decidió preparar una declaración especial para la prensa:

Pienso que la conclusión de este asunto pondrá fin a las depredaciones que se sucedían hasta ahora en Colorado. En el futuro, será imposible que blancos e indios puedan seguir viviendo en paz unos con otros. Este ataque no había sido provocado; así, los blancos han comprendido que serán siempre susceptibles de nuevos ataques en cualquier parte del estado donde los indios puedan haber reunido suficiente fuerza para ello.

Mi opinión es que, a menos que sean alejados por el gobierno, deben ser necesariamente exterminados. Yo podría llevar 25.000 hombres en 24 horas para la protección de los colonos. El estado estaría dispuesto a encargarse de todos los gastos. Las ventajas que reportaría la apertura de 6.000.000 de hectáreas a mineros y colonos compensarían con creces el coste de la operación.

Los utes de White River liberaron a las dos mujeres cautivas y dio comienzo la compleja tarea de investigar todo lo ocurrido, establecer culpabilidades y castigar a los responsables. La batalla del río Milk fue llamada emboscada, aunque no lo fue, y los incidentes de White River se denominaron matanza, denominación acertada. Jack, Colorow y sus seguidores fueron, con el tiempo, exonerados de castigo porque se trataba de guerreros que habían participado en una lucha leal. Douglas y los hombres de la

reserva fueron juzgados como asesinos, pero no hubo nadie que identificara a los que habían hecho fuego sobre Nathan Meeker y sus empleados blancos.

Douglas declaró que se encontraba en el almacén de la agencia cuando empezaron los disparos. "Salí de la dependencia y me alejé un poco, luego seguí hasta mi casa directamente. De camino a ella, me puse a pensar en lo que estaba ocurriendo y lloré por la situación a la que habían llegado mis amigos." Pero cuando Arvilla Meeker juró, en audiencia secreta, que Douglas había abusado de ella, se lo condenó a acabar sus días en la penitenciaría de Leavenworth. No fue juzgado ni procesado, en realidad, por crimen alguno; una acusación pública de estupro habría puesto en una situación violentísima a la señorita Meeker, y, en aquellos días de extremo pudor sexual, el hecho de que aquel acto hubiera contado con la participación de un indio lo hacía aún más horrendo.

Las penas individuales, sin embargo, carecían de interés para mineros y políticos. Éstos deseaban, en cambio, que el castigo alcanzara a las siete naciones utes, para expulsarlas de aquellos 6.000.000 de hectáreas que esperaban ser labradas, irrigadas y adecuadamente taladas, dando así ocasión de amasar enormes fortunas durante el proceso.

Ouray se encontraba casi en su lecho de muerte, en 1880, cuando la oficina india lo llevó a Washington para que defendiera el futuro de su pueblo. Gravemente enfermo de nefritis, se inclinó ante los deseos de Grandes Ojos Schurz y de los demás funcionarios, quienes decidieron que "*¡Los utes deben irse!*" a una nueva reserva, establecida en Utah, en una zona desechada por los mormones. Ouray murió antes de que el ejército reuniera a su gente en agosto de 1881 para emprender la larga marcha, de 560 kilómetros, al exilio. Salvo una estrecha franja que corría a lo largo del límite

suroeste, donde se permitió que se estableciera una pequeña banda de utes meridionales, Colorado se vació prácticamente de indios. Cheyenes, arapajos, kiowas y comanches, jicarillas y utes, todos habían conocido sus grandes llanuras y exuberantes montañas; ahora no quedaba de ellos más que un vago recuerdo en las tierras del hombre blanco.

XVII. EL ÚLTIMO JEFE APACHE

1880: El 1 de junio, la población de los Estados Unidos asciende a 50.155.783 habitantes.

1881: El 4 de marzo, James A. Garfield es investido presidente. El 13 de marzo, en Rusia, los nihilistas asesinan al zar Alejandro. El 2 de julio, Garfield sufre un atentado; muere el 19 de septiembre, le sucede en la presidencia Chester A. Arthur.

1882: El 3 de abril, Jesse James muere en Saint Joseph, Missouri. El 4 de septiembre, Edison enciende el primer circuito eléctrico comercial en Central Station, Nueva York. Mark Twain publica *Huckleberry Finn*.

1883: El 24 de marzo, se establece la primera conexión telefónica entre Nueva York y Chicago. El 3 de noviembre, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos declara que, por nacimiento, el indio americano es extranjero y dependiente. Robert Louis Stevenson publica *La isla del tesoro*.

1884: En enero es abolida en Rusia la tasa de capitación, última reliquia de la esclavitud. El 13 de marzo, en Sudán, da comienzo el sitio de Jartum.

1885: El 26 de enero cae Jartum a manos del Mahdi; muere el gobernador general Charles George Gordon. El 4 de marzo, Grover Cleveland se convierte en el primer presidente demócrata desde la guerra civil.

1886: El 1 de mayo, huelga general en los Estados Unidos en demanda de la jornada laboral de ocho horas. El 4 de mayo, los anarquistas lanzan bombas contra la policía en Haymarket Square, Chicago, causando siete muertos y 60 heridos. El 28 de octubre se erige la Estatua de la Libertad en Bedloe's Island. El 8 de diciembre se funda la American Federation of Labor.

Vivía feliz con mi familia, disponía de comida abundante, mis noches eran tranquilas, cuidaba de todos y

estaba plenamente satisfecho. No sé de dónde procedían, en primer lugar, todas esas malas historias. Todos nos sentíamos felices. Yo me portaba bien. No había matado jamás caballo ni hombre alguno, indio o estadounidense. No sé qué pudo ocurrir a las gentes que nos tenían bajo su cargo. Ellos me conocían perfectamente y, no obstante, dijeron que yo era un hombre malo, el peor que allí pudiera encontrarse; pero, ¿qué había hecho yo? Vivía en paz con mi familia, a la sombra de frondosos árboles, sin separarme un ápice de las instrucciones que me había dado el general Crook. Quiero saber ahora quién fue el que dio la orden de que se me arrestara. Rezaba a la luz y a las tinieblas, a Dios y al Sol, para que me fuera dado vivir allí tranquilamente con los míos. No alcanzo a comprender qué razón hubo para que se hablara mal de mí. Con frecuencia aparecen historias en los periódicos en las que se solicita, en última instancia, mi ejecución. No quiero que vuelva a suceder. Cuando un hombre trata de hacer el bien, estos infundios no deberían aparecer impresos. Pocos son los hombres que me quedan. Han hecho algunas cosas malas, pero quiero que éstas se borren del recuerdo de todos y que ya no se hable más de ello. Somos muy pocos los que quedamos.

GOYA (JERÓNIMO)

Tras la muerte de Cochise, en 1874, su hijo mayor, Taza, le sucedió al mando de los chiricahuas, mientras Taglito (Tom Jeffords) continuó siendo el agente de la reserva de Apache Pass. A diferencia de su padre, Taza no fue capaz de conseguir la lealtad incondicional de todos los

chiricahuas. Al cabo de pocos meses esos apaches estaban divididos en diversas facciones y, pese a los esfuerzos que hicieron tanto Taza como Jeffords, las incursiones que Cochise había prohibido estrictamente fueron reanudadas. Dada la proximidad de la reserva chiricahua a México pronto se hizo evidente que, además, se había constituido en santuario o refugio de los grupos de apaches que salían y entraban de Arizona y México. Mineros, políticos, colonos ávidos de tierras, etc., no tardaron en exigir el traslado de todos los chiricahuas a algún otro lugar.

En 1875, la política del gobierno de los Estados Unidos en cuanto a la cuestión india se inclinaba por la concentración de las tribus, bien en Indian Territory o en grandes reservas regionales. Así, por ejemplo, White Mountain, con sus casi 2.000.000 de hectáreas en el este de Arizona, era mayor que todas las reservas apaches del suroeste juntas. Su agencia administrativa, situada en el poblado de San Carlos, era ya el punto central de reunión de siete bandas apaches; de modo que, cuando los funcionarios de Washington empezaron a recibir informes alusivos a los problemas que se habían producido en la reserva chiricahua, consideraron que aquella situación les proporcionaba una excelente excusa para lograr el traslado de esta facción apache a San Carlos.

Esta reserva, situada en la confluencia de los ríos San Carlos y Gila, era considerada por los oficiales del ejército como uno de los peores destinos posibles. "Un llano de grava –escribió uno al respecto– se elevaba unos diez metros o más sobre el fondo del río; aquí y allá aparecía salpicado por los edificios de adobe de la reserva. El curso de las corrientes estaba marcado por unas líneas mal trazadas de árboles desprovistos de hojas, pero el aspecto que ofrecían era sobrecogedor. La lluvia era tan rara que, cuando se producía, se decía que se trataba de un fenómeno de ominoso presagio.

Un viento seco, caliente, cargado de polvo y de gravilla barría sin cesar la llanura, arrancando de ella todo vestigio de vegetación. En verano, una temperatura de 30 grados centígrados a la sombra podría considerarse fresca. El resto del año, moscas, murciélagos y desagradables insectos de todo tipo se concentraban en cantidad ingente en aquel lugar.” En 1875, el agente a cargo del puesto era el mismo John Clum que unos meses antes había rescatado a Eskiminzin y a sus aravaipas de Camp Grant y les había ayudado a establecerse con relativa autonomía en las tierras irrigadas, paralelas al río Gila. Con su tenacidad de siempre, Clum obligó a los militares a retirarse de la vasta reserva de White Mountain, para reemplazar las tropas por una compañía de apaches formada para que vigilara su propia reserva; al mismo tiempo, estableció una especie de tribunal autónomo que regía las relaciones entre los indios y que estaba formado por miembros de la misma tribu. Aunque sus superiores no dejaban de ver con cierta suspicacia los métodos poco ortodoxos que aplicaba Clum al trato de los indios, no podían quejarse, desde luego, de los éxitos que le acompañaban en su cometido, que no era otro que mantener la paz en San Carlos.

El 3 de mayo de 1876, el agente Clum recibió un telegrama del comisionado de asuntos indios, por el cual se le ordenaba dirigirse a la reserva chiricahua con objeto de hacerse cargo de los indios allí recluidos, al tiempo que relevaba al agente Jeffords y disponía lo necesario para el traslado de aquéllos a San Carlos. La misión no despertó su entusiasmo; Clum dudaba de que los chiricahuas, tan amantes de la libertad, pudieran adaptarse a la vida tan regulada de la reserva de White Mountain. Tras insistir una y otra vez en la imperiosa necesidad de que la caballería militar se mantuviera alejada, Clum llevó consigo a su policía india

cuando se dirigió al encuentro de los chiricahuas. Fue grande su sorpresa al ver que tanto Jeffords como Taza estaban dispuestos a colaborar con él. El jefe indio, como su padre, Cochise, deseaba mantener la paz por encima de todo. Si los chiricahuas se veían obligados a abandonar su hogar en aras de una convivencia sin problemas, él sería el primero en dar ejemplo. Sin embargo, su gesto sólo surtió efecto en algo más de la mitad de su tribu. Cuando por fin acudió el ejército a la reserva abandonada para hacerse con los recalcitrantes, la mayoría de éstos huyó, cruzando la frontera de México. Entre los cabecillas fugitivos se encontraba un apache bedonkohe de cuarenta y seis años que en su juventud había sido aliado de Mangas Colorado y que, más tarde, había seguido la causa de Cochise hasta tal punto que, por entonces, se consideraba chiricahua del todo. Éste era Goyathlay, más conocido entre los hombres blancos por el nombre de Jerónimo.

Aunque los chiricahuas que fueron voluntariamente a San Carlos no compartían, con respecto al agente Clum, los mismos sentimientos que algunas de las bandas apaches, no le causaron problema alguno. A finales del verano de 1876, cuando Clum obtuvo permiso de la oficina india para llevar a 22 apaches de visita al este, Taza fue uno de sus invitados. Por desgracia, mientras visitaban Washington, Taza murió súbitamente de pulmonía y fue enterrado en el Congressional Cemetery. Cuando el grupo regresó a San Carlos, Naiche, hermano menor de Taza, espetó al agente: "Te llevaste a mi hermano, era fuerte y sano; ahora regresas sin él y dices que ha muerto. No sé. Pienso que quizá no lo cuidaste debidamente. Dejaste que los malos espíritus de los rostros pálidos lo mataran. Mi corazón está lleno de dolor".

Clum trató de serenar a Naiche; para ello pidió a Eskiminzin que relatara los pormenores de la muerte de

Taza, así como del entierro que se le dio, pero no logró disipar del todo las sospechas de los chiricahuas. Faltos ahora de los consejos de Jeffords, no sabían hasta qué punto podían fiarse de John Clum o de cualquier otro hombre blanco.

Durante el invierno de 1876-1877, las visitas de sus parientes de México fueron frecuentes; así recibieron noticias acerca de la situación reinante más allá de la frontera. Se enteraron de esta manera de que Jerónimo y su banda seguían acosando en sus correrías a sus viejos enemigos, los mexicanos, a costa de los cuales habían logrado reunir grandes rebaños de caballos y reses. En la primavera, Jerónimo había llevado estas puntas de ganado hasta Nuevo México, donde las había vendido a rancheros blancos y, con el producto de la venta, había acumulado gran cantidad de armas, sombreros, botas y, en especial, whisky. Seguidamente, estos chiricahuas se habían ocultado cerca de sus parientes mimbrenos, en la reserva Ojo Caliente, cuyo jefe era Victorio.

En marzo de 1877, John Clum recibió órdenes de Washington de llevar su policía apache a Ojo Caliente y de proceder al traslado inmediato de los indios que allí se encontraban a San Carlos. Además, debía arrestar a Jerónimo y a cualquier otro chiricahua "renegado" que se hallara en los alrededores.

Más tarde, Jerónimo explicaría el suceso de la forma siguiente: "Fueron enviadas dos compañías de exploradores desde San Carlos. Al poco tiempo, a mí y a Victorio nos llegó el mensaje de que acudiéramos a la ciudad. No nos dijeron para qué ni cuál era la razón, pero dado que los emisarios se mostraron amistosos, pensamos que nuestra presencia era requerida para celebrar un consejo con los oficiales. Tan pronto como llegamos a la ciudad, fuimos rodeados por los

soldados, desarmados y conducidos a su cuartel general, donde seríamos juzgados ante un consejo de guerra. Pocas, en realidad, fueron las preguntas que nos hicieron; luego, Victorio fue puesto de nuevo en libertad y yo fui a parar a la cárcel. Unos exploradores se encargaron de llevarme al calabozo y de cubrirme de cadenas. Cuando les pregunté por qué se me trataba de aquella manera, respondieron que por haber abandonado Apache Pass.

"Jamás he creído que aquellos soldados de Apache Pass fueran mis dueños, tampoco que yo debiera pedirles permiso para desplazarme [...]; se me mantuvo prisionero durante cuatro meses, al cabo de los cuales se me llevó a San Carlos. Allí, al parecer, se me sometió a otro juicio, aunque yo no estuve presente. De hecho no sé si en realidad se me juzgó; pero eso me dijeron. Sea como fuese, más tarde fui puesto en libertad".

Si bien no se lo arrestó, el hecho es que Victorio y la mayoría de los apaches de Warm Springs fueron conducidos a San Carlos en la primavera de 1877. Clum trató de ganarse la confianza de Victorio por todos los medios; de este modo, a éste le fue concedida más autoridad de la que jamás disfrutara, incluso en Ojo Caliente. Durante unas semanas pareció que sería posible crear pacíficamente una nueva vida para las comunidades apaches establecidas en la reserva de White Mountain; sin embargo, el ejército llevó una compañía de soldados al río Gila (Fort Thomas). La medida fue anunciada como precaución, que respondía a la concentración, cerca de San Carlos, de "casi todos los indios recalcitrantes que aún quedaban en el territorio".

Clum estaba furioso. Telegrafió al comisionado de asuntos indios, para solicitar permiso para equipar una compañía adicional de policía apache que reemplazara a los soldados, al tiempo que pedía la retirada de los militares. En

Washington, los periódicos se enteraron de la audaz demanda de Clum y corrió mucha tinta en torno al hecho. Estos relatos desataron las iras de todos los funcionarios del Departamento de Guerra. En Arizona y en Nuevo México, proveedores civiles del ejército temieron que la partida de los soldados pudiera suponer un grave contratiempo para su negocio, altamente lucrativo; sin perder tiempo, condenaron “el descaro” de aquel “don nadie”, que había medrado Dios sabía cómo y que se creía capaz de realizar solo la tarea que varios millares de soldados habían sido incapaces de llevar a cabo desde que dieron comienzo las guerras apaches.

El ejército se quedó en San Carlos; John Clum dimitió. Aunque *simpático*,^[4] Clum no había aprendido aún a pensar como apache, a convertirse en apache, como había hecho Tom Jeffords. No llegaba a comprender a los jefes que resistían hasta el final más amargo. No alcanzaba a verles como figuras heroicas que preferían la muerte a la pérdida de su patrimonio. A sus ojos, Jerónimo, Victorio, Nana, Loco, Naiche y los demás luchadores no eran sino ladrones, asesinos, borrachos y forajidos, demasiado reaccionarios para adoptar las costumbres del hombre blanco. Así, John Clum dejó a los apaches de San Carlos. Se estableció más tarde en Tombstone, Arizona, y fundó un periódico muy activista llamado *Epitaph*.

Antes de que finalizara el verano de 1877, las condiciones en San Carlos se volvieron caóticas. Aunque el número de indios había aumentado en varios centenares, las provisiones que este incremento hacía necesarias tardaban en llegar. Para agravar la situación, en lugar de distribuir las raciones pertinentes en cada uno de los campamentos, el nuevo agente exigió que todas las bandas dispersas acudieran al edificio principal de la agencia. Algunos de los apaches tenían

que recorrer más de 30 kilómetros a pie; los viejos y los niños, que en ocasiones no eran capaces de hacer este trayecto, se quedaban sin provisiones. Por otra parte, algunos mineros se establecieron en la parte noreste de la reserva y se resistían tenazmente a abandonarla. El sistema de autocontrol que había establecido Clum con la ayuda de los propios indios empezó a resquebrajarse.

Durante la noche del 2 de septiembre, Victorio condujo a su banda, hasta entonces establecida en Warm Springs, de regreso a su antiguo emplazamiento de Ojo Caliente. Policías apaches salieron tras ellos, lograron hacerse con la mayoría de los caballos y mulas que los indios de Warm Springs habían tomado de los corrales de White Mountain, pero dejaron que aquéllos siguieran su camino. Tras varias escaramuzas con rancheros y soldados, Victorio llegó a su destino. El ejército dejó que los suyos permanecieran allá durante un año, aproximadamente, aunque sometidos a la vigilancia de los soldados de Fort Gate, y, hacia finales del año 1878, nuevas órdenes determinaron su reintegración a la reserva de San Carlos.

Victorio rogó una y otra vez a los militares que permitieran a su pueblo vivir en el territorio que los había visto nacer, pero cuando se dio cuenta de que era en vano, gritó: “¡Podéis llevaros a nuestras mujeres y niños, pero mis hombres no irán con vosotros!”.

Acompañado de 80 de sus guerreros, poco más o menos, el tenaz jefe huyó a las Mimbres Mountains, dispuesto a pasar un duro invierno lejos de su familia. En febrero de 1878, Victorio y algunos de los suyos se presentaron en el puesto militar de Ojo Caliente para ofrecer su rendición si el ejército dejaba que sus familias regresaran de San Carlos. Durante varias semanas, los militares anduvieron remisos, reflexionando en torno a esta propuesta; por fin, decidieron

aceptar el trato. Los apaches de Warm Springs podían establecerse en Nuevo México, pero debían compartir su hábitat con los mescaleros en Tularosa. Victorio aceptó estas condiciones y, por tercera vez en dos años, su pueblo se vio obligado a reemprender nueva vida.

Transcurría el verano de 1879 cuando unos juristas, por así decir, llegaron a la reserva para arrestar a Victorio por una antigua acusación de robo de caballos. Por eso huyó y decidió que jamás volvería a ponerse a merced del hombre blanco para dejar que se lo confinara en una reserva. Estaba convencido de que se quería su muerte; también de que los apaches se extinguirían por completo, a menos que resistieran con toda su fuerza como habían hecho en México desde la llegada de los españoles.

Una vez establecido en el país vecino, Victorio se dedicó a reclutar una expedición armada, que crecía en número progresivamente y que no tenía más objeto que hacer la guerra eterna contra los Estados Unidos. Antes de que finalizara el año, ya contaba con un par de centenares de guerreros, entre mescaleros y chiricahuas. Para obtener caballos y provisiones, los indios efectuaban numerosas incursiones en ranchos mexicanos. Más tarde, decidieron penetrar nuevamente en Nuevo México y Texas, donde dieron muerte a muchos colonos, tendieron emboscadas a las fuerzas de caballería enviadas en su persecución y sembraron el terror antes de volver a su reducto, más allá de la frontera.

A medida que proseguía esta enconada e inexorable lucha, el odio de Victorio se hacía cada vez más profundo. Poco a poco fue convirtiéndose en el más cruel de los enemigos. Torturaba y mutilaba a sus víctimas, y algunos de sus seguidores llegaron a considerarlo loco y optaron finalmente por abandonarlo. Las autoridades fijaron una recompensa de

3.000 dólares por su cabeza. En última instancia, los ejércitos de los Estados Unidos y México decidieron colaborar en un esfuerzo combinado que pusiera fin a las andanzas de Victorio. El 14 de octubre de 1880, soldados mexicanos atraparon a la banda de Victorio en Tres Castillos Hills, que se elevaban entre Chihuahua y El Paso. Allí murieron 78 apaches, incluido Victorio, y fueron hechos prisioneros muchos niños y 68 mujeres. Sólo unos 30 guerreros lograron escapar a la matanza.

Entre los fugitivos se encontraba un guerrero mimbrenño de más de setenta años llamado Nana. Había combatido a hombres blancos hispanoparlantes y a otros angloparlantes desde su más tierna infancia. Ahora no le cabía duda alguna de que esta resistencia debía prolongarse hasta el fin. Reclutaría otro ejército, y, pensando que la mejor fuente de guerreros se encontraba en las reservas, decidió encaminar sus pasos hacia ellas, donde numerosos indios jóvenes estaban sin nada que hacer. Transcurría el verano de 1881 cuando este pequeño, arrugado, herido en mil batallas y resuelto apache cruzó el río Grande con un puñado de seguidores. En menos de un mes se vieron envueltos en ocho batallas, capturaron 200 caballos y escaparon de nuevo a México, perseguidos por más de 1.000 soldados. Las incursiones de Nana se producían en una zona bastante alejada de White Mountain; sin embargo, los apaches allí concentrados supieron de sus hazañas y audaces golpes y, como su inquietud aumentaba, el ejército reaccionó enviando tropas que cercaran la reserva.

En septiembre, los chiricahuas de San Carlos se alarmaron por la presencia de la caballería cerca de su campamento. Corrían toda suerte de rumores aquí y allá; se decía, incluso, que el ejército estaba dispuesto a arrestar a todos los jefes que antaño se hubieran mostrado hostiles. Una noche,

cuando ya finalizaba el mes, Jerónimo, Juh, Naiche y unos 70 chiricahuas más se escaparon de White Mountain y emprendieron camino presuroso hacia su antiguo reducto mexicano de Sierra Madre.

Seis meses más tarde, en abril de 1882, bien armados y equipados, los chiricahuas regresaron a White Mountain. Estaban dispuestos a liberar al resto de su pueblo y a todos los apaches que quisieran regresar con ellos a México. La empresa era verdaderamente audaz. A todo galope llegaron al campamento de Jefe Loco (Chief Loco) y persuadieron a la mayoría de los chiricahuas allí presentes y a los apaches, antaño pobladores de Warm Springs, de que se unieran a su causa.

Tras ellos salieron a toda prisa seis compañías de caballería, mandadas por el coronel George A. Forsyth. (Éste había sobrevivido a la batalla que vio la muerte de Nariz Romana; véase capítulo VII.) Forsyth dio alcance a los fugitivos en Horse Shoe Canyon, pero, en una brillante acción de su retaguardia, los indios lograron mantener a raya a sus perseguidores, por lo menos el tiempo suficiente para que el grueso de su fuerza penetrara en México. Entonces ocurrió el desastre de la forma más inesperada. Un regimiento de infantería mexicano cayó sobre la columna apache y mató a la mayoría de las mujeres y de los niños que iban en vanguardia.

Entre los jefes y guerreros que lograron salvar la vida estaban Loco, Naiche, Chato y Jerónimo. Llenos de amargura, viendo sus filas terriblemente diezmadas, pronto decidieron unirse al viejo Nana y a sus guerrilleros. Para todos, se trataba ahora de una lucha por la supervivencia.

Cada uno de los levantamientos ocurridos en White Mountain había sido causa de un incremento de la fuerza

militar allí apostada. Por entonces, los soldados se encontraban por todas partes: en Fort Thomas, Fort Apache, Fort Bowie, y su creciente número hacía que la desesperación de los apaches de la reserva aumentara, día tras día, con el resultado de que cada vez eran más los que buscaban su salvación en la huida a México. Malo era, claro está, que en su huida hicieran incursiones en los ranchos de la ruta.

Para ordenar aquella situación caótica, el ejército llamó de nuevo al general George Crook, muy diferente por entonces de aquel hombre que, diez años antes, había abandonado Arizona para combatir a los sioux y a los cheyenes del norte. De unos y otros, así como de los poncas presentes en el juicio de Oso Erguido, Crook había aprendido que los indios eran seres humanos, punto de vista que no era compartido por sus compañeros de armas.

El 4 de septiembre de 1882, Crook asumió el mando del departamento militar de Arizona, en Whipple Barracks, después de lo cual se puso en camino, a toda prisa, hacia la reserva de White Mountain. Llamó a consejo a los indios, en San Carlos y en Fort Apache; buscó personalmente a los más destacados y les habló sin intermediarios. “Descubrí de inmediato lo extendido que estaba el sentimiento de desconfianza hacia nuestras promesas –informaría más tarde–. Muchos fueron los esfuerzos y no menos las tentativas fallidas hasta que lograba acceder a ellos; luego, la conversación discurría por los cauces más amistosos. Una y otra vez me decían que habían perdido la confianza en la gente, que ya no sabían a quién creer y en quién descargar sus cuitas. Gente irresponsable les había dicho que serían desarmados y atacados luego por los soldados de la reserva, cuyo objetivo era expulsarlos inexorablemente de sus tierras. Los indios llegaban a la conclusión de que sería más digno morir luchando que ser destruidos en la más abyecta

pasividad." Crook estaba convencido de que los apaches de la reserva "no sólo abundaban en las mejores razones para quejarse, sino que, además, habían demostrado una considerable fortaleza de espíritu manteniéndose en paz".

Apenas iniciadas sus investigaciones, descubrió que los indios habían sido despojados "de sus raciones y de los bienes comprados por el gobierno para su subsistencia y bienestar por agentes carentes de escrúpulos y demás vividores blancos". No le faltaron pruebas, por otra parte, de que los hombres blancos trataban por todos los medios de inducir a los apaches a la acción violenta, de modo que fuera posible expulsarlos de su reserva y hacer que sus tierras quedaran a la merced de los más aprovechados.

Antes de solicitar la colaboración completa de la oficina india para la introducción de reformas, Crook ordenó la salida inmediata de todos los mineros y tratantes blancos de la reserva. Además de no verse obligadas a vivir en la vecindad de San Carlos o de Fort Apache, a las diversas bandas de indios se les concedió el privilegio de escoger cualquier parte de la reserva para situar sus hogares y sus ranchos. Los contratos de forraje serían concedidos a los apaches en vez de a los suministradores blancos; el ejército compraría el exceso de grano y de hortalizas que los indios pudieran cultivar, pagando por ello en efectivo. A su vez, se esperaba que los indios fueran capaces de autogobernarse, de reorganizar su propio servicio de vigilancia y de establecer sus tribunales, como habían hecho durante el mandato de John Clum, y que aplicaran las normas de conducta que el tiempo y sus tradiciones habían legitimado. Crook también prometió que no habría soldados en la reserva, a menos que los indios demostraran su incapacidad para autorregirse.

Al principio, los apaches se mostraron escépticos. No habían olvidado los expeditivos modos de Crook tiempo

atrás, cuando se lo conocía más por el apelativo de Lobo Gris, el perseguidor de Cochise y de los chiricahuas. Pronto, sin embargo, renació su fe en el hombre. Las raciones se hicieron más abundantes, cesaron los engaños de agentes y mercaderes, no había soldados que los atosigaran y, por último, Lobo Gris los animaba a reunir de nuevo sus rebaños y a buscar mejores lugares para el cultivo de grano y hortalizas. Volvían a ser libres, a condición de permanecer dentro de los límites de la reserva.

Pero, iera tan difícil olvidarse de sus parientes, libres de verdad en México! De ahí que no faltara nunca el pequeño grupo de jóvenes que, tras un viaje rápido y secreto al sur, regresaran con las apasionantes noticias de sus aventuras y lances allende la frontera.

Crook dedicaba con frecuencia sus pensamientos y cavilaciones a los chiricahuas y apaches de Warm Springs refugiados en México. Sabía que era tan sólo una cuestión de tiempo que aquéllos cruzaran de nuevo la frontera para asestar nuevos golpes. Debía permanecer siempre presto ante esta posible contingencia. El gobierno de los Estados Unidos había firmado recientemente un acuerdo con el de México, en virtud del cual soldados de uno y otro país podían cruzar la frontera en persecución de apaches hostiles. El general había decidido aprovechar esta posibilidad que ahora se le ofrecía, esperando poder evitar así que la población civil de Arizona y de Nuevo México lo forzara a iniciar una guerra.

“Se da el caso con excesiva frecuencia –serían palabras de Crook– de que periódicos de la frontera diseminan toda suerte de exageraciones y falsedades acerca de los indios, las cuales son reproducidas seguidamente en medios más relevantes y de mayor circulación, de manera que rara vez se refleja la causa del indio con justicia. Se desvirtúa la verdad y la opinión general es llevada a engaño. De producirse

entonces algún incidente, la atención pública se vuelca sobre los indios, sobre sus crímenes y atrocidades, que todo el mundo se apresura a condenar, incluso aquellos cuya injusticia fue el origen del problema. Nadie conoce esta situación mejor que el indio mismo, el cual ve con asombro la iniquidad de un gobierno que sólo lo castiga a él, en tanto que permite que el hombre blanco siga con sus desmanes.”

La idea de una nueva guerra de guerrillas con los apaches despertaba en Crook los pensamientos más desagradables. No ignoraba que era prácticamente imposible someter al indio en aquel abrupto terreno, que, si se reanudaban las hostilidades, sería el marco elegido por el enemigo para la campaña. “Atendiendo a los intereses en juego, no podemos permitirnos el lujo de combatirlos –admitía el militar con sinceridad–. Como nación, somos demasiado culpables del estado actual de las cosas. Debemos, pues, procurar que en lo sucesivo se los trate con justicia y que no vuelvan a ser víctimas de la codicia del blanco.”

Crook se creía capaz de convencer a Jerónimo y a los otros jefes guerreros de sus buenas intenciones, sin combatirles, sino mediante nuevas conversaciones. Con este fin, el mejor lugar de encuentro sería sin duda uno de sus propios reductos mexicanos, lejos de reporteros sensacionalistas y de gentes sin escrúpulos que en una nueva guerra veían tan sólo ocasión de hacer negocio.

Mientras aguardaba a que se produjera una incursión que le brindara la excusa perfecta para penetrar en México, Crook reunió con quietud su “fuerza expedicionaria”. Ésta se componía de 50 soldados, más o menos, cuidadosamente elegidos, algunos intérpretes civiles y unos 200 jóvenes apaches de la reserva, muchos de los cuales en una ocasión u otra habían hecho incursiones en el país vecino. Durante las primeras semanas de 1883, parte de esta fuerza fue

trasladada hasta el tendido del nuevo Southern Pacific Railroad, que discurría a través de Arizona y por entonces llegaba hasta unos 80 kilómetros de la frontera. El 21 de marzo, tres jefes de poca monta, Chato, Chihuahua y Bonito, atacaron un campo minero próximo a Tombstone. Tras conocer la noticia, Crook aceleró los preparativos para su entrada en México. Sin embargo, hubieron de transcurrir varias semanas de paciente búsqueda hasta que sus exploradores descubrieran el campamento de los chiricahuas, en Sierra Madre.

En aquella estación que oscurece el verde de las hojas (mayo), Jerónimo descargó varios golpes contra ranchos mexicanos en busca de ganado. Los soldados habían salido tras él, pero la bien tendida emboscada del indio les causó numerosas bajas, y escapó. Si había sido afortunado ante el mexicano, no le ocurriría lo mismo frente al ejército de los Estados Unidos. De regreso a su campamento, uno de los guerreros que habían quedado en la retaguardia para protegerlo salió al encuentro de Jerónimo, con la infausta noticia de que Lobo Gris (Crook) se había adueñado del campamento y había capturado a las mujeres y a los niños.

Jason Betzinez, uno de los primos de Jerónimo que formaba parte de la partida apache, narró más tarde lo ocurrido entonces. Jerónimo había elegido a dos de sus guerreros viejos y, al amparo de una enseña blanca, los envió al encuentro de Lobo Gris. "En lugar de regresar junto a Jerónimo –serían las palabras de Betzinez–, los dos hombres se acercaron al grueso de la fuerza y nos llamaron a todos a gritos [...]. Descendimos la ladera, alcanzamos la tienda del general Crook y, tras dilatada conferencia, nos rendimos sin que mediara violencia alguna."

En realidad, Jerónimo sostuvo tres largas sesiones con Crook antes de que se llegara a un acuerdo. El cabecilla

apache declaró que siempre había deseado la paz, pero que había sido objeto de malos tratos por parte de los blancos de San Carlos. Crook no negó que aquello fuera cierto; sin embargo, insistió en que, si Jerónimo deseaba regresar a la reserva, él mismo, Lobo Gris, cuidaría de que se le hiciera justicia. Los chiricahuas que lo acompañaran tendrían que trabajar la tierra y cuidar del ganado para mantenerse por sí mismos. “No quiero despojaros de vuestras armas –añadió Crook– porque no os temo.”

A Jerónimo le habían gustado las resueltas maneras del general; sin embargo, cuando éste anunció que su columna debía ponerse en camino en un día o dos, Jerónimo decidió ponerlo a prueba, asegurarse de que verdaderamente Crook confiaba en él. El cabecilla apache insistió para obtener varios meses de plazo para reunir a su pueblo. “Permaneceré aquí –dijo– hasta que no quede hombre, mujer o niño chiricahua que no se encuentre bajo mi protección.” Con él se iba a quedar también Chato. Juntos conducirían en su día el resto de la tribu a San Carlos.

Para sorpresa de Jerónimo, Crook aceptó la propuesta. El 30 de mayo, la columna emprendió viaje hacia el norte. Con ella iban también 251 mujeres y niños y 123 guerreros, entre los que estaban Loco, Mangas (el hijo de Mangas Colorado), Chihuahua, Bonito e incluso el viejo y arrugado Nana. Todos los jefes guerreros, excepto Jerónimo y Chato, formaban parte de la expedición.

Pasaron ocho meses y le llegó a Crook el turno de sorprenderse. Fiel a su palabra, Jerónimo y Chato cruzaron la frontera en febrero de 1884; luego fueron escoltados hasta San Carlos. Jason Betzinez contaría más tarde al respecto: “Lamentablemente, Jerónimo cometió el error de llevar consigo una cuantiosa punta de ganado robado a los mexicanos. Aquello no sólo le parecía del todo apropiado,

sino, además, conveniente, puesto que de esta manera contribuiría al sustento de su pueblo. Pero no fue ésta la opinión de las autoridades, que confiscaron el rebaño". El honrado Lobo Gris ordenó que se vendieran las reses y que el producto de la venta, 1.762,50 dólares, fuera devuelto al gobierno mexicano para su distribución entre los legítimos dueños, si se podía averiguar aún quiénes eran.

Durante más de un año, Crook pudo presumir de que no hubo "falta o depredación alguna" en la zona cometida por indios de Arizona y Nuevo México. Jerónimo y Chato rivalizaban entre sí en el desarrollo de sus respectivos ranchos: entretanto, Crook no dejaba de vigilar a su agente para asegurarse de que éste dispensaba suministros adecuados en todo momento. Sin embargo, fuera de la reserva y de los puestos militares, eran numerosas las críticas al general por ser tan tolerante con los indios; los periódicos a los que antaño había condenado por difundir "toda suerte de exageraciones y falsedades acerca de los indios" se volvieron contra él. Algunos maledicentes llegaron al extremo de proclamar que Crook había capitulado ante Jerónimo en México, y había cerrado un trato con el jefe chiricahua a cambio de su libertad. En cuanto a Jerónimo, hicieron de él una especie de demonio; se inventaron relatos por docenas, y se trató de reunir a los vigilantes para que lo colgaran, ya que el gobierno no parecía estar dispuesto a ello. Mickey Free, el intérprete oficial de los chiricahuas, puso estas calumnias en conocimiento de Jerónimo. "Cuando un hombre trata de hacer el bien, tales historias no debieran hallar cabida en los periódicos", fue el comentario de Jerónimo.

Pasado el tiempo de la siembra del grano (primavera de 1885), renació el descontento entre los chiricahuas. Poco era

lo que los hombres tenían que hacer, excepto retirar sus raciones, jugar, pelearse, vagar y beber una especie de cerveza malteada. Este brebaje estaba prohibido en la reserva, pero los chiricahuas poseían gran cantidad de grano para obtenerlo, y la bebida era uno de los pocos placeres que conservaban de los viejos tiempos.

Durante la noche del 17 de mayo, Jerónimo, Mangas, Chihuahua e incluso el viejo Nana se emborracharon considerablemente y decidieron volver a México. Trataron de inducir a Chato a que se les uniera, pero éste, que no había bebido, se negó a acompañarlos. La discusión que siguió alcanzó grandes proporciones y poco faltó para que no degenerara en cruenta riña. Por fin, Jerónimo y los otros se marcharon. Con ellos iban 92 mujeres y niños, 8 muchachos y 34 guerreros. Al salir de San Carlos, Jerónimo cortó los hilos del telégrafo.

Muchas han sido las razones dadas tanto por los blancos como por los apaches para explicar este súbito éxodo de una reserva donde, al parecer, todo discurría sin problema alguno. Unos dijeron que se debió a la influencia del alcohol; otros, que los rumores que circulaban entre los chiricahuas hicieron que éstos temieran que se les arrestara sin aviso. "Habiendo conocido las cadenas, cuando la banda fue llevada por primera vez a San Carlos, algunos de los cabecillas decidieron no volver a vivir aquella amarga experiencia", declaró Jason Betzinez.

La explicación que más tarde daría Jerónimo fue otra: "Poco antes de mi marcha, un indio llamado Wadiskay acudió a mí con la noticia de que iban a arrestarme. No quise hacerle caso, sabedor de que no había cometido falta alguna. Más tarde, la mujer de Mangas, Huera, me dijo también que iban a hacerme preso y a encerrarme junto con Mangas en el calabozo. También soldados estadounidenses y apaches, así

como Chato y Mickey Free, me dieron igual noticia. No me quedaba más salida que escapar”.

La huida de Jerónimo y los suyos a través de Arizona desató una nueva campaña de rumores. Los titulares de los periódicos clamaban: “¡Los apache están fuera!”. La mera palabra “Jerónimo” se convirtió en sinónimo de sangre. La camarilla de Tucson (Tucson Ring), viendo en aquella situación una excelente oportunidad para vender suministros a los militares, insistió al general Crook para que se organizara una fuerza en protección de los indefensos ciudadanos, amenazados por los apaches asesinos. Sin embargo, lo cierto era que Jerónimo trataba desesperadamente de evitar cualquier confrontación con los blancos y no le animaba otra idea que cruzar la frontera tan pronto como fuera posible, para dirigirse a sus viejos reductos de Sierra Madre. Durante dos días y dos noches, los chiricahuas cabalgaron sin detenerse. Sobre la marcha, Chihuahua cambió de parecer y se separó de la ruta con su banda, tratando de ganar de nuevo la reserva. Los soldados destacados en persecución de los fugitivos dieron con esta pequeña partida, a la que forzaron a la lucha y a una nueva huida, salpicada de constantes y sangrientas escaramuzas hasta el mismo México. Las incursiones y los asaltos perpetrados por Chihuahua, en tanto buscaba su salvación, fueron indefectiblemente imputados a Jerónimo, más conocido que él en Arizona.

Entretanto, Crook trataba de posponer la vasta operación militar que la camarilla de Tucson y sus amigos políticos exigían de él. El general no ignoraba que el único medio de tratar con tres docenas de guerreros apaches era por vía de la negociación personal. A pesar de todo, para complacer a los ciudadanos locales, ordenó que una tropa montada se destacara de cada uno de los fuertes de la zona en busca de

los fugitivos; por otra parte, él confiaba más en sus exploradores apaches, entre los que se encontraban Alchise, hijo menor de Cochise, y el mismo Chato.

A medida que se acercaba el otoño, se hacía cada vez más evidente que Crook tendría que penetrar de nuevo en México. Las órdenes recibidas de Washington eran tajantes: matar a los fugitivos o recibir rendición incondicional.

Para entonces los chiricahuas se habían dado cuenta de que diversas unidades del ejército mexicano los aguardaban en Sierra Madre. Cogido entre dos bandos, el mexicano, que no quería sino su muerte, y el estadounidense, que buscaba su captura, Jerónimo y los demás jefes decidieron, finalmente, atender a las razones de Chato y Alchise.

El 25 de marzo de 1886, los jefes apaches hostiles se reunieron con Crook a unos pocos kilómetros al sur de la frontera, en un lugar llamado Cañón de los Embudos. Después de tres días de inflamadas arengas y encendidos debates, los chiricahuas decidieron capitular. Crook les dijo que no podría aceptar condición alguna, y a sus preguntas respondió con franqueza que aquello significaba su posible traslado al este, a Florida, donde se los retendría en calidad de prisioneros. Los indios replicaron que no se rendirían, a menos que Lobo Gris prometiera devolverlos a la reserva al cabo de dos años de prisión. Crook reflexionó cuidadosamente; el trato no le parecía injusto. Convencido de que lograría hacer comprender a sus superiores de Washington que tal rendición era mejor que ninguna, aceptó la propuesta.

—Me entrego, haz de mí cuanto quieras. Antaño fui libre como el viento. Ahora pongo mi libertad en tus manos —dijo Jerónimo.

Alchise puso fin al consejo implorando la piedad del general para sus equivocados hermanos chiricahuas.

“Ahora son todos buenos amigos, y me llena de alegría el hecho de que se hayan rendido. Todos forman conmigo una sola familia; es como cuando se da muerte a un ciervo, que todas sus partes pertenecen a un solo cuerpo. Así es con los chiricahuas [...]. Ahora no deseamos otra cosa que emprender camino hacia el futuro a lo largo de esta nueva ruta que se abre. Queremos beber las aguas de los estadounidenses y dejar de permanecer ocultos en las montañas. Ya no viviremos en el temor y la incomodidad. Estoy muy contento de que los chiricahuas se hayan rendido y de que me haya sido dado hablar por ellos [...]. Nunca te he mentado; tampoco tú a mí. Ahora te digo que estos chiricahuas quieren seguir realmente la senda del bien y vivir en paz. Si no es así, miento, y tú no debes creerme nunca más. Ahora todo está en orden; sigue adelante a Fort Bowie. Quiero que lleves contigo mis palabras. Nosotros te seguiremos.”

Convencido de que los chiricahuas llegarían al fuerte con su tropa de exploradores, Crook aceleró la marcha para telegrafiar cuanto antes al Departamento de Guerra en Washington, para informar de los términos concedidos a los jefes chiricahuas. Para colmo de males, la respuesta que obtuvo decía: “Imposible asentir a la rendición de los hostiles según los términos concedidos con referencia a su prisión por dos años y reintegración luego a la reserva”. Lobo Gris había hecho otra promesa que no podía cumplir. Una nueva desgracia lo sumió en la amargura: al día siguiente se enteró de que Jerónimo y Naiche se habían fugado de la columna, poco antes de llegar a Fort Bowie, y por aquel entonces marchaban a todo galope en dirección a México. Un comerciante perteneciente a la camarilla de Tucson los había llenado de whisky y de mentiras acerca de cómo serían colgados en Arizona, tan pronto como los blancos pudieran

ponerles la mano encima. Según contaría Jason Betzinez, Naiche se emborrachó y disparó su arma al aire. Jerónimo creyó que se había desatado la lucha con los soldados. Sin detenerse a reflexionar, espoleó su caballo y fue seguido por Naiche y por unos 30 guerreros. Más tarde, Jerónimo diría: "Me temí una traición y, ante mis crecientes sospechas, decidimos regresar". Naiche, a su vez, habló con Crook como sigue: "Me embargaba el temor de que se me llevara a un lugar desconocido, donde moriría en el más completo abandono [...]. Estos pensamientos no dejaban de bullir en mi cabeza [...]. Intercambié impresiones con los demás. Nos emborrachamos. Porque era mucho el whisky que allí había, teníamos sed y bebimos".

A consecuencia de la huida de Jerónimo, el Departamento de Guerra recriminó a Crook severamente por su negligencia y por conceder términos de rendición no autorizados, así como por su actitud tolerante hacia los indios. Su dimisión fue inmediata. Nelson Miles (Chaqueta de Oso), por entonces brigadier general ávido de nuevas promociones, fue su sustituto.

Chaqueta de Oso asumió el mando el 12 de abril de 1886. Con el pleno apoyo del Departamento de Guerra, dispuso de inmediato 5.000 soldados en pie de guerra (aproximadamente la tercera parte de la fuerza de combate del ejército). Contaba, además, con 500 exploradores apaches y con millares de civiles agrupados en una milicia irregular. Al mismo tiempo, organizó una columna de caballería en continuo movimiento y un costoso sistema de heliógrafos, que hicieron posible la comunicación constante en toda la geografía de Arizona y Nuevo México. El enemigo al que había que derrotar con esta poderosa fuerza no era otro que Jerónimo y su "ejército" de 24 guerreros. Durante todo el verano de 1886, éstos estuvieron, además, bajo el

acoso incesante de millares de soldados mexicanos.

En última instancia, fueron Capitán Nariz Grande (teniente Charles Gatewood) y dos exploradores apaches, Martine y Kayitah, quienes descubrieron el refugio de Jerónimo y Naiche, en un cañón de Sierra Madre. Jerónimo dejó su rifle en tierra y tendió sus manos a Capitán Nariz Grande, al tiempo que inquiría con calma por su salud. A continuación se interesó por la situación en los Estados Unidos. ¿Qué tal estaban los chiricahuas allí? Gatewood respondió que los que se habían rendido ya habían sido trasladados a Florida. Si Jerónimo capitulaba ante el general Miles, probablemente se reuniría con su pueblo en el mismo lugar.

Jerónimo deseaba saber cómo era Chaqueta de Oso Miles. ¿Acaso su voz era áspera o más bien agradable al oído? ¿Era cruel o bondadoso? ¿Miraba a los ojos de su interlocutor al hablar o fijaba su vista en tierra? ¿Cumpliría de verdad sus promesas? Por último, dijo a Gatewood:

—Queremos que nos aconsejes. Considérate uno más de nosotros y olvida por un momento que eres blanco. Recuerda las palabras que hoy se han pronunciado y, como si fueras apache, ¿qué nos aconsejarías hacer, dadas las circunstancias?

—Confiaría en el general Miles y me atendería a su palabra —fue la respuesta de Gatewood.

Así fue la última rendición de Jerónimo. El gran padre de Washington (Grover Cleveland), que no dudaba de la veracidad de los relatos aparecidos en la prensa acerca de los desmanes de Jerónimo, recomendó que se le diera muerte en la horca. Sin embargo, prevaleció la opinión de hombres que sabían mejor lo que convenía, y Jerónimo y sus guerreros supervivientes fueron trasladados a Fort Marion, Florida. Allí, en efecto, se encontraban sus viejos amigos; la mayoría de ellos morían lentamente en aquella tierra cálida y húmeda,

tan distinta del seco y abrupto territorio que los había visto nacer. Más de un centenar murió de una enfermedad diagnosticada como tisis. El gobierno se hizo cargo de sus hijos y los envió a la escuela india de Carlisle, Pensilvania, donde más de 50 murieron al poco tiempo de llegar.

No sólo los hostiles fueron trasladados a Florida, sino que muchos de los amistosos corrieron igual suerte, incluso los exploradores que habían trabajado para Crook. Martine y Kayitah, que habían conducido al teniente Gatewood al escondrijo de Jerónimo, no sólo no recibieron los diez caballos que se les había prometido como recompensa, sino que dieron con sus huesos en la prisión de Florida. Chato, que había tratado de disuadir a Jerónimo de su intención de abandonar la reserva, y que más tarde había ayudado a Crook a encontrarlo, fue inesperadamente sacado de su rancho y enviado asimismo al este. Perdió sus tierras y su ganado; dos de sus hijos fueron llevados a Carlisle y allí les llegó la muerte. Los chiricahuas estaban destinados a extinguirse; habían combatido demasiado para que se les permitiera vivir en libertad.

Pero no estaban solos. Eskiminzin, de los aravaipas, que había llegado a hacerse económicamente independiente en su rancho del Gila, fue arrestado bajo la acusación de comunicarse con un forajido llamado Chico Apache (Apache Kid). Eskiminzin y los 40 aravaipas supervivientes fueron a reunirse con los chiricahuas de Florida. Más tarde, estos pobres exiliados fueron trasladados a Mount Vernon Barracks, Alabama.

De no haber sido por los denodados esfuerzos de unos pocos amigos blancos, como George Crook, John Clum y Hugh Scott, los apaches habrían devuelto pronto sus abatidos cuerpos a la tierra en aquel inhóspito puesto del río Mobile. Pese a las objeciones de Chaqueta de Oso Miles y del

Departamento de Guerra, consiguieron devolver a Eskiminzin y a sus aravaipas a San Carlos. Sin embargo, los ciudadanos de Arizona se negaron a admitir de nuevo en su estado a los chiricahuas de Jerónimo. Cuando los kiowas y los comanches conocieron la triste suerte de los chiricahuas, de la que les informó el teniente Hugh Scott, ofrecieron a sus viejos enemigos apaches una parte de su propia reserva. En 1894, Jerónimo condujo a los supervivientes a Fort Sill. A su muerte, en 1909, todavía era prisionero de guerra; fue enterrado en el cementerio apache. Y aún hoy persiste la leyenda de que poco después del desenlace, sus huesos fueron exhumados y llevados a algún lugar oculto del suroeste, quizá a las Mogollons o a las Chiricahua Mountains, acaso hacia el interior más profundo de Sierra Madre de México. Fue el último de los jefes apaches.

VIENEN LOS BÚFALOS

Ha ti wa-ka i tā-ra-ha ha _ rō ra

kū ra ra wa - kū - e - ru , tā . ra - ha _ rō ra tā-

ra ha _ rō ra tā-ra - ha _ rō ra tā-ra-ha a rō ra

ra ũ - ra wē ri - ku sa tā-ra' - ha ha _ rō ra tā

ra - ha _ rō ra tā-ra - ha _ rō ra tā-ra-ha a rō ra

Escuchad, dijo, se acerca el búfalo a lo lejos,

*Éstas son sus palabras, se acerca el búfalo a lo lejos,
Camina, se detiene, se acerca,
Se le divisa en lontananza.*

XVIII. LA DANZA DE LOS ESPÍRITUS

1887: El 4 de febrero, el Congreso de los Estados Unidos crea la comisión de comercio interestatal para regular el ferrocarril. El 21 de junio, Gran Bretaña celebra el Jubileo de Oro de la reina Victoria. Del 2 al 4 de julio, los veteranos unionistas y confederados se reúnen en Gettysburg.

1888: El 14 de mayo, la esclavitud es abolida en Brasil. El 6 de noviembre, Grover Cleveland recibe más votos populares que Benjamin Harrison; sin embargo, éste obtiene la presidencia por votos electorales.

1889: El 4 de marzo, Benjamin Harrison jura el cargo de presidente de Estados Unidos. El 23 de marzo, el presidente Harrison abre Oklahoma (anteriormente Indian Territory) a los colonos blancos. El 31 de marzo se inaugura la Torre Eiffel en París. El 31 de mayo, las inundaciones de Johnstown causan 5.000 muertos. Entre el 2 y el 11 de noviembre, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Montana y Washington se convierten en estados de la Unión.

1890: El 25 de enero, Nellie Bly gana la carrera alrededor del mundo en 72 días, 6 horas y 11 minutos. El 1 de junio, la población de los Estados Unidos asciende a 72.622.250 habitantes. Los días 3 y 10 de julio, Idaho y Wyoming se convierten en los estados 43 y 44, respectivamente, de la Unión.

Si un hombre pierde algo, vuelve sobre sus pasos y lo busca cuidadosamente, lo encontrará; eso y no otra cosa es lo que hacen los indios, ahora, al acudir a ti en demanda de lo que se les prometió en el pasado; y no creo que sea justo que se los trate como bestias. Ésta es la razón de que hayan crecido en mí los sentimientos que albergo. [...] Me doy cuenta de que mi país ha ganado

mala fama y yo quiero que su nombre sea limpio; así solía ser; a veces, cuando me siento a meditar en paz, me pregunto quién te ha dado este mal nombre.

TATANKA YOTANKA (TORO SENTADO)

Nuestra tierra es lo que más amamos en el mundo. Los hombres toman la tierra y se enriquecen con ella. Para nosotros, los indios, es muy importante conservarla.

TRUENO BLANCO (WHITE THUNDER)

Todos los indios deben danzar; en todo lugar, seguir la danza. Muy pronto, con la próxima primavera, vendrá el Gran Espíritu. Traerá caza de toda clase. Abundarán las piezas por todas partes. Todos los indios muertos regresarán y revivirán entre nosotros. Serán fuertes como nuestros jóvenes bravos y resplandecerá en ellos la juventud. El viejo indio verá otra vez, rejuvenecerá y disfrutará de la vida. Cuando el Gran Espíritu venga a nosotros, los indios todos subirán a las montañas, a lo más alto y alejado de los blancos. Éstos no podrán hacerles daño. Mientras los indios permanezcan allá arriba, una gran inundación arrastrará a sus enemigos y los ahogará. Después, se retirarán las aguas y nadie sino los indios poblarán la tierra, mientras la caza generosa aparece en todos los lugares. Los hombres de la medicina dirán a los indios que dancen y que corran la voz de que así debe ser para que lleguen tiempos mejores. Quienes no participen

en la danza, no crean estas palabras, crecerán poco, apenas un palmo, y así se quedarán. Otros se convertirán en madera y serán pasto de las llamas.

WOVOKA, EL "MESÍAS" PIUTE

Con la capitulación que puso fin a las guerras de 1876-1877, las tribus de sioux tetons perdieron el territorio del río Powder y las Colinas Negras. El siguiente paso del gobierno consistió en modificar el límite occidental de la gran reserva sioux, que fue llevado del meridiano 104 al 103; de esta manera se despojaba a los indios de una franja de terreno de 80 kilómetros, contigua a las Colinas Negras, y de un triángulo de valiosas tierras limitadas por los brazos del río Cheyene. En 1877, después de que el gobierno hubiera expulsado a los sioux de Nebraska, a éstos no les quedaba más que una zona en forma de yunque, situada entre el meridiano 103 y el río Missouri; unos nueve millones de hectáreas en Dakota, que los agrimensores del gobierno habían considerado sin valor alguno.

Algunos funcionarios deseaban trasladar a todos los tetons a Indian Territory; otros abogaban por el establecimiento de reservas siguiendo el curso del río Missouri. Ante las encendidas protestas de Nube Roja y de Cola Moteada, se llegó por último a un compromiso. Los oglalas del primero se establecerían en el rincón suroeste de la reserva, en Wazi Ahanhan (Pine Ridge). Las diferentes bandas de oglalas montaron sus campamentos junto a los arroyos que iban a unirse al río White: Yellow Medicine, Porcupine Tail y Wounded Knee. Al este de Pine Ridge, Cola Moteada y sus brulés ocuparon las tierras adyacentes al Little White; su

asentamiento llevaba el nombre de Rosebud. Para las restantes tribus sioux se establecieron otros asentamientos: Lower Brulé, Crow Creek, Cheyene River y Standing Rock. Éstos iban a persistir casi un siglo; sin embargo, la mayor parte de los nueve millones de hectáreas de la gran reserva sioux iban a serles confiscadas gradual e inexorablemente.

Mientras los tetons se establecían en sus nuevos poblados, una gran ola migratoria procedente del norte de Europa hacía su entrada en Dakota oriental, presionando sobre el límite de la gran reserva sioux marcada por el río Missouri. En Bismarck, una línea de ferrocarril tendida hacia el oeste estaba bloqueada por la reserva. Los colonos con destino a Montana y al noroeste reclamaban la construcción de carreteras a través del territorio indio. Promotores ávidos de hacerse con tierra barata para vender con grandes beneficios a los inmigrantes urdían los planes más retorcidos para desintegrar la gran reserva sioux.

En los viejos tiempos, los sioux habrían luchado para mantener a los intrusos fuera de sus tierras; ahora, desarmados, sin caballos, incapaces siquiera de vestirse adecuadamente, su resignación era patética. El más grande de sus jefes supervivientes, Toro Sentado, estaba exiliado en Canadá. Él y sus 3.000 seguidores eran libres, poseían armas y caballos. Es posible que regresaran algún día.

La presencia de Jerónimo, libre, en México, y la de Toro Sentado en Canadá constituían para el gobierno de los Estados Unidos un peligroso símbolo de subversión. El ejército hacía esfuerzos frenéticos por lograr que el cabecilla hunkpapa y sus seguidores cayeran bajo su control. Por fin, en septiembre de 1877, el Departamento de Guerra acordó con el gobierno canadiense que se permitiera al general Alfred Terry y a una comisión especial cruzar la frontera en

dirección a Fort Walsh, escoltados por la Real Policía Montada de Canadá. Terry debía reunirse allí con Toro Sentado, a quien le prometería el perdón siempre que entregara sus armas y sus caballos y conviniera en regresar con su gente al asentamiento hunkpapa de Standing Rock, en la gran reserva sioux.

Al principio, Toro Sentado se resistía a tratar con Terry. “Es inútil hacer tratos con los estadounidenses –dijo al comisionado James Macleod de la Policía Montada–. Son todos unos mentirosos, nada de lo que dicen puede creerse.” Sólo la imperiosa insistencia de Macleod, que tenía la esperanza de librarse por fin de Toro Sentado, logró persuadir al hunkpapa de que acudiera a Fort Walsh, para participar en el consejo convocado para el 17 de octubre.

Una Estrella Terry abrió la sesión con un breve parlamento.

—Tu banda es la única que no se ha rendido. [...] Hemos recorrido cientos de kilómetros para hacerte llegar este mensaje del gran padre, que, como ya te he dicho anteriormente, desea vivir en paz con todo su pueblo. Demasiada ha sido la sangre blanca e india que se ha vertido. Es hora de que cese la lucha.

—¿Qué hemos hecho para que desees poner fin a nuestra libertad? —replicó Toro Sentado—. No somos culpables de nada. Son los tuyos los que nos han forzado a estas depredaciones. No podíamos ir a parte alguna y por eso buscamos refugio en este país. [...] Me gustaría saber de verdad qué te trae aquí. [...] Vienes a contarnos mentiras y nosotros no queremos oírlas. No me gusta que se use este lenguaje conmigo, no me gusta que se me mienta en la casa de mi gran madre (la reina Victoria). No digas más. Vuelve por donde has venido. [...] Las tierras que un día me disteis me fueron arrebatadas más tarde. He venido a vivir con este

pueblo y no tengo intención de cambiar mis planes.

Luego, Toro Sentado dejó que hablaran varios de sus seguidores, incluido un santee y un yankton que se habían unido a su banda. Sus declaraciones abundaron en lo ya dicho. Después sucedió algo insólito; una mujer fue llevada al consejo, ésta era La que Habla Una Vez (The-One-Who-Speaks-Once). Algunos indios declararían más tarde que aquel hecho constituía un insulto deliberado a Terry, pues jamás se había permitido que una mujer hablara en consejo con un visitante. Las palabras de ésta fueron: "He vivido en tu país; deseaba que mis hijos crecieran allí, pero no me diste tiempo. Vine aquí para que se hicieran hombres en paz. Es todo lo que tengo que decirte. Quiero que regreses ahora por donde has venido y que sepas que este pueblo que me acoge es el que verá crecer a los míos".

Finalizada la sesión, Una Estrella Terry sabía perfectamente que cualquier nueva petición sería inútil. Su única esperanza dependía del comisionado Macleod, que convino en explicar la postura del gobierno canadiense con respecto a los hunkpapas. Así, informó a Toro Sentado de que el gobierno de la reina lo consideraba un indio estadounidense que se había refugiado en Canadá, es decir, que no podía proclamarse británico en modo alguno. "No debes esperar nada del gobierno de Su Majestad –dijo–, salvo protección, en tanto te comportes debidamente. Tu única esperanza estriba en el búfalo, y no pasarán muchos años hasta que esta fuente de suministros se te agote. No debes cruzar la frontera con intenciones hostiles. Si lo haces así no sólo los estadounidenses serán tus enemigos, sino también la Policía Montada y el gobierno británico."

Nada de cuanto dijera Macleod podía cambiar la decisión de Toro Sentado, que seguía decidido a permanecer en las tierras de la gran madre.

Una Estrella Terry reemprendió el regreso a los Estados Unidos al día siguiente. El informe remitido al Departamento de Guerra decía: "La presencia de esta considerable fuerza de indios, amargamente hostiles a nosotros, tan cerca de la frontera, constituye una amenaza constante para la paz de nuestro pueblo".

Los exiliados de Toro Sentado permanecieron en Canadá durante cuatro años; de haber contado con la colaboración del gobierno es probable que hubieran logrado terminar sus vidas en las llanuras de Saskatchewan. Sin embargo, el gobierno de la reina había considerado, desde un principio, que Toro Sentado representaba una fuente de problemas potenciales, además de ser un huésped oneroso, puesto que tuvo que asignar fuerzas adicionales de la Policía Montada para que vigilaran sus movimientos. De vez en cuando, aquel hecho daba motivo a toda clase de comentarios jocosos. El 18 de febrero de 1878, un miembro de la Cámara de los Comunes canadiense suscitó la cuestión de cuánto había costado al gobierno, en presupuestos adicionales, "la presencia de Toro Sentado a este lado de la frontera".

Sir John McDonald: "No veo cómo un toro sentado puede cruzar la frontera".

Mister Mackenzie: "No, a menos que se levante".

Sir John: "Entonces no es un toro sentado".

Las discusiones que se suscitaban en el Parlamento canadiense, a raíz del problema de los exiliados, no pasaban de ahí. Jamás llegó a ofrecerse ayuda de ninguna clase: ni siquiera en alimentos y vestidos; y así, durante los inviernos más duros, los indios sufrían indeciblemente por la falta de cobijo y de mantas. La caza escaseaba, faltaba siempre la carne, así como pieles para confeccionar vestidos y recubrir los tipis. La nostalgia parecía afectar más a los jóvenes que a los viejos. "Empezamos a sentir añoranza de nuestro país, en

el que solíamos ser felices”, diría uno de los jóvenes oglalas. A medida que pasaban las estaciones, unas pocas familias, andrajosas y hambrientas, empezaron a cruzar la frontera para rendirse en las reservas sioux de Dakota.

Toro Sentado imploró a los canadienses que concedieran a su pueblo una reserva en la que pudieran mantenerse por sí mismos; fue en vano, pues repetidamente se le dijo que, al no ser súbdito británico, no tenía derecho alguno. Durante el crudo invierno de 1880, fueron muchos los caballos sioux que murieron de frío a causa de las tormentas; al llegar la primavera, el número de los exiliados que se dirigían hacia el sur aumentaba por momentos. Varios de los más leales lugartenientes de Toro Sentado, incluidos Gall y Rey Cuervo, abandonaron también toda resistencia y emprendieron la ruta de la gran reserva sioux.

Por fin, el 19 de julio de 1881, Toro Sentado y 186 de los seguidores que le quedaban cruzaron la frontera y se presentaron en Fort Buford. El caudillo indio vestía una harapienta camisa de percal, calzaba unos mocasines harto remendados y cubría sus espaldas con una manta sucia. Parecía muy viejo y abatido cuando entregó su Winchester al comandante del puesto. En vez de ser enviado al asentamiento hunkpapa de Standing Rock, el ejército rompió su promesa de concederle el indulto y lo retuvo prisionero en Fort Randall.

A finales del verano de 1881, el regreso de Toro Sentado se vio ensombrecido por el asesinato de Cola Moteada. El autor del crimen no fue un blanco, sino uno de los seguidores de la víctima, Perro Cuervo (Crow Dog). Éste había disparado sobre el jefe brulé, sin previo aviso, mientras aquél cabalgaba por la reserva de Rosebud.

Los funcionarios de la agencia explicaron la muerte de Cola Moteada como el resultado de una pelea por una mujer;

sin embargo, los amigos del muerto declararon que había sido un complot urdido para minar la autoridad de los jefes, que se intentaba transferir a hombres más sumisos y complacientes con los deseos de la oficina india. Nube Roja estaba convencido de que se había buscado un asesino alevoso para que eliminara a Cola Moteada, por su insobornable defensa de los intereses de su pueblo. “El hecho se atribuyó a los indios porque fue un indio quien lo perpetró –dijo–, pero, ¿quién animó a éste?”

Menguada ya la ira causada por la muerte de Cola Moteada, todos los sioux volvieron sus ojos hacia Toro Sentado, recluido en Fort Randall. Fueron muchos los jefes y subjefes que acudieron a visitarlo, a expresarle sus mejores deseos y a honrarlo como superior. También llegaron hasta él periodistas de todos los lugares. En vez de ser olvidado como había creído, el gran indio se había hecho célebre. En 1882, representantes de los diversos asentamientos sioux fueron a solicitar su consejo acerca de una nueva propuesta del gobierno para la división de la gran reserva en zonas más pequeñas y la venta consiguiente de aproximadamente la mitad de las tierras, que serían destinadas a la colonización. Toro Sentado aconsejó negarse; a los sioux no les sobraba tierra.

A pesar de su resistencia, faltó poco para que los indios perdieran cerca de 3.500.000 hectáreas, en 1882, por las tretas de una comisión encabezada por Newton Edmunds, un experto en el negocio de despojar de bienes a los indios. Sus colegas eran Peter Shannon, abogado, y James Teller, hermano del nuevo secretario de Asuntos Interiores. A título de “intérprete especial” los acompañaba nada menos que el reverendo Samuel D. Hinman, misionero de los sioux desde los tiempos de Pequeña Corneja. Hinman creía que lo que los indios necesitaban de verdad era menos tierra y más

cristianismo.

En sus desplazamientos de un asentamiento a otro, Hinman decía a los jefes que su presencia obedecía a la necesidad de buscar un emplazamiento adecuado en la reserva para los seis asentamientos. Aquello era necesario, dijo, para que las diferentes tribus sioux pudieran reivindicar sus zonas respectivas como propias y conservarlas en tanto vivieran. “Una vez que hayamos emplazado los asentamientos –dijo Hinman a Nube Roja–, el gran padre os concederá 25.000 vacas y 1.000 toros.” Sin embargo, para hacerse con este ganado, los sioux debían firmar previamente ciertos documentos que llevaban consigo los comisionados. Ninguno de los jefes sioux sabía leer, razón por la cual no advirtieron que, al estampar su firma, renunciaban a 3.500.000 hectáreas de tierra a cambio de las vacas y los toros prometidos.

Cuando, en ocasiones, aquellos funcionarios tropezaban con el escepticismo de los indios, Hinman recurría a zalamerías o a amenazas. Para obtener la mayor cantidad posible de firmas no vaciló en acudir a muchachos, incluso de sólo siete años de edad (según los términos del tratado, sólo podían firmar indios adultos). Durante una reunión celebrada en Wounded Knee Creek, reserva de Pine Ridge, Hinman dijo a los indios que si no firmaban, no recibirían más raciones ni rentas y que, además, serían deportados a Indian Territory.

Muchos de los sioux más viejos, que habían visto cómo se contraían los límites de sus tierras después de firmar documentos similares, sospecharon que Hinman trataba de robarles la reserva. Cabello Amarillo (Yellow Hair), un jefecillo que vivía en Pine Ridge, se opuso decidido a la maniobra; fue en vano y, ante las amenazas del reverendo, tuvo que claudicar. Finalizada ya la ceremonia de la firma, y una vez los comisionados se hubieron despedido, Cabello

Amarillo tomó una bola de tierra del suelo e irónicamente se la presentó al agente de Pine Ridge, el doctor Valentine McGillicuddy: "Hemos regalado casi toda nuestra tierra, mejor será que tomes tú lo que queda. Helo aquí", dijo el indio.

A principios de 1883, Edmunds y Hinman se presentaron en Washington con su montón de firmas y lograron que se votara en el Congreso un decreto en virtud del cual la mitad de las tierras de la gran reserva era cedida a los Estados Unidos. Afortunadamente, los sioux disponían de suficientes amigos en la capital para que el decreto fuera impugnado hasta que no se demostrara que todas las firmas eran legales y, aun así, el hecho incuestionable era que Edmunds y Hinman no habían logrado obtener las firmas necesarias, correspondientes a las tres cuartas partes de la población india adulta.

Otra comisión, encabezada esta vez por el senador Henry L. Dawes, fue despachada de inmediato a Dakota para investigar los métodos usados por Edmunds y Hinman. Las argucias utilizadas por sus predecesores quedaron pronto al descubierto. Durante las entrevistas realizadas, Dawes preguntó a Nube Roja si creía que Hinman era honrado. "Hinman os ha engañado a todos –replicó Nube Roja–, os ha llenado la cabeza de palabras y ahora venís a nosotros en busca de explicaciones."

Perro Rojo declaró que Hinman les había hablado de darles vacas y toros pero que jamás mencionó que los sioux debían renunciar a sus tierras a cambio. Pequeña Herida, a su vez, declaró: "Hinman nos dijo que, en la situación presente, ningún indio de la reserva podía señalar cuál era su propiedad. Así, el gran padre y su consejo pensaron que sería mejor proceder a la división de las tierras. Por esta razón firmamos los papeles".

—¿Dijo algo acerca de que el gran padre se quedaría con el resto? —preguntó el senador Dawes.

—No, señor, no dijo nada al respecto.

Cuando Trueno Blanco espetó a Dawes que el papel que habían firmado no era sino una prueba más de truhanería, el senador le preguntó qué quería decir con aquello.

—Truhanería es que vinieran a hacerse con nuestras tierras a precio tan bajo, eso y no otra cosa es lo que significa.

—¿Quieres decir, acaso, que los indios estarían dispuestos a ceder sus tierras si obtuvieran mejor precio por ellas? —preguntó el senador.

—No, señor, no estarían dispuestos a semejante trato—replicó Trueno Blanco—. Nuestra tierra es lo que más queremos en este mundo. Los hombres toman la tierra y se enriquecen con ella, y para nosotros es muy importante conservarla.

Poco antes de la llegada de la comisión Dawes a Dakota, Toro Sentado fue liberado por las autoridades de su prisión de Fort Randall y trasladado al asentamiento hunkpapa de Standing Rock. El 22 de agosto, recién llegados los hombres del gobierno para registrar el testimonio de los indios, acudió al asentamiento para asistir al consejo. Los comisionados ignoraban deliberadamente la presencia del jefe sioux más famoso que quedaba con vida, solicitando en primer lugar el testimonio de Antílope que Corre (Running Antelope) y luego el del joven John Grass, hijo de Old Grass, jefe de los sioux piesnegros.

Por fin, el senador Dawes se volvió hacia el intérprete y dijo:

—Pregunte a Toro Sentado si tiene algo que comunicar a esta comisión.

—Por supuesto que te hablaré, si así lo deseas —

respondió éste—, aunque supongo que sólo aquellos a los que deseáis oír cuentan en este asunto.

—Supusimos que los indios elegirían sus portavoces —dijo Dawes—, pero quienquiera que desee hablar, o el hombre que los indios señalen, que se dirija a nosotros si tiene algo que comunicarnos.

—¿Acaso sabes quién soy, que hablas de esta manera?

—Sé que eres Toro Sentado, si tienes algo que decir te escuchamos.

—¿Me conoces? ¿De verdad que sabes quién soy?

—Sé que eres Toro Sentado.

—Dices que me conoces, pero ¿sabes qué posición detento?

—No reconozco diferencia alguna entre tu persona y la de los demás.

—Me encuentro aquí por voluntad del Gran Espíritu, y por ella soy jefe. Mi corazón es rojo y dulce, y sé que es así, porque todo cuanto pasa por mi lado le habla; sin embargo, vosotros habéis venido para hablarnos y decís que no me conocéis. Quiero que sepas que, si el Gran Espíritu ha elegido a alguien para ser jefe de este país, ése soy yo.

—No importa a título de qué estás hoy entre nosotros; si deseas decir algo, te escucharemos. De lo contrario, levantaremos la sesión.

—Sí, es lo correcto —dijo Toro Sentado—. Os habéis conducido como hombres que han estado bebiendo whisky; yo vine a aconsejaros.

Tras hacer un arrogante gesto con la mano se levantó y salió de la sala, seguido por todos los indios presentes.

Nada podría haber afectado más a los comisionados que la idea de que los sioux se congregaran en torno a un poderoso jefe como Toro Sentado. Algo así pondría en peligro la política india del gobierno, destinada a borrar todo lo que

hubiera de indio en aquellas tribus para convertirlas en algo más cercano al modo de vida de los blancos. En menos de dos minutos, ante sus propios ojos, habían permitido que Toro Sentado demostrara su poder para bloquear aquella política.

Avanzado el día, otros destacados hunkpapas hablaron con Toro Sentado; le juraron lealtad, pero insistieron en que no debía haber ofendido a los comisionados. Aquéllos no eran como los ladrones de tierras que los habían visitado el año anterior; esos representantes del gran padre habían venido a ayudarlos, no a despojarlos de la tierra.

Toro Sentado no estaba convencido en absoluto de la honradez de blanco alguno; sin embargo, si había cometido un error, estaba dispuesto a excusarse. De este modo, comunicó a los comisionados que deseaba reunirse de nuevo con ellos.

En su presencia, inició su parlamento como sigue: “He venido para pedirlos perdón por mi reprochable conducta y para retirar mis palabras. Deseo que se olviden porque creo que causaron dolor en vuestros corazones. Quiero que se borre de vuestro recuerdo lo que dije e indujo a mi gente a abandonar el consejo, me disculpo también por hacer otro tanto [...], os abriré ahora mi corazón y espero que mis palabras sean rectas. Sé que el Gran Espíritu me observa desde lo alto y que oírás cuanto digo, por esta razón hablaré sinceramente. Espero que alguien atenderá a mis razones y me ayudará a llevarlas a la práctica”.

A continuación relató las vicisitudes atravesadas por su pueblo, al tiempo que narraba su propia historia. Enumeró luego el ingente número de promesas rotas por el gobierno, pero concluyó que había prometido seguir la senda del hombre blanco y estaba decidido a hacerlo así en el futuro. “Si a un hombre se le pierde algo, vuelve sobre sus pasos y

lo busca cuidadosamente, pues con seguridad dará con ello; así hacen ahora los indios al pedirlos que les concedáis las cosas que prometisteis en tiempos pasados. No creo que ello pueda ser razón para que los tratéis como bestias, hecho que ha sido causa de los amargos sentimientos que me embargan [...], el gran padre me dijo que con su perdón se borraban mis deudas pasadas y que su bondad cuidaría de guiar mis pasos futuros; acepté sus palabras y regresé sin temor. Me dijo también que no me apartara de la senda del hombre blanco y yo le aseguré que todos mis esfuerzos se dedicarían a cumplir sus deseos. Me doy cuenta de que mi país ha adquirido mal nombre, y yo quiero que recupere el propio, intachable; así ha sido siempre. A veces, cavilante, me pregunto quién ha sido el que lo ha manchado.”

A continuación, Toro Sentado pasó a describir las condiciones que pesaban sobre la vida del indio. Ciertamente, éste no tenía ninguna de las cosas que poseía el blanco. Si esperaba hacerlo a semejanza de aquél, era necesario que se lo dotara de herramientas, ganado, carromatos y utensilios varios “porque así era como el blanco se ganaba la vida”.

En vez de aceptar las excusas de Toro Sentado con buena voluntad y gentileza, los comisionados lanzaron su ataque. El senador John Logan le recriminó por haber causado la suspensión del consejo anterior y por haber tachado de borrachos a los miembros de la comisión. “Quiero añadir que tú no eres un gran jefe de este país –continuó Logan–, que ya no tienes poder, control, ni seguidor alguno, ni derecho a ellos. Te encuentras en una reserva india a expensas exclusivamente del gobierno. Éste te alimenta, te viste, educa a tus hijos y es dueño de todo lo que poseéis. Si no fuera por el gobierno, estarías en las montañas tiritando de frío y pasando hambre. Te hablo de este modo para hacerte

saber que no puedes insultar impunemente al gobierno de los Estados Unidos de América o a sus representantes [...], que en su nombre cuidan de que se os alimente, vista y sean educados vuestros hijos, al tiempo que se disponen a enseñaros el cultivo de la tierra y a civilizaros para *hacer de vosotros unos seres semejantes al blanco*".

Para acelerar el proceso de transformación de los sioux, la oficina india destinó a James McLaughlin al asentamiento de Standing Rock. McLaughlin, o Cabello Blanco (White Hair), como le llamaban los indios, era un veterano en estas lides; estaba casado con una mestiza santee y contaba con la confianza de sus superiores, en el sentido de que sería capaz de destruir con eficiencia y por completo hasta los más pequeños vestigios de la cultura sioux, que debía ser reemplazada por la civilización de los hombres blancos. Tras la partida de la comisión Dawes, Cabello Blanco McLaughlin procuró minimizar la influencia de Toro Sentado, tratando con Gall los asuntos referentes a los hunkpapas y con John Grass los que concernían a los piesnegros. Todos los pasos de Cabello Blanco estaban deliberadamente calculados para mantener a Toro Sentado en una posición desairada y demostrar a los sioux de Standing Rock que su viejo héroe era incapaz de dirigirlos o ayudarles.

Las maniobras de Cabello Blanco no surtieron efecto alguno, pues la popularidad de Toro Sentado entre los sioux se mantuvo viva, incluso aumentó. Todos los visitantes de la reserva, indios o blancos, deseaban conocerlo. En el verano de 1883, cuando la compañía del Northern Pacific Railroad celebró el tendido de la última traviesa en la línea transcontinental, uno de los directores encargados de las ceremonias decidió que resultaría apropiada la presencia de un jefe indio para dar la bienvenida al gran padre y a su séquito. Toro Sentado fue el elegido, no se pensó en ningún

otro, y un joven oficial del ejército, que comprendía la lengua sioux, colaboró con el viejo indio en la preparación del discurso. Éste sería pronunciado en sioux y traducido seguidamente por el oficial.

El 8 de septiembre, Toro Sentado y el joven chaqueta azul llegaron a Bismarck para la suntuosa celebración. Juntos cabalgaron a la cabeza de un impresionante desfile y fueron a ocupar un sitio preeminente en la tarima de los oradores. Cuando llegó su turno, Toro Sentado se irguió, arrogante, y comenzó a hablar con voz grave y segura. El joven oficial escuchaba atónito, al borde del desmayo. Toro Sentado había alterado por completo el florido texto de bienvenida. "Odio a todos los blancos –decía–. Sois ladrones y mentirosos. Nos habéis despojado de la tierra y convertido en desechos." Sabedor de que sólo el joven oficial podía comprender sus palabras, Toro Sentado alternaba su parlamento con ocasionales pausas en espera del aplauso. Entonces, sonreía y se inclinaba levemente antes de iniciar una nueva sarta de insultos. Al fin, tomó asiento de nuevo, para ceder el turno al desconcertado intérprete. Éste no contaba sino con una breve traducción escrita, unas cuantas frases amistosas; pero al recurrir a varias metáforas indias conocidas, llevó a los presentes al entusiasmo más generoso, que se tradujo en una atronadora explosión de aplausos para Toro Sentado. El jefe hunkpapa era tan popular que los funcionarios del ferrocarril lo llevaron a Saint Paul para otra ceremonia.

El verano siguiente, el secretario del Interior concedió permiso para que Toro Sentado visitara 15 ciudades estadounidenses. La presencia de éste creaba tal sensación, que William F. (Buffalo Bill) Cody decidió que debía sumar a aquella figura insigne a su espectáculo del salvaje oeste. La oficina india opuso cierta resistencia al principio, pero cuando se requirió el consejo de Cabello Blanco McLaughlin, éste no

ocultó su entusiasmo. “Por lo que más queráis –dijo–, dejad que Toro Sentado viaje con la compañía.” En Standing Rock, el jefe indio constituía un símbolo constante de la resistencia india, un defensor inquebrantable de la cultura que McLaughlin estaba decidido a erradicar. A Cabello Blanco le habría gustado que Toro Sentado se fuera de gira para siempre.

Así fue como en el verano de 1885, Toro Sentado se unió a la compañía de Buffalo Bill, que recorría Estados Unidos y Canadá. Su presencia atraía multitudes. Las maldiciones y los denuestos que algunas veces suscitaba la presencia del “asesino de Custer” eran ahogados inmediatamente por la multitud que le arrojaba monedas a cambio de su fotografía autografiada. Toro Sentado repartía la mayor parte de su dinero entre la banda de muchachos hambrientos y andrajosos que parecían seguirlo allá donde fuera. En una ocasión dijo a Annie Oakley, otra de las estrellas del espectáculo del salvaje oeste, que no podía comprender cómo los blancos podían ser tan indiferentes a las miserias de sus semejantes. “El hombre blanco sabe cómo fabricar todas las cosas –dijo–, pero no sabe cómo distribuirlas.”

Finalizada la temporada, regresó a Standing Rock con dos regalos que le había hecho Buffalo Bill en señal de despedida: un gran sombrero blanco y un caballo notable. El animal había sido adiestrado para sentarse y elevar una pata al sonido de un disparo.

En 1887, Buffalo Bill invitó a Toro Sentado a que lo acompañara en una gira por Europa, pero el jefe rechazó la propuesta. “Se me necesita más aquí –dijo–. Corren rumores de que se nos quiere despojar de la tierra.” Este nuevo intento de expolio no se produjo hasta el año siguiente, con la llegada de una comisión de Washington con la misión de definir unos nuevos límites para la reserva, que concedían a

los colonos una superficie de casi 5.000.000 de hectáreas. Los comisionados ofrecieron a los indios poco más de un dólar por hectárea de terreno. Toro Sentado no tardó en ponerse en contacto con Gall y John Grass, para convencerles de que los sioux no podían aceptar el trato. No les sobraba tierra alguna. Durante un mes, los comisionados trataron infructuosamente de persuadir a los indios de Standing Rock de que Toro Sentado los guiaba mal, de que aquella cesión sería beneficiosa para ellos y de que, si no se realizaba por las buenas, bien podía serlo a la fuerza. Sólo 22 firmaron el documento. Conscientes de su incapacidad para obtener en los asentamientos de Crow Creek y Lower Brulé la mayoría de las tres cuartas partes requeridas, los comisionados renunciaron a su tarea. Regresaron a Washington sin haber tratado siquiera de tentar a la suerte en Pine Ridge y Rosebud, y recomendaron que el gobierno ignorara el tratado de 1868 y ocupara inmediatamente las tierras, a pesar de la oposición.

En 1888, el gobierno de los Estados Unidos aún no se sentía preparado para derogar un tratado; al año siguiente, sin embargo, el Congreso dio el primer paso en este sentido. Los políticos consideraron conveniente forzar a los indios a vender una gran porción de su reserva bajo la amenaza velada de que, si no lo hacían, la perderían toda. Si el plan prosperaba, el gobierno no se vería obligado a romper el tratado.

Sabedores de que los indios confiaban en el general George Crook, los funcionarios de Washington convencieron a éste, en primer lugar, de que los indios lo perderían todo si no aceptaban voluntariamente aquella nueva división de sus tierras. Crook aceptó el encargo de encabezar una nueva comisión y se lo autorizó para ofrecer a los indios algo más de tres dólares por hectárea, es decir, unas tres veces más

que la cantidad ofrecida por sus predecesores.

En compañía de dos diligentes políticos, Charles Foster, de Ohio, y William Warner, de Missouri, Crook se dirigió a la gran reserva sioux en mayo de 1889. Estaba decidido a obtener las tres cuartas partes de firmas de varones adultos que requería el trato. Tres Estrellas dejó su uniforme azul en Chicago y se preparó para el encuentro de sus antiguos enemigos vistiendo un arrugado traje gris de franela. Deliberadamente, eligió el asentamiento de Rosebud para su primer consejo. Desde el asesinato de Cola Moteada, los brulés se habían dividido en numerosas facciones; Crook estaba convencido de que no serían capaces de oponer frente común a sus demandas.

Pero no contaba con Oso del Cuerno Hueco (Hollow Horn Bear), que insistió en que los comisionados convocaran a los jefes de los seis asentamientos para un consejo común, en lugar de tratar con ellos sucesivamente.

—Vosotros queréis que la jugada os resulte muy fácil aquí —les espetó el indio de manera acusadora—, para dirigiros luego a los demás asentamientos y decirles que nosotros ya hemos firmado.

—El gran padre nos ha ordenado consultar con los indios de los diferentes asentamientos —replicó Crook—, porque estamos en primavera y, si os congregáis todos a la vez en un lugar, vuestras cosechas sufrirán.

Oso del Cuerno Hueco se negó a colaborar, y otro tanto ocurrió con Gran Halcón (High Hawk).

—El terreno que ahora habéis delimitado para nosotros no ocupa sino una extensión mínima —dijo Gran Halcón—. Y yo espero que mis hijos tengan hijos y nietos, y se extiendan por todo el país; ahora, lo que queréis equivale a insultar mi hombría al privarme de engendrar hijos.

—Siempre que os damos tierra es para no recuperarla

jamás, así que esta vez queremos pensarlo muy bien antes de renunciar a lo nuestro —dijo Cabello Amarillo.

—Los hombres blancos del este son como las aves —dijo Crook—. Surgen de sus huevos todos los años y ya no existe suficiente espacio en su territorio, de modo que deben dispersarse; vienen al oeste, como habéis percibido durante los últimos años. No se detienen jamás y se extienden por todo el país; no podéis impedirlo [...]. En Washington todo se decide por mayoría de votos. Esas gentes acuden al oeste y se dan cuenta de que los indios poseen una gran cantidad de tierra que no usan; así, declaran: “Queremos la tierra”. Al cabo de nueve días de discusión, la mayoría de los brulés siguieron el consejo de Crook y estamparon su firma al pie de los documentos que éste presentó. La primera en leerse era la de Perro Cuervo, el asesino de Cola Moteada.

Llegados a Pine Ridge en el mes de junio, los comisionados tuvieron que vérselas con Nube Roja, que hizo una demostración de su poder al rodear el lugar del consejo con varios centenares de sus guerreros montados. Aunque el caudillo indio y sus leales lugartenientes se mantuvieron firmes, los comisionados lograron hacerse con aproximadamente la mitad de las firmas oglalas. Para complementar este logro, se trasladaron a los asentamientos menores: Lower Brulé, Crow Creek y Cheyene River, donde cumplieron su propósito. El 27 de julio llegaron a Standing Rock. Allí se decidiría el asunto. Si la mayoría de hunkpapas y de piesnegros se negaban a firmar, el acuerdo fracasaría.

Toro Sentado estuvo presente en los primeros consejos, pero permaneció silencioso. Bastaba su presencia para mantener un sólido muro de oposición. “Los indios nos prestaron mucha atención —dijo Crook—, pero ninguna indicación de aquiescencia. Se comportaban más bien como quien ya ha decidido su postura y escucha con curiosidad

para ver qué nuevos argumentos pueden serle aún ofrecidos.”

John Grass era el principal portavoz de los sioux de Standing Rock: “Cuando poseíamos tierras en abundancia – dijo– podíamos cedéroselas a vuestro precio, fuera el que fuese, pero ahora es tan poco lo que nos queda que no podemos renunciar siquiera a un ápice. Pese a ello, insistís en comprar. No somos nosotros quienes ofrecemos la venta. Es el gran padre quien quiere forzarnos a ella. Ésta es la razón de que el precio puesto a nuestras posesiones no nos parezca justo y, por consiguiente, no queremos vender en modo alguno.”

Desde luego, Toro Sentado y sus seguidores se oponían a la venta a cualquier precio. Como había dicho Trueno Blanco seis años antes a la comisión Dawes, aquella tierra era “lo que más querían en el mundo”.

Tras varios días de infructuosa discusión, Crook se dio cuenta de que no podría ganar adeptos por medio de consejos generales. Recurrió, pues, al agente James McLaughlin para que, mediante un esfuerzo concertado, llevara a los indios de manera individual al convencimiento de que, si seguían resistiéndose, el gobierno confiscaría sus propiedades. Toro Sentado se mostró inflexible. ¿Por qué los indios debían vender su tierra, para evitar al gobierno de los Estados Unidos la violencia de tener que romper un tratado para obtenerla?

Cabello Blanco McLaughlin concertó una serie de entrevistas secretas con John Grass. “No dejé de abordarlo una y otra vez, hasta que convino en apoyar nuestra causa – contaría más tarde McLaughlin—. Finalmente, compusimos el discurso que le permitiría abandonar con gracia su intransigente postura inicial, de modo que le ganara el apoyo activo de los demás jefes indecisos.”

Sin avisar a Toro Sentado, McLaughlin convocó una reunión final con los comisionados para el día 3 de agosto. El agente formó a su policía india alrededor de los terrenos del consejo, en columna de a cuatro, para evitar cualquier posible interrupción por parte de Toro Sentado o de alguno de sus ardientes seguidores. John Grass ya había hablado cuando aquél logró forzar el paso a través del cordón dispuesto por McLaughlin, haciendo acto de presencia en el consejo.

Por primera vez iba a dejar oír su voz en relación con el caso:

—Si no hay objeción, desearía hablar; de haberla, callaré. No fuimos avisados del acto y acabamos de llegar.

Crook fijó su mirada en McLaughlin.

—¿Sabía Toro Sentado que hoy celebrábamos consejo? —preguntó.

—Sí, señor —mintió el interrogado—. Todos lo sabían.

En este momento, John Grass y algunos jefes se adelantaron a firmar el acuerdo. Así se consumaba el hecho. La gran reserva sioux quedaba convertida en un mar de pequeñas comunidades aisladas, en torno a las cuales rugiría pronto la marea de la inmigración blanca. Antes de que Toro Sentado se alejara del lugar, un periodista le preguntó cómo se sentían los indios al desprenderse de sus tierras.

—¡Indios! —gritó Toro Sentado—. ¡No queda más indio que yo!

Durante la luna de la hierba seca (9 de octubre de 1890), aproximadamente un año después de la desmembración de la gran reserva, un minneconjou del asentamiento Cheyene River llegó a Standing Rock para visitar a Toro Sentado. Su nombre era Oso Coceador (Kicking Bear) y llevaba noticias del “mesías” piute, Wovoka, que había fundado la religión de

la danza de los espíritus. Aquel indio y su cuñado, Pequeño Toro (Short Bull), acababan de llegar de un largo viaje a las montañas Shining en busca del mesías. Tras haberse enterado de su peregrinación, Toro Sentado envió por Oso Coceador para saber más acerca de la danza de los espíritus.

Oso Coceador le contó que una misteriosa voz le había ordenado viajar sin tregua hasta dar con los espíritus de los indios, que iban a regresar y poblar la tierra. Con su cuñado Pequeño Toro y otros nueve sioux, había viajado en el caballo de hierro hacia donde se pone el sol. No se detuvieron hasta el final de la línea ferroviaria. Allí fueron recibidos por dos indios que jamás habían visto, pero que los saludaron como hermanos y les proporcionaron carne y pan. Recibieron también caballos y, tras cabalgar durante cuatro días, alcanzaron un campamento de comedores de pescado (piutes) cerca de Pyramid Lake, en Nevada.

Los comedores de pescado dijeron a sus visitantes que Cristo había vuelto a la Tierra. Él, sin duda, era quien les había ordenado acudir allí, dijo Oso Coceador; estaba predestinado. Luego, para ver al mesías, tuvieron que emprender un nuevo viaje, que los llevó al asentamiento de Walker Lake.

Dos días debieron aguardar Oso Coceador y sus amigos, además de centenares de indios que hablaban en docenas de lenguas diferentes, hasta que el esperado hizo acto de presencia.

Poco antes de la puesta del sol del tercer día, apareció aquel "cristo", cuya presencia se apresuraron a iluminar los congregados tras encender numerosas hogueras. Oso Coceador había pensado siempre que Cristo era un hombre blanco, como los misioneros, pero aquel otro parecía indio. Al cabo de un tiempo, el hombre se irguió para hablar a la multitud. "Os he mandado llamar y estoy contento de veros

aquí –dijo–. Dentro de poco os hablaré de vuestros parientes muertos y desaparecidos. Hijos míos, quiero que todos oigáis mis palabras. Os enseñaré una danza que deseo que practiquéis siempre. Preparaos ya y, cuando la danza termine, os hablaré.” A continuación inició unos pasos, que todos los presentes imitaron; el cristo no cesó de cantar. La danza de los espíritus duró hasta muy entrada la noche, cuando el mesías dijo que ya era suficiente.

A la mañana siguiente, Oso Coceador y los demás se acercaron al mesías para ver si mostraba cicatrices de crucifixión, tal como los misioneros de las reservas les habían dicho. Tenía una en la muñeca y otra en el rostro; no pudieron ver sus pies porque calzaba mocasines. Todo el día estuvo hablándoles. Al principio, dijo, Dios creó la Tierra, a la que envió luego a Cristo para enseñar a la gente. Pero los hombres blancos lo habían maltratado, dejando su cuerpo lleno de heridas, de modo que Él había regresado al cielo. Ahora volvía a la tierra como indio e iba a renovar todas las cosas para devolverles su verdadera faz, como antes, y hacer un mundo mejor.

La siguiente primavera, cuando la hierba alcanzara las rodillas de los hombres, la tierra sería cubierta de un nuevo manto, que enterraría a todos los blancos. Y sobre este nuevo suelo, crecería la hierba dulce y correrían las aguas entre los árboles. Volverían las grandes manadas de búfalos y de caballos salvajes. Los indios que bailaran la danza de los espíritus se verían elevados en el aire y suspendidos allí, mientras una ola de tierra nueva se depositaba sobre el suelo; luego, junto con los espíritus de sus antepasados, volverían a descender y vivirían en ausencia total del blanco.

Al cabo de unos días de estancia en Walker Lake, Oso Coceador y sus amigos aprendieron también la danza; luego, montaron en sus caballos y emprendieron el regreso al

ferrocarril. Mientras cabalgaban, el mesías voló por encima de ellos para enseñarles nuevas melodías de aquel rito. Ya en la estación, se despidió de ellos diciéndoles que volvieran entre los suyos y les enseñaran cuanto habían aprendido. Cuando hubiera pasado el próximo invierno, les llevaría los espíritus de sus padres para que se reencontraran todos en la nueva resurrección.

De vuelta en Dakota, Oso Coceador había introducido la danza en Cheyene River; Pequeño Toro la llevó a Rosebud y otros hicieron lo propio en Pine Ridge. La banda de minneconjous de Pie Grande, dijo Oso Coceador, se componía principalmente de mujeres que habían perdido a sus maridos o a sus parientes masculinos durante las batallas contra Cabello Largo, Tres Estrellas y Chaqueta de Oso; aquéllas habían danzado hasta quedar exhaustas, pues querían lograr el regreso de los guerreros muertos.

Toro Sentado escuchó con atención el relato de Oso Coceador acerca del mesías y de la danza de los espíritus. No creía que fuera posible que los muertos volvieran a la vida, pero su pueblo había oído hablar de los prodigios del mesías y temían que de no participar en la danza, éste los ignorara en el momento de la nueva resurrección. Toro Sentado no ponía objeción alguna a los deseos, más o menos explícitos, de su gente; sin embargo, había oído decir que los agentes de diversas reservas habían solicitado la presencia de soldados para poner fin a aquellas ceremonias. Él no quería que acudieran los militares, y que, quizá, se hiciera fuego contra su pueblo. Oso Coceador replicó que si los indios vestían las sagradas vestiduras del mesías –camisas espirituales decoradas con símbolos mágicos– no podía acontecerles mal alguno. Ni siquiera las balas de los chaquetas azules podían hacer mella en aquellas prendas milagrosas.

Con cierto escepticismo, Toro Sentado invitó a Oso Coceador a que permaneciera con su banda en Standing Rock, para enseñarles la danza de los espíritus. Se encontraban en la luna de las hojas caídas, y en toda la geografía del oeste, en cada reserva india, el rito se extendía como el fuego de la pradera animado por el viento. Inquietos inspectores de la oficina india y oficiales del ejército desde Dakota a Arizona, desde Indian Territory a Nevada, trataban de entender el significado de aquella nueva y extraña manifestación. A principios de otoño, la consigna oficial era *Detened la danza de los espíritus*.

“No podría haberse ofrecido un sistema de religión más pernicioso a gente que, como ésta, se halla en el umbral de la civilización”, declaró Cabello Blanco McLaughlin. Aunque católico practicante, McLaughlin, como la mayoría de los agentes, no llegó a darse cuenta de que la danza de los espíritus era fundamentalmente cristiana. Salvo por lo que hacía referencia a algunos aspectos rituales, sus preceptos eran los mismos que los de cualquier iglesia cristiana.

“No debes herir ni causar mal alguno a tu prójimo. No debes luchar. Haz siempre el bien”, ordenaba el mesías. Al predicar el amor al prójimo y la abstención de toda violencia, aquella doctrina no exigía de los indios más actividad que la danza y el canto. El mesías les llevaría la resurrección.

A pesar de todo, la danza constante de los indios alarmaba cada vez más a los agentes, quienes, cada vez más nerviosos, solicitaron la presencia de los soldados.

Transcurrida una semana de la llegada de Oso Coceador a Standing Rock para enseñar la danza de los espíritus a la gente de Toro Sentado, Cabello Blanco McLaughlin envió una docena de sus policías indios con la misión de detenerlo. Impresionados por el aura de santidad que rodeaba a Oso Coceador, los destacados comunicaron la orden a Toro

Sentado, que se negó a emprender acción alguna. El 16 de octubre, McLaughlin envió una fuerza más numerosa y, esta vez, Oso Coceador fue escoltado fuera de los límites de la reserva.

Al día siguiente, McLaughlin notificó al comisionado de asuntos indios que el poder realmente oculto tras "aquel pernicioso sistema de religión" era Toro Sentado. A continuación, recomendaba que se lo arrestara, se lo alejara de la reserva y, por último, se lo confinara en una prisión militar. El comisionado consultó con el secretario de Guerra, y ambos decidieron que tal medida crearía más problemas que beneficios.

Hacia mediados de noviembre, la danza de los espíritus era tan frecuente y popular en todas las reservas sioux que las demás actividades habituales se paralizaron. Las escuelas se vaciaron de profesores; los almacenes, de clientes; ya no se trabajaba en las pequeñas granjas. En Pine Ridge, el asustado agente telegrafió a Washington: "Los indios danzan en plena nieve y se diría que han enloquecido [...], necesitamos protección y ha de ser ahora mismo. Los cabecillas deben ser arrestados y confinados en algún puesto militar hasta que la situación vuelva al orden; debe procederse de inmediato".

Pequeño Toro condujo a su banda de creyentes río White abajo, hasta llegar a las Badlands y, a los pocos días, su número se elevaba a más de 3.000. Sin dar importancia al duro tiempo invernal, se vistieron con sus camisas espirituales y bailaron desenfrenadamente desde el amanecer hasta la noche. Pequeño Toro advirtió a los bailarines de que no debían temer a los soldados si éstos acudían a detener la ceremonia. "Sus caballos se hundirán en la tierra -dijo-. Los jinetes descabalarán a toda prisa, pero también sus cuerpos se hundirán en el suelo."

En el río Cheyene, la banda de Pie Grande aumentó hasta contar con 600 miembros, en su mayor parte viudas. Cuando el agente trató de intervenir, Pie Grande sacó a los bailarines de la reserva y los condujo a un lugar sagrado oculto en Deep Creek.

El 20 de noviembre, la oficina de asuntos indios de Washington ordenó a los agentes destacados que “se hicieran con los nombres de todos los que promovían disturbios”. Se hizo rápidamente una lista en Washington, cuyo contenido fue puesto en conocimiento de Chaqueta de Oso Miles, que por aquel entonces estaba en el cuartel general del ejército en Chicago. Miles vio el nombre de Toro Sentado entre los considerados “promotores de disturbios” y creyó de inmediato que aquél era el principal responsable.

Miles no ignoraba que un arresto por vía militar crearía problemas; Toro Sentado debía ser eliminado discretamente. Con este fin, Chaqueta de Oso recurrió a uno de los pocos hombres blancos que Toro Sentado llegara alguna vez a apreciar, Buffalo Bill Cody. Éste convino en visitar al indio para tratar de persuadirlo de que acudiera a Chicago para hablar con el general. (Nunca quedó claro si Cody sabía que, de tener éxito en su misión, Toro Sentado daría con sus huesos en una prisión militar.)

Cuando Buffalo Bill llegó a Standing Rock, el talante de McLaughlin era de lo menos colaborador. Temeroso éste de que Cody hiciera fracasar el arresto y no se lograra otra cosa que aumentar las iras de Toro Sentado, dispuso rápidamente lo necesario para que Washington rescindiera el trato hecho con el antiguo cazador. Sin ver siquiera a Toro Sentado, Cody abandonó Standing Rock y regresó a Chicago.

Entretanto, en Pine Ridge, las tropas del ejército habían creado una situación muy tensa. Un antiguo agente, el doctor Valentine McGillycuddy, fue enviado para estudiar la

situación. “Yo dejaría que continuaran las danzas –informó McGillycuddy–. La llegada de la fuerza ha asustado a los indios. Si los adventistas del séptimo día preparan sus vestiduras para cuando el Salvador haga su segunda aparición en la Tierra, el ejército de los Estados Unidos no se pone en marcha para evitarlo. ¿Por qué los indios no pueden gozar del mismo privilegio? Si la tropa se queda, los incidentes se producirán inevitablemente.” Este punto de vista, no obstante, no prevalecería. El 12 de diciembre, el teniente coronel William F. Drum, al mando de las tropas de Fort Yates, recibió órdenes del general Miles de “poner bajo su custodia a Toro Sentado y recurrir a la colaboración y asistencia del agente indio (McLaughlin) para que la misión se viera coronada por el éxito”.

Poco antes del amanecer del 15 de diciembre de 1890, 43 miembros de la policía india rodearon la cabaña de Toro Sentado. A cinco kilómetros del lugar, un escuadrón de caballería aguardaba por si ofrecía resistencia. El teniente Cabeza de Toro (Bull Head), el indio que mandaba la partida, halló a Toro Sentado dormido sobre las tablas del suelo. Una vez despierto, el anciano jefe fijó su mirada incrédula en el recién llegado.

—¿Qué queréis de mí?

—Eres mi prisionero —dijo Cabeza de Toro—. Debes acompañarme a la oficina.

Toro Sentado bostezó al tiempo que se erguía.

—De acuerdo —repuso—. Aguarda a que me vista e iré contigo. Entretanto, el policía puede ensillar su caballo.

Cuando Cabeza de Toro salió de la cabaña con Toro Sentado, una multitud de bailarines espirituales se había congregado afuera. Su número superaba al de la fuerza de policía en razón de cuatro a uno. Atrapa al Oso (Catch-the-Bear), uno de los presentes, se acercó a Cabeza de Toro.

—Crees que podrás llevártelo —le espetó—. ¡No lo lograrás!

—Vamos —dijo el aludido a su prisionero—, no escuches sus palabras.

Pero Toro Sentado se resistió, y Cabeza de Toro y el sargento Tomahawk Rojo (Red Tomahawk) tuvieron que recurrir a la fuerza para arrastrarlo hasta su caballo.

En ese momento, Atrapa al Oso se despojó de su manta y sacó un rifle. Hizo fuego sobre Cabeza de Toro y lo hirió en el costado. Al caer, el herido trató de abatir a su agresor, pero su bala dio de lleno en la cabeza de Toro Sentado. Casi a la vez, Tomahawk Rojo disparó también, rematándolo.

Durante la fugaz pelea, el viejo caballo adiestrado que Buffalo Bill regalara a Toro Sentado empezó a mostrar sus trucos. Cabeza enhiesta, permaneció sentado sobre sus cuartos traseros, para alzar ora una pata ora la otra, produciendo entre los asistentes la impresión de que llevaba a cabo los misteriosos pasos de la danza de los espíritus. Tan pronto como el animal cesó en sus movimientos para perderse luego en la distancia, la cruel escaramuza se reanudó, y sólo la llegada del destacamento de caballería salvó a la policía india de un exterminio seguro.

XIX. WOUNDED KNEE

No había ya esperanza en la Tierra, y Dios parecía habernos olvidado. Algunos dijeron que habían visto al hijo de Dios; a otros no les ocurrió otro tanto. Si Él había venido, sin duda se verían cosas prodigiosas, como ocurriera la primera vez que estuvo entre nosotros. Por nuestra parte, nos asaltaban las dudas porque no lo habíamos visto a Él ni sus obras.

La gente no sabía nada; tampoco les inquietaba el hecho. Se agarraban al tenue hilo de una vaga esperanza. Imploraron, enloquecidos, su piedad. Se asieron firmemente a la promesa que habían oído decir que Él había hecho.

Los hombres blancos estaban asustados y llamaron a los soldados. Nosotros habíamos suplicado por nuestra vida y los hombres blancos pensaron que queríamos la suya. Supimos que llegaban los soldados. No temimos. Esperábamos poder hablarles de nuestras cuitas y conseguir ayuda. Un hombre blanco dijo que los soldados venían a matarnos. No le creímos, pero los hubo muy asustados, que huyeron al desierto Badlands.

NUBE ROJA

En su dolor y en su furia por el asesinato de Toro Sentado, los indios podrían haberse levantado contra las armas de los soldados, de no serenarlos un tanto el contar con el apoyo espiritual que les prestaba la religión de la danza de los espíritus. Tan poderosa era su creencia en la inminente desaparición de los hombres blancos y en el próximo retorno de sus parientes y amigos muertos para cuando resurgiera la hierba, que no emprendieron represalia alguna. No obstante, los hunkpapas huérfanos de jefe huyeron a centenares de Standing Rock en busca de refugio en uno de los campamentos rituales o junto al último de los grandes jefes, Nube Roja, en Pine Ridge. Con la luna que cambia la cornamenta del ciervo (17 de diciembre), aproximadamente un centenar de estos fugitivos alcanzaron el campamento minneconjou de Pie Grande, cerca de Cherry Creek. Aquel mismo día el Departamento de Guerra emitió la orden de que se procediera al arresto y encarcelamiento de Pie Grande. El nombre de éste aparecía en la lista de “instigadores de altercados”.

Tan pronto como Pie Grande conoció la muerte de Toro Sentado, emprendió la marcha hacia Pine Ridge con la esperanza de que Nube Roja pudiera protegerle a él y a los suyos de la amenaza de los militares. Durante la marcha cayó enfermo de pulmonía; y cuando empezó a sangrar, se vio obligado a viajar en un carromato. El 28 de diciembre, próximos ya a Porcupine Creek, los minneconjous avistaron cuatro tropas de caballería. Pie Grande ordenó que se izara de inmediato una enseña blanca en lo alto de su carruaje. Serían las dos de la tarde cuando surgía penosamente de entre sus mantas para saludar al mayor Samuel Whitside, del

7º de caballería. Las ropas del indio aparecían manchadas de la sangre que vertían sus pulmones; al hablar con Whitside, gotas carmesí cayeron de su nariz como cuentas heladas por el frío.

El militar dijo que sus órdenes determinaban su traslado a un campamento de caballería, establecido en el arroyo de Wounded Knee. El jefe minneconjou respondió que ésa, precisamente, era la dirección de su marcha; trataba de llevar a su pueblo a la seguridad de Pine Ridge.

Tras volverse hacia su explorador mestizo, John Shangreau, el mayor Whitside le ordenó que desarmara a la banda.

—Mire, mayor —replicó Shangreau—, si hace tal cosa es probable que se inicie aquí una batalla y, si tal ocurre, matará a todas esas mujeres y a los niños y los hombres se le escaparán.

Whitside insistió en que sus órdenes eran capturar a los indios de Pie Grande, desarmarlos y hacerse con sus caballos.

—Mejor será que los llevemos al campamento, donde todo eso podrá hacerse con más facilidad —declaró Shangreau.

—De acuerdo —convino Whitside—. Dile a Pie Grande que se dirija al campamento de Wounded Knee.

Tras observar un momento al jefe enfermo, el mayor dio orden de que avanzara la ambulancia de su destacamento.

Ésta estaría, sin duda, más protegida, y Pie Grande viajaría con más comodidad que la que podía proporcionarle el traqueteante carromato sin muelles de que disponía. Trasladado el enfermo a la ambulancia, Whitside formó su columna para la marcha hacia el arroyo de Wounded Knee. Dos de las tropas de caballería avanzaban en vanguardia, seguían la ambulancia y los carromatos, que apenas protegían del inclemente tiempo a la multitud de indios

arrebujaados tras ellos, y cerraban la formación las otras dos tropas montadas y una batería de dos cañones Hotchkiss con su dotación.

Caía la tarde cuando la columna ascendió la última elevación del terreno y empezó a descender por la ladera que moría en Chankpe Opi Wakpala, el arroyo llamado Wounded Knee. La oscuridad invernal y los diminutos cristales de hielo que titilaban a la luz crepuscular ponían una nota sobrenatural en el sombrío paisaje. En algún lugar ignoto de aquella corriente helada estaba oculto el corazón de Caballo Loco; los bailarines espirituales creían que el espíritu de éste, libre ya del cuerpo, aguardaba impaciente la llegada de la nueva tierra que, sin duda, acompañaría a las primeras briznas verdes de la primavera.

En el campamento de caballería establecido en el arroyo de Wounded Knee, los indios fueron formados y cuidadosamente contados. Había 120 hombres y 230 mujeres y los niños. Ante la creciente oscuridad, el mayor Whitside decidió aguardar a la mañana siguiente para desarmar a sus prisioneros. Les asignó una zona, contigua por el sur a la militar, distribuyó algunas raciones y, dado que escaseaban las cubiertas para los tipis, les prestó algunas tiendas. Whitside ordenó también que se instalara una estufa en el alojamiento de Pie Grande; un cirujano militar trataría, por su parte, de proporcionar alivio al enfermo. Para asegurarse de que ninguno de los prisioneros pudiera huir, el mayor estacionó dos patrullas a caballo en torno a los tipis sioux; los dos cañones Hotchkiss cubrirían el terreno desde un altozano que dominaba el lugar. Las miras de aquellas poderosas armas, capaces de proyectar cargas explosivas a casi cuatro kilómetros de distancia, apuntaban a los alojamientos indios.

Avanzada ya la noche de aquel frío diciembre, el resto del

7º de caballería hizo su llegada por el este y acampó en silencio al norte de las tropas del mayor Whitside. El coronel James W. Forsyth, comandante de aquel regimiento, que fuera mandado un día por Custer, se hizo cargo de la operación. Comunicó a Whitside que había recibido órdenes de llevar a la banda de Pie Grande a la línea del ferrocarril Union Pacific, para llevar a cabo su traslado a una prisión militar de Omaha.

Después de instalar dos cañones Hotchkiss por encima de los anteriores, Forsyth y sus oficiales se reunieron en torno a un barril de whisky para celebrar la captura de Pie Grande.

Éste yacía en su tienda, demasiado enfermo para dormir y apenas capaz de respirar. Incluso con la protección de sus camisas espirituales y con su fe en las profecías del nuevo mesías, su gente se sentía atemorizada por la presencia de tantos soldados alrededor. Catorce años antes, en Little Bighorn, algunos de aquellos guerreros habían logrado señaladas victorias contra jefes militares tan notables como Moylan, Varnum, Wallace, Godfrey, Edgerly, etc., y se preguntaban ahora si aún podrían anidar sentimientos de venganza en el corazón de sus captores.

“Un estentóreo toque de clarín interrumpió el silencio del amanecer –contaría Wasumaza, uno de los guerreros de Pie Grande que años más tarde cambiaría su nombre por el de Dewey Beard–. Vi cómo los soldados montaban a caballo para rodearnos. Se anunció luego que todos los hombres debían reunirse para un consejo, después de lo cual se procedería en dirección al asentamiento de Pine Ridge. Pie Grande fue sacado de su tienda y quedó postrado junto a la entrada, mientras los más ancianos se sentaban en círculo dejándolo en medio.”

Después de distribuir unas galletas por desayuno, el coronel Forsyth informó a los indios de que iban a ser

desarmados. “Exigieron nuestras armas, blancas y de fuego –contaría Lanza Blanca (White Lance)–, de modo que nos vimos obligados a deshacernos de ellas, que fueron apiladas en un montón”. Los jefes soldados no se sintieron satisfechos con el número de piezas entregadas; así, miembros de la fuerza fueron destacados para proceder al registro de los tipis. “Penetraron en nuestros míseros alojamientos para regresar al poco con los líos y atados que contenían nuestra mísera fortuna; ante nuestros ojos, aquéllos fueron rasgados a cuchilladas –contaría Jefe Perro–. Se apoderaron también de nuestras hachas, cuchillos y de las piquetas de nuestras tiendas; todo fue a engrosar el montón de pistolas y rifles.”

No satisfechos aún, los jefes militares ordenaron a los guerreros que se despojaron de sus mantas para someterse a un cacheo. Los rostros de aquellos desafortunados se encendieron de cólera, pero sólo el brujo, Pájaro Amarillo (Yellow Bird), se atrevió a protestar abiertamente. Inició unos pasos de la danza de los espíritus, cantó una de las invocaciones sagradas y aseguró a los guerreros que las balas de los soldados no podían hacer mella en sus milagrosas vestiduras. “Las balas no nos alcanzarán –salmodió en sioux–. La pradera es vasta y los proyectiles se perderán en ella.”

Sólo dos rifles fueron hallados; uno de ellos, un Winchester nuevo, que pertenecía a un joven minneconjou llamado Coyote Negro (Black Coyote). Éste sostuvo el arma por encima de su cabeza, gritando desaforadamente que era mucho el dinero pagado por ella y que, por consiguiente, le pertenecía. Años más tarde, Dewey Beard recordaría que Coyote Negro era sordo. “Si le hubieran dejado hacer, él se habría despojado del arma como los demás. Pero lo atenazaron con firmeza y le hicieron dar vueltas vertiginosas. Aun entonces el joven se mostraba indiferente, con el arma

apuntando hacia el suelo. Su intención no era otra que rendirla. Los soldados tomaron el rifle y, tras un breve forcejeo, sonó un disparo. No podría decir si alguien fue herido, pero de inmediato se produjo el desastre.”

“Sonó como la lona súbitamente desgarrada, así fue aquel ruido”, recordaría también Pluma Áspera (Rough Feather). Temeroso del Enemigo (Afraid-of-the-Enemy) lo describía como “ruido de trueno”.

Halcón que Sobrevuela (Turning Hawk) dijo que Coyote Negro “era un loco, un joven de muy mala reputación y, además, un don nadie”. Añadió que aquél había disparado su arma y que “inmediatamente, los soldados devolvieron el fuego, provocando una matanza indiscriminada”.

En los primeros momentos de violencia el ruido era ensordecedor y el aire se llenó pronto del humo acre de la pólvora. Entre los moribundos postrados sobre la tierra helada se encontraba Pie Grande. Las descargas cesaron durante unos instantes, mientras pequeños grupos de indios y soldados luchaban cuerpo a cuerpo con cuchillos, mazas y pistolas. Dado que eran muy pocos los indios armados, la desbandada se hizo general; entonces abrieron fuego los grandes cañones Hotchkiss que, atronando el aire casi cada segundo, llevaron el desastre al campamento indio, destrozando los tipis y segando la vida de hombres, mujeres y niños.

“Quisimos correr –contaría Louise Oso Comadreja (Weasel Bear)–, pero nos abatían como al búfalo. Sé que algunos hombres blancos son buenos, pero los soldados, ciertamente no; los guerreros indios jamás harían lo mismo con los niños blancos.”

“En mi huida seguí a los que me precedían –recordaba Hakiktawin, otra joven–. Mi abuelo, mi abuela y mi hermano murieron cuando cruzamos la barranca; recibí una bala en la

cadera y otra en la muñeca. No pude avanzar más y luego me agarró un soldado cuando una niña vino a refugiarse a mi lado.”

Cuando acabó aquella locura, Pie Grande y más de la mitad de su pueblo habían muerto o estaban gravemente heridos; se contaron 153 bajas, pero muchos de los heridos se habían alejado a rastras del lugar para morir luego en la más completa soledad y abandono. Una estimación cifró el total de muertos en casi 300, de los 350 hombres, mujeres y niños originales. Los soldados sufrieron 25 bajas y 39 heridos, la mayoría víctimas de sus propias balas y metralla.

Una vez en Pine Ridge los militares heridos, una patrulla de soldados regresó al campo de batalla de Wounded Knee para reunir a los indios supervivientes y proceder a su traslado en carros custodiados. Ante la inminencia de una tormenta, los cadáveres indios fueron abandonados en el lugar. (Cuando volvió la calma, un grupo encargado de enterrar a los muertos, entre los que estaba Pie Grande, dio con ellos, congelados en las posturas más grotescas.)

Los sioux heridos, 4 hombres y 47 mujeres y niños, llegaron a Pine Ridge caída ya la noche. Como todos los barracones habían sido ocupados por los soldados, permanecieron en los carros sometidos al terrible frío de la noche, mientras un inepto oficial del ejército les buscaba alojamiento. Por fin, se abrió la misión episcopaliana, de la que se sacaron los bancos y se hizo sitio para los indios sobre las duras losas del suelo.

Era el cuarto día después de la Navidad del año del Señor de 1890. Cuando los primeros sioux, heridos y cubiertos de sangre, fueron trasladados a la iglesia iluminada por los cirios, aquellos que no habían perdido aún el conocimiento pudieron ver los adornos navideños que colgaban por todas partes. Sobre el púlpito había un gran letrero que rezaba:

“PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD”.

No supe entonces cuánto se había perdido. Cuando miro atrás desde las alturas de mi senectud, vienen a mí todavía las imágenes de las mujeres y niños asesinados, amontonados y dispersos por la escarpada garganta. La escena horripilante se me ofrece tan vívida como entonces. Y me doy cuenta, ahora, de que algo más murió también en aquel barro sangriento y fue enterrado luego por la tormenta. Allí acabó el sueño de un pueblo. Era un hermoso sueño [...]. Se ha roto el collar de la nación y las cuentas se han dispersado. No queda ya simiente alguna y el árbol sagrado ha muerto.

ALCE NEGRO

SÓLO LA TIERRA PERMANECE

Wi-á-há-la kin he ya
 pe lo ma - ka kin le - óe - la te - han yun - ke - lo e . ha
 pe . lo e - han - ke - óon wi - áa - ya - ka pe - lo

Los ancianos
 dicen
 sólo
 la tierra
 dura.
 Dijisteis
 verdad.
 Es cierto.

BIBLIOGRAFÍA

"The Affair at Slim Buttes", *South Dakota Historical Collections*, vol. VI, 1912, pp. 493-590.

Allen, Charles W. "Red Cloud and the U.S. Flag", *Nebraska History*, vol. 22, 1941, pp. 77-88.

Allison, E. H. "Surrender of Sitting Bull", *South Dakota Historical Collections*, vol. VI, 1912, pp. 231-270.

Anderson, Harry H. "Cheyennes at the Little Big Horn—a Study of Statistics", *North Dakota History*, vol. 27, 1960, pp. 81-93.

Andrist, Ralph K. *The Long Death; the Last Days of the Plains Indian*, Nueva York, Macmillan, 1964.

Army and Navy Journal, vol. 10, 1872-1873.

Bailey, Lynn R. *Long Walk*, Los Ángeles, Westernlore, 1964.

Barret, S. M. *Geronimo's Story of His Life*, Nueva York, Duffield & Co., 1907.

Bathey, Thomas C. *Life and Adventures of a Quaker Among the Indians*, Boston, Lee and Shepard, 1891.

Beal, Merrill D. "I Will Fight No More Forever"; *Chief Joseph and the Nez Percé War*, Seattle, University of Washington Press, 1963.

Bent, George. "Forty Years with the Cheyennes", *The*

Frontier, vol. IV, 1905-1906.

Berthrong, Donald J. *The Southern Cheyennes*, Norman, University of Oklahoma Press, 1963.

Betzinez, Jason y W. S. Nye. *I Fought with Geronimo*, Harrisburg, Pensilvania, Stackpole, 1960.

"Big Eagle's Story of the Sioux Outbreak of 1862", Minnesota Historical Society, *Collections*, vol. VI, 1894, pp. 382-400.

Blankenburg, William B. "The Role of the Press in an Indian Massacre, 1871", *Journalism Quarterly*, vol. 45, 1968, pp. 61-70.

Bourke, John G. *An Apache Campaign in the Sierra Madre*, Nueva York, Scribner's, 1958.

—. *Mackenzie's Last Fight with the Cheyennes*, Nueva York, Argonaut Press, 1966.

—. *On the Border with Crook*, Nueva York, Scribner's, 1891.

Brandes, Ray. *Frontier Military Posts of Arizona*, Globe, Arizona, 1960.

Brill, Charles J. *Conquest of the Southern Plains*, Oklahoma City, 1938.

Britt, Albert. *Great Indian Chiefs*, Nueva York, Whittlesey House, 1938.

Bronson, Edgar Beecher. *Reminiscences of a Ranchman*, Nueva York, McClure Company, 1908.

Brown, Dee. *Fort Phil Kearney; an American Saga*, Nueva York, Putnam's, 1962.

—. *The Galvanized Yankees*, Urbana, University of Illinois Press, 1963.

Brown, Mark H. *The Plainsmen of the Yellowstone*, Nueva York, Putnam's, 1961.

Bryant, Charles S., y A. B. Murch. *A History of the Great Massacre by the Sioux Indians in Minnesota*, Cincinnati,

1864.

Campbell, C. E. "Down Among the Red Men", *Kansas State Historical Society, Collections*, vol. XVII, 1928, pp. 623-691.

Carley, Kenneth (ed.). "As Red Men Viewed It; Three Indian Accounts of the Uprising", *Minnesota History*, vol. 38, 1962, pp. 126-149.

—. *The Sioux Uprising of 1862*, St. Paul, Minnesota Historical Society, 1961.

Carrington, Frances C. *My Army Life and the Fort Phil Kearny Massacre*, Filadelfia, Lippincott, 1911.

Carrington, H. B. *The Indian Question*, Boston, 1909.

Carrington, Margaret I. *Ab-sa-ra-ka, Land of Massacre*, Filadelfia, Lippincott, 1878.

Carter, R. G. *On the Border with Mackenzie*, Nueva York, Antiquarian Press, 1961.

Chicago Tribune, 1867 y 1872.

Chief Joseph. "An Indian's Views of Indian Affairs", *North American Review*, vol. 128, 1879, pp. 412-433.

Clum, John P. "Eskiminzin", *New Mexico Historical Review*, vol. 4, 1929, pp. 1-27.

Clum, Woodworth. *Apache Agent, the Story of John P. Clum*, Boston, Houghton Mifflin, 1936.

Collins, John C. *Across the Plains in '64*, Omaha, Nebraska, 1904.

Conner, Daniel Ellis. *Joseph Reddeford Walker and the Arizona Adventure*, Norman, University of Oklahoma Press, 1956.

Cook, James H. *Fifty Years on the Old Frontier*, New Haven, Yale University Press, 1923.

Cook, John R. *The Border and the Buffalo*, Nueva York, Citadel Press, 1967.

Cremony, John C. *Life Among the Apaches*, San Francisco,

1868.

Crook, George. *Autobiography*, ed. Martin F. Schmitt, Norman, University of Oklahoma Press, 1946.

—. *Résumé of Operations Against Apache Indians, 1882 to 1886*, Omaha, Nebraska, 1886.

Davis, Britton. *The Truth About Geronimo*, Chicago, Lakeside Press, 1951.

DeBarthe, Joe. *Life and Adventures of Frank Grouard*, Norman, University of Oklahoma Press, 1958.

Densmore, Frances. *Teton Sioux Music* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 61), Washington, D.C., 1918.

Easterwood, Thomas J. *Memories of Seventy-Six*, Dundee, Oregon, 1880

Ellis, A. N. "Recollections of an Interview with Cochise, Chief of the Apaches", *Kansas State Historical Society, Collections*, vol. 13, 1915, pp. 387-392.

Emmitt, Robert. *The Last War Trail; the Utes and the Settlement of Colorado*, Norman, University of Oklahoma Press, 1954.

Ewers, John C. *Indian Life on the Upper Missouri*, Norman, University of Oklahoma Press, 1968.

Falk, Odie B. *The Geronimo Campaign*, Nueva York, Oxford University Press, 1969.

Fechet, E. G. "The True Story of the Death of Sitting Bull", *Nebraska State Historical Society, Proceedings and Collections*, 2.^a serie, vol. II, 1898, pp. 179-190.

Finerty, John F. *Warpath and Bivouac*, Chicago, Lakeside Press, 1955.

Folwell, Willam W. *A History of Minnesota*, vol. II, St. Paul, Minnesota Historical Society, 1924.

Foreman, Grant. *The Last Trek of the Indians*, Chicago, University of Chicago Press, 1946.

Fritz, Henry E. *The Movement for Indian Assimilation*,

1860-1890, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1963.

Garland, Hamlin. "General Custer's Last Fight as Seen by Two Moon", *McClure's Magazine*, vol. 11, 1898, pp. 443-448.

Garretson, Martin S. *The American Bison*, Nueva York, Zoological Society, 1938.

Gilbert, Hila. "*Big Bat*" *Pourier*, Sheridan, Wyoming, Mills Company, 1968.

Gilles, Albert S., Sr. "Wer-que-yah, Jesus-Man Comanche", *Southwest Review*, vol. 53, 1968, pp. 277-291.

Glaspell, Kate E. "Incidents in the Life of a Pioneer", *North Dakota Historical Quarterly*, vol. 8, 1941, pp. 184-190.

Graham, W. A. *The Custer Myth*, Harrisburg, Pensilvania, Stackpole, 1953.

Grange, Roger T., Jr. "Treating the Wounded at Fort Robinson", *Nebraska History*, vol. 45, 1964, pp. 273-294.

Grinnell, George B. *The Fighting Cheyennes*, Norman, University of Oklahoma Press, 1956.

—. *Two Great Scouts and Their Pawnee Battalion*, Cleveland, A. H. Clark, 1928.

Hafen, Le Roy R. y Ann W. *Powder River Campaigns and Sawyers' Expedition of 1865*, Glendale, California, A. H. Clark, 1961.

Hancock, Winfield Scott. *Reports of... upon Indian Affairs, with Accompanying Exhibits*, 1867.

Heard, Isaac V. D. *History of the Sioux War*, Nueva York, Harper, 1864.

Hoig, Stan. *The Sand Creek Massacre*, Norman, University of Oklahoma Press, 1961.

Holman, Albert M. *Pioneering in the Northwest*, Sioux City, Iowa, 1924.

Hornaday, William T. "The Extermination of the American Bison", U.S. National Museum, *Annual Report*, 1887, pp.

496-501.

Howard, Helen A. y D. L. McGrath. *War Chief Joseph*, Caldwell, Idaho, Caxton Printers, 1941.

Howard, James H. *The Ponca Tribe* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 195), Washington, D.C., 1965.

Howard, O. O. *My Life and Experiences Among Our Hostile Indians*, Hartford, Connecticut, 1907.

Hyde, George E. *Life of George Bent; written from his letters*, ed. Savoie Lottinville, Norman, University of Oklahoma Press, 1967.

—. *Red Cloud's Folk; a History of the Oglala Sioux Indians*, Norman, University of Oklahoma Press, 1937.

—. *A Sioux Chronicle*, Norman, University of Oklahoma Press, 1956.

—. *Spotted Tail's Folk, a History of the Brulé Sioux*, Norman, University of Oklahoma Press, 1961.

Jackson, Donald. *Custer's Gold, the United States Cavalry Expedition of 1874*, New Haven, Yale University Press, 1966.

John Stands in Timber y Margot Liberty. *Cheyenne Memories*, New Haven, Yale University Press, 1967.

Jones, Douglas C. *The Treaty of Medicine Lodge*, Norman, University of Oklahoma Press, 1966.

Josephy, Alvin M., Jr. *The Nez Percé Indians and the Opening of the Northwest*, New Haven, Yale University Press, 1965.

—. *The Patriot Chiefs*, Nueva York, Viking, 1961.

Kappler, Charles J. *Indian Affairs, Laws and Treaties*, 4 vols., Washington, D.C., 1904-1927.

Lavender, David. *Bent's Fort*, Nueva York, Doubleday, 1954.

Leckie, William H. *The Military Conquest of the Southern Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 1963.

"The Liquidation of Dull Knife", *Nebraska History*, vol. 22,

1941, pp. 109-110.

Lockwood, Frank C. *Pioneer Days in Arizona*, Nueva York, Macmillan, 1932.

McCreight, M. L. *Firewater and Forked Tongues; a Sioux Chief Interprets U.S. History*, Pasadena, California, Trail's End Pub. Co., 1947.

McGillycuddy, Julia B. *McGillycuddy Agent*, Palo Alto, Stanford University Press, 1941.

McGregor, James H. *The Wounded Knee Massacre from the Viewpoint of the Survivors*, Baltimore, Wirth Bros., 1940.

McLaughlin, James. *My Friend the Indian*, Boston, Houghton Mifflin, 1910.

McWhorter, Lucullus V. *Yellow Wolf: His Own Story*, Caldwell, Idaho, 1940.

Marquis, Thomas B. *Wooden Leg, a Warrior Who Fought Custer*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1957.

Marriott, Alice. *The Ten Grandmothers*, Norman, University of Oklahoma Press, 1945.

Mayhall, Mildred P. *The Kiowas*, Norman, University of Oklahoma Press, 1962.

Meacham, A. B. *Wigwam and Warpath*, Boston, 1875.

Meyer, Roy W. *History of the Santee Sioux*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1967.

Murray, Keith A. *The Modocs and Their War*, Norman, University of Oklahoma Press, 1959.

Neihardt, John G. *Black Elk Speaks*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1961.

New York Herald, 1872.

Nye, W. S. *Bad Medicine and Good; Tales of the Kiowas*, Norman, University of Oklahoma Press, 1962.

—. *Carbine and Lance; the Story of Old Fort Sill*, Norman, University of Oklahoma Press, 1937.

—. *Plains Indian Raiders*, Norman, University of Oklahoma

Press, 1968.

Oehler, C. M. *The Great Sioux Uprising*, Nueva York, Oxford University Press, 1959.

Olson, James C. *Red Cloud and the Sioux Problem*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1965.

Omaha Weekly Herald, 1868.

Palmer, H. E. "History of the Powder River Indian Expedition of 1865", Nebraska State Historical Society, *Transactions and Reports*, vol. II, 1887, pp. 197-229.

Parker, Arthur C. *The Life of General Ely S. Parker*, Buffalo, Nueva York, Buffalo Historical Society, 1919.

A Pictographic History of the Oglala Sioux, dibujos de Amos Bad Heart Bull, texto de Helen H. Blish, Lincoln, University of Nebraska Press, 1967.

Praus, Alexis A. *A New Pictographic Autobiography of Sitting Bull* (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 123, n.º 6), Washington, D.C., 1955.

Riddle, Jeff C. *The Indian History of the Modoc War*, 1914.

Riggs, S. R. "Narrative of Paul Mazakootemane", Minnesota Historical Society, *Collections*, vol. 3, 1880, pp. 82-90.

Robinson, D. W. "Editorial Notes on Historical Sketch of North and South Dakota", *South Dakota Historical Collections*, vol. I, 1902, pp. 85-162.

Robinson, Doane. "Crazy Horse's Story of Custer Battle", *South Dakota Historical Collections*, vol. VI, 1912, pp. 224-228.

—. *A History of the Dakota or Sioux Indians*, Minneapolis, Ross & Haines, 1967.

Sacks, Benjamin H. "New Evidence on the Bascom Affair", *Arizona and the West*, vol. 4, 1962, pp. 261-278.

Salzman, M., Jr. "Geronimo the Napoleon of Indians", *Journal of Arizona History*, vol. 8, 1967, pp. 215-247.

Sandoz, Mari. *Cheyenne Autumn*, Nueva York, Hastings House, 1953.

— . *Crazy Horse, the Strange Man of the Oglalas*, Nueva York, Knopf, 1945.

— . *Hostiles and Friendlies*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1959.

Schellie, Don. *Vast Domain of Blood; the Camp Grant Massacre*, Los Ángeles, Westernlore, 1968.

Schmeckebier, Lawrence F. *The Office of Indian Affairs; Its History, Activities, and Organization*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1927.

Schmitt, Martin F. y Dee Brown. *Fighting Indians of the West*, Nueva York, Scribner's, 1948.

Scott, Hugh L. *Some Memories of a Soldier*, Nueva York, Century Co., 1928.

Seymour, Flora W. *Indian Agents of the Old Frontier*, Nueva York, Appleton-Century, 1941.

Sheldon, Addison E. *Nebraska, the Land and the People*, vol. I, Chicago, Lewis Publishing Co., 1931.

Shields, G. O. *Battle of the Big Hole*, Chicago, 1889.

Sonnichsen, C. L. *The Mescalero Apaches*, Norman, University of Oklahoma Press, 1958.

Sprague, Marshall. *Massacre; the Tragedy at White River*, Boston, Little, Brown, 1957.

Stanley, F. *Satanta and the Kiowas*, Borger, Texas, 1968.

Stanley, Henry M. *My Early Travels and Adventures*, vol. I, Nueva York, Scribner's, 1895.

Stewart, Edgar I. *Custer's Luck*, Norman, University of Oklahoma Press, 1955.

Stirling, M. W. *Three Pictographic Autobiographies of Sitting Bull* (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 97, n.º 5), Washington, D.C., 1938.

Swanton, John R. *The Indian Tribes of North America*,

Washington, D.C., 1952.

"Ta-oya-te-duta Is Not a Coward", *Minnesota History*, vol. 38, 1962, p. 115.

Tatum, Lawrie. *Our Red Brothers and the Peace Policy of President Ulysses Grant*, Filadelfia, Winston, 1899.

Taylor, Alfred A. "Medicine Lodge Peace Council", *Chronicles of Oklahoma*, vol. 2, 1924, pp. 98-118.

Thrapp, Dan L. *The Conquest of Apacheria*, Norman, University of Oklahoma Press, 1967.

Tibbles, Thomas Henry. *Buckskin and Blanket Days*, Nueva York, Doubleday, 1957.

Towl, Edwin S. "Judge Elmer S. Dundy", Nebraska State Historical Society, *Proceedings and Collections*, 2.^a serie, vol. V, 1902, pp. 83-95.

Trenerry, Walter N. "The Shooting of Little Crow: Heroism or Murder?", *Minnesota History*, vol. 38, 1962, pp. 150-153.

Turner, Katherine C. *Red Men Calling on the Great White Father*, Norman, University of Oklahoma Press, 1951.

Tyler, Barbara Ann. "Cochise: Apache War Leader, 1858-1861", *Journal of Arizona History*, vol. 6, 1965, pp. 1-10.

U.S. Board of Indian Commissioners. *Reports*, 1869-1891.

U.S. Bureau of American Ethnology. *Annual Reports*, 10.^o, 14.^o, 17.^o y 46.^o.

U.S. Census Office. *Report on Indians Taxed and Indians Not Taxed in the United States*, Washington, D.C., 1894.

U.S. Commission to Investigate the Affair of the Red Cloud Indian Agency, *Report*, July, 1875, Washington, D.C., 1875.

U.S. Commissioner of Indian Affairs. *Annual Reports*, 1860-1891.

U.S. Congress, 38.^o, 2.^a sesión, Senate Report 142.

U.S. Congress, 39.^o, 2.^a sesión, House Miscellaneous Document 37.

U.S. Congress, 39.^o, 2.^a sesión, Senate Executive

Document 26.

U.S. Congress, 39.^o, 2.^a sesión, Senate Report 156.

U.S. Congress, 40.^o, 1.^a sesión, Senate Executive Document 13.

U.S. Congress, 40.^o, 2.^a sesión, House Executive Document 97.

U.S. Congress, 41.^o, 3.^a sesión, House Report 39.

U.S. Congress, 41.^o, 3.^a sesión, Senate Executive Document 39.

U.S. Congress, 43.^o, 1.^a sesión, House Executive Document 122.

U.S. Congress, 44.^o, 1.^a sesión, House Executive Document 184.

U.S. Congress, 44.^o, 2.^a sesión, Senate Executive Document 9.

U.S. Congress, 46.^o, 2.^a sesión, House Executive Document 83.

U.S. Congress, 46.^o, 2.^a sesión, House Miscellaneous Document 38.

U.S. Congress, 46.^o, 2.^a sesión, Senate Report 708.

U.S. Congress, 46.^o, 3.^a sesión, Senate Executive Document 14.

U.S. Congress, 46.^o, 3.^a sesión, Senate Executive Document 30.

U.S. Congress, 48.^o, 1.^a sesión, Senate Report 283.

U.S. Congress, 49.^o, 1.^a sesión, House Executive Document 356.

U.S. Congress, 49.^o, 2.^a sesión, Senate Executive Document 117.

U.S. Congress, 50.^o, 1.^a sesión, Senate Executive Document 33.

U.S. Congress, 50.^o, 2.^a sesión, Senate Executive

Document 17.

U.S. Congress, 51.^o, 1.^a sesión, Senate Executive Document 51.

U.S. Interior Department. *Annual Reports*, 1860-1891.

U.S. National Park Service. *Soldier and Brave*, Nueva York, Harper & Row, 1963.

U.S. War Department. *Annual Reports*, 1860-1891.

U.S. War Department. Military Division of the Missouri. *Record of Engagements with Hostile Indians... 1868-1882*. Washington, D.C., 1882.

Urquhart, Lena M. *Colorow, the Angry Chieftain*, Denver, Golden Bell Press, 1968.

Utey, Robert M. "The Bascom Affair; a Reconstruction", *Arizona and the West*, vol. 3, 1961, pp. 59-68.

—. *Custer and the Great Controversy*, Los Ángeles, Westernlore, 1962.

—. *Frontiersmen in Blue; the U.S. Army and the Indian, 1848-1865*, Nueva York, Macmillan, 1967.

—. *The Last Days of the Sioux Nation*, New Haven, Yale University Press, 1963.

Vaughn, J. W. *The Battle of Platte Bridge*, Norman, University of Oklahoma Press, 1964.

—. *Indian Fights; New Facts on Seven Encounters*, Norman, University of Oklahoma Press, 1966.

—. *The Reynolds Campaign on Powder River*, Norman, University of Oklahoma Press, 1961.

—. *With Crook at the Rosebud*, Harrisburg, Pensilvania, Stackpole, 1956.

Vestal, Stanley. *Sitting Bull, Champion of the Sioux*, Norman, University of Oklahoma Press, 1957.

—. *Warpath and Council Fire*, Nueva York, Random House, 1948.

Wallace, Ernest y E. Adamson Hoebel. *The Comanches*,

Lords of the South Plains, Norman, University of Oklahoma Press, 1952.

Ware, Eugene F. *The Indian War of 1864*, Nueva York, St. Martin's Press, 1960.

Welsh, William. *Report and Supplementary Report of a Visit to Spotted Tail's Tribe of Brulé Sioux Indians*, Filadelfia, 1870.

West, G. Derek. "The Battle of Adobe Walls (1874)", *Panhandle-Plains Historical Review*, vol. 36, 1963, pp. 1-36.

The Westerners. Potomac Corral, Washington, D.C. *Great Western Indian Fights*, Nueva York, Doubleday, 1960.

White Bull, Joseph. *The Warrior Who Killed Custer...*, trad. y ed. James H. Howard, Lincoln, University of Nebraska Press, 1968.

Winks, Robin W. "The British North American West and the Civil War", *North Dakota History*, vol. 24, 1957, pp. 139-152.

Wright, Peter M. "The Pursuit of Dull Knife from Fort Reno in 1878-1879", *Chronicles of Oklahoma*, vol. 46, 1968, pp. 141-154.



Alexander Brown, mejor conocido como Dee Brown fue un escritor e historiador en los Estados Unidos nacido en Alberta, Luisiana, el 28 de febrero de 1908 y fallecido en Little Rock, Arkansas, el 12 de diciembre de 2002.

Nacido en un campamento maderero en Alberta, en el estado de Luisiana, su padre era un trabajador de la madera y Dee pasó su infancia escuchando historias del Viejo Oeste de su abuelo, principalmente sobre la Guerra Civil y la fiebre del oro de California. Estudió en el Colegio de Maestros del Estado de Arkansas en la Universidad George Washington y la Universidad de Illinois.

Para mantenerse, trabajó como tipógrafo, periodista, bibliotecario y maestro. Su carrera literaria comenzó en 1942 cuando publicó la novela *Wave high the banner*. Seis años después, lanzó su primer libro histórico *Fighting Indians of the West*. Los siguientes años fueron de intensa actividad literaria e histórica. Su libro principal es *Bury My Heart at*

Wounded Knee (1970), publicado en más de 15 idiomas.
Murió a los 94 años en 2002.

Notas

[1] Eskiminzin no se refería a la bebida alcohólica del mismo nombre, sino a las hojas asadas de la pita, alimento de sabor dulce que se cuece en ollas de barro. De ahí el nombre de mescaleros.<<

[2] Traducción aproximada: Jim Botella, Frank Silbido, Charley Cicatriz, Charley Boston, Doctor Cabellos Rizados, Jim Pocilga, John Schonchin y Hombre de Ellen. *[N. de los E.]*

<<

[3] El teniente Wood dejó el ejército poco después, para convertirse en abogado y autor de poemas satíricos y ensayos. Sus experiencias con Jefe Joseph y los nez percés influyeron en su vida y fue un ardiente paladín de la justicia social, defensor de los desposeídos. <<

[4] En español en el original [*N. del E.*]. <<